



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

ENCUADERNACION
DE
Carpas y Manillas
talla de los Pellicos
N.º 157
SANTIAGO



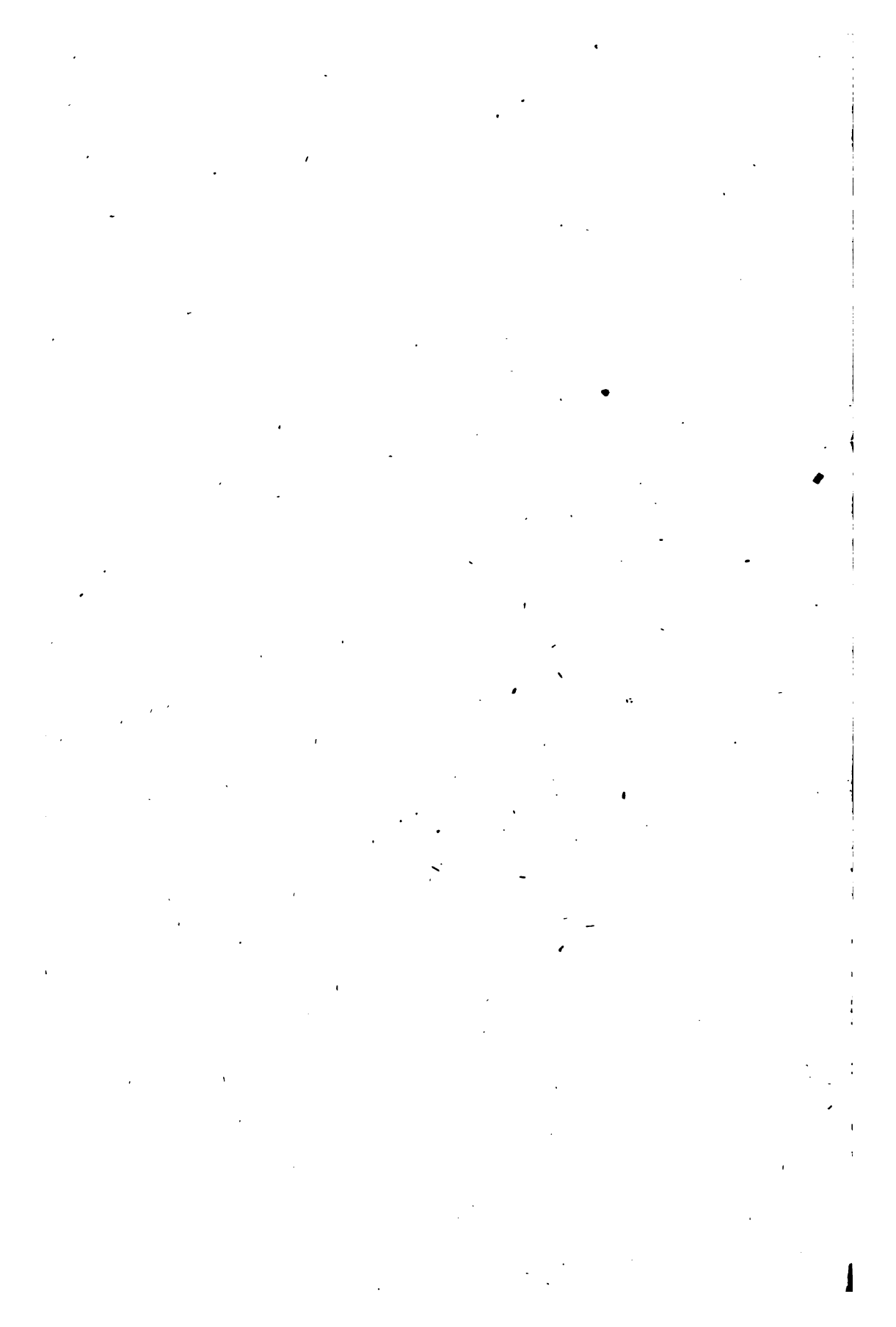
SAL 5302.1.3

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION



THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND _____, '08
IN REMEMBRANCE OF THE SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE, 1888
CCCVIII





LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

LOS
SECRETOS DEL PUEBLO

NOVELA SOCIAL Y DE COSTUMBRES

POR

MARTIN PALMA.

~~~~~  
TOMO II.  
~~~~~

VALPARAISO:
IMPRESA DEL MERCURIO
DE REÇAREDO S. TORNERO.
—
1869.

SAL5302.1.3

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

LA HACIENDA DE SAN JORJE.

Llegada de Enrique.

I.

Enrique habia sentido dejar a sus padres, pero el tesoro que obtuviera de su hermana, el retrato de Luisa lo transportaba de alegria. La imájen de aquella mujer a quien tanto amaba, le servia, segun la espresion de que él mismo se habia valido, como de talisman para aminorar su afliccion y consolarse en la ausencia; asi es que emprendió su camino sin experimentar esa sensacion dolorosa, que se sufre cuando uno se separa por primera vez de la casa paterna y de todo aquello en medio de lo cual ha vivido desde su infancia y que está como identificado a la propia existencia.

No poco contribuirían también a disminuir su afliccion los sueños de fortuna que se forjara y la ambicion de adquirir en poco tiempo todo lo que le faltaba, no decimos para ponerse al nivel de Luisa, porque ésto lo creia imposible, sino para que la distancia que lo separaba de ella no fuera tan inmensa.

Enrique se unia, pues, a sus compañeros, lleno el corazon de esa alegria que lleva consigo la esperanza y que en la imaginacion de un jóven de veinte o veintiun años presenta

al mundo con tan risueño aspecto, viéndose todo al traves de un prisma encantador. ¡Feliz edad en que todo es hacedero, en que todo nos estasia, en que los afectos son puros y en que el entusiasmo lo anima todo, envolviendo nuestro ser como en una nube de felicidad que el dolor no puede traspasar!

La mayor parte del camino la hicieron a pié; nuestros jóvenes obreros corriendo por los campos en compañía de Enrique, que, con su escopeta a la espalda, se entretenia en cazar, lo cual les servia para hacer la cena cuando alojaban las carretas. Esta cena preparada por ellos y despues de las fatigas del dia, la encontraban deliciosa, asegurando que jamas habian tenido otra mejor.

Los cuatro obreros que habia escojido y contratado Enrique, aun cuando eran de mayor edad y se consideraban sus iguales y sus amigos, tenian por él cierta consideracion que Enrique no pretendia imponerles sino que naturalmente le guardaban; porque la superioridad, mientras menos se manifesta de parte del que la posee, mas bien se ejerce y es mas sólida y duradera. Esta circunstancia hacia que todos le obedeciesen, sin que fuera necesario hacer alarde de autoridad, pues Enrique no trataba de ejercerla sino que les habia hecho comprender que el trabajo de que iban a hacerse cargo estaba en el interes de cada uno el concluirlo a la mayor brevedad y lo mejor posible; de manera que por medio de esta feliz disposicion de los trabajadores, contaba él con un pronto y buen resultado.

Cuando hubieron llegado a la hacienda de San Jorje, salió a recibirlos el administrador, que, viendo a Enrique tan joven, no lo creyó capaz de desempeñar los trabajos de que estaba encargado; sin embargo le mostró todo lo que tenia que hacer, no sin cierto disgusto, pues le parecia inútil darle esplicaciones, seguro como estaba de que nada se conseguiria. Enrique notó la mala voluntad del administrador, pero guardó silencio y continuó inspeccionando la obra,

consultando de vez en cuando los planos que llevaba consigo y haciendo en ellos anotaciones para corregir ciertos defectos.

La impasibilidad de Enrique, su mirada inteligente y certera y las preguntas lacónicas pero justas que hacia al administrador, cambiaron poco a poco la opinion que éste se habia formado al principio, y comenzó a mostrarse mas complaciente. Cuando hubo terminado Enrique su inspeccion y formado interiormente su plan, ya el administrador tenia en un alto concepto la inteligencia del jóven, circunstancia que le valió para que le guardara consideraciones y le proporcionase a él y a sus trabajadores comodidades que de otra manera talvez no habria conseguido y que así obtuvo sin exigir las.

Enrique, que queria aprovechar todos los momentos, no perdía ni aun las pocas horas que quedaban del dia en que habia llegado a la hacienda, sino que inmediatamente de concluida la visita de inspeccion sobre todo lo que tenia que hacer, solicitó del administrador los peones que creyó necesarios, llamando a sus cuatro obreros para encargarles del trabajo que cada uno debia desempeñar, explicándoles todo, con tal precision y claridad, que era imposible equivocarse, previniéndoles que desde el dia siguiente darian principio, reservando para sí lo mas difícil de la obra.

No hai cosa mas conveniente para llevar a término un trabajo cualquiera que el mismo empresario sea a la vez director y trabajador, porque su ejemplo estimula a los demas, que, de otra manera, cometerian faltas; pero viendo que el jefe es el primero y no se escasea la pena, todos lo siguen con gusto, haciendo cuanto está en su mano por imitarlo.

II.

En una sola semana Enrique habia transformado las cosas de tal manera, que el administrador, a pesar de ver diariamente los adelantos, estaba admirado de tanta rapidez y

no podia concebir cómo se habia hecho tanto en tan corto tiempo, lo cual favorecia mucho al jóven, pues tenia con él atenciones mas superiores a las que hubiera guardado con un trabajador de su clase, considerándolo, no en calidad de carpintero, sino de arquitecto, y obligándolo a que comiera con él en su mesa, a pesar de la resistencia de Enrique, que no queria abandonar a sus compañeros; pero viendo éstos la falta de orgullo, pues no aprovechaba del favor por consideracion a ellos, le exigieron que aceptase, y solo así condescendió con el administrador, que, a medida que lo conocia mas, lo apreciaba en proporcion.

Enrique no descansaba un momento, pues tan luego como concluia los trabajos materiales se dedicaba a sus libros, estudiando hasta mui entrada la noche, lo que no le impedia ser el primero en levantarse al dia siguiente.

Entre los empleados de la casa habia un frances que hacia de hortelano y cuidaba el jardin y el huerto, y con el cual hizo luego amistad nuestro jóven, interesado en que le enseñara su idioma, y a lo cual se prestó de la mejor voluntad, con esa complacencia amable y lijera que caracteriza a casi todos los individuos de ese pais.

El primer domingo lo convidó el administrador para montar a caballo e ir a ver la hacienda, convite que aceptó con gusto Enrique, pues era aficionadísimo a ese ejercicio. La excursion fué feliz, pues trajo consigo una abundante caza, que repartió entre sus compañeros y de la que hicieron una opípara merienda en la noche, la que fué celebrada con algunas botellas de buen mosto que les regaló el administrador, asistiendo tambien él a la mesa, lo que debia considerarse como un gran favor, porque el administrador era mirado poco menos que el dueño de la hacienda, tanto por su carácter y por su familia, como por su fortuna, pues era el hombre mas acomodado de los alrededores.

El aprecio que habia inspirado Enrique y el elevado concepto en que era tenido, no lo debia solo a su capacidad y

constancia en el trabajo, sino tambien a sus modales naturalmente distinguidos, al aseo de su persona y aun a lo bueno de su equipaje; pues nadie podia figurarse que un simple carpintero llevase consigo todas aquellas comodidades y aquella decencia, propias solo de una clase superior; porque hasta su gusto por la caza, su elegante escopeta y su certera punteria, le daban las apariencias de un caballero; así es que todo el mundo, incluso el administrador, lo llamaban el ingeniero, adoptando la denominacion hasta sus mismos compañeros, contribuyendo no poco a que formaran ese concepto su hermosa fisonomía y su dedicacion al estudio, pues, como hemos dicho, él llevaba consigo su cajon de libros, que colocó con el mayor orden en su cuarto y cerca de su cama, para tenerlos a la mano durante la noche, que era el único tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones.

Enrique habia escrito a Mercedes la carta que ya hemos visto, poco despues de haber llegado a la hacienda de San Jorje; y calculando el tiempo que demoraria en ir su correspondencia a Santiago y en contestarle su hermana a la cual habia prevenido que le escribiese de manera que estuviese la carta el sábado en la estafeta de San Fernando, pensaba, pues, que el segundo domingo habria algo para él; así es que desde el sábado pidió al administrador un caballo para dirigirse al pueblo en busca de su correspondencia.

Enrique sabia ya que San Jorje se encontraba como a siete leguas al Este de la poblacion de San Fernando; de consiguiente tenia que emplear gran parte del dia en ir y volver, así es que estuvo preparado desde la madrugada del domingo y emprendió su marcha en compañía de un mozo que le servia de guia, o de vaqueano como se llama entre nosotros; pues aunque él habia hecho una vez el mismo camino, no se habia fijado lo bastante para dirigirse él mismo sin temor de estraviarse.

III.

Llegado a San Fernando preguntó dónde se encontraba la oficina del correo, y se dirigió a ella en derechura, no sin cierta ansiedad, pues temia no hallar cartas para él; pero cuando hubo dicho su nombre, el administrador de correos lo miró con esa curiosidad del provinciano que se fija profundamente en la persona que le es desconocida, quedándole ya para siempre grabada en su memoria; así es que dando una vuelta para tomar la carta, con aquella cachaza y formalidad calmosa que le es peculiar a nuestros empleados de provincia, sacó un grueso paquete que le entregó diciéndole: "Aquí tiene usted, caballero; viene multado en ciento veinte centavos."

Enrique se puso colorado al recibir aquel voluminoso paquete, que no esperaba, porque únicamente creía hallar una carta sencilla como la que él había escrito; pero no teniendo la menor duda, pues el sobre venia a su direccion, sacó los ciento veinte centavos en que estaba multado y los entregó al administrador, guardándose el paquete.

—¿Está usted recientemente llegado, señor? le preguntó el administrador, que era un viejecito chico, gordo, dándose aires de importancia, pero de fisonomía risueña y de unos ojos vivos, sagaces y curiosos como los de casi todos los provincianos.

—Sí, señor, le respondió Enrique lacónicamente.

—¿Habita usted San Fernando?

—No, señor, estoi en la hacienda de San Jorje.

—En la hacienda de San Jorje! repitió el hombrecito meneando la cabeza con gravedad; y luego añadió: esa es mui buena hacienda, la mejor de todo el departamento, y su administrador es mui amigo mio. ¿Habrá usted venido para hacer algunas compras de cosechas?

—No, señor.

—¿O de ganado?

—Tampoco. Estoy haciendo un trabajo.

—Ah! ya!... he oído decir que se está haciendo allí un palacio! ¿Sería usted el hábil arquitecto de que me han hablado y que ha venido de Santiago?

—No soy arquitecto, señor, soy simplemente el que dirige la obra.

—Es decir, el arquitecto; qué diablos! ¿para qué esa modestia? Aquí nosotros sabemos bien cómo se llama en Santiago al que dirige una obra como esa. ¿Estará usted muy bien pagado, porque esa familia es muy rica?

—Mi maestro es el que ha hecho el contrato, dijo Enrique, cansado ya de tanta averiguación del provinciano.

—¿Su maestro! ¿Entonces no es usted el arquitecto?

—Ya le he dicho a usted que no.

—¿Pero cómo dirige usted la obra?

—Porque me han mandado.

—¿De consiguiente usted es el arquitecto?

—Así será, dijo al fin Enrique, no pudiendo menos de reírse de la tenacidad del viejecito gordo; y en seguida, como para cortar toda conversación le preguntó a su vez:— ¿Habrá en San Fernando algún café donde poder almorzar?

—En San Fernando! Por supuesto, señor! y un buen café, un café francés... ¿Creía usted que San Fernando fuera una insignificante aldea?

—Es la primera vez que vengo, señor, y no es extraño de que ignorase la importancia de la ciudad y de que existiera un buen café francés; espero se sirva usted decirme dónde está!

—Aquí mismo, en la plaza principal.

—¿Pero cuál es la plaza principal?

—En la que usted se encuentra ahora, amigo mío, dijo con cierto enfado el viejecito, herido tal vez en su amor propio de provinciano, al ver que un extranjero no conociese en el acto donde se encontraba; y como para echarle en cara su

ignorancia, añadió sentenciosamente: San Fernando, señor, es una de las mas antiguas ciudades de Chile, como lo demuestran sus edificios, y cabecera tambien de la mas rica provincia, la provincia de Colchagua.

—Así lo habia estudiado en la jeografia, dijo Enrique sonriéndose; pero nada dice de la plaza y del café frances que usted ha tenido la bondad de indicarme.

Nuestro administrador bajó la cabeza en muestra de asentimiento, pero sin saber si la contestacion del extranjero era aprobacion o burla; asi es que no continuó en la conversacion, dejándolo partir tranquilamente.

Lo inesperado.

I.

Enrique, encaminándose a la fonda, sacó el paquete de su bolsillo, volvió a ver el rótulo, hizo como si le tomara el peso, apretándolo con cuidado para adivinar el contenido sin abrirlo, pero no podía figurarse lo que sería, por mas que reflexionaba, hasta que creyó estar seguro de él y dijo entre sí mismo: Querida madre! pensando que el paquete contenia algunas imágenes de santos o escapularios que Marta, en su cariño y su devocion, le mandara como amuletos destinados a preservarlo de enfermedades y a conjurar cualquiera calamidad o desgracia.

Llegado que hubo a la pobre posada, que el administrador habia pomposamente condecorado con el nombre de hotel frances, pidió de almorzar para él y para su mozo, y mientras lo servian rompió el sello del grueso paquete que acababa de recibir. ¡Pero cuál no fué su sorpresa y su alegria al encontrar, en lugar de imágenes de santos, los retratos de sus padres, de su hermana y el grupo en que venian todos reunidos, incluso Luisa...

El contento de Enrique era tanto mayor cuanto mas inesperado... No era alegria la que experimentaba sino éstasis... y si alguna persona hubiera presenciado aquella escena muda, si hubiese visto aquel semblante casi descompuesto por el goce, si hubiese oido la violencia con que latia el corazon de aquel jóven, lo habria tomado talvez por un

insensato en el parasismo del delirio... porque las lágrimas corrian por las mejillas de Enrique, humedeciendo los retratos, que besaba alternativamente, y con especialidad aquel en que se encontraba Luisa.

La emocion era tan profunda, el placer que recibiera era tan inesperado y tan intenso, que durante algun tiempo permaneció absorto, sin pensar en leer la carta, que estaba abierta a su lado y cuyos caracteres verdaderamente no alcanzaba a distinguir; pero pasada esa primera impresion que absorve por completo nuestras facultades, tomó la carta de su hermana y principió su lectura, parándose a cada palabra, haciendo una exclamacion... Cuando hubo concluido, cerró sus párpados, apoyando su cabeza en el respaldo de la silla como si fuera a desmayarse... En es'a postura permaneció por algunos segundos; pero poniéndose de pié repentinamente, salió con precipitacion, sin reparar en el mozo que entraba en ese momento con el almuerzo que habia pedido; porque la naturaleza, tanto en los grandes dolores como en las grandes alegrías, nos lleva, sin que reflexionemos de nuestra parte, hácia el movimiento, pues talvez sin él pereceria el individuo, siendo víctima de una de esas impresiones a las que no está el hombre acostumbrado a resistir.

Enrique salió sin decir palabra, tomó su caballo y llamó a su mozo para que lo siguiera.

El criado de la fonda quedóse atónito con su almuerzo en la mano, sin saber qué pensar y sin atreverse a detenerlo, y sólo al cabo de unos momentos, cuando vió que el jóven lanzaba su caballo a todo escape, exclamó:—"Está loco."

El sirviente tenia razon: en aquel instante Enrique no tenia conciencia de lo que hacia, obediendo instintivamente a un impulso que no estaba en su mano dominar.

Asi corrió sin direccion fija durante algun tiempo, hasta que el aire, que azotaba su cara con violencia, lo fué volviendo en sí, reteniendo todavia la veloz marcha de su fogoso caballo.

II.

Habiendo el mozo alcanzádole en breve, le presentó el sombrero, que se le habia caído durante la precipitada fuga, que no sabia a qué atribuirle el pobre hombre, creyendo, como el sirviente de la fonda, que se habia vuelto repentinamente loco; pero Enrique, recobrado un tanto, dijo a su guia con cariñoso tono.

—¿Estás asustado, Bonifacio? pero no temas nada, lo que únicamente siento es haberte privado de tu almuerzo.

—No hai *cuidao* patroncito. . iremos a comer a las casas; pero seria *güeno* tomar otro camino, porque éste no va *pa llá*.

—Volvamos entonces.

—Sí, *tenimos* que hacer una *gueltita*. ¡Y qué *güen* caballo patroncito! yo no lo podia alcanzar con mi *pingo* maloncito.

Y el campesino miraba a Enrique para darse cuenta de lo que habia motivado aquella violenta carrera; pero no notando en él nada de extraordinario, se tranquilizó, y dirigiendo su caballo en direccion opuesta a la que habia tomado Enrique, le dijo a éste:—“Por aquí patroncito.”

Enrique lo siguió sin contestarle, pero con el semblante mas alegre.

Asi anduvieron largo tiempo sin hablar palabra, el jóven entregado a sus reflexiones y sacando de cuando en cuando la carta y los retratos alternativamente, leyendo la primera y mirando los segundos, y el mozo contemplándolo atónito, porque lo veia reir y llorar a la vez, figurándose por esta razon que quizá hubiera perdido el juicio, lo que sentia el pobre muchacho, porque Enrique era querido de todos; sin embargo no se atrevia a interrumpirlo.

Cuando estuvieron cerca de las casas de la hacienda, el

mozo preguntó a Enrique la hora que seria, pues ya iban a llegar.

—Tan pronto? exclamó Enrique.

—¡Cómo tan pronto cuando nos hemos venido al *pasito*!

—Pues el camino se me ha hecho corto; son las tres de la tarde.

—*Asina* será, pero hemos andado como tortuga. Es que su *mercé* se ha venido riendo y conversando solo.

—¿De veras, Bonifacio?

—De *veritas*, señor, yo lo estaba viendo.

—No lo dudo, porque estoi mui contento.

—¿Y tambien se llora cuando está uno contento?

—¿Que he llorado yo acaso?

—Por supuesto, patron, despues de reir lloraba, y despues de llorar reia y despues de reir hablaba...

—¿Y despues de hablar?

—Se quedaba su *mercé* callado como muerto.

—Lo que te habrá divertido mucho?

—No, patroncito, temia que le hubieran hecho a su *mercé* *daño* (1).

—¿Qué ocurrencia, Bonifacio! ¿cómo te figuras semejante cosa?

—Es, señorito, que aquí en la hacienda hai *muchísimos* brujos, y sobre todo un brujo mayor, que es el padre de *toitos*.

—Y esos brujos viven aquí en la hacienda? preguntó Enrique, riéndose de la credulidad del campesino.

—Ríase cuanto quiera su *mercé*, pero lo que digo es la *purita verdad*.

—¿Y los has visto tú?

—Al brujo mayor, muchas veces, con *too*, patroncito, dicen que es de los *güenos* brujos, porque ha *sanao* a muchos

(1) Nuestros campesinos llaman *daño* al maleficio o hechicería que crean firmemente hacen algunas personas que tienen relaciones íntimas con el demonio y que denominan *brujos* o *maches*.

enfermos; pero yo no me pusiera en sus manos, aunque no puede hacerme *naa* porque yo tengo la cruz de Salomon...

—¿Qué es lo que llamas la cruz de Salomon?

—Esto, patroncito; y el campesino sacó de su pecho una especie de pergamino que llevaba cuidadosamente envuelto en una bolsita y en el cual no se veía otra inscripcion que ese signo XX

—Y esta es la cruz de Salomon?

—Sí, patroncito; y no hai mas que clavar el puñal en el medio y uno ensarta el brujo.

—¿Y has hecho alguna vez la prueba?

—No, porque no me han hecho todavia *daño*.

III.

Enrique continuaba riéndose de la credulidad del pobre hombre, que hablaba con tan buena fé y una persuacion tal, que se le figuraba ser imposible se dudase un instante de lo que él decia.

—¿Pero tú me has dicho que has visto al brujo mayor?

—Sí, patroncito, y muchas ocasiones, y tengo pruebas de que es la *verdá*.

—¿Y cómo no te ha hecho daño entonces?

—Porque él debe saber que yo tengo la cruz de Salomon.

—Dime cómo es ese brujo?

—Ea, señor, (y el campesino hizo la señal de la cruz) un viejo alto y flaco, de barbas mui largas y de unos ojos que brillan como centellas. Vive solo, hace muchos años en un gran cerco que le dió la patrona, y allí tiene de *toito*, señor. Su único compafiero es un brujito mui feo que no habla nunca y un par de perros grandes que deben ser tambien brujos o diablos; ¡quién sabe, señor!

—Todo lo que me has dicho no prueba de que ese hombre sea brujo.

—Si su *mercé* lo viera, no diría que no; pero yo no he contao todo a su *mercé*. Oiga pues: Las mas noches se ve *juego* en su casa, ¡y qué *juego*! (y el huaso volvió a persignarse) un *juego* como no se ha visto nunca, porque la llama algunas veces es azul, otras colorada, otras verde, y con un humo tan espeso y tan hediondo.. ¿Y qué prueba esto sino que esas luces son del infierno, porque él debe tener pacto con el diablo?

—Pero puede ser que queme leña y esté haciendo de comer.

—¡Haciendo de comer a media noche! Y la llama y el olor es mui distinto al de la leña!...

—¿Y qué infieres de aquí?

—Naa mas que lo que debe ser; que es brujo y que tiene pacto con el *condenao*, de quien Dios me libre, como a todo cristiano.

—¿Y no tienes mas pruebas?

—Cómo que no!

—¿Cuáles?

—Que cuando ningun *meico* ni *meica* puede sanar un enfermo, él lo cura *lueguesito* con ciertas yerbas y aguas desconocidas y otras veces dice que morirá, y muere...

—¿Entonces es un brujo bueno?

—Ya se lo he *icho* a su *mercé* que es *güeno*, pero yo no me fiara *del*.

—Me has dado mucha curiosidad, Bonifacio, y tengo ganas de conocerlo.

—Como su *mercé* va a quedarse mucho tiempo, puede ser que lo vea, aunque él no sale nunca sino algunas veces a matar pajaritos.

—¿Y dónde vive?

—Aquí en la misma hacienda, como he *icho* a su *mercé*, pues la patrona le dió un gran cerco que está en la montaña; y a fé que los leones no le hacen a él nada y vienen hasta nuestros ranchos.

—¿Hai muchos leones en la hacienda?

—Muchísimos del *lao* de la cordillera, y hacen mucho daño al *ganao*.

—¿Y por qué no los matan?

—No es tan fácil, patroncito, yo lo quisiera ver a su *mercé*! Con cincuenta perros nos suelen tener *apuraos* y se nos van!... El administrador don Pedro Murina, le dá una res gorda cada ocasion que algun inquilino consigue pillar uno y ese es un dia de fiesta *pa toitos*... Pero allá veo que viene el administrador, dijo Bonifacio interrumpiendo su conversacion.

—Ya que vamos a llegar, y antes que nos alcance el señor don Pedro, quiero que esta noche cenes bien, por lo que te he hecho ayunar hoi y por lo contento que he venido en tu compañía.

Y Enrique sacó del bolsillo dos pesos fuertes que le pasó al huaso, el cual no queria recibirlos, diciendo que era su obligacion acompañarlo, pues se lo habia ordenado así el administrador, y que él, como inquilino, tenia que obedecer sin que le pagasen nada.

—No te los doi por paga sino por cariño, le dijo Enrique, lo cual quitó los escrúpulos al campesino, que dió al jóven un buen *Dios se lo pague*, segun la piadosa costumbre de los pobres.

El administrador don Pedro Murna.

I.

Don Pedro Murna, administrador de la hacienda de San Jorje, habia desde el mirador, ayudado de su anteojo, reconocido a su jóven amigo, el arquitecto, como él lo llamaba, y montó a caballo para salirle al encuentro, lo que era una señal de afecto mui marcada; pues don Pedro, seco de carácter aunque bondadoso, rara vez se le manifestaba jovial; pero era tal el aprecio que habia concebido por Enrique, que lo colmaba de distinciones, mostrándole toda la amabilidad de que era capaz, la que el jóven correspondia, agradeciéndosela sin abusar jamas de ella, pues no se prevalia del favor que le dispensaban para conseguir la menor ventaja, ya fuese respecto al trabajo o a su persona.

—¿Cómo le ha ido a usted en su paseo, amiguito? preguntó don Pedro cariñosamente a Enrique.

—Tan bien, señor, como no lo esperaba.

—Me alegro infinito... Su semblante lo está diciendo: ¿recibió usted cartas?

—Sí, señor.

—Ninguna novedad en Santiago?

—Ninguna, señor, al menos que yo sepa, porque la carta que he recibido es de mi hermana y solo me habla de asuntos de familia.

—¿Tiene usted una hermana? Apostaría a que es tan buena como usted.

—Sí, señor, mi hermana es buenísima, y mejor, mucho mejor que yo.

La naturalidad y entusiasmo con que Enrique dijo aquel elogio, revelaba que no había la menor pretensión de su parte.

—Así me lo figuraba, contestó el administrador.

—Usted es tan bondadoso.

—Dejémonos de cumplidos, mi joven amigo; yo poco los gasto con los otros.

—Lo que no impide que usted se muestre tan amable.

—Usted tiene de mí una opinión distinta a la de los demás, pues todos me encuentran *cáscara amarga*, y así me l'aman.

—Pero si la cáscara es amarga, el fruto es dulce.

—Vamos, dejémonos de requiebros. El viaje y las buenas noticias que ha recibido deben haber despertado su apetito, y yo lo estaba esperando con un cordero asado.

—No he comido nada, pero me siento sin ganas.

—¿No ha almorzado usted?

—No, señor.

—La alegría suele ser el mas nutritivo alimento.

—Así lo creo.

—Pero no es lo bastante, sin embargo, y usted verá que despues de tomar un bocado, ella se aumenta.

Los dos amigos se dirijieron a las casas.

II

Enrique estuvo mas alegre que de costumbre, pero se retiró mui temprano a su cuarto... Tenia necesidad de estar solo, porque hai felicidades que únicamente se saborean en

el silencio y para las que es indispensable el aislamiento, pues el bullicio en vez de aumentarlas las adormece y debilita.

Cuando nuestro jóven se vió solo, sacó los retratos y se puso nuevamente a contemplarlos y a leer repetidas veces la carta, sintiendo en cada ocasion un placer nuevo, pues se detenía en cada una de las espresiones, dándose así cuenta de lo que habria hablado Luisa, trasportándose a los lugares en que ella habia estado, creyendo sentir las emociones que ella habria tambien experimentado... Hubiera querido Enrique saber hasta el sitio y el asiento que ocupara en su casa, para adorarlos, como si hubiese quedado en ellos algo de Luisa... como si los hubiese santificado con su presencia... y tenia razon el jóven, porque nunca son indiferentes ni aun las cosas inanimadas que han pertenecido a la mujer que uno ama, sino que siempre evocan en nosotros un recuerdo, ya sea éste triste o alegre.. ¿Quién permanece indiferente, quién no se impresiona, quién no se conmueve a la sola vista del aposento en que ha pasado algun tiempo nuestra mujer o nuestra querida? Ese cuarto, ese mueble, ese lugar participa de su naturaleza, está impregnado de su esencia, y habla un lenguaje a nuestro corazon; y la reminiscencia de la vida pasada, de las caricias que nos han prodigado, de las lágrimas que hemos vertido, de las conversaciones que nos han ocupado, vienen a hacer parte de nuestra existencia actual, presentándose los recuerdos frescos y palpitantes como si en ese momento sucediera lo de aquel entonces, como si no fuese un pasado sino un presente, colocándonos en las mismas circunstancias en que estuvimos tiempo há..

Enrique, embriagado en delicias hasta entonces desconocidas de él, no sabia cómo espresarlas y habia comenzado a escribir mil cartas a su hermana, rompiéndolas en seguida, porque en su opinion no manifestaban todo cuanto él sentia, desesperándose de la impotencia de su palabra; sin em-

bargo le era indispensable contestar, y al fin coordinó las líneas siguientes, sin quedar satisfecho, pues se había operado en él instantáneamente una reacción, y al sumo placer se había sucedido el dolor.

San Jorge, octubre 20 de 1850.

"Mi querida hermana:

"En mi ignorancia nada sé expresar. Muchas cartas he principiado y otras tantas he roto; y cómo decirte con palabras lo que he sentido... lo que siento aun?

"Tu carta la he besado cien veces y todavía no estoy satisfecho!... Tú no tienes idea de lo feliz que he sido, y yo carezco de expresiones para comunicártelo... ¡Qué sorpresa! qué dicha! qué mar de delicias en un solo instante!... La alegría casi me ahogó, y si no perdí el sentido, perdí al menos el juicio, pues salí corriendo sin escuchar nada y sin ver a nadie! Esto me sucedió al abrir tu carta y al leerla, y prefiero mas bien referirte el hecho que pintarte el sentimiento... Tú me habrias mejor comprendido viéndome que escribiéndote!

"Mercedes, ¿te acuerdas de la noche en que te pedí el retrato de tu amiga? (su solo nombre me hace estremecerme y prefiero no escribirlo) ¿Te acuerdas que estaba conmovido? ¡Pues esa es una sombra en comparacion de mis impresiones de hoy!... ¡Quién sabe, hermana querida, si no has hecho mal en comunicarme esa bondad infinita, esa belleza inimitable de tu incomparable amiga, porque siento mi corazón para siempre cautivo;... porque siento que moriré si ella no me ama!... Ya ves lo que has hecho con tu pobre hermano!... le has clavado un puñal y abierto una herida sin remedio!... porque tú misma me has dicho que es imposible que ella me ame, que la distancia es infinita... que su superioridad es inmensa... y que es preciso renunciar!... y en comprobacion de esto mismo, me escribes esa carta que me lo demuestra todavía mas, quitándome hasta

la esperanza que en un momento de delirio habia concebido y que me haces ahora perder para siempre!...

"Explícate tú misma si puedes mis contradicciones, pero esa carta, que ha causado y causa mi mayor delicia, es el motivo ahora de mi profundo abatimiento... Yo veo, como tú, que no hai ya posibilidad, que no hai esperanza!... ¿Con qué derecho, con qué virtudes, con qué méritos cuento yo para pretender escalar el cielo? No hai remedio... es preciso que me resigne, Mercedes, pero mi resignacion es mi muerte... Cumpliré mi promesa, pero perderé mi vida, hé aquí la única perspectiva de mi mísera existencia; y sin embargo, prefiero morir abrasado en ese fuego que vivir sin él!...

"Cuán feliz eres tú, Mercedes, cuán dichosa en estar a su lado, en oir sus palabras, en participar de sus actos! esto es lo que te envidio, y no la riqueza que posees, esa riqueza que ella misma te ha dado... Una sola mirada, un solo movimiento de sus labios, vale mas para mí que todo un mundo... Estoi, te lo confieso, hermana mia, envidioso hasta de esas pobres a quienes ha socorrido, porque se habrá fijado en ellas, porque las habrá dirigido la palabra, porque las habrá quizá tocado con sus manos!...

"¡Qué diera yo por ser como tú, Mercedes, por tener la dicha que tú tienes en verla, en hablarla, en estar con ella diariamente y en que te llame su amiga!—Su amiga! ¿Sabes lo que esta sola palabra vale para mí? Ah! Yo daria mi vida por oirla pronunciar por sus labios dirigiéndomela a mí con su mirada!... con esa mirada que a la vez me abrasa, me anonada y me estasia!

"Yo estoi loco, hermana mia, ¿no es verdad? pero esta locura, si bien me hace sufrir, me agrada; y ahora comprendo que hai dolores que nos son queridos...

"En toda mi carta, Mercedes, solo te he hablado de mí. ¡Cómo el egoismo del hombre se manifiesta sin querer! y nada te he dicho de *ella*, nada de esos rasgos de caridad

que me has referido en tu carta, nada de la espléndida dádiva de la señora, nada de tí, nada de mis padres y de nadie nada; pero ya te he dicho que he perdido el juicio, dejándome llevar únicamente de mis impresiones y olvidando el resto. Perdóname, pues, hermana mía, y discúlpame con mis queridos padres, diciéndoles que estoy bueno, con lo cual quedarán contentos.

"Respecto a nuestros vecinos, es decir, a ese joven Víctor, de quien me haces tantos encomios, te diré con franqueza que no me gusta. Nada tengo en qué apoyar mi temerario juicio, pero estoy persuadido de que su caridad es afectada y que encubre proyectos siniestros. Yo no lo he visto nunca, tú lo encuentras un modelo de virtudes y esto debiera bastar para despertar en mí fuertes simpatías, pero sucede todo lo contrario, y sin motivo y sin darme cuenta de esta repugnancia injusta, la experimento sin que me sea posible vencerla. Esto no es para que no lo aprecies, puesto que lo conoces; pero yo no debo ocultarte mis impresiones y ojalá sea el engañado y tenga yo que arrepentirme de mi injusticia.

"Adios, hermana mía, escíbeme siempre y háblame largo, muy largo de todo, mientras esté ausente, porque esto es el único placer de tu

ENRIQUE."

III.

La súbita alegría de nuestro joven habíase cambiado casi en melancolía, como es fácil verlo por la carta dirigida a su hermana; sin embargo, esclavo de su deber, no desmayaba en el trabajo, continuando con mayor energía y tenacidad, como si buscara en la agitación corporal la quietud de su espíritu. La obra de que estaba encargado avanzaba, pues, con una rapidez sorprendente, porque Enrique estaba en todas partes y a todos ayudaba, animándolos también con su ejemplo.

Una noche entró don Pedro en el cuarto de Enrique, y encontró a éste sentado en una mesa, teniendo un papel por delante y con el rostro bañado en lágrimas. El administrador quedóse sorprendido e iba a retirarse, cuando el jóven, saliendo de su triste meditacion por el ruido de pasos que sintiera, volvió su cabeza, viendo a don Pedro que se dirigia hácia la puerta.

—Señor, le dijo el jóven, ¿tiene usted algo que ordenarme?

—Nada, don Enrique, venia a conversar con usted para pasar la noche, pero lo veo a usted ocupado y siento haberlo distraido.

—No importa, señor, pase usted a sentarse; ninguna ocupacion apremiante tenia entre manos.

—Sin embargo, he creido notar en usted...

—¿Que estaba triste?

—Así es, amigo mio.

—Tanto mejor; la conversacion de usted disipará esa tristeza.

Y el jóven, tomando una silla, se la pasó al administrador para que la ocupara.

—¿Ha recibido usted malas noticias de Santiago?

—No, señor, son las mismas que obtuve el domingo.

—Pero el domingo estaba usted mui alegre con ellas.

—Es verdad... y lo estoi todavia...

—Con todo, usted mismo me ha confesado que no se hallaba satisfecho.

—Satisfecho sí; pero alegre no.

—Es raro! ¿Cómo puede usted estar satisfecho y no estar alegre? Esto encierra alguno de esos secretos de jóven, dijo el administrador con sonrisa benévola...

—Talvez, señor, contestó avergonzado Enrique.

—Yo no pretendo, amiguito mio, introducirme en su confianza, y demos por terminada nuestra conversacion.

El administrador hizo ademan de retirarse.

—No se vaya usted, señor don Pedro, pues a mas de honrarme con su visita, tengo un verdadero placer en escucharlo.

—Yo tambien tengo en estar con usted y por eso lo busco.

—Gracias, señor, pero mi sociedad es bien pobre, bien insignificante...

—Será como usted quiera; yo no acostumbro cumplimientos; pero puedo asegurarle que a mí me es agradable; sin embargo, si lo distraigo de sus ocupaciones o de sus pensamientos, me retiro.

—No, señor don Pedro, porque yo siento placer cuando estoi con usted.

—Ya va a hacer un mes, amigo mio, que usted se encuentra en esta hacienda, y me parece que solo ayer hubiera llegado; y ademas tambien me parece que lo conociera a usted desde mucho tiempo há, tal es la confianza que me inspira y el cariño que le tengo.

—Lo mismo siento yo, señor, y cuando me vea obligado a retirarme de aquí, lo haré con pesar.

—¿Quiere que le diga a usted una verdad, amigo mio? Pues bien, a la vez que admiro, a la vez que estoi complacido de su trabajo, siento el empeño y la brevedad con que lo ejecuta, porque esto disminuye el tiempo que usted tiene que permanecer con nosotros.

—Le agradezco, señor don Pedro, esa muestra de afecto y puedo asegurar a usted que yo experimento lo mismo.

—¿Para qué, entonces, tanta contraccion?

—Porque desearia concluir mañana y regresar a Santiago.

—Lo llaman a usted sin duda intereses mayores.

—Nada de interes, señor, pero mucho de afeccion: desearia ver a mis padres y a mi hermana.

—¿Y talvez a otra persona mas? dijo don Pedro con cierta malicia.

—Mis deseos están limitados por mis esperanzas.

Esta respuesta ambigua manifestaba claramente al administrador que Enrique queria ser reservado, asi es que él no insistió en sus preguntas; pero el jóven, con el deseo de no cortar la conversacion y por satisfacer una curiosidad que sentia desde algunos dias, es decir, desde su viaje a San Fernando, dijo a don Pedro:

—Hai cosas, señor, a las que yo no doi fé alguna, pero que despiertan la curiosidad, y una de ellas es la existencia de brujos, que dicen haber en la hacienda, con especialidad de uno a quien llaman el jefe y a quien la propietaria ha cedido algunos terrenos. ¿Quiere usted decirme qué es lo que hai sobre este particular?

—Con mucho gusto, amigo mio. Yo lo informaré de todo lo que sé a este respecto, pues las voces que corren no carecen de algun fundamento.

—¿Será usted de la misma opinion de Bonifacio?

—Sin ser de la misma opinion de él, pues yo no atribuyo a causas sobrenaturales ciertos hechos; sin ser de su misma opinion, repito, no puedo menos de acreditar lo que talvez él le habrá dicho a usted.

—El me ha asegurado, señor, que en la hacienda existen muchos brujos y especialmente el jefe de ellos, a quien él mismo ha visto repetidas veces, siendo ademas testigo de varios prodijios.

—No le han mentido a usted. Bonifacio ha podido ver, como los demas inquilinos y como yo mismo en muchas ocasiones, al hombre misterioso a quien la señora diera hace algunos años una posesion en la hacienda. Este hombre, es verdad, lleva la vida mas solitaria, no se comunica con nadie y vive completamente solo, si esceptuamos a un idiota y algunos perros y otros animales que lo acompañan; pero a la vez está siempre dispuesto para hacer el bien y ha operado entre nosotros cosas prodijiosas, salvando a personas que se creian perdidas para siempre y a quienes los médicos del lugar y muchos otros no habian podido curar.

Yo, como usted puede figurárselo, no creo, cual el resto del pueblo, que este hombre sea un ser sobrenatural o haya hecho pacto con el diablo, como lo aseguran nuestros campesinos; pero estoy persuadido que es algun sabio o algun insigne malhechor; sin embargo, me inclino a creer lo primero, porque la señora no habria protegido lo último; pues cuando se estableció en medio de nosotros, ella misma en persona hizo llamar a todos los inquilinos de la hacienda y les ordenó que le guardasen las mayores consideraciones. Es verdad que él no ha exigido nunca nada de nadie, ni esas consideraciones ni favores de ninguna especie, sino que, por el contrario, nos ha hecho muchos beneficios; y sin el, sin sus conocimientos, no viviria mi hijo único, que lo salvó a pesar de la opinion de los médicos; pero no puedo negar a usted que las ideas de nuestros campesinos tienen su fundamento, porque la existencia de ese hombre es lo mas excepcional.

—Bonifacio me habia hablado de su raro talento para las enfermedades, pero tambien me dijo respecto a él otras particularidades, tal como el fuego que se observa en su casa a diferentes horas de la noche, siendo de naturaleza distinta a los otros; pues la llama de su chimenea es mui diferente a las demas, variando sucesivamente de colores.

—Yo tambien he notado esto mismo, y si usted se encuentra ahora cerca de su encanto (pues asi se denomina aquí la propiedad que posee en la hacienda) notaria esto en el acto.

—Lo que usted me dice provoca mi curiosidad.

—Todos participamos de la misma, pero es imposible satisfacerla, porque él no habla casi con nadie, no vive sino con su idiota, que jeneralmente lo acompaña a todas partes, no permite que penetren en sus habitaciones, habitaciones que él ha construido en persona, ayudado de algunos peones a quienes pagó, segun hai memoria, mui buen jornal; y solo se presenta en las casas cuando viene la patrona a pasar una

temporada de campo, la cual lo recibe con las mayores consideraciones, pero a la vez con el mas grande misterio, pues nadie asiste a sus entrevistas, a no ser la hija de la señora.

—Mi curiosidad crece en proporcion de lo que usted me dice de él. ¿Seria entonces imposible irlo a visitar?

—No es tan imposible, porque recibe a todo enfermo y aun suele ir a casa de éstos, pero guarda siempre mucha reserva.

—Tambien con usted?

—Conmigo lo mismo que con cualquiera otro, pues no reconoce mas autoridad que la de la señora.

—¿Raro hombre! ¿Y nunca ocupa a nadie?

—Jamás ha solicitado el menor servicio. El hace sus siembras y cosechas, acompañado únicamente de su idiota sin que haya pedido el mas pequeño auxilio.

—Entonces debe vivir mui miserablemente?

—Lo ignoro; pero segun he oido decir, casi no le falta nada, teniendo muchas veces provisiones con las cuales socorre a todos aquellos que carecen de ellas.

—Por lo que veo, el hombre es mui humano y jeneroso.

—No solo humano y jeneroso, sino sábio; pues ha habido diversas ocasiones en que, sin pretenderlo, ha manifestado su ciencia.

—¿Y qué tiempo a que vive aquí?

—Como unos diecisiete o dieziocho años.

—¿Y en todo ese tiempo no se le ha visto dejar el lugar?

—Nunca.

—Diera no sé qué por conocerlo.

—Talvez mientras usted permanezca en la hacienda, puede presentarse la ocasion.

—¿No le seria a usted fácil, como administrador, ir a su casa y llevarme consigo?

—Ya he dicho a usted que no reconoce mas autoridad que la de la señora, y a mí me miraria del mismo modo que a cualquier otro inquilino.

—No puede usted figurarse, señor don Pedro, los deseos que tengo de conocer a ese sujeto.

—Y aun yo mismo, pues solo lo he tratado una o dos veces, pero sin familiaridad, porque no se presta mucho a que la tengan con él.

—¡Si hubiera algun pretesto para introducirse!...

Apenas acababa Enrique de pronunciar esas palabras, cuando entró un muchacho despavorido al cuarto, gritando.—“Las sementeras de la cordillera están ardiendo.”

Al oír esto se para el administrador precipitadamente, siguiendo Enrique tras de él. Don Pedro tenía el caballo ensillado y montó en el acto, lanzándose con toda velocidad con direccion al fuego, cuyas llamas se veían a la distancia. Enrique, sin darse tiempo de poner algun pello al primer caballo que encontró, se lanzó tambien en pelo, con esa agilidad de los veinte años, siguiendo la misma direccion del administrador.

El incendio y el solitario.

I.

El fuego se encontraba como a cuatro leguas distante de las casas, de modo que don Pedro, como muchos inquilinos, no pudieron llegar sino una hora mas tarde, cuando ya el feroz elemento habia tomado proporciones considerables, siendo imposible salvar la gran sementera, que ya se veia arder en todos los puntos, corriendo el fuego con una velocidad espantosa y presentando el aspecto de un numeroso lago que reflejaba torrentes de luz a una gran distancia.

Un número considerable de jente estaba ya reunida cuando llegó el administrador y tras de él Enrique, los que notando que no se podia cortar el fuego para librar alguna parte de la sementera, la dejaron arder, llamando a los inquilinos hácia el lado del monte para impedir la comunicacion del fuego, que hubiera tomado entonces proporciones colosales; pero tan luego como algun árbol se incendiaba, lo echaban abajo, ahogando las llamas con tierra y evitando de ese modo mayores estragos.

De repente se oyó este grito jeneral:—"El cerco del brujo está ardiendo." Y todas las miradas se fijaron en un solo punto.

Algunos decian:—"Ahora veremos si el diablo le ayuda;" otros "el encanto va a desaparecer," y todos esperaban ansiosos, como si fuera a presentarse un espectáculo estrordinario. Apenas habian dicho esto cuando se vió un anciano

al lado opuesto del cerco, acompañado de un muchacho de feo aspecto, y de dos enormes alanos y otros perros de caza. Al ver a este hombre, toda la jente hizo la señal de la cruz, y extendiendo sus brazos lo señalaban diciendo:—"El brujo! Ahí está el brujo!"...

El aspecto del anciano era imponente; su elevada estatura, su larga y blanca barba, el reflejo de las llamas sobre su rostro, la inmensa sombra que proyectaba su cuerpo, su actitud serena, todo contribuía a que aquella pobre y supersticiosa jente lo tomase por un ser sobrenatural.

Don Pedro, que no participaba de la misma creencia y viendo el riesgo que corrían los planteles del anciano, llamó a algunos inquilinos para que fuesen a cortar el fuego por ese lado; pero a pesar de la obediencia ciega a que estaban acostumbrados, no se movió ninguno... Don Pedro reiteró sus órdenes y aun los amenazó, pero le fué imposible hacerse obedecer, porque mas fuerza hacía en ellos la superstición que el mandato, y preferían ser castigados a tener que introducirse de noche en el recinto de aquel hombre.

Don Pedro comprendió al fin que súplicas y amenazas serían inútiles; y viendo, por otra parte, que era probable perdiese el anciano por falta de auxilio el fruto de tantos años de trabajo, se decidió a socorrerlo personalmente y convidó a Enrique. El joven aceptó en el acto, tanto porque se le presentaba la ocasión de hacer una buena obra, cuanto porque talvez llegara a conocer la existencia de aquel anciano misterioso que vivía apartado de los hombres y que sin embargo los socorría en sus aficciones, sin exigir nunca la menor remuneración.

Don Pedro y Enrique lanzaron sus caballos en esa dirección, y en poco tiempo se hallaron casi al lado del solitario, que, viendo la inutilidad de sus esfuerzos para atajar el mal, lo contemplaba sereno; pero don Pedro y Enrique eran robustos, y aun cuando la lucha parecía desproporcionada y muy superior a sus fuerzas, se pusieron, sin embargo, a la obra

con una actividad, energía y destreza que produjo buenos resultados, consiguiendo parar los estragos que hacia por esta parte el voraz elemento. El anciano y su joven compañero, animados con este ejemplo y viendo la posibilidad que habia de salvar su propiedad, unieron su débil contingente de trabajo al auxilio poderoso de don Pedro y Enrique, que varias veces se vieron casi a punto de perecer envueltos por las llamas, pero que al fin consiguieron triunfar.

Cuando hubo desaparecido el peligro, era tal la fatiga que experimentaban don Pedro y Enrique, que cayeron casi exánimes al suelo, soltando las herramientas de que se habian servido para vencer tan terrible enemigo.

El anciano, viéndolos casi inermes, les suplicó que hicieran un pequeño esfuerzo para llegar hasta las casas, donde podian descansar; pero ellos le contestaron que no les era posible moverse y que les dejase allí mientras se les pasaba la fatiga, quedándose al punto como aletargados.

El solitario los contempló un momento en silencio, y acercándose a ellos, puso su mano sobre la frente de sus dos libertadores, y en seguida hizo ciertas señas a su muchacho, que partió en el acto con la velocidad de una flecha. Pocos momentos despues estaba de vuelta, trayendo un pequeño frasquito, que entregó al anciano.

El solitario volvió a contemplarlos sin pronunciar palabra, pero su mirada era profunda a la vez que solícita, como la del sabio que trata de penetrar el mal que aqueja a una persona que ama. En seguida vació en una pequeña cuchara parte del licor que contenia el frasco, se arrodilló, levantó un poco la cabeza de cada uno, les abrió los labios y les dió a beber el misterioso elixir, esperando solícito sus efectos.

Segundos despues, ambos pacientes se incorporaron y hubieran podido notar en otras circunstancias la alegría y la satisfaccion que reflejaban las nobles facciones del anciano.

II.

Cualquiera que hubiera visto aquella escena muda y alumbrada por la luz del terrible incendio, habría encontrado en ella, si no nada de sobrenatural, al menos algo de fantástico; y si los inquilinos de la hacienda de San Jorge la hubieran presenciado, era indudable que contarán en sus casas a sus mujeres y a sus hijos que habían sido testigos de un acto de brujería, pues jamás hubieran atribuido a la ciencia sino al poder del demonio el que volviesen a la vida dos hombres que ellos considerarían como muertos.

El solitario, viendo incorporarse a don Pedro y a Enrique, les preguntó si se sentían mas aliviados, y respondiéndole éstos que sí, les convidó a su casa, diciéndoles:

—En el estado en que ustedes se encuentran sería imprudente y muy peligroso que se retirasen; por lo tanto espero que se sirvan aceptar mi modesto albergue.

—Le agradecemos muchísimo, contestó don Pedro, pero en nuestras casas estarían con cuidado no viéndonos llegar, y talvez presumirían que hubiéramos perecido en el incendio.

—Tienen ustedes mucha razón; sin embargo, estoy en el deber de decir a ustedes que el verdadero riesgo está en que ustedes se retiren. Yo puedo responder ahora de sus vidas y talvez no lo podría hacer mañana.

—Pero la inquietud que van a tener por nosotros y nuestras obligaciones nos hacen no aceptar su jenerosa hospitalidad.

—No hai jenerosidad de mi parte, amigos míos, dijo con tono solemne el anciano; porque sin tomar en cuenta que ustedes han arriesgado la vida por salvar mis pequeños intereses, debo, con la autoridad del médico, ordenar a ustedes que no abandonen por esta noche esta casa; y estoy tan convencido de lo que digo, que si yo cediese a sus instan-

cias dejándolos partir, me consideraría culpable de la muerte de ustedes; mientras que de otra manera ustedes se encontrarán mañana temprano en perfecta salud, pudiendo desempeñar sus obligaciones. Por lo que hace a la inquietud que tendrán en sus casas, hai un medio de evitarla y es mandando advertir que ustedes se quedan aquí.

—¿Pero quién hará esa diligencia?

—Torcuato, el muchacho que ustedes ven aquí.

—¿Y sabrá ir?

—El conoce a todos y sabe todos los lugares.

—Está bien, contestó don Pedro, dominado por el tono del anciano, que manifestaba no solo convicción sino la mayor seguridad en lo que decía.

El muchacho a quien el solitario diera el nombre de Torcuato estaba sentado en un rincón de la pieza y miraba constantemente al anciano, conociendo talvez en el movimiento de sus labios que se trataba de él, pues cuando hubo pronunciado su nombre él hizo ademán de pararse.

Como ya lo hemos dicho, este muchacho era feo y contrahecho, y para colmo de desgracia era además sordo y mudo; pero en aquella fisonomía imperfecta notábase un aire de bondad tan marcado que casi hacia olvidar la deformidad de sus facciones, y sus ojos manifestaban tal viveza y tal inteligencia, que a primera vista se comprendía que, a pesar de las apariencias de idiotismo, ese muchacho no era un ser vulgar.

El anciano le mostró a las dos personas que estaban presentes, le hizo en seguida algunas señas, le indicó a los dos enormes perros que estaban en la puerta y lo despidió en seguida.

—¿Qué le ha dicho usted al muchacho? preguntó don Pedro, que habia seguido atentamente toda aquella pantomima, pero que no habia podido comprender casi nada.

—Le he preguntado que si conocia a ustedes y si sabia donde vivian, y me ha respondido con la vista que sí. En

seguida le he ordenado que vaya a sus casas, y que avise que ustedes se encuentran buenos y que van a pasar aquí la noche.

—Pero podía haber montado uno de nuestros caballos.

—Es inútil y no habría aceptado, porque prefiere andar a pié, y es tan ágil y tan incansable, que fatigaría al mejor caballo. Por otra parte le he dado por compañeros a los dos perros, y con ellos no puede sucederle nada. En dos horas lo tendremos de vuelta, y llegará tan fresco como si hubiera ido a una cuadra de distancia.

—Y sabrá decirles lo que usted le ha significado?

—Perfectamente; pero en caso que no comprendieran su mímica clara y significativa, siempre lleva consigo papel y lapiz, y escribirá lo que le he dicho.

—¿Con que sabe escribir? preguntó Enrique admirado, y que hasta entonces no había desplegado sus labios, pues estaba sorprendido de todo cuanto veía y particularmente del solitario, cuyo aire majestuoso y benévolo le imponía, atrayéndolo.

—Escribe y lee perfectamente, contestó el anciano, y tiene un talento muy cultivado, poseyendo conocimientos muy superiores a su edad.

—¿Y dónde ha podido aprender todo esto?

—Yo le he enseñado a leer y a escribir, y como es aficionadísimo, en la lectura se ha formado casi él mismo; pues al entendimiento mas despejado posee la memoria mas feliz, y una cosa, cualquiera que sea, que ha estudiado una vez, no se le olvida nunca.

III.

A Enrique le parecía que soñaba, no pudiendo casi dar crédito a lo que veía, teniendo que llamar en su auxilio a su razón para no caer en la misma superstición que tenían los inquilinos de la hacienda, es decir, para no pensar que aquel hombre fuera de una naturaleza distinta.

Ustedes deben estar mui fatigados, dijo al fin el anciano, y seria conveniente que tomaran un poco de reposo. Voi a prepararles una bebida que los refrescará, dándoles a la vez un sueño reparador. Por lo que hace a Torcuato, estén ustedes seguros que desempeñará su comision; y aun cuando sus familias no pierdan del todo sus temores porque van ustedes a pasar la noche en casa de un brujo (y el anciano se sonrió con bondad) ellos saben que al menos es un brujo que no hace daño.

—Señor, contestó Enrique, nosotros no participamos de las creencias de los demas.

El solitario los miró un momento, y en seguida dijo:

—Son mui pocos los que no están íntimamente persuadidos que yo tengo relaciones con el diablo; pero piénsenlo o no, para mí es lo mismo: asi es que ustedes pueden creerme un condenado sin que yo me ofenda por eso.

—En caso que usted fuera ese ser sobrenatural, agregó Enrique, sus relaciones mas parece que fueran con Dios que con el diablo.

—¿Qué le hace a usted pensar así?

—Todo lo que me han referido de usted y lo que ahora veo.

—¿Y qué le han referido y qué ve?

—Me han contado el bien que usted hace y la ciencia que posee, y ahora soi testigo de ese bien y de esa ciencia.

—Es verdad, mi jóven amigo, que tengo el deseo de hacer el bien y que no pierdo ocasion de practicarlo, dijo el anciano, sin afectacion y sin falsa modestia; pero respecto a la ciencia, bien poco es lo que he avanzado en mi larga vida; sin embargo, si hemos de hablar del bien, son ustedes los que me lo han hecho en este momento y soi yo el que debo estarles agradecido.

—No hemos hecho mas que cumplir con nuestro deber.

—Asi es, hijo mio, contestó el solitario, mirando con cariño a Enrique: el que practica el bien no hace mas que cum-

plir con su deber; pero el cumplimiento del deber, si no es bastante para producir la gloria, lo es para darnos satisfaccion, y ustedes son dignos de ella por el acto de valor y de abnegacion que hoy han cumplido y por los sentimientos que manifiestan.

—Si nosotros, repuso don Pedro, no hubiéramos venido a socorrerlo, tendríamos mucho de que arrepentirnos, pues nuestra conciencia no podría estar tranquila, mientras que ahora, habiendo cumplido con nuestra obligacion, estamos en paz con nosotros mismos.

—Lo que prueba, como he dicho antes, que el hacer el bien no es mas que nuestro deber, y que el que no lo cumple peca contra él. Del primer caso nace la satisfaccion, porque hemos obrado en armonia con nuestra naturaleza, y del segundo el remordimiento, porque la hemos contrariado. Dios, prosiguió el anciano con conmovido acento, ha grabado en nuestros corazones leyes inmutables que no nos es dado infringir sin contrariar nuestra armonia y sin renegar de nuestra esencia, desmintiendo nuestro fin... Pero ya es tiempo de reposaros, añadió; seguidme, y vosotros mismos me ayudareis a arreglar vuestro aposento.

El solitario llevaba consigo una lámpara y marchaba delante para mostrarles el camino. Aquella casa, o aquel rancho, diremos mas bien, pues su techo era de totora, constaba de varios departamentos. El primer cuarto que atravesaron contenia dos grandes estantes de libros, una cama y una estensa mesa donde se veian globos, compases, balanzas de ensayo, diversas piedras minerales, varias yerbas secas y muchos útiles y frascos de distintos tamaños y de diversas formas, conteniendo líquidos de varios colores. El solitario se acercó a la mesa, suspendió la lámpara para ver mejor, y tomó uno de estos frascos sin vacilar. En seguida abrió otra puerta que daba a una habitacion contigua y entró en ella precediendo a sus dos huéspedes, que marchaban silenciosos y sorprendidos de cuanto veian. Este otro cuarto estaba

rodeado de tablillas en que estaban colocados un sinnúmero de pájaros disecados y en su actitud natural, a tal punto que don Pedro y Enrique creyeron que estuvieran vivos, maravillándose de verlos tan tranquilos y de que no hicieran el menor movimiento a pesar de la luz y del ruido de los pasos. El anciano llegó a la estremidad del aposento, donde habia doblados dos catres de madera de esos que llamamos comunmente de tijera. Sin decir palabra, colocó uno al lado del otro, abrió un toско armario y sacó de él alguna ropa de cama que les entregó, diciéndoles:—"Acomodaos, no tendreis un mullido lecho, pero en cambio vais a pasar una buena noche."

Don Pedro y Enrique, dándole las gracias y sin hacerse de rogar, tomaron las mantas, frazadas y sábanas, e hicieron sus camas.

El anciano dejó la lámpara sobre un rústico lavatorio y salió de la habitacion, apareciendo inmediatamente con dos almohadones y dos pieles de leon, que colocó a los piés de cada uno de los catres; pues en este cuarto, asi como en los demas, no habia ni estera ni alfombra.

—Ahora, desnudaos, amigos mios, mientras os preparo la bebida que debe calmar vuestra agitacion y disipar el cansancio, dándoos un sueño apacible y reparador.

Los dos huéspedes obedecieron.

El anciano les tocó la frente, los contempló durante un rato en silencio y puso en seguida en un vaso una pequeña cantidad del licor que contenia el frasco que habia tomado de la mesa y les dijo:—"Bebed."

Don Pedro y Enrique bebieron el contenido sin vacilar. Pocos instantes despues dormian profundamente.

IV.

El anciano quedó por algunos minutos al lado del lecho de sus huéspedes... Su mirada inteligente y cuyo fuego no habia aun apagado la edad, estaba fija en Enrique, como si

aquella fisonomia le trajera lejanos recuerdos que tratara de evocar en aquel momento.

Es raro, murmuró entre dientes y como hablando consigo mismo; pero estos ojos verdes y dulces me representan aquel hombre a quien debo el no haber muerto en un patíbulo... y a quien talvez jamas recompensaré... aun cuando no fuera sino mostrándole mi gratitud,... esta es una antigua deuda que me resta por saldar, y que Dios quiera no baje a la tumba sin haberla satisfecho.

El anciano se alejó silenciosamente, llevándose su lámpara.

Torcuato se le presentó en el acto... acababa de llegar.

La interrogativa mirada del anciano, que el muchacho comprendió instantáneamente, bastó para que le diera todas las esplicaciones que deseaba obtener.

El mudo habia desempeñado su comision con el mayor acierto y parecia muy contento de haberlo hecho.

Los dos hermosos perros que lo acompañaron y que parecían terribles a la vez que mansos, se acostaron en el umbral de la puerta jadeantes de fatiga.

El solitario acarició al muchacho, besándolo en la frente, y pasó su mano sobre el lomo de los dos alanos, que movieron sus colas en señal de gratitud por aquella caricia.

Torcuato fué en seguida a un armario, sacó un trozo de carne fria y un gran pedazo de pan, alumbró una lamparita de espíritu de vino para calentar agua, puso sobre la mesa dos cubiertos y continuó su conversacion con el solitario, que se fijaba en todos sus rápidos movimientos.

Cuando probablemente hubo concluido su narracion, el solitario le estendió la mano para tomar una de las suyas; pero Torcuato se la llevó a sus labios, besándola con ternura. El anciano tomó entonces la cabeza del joven y lo atrajo hacia su pecho.

Estas mudas manifestaciones de cariño probaban la inteligencia y la armonia que reinaba entre aquellas dos personas

de edad y de aspecto tan diferente, pero que estaban animadas de iguales sentimientos.

Los dos perros continuaban meneando sus colas como si celebrasen la buena inteligencia que reinaba entre sus amos.

La frugal merienda se concluyó, participando de ella los bravos alanos, que nunca se disputaban las presas que les arrojaban al uno o al otro, tomando cada cual lo que le correspondía en perfecta amistad.

Al siguiente día antes de amanecer entraba el solitario al cuarto de sus huéspedes, que, despiertos ya, iban a levantarse.

—¿Habeis pasado buena noche, hijos míos? Os sentis mejor? Estais aun fatigados? preguntó el anciano.

—No, señor, contestaron ambos a la última interrogacion.

—Pues ya es hora que prepareis vuestra marcha, si queréis llegar a tiempo al desempeño de vuestras obligaciones.

Don Pedro y Enrique, tan frescos y tan ágiles como si nada hubieran hecho la noche anterior, saltaron de sus camas.

—Tomareis un poco de té o de café, no es verdad?

—Si no le incomoda a usted, señor.

—Todo está ya preparado y no teneis mas que vestiros y pasar al comedor: el camino es el mismo por el que os conduje anoche, y las puertas están abiertas: os dejo la lámpara.

Y el solitario salió.

El administrador y el arquitecto estuvieron en breve listos y se dirijieron al lugar designado.

El anciano los esperaba.

—Teneis vuestro desayuno preparado y vuestros caballos ensillados, les dijo.

—Yo he venido anoche sin montura, contestó Enrique.

—Pero he hecho poner la mia... Ahora necesito que ustedes me digan sus nombres, porque tengo la costumbre de

inscribir en un libro a todas las personas de quienes he recibido un favor, y ustedes me lo han hecho.

—Ya hemos dicho a usted que no es favor ninguno sino el cumplimiento de nuestro deber, repuso Enrique.

—Pueden ustedes considerarlo así y no me opongo a ello; pero esto, si para ustedes es lo bastante, para mí no significa lo mismo.

—No veo inconveniente. Puesto que desea usted que le digamos nuestros nombres, repuso don Pedro, el señor es don Enrique Lopez, arquitecto, venido de Santiago y que está arreglando las casas de la hacienda, y yo soy Pedro Murna, administrador de ella.

El anciano se inclinó, ya fuera como un signo de deferencia o ya por ocultar cierta turbación que era fácil notar en su semblante y que si bien se le escapó a los huéspedes, no pasó desapercibida a los ojos de Torcuato, que era el testigo mudo de aquella escena.

—Lopez, repitió el anciano, quedándose pensativo... Lopez!... yo he conocido a un hombre que llevaba el mismo apellido.

—No es extraño, señor, contestó Enrique, porque yo mismo conozco algunas personas del mismo nombre y que sin embargo no son parientes míos.

El solitario volvió a mirar a su interlocutor, pero con tal fijeza, que obligó a éste a bajar su vista...

—Es extraño, prosiguió después de una pausa y sin dirigirse a nadie. Esta noche me ha chocado la semejanza... sus ojos son los mismos... y hay en esa expresión algo de la otra...; sin embargo, el color es distinto y existe mucha menos nobleza y una inferioridad en los modales, que me hace dudar...

El solitario se paseaba entregado a sus meditaciones.

De repente se paró delante de Enrique como si se le hubiese ocurrido alguna dificultad, o como si tratase de investigar un hecho de que no estaba seguro, pero que sin em-

bargo le interesaba, y así le preguntó mostrando esa perplejidad, que lleva consigo el interés y que se teme le desmientan.

—¿Usted me ha dicho que se apellidaba Lopez?

—Sí, señor, contestó Enrique, sorprendido de aquella insistencia y del modo singular con que le preguntaba el anciano.

—¿Cuál es el nombre de su padre?

—Mi padre se llama Domingo.

—¡Domingo Lopez!...

—Sí, señor.

—¿Antiguo sarjento de granaderos a caballo?

—Antiguo sarjento de granaderos y hoy sarjento retirado de inválidos.

—Debe ser el mismo, repuso el solitario, como hablando consigo mismo; y luego refiriéndose a Enrique le dijo: "no lo detengo ahora, pero supongo que a pesar de las preocupaciones y de las falsas apreciaciones que me rodean en esta comarca, usted no tendrá temor de mí ni prevenciones en mi contra; de consiguiente, espero y aun se lo suplico que me venga a ver pasado mañana, que es día de fiesta, y en el cual no trabajará. ¿Me lo promete usted?

—Con el mayor gusto.

—Yo no quiero la visita de un momento sino que la exijo de todo el día; porque tengo que comunicarle cosas que le interesan y que quizá le aprovecharán más tarde.

—No faltaré.

V.

Don Pedro y Enrique se retiraron, no sin hacer en todo el camino sus comentarios, ya sobre el modo rápido e inusitado con que los aliviara de sus dolencias, ya sobre la vida de aquel hombre, como también sobre lo que habían visto y de lo cual no les era posible darse una idea cierta ni avanzar una opinión que no fuese aventurada, lo que les

hacia abstenerse de todo juicio, para poder resolver el problema mas tarde cuando tuvieran mayor conocimiento de causa.

Enrique, por su parte, experimentaba una simpatía irresistible; porque independiente de la manera con que habian sido recibidos él y don Pedro, del modo extraordinario que habia empleado para curar su fiebre, del aprendizaje hecho sobre aquel jóven que a primera vista parecia idiota, y de todas aquellas cosas que rápidamente pudieron observar, independiente de ésto, decimos, habia el interes de conocer aquella existencia misteriosa y el deseo de saber lo que podría decirle respecto a él, a quien nunca habia visto y a quien de consiguiente era imposible conocer.

El solitario, en compañía de Torcuato, siguió a sus huéspedes hasta el punto que servia de puerta de entrada al cortijo.

Don Pedro y Enrique, despues de dar las gracias al anciano por su hospitalidad, se dirijieron hácia las casas, y durante el camino solo cambiaron algunas palabras insignificantes, porque ambos estaban preocupados de cuanto les habia sucedido la noche anterior. Por una parte, don Pedro pensaba en el misterio que ocultaba la vida de aquel hombre, en la consideracion que tenia por él la propietaria de la hacienda y en los muchos acontecimientos que durante algunos años habian sucedido en el lugar, y en los cuales habia tenido el solitario mas o menos parte, sin que le fuera posible darse cuenta de aquella vida que tan poco de comun tenia con la de los demás. Enrique a su vez, no menos preocupado, marchaba silencioso, porque le era imposible comprender la relacion que pudiera existir entre el anciano y él, y su pensamiento iba de una en otra conjetura, fatigándose en vano por descubrir la verdad, es decir, por encontrar algun sentido a aquellas palabras que le habia dicho y que él no podia explicarse: "tengo que comunicarle cosas que le interesan y que quizá le aprovecharán mas tarde."

¿Qué interes, qué conexion, decia Enrique para sí mismo, puede existir entre él y yo? Mi vida ha sido sencilla y sin accidentes. Las personas que conozco son en corto número; hasta hoi no he sabido que existiese en el mundo tal hombre; su edad es mui diferente de la mia; ¿qué relacion puede entonces haber entre ambos? y sin embargo así lo significaban sus palabras... Y el jóven continuaba caminando absorto en sus reflexiones...

Cuando hubieron llegado a las casas, tanto don Pedro como Enrique tomaron sus diarias ocupaciones, no sin tener que responder a las muchas preguntas que les dirijian a propósito de haber pasado la noche en el cortijo del brujo, lo que para aquellas jentes era mui extraordinario, no faltando algunos que creyesen no volver ya nunca a verlos.

Como lo hemos dicho antes, nuestro jóven obrero experimentaba una reaccion, pues a la inmensa alegría del principio se habia sucedido una tristeza y un abatimiento profundo. La idea de su inferioridad le traia el desengaño; y esta conviccion, mas amarga mientras mas real y positiva, no se separaba un instante de su pensamiento. Durante el dia sus penas eran menores, o se amortiguaban por el trabajo, pero durante la noche la tranquilidad de los brazos producía la actividad del espíritu, y a la reflexion se sucedía el dolor, dolor que la víspera no sintiera a causa de los incidentes del incendio, pero que en la actualidad experimentaba con toda su fuerza, privándolo completamente del sueño.

La visita que habia prometido para el dia siguiente tambien contribuía a mantener su insomnio, sin embargo que, por una especie de presentimiento, creía que talvez le fuera provechosa, figurándose ver en ella cierta conexion con la idea que lo ocupaba y como si hubiera de ejercer con el tiempo cierta influencia favorable en su vida futura.....

.....

- Torcuato.

I.

Queriendo Enrique, sin duda alguna, sacudir tan tristes pensamientos, se dirigió a las caballerizas mucho antes que viniera la luz del día y se puso a ensillar con calma uno de los briosos caballos que don Pedro había puesto a su disposición. En seguida registró su escopeta, la limpió con esmero, y cuando todos los arreos de caza estuvieron listos, saltó con agilidad sobre el caballo y se dirigió por el mismo camino que tomaron la noche anterior cuando habían ido a apagar el incendio.

El fresco ambiente de la mañana y la claridad del alba producían en Enrique el mismo efecto que sobre la tierra, pues disipaban poco a poco las tinieblas de su espíritu, sin quitar del todo el tinte melancólico esparcido sobre su semblante. Haría una hora que marchaba silencioso cuando creyó distinguir a la distancia un muchacho que venía velozmente hacia él, reconociendo luego a Torcuato, que con demostraciones de alegría le daba a entender que había venido a su encuentro.

Enrique, por toda respuesta, le señaló la anca del caballo para que montase a la grupa; pero Torcuato le manifestó que prefería marchar a pie, lanzándose adelante con la agilidad de un gamo, de manera que para seguirlo tuvo Enrique que dar a su caballo toda la carrera, sin conseguir por esto alcanzarlo, pues el muchacho parecía hendir el viento sin pisar en la tierra. Sorprendido el jinete de aquella velo-

ciudad prodijiosa, clavaba en vano las espuelas sobre los hijares del brioso corcel y no obtenia la menor ventaja, pues a medida que el caballo aumentaba su carrera, mas veloz era la de Torcuato, hasta que Enrique, temiendo que aquel juego no fuese perjudicial al muchacho y al animal paró a éste repentinamente. . . Torcuato hizo lo mismo y se volvió hácia Enrique riéndose y dando saltos de alegría.

El jóven le hizo entonces señas para que viniese, y el muchacho se acercó a él sin desconfianza. Enrique le tomó la cabeza y le atentó la frente, sin encontrar la menor muestra de agitacion, lo que le admiró sobremanera, pues su caballo estaba bañado en sudor y él mismo se hallaba mas ajitado sin haber corrido.

Volvió Enrique a convidar a Torcuato a montar a caballo, pero el muchacho le señaló las casas, que se encontraban a mui poca distancia, como para decirle que no valia la pena de incomodarse, pues ya iban a llegar.

II.

El anciano, sin duda, les habia visto venir, porque estaba parado aguardándoles en la puerta del cortijo.

Cuando Enrique vió al solitario, bajóse del caballo y le estendió respetuosamente la mano; pero éste en vez de tomarla, le abrió los brazos diciéndole: "todo me hace creer que no me he equivocado."

—¿De qué, señor?

—Mas tarde lo sabrás, hijo mio, mientras tanto dime cómo te sientes?

—Mui bueno.

—Sin embargo, tu semblante (y desde ahora voi a hablaros con esta familiaridad) demuestra abatimiento y fatiga; ¿has sufrido algo, hijo mio?

—No, señor, me creo en mui buena salud.

—Pero tus ojos dicen claramente que no has dormido esta noche.

—Es verdad.

—¿Entonces sufres?

—No siento nada.

—Vamos, vamos, ten en mí mas confianza, pues ya verás que tengo motivos para interesarme por tí.

—Esto es lo que no comprendo.

—¿Has pensado en ello?

—Los acontecimientos de antenoche, la jenerosa hospitalidad de usted, su ciencia, y mas que todo, sus palabras, las he recordado con frecuencia sin poder darme cuenta de lo que ellas significan.

—Tu curiosidad quedará hoy satisfecha. Tenemos todo el día para hablar, y en un día se enseña y se aprende mucho. Vamos ahora para dentro a tomar una taza de café.

—Enrique caminaba al lado del solitario, pues las habitaciones estaban como a dos cuadras de distancia, sin dejar de admirar el semblante severo y dulce de aquel hombre. Había en esta fisonomía una mezcla de la penetración del sabio, de la serenidad del justo y de la audacia del guerrero. Sus ojos tenían la viveza y el fuego de la inteligencia, pues sus miradas parecían que escudriñaban el alma sin que hubiese secretos que se ocultasen a su penetración. Su ancha, espaciosa y calva frente denotaba las vigiliass del estudio y la fuerza de un pensamiento vigoroso a la vez que elevado. Su barba larga y blanca como la nieve eterna que corona los gigantescos Andes le daba el aire venerable del ermitaño de los primitivos tiempos de nuestra era. Su andar mesurado pero firme su voz pausada pero melodiosa, tenía algo de grave y de solemne que imponía respeto sin desterrar las simpatías; así es que Enrique sentía cariño y veneración a la vez por su extraño y misterioso compañero que a la luz del día le parecía menos viejo que lo que creía haberlo encontrado la noche anterior.

Cuando llegaron a las habitaciones del solitario éste hizo

señas a Torcuato para que sirviera el café, que fué puesto inmediatamente sobre la mesa.

Enrique no sabia qué admirar mas: si a aquel anciano incomprensible y de afables maneras, o a aquel muchacho deforme pero dotado de una rara inteligencia y de una agilidad prodijiosa.

—El anciano, adivinando el pensamiento de Enrique, le dijo:

—Veo que todo despierta tu curiosidad y que tanto yo como Torcuato somos para tí objetos de estudio.

—¿Y por qué no de admiracion?

—Talvez; pero ésta desaparecerá en breve cuando sepas que nada hai aquí de sobrenatural.

Torcuato, como les dije la otra noche, aun cuando a primera vista parezca idiota a causa de su deformidad, tiene mucha inteligencia, y sobre todo mui buen corazon, siendo esto último lo que me hace quererlo mas y el motivo único porque se conserva a mi lado. Nada lo retiene aquí sino el afecto que me profesa, prefiriendo vivir en esta soledad al bullicio de las poblaciones; y estoi persuadido que no me abandonará nunca hasta que haya cerrado mis párpados...

Y el anciano miró con paternales ojos al muchacho.

—¿Quieres que te cuente su historia, prosiguió dirigiéndose a Enrique.

—Con el mayor gusto.

—No es larga y te la referiré en pocas palabras.

III.

Hace como trece años (y poco tiempo despues de haber venido a habitar este retiro, porque has de saber que no siempre he vivido aquí) que bajando una noche de la montaña donde me habia sorprendido una fuerte nevazon, los dos perros que me acompañaban y que me servian de guia, pues yo por mí mismo era imposible que distinguiese el

sendero, cubierto ya de nieve, principiaron a ladrar fuertemente y con sus hocicos asiéndome del vestido se empeñaban en llevarme hacia otro lado. Obedecí a su instinto, sin saber lo que aquello significaba, pero muy alerta para lo que pudiera suceder, preparando convenientemente mi escopeta, porque en estas montañas se encuentran con frecuencia leones, tanto mas en una noche de nieve como aquella. A pocos pasos distinguí un bulto negro, y uno de los perros se encaminó hacia él, lo olfateó un momento y volvió saltando donde yo estaba. Esta señal del perro me quitó todo temor y me aproximé sin desconfianza, y entonces conocí que era una criatura medio enterrada en la nieve. Tomé al niño en mis brazos, lo examiné detenidamente y ví que aun respiraba: esto me colmó de alegría. Púselo bajo de mi manta y pegado a mi cuerpo para calentarlo, y así marché hasta llegar a mi habitación, que entonces no tenia las comodidades que le ves ahora.

En el acto lo coloqué en mi propia cama, lo abrigué con pieles y me puse a hacer fuego. A la luz de la vela ví la deformidad de la criatura y no dejé de experimentar un sentimiento de repugnancia; pero como para corregirme a mí mismo de esta impresion me propuse en el acto tener mayor cuidado con él. Examinándolo detenidamente me pareció que tendria como unos tres años de edad y esperé a que hablase, creyendo momentáneo su entorpecimiento; pero todo fué en vano, pues aun cuando en la misma noche volvió en sí mediante a mis remedios, solo ví que me miraba con estrañeza, quedando al dia siguiente persuadido de que era sordo y mudo. Esta desgracia, podré decirlo así, me dió mas compasion y talvez mas cariño y me dediqué a cuidarlo con el mayor esmero, tanto mas cuanto que creía y aun estoi persuadido que su fealdad fué quizá la causa principal de su abandono.

El niño permaneció por algunos dias metido en su rincon, sin querer salir para fuera ni tomar su alimento en mi pre-

sencia; así es que tenía que ausentarme para que comiese, no usando de familiaridad sino con los perros, a quienes acariciaba mucho, teniendo cuidado de guardarles siempre un poco del alimento que destinaba para él.

Este carácter agreste del muchacho no me hizo perderle el afecto, pues comprendí que habría probablemente sido tratado en su casa con mucho rigor y con mucho desprecio y que por esta razón se alejaba del contacto de los hombres, divirtiéndose solo con los animales; y el hecho de guardarles parte de su comida me anunciaba que no era egoísta y que tenía buen corazón.

Una vez que yo había salido cargado de mi fusil y en compañía de algunos de mis perros para buscar un poco de caza, que constituía nuestro principal alimento, me fué probablemente siguiendo, porque a poca distancia y habiendo tirado sobre una perdiz lo ví aparecer con ella, viniendo a entregármela del mismo modo que el mejor lebre. Yo le hice algunas caricias, y sin decirle nada continué cazando. El marchó, contento al parecer, en compañía de mis perros y corriendo con éstos a través de los campos. Cuando regresamos a nuestra habitación ya estaba más familiar, y no se fué a su escondite sin haberme tomado y besado silenciosamente la mano. Esta caricia, quizá de simple imitación, porque veía que mis perros hacían poco más o menos lo mismo, me conmovió profundamente hasta el punto de hacerme derramar lágrimas. No podré darme cuenta de esta impresión, pero lo cierto del caso es que lloré y que todavía recuerdo con ternura aquel movimiento y el modo singular con que fijó en mí sus grandes ojos, sin duda para ver si no me era desagradable.

De-de aquel día principiaron nuestras relaciones más íntimas. Yo lo llevaba siempre a la caza y el resto del tiempo lo ocupaba en jugar con mis perros, en trepar a los árboles y en hacer toda clase de ejercicios, de donde proviene su extraordinaria agilidad y lo infatigable que es para correr,

no alcanzándolo el mejor caballo y salvando los precipicios con mas destreza y con mas seguridad que lo que lo hiciera la cabra mas salvaje.

Yo no he querido quitarle ni disminuir estas ventajas físicas, y si bien le he enseñado muchísimas cosas, que quizá jamas le servirán, nunca lo privé, por darle otras lecciones, de sus ejercicios corporales; así es que yo no tengo casi necesidad de moverme, pues él sale solo con mis perros y vuelve siempre cargado de una abundante caza; porque es tal su destreza, que no se le escaparía una mosca al vuelo.

No creas por esto que no emplea su tiempo en muchas otras cosas: él es el principal hortelano, el que ordeña las vacas, el que dispone y hace la comida, el que va al pueblo a comprar las pocas provisiones que necesitamos, porque aquí tenemos de cuanto hai para la vida frugal que llevamos, poseyendo aun un sobrante de alimentos que él se encarga de repartir entre algunos pobres, y esta operacion la hace de la manera mas singular. Durante el dia recorre los campos, y sin preguntar a nadie, porque todos huyen de él y él huye de todos, se informa o adivina las necesidades de cada cual, y en la noche les lleva las provisiones, dejándoselas en una parte segura y teniendo el mayor cuidado para no ser visto de nadie, de manera que muchos creen que es un ángel el que los socorre; y en realidad que no se engañan, porque Torcuato lo es en efecto.

Esta vida activa y laboriosa, no ha desarrollado sus facultades físicas en perjuicio de sus facultades morales, porque ha adquirido, como ya te he dicho, varios de los mas indispensables conocimientos: él ya sabe leer y contar, me acompaña prácticamente en algunas operaciones químicas, a cuya ciencia es mui aficionado, y conoce casi el mismo número de plantas que yo, sabiendo mas o menos sus virtudes y su utilidad, pues siempre me acompaña en silencio cuando voi a ver algun enfermo, y estoy seguro que con el tiempo y si le fuera dado adquirir experiencia, llegaría a ser

un excelente médico, porque está dotado de un espíritu de observación prodigioso y de un entendimiento despejado; pero su deformidad y su esquividad natural lo apartarán siempre de la sociedad, pues tiene que hacerse un grande esfuerzo sobre sí mismo para vencer la repugnancia que experimenta por el trato de los demás hombres.

He notado en él una particularidad que me hace mucho reflexionar sobre ese instinto de adivinación de que están dotados ciertos seres, instinto no menos real que incomprensible y del que más o menos todas las naturalezas participan, pero que en algunas es tan claro, tan palpable, que parece una segunda vista, o, como he dicho, un don de adivinación. Pues bien: este muchacho, que tendrá a lo sumo dieziseis o diecisiete años, que ha pasado toda su vida en el campo, y lo que es más, encerrado en este recinto; este muchacho, digo, experimenta simpatías y antipatías profundas, no equivocándose jamás en sus apreciaciones, apreciaciones que no emanan del juicio o del raciocinio, sino puramente del sentimiento, porque él no se da cuenta ni del odio ni del afecto que le inspiran las personas, sino que ve y juzga y es tan certera esa intuición secreta, que hasta ahora jamás se ha equivocado.

Ante noche, cuando ustedes vinieron en mi auxilio, él se quedó por un largo rato mirándolos; solo yo podía conocer lo que pensaba; y después de su observación me manifestó con sus ojos, en que estoy acostumbrado a leer, como él quizás en los míos, que ambas personas le eran simpáticas, y sin embargo, sentía una predilección marcada...

—¿Por quien? preguntó Enrique.

—Por tí, hijo mío, y esta es la razón porque esta mañana salió temprano a tu encuentro, cosa que no le he visto hacer en ninguna ocasión y con nadie.

—Todo lo que usted me dice es tan sorprendente que si no lo estuviera viendo no lo creería, así como jamás me hubiera figurado que un ser humano llegase a adquirir tanta

velocidad en su carrera como la que desplegó Torcuato cuando hace poco daba yo a mi caballo toda la fuerza de su carrera sin conseguir alcanzarlo.

—Y sin embargo, nada hai mas natural que esto, pues el hombre a medida que ejercita sus facultades las desenvuelve, y nada he visto que resista a una voluntad enérgica, decidida y constante.

Teoria de la voluntad.

I.

Enrique quedóse pensativo. Las palabras del solitario lo habian sorprendido. Encontraba en ellas tanta afinidad con sus pensamientos, tanta analogia con sus circunstancias, tanto campo abierto para su porvenir; en una palabra, tan halagüeñas esperanzas, que esa teoria le hacia entrever su felicidad futura, porque en ella se encerraba un mundo de ideas nuevas, y lo que es mas, un mundo de lisonjeras perspectivas; porque al afirmar el solitario que a una voluntad enérgica nada resistia, era lo mismo que decir que estaba en su mano la realizacion de sus deseos; asi es que el jóven obrero no pudo menos de insistir sobre el mismo punto, y preguntó:

—¿Cree usted entonces, señor, que con la voluntad se obtiene todo?

—Cuando ella adquiere cierto grado de consistencia es mui difícil que no consiga lo que se propone. "*Tened fé*" ha dicho Jesucristo, "y cambiareis de un lugar a otro las montañas;" porque la fé es la voluntad en su última espresion, y la voluntad es una fuerza tanto mas poderosa que aquellas que empleamos jeneralmente en nuestras obras.

—No comprendo lo que usted me dice: no sé qué poder pueda ejercer la voluntad; jamas lo he visto.

—Muchas veces lo has presenciado, hijo mio, talvez muchas veces lo has ejercido sin darte cuenta de ello; pero dime: ¿no has encontrado jamas a un hombre que con su mirada,

que con su acento, que con su palabra haya impuesto a los demas?

—Sí.

—Pues bien; esa mirada, esa voz, esa palabra no son otra cosa que emisarios de la voluntad: son los conductores de esa electricidad que se repercute en los demas.

—Nunca habia pensado así.

—Ya lo creo, pero esta es la verdad y una verdad que se realiza, tanto en el mundo moral como en el mundo físico; porque no solo el hombre domina a sus semejantes y aun llega a intimidar a los animales mas feroces con la energia propia de la voluntad, sino que todo lo aprende, todo lo alcanza, todo lo obtiene cuando la posee. ¿Qué arte ni qué ciencia no profundizamos cuando realmente queremos adquirirla? No hai nada que nos resista, y el perfeccionamiento mismo de nuestros sentidos no es otra cosa que el ejercicio constante de la voluntad en un fin u objeto determinado. Si los salvajes perfeccionan la vista, el oido y el olfato de una manera sorprendente, no es sino en fuerza de la alteracion que desplagan, y la atencion no es otra cosa que la voluntad o uno de los medios que ella tiene para manifestarse y ejercitar su accion; de consiguiente, no estrañes la agilidad de Torcuato, puesto que nace del ejercicio, y el ejercicio de la voluntad; así como no debes admirarte de sus otros conocimientos, porque ellos tienen el mismo origen.

—¿Entonces basta querer para que todo se consiga?

—Ya sabes las palabras de Jesucristo, y ellas son una verdad que no solo tiene la autorizacion de tan sublime maestro, sino que tambien las confirma la esperiencia; pero es necesario que esa voluntad llegue a purificarse de tal modo, que se convierta en lo que EL ha denominado la *fé*; solo así no habrá resistencia ni obstáculos, porque entonces se transforma en un fluido que no encuentra barreras y que todo lo penetra.

—Pero qué debe hacerse para llegar ahí?

—Reconcentrar todas sus facultades en un solo y único fin. ¿Quieres ser rico? Pues conságrate única y exclusivamente a adquirir fortuna, y es indudable que lo conseguirás. ¿Quieres ser sabio? Pues has de modo que nada te distraiga del estudio y al fin llegarás. ¿Quieres ser santo? Pues empléate siempre en el ejercicio de la virtud, y cada día, cada hora, cada instante te encaminarás hacia el perfeccionamiento moral.

—Ah! señor, usted no puede figurarse el bien que me ha hecho con sus palabras! Sí, pero lo que deseo es talvez un imposible; sin embargo, ahora tengo mas confianza... ahora ya no desespero, como me sucedia poco há...

—No pretendo introducirme en tus secretos, hijo mio, sino que espero me los comuniqués cuando lo halles por conveniente; pero debo advertirte que esa voluntad, tal cual la he descrito, le es dado a mui pocas personas el poseerla; ella está repartida entre todos los seres en mas o menos dosis, pero solo naturalezas escepcionales, naturalezas privilegiadas llegan a tal grado; sin embargo, está en el radio de nuestras facultades el adquirirla, desde el momento que existe en nosotros la posibilidad de perfeccionarnos.

—¡Entonces podré esperar!

—Todos debemos tener confianza sin presuncion, porque el desaliento mata el alma y el cuerpo, mientras que la voluntad, produciendo la energia, nos alienta y vivifica.

II.

La vida de Enrique parecia depender de los labios del solitario. Sus palabras eran una especie de rocío para su corazon marchito, reanimando en él la confianza que habia casi desaparecido.

La fisonomia poco antes triste del angustiado jóven, era ahora casi risueña, y si no manifestaba una alegria loca, de-

jaba ver la satisfaccion de aquel que, sufriendo una enfermedad, ha recibido un alivio sin conseguir por esto una cura radical, pues Enrique no podia ocultarse las dificultades talvez insuperables con que tenia que tropezar para llegar hasta el objeto de sus deseos; sin embargo, las consoladoras palabras del anciano habian conseguido reanimarlo, dándole aliento para comenzar aquella lucha de que dependia su felicidad o su desgracia eterna.

Mientras Enrique reflexionaba, el solitario examinábale en silencio, tratando quizá de leer lo que pasaba en el interior, no llevado de una vana curiosidad, sino movido del interes que habia despertado en él aquel jóven; que no consideraba como un extraño, pues lo unia un vínculo cuyo secreto sabia él solo, pero que estaba dispuesto a revelar en breve; y así le dijo:

—No te he pedido, hijo mio, que vengas a verme por un motivo frívolo. Antenoche cuando te pregunté tu nombre era con el objeto de inscribirlo entre aquellas personas a quienes he debido un favor o un beneficio. Tu fisonomia y tu apellido trajeron a mi memoria el recuerdo grato de uno de esos hombres raros que no con frecuencia se encuentran en el mundo, y de uno de aquellos acontecimientos que pocas veces suceden en la vida... voi a hablar de tu padre.

—¡De mi padre!...

—Sí, de tu padre!... de Domingo Lopez, sarjento de granaderos a caballo, a quien debo la vida!...

Y el venerable anciano, enternecido por aquel recuerdo, tomó entre sus manos las de Enrique, diciéndole con acento solemne:

—La Providencia, querido hijo mio, en sus insondables arcanos, te ha traído a estos sitios para que la buena accion de tu padre reciba sin duda la debida recompensa en el hijo y para darme a mí la satisfaccion de poder ser útil a aquel que fué conmigo misericordioso... Gracias, Dios mio, gracias!...

Y el solitario, como si no estuviera en presencia de Enrique, levantó sus ojos al cielo al pronunciar las últimas palabras, repitiéndolas varias veces con un reconocimiento lleno de pasión, de respeto y de ternura.

—Señor, interrumpió el joven, admirado y contento, cuénteme usted, le suplico, ese hecho que ignoro, porque todo lo que tiene relación con mis padres, me interesa sobremanera y especialmente las buenas acciones que los engrandecen a mis ojos, haciendo que los quiera y respete más, si esto es posible...

—Está bien, vas a saberlo en breve; pero antes dime: ¿Nunca le has oído hablar del coronel Guzmán?

—Nunca, señor.

—Esta es otra virtud de tu noble padre...

—Mi padre, señor, no pertenece a la nobleza... quizá usted entonces confunde o equivoca a los individuos.

—He dicho noble y sé lo que digo... Sé que tu padre, simple soldado, pertenece a lo que se llama el pueblo; pero la nobleza, hijo mío, no está en la alcurnia sino en las acciones... no emana de la posición social, sino de la virtud; no nace del dinero o de la estirpe, sino que depende del mérito y del corazón: todo lo demás es vanidad y preocupaciones que no tienen otro fundamento que nuestros errores y tal vez que nuestros vicios...

Enrique, a quien las palabras del solitario parecían abrirle un camino, trazándole la senda que debiera seguir, escuchaba atónito aquella consoladora doctrina que se armonizaba con sus instintos, despojándole el campo de la esperanza y los horizontes de la felicidad.

—Ahora, hijo mío, prosiguió el anciano, ves que no podemos ser indiferentes el uno para el otro, y espero que tendrás confianza en mí, y para darte el ejemplo, principiaré por hacerte depositario de los secretos de mi vida; pero antes de esto permíteme ocuparme todavía de tu padre... de tu padre, que figura en el más terrible lance de mi exis-

tencial... ¿Me decías que nunca le habías oído hablar del coronel Guzman?

—Nunca, señor.

—Esta es otra de sus virtudes; siempre oculta cuanto ha hecho de bueno y de grande y siempre está dispuesto a confesar sus faltas por insignificantes que sean.

—Esa es la verdad, señor.

—Así lo he conocido durante nuestra vida de soldado: él sabe por instinto que una acción jenerosa pierde gran parte de su mérito cuando la divulga el que la practica. Es lo mismo que un frasco de esencias cuyo perfume se escapa abriéndole, hasta que al fin queda sin olor para su propio dueño, mientras que, cerrándolo herméticamente, conserva la fragancia durante mucho tiempo y puede uno respirarla de vez en cuando con delicia: esto es lo que hace tu padre, hijo mío.

—A mí me agrada esa conducta.

—Tienes razón, y sigue el mismo ejemplo, que encontrarás en él tu recompensa.

—He dicho que me agrada, señor, pero sin que me guíe el menor cálculo.

—Tanto mejor: la espontaneidad en las buenas acciones prueba la escelencia de las naturalezas; y no podía ser de otro modo el hijo de tan digno padre.

—Ojalá llegara yo a asemejarme a él.

—Ya te he dicho que todo depende de la voluntad: trata de imitarle y lo conseguirás. Ahora voy a hacerte una lijera narración de mi historia que está relacionada con la de tu padre, y por ella sabrás lo que él hizo por mí.

—¿Sería usted acaso ese coronel Guzman de quien me ha preguntado si alguna vez nos había hablado mi padre?

—El mismo.

—¿Y qué relación puede haber existido entre un jefe y un simple soldado?

—Ya lo sabrás.

Y el solitario se encaminó a su cuarto, apareciendo en seguida con un pequeño libro en la mano, lleno de señales, y abriendo sin equivocarse una de sus páginas, le dijo a Enrique:—"Lee, y en esa lectura encontrarás lo que es capaz de hacer la voluntad."

Un reo en capilla.

I.

El jóven, conmovido sin saber por qué, tomó el libro, pero sin dirijir a él la vista, que tenia fija en el anciano.

Este volvió a repetirle:—“*Lee en alta voz.*”

Enrique obedeció y con trémulo acento leyó lo siguiente:

“El día 28 de octubre de 1834...

Enrique se paró y dijo al solitario:—“Este es el día del nacimiento de mi hermana.”

—Entonces tu hermana debe llamarse Mercedes y cumple hoy dieziseis años.

—Justamente.

—Pues bien, hoy que es el natalicio de tu hermana, es a la vez el aniversario de mi libertad y de la nueva existencia que debo a tu padre. Ignoraba aquella coincidencia feliz, que se repite en este momento en presencia del hijo del sarjento Domingo Lopez, a quien no he vuelto a ver desde entonces, pero a quien espero algún día estrechar contra mi corazón... Dios lo ha conservado a él para que sea testigo de mi gratitud y a mí para tener la oportunidad de demostrársela... Continúa, hijo mío.

“El día 28 de octubre de 1834 se presentó en la capilla (1)

(1) En nuestra sociedad que conserva las bárbaras costumbres y el fanatismo español, se deja al reo condenado a muerte, durante tres días completamente solo en un lugar que denomina capilla y donde hai un altar, una cama y algunas sillas, y en cuyo aposento, que puede denominarse un anticipado sepulcro, no penetra nadie con escepcion del confesor. Fácil es concebir las impresiones y la tortura de espíritu que experimenta el ser que ha sido condenado pudiendo medir su agonía por los instantes que tras-

en que yo me encontraba, pues estaba condenado a muerte, el sarjento Domingo Lopez, que se hallaba de guardia en la cárcel y arrojóme, al tiempo de hacer su visita, un pequeño papel que decia: *Mañana antes de montar la guardia vendré yo vestido de fraile, cuyos hábitos dejaré en su cuarto para que vistiéndose con ellos pueda estaparse.*

"En conformidad al aviso, yo esperé esa noche al sacerdote dedicado para auxiliarme, con la mayor serenidad. Le dije que no tenia el menor inconveniente para recibirlo, sino que por el contrario hallaria un consuelo con sus consejos y con su presencia, sin embargo que la primera noche habia rehusado su asistencia, movido de ese espíritu de incredulidad que constituia el fondo de mis creencias. El inocente fraile se retiró mui satisfecho con la certidumbre de que habia conquistado una alma para el cielo, y previno a la guardia que lo dejase pasar a cualquier hora.

"Al siguiente día ví entrar al dominicano en la capilla y sentarse al confesonario con una serenidad sorprendente, llamándome a la vez para que me acercara a él.

"Yo no habia sospechado nada; pero no bien me habia aproximado cuando descubriendo su fisonomía el sarjento Lopez me dijo: vístase usted con el hábito que tengo puesto y que voi a dejarle, y salga en seguida con paso firme y sin demostrar el menor temor.

"Pronunciadas apenas aquellas palabras se despojó del

curre el cuadrante; y este suplicio atroz, este suplicio que se aumenta a cada movimiento de la péndula del reloj hace jeneralmente que la víctima, cuando marcha al patíbulo, haya recibido una muerte anticipada, y una muerte mas dolorosa que la destruccion física, porque es la anonadacion completa del espíritu. Si los hombres llegasen a saber su término ¿cuál seria su desesperacion? Y sin embargo, a los individuos a quienes se pone en capilla se les dice: *en tres días mas debéis morir.* ¿Cómo puede ese hombre mirar de frente ese periodo infalible de su existencia? ¿Qué es cada hora, cada minuto, cada instante para él, sino la aproximacion de una muerte infalible? Esta es la razon porque antes de subir al patíbulo ya están muertos... y antes de la última agonía han experimentado las mas amargas... Todos los seres ignoran su fin, pero él lo conoce y esto es lo que constituye su mayor tormento: solo los jefes de la inquisición pueden haber ideado tan atroz martirio, en que se asocia la supersticion a la crueldad.

traje que cubria sus insignias militares y salió, recomendándome que obrase con brevedad, porque a las diez del día cambiarían la guardia y ya no habría esperanzas de libertad...

"Es indudable que el soldado que había puesto de guardia el sarjento Lopez en mi calabozo (porque así puede llamarse propiamente a la capilla) o era un idiota o lo había embriagado o cohechado, pues al momento de salir no me hizo la mas pequeña observacion sino que por el contrario hizo un pequeño movimiento a su fusil como para denotar que estaba en su puesto y vijilante.

"El corazon me palpitaba, sin embargo, al atravesar esta primera barrera que era indudablemente la mas importante.

"Como reo político o como reo de distinto jénero a un criminal, no me habían puesto grillos; así es que no tuve necesidad de vencer esta dificultad, que talvez me hubiera sido insuperable.

"Habiendo salvado el centinela de mi calabozo sin que me hiciera la menor observacion, traté de bajar la capucha del hábito hasta el punto que me cubriera casi por completo el rostro; pero a poco andar encontré al sarjento, que a cada paso me hacia profundas reverencias, las que hubieran tenido mucho de cómico en otras circunstancias, si no hubieran infundido respeto a los centinelas, que me dejaban pasar, haciendo golpear la culata de su fusil en tierra, lo que significaba un acto de alerta y de media sumision a la vez.

"Así pasé por varios puntos en que había soldados apostados, hasta que llegando a la puerta de salida esperimeté un verdadero desfallecimiento; sin embargo, me recuperé, y quizá esta misma anonadacion de mi espíritu sirvió a mis designios, dejándome pasar la última guardia sin la menor dificultad.

"Inter tanto, yo veia siempre al sarjento Lopez que seguia mis pasos con la mayor ansiedad, poniéndose pálido a cada guardia que tenia que atravesar, pues talvez temia que, sor-

prendiéndome, él fuera comprometido; y tenía razón, porque hubiera sido fusilado en el acto.

"Pero cuando hube pasado la última barrera, cuando ya nada tenía que me detuviese, miré en todas direcciones con la vista inquieta y gozosa del hombre que acaba, por un milagro, de recuperar su libertad, y encontré la fisonomía impassible del sarjento Lopez, que me señalaba un coche que se encontrába en la puerta de la cárcel.

"Apenas hube montado en él, que partió el cochero al trote largo de sus caballos y me llevó a un rancho del cual no podría darme ahora cuenta, pues a decir verdad ignoraba el punto donde me encontraba; pero lo cierto es que la buena mujer en cuyo cuarto permanecí hasta la noche, prevenida talvez de lo que iba a suceder, me quitó los hábitos de fraile y ella misma me hizo la barba, poniendo en mis manos, despues de concluida la operacion, unos tres o cuatro pesos, diciéndome: "Dios te ayude, hijo mio..."

"Esta es la manera como me libertó el sarjento Lopez de una muerte inevitable: Dios quiera que en alguna ocasion pueda manifestarle mi reconocimiento."

II.

Terminada la lectura de aquel documento extraordinario, porque podia servir como de acusacion para el mismo que lo habia escrito, quedóse Enrique admirado y suspenso; admirado por cuanto el solitario ponía en sus manos un auto de delito que podia perderlo; y suspenso, porque su padre habia contribuido a la evasion, quebrantando las leyes militares en obsequio de las leyes de la humanidad; sin embargo, tenían éstas para él mayor peso, si bien no sabia cómo hubiera debido deliberar en igual caso; pero creía que la conciencia y la razón natural le trazaban el camino que debiera seguir, a despecho de las leyes sociales que su padre habia quebrantado, y que él estaba dispuesto, en análogas circunstancias, a infringir.

Enrique devolvió el libro al solitario, diciéndole: "Me glorío de la acción de mi padre y participo de la satisfacción de haberle libertado a usted la vida; en iguales circunstancias creo que habría hecho otro tanto."

—No te ilusiones, Enrique; tu padre jugaba su vida por la mía, pues las leyes militares son muy terminantes, y no sé cómo pudo salvarse de un caso tan riesgoso.

—De cualquier modo, él hizo un acto heroico que ojalá se me presentara alguna vez para tener la oportunidad de seguir su ejemplo.

—¿Apruebas entonces esa conducta?

—De todo corazón.

—El juicio de la inocencia es el mejor, porque es siempre el más recto, y yo estoy muy satisfecho con el tuyo.

—¿Pueden haber, señor, algunos juicios contrarios a los de la humanidad y de la razón?

—Eso es siempre lo que sucede en el mundo.

—Sea como se sea, yo prefiero la jenerosidad a la ley, la caridad al mandato, y la libertad del hombre al código que lo esclaviza.

—Has dicho palabras tan sabias, sin que talvez conozcas su extensión y su importancia, y superiores a todo ese aparato de ciencia que nos rodea y por el cual nos rejimos; empero, es indispensable la conformidad, sin que por esto anatematicemos el pensamiento que, ajitando a las sociedades, marcha como un faro, señalando el puerto de la libertad y de la felicidad del hombre....

El anciano, al pronunciar estas palabras, continuaba observando a Enrique; y éste, subyugado por la superioridad impenetrable del solitario, exclamó, arrodillándose ante él como si fuera ante un Dios:—"Me ha dicho usted que debe la vida a mi padre, y yo en su nombre le suplico que me conserve la mía, ayudándome en mis esperanzas, que, sin saberlo, han alentado sus palabras."

—Nada, nada me sería más grato en este mundo, y pue-

... todo luego contar conmigo en todas circunstancias y en cualquier cosa, porque tendré un verdadero placer en ser el hijo de aquel a quien debo la vida.

Levantate ahora, prosiguió el anciano, y escucha la narración de mi triste existencia, que Dios se ha dignado conservarme, sin duda para que pueda con el tiempo arrepentirme de mis errores y llorar mis extravíos.

Don Toribio de Guzman.

I.

Nací el 10 de enero de 1790, en la ciudad de Concepcion, situada en las márgenes del Biobio, que es sin disputa el mas hermoso rio de Chile. Mi padre, hijo de un jefe español, no tenia mas fortuna que una estensa pero poco productiva hacienda. En aquellos tiempos, los propietarios de fundos rústicos apenas tenian con qué satisfacer las necesidades mas indispensables de la vida.

Mis primeros años fueron felices, porque fueron libres; y salvo los momentos en que me daba algunas lecciones mi padre, el resto del tiempo lo empleaba en correr por el campo o en bañarme en el rio, que, a pesar de mi poca edad, atravesaba a nado.

Tendria yo como diez a once años, cuando una noche, noche terrible, que nunca he podido olvidar y que aun ahora mismo recuerdo de una manera tan patente como si solo hubieran pasado ayer los acontecimientos, fuimos despertados por el ruido mas extraño. El tambor tocaba a jenerala; sentíase por las calles el correr precipitado de los hombres y los gritos lastimeros de los niños y de las mujeres. De repente oimos una descarga de fusileria, y casi en el mismo instante las criadas de casa se precipitaron en el cuarto de mi padre, exclamando despavoridas:—"Los indios! Los indios!" Mi padre, que ya estaba medio vestido, solo tuvo tiempo de echar llave a la puerta, trancándola fuertemente y apagando inmediatamente la vela, despues de haber toma-

do sus armas, que solo consistian en un par de pistolas, una escopeta y la espada toledana de mi difunto abuelo. Los alaridos de los indios se oian distintamente. Mi madre, yo y las criadas, nos pusimos en oracion, hincándonos delante de una imájen de Dolores, a quien todo el mundo tenia particular devocion y que conservo todavia coma una reliquia, a pesar de haber cambiado mucho mis ideas.

Mi padre estaba apoyado en una ventana de fierro que daba al patio, tratando de ver, a pesar de la oscuridad, lo que sucedia afuera, teniendo en cada una de sus manos una pistola.

La poca claridad exterior me permitia ver distintamente la fisonomia de mi padre, en que parecia pintarse la mayor ansiedad, teniendo los ojos fijos en un punto. De repente dejó la ventana, y acercándose a nosotros, que rezábamos, arrodillados delante de la Vírjen, nos dijo:—"Silencio! varios indios han penetrado en el patio." Y volvió a su puesto... Nosotros nos callamos, y podia oirse el latido de nuestros corazones...

Mi madre me estrechó en sus brazos...

Los indios habian penetrado en las habitaciones y alcanzábamos a sentir el ruido de sus pasos... Mi padre no se movia de su puesto, y montó una de sus pistolas.

Todo volvió a quedar en silencio por algunos instantes y llegamos a figurarnos que habian abandonado la casa por no haber encontrado a nadie; pero esta ilusion no duró mucho tiempo, pues de repente sentimos un grito prolongado, grito de triunfo, grito aterrador que heló nuestra sangre...

Los salvajes, sea por su instinto o por su olfato, casi superior al del perro, habian descubierto nuestro asilo y se dirijian a él...

Varias sombras negras aparecieron en la ventana... Mi padre hizo fuego y vimos caer a uno de los asaltantes.

Los tiros de fusileria que la tropa hacia en las calles parecian acercarse, pues los oíamos mas distintamente.

Los indios que estaban en el patio se detuvieron un momento; pero dando un nuevo alarido, se aferraron de la ventana como para arrancarla... Mi padre volvió a hacer fuego, y el golpe pesado de un cuerpo que cae probaba que habia otro hombre fuera de combate.

El furor de los salvajes se aumentaba con la resistencia, y hacian mayores esfuerzos por desquiciar la ventana de fierro que les impedia el paso; pero ésta continuaba resistiendo, y mi padre tuvo tiempo de descargar su escopeta sobre el grupo, donde era imposible que no aprovechara el tiro... Los indios se retiraron entonces de la ventana; sin embargo nuestro espanto fué mayor cuando sentimos un fuerte golpe dado en la puerta... La cerradura saltó, pero la tranca resistia... Todos huimos al fondo del cuarto como si pudiera salvarnos aquella pequeña distancia... Mi padre, tomando entonces la toledana de mi abuelo, pues no tenia ya tiempo para volver a cargar sus pistolas, se colocó cerca de la puerta delante de nosotros para protejernos.

Aquella lucha no podia durar mucho tiempo, pues era imposible que la puerta no cediese y que un solo hombre se sostuviese contra tantos... Asi sucedió: al segundo esfuerzo de los indios, que se precipitaron en tropel contra mi padre, que defendia la entrada blandiendo su larga y cortante espada, rompiéronse los quicios y apareció un grupo de salvajes con largas picas y gruesos garrotes. Jamas he presenciado un momento de mayor angustia que aquel, y jamas he visto una defensa mas heroica. Mi padre se sostenia sin retroceder y yo veia esa lucha tan desigual en que un solo hombre tenia una multitud a raya. A mí me parecia que mi padre era un gigante, que a cada golpe de su formidable brazo hundia a un adversario; y asi era en efecto, porque con la toledana de mi abuelo, que blandia en todas direcciones, impedia que los indios entrasen en el espacioso aposento, pues ya con los filos o con la punta cortaba y heria a mansalva, defendiéndose al mismo tiempo de los golpes infinitos que le dirijian

centenares de brazos levantados constantemente sobre su desnuda cabeza.

Ví un momento que el brio de mi padre flaqueaba y que los indios ganaban terreno e iban a ser dueños del campo, cuando una nueva descarga de fusileria se dejó oír a muy poca distancia y los salvajes retrocedieron entonces, huyendo en seguida con precipitacion... Eran los soldados chilenos, que, victoriosos, perseguian a los indios en todos los lugares que ellos amagaban, pero cuando entraron nuestros libertadores, mi padre yacia tendido en el suelo y nadando en un charco de sangre de los enemigos, y que brotaba tambien de una herida que habia recibido en la cabeza, hecha al parecer con una arma contundente, segun dijo despues el facultativo.

Mi valiente padre vivia todavia, y cuando recuperó sus sentidos brilló en su cara un rayo de alegria al encontrarnos sanos y salvos. Nuestra felicidad no fué de mucha duracion: al cabo de una semana habia espirado.

II.

Viuda mi madre, y no pudiendo ella tomar la administracion del fundo, trató de venderlo y se dirijió a Santiago, donde tenia ricos parientes. Ella era todavia jóven, hermosa, y contrajo segundas nupcias con un tio mio que poseia una considerable fortuna y el que me mandó poco tiempo despues a España para hacer mi educacion en el colejio de nobles americanos, que tenia fama en Madrid, y al que mandaban jeneralmente las ricas familias del nuevo mundo a educar a sus hijos.

Si mal no me acuerdo, seria esto por el año 1803, pues solo conservo la memoria de mi madre, que deshecha en lágrimas, me decia:—"Me separo de tí con dolor, pero es para tu felicidad. Condúcite siempre con delicadeza y no desmientas el nombre de tus antepasados. Has nacido de

una familia ilustre: trata de ser digno del apellido que llevas, pues esto me hará a mí mui feliz y honrarás la memoria de tu padre a quien debes dos veces la vida, pues murió por conservarte la que te habia dado."

Jamas he olvidado estas palabras, y talvez ellas me han servido para que en medio de mis extravios conservara siempre el pundonor necesario para no caer en el fango en que he visto perderse a muchos de mis compañeros de aquellos tiempos.

No te haré una relacion de mi viaje y de mi permanencia en el colejo durante cinco o seis años que estuve en él; pero me dediqué con ardor a aprender cuanto nos enseñaban, no limitándome a las lecciones de mis maestros; sino que leia con avidez todas las obras francesas que llegaban a mis manos o que podia procurarme a escondidas de mis profesores, que tenian estrema vijilancia sobre este punto. De esta lectura, hecha sin discernimiento, jermnaron en mí ideas mui raras, de que te hablaré en otra ocasion.

Por aquella época, 1808, vino la invasion de Napoleon sobre la España. Hacia como seis meses que yo no recibia pensiones de mi familia ni siquiera cartas que me dijesen su estado de fortuna, de manera que sin los ausilios de uno de mis paisanos y condiscípulo mio, me habria visto obligado a abandonar el colejo. A pesar de la jenerosidad de este amigo, a quien he debido entonces y despues muchos servicios, pero cuyo nombre me es imposible nombrarte por ahora, me encontraba desesperado. Tenia un carácter orgulloso y me dolia estraordinariamente depender de los favores de otro; asi es que apenas se introdujo en España la invasion francesa, me inscribí como voluntario. Yo habia nacido bajo el réjimen español y en una colonia española, de manera que consideraba a la Metròpoli como mi propia patria y creia que defendiéndola defendia a mi pais, sin embargo que nunca he tenido apego a la carrera de las armas, que hasta cierto punto he seguido arrastrado por las

circunstancias, pero en contra de mi voluntad y sobre todo en contra de mis ideas.

Enrolado en el ejército español en calidad de alférez, grado que me dieron desde el principio, a pesar de mis pocos años, pero sin duda por mis conocimientos, me hallé en varios encuentros, por lo jeneral desgraciados para nosotros, pues teníamos que lidiar con fuerzas disciplinadas, aguerri- das y bien pertrechadas, mientras que nosotros carecíamos muchas veces de lo mas indispensable, y en nuestro propio suelo pasábamos mas miserias que el ejército frances, perfectamente abastecido de provisiones de todo jénero.

No te contaré todas las peripecias de aquella gloriosa guerra, de la que no hubiéramos salido triunfantes a pesar del amor patrio español, sin el auxilio del duque de Wellington que mandaba las tropas inglesas que habian venido a socorrernos; pero cuando Fernando VII entró en España, ya yo tenia el grado de capitan en el ejército. Por ese tiempo recibí una carta de mi tio en que me anunciaba la muerte de mi madre y la pérdida de toda su fortuna a la vez que me daba una idea de los partidos que sordamente se agitaban en Chile.

Uno no olvida nunca el rincon en que ha nacido y siempre mira con cariño, el suelo en que su madre lo ha mecido en la cuna: esto lo siente el hombre civilizado lo mismo que el salvaje; asi es que me dieron deseos vehementes de volver a América, y pedí mi retiro, que me fué fácilmente acordado, porque ya no habia en la Península necesidad de un ejército tan considerable, estando por otra parte agotado el erario, pues hacia tiempo que no recibia la España remesas de dinero de estas comarcas que hasta esa época la habian enriquecido haciendo su preponderancia.

III.

En mi cabeza bullian las ideas de libertad, ideas que todavia conservo, hijo mio, aunque mui modificadas, pues tie-

nen otro punto de mira. Tenia a la vista el ejemplo de los Estados Unidos; admiraba la filosofía y virtud de Franklin y la energía y patriotismo de Washington y deseaba para Sud América los mismos resultados; así es que desde antes de partir de España ya era revolucionario, y en balde quisieron darme en la metrópoli un empleo en la administración de estos países, pues rehusé, contentándome solamente con un informe de mi conducta que pedí al ministro de la guerra de aquel entonces y que conservo aun entre mis papeles.

Llegado a América me presenté ante la autoridad con mi pasaporte, haciendo ver el certificado que traia de mis jefes y fui perfectamente recibido; ofreciéndoseme el mismo grado en el ejército, lo que rehusé obstinadamente bajo el pretexto que tenia que arreglar algunos negocios de familia, pero con la intencion verdadera de echarme en brazos de la revolucion que sentia jerminal, si bien no se declaraba abiertamente.

Tampoco te referiré los acontecimientos de aquella época, que debes saber, si has estudiado nuestra naciente historia, y me bastará decirte que me encontré al mando de fuerzas patriotas en casi todos los encuentros que tuvieron lugar hasta que zarpé al Perú el 20 de agosto de 1820 en la expedicion que iba al mando del jeneral San Martin, con objeto, como sabrás, de libertar aquel territorio del yugo español, donde principalmente se habian reconcentrado las fuerzas de la metrópoli y que servia de amenaza a todo el continente.

Paso por alto las intrigas y miserias de nuestros caudillos, intrigas y miserias que me tenian amargada el alma y que, a no ser la santidad de la causa que defendia, me habrian hecho abandonarla; sin embargo regresé a Chile poco despues del triunfo completo de la América y con el grado de teniente coronel, pues habia recibido algunas postergaciones a causa de mi modo de ser independiente.

IV.

Nuestro país, no bien constituido todavía, y gobernado, se puede decir así, por facciones, tenía que soportar los males anexos a la guerra civil, que provenia y proviene aun de la ignorancia en que nos había educado la España y de las ideas de aristocracia que había hecho jermínar entre nosotros y de las que nos resentimos todavía.

La Europa, hijo mío, nos hace ahora un crimen de nuestros disturbios, tratándonos como salvajes, sin haber reflexionado que las revoluciones que nos han aniquilado, y que yo lamento mas que nadie, provienen principalmente del *pus*, escúsame esta palabra, que nos dejó la España y de que ella misma participa actualmente.

Nuestras sociedades sin industria y llenas de presuntuosa vanidad; nuestros pueblos sometidos al régimen colonial y completamente ignorantes; no podían recibir exabrupto la libertad; así es como se sucedió esta especie de oligarquía que hasta ahora nos gobierna y en la cual se infiltró la discordia, de donde resultaron las luchas encarnizadas que nos han destruido y que nos han desprestigiado en el antiguo mundo, sin haber tomado en cuenta lo mismo que han sido y lo que serán mas tarde; porque todavía, a pesar de sus adelantos, aquellas sociedades están embrionarias, mal que les pese a su presunción y a su orgullo.

Nuestras contiendas, amigo mío, no nacen de la libertad, no nacen de la república, no nacen de la democracia, porque la democracia, la libertad y la república nos encaminan a la dignidad del hombre y al perfeccionamiento de las instituciones, sino que provienen del atraso que enjendran las ideas opuestas, y que por desgracia han jermínado y jermínan entre nosotros: este es el antagonismo de la luz y las tinieblas, de la razón y las preocupaciones, de la verdad y del error, de la religión humanitaria del Cristo y del egois-

mo y barbarie de las instituciones que nos gobiernan; pero la reaccion que hoy vemos entre nosotros tendrá lugar en todo el mundo, y allá, tanto como aquí, se empeñará la lucha hasta que se establezca la reforma; pero la reforma en el sentido democrático, la reforma que es la voluntad manifiesta de Dios, porque es el fin de la creacion, revelado por el constante progreso.

El solitario estaba conmovido con sus propias palabras, y Enrique escuchaba admirado aquella filosofía tan simpática que entraba de lleno en las nobles tendencias de su ser.

La inocencia, o diremos mas bien, esa sencillez luminosa que, sin comprender las cosas, las adivina, es generalmente el mejor juez y el apreciador mas equitativo de la verdad, porque no ha sido viciada por las preocupaciones; de modo que Enrique, sin darse cuenta, comprendia la estension de aquella enseñanza dicha sin pretension de ningun jénero, puesto que el individuo no podia aspirar a nada, habiendo renunciado desde largos años, segun se manifestaba, a cualquier pretension.

A mi vuelta de España solo habia encontrado parientes lejanos, pues mi madre y mi tío, que era mi padre político, habian muerto; por consiguiente cuando regresé del Perú me encontré solo y sin relaciones: sin embargo, no podian negarme ni mi grado ni mis servicios, y esto era suficiente para asegurarme una posicion social bastante digna y una manera de ser independiente, tanto mas cuanto habia ganado mis grados, no en fuerza de la intriga y del adulo, sino en fuerza de mi decision, de mi constancia, y, podré decirlo, de mi patriotismo, o de mi americanismo mas propiamente hablando.

Sin embargo, yo encontré el país dividido en bandos, y tuve la debilidad, esta es la espresion de que ahora me valgo, porque estoy persuadido que las guerras civiles no deben existir ni debe en ellas mezclarse un militar que ha ganado

sus grados defendiendo la santa causa de la independencia de su país, sin embargo, repito, me adherí a la opinión de aquellos militares como don Ramon Freire, con quienes habia sido amigo y habia combatido en los campos de batalla.

La faccion de los que entonces se llamaban pelucones y a cuya cabeza se encontraba Portales, hombre de energía y de jenio a la vez, y Prieto, hombre de armas pero incapaz para la administracion, triunfó de nosotros en 1830 y fuí, no solo destituido de mi grado y de mi empleo, sino tambien perseguido, habiendo tenido que vivir por mucho tiempo oculto.

V.

El mismo amigo de colejio que me habia socorrido en España vino en mi ayuda en Chile. Este jóven habia regresado casi al mismo tiempo que yo, pero nuestra suerte era mui diversa: mientras él seguia una vida tranquila, habiéndose casado en Santiago con una de las principales señoritas, administraba y disfrutaba a la vez de la inmensa fortuna de una hermana de su mujer por parte de padre; mientras él, repito habia gozado y gozaba de comodidades y de paz, yo corria la existencia mas azarosa, experimentando todos los vaivenes de la fortuna; sin embargo nuestra amistad sincera se habia mantenido intacta y sin experimentar el menor cambio, pues siempre habia sido para mí el mismo, tanto en mi buena fortuna como en mi desgracia, mostrándose jeneroso en todas ocasiones.

Yo queria a este amigo como a un hermano, y tengo motivos para creer que su afecto era igual para conmigo; así es que viéndome perseguido y por consiguiente miserable, no solo me asiló en su casa, ocultándose a mis enemigos, sino que me dijo estas palabras: "dispon como propio de cuanto yo poseo, y ya permanezcas aquí o ya te ausentes,

mi caja estará abierta para tí; y no tengas el menor escrúpulo en tomar de ella cuanto necesites, pues me darás con esto un placer verdadero y una prueba inequívoca de amistad."

El solitario enjugó las lágrimas que caían de sus ojos al evocar estos recuerdos, y sin pretender ocultar su conmoción dijo a Enrique: "no te admires, hijo mío, de ver llorar a un anciano. Yo he presenciado y experimentado muchas desgracias con ojos enjutos, pero las acciones generosas y nobles me conmueven, y su sola memoria me enternece hasta este punto, sobre todo cuando no he tenido afección mas grande ni he conocido alma mas sublime que la de este amigo cuya pérdida lloraré hasta el sepulcro, sin llorar todavía lo bastante."

Enrique participaba de los mismos sentimientos del solitario. Aquel dolor que se pintaba en la venerable fisonomía del anciano y que sus palabras y el tono de su voz revelaban, se habia comunicado al joven de tal manera, que lloraba también...

—Me agrada, hijo mío, dijo el antiguo coronel, tomando las manos de Enrique, verte sensible, y esto viene a confirmar la buena idea que desde un principio me habia formado de tí...

Después de un rato de silencio en que el solitario parecia haberse reconcentrado en sí mismo, ya fuese para saborear la ternura de Enrique, que tanto le agradaba, o ya para recordar su penoso pasado, continuó su historia.

—Por espacio como de un año permanecí oculto en casa de mi amigo y sin salir a ninguna parte, salvo de noche, que hacia mis solitarios paseos a la alameda, teniendo el cuidado de disfrazarme para no ser conocido. En este tiempo tuve ocasion de tratar de cerca a la esposa y cuñada de mi amigo, ambas dos jóvenes distinguidas y de un corazón excelente; pero la última tenia una imaginación ardiente y al parecer apasionada y fantástica: una de esas imaginaciones de

poeta que ven el mundo tras un prisma seductor o sombrío, según las impresiones que reciben.

Yo quise a esta niña. En mi afección, puedo asegurarlo ahora, no entraba el menor cálculo, pues no era la codicia de su fortuna lo que me guiaba, sino un afecto sincero y que mi noble amigo hubiera deseado ver feliz, aun cuando esto le quitara la administración de los cuantiosos bienes de su cuñada; pero no sucedió así, porque ella, si bien tenía por mí estimación, no sentía cariño, y me lo dijo un día que, engañada por las apariencias, le abrí mi corazón. Nada había que pudiera herirme en su franqueza, porque su repulsa fué suave compasiva y digna, quitándome toda esperanza, pero dándome a la vez pruebas inequívocas de su aprecio y del afecto que sentía por mí en calidad de amigo, afecto que desaparecería al instante bajo el pie de amante.

Comprendiendo la justicia de sus razones y creyendo que desde ese momento no podía permanecer en la casa, porque desde ese momento mi presencia podría ser importuna, traté de retirarme y lo hice al efecto marchándome pocos días después al Perú, donde encontré el mismo día de mi arribo una carta de mi amigo en que me decía que su cuñada le había suplicado de poner a mi disposición la cantidad de diez mil pesos, encargándole decirme que si la apreciaba en algo no le rehusara esa lijera manifestación, pues de lo contrario no tendría de mí la alta idea que se había formado, sino que me creería un hombre común que no me había elevado más alto que las preocupaciones vulgares, participando de ese puntillo de delicadeza de que se enorgullece la jeneralidad y que no es otra cosa que el simulacro de la dignidad.

Conociendo aquella alma desinteresada y noble, acepté sin vergüenza y le escribí mi determinación dándole las gracias.

Su respuesta afectuosa, sencilla y sobre todo, elevada me hizo llorar de gratitud y de amor, porque su noble repulsa

talvez me habia hecho quererla mas: hai algunas veces desengaños que aumentan nuestro cariño en lugar de disminuirlo o apagarlo; sin embargo, ya yo estaba en una edad en que el juicio deja oír su voz sobre la pasión; así es que contuve los ímpetus de la mía, que me aconsejaba volver a Chile e ir a morir a sus piés. . .

VI.

Tres años permanecí en el Perú en esta última ocasión; y aun cuando el gobierno de aquella república me ofreció darme el grado de que gozaba en Chile, rehusé, porque me figuraba que dentro de poco tiempo nos encontraríamos en lucha, y no quería hallarme en líneas opuestas a las de mis conciudadanos. Esta prevision provenia del conocimiento de los hombres y de los manejos de la política, que me hacian preveer una guerra entre ambos paises.

Regresé a Chile, siempre de incógnito, y fuí, como era natural, a ver a mi amigo el mismo día que llegué a Santiago. Este me recibió con cariño; sin embargo me fué fácil notar en él cierta tristeza que en vano se empeñaba en disimularme, porque yo le conocia tanto mas cuanto mayores eran sus esfuerzos para ocultármela.

La cuñada de mi amigo, es decir, la niña a quien yo respetaba y queria con la consideracion y el cariño que no habia experimentado por nadie, tambien apareció a mi vista diferente de lo que la habia dejado, es decir, con una afectacion que no le habia conocido antes.

La primera noche que tomamos el té en familia me fué fácil conocer que las relaciones eran algo tirantes entre los diferentes miembros de aquella casa, y mucho mas cuando ví llegar a un hermoso jóven, de afables aunque altivas maneras.

La cuñada de mi amigo se sonrojó algo cuando este desconocido para mí entró al salon, y mi amigo, tanto como

su mujer, perdieron tambien el buen humor, lo cual, con mi experiencia de mundo, me hizo presumir que se encerraba algun secreto.

Yo, al llegar a esta casa, me instalé como en la mia propia, tanto por las ofertas que recibiera en todas ocasiones, cuanto por mi afecto y por el hábito que habia adquirido de considerarlos como a mi sola y única familia, confianza que me agradaba y que estaba autorizado a ejercer en vista de su repetida y franca hospitalidad; sin embargo, a pesar del verdadero cariño que me manifestaban, no pude menos de notar que todos experimentaban cierto modo de ser que se hallaba mui distante a la franca injennidad con que habia sido recibido y en que habia vivido antes en aquella casa. Quien estaba mas contrariada con mi presencia era la jóven cuñada de mi amigo, que llegó en algunas ocasiones a manifestarme cierta acritud, a despecho de su carácter bondadoso y de sus maneras altamente políticas.

En vista de esto, sin retirarme de la casa y continuando viviendo en ella, observé una conducta mas retirada, resuelto a separarme en el acto que notase que mi presencia les incomodaba; pero mi amigo y su señora seguian tratándome con la misma cordialidad, si bien con cierta reserva que llegaron a manifestarme no provenia de ellos sino de otras causas.

Esto me dió que pensar, y a la segunda visita de aquel jóven de que ya te he hecho referencia, caí completamente en el motivo que causaba aquellos disgustos interiores.

La situacion era tanto mas tirante y tanto mas embarazosa, cuanto que la fortuna era completamente de la jóven cuñada de mi amigo, y porque éste a la vez tenia que aparecer como el jefe de la familia y hacerse respetar cuando él solo podia y solo deseaba hacerse querer. Esta penosa condicion en que estaba colocado agriaba su carácter hasta el punto de hacerlo hipocóndrico y misántropo.

Yo observaba sin decir nada, y no te ocultaré la repug-

nancia que me causaba la visita de aquel extraño, que, bajo las maneras mas caballerescas, ocultaba, segun mi opinion, el carácter mas egoista, mas péfido y mas hipócrita.

Sea presentimiento, o sea en virtud de otros antecedentes, mi amigo y su esposa participaban de mis mismas ideas, pero ocultando sus juicios a su hermana, a mí y talvez a ellos mismos, pues quizá no se habian comunicado sus observaciones el uno al otro, por tal, sin duda, de no complicar mas la situacion y de no amargarse la existencia recíprocamente, por cuya razon cada uno de ellos habia concentrado en sí sus ideas y pensamientos.

Nuestro elegante jóven era asíduo; y si hemos de atenernos a las exigencias de la mas severa política, él cumplia con ella, no habiéndosele observado nunca el menor desliz de que pudiera darse por ofendida la susceptibilidad mas quisquillosa; y sin embargo, bajo aquellas maneras finas, afables y corteses, yo creia notar el egoismo mas glacial y la maldad mas refinada; pero este jóven era casado y con frecuencia venia acompañado de su mujer, lo cual desterraba hasta las apariencias de una sospecha.

Como pasábamos, se puede decir, en familia, la mayor parte de las noches, no pude menos de notar que la esposa de nuestro visitante se empeñaba mucho en hacer la corte a mi amigo, mientras el consorte requiebraba a la cuñada. Eduardo, que este era el nombre de mi condiscípulo, no hacia el menor caso a las gazmoñerías de aquella coqueta, pero no sucedia lo mismo a su hermana política, que parecia encantada de los requiebros del marido, jóven, como ya creo haberte dicho, mui elegante, y que gozaba de gran reputacion en la sociedad de esos fátuos y ociosos que pululan en Santiago, considerándosele como un irresistible Lovelace, en lo cual tenian indudablemente razon, pues a mas de una hermosísima presencia, era vivo, instruido, insinuante y sabia aparentar como nadie la honradez, la jenerosidad y hasta la virtud.

Estas palabras me sorprendieron, haciéndome pensar que habria algun misterio; asi es que no pude menos de exclamar:—"¿Qué ha sucedido?"

—Despues lo sabrás, amigo mio, me contestó; mientras tanto, tú debes venir fatigado con tan largo viaje, y seria bueno que te fueras a descansar.

—De ningun modo, le dije; yo estoy acostumbrado a las fatigas y he hecho la marcha con comodidad.

—Quédate entonces, me contestó, y hablemos de tus asuntos.

—¿Y por qué no de los tuyos, que son los que me interesan? le respondí.

—Mas tarde... otro dia... me dijo; pero ahora no quiero acibarar el gusto que tengo de verte.

Y como si tratara de desterrar un penoso recuerdo, principió a contarme los pasos que habia dado para que no se me persiguiera, refiriéndome la entrevista que había tenido con Portales y la promesa que le habia hecho éste.

Poco me interesaba todo aquello, pues estaba preocupado con la enfermedad de mi amigo, y el estado en que lo veia no me dejaba pensar en otra cosa, tratando de investigar interiormente cuál podria ser la causa que en tan poco tiempo lo hubiese reducido a un estado tan deplorable.

Notando, al fin, que no se encontraba en el aposento su cuñada, pregunté por ella; pero apenas habia pronunciado su nombre, cuando creí ver que el semblante de Eduardo habia cambiado, espresando rabia y tristeza: esto fué para mí como una revelacion, pues aun cuando ignoraba lo que podia haber sucedido, estaba seguro que de aquí provenia el mal.

—Mi cuñada no está con nosotros, me contestó Eduardo.

—Cómo! Se habrá casado? dije yo.

—No, pero ha tenido el capricho de entrarse a las monjas.

—¿De entrarse a las monjas! contesté admirado.

—Sí; pero mañana hablaremos sobre esto.

VIII.

Yo comprendí que era penosa para Eduardo esta conversacion, y no insistí en ella, sino que me puse a hablar inmediatamente sobre otros asuntos, y al cabo de un rato conseguí hacer sonreirse a mi amigo, milagro grande y del que me dió las gracias con la vista su amante esposa. Alentado por esto y con el deseo de distraer a Eduardo, estuve mas locuaz que de costumbre y referí algunas anécdotas graciosas que me habian pasado en mis campañas, consiguiendo de tal modo divertirlo, que nuestro pobre enfermo se puso del mejor humor, lo que me hizo permanecer en su cuarto hasta las dos o tres de la mañana, hora en que me retiré para dejarlo descansar, sin embargo de que él me dijo que podia quedarme, pues habia perdido el sueño.

Su esposa me acompañó hasta mi habitacion y me mostró su contento porque habia logrado hacer reir a su marido, no dudando que esta distraccion influyera favorablemente en su salud; asi es que formé el propósito de volverme lo mas chistoso que me fuera posible, aunque para ello tuviera que inventar algunas fábulas.

Al dia siguiente, Eduardo se encontraba mejor, habiendo conseguido dormir aquella noche, cosa que no le sucedia desde algun tiempo; y me hizo llamar para almorzar en su cuarto, en compañía de su esposa y de su tierna hija, que principiaba a hablar, haciendo las delicias de sus padres.

Yo me mostré alegre, y fueron tantas y tan variadas las anécdotas que les referí, que mi enfermo amigo y su esposa se rieron de la mejor gana. Los médicos llegaron como a las dos de la tarde y encontraron a Eduardo mucho mejor, lo que aumentó el contento de su mujer, que principió a concebir esperanzas de que se restableciese, esperanzas que ya casi habia abandonado.

Pero dos dias mas tarde esta ilusion habia desaparecido,

que me quedaba en ataque á causa de la lectura de una carta que recibí esta mañana, que nos hizo desesperar de...

Después de un rato se restableció un poco y me dijo de acercarme a su cama, haciendo al mismo tiempo retirarse a su hijo y a su hija... Eduardo permaneció unos momentos en silencio, como para reunir sus recuerdos y reconcentrar sus fuerzas, y en seguida me dijo:

"No hai esperanzas de mi vida, ni te la formes tú, pues tengo la seguridad que he de morir en pocos dias; yo me conozco y sé lo que digo..."

"Para cualquiera otra persona, lo que vói a revelarte seria un motivo de disgusto, pero no una cosa que lo llevara al sepulcro; sin embargo, todas las naturalezas no son iguales y lo que para uno es un sentimiento lijero, para otros es un pesar profundo y yo soi de los últimos; por consiguiente, no te empeñes en tratarme de probar que no tengo razon en abatirme, pues desde el momento que ha sucedido, es prueba que mi temperamento, mi constitucion o mi carácter está asi formado, y no hai argumentos que prevalezcan contra el principal de todos: nuestra manera de sentir, de pensar, de ser..."

"No há muchas nóches, preguntaste por mi cuñada y te respondí que habia entrado a las monjas, sin querer seguir mas adelante ni darte otra explicacion hasta que yo creyera llegado el momento oportuno de comunicártelo, y esto ha venido mas lijero de lo que yo habria deseado: pero la carta que he recibido hoi me hace anticiparlo, porque me ha causado tal impresion, que creo ha abreviado mis dias."

Eduardo hizo una pausa y yo pude leer en su angustiada fisonomia el dolor oculto de su corazon...

En seguida, estendiendo la mano, me presentó la carta que habia causado en él tal impresion y me dijo:—"Lee."

Yo leí estas cuatro líneas:

"Es indispensable que a la mayor brevedad me ponga

usted en posesion de los bienes, que, segun escritura privada, ha dejado a mi órden la señorita... si usted no quiere esponerse a un escándalo. Conserve usted lo que ha tenido a bien acordar a ustedes y a su hija, pero necesito que me dé usted cuenta de lo demas para darlo a mi vez cuando me sea pedida a su lejítimo heredero,

GUILLERMO DE"...

Este era el nombre y la firma del jóven que yo habia visto meses antes en casa de Eduardo y que tanto lo contrariaba.

Viendo mi amigo mi perplejidad, porque no comprendia lo que aquella carta significaba, aunque presumia algo de grave y de fatal, me dijo:—"Es imposible que adivines lo que esto significa y la infamia que encierra, pero voi a explicártelo."

Y Eduardo continuó su narracion, poco mas o menos en los términos que voi a referírtelo:

"Cuando tú regresaste del Perú, me dijo, ya hacia tiempo que este jóven se habia introducido entre nosotros. Al principio fuimos seducidos por su gracia, su jovialidad, sus buenos modales y su vasta instruccion, y lo recibíamos con el mayor gusto, tanto mas cuanto que su esposa frecuentaba las mismas casas que mi mujer, donde se habian relacionado, no tardando mucho en venirnos a visitar con frecuencia, lo que me hace presumir que habia alguna relacion entre ellos, sobre todo, cuando ella me hacia algunos arrumacos.

"No tardó mucho mi cuñada en ponerse taciturna, y su jenio naturalmente festivo se cambió del todo, viéndosele alegre solo en aquellos momentos en que Guillermo permanecia en casa, notando nosotros que ejercia cierto dominio en ella. Poco tiempo despues ya no nos fué posible dudar sobre el jénero de relaciones que existia entre ambos y que habia favorecido indudablemente una criada llamada Anas-

tasia que fué introducida al servicio de mi cuñada mas o menos en la época en que Guillermo principió a visitar la casa.

"Esto me contristó sobremanera, pero esperaba remediarlo, cuando tuvo lugar un acontecimiento a que no me aguardaba y que echó por tierra todas mis determinaciones."

Por mi parte, hijo mio, dijo el solitario a Enrique, deteniendo el hilo de su narracion, pasaré por alto estos hechos, bastándote saber que la cuñada de mi amigo, probablemente víctima de la mas negra intriga y del engaño mas vil pero mejor tramado, dispuso de su fortuna o de la mayor parte de ella en favor de ese tal Guillermo, como lo confirma la carta que te he referido, y se retiró en seguida a un monasterio, por cuyos acontecimientos, fuertemente impresionado, contrajo la enfermedad que en pocos dias lo arrastró al sepulcro, llevándose con él toda la amargura de su alma, que nunca reveló por completo a su mujer, depositando quizá nada mas que una parte en el seno de la amistad; pues yo fuí el único a quien reveló estos acontecimientos con algunos detalles que han quedado sepultados en el misterio, talvez para siempre.

Despues del dia en que recibió aquella carta y en que tuvo conmigo la larga conferencia de la cual te he referido algunos hechos, su salud declinó visiblemente, y cuando hubo arreglado sus asuntos, en lo que mostró una actividad superior a sus fuerzas, lo vimos extinguirse sin proferir una sola queja, entre las caricias de su mujer y de su hija, que no podian creer en un fin tan cercano.

Puedo asegurarte que nunca he tenido un sentimiento igual, porque no había conocido un alma mas dulce, mas tierna y mas jenerosa que aquella; asi es que interiormente hice el juramento de vengarlo y solo pensé en llevar a cabo mi idea sin decir a nadie una palabra, ni a su propia esposa, a quien Eduardo habia ocultado gran parte de sus sufri-

mientos, para no legarle una herencia de odio irreconciliable que habria acibarado su existencia.

Hoi, es verdad, no pienso del mismo modo, porque considero la venganza como una pasion mala, baja e indigna de las almas nobles y del grande ejemplo que nos legara Jesus en el Calvario; pero entonces no creia ni pensaba así y hubiera considerado cobardía de mi parte el no vengar la ofensa de mi amigo.

Permanecí en la casa todo el tiempo que fué necesaria mi presencia, y me retiré en seguida, temiendo no fuera la pobre viuda a ser víctima de la maledicencia, como su esposo, ella y su hermana lo habian sido de la infamia.

IX.

Aun cuando yo confiaba en la palabra de Portales, sin embargo temia las intrigas de los hombres de partido, y continué permaneciendo oculto, aunque no tanto como antes, pues salia de noche sin disfraz. En una de esas ocasiones estaba sentado en el óvalo de la Alameda cuando vinieron dos paseantes a ocupar un sofá próximo al mio, y en uno de ellos reconocí la voz de Guillermo, que hablaba alto y en un tono de jactancia.

La conversacion que tenian los dos jóvenes era sobre amores, pues sin querer escuché algunas de esas palabras vulgares de nuestros dandys, que dicen con énfasis: "*no hai mujer virtuosa*;" iba a retirarme cuando oí pronunciar el nombre de mi amigo y de su cuñada, a lo que se siguió una estrepitosa carcajada.

La sangre me subia a la cabeza, y comprendiendo a lo que hacian referencia aquellos pisaverdes, me puse en un instante enfrente de Guillermo y le dije: "usted no es otra cosa que un *miserable*," y a la palabra acompañé la accion, dándole una bofetada a mano abierta en la mejilla. Guillermo furioso arremetió conmigo, pero entonces levanté la

mano con toda fuerza y descargué sobre él tan rudo golpe, que lo tiré por tierra. Su amigo se interpuso y me preguntó que con qué derecho obraba así, a lo que le contesté que no tenía esplicaciones que darle a él. En esto se levantó Guillermo y le dije: "si usted no es tan cobarde como infame, puede encontrarme en mi casa, calle de las Rosas, número... pero esté usted seguro que si no lo hace lo escupiré en la plaza pública. Aguardo a sus padrinos y dejo a usted la eleccion de las armas;" y acabando de pronunciar estas palabras me retiré sin saludar ni al uno ni al otro, pero con pausado paso para mostrarles que no les temia.

Al dia siguiente por la mañana vinieron dos jóvenes a mi casa. Yo conocí el objeto de su visita y continué en mi ocupacion, hasta que dirigiéndome la palabra, me dijeron que venian de parte de Guillermo y que el desafio tendria lugar al dia siguiente a las siete de la mañana en la Pampilla y a pistola; yo les contesté que estaba bien y seguí tranquilamente concluyendo mi obra. Cuando hube terminado, monté a caballo y me dirigí a Yungai a un tiro de pistola que allí existia, para asentar la mano, como llaman los dueñistas, pues hacia tiempo que no me ejercitaba y no queria arriesgar mi vida inútilmente.

Esta arma me habia sido mui familiar, y ví con satisfaccion que conservaba todavia alguna destreza.

Hecho esta especie de ejercicio, fuí a buscar dos antiguos militares que habian estado bajo mis órdenes y que, como yo, se encontraban sin servicio. Les comuniqué el objeto de mi visita, refiriéndoles lo sucedido sin decirles la causa verdadera, y se prestaron gustosos a servirme de testigos, diciéndome que no tenian que averiguar nada de un hombre como yo, estando seguros de que cuando obraba así era porque tenia razon. Dí las gracias a mis antiguos camaradas y me dirigí a casa de la viuda de mi amigo, a quien no veia hacia algunos dias.

La encontré triste, tristeza que ha conservado siempre,

pues nunca ha olvidado al apreciable jóven a quien habia amado y que tan digno era de su cariño; y a no ser por su hija talvez lo hubiera seguido al sepulcro... Cuando llegué estaba con la niña en las faldas y me dijo: "Guzman, pensaba en este momento en usted y en la amistad que le profesaba mi marido, y creo que si yo muero servirá usted de padre a mi hija; asi es, amigo mio, que espero conserve usted su vida en obsequio de su difunto compañero."

Yo no encontré qué responder, pues estaba tan conmovido, que no hice mas que prorrumpir en sollozos; pero ella comprendió y agradeció mi ternura...

No sé si algun presentimiento le habria advertido del peligro en que yo me encontraba; pero lo cierto del caso era que yo habia ido a hacerle aquella visita como cuando uno va a despedirse para un largo viaje; pero sus palabras me habian impresionado de tal manera, que sentí haberme comprometido en un lance tan arriesgado, pues me hubiera gustado conservar la vida para dedicarla enteramente al servicio de aquella tierna criatura que habia quedado huérfana casi al nacer...

Nuestra conversacion fué triste y solo nos ocupamos en recordar las virtudes de su marido, contándole yo todos los favores que le habia debido en España y posteriormente en nuestra patria, cuya relacion me escuchaba con gusto, pues ella no tenia mas satisfaccion que el placer triste de hablar de él y de rodearse de todos aquellos objetos que se lo recordaban...

Me retiré al fin, y talvez notó en mí alguna cosa, porque al despedirme me miró con estrañeza diciéndome: "usted me oculta algo, Guzman." Yo me sonreí tristemente, besé a la niña, hice un saludo a la madre y salí sin pronunciar palabra, porque temia que mi conmocion revelase mi secreto.

Habiendo llegado a mi casa puse en órden todas mis cosas, quemé alguna correspondencia, empaqueté otra y me

puse a escribirle a la viuda de mi amigo, a quien dejaba de albacea y heredera, no de mi fortuna, que no tenia, sino de algunos papeles importantes, explicándole en mi carta una pequeña parte de lo que me habia obligado a desafiar a Guillermo. Hechas estas diligencias, que creia indispensables, me acosté y dormí profundamente y tan sin preocupaciones como si al día siguiente no hubiera tenido que batirme.

X.

Temprano estuve en pié y me sentí ágil, signo para mí de buen agüero. En seguida fuíme donde mis compañeros, a quienes encontré dispuestos para marchar. Tomamos un coche de alquiler que debia dejarnos al fin de la calle del Dieziccho.

Habian pasado quince minutos de la hora fijada y temíamos que ya no viniese mi adversario, cuando vimos aparecer un magnífico coche particular que venia a todo escape, tirado por briosos caballos: era Guillermo y sus testigos; el coche fué despachado en el acto...

Yo dejé obrar a mis padrinos, previniéndoles que aceptaba todas las condiciones; pero ellos acordaron con los de Guillermo que nos pondríamos a la distancia de veinticinco pasos, pudiendo tirar cada uno, avanzando sobre su adversario, cuando lo creyera conveniente.

Medida la distancia e instruidos de las condiciones, nos colocamos en nuestro puesto, y a una señal de nuestros testigos principiámos a avanzar. Apenas habíamos hecho dos o tres pasos cuando Guillermo descargó su pistola: la bala pasó silbando por mi oído sin tocarme; entonces levanto la mia, que habia conservado debajo del brazo, a la altura de mi vista, e hice fuego. Guillermo vaciló un momento y cayó; la bala le habia llevado una parte de la mejilla izquierda y salido por el oído, dañando talvez el cerebro, pues murió, segun supe posteriormente, dos dias despues.

Mi amigo estaba vengado, pero yo tenia en mi conciencia un remordimiento que he conservado hasta hoy y que conservaré hasta mi muerte.

Talvez podrá parecerte extraño esta manera de pensar en un militar que habia corrido tantos peligros, visto tanta sangre y tomado parte en tantos combates; y mas extraño aun cuando habia sido en un desafio con armas iguales, y que, si bien la lei condena, el honor no solo sanciona, sino que respeta y honra; pero yo, hijo mio, no he creido nunca ni justa ni lejitima la guerra, y he entrado en ella con repugnancia, a pesar de mi estado. Creo que ninguna lei humana puede ir en contra de la lei divina. Creo que el fallo de los hombres no destruye el mandato de Dios, que ha puesto en nuestros corazones el amor a nuestros semejantes, ordenándonos el cumplimiento de la fraternidad hasta con nuestros enemigos. Creo que no hacemos mas con nuestras guerras que perturbar el orden y la armonia en que está cifrada nuestra felicidad, ¡y sin embargo, yo he obedecido y he seguido las preocupaciones del mundo! Pero, amigo mio, puedo asegurarte que en mi larga carrera de soldado jamas he muerto a nadie sino en defensa propia, y por esta razon es que siento un remordimiento al recordar, y este recuerdo me viene con frecuencia, el fin de Guillermo.

Cuando yo entraba en un combate, nunca hacia uso de mis armas, y no desenvainaba mi espada sino en un caso extremo, por cuya razon me han llamado siempre en el ejército *oficial filántropo*, porque veian que no era cobardia, pues marchaba en primera línea y no huia el peligro, sino que era otro el sentimiento que me guiaba, sentimiento que ellos no se explicaban y del que se servian en sus chanzas amistosas para burlarse de mí, dándome tambien el apodo de *espada virgen*; pero no por eso dejaban de considerarme tanto o mas que si hubiera sido terrible en la accion, tronchando con mi afilado acero las numerosas cabezas de mis enemigos. Sin embargo, hijo mio, yo he cedido a las preocu-

paciones del mundo siguiendo una carrera contraria a mis instintos y a mis ideas; y estos estravios, que debo considerar crímenes, son los que hoy deploro y que he tratado y trato de resarcir en esta soledad con algunas buenas obras. Dios me conceda la paz y el descanso...

Es una cosa singular, amigo mío, la que sucede en este mundo: todos los pueblos deploran la guerra y todos la practican; todos la condenan y todos la siguen; todos la anatematizan y todos se honran con ella y por ella, llegando a considerar héroes a los más grandes verdugos de la humanidad! Muchas veces, hijo mío, esta inconsecuencia del mundo alivia mis sufrimientos, porque en algo disculpa la mía; pero yo he vuelto sobre mis pasos, mientras que nuestra pobre especie marcha todavía por ese reguero de sangre que lleva consigo la destrucción y el exterminio!...

¡Qué no pudiera decirte sobre esa fatal preocupación que nos estermina y aniquila desde el momento que mata e inutiliza, destruyendo la más grande obra de Dios, el hombre, y absorbiendo el sudor, la inteligencia y el trabajo de los pueblos!... Pero mil otras voces han dicho lo mismo sin ser escuchadas!... y mil otros hombres han desplegado el estandarte de la fraternidad y de la paz sin que ninguna nación lo haya todavía seguido, sino que por el contrario parece que mientras más avanzamos en civilización, más se buscan y mayores son cada día los medios de destruirnos, refinándose así la crueldad desde que la legalizamos con la práctica y con la enseñanza!..."

El solitario pareció abismarse en sus reflexiones, y el mismo Enrique guardaba silencio, seducido por aquel lenguaje y aquel raciocinio que escuchaba por primera vez y que le parecía nuevo a la par que hermoso y persuasivo.

"Mis reflexiones, continuó el anciano después de un momento, me han estraviado del hilo de mi narración, pero no me arrepiento de habértelas hecho, porque son talvez

una simiente arrojada al árido terreno de la vida, pero que el sol de la verdad puede fecundizar; y a tí, para quien se abren ahora las puertas de la existencia que tienes que recorrer, pueden quizá serte útiles: la experiencia que viene corrijiendo nuestros errores, a todos aprovecha.

Pero basta ya de filosofía, y entremos a los hechos.

XI.

Nada teníamos ya que esperar en aquel lugar, y dije a mis compañeros:—"Lo que debemos hacer ahora es separarnos y tomar cada uno distinto camino, porque el haber venido con el coche hasta aquí me dá que sospechar y temo alguna emboscada; y ya saben ustedes que nuestra lei sobre este punto es terminante."

Mis amigos fueron de mi opinion; díles las gracias y nos separamos.

Yo me dirijí a mi casa con la mayor precipitacion; pero apenas habia abierto la puerta de mi cuarto cuando se presentó un oficial de policia y me dijo:—"Tengo orden, señor coronel, de conducir a usted a la cárcel."

—¿Por qué motivo? preguntéle yo, aun cuando ya lo inferia, y él me contestó lacónicamente:

—Lo ignoro.

—Muéstreme usted la orden, le dije.

—Aquí está, me respondió, y sacó un papel en que no se decia mas que tomarme preso y conducirme en el acto.

Llegado a la cárcel, me pusieron solo en un calábozo con centinela de vista.

Ya no podia dudar de la causa de mi prision y solo sentia haber comprometido a dos pobres oficiales que por servirme se habian espuesto a un lance tan peligroso; pero afortunadamente la acusacion interpuesta en mi contra dió un giro a mi causa que los salvó; y aun cuando esta acusacion era deshonrosa para mí, pues se me acriminaba de asesinato, preferí perderme y no desmentirla para ahorrarles la

suerte que a mí me esperaba, y que ellos, en caso de divulgar el hecho, debían participar.

Dije, pues, sin rodeos al *juez del crimen* que yo era el que había cometido el atentado por causas que no quería revelar, y que no tenía cómplices, pero que pedía únicamente ser juzgado por el tribunal, que, aunque mas riguroso, me correspondía, es decir, por oficiales del ejército y de mi graduación.

Mi petición era justa, y se formó el tribunal de militares de alta graduación para dar mi sentencia, que yo no ignoraba cuál podía ser. Rehusé el defensor que me fué ofrecido y me presenté yo mismo.

Los oficiales que formaban el tribunal eran mis adversarios políticos, pues pertenecían al gobierno del jeneral don Joaquin Prieto contra quien yo había tomado las armas; de manera que no había esperanzas de salvación, pero no era esto lo que yo quería, sino únicamente persuadirles que no era un asesino y que no me degradasen, y así les dije, poco mas o menos:

"No vengo, señores, a defender mi vida, puesto que he confesado mi falta, sino mi honor. Estoy entre militares y sé que éstos lo estiman en mucho para que no me comprendan y para que no me concedan lo que voi a pedirles, si lo creen justo.

"Mis jueces de hoy han sido mis compañeros de armas en otra época, y apelo a su conciencia, apelo al conocimiento que tienen de mí, como militar y como hombre desde las gloriosas luchas de nuestra independencia, para que digan si han visto cometer, no digo un crimen, sino una acción baja y aun una leve falta, al coronel Toribio de Guzman que ahora se encuentra en el banquillo de los acusados; y aquel a quien no se le puede tildar con el mas insignificante desliz, porque no es delito el haber tenido y tener opiniones diferentes a las vuestras, ¿cómo se le puede creer capaz de un asesinato alevé?

"Yo he muerto a ese hombre, es verdad, señores, y pagaré con mi vida la que he quitado; pero no hai ninguno de ustedes, (tengo la conciencia yo mismo), que me juzgue tan bajo y que tenga el pensamiento de que yo lo haya asesinado cobarde y traidoramente.

"No debo, ni puedo, ni quiero revelar mis secretos; pero por el honor militar y por la espada que he cargado, os juro, señores, que no soi un asesino, como se me imputa.

"Ya os he dicho que no abogo por mi vida, de la que podeis disponer; pero os pido mi honor a nombre vuestro, a nombre mio y a nombre de mi madre, que me dijo, al dejar mi patria para ir a España, a quien he combatido junto con ustedes: *Has nacido de una familia ilustre: trata de ser digno del apellido que llevas, pues esto me hará a mí muy feliz y honrarás la memoria de tu padre, a quien debes dos veces la vida, pues murió por salvarte la que te habia dado.*

"Yo no vengo, señores, a hacer un vano alarde de nobleza, impropio del lugar y de la posicion en que me encuentro, e impropio tambien de nuestras instituciones republicanas. Mis padres están ya en la tumba y no pueden sufrir, pero yo respeto su memoria y quisiera acabar mi carrera en conformidad con las palabras de mi madre. Hé aquí por qué os pido no me degradeis; pues esta seria una injusticia que cometeriais y una pena ineficaz e inmerecida: quiero morir como militar y con los honores de tal."

Mis jueces parecian impresionados en mi favor; me hicieron retirar con afabilidad y deliberaron un momento, despues del cual fui nuevamente llamado. El que hacia de presidente tomó la palabra y me dijo, con una emocion que se empeñaba en vano en reprimir y que le agradecí en el alma y le agradezco todavia:

"Coronel Guzman, tenemos fé en vuestra palabra... Morireis como un militar y con todos los honores del grado que habeis obtenido por vuestros leales servicios prestados a la patria..."

Yo no pude oír esta sentencia sin inmutarme. Me incliné profundamente para ocultar mi turbación, dí las gracias y pedí retirarme... Al salir ví que aquellas fisonomías severas, casi duras por la costumbre de arrostrar el peligro y el hábito de mando, espresaban claramente sus simpatías por mí...

El día siguiente, a las once de la mañana, fui puesto en *capilla*, es decir, podía contar las horas que me quedaban de vida y hasta los segundos que, por el fallo de los hombres, me era dado todavía ver el sol.

Ya sabes como mediante a tu padre obtuve la libertad; pero se me olvidaba decirte que antes de disfrazarme con los hábitos de fraile para dejar aquel lugar destinado a preparar la víctima para el martirio, escribí a mis jueces las siguientes palabras, que tracé a la lijera y con lápiz, dejándolas sobre la mesa.

"Señores jueces:

Mi corazón está lleno de gratitud hacia vosotros por el fallo con que me honrasteis; pero no creo cometer una falta al aprovechar la ocasión de salvarme de una muerte segura e inútil para el ofendido y para la sociedad, Viviendo trataré con mis buenas obras, de aplacar los manes de mi víctima, de servir de algo a mis semejantes y de reconciliarme con Dios y mi conciencia, haciendo fructífero mi remordimiento... El coronel Guzman ha muerto, sin embargo, pues no lo vereis mas, y de este modo quedará vuestra sentencia cumplida... Si por desgracia se descubriera a mis libertadores os pido vuestra indulgencia para con ellos, y lo que es mas, me ofrezco en garantía, pues yo mismo me presentaré ante vosotros para salvar la vida de los que con tanta abnegación la han espuesto por mí..."

XII.

Ya te he dicho que no sin algun temor salvé las barreras de la cárcel; porque el hombre, por mas que haya arros-

trado la muerte en los campos de batalla, siempre tiene apego a la vida; y no es lo mismo morir en el calor y con la escitacion de un combate, que morir a hora fija... con toda su calma, con todo su juicio y con toda su fuerza: esto es horrible, amigo mio, y esto abate hasta a los mas valientes.

Como ya sabes, al salir de la cárcel me esperaba un coche que me condujo donde una mujer, que vivia, como te he dicho, en los suburbios de la ciudad, donde permanecí oculto todo aquel dia, saliendo disfrazado en la noche despues de haberme dado la pequeña suma que ya he enumerado. El nombre de esta mujer, que tuve cuidado de preguntarle y que tengo inscrito en el libro es Maria Segovia, de quien no he oido hablar mas a pesar de mis recomendaciones espresas; pero nuestra pobre jente está siempre dispuesta a practicar las virtudes mas heróicas, sin ostentacion, sin esperar nunca recompensa y siguiendo por instinto este gran precepto que se hermana con la lei de Cristo, de donde nace: *haz el bien y no sepas a quién.*

Yo he recorrido, hijo mio, muchos pueblos, y puedo asegurarte que no he encontrado ninguno en que el sentimiento de caridad esté mas difundido y sea mejor practicado que en el nuestro. Ojalá esa civilizacion egoista de los otros paises no nos invada, que así alcanzaremos la verdadera ilustracion y seremos felices, porque la caridad es la virtud de donde todas provienen y la que está llamada a rejenerar el mundo, abriendo de par en par las puertas del templo de la sabiduría y de la gloria.

En la noche me dirijí donde la viuda de mi amigo Eduardo, que, al reconocermé, fué tal su sorpresa, que casi se desmayó. Cuando la ví mas serena, le conté lo sucedido y la manera milagrosa como me habia escapado de la prision.

Ella, despues de haberme escuchado atentamente con interes y con emocion, me dijo: que luego que habia sabido el hecho que tanto ruido causaba en la sociedad, habia adi-

vinado el motivo y habia recordado la espresion estraña de mi semblante en la última noche que me habia visto; que habia dado muchos pasos en mi favor hasta ir donde el presidente don Joaquin Prieto para suplicarle me conmutara la pena de muerte en un destierro perpetuo, pero que todo habia sido inútil, pues Guillermo era considerado como uno de los mas decididos partidarios de la administracion actual; y que viendo lo infructuoso de sus esfuerzos, hacia tres dias que estaba postrada ante Dios pidiéndole que me diera conformidad y me llevara a su santo reino, ya que era imposible salvarme en éste!... y en seguida añadió: ahora es preciso velar por su seguridad, porque deben hacerse muchas pesquisas; si bien los jueces, a quienes tambien ví, le eran a usted favorables y hubieran querido salvarlo si hubieran podido, lo que me hace creer que no se muestren tan diligentes para aprehenderlo; pero de todos modos es preciso tomar precauciones grandes. Yo tengo, me dijo, una hacienda en la provincia de Colchagua, que va hasta la cordillera y que podia servir de refugio inmediato. Salga usted ahora mismo para allá, pues aquí hai justamente caballos y mozo y puede ponerse a salvo en el momento.

Yo agradecí su solicitud y acepté su oferta, porque era justamente lo que pensaba y queria: vivir desconocido y ocupar un pedazo de terreno donde encontrar trabajo y tranquilidad; y aquí he hallado ambas cosas...

—Entonces, exclamó Enrique, ¿usted está en la hacienda de la señora viuda de su amigo?

—Justamente: aquí he vivido ya dieziseis años; y en este retiro, donde cualquier otro hubiera encontrado el fastidio, yo he hallado la calma y pudiera decir la felicidad; porque aquí he aprendido a ser útil a mis semejantes; aquí he reflexionado sobre la vida; aquí he llorado mis extravíos; aquí he podido elevarme hasta Dios, admirándolo por sus obras y amándolo por sus beneficios...

El anciano parecia inspirado, manifestando por el fuego de sus miradas la conviccion profunda y la adoracion sublime del filósofo y del creyente, granjeándose cada vez mas la admiracion y el cariño de Enrique.

El solitario continuó.

Convenido el plan con la viuda de mi amigo y aceptada su oferta jenerosa, le dije que tenia que hacer una diligencia indispensable y en la cual me demoraria una hora, y que a mi vuelta me pondria en camino. Ella no queria dejarme salir, pero yo insistí, no consiguiendo, sin embargo, el permiso hasta que no le hube dicho el motivo, y cuando ella lo supo, me dejó partir, apretándome cordialmente la mano en señal de aprobacion.

Mi objeto era buscar a uno de los amigos que me habian servido de testigos en el desafio y sobre el que podia contar con toda seguridad; pues a mas de su buen carácter, me debia uno de aquellos servicios que un militar siempre conserva y nunca olvida.

Encontréle en su casa y experimentó al verme mas sorpresa y alegría de lo que yo esperaba, aun cuando, como te he dicho, contaba con su amistad. Díjele el modo como me habia fugado y quién habia protegido mi evasion, y que el único objeto que tenia al venir a verle era que me avisase inmediatamente si el sarjento Domingo Lopez era aprehendido, porque habia prometido presentarme en su lugar, y que exigia su palabra de honor de decirme en cualquier tiempo la verdad, pues de lo contrario me haria un mal irreparable y no podria mirarlo a él ni como amigo ni como caballero.

—Esta bien, coronel, me contestó; puede contar usted con la seguridad de que le diré la verdad si acontece ese caso, que espero en Dios no sucederá; y el digno militar me estendió la mano como para ratificar lo que acababa de decir.

Yo, en lugar de tomarla, le abrí mis brazos y permanecimos así por algun tiempo: la desgracia a todos nos nivela,

y para ciertas almas es el lazo mas fuerte y mas sagrado que anuda a la amistad.

—Dígame usted ahora, me dijo, dónde debo dirigirle la correspondencia y bajo qué nombre, pues supongo no usará usted el suyo.

—A la ciudad de San Fernando y a don Prudencio Fernandez, le contesté.

—Está bien, y puede ser que no pase mucho tiempo sin tener el gusto de verlo nuevamente, porque todo cambia en este mundo y especialmente la política, me dijo sonriéndose.

—No, amigo mio, le respondí; desde hoi el coronel Guzman ya no existe y se separa de usted para siempre...

—Cómo! ¿por qué?

—Porque ya, si me conserva Dios la vida, cualesquiera que sean las revoluciones que traiga el tiempo, no apareceré en la sociedad ni volveré a ser militar; con que así, digámonos para siempre adios; y volví a abrazarlo, haciéndome violencia para separarme de él, que trataba de retenerme.

Volví a la casa de Eduardo, en donde todo estaba ya preparado. La señora al verme llegar me dijo: "estaba llena de sobresalto."

—Pues ya ve que soi prudente, le contesté; pero ella me instó, sin embargo, para que me marchase en el acto; dándome una bolsa llena de oro, que en vano quise rehusar y que solo acepté por no incomodarla o por no aparecer pequeño en aquellas circunstancias.

Al tiempo de montar a caballo me dió una carta, diciéndome: "luego nos veremos."

La carta que me entregó y que contenia otra para el mayordomo de la hacienda, don Pedro Murna, que era un anciano y sin duda padre del actual administrador, me recomendaba, ordenándole que me tratase como a ella misma y que me hiciese obedecer y respetar de todos los inquilinos.

La que estaba dirigida a mí no contenia mas que estas palabras:

“Mi apreciado amigo:

Hai cosas que no se ocultan, sacrificios que no tienen precio y favores que no se pagan: yo le soi deudora de uno de ellos, que jamas llenaré, pero usted encontrará en su satisfaccion interior la merecida recompensa, como tambien en el cariño de mi Eduardo, que lo bendecirá desde el cielo, añadiendo las tibias oraciones de la triste viuda de su amigo, que lo acompañarán siempre.”

Esta sencilla carta, estas palabras tan cristianas y consoladoras me hicieron un bien inmenso, figurándome que principiaba mi perdon, desde el momento que aquella santa mujer se mostraba tan indulgente, tan suave, tan cariñosa y tan benigna...

No te referiré como fuí recibido por el buen hombre del mayordomo, pues todo lo puso a mi disposicion; sin embargo, como no me convenia ni entraba en mis gustos el permanecer en las casas rodeado de tanta jente, recorrí la hacienda y encontré este sitio salvaje y pintoresco, que, estando en los confines de la hacienda y apartado de todos, me agradó mas que cualquier otro. Inmediatamente hice la demarcacion y puse peones para levantar una fuerte palizada que lo circunvalase. En vano el mayordomo me significó que me esponia en aquella soledad y apartado de todo recurso; yo persistí en mi idea, y he vivido en él dieziseis años tan feliz como puede serlo un hombre desengañado del mundo y que no conserva ninguna ilusion ni otra esperanza que la de Dios... pero esta es la mas grande de todas y me encuentro con ella mui satisfecho; pues nada iguala en este mundo a esa consideracion infinita que nos arroba y que nos arrastra, desligándonos de la tierra para mirar hácia el cielo, para entrar en esa eternidad de donde venimos y a donde iremos y cuyas misteriosas riberas nos es imposible distinguir ahora, pero que sin embargo es preci-

so que traspasemos mas hoy o mas mañana, sin que nos sea permitido contemplarlas de antemano... ¡Ah! hijo mio, muchas veces me verás apartarme de la hilacion de los acontecimientos para ocuparme de lo que pasa en mi interior; con todo, ten paciencia, pues voy a proseguir.

XIII.

Debo hablarte ahora de las preocupaciones de la pobre y buena jente de estos contornos, que me considera, como lo habrás oido decir, nigromántico o brujo. Todo ha contribuido a confirmarles en esta creencia, y hasta el infeliz Torcuato ha venido tambien a corroborar la opinion. El jénero de vida que yo he llevado, mi aplicacion a las ciencias y con especialidad a la botánica, a la física y a la química, los ensayos que he practicado y practico y de que ellos no tienen la menor idea, las curaciones que he hecho y que creen sobrenaturales, el no pedir nunca el menor servicio, estando dispuesto para venir en ayuda de todos, la fertilidad del terreno que yo cultivo y su variedad de productos en las distintas estaciones del año, que, por medio del trabajo y de la intelijencia, se consigue, la disecacion y preservacion de pájaros y de animales, de que suelo ocuparme en mis momentos de ocio, mi destreza para la caza, mis largas barbas y mi fisonomía impasible, el humo de mis hornos y hasta la agilidad sorprendente de Torcuato, lo mismo que su deformidad, todo ha venido a hacerles creer que yo era un ser sobrenatural pero benéfico, pues la experiencia les ha enseñado que nada tenían que temer de mí y sí algo que esperar; con todo, ellos se alejan mas de lo que debieran, y solo en último caso es cuando recurren donde yo estoy, sin embargo que me gustaria verlos que me ocuparan con mas frecuencia, pero es imposible quitarles las preocupaciones que produce su timidez, las que llegan hasta el punto que niños y mujeres se esconden cuan-

do me ven y los hombres mismos me abordan con desconfianza, pero esto ha producido un bien, pues ha contribuido a alejar de mí toda sospecha.

Ha habido veces que he salido de esprofeso en tiempo de cosechas a recorrer los campos para prevenir a los pobres que guardasen sus granos, pues lloveria al dia siguiente; y esta circunstancia y la realizacion de mi pronóstico, cierto para mí por la señal del barómetro, ha sido una de las principales causas que les ha mantenido en su errónea creencia; y si hubiera querido explicarles el fenómeno talvez hubiera sido peor, de manera que he tenido que resignarme a pasar por lo que ellos me consideran, es decir, por un ser distinto a los demas.

Para terminar mi larga relacion te diré que recibí varias cartas del amigo a quien habia encargado escribirme bajo el nombre de don Prudencio Fernandez, informándome de la suerte que pudiera correr el sarjento Domingo Lopez, sabiendo de esta suerte que tanto en el principio como despues no habia tenido este asunto ningun resultado que afectase a la libertad o a la vida de tu digno y virtuoso padre, noticia que hoi acabo de confirmar viendo al hijo que me asegura que vive, está bueno y se encuentra feliz; de manera que no me falta mas que demostrarle mi gratitud y estrecharlo entre mis brazos; pero mientras llega este caso, lo haré con su hijo.

Y el coronel don Toribio de Guzman, el antiguo héroe de nuestra gloriosa epopeya, el sabio del desierto, el patriocio por escelencia, apretó contra su corazon al simple artesano, al hijo del soldado, al hombre del pueblo!... porque no hai jerarquias donde hai virtud, sino que reina la fraternidad del Evangelio y de la democracia, que es el espíritu de la doctrina de Cristo y la voluntad del Altísimo...

La reaccion.

I.

Enrique, como puede comprenderse fácilmente por lo largo de la narracion, permaneció todo el dia en casa del solitario, y cuando salió de ella se creia otro hombre; le parecia que habia crecido, que tenia horizontes mas vastos, voluntad mas decidida, entendimiento mas despejado y corazon mas humano y jeneroso... Aquella historia no habia sido solo para él un acto de confianza, sino tambien un ejemplo, una escuela, una doctrina, una ensenanza... Sus temores e incertidumbres habian casi desaparecido, dando lugar a la esperanza; y su ánimo, poco antes tan triste y abatido, se encontraba ahora alegre, fuerte, resuelto... La transformacion operada en virtud de ese contacto habia sido provechosa y rápida; asi es que, esperando cada dia mas mientras mayor fuera la intimidad, pidió Enrique al solitario el permiso de visitarlo con frecuencia, a cuya demanda accedió éste con el mayor gusto, prometiéndose en su interior no menos provecho que el que obtuviera el jóven, porque en esta clase de servicios puede decirse que gana tanto el que da como el que recibe.

De regreso a las casas de la hacienda, nuestro jóven, lleno de regocijo, saltó al cuello de don Pedro, que lo estaba esperando desde la tarde, pues no podia creer que se demorase tanto tiempo en casa de un anciano cuyos gustos no podian estar en armonía con los suyos, y que por de contado debia aburrirse pronto y volverse.

Despues de la cena, que estuvo alegre y que duró hasta mui entrada la noche, Enrique, en lugar de acostarse, se puso a escribir a su hermana la siguiente carta.

"San Jorje, octubre 29 de 1850.

Querida hermana mia:

"Ayer fué tu cumpleaños y ayer fué tambien para mí un dia de felicidad. No parece sino que todo lo que te pertenece envolviera para mí la alegria y la dicha, pues hasta las horas de tu nacimiento son un presajio de ventura... Ya se ve; viniste al mundo en los instantes en que mi padre practicaba una accion heróica, envolviendo así tu cuna con el sagrado velo de la virtud: por esta razon eres el oríjen de nuestros bienes y el ángel tutelar de nuestro pobre pero venturoso albergue.

"Te acuerdas, querida hermana, de mi carta anterior? Te acuerdas de la alegria y de la desesperacion que se encerraban a la vez en ella? Pues bien, hoi ha desaparecido la última, quedando solo la primera en mi corazon, pero no delirante como la esperimenté al principio, sino calma y reflexiva, pues las palabras de un santo me han confortado, ilustrándome... Voi a referirte esta aventura maravillosa que parece un milagro y que se relaciona tanto con nosotros y especialmente con mi padre, a quien leerás esta carta, porque le interesa sobremanera, dándole un placer inmenso, merecido y digno de él.

"Escusaré detalles y solo te diré que con motivo de un incendio en los campos de esta hacienda, conocí a un anciano a quien la pobre jente cree brujo y del que me habian hablado tanto, que tenia gran curiosidad por verlo. El incendio se habia extendido considerablemente y amenazaba envolver en llamas los plantios y casas del solitario. El administrador mandó a los inquilinos que allí se encontraban que se dirijiesen a apagar el fuego por ese lado, pero fué imposible hacerse obedecer, no por mala voluntad, sino por

temor; así es que él y yo fuimos los únicos que nos encaminamos a contener al voraz elemento. Nuestros esfuerzos no fueron en vano, pues conseguimos apagar el fuego por aquella parte; pero habíamos trabajado tanto, que caímos exánimes, y sin una bebida que nos dió el sabio anciano, no habríamos podido levantarnos del lugar en que habíamos caído. Condújonos en seguida a su casa y nos hizo pasar en ella toda la noche, diciéndonos que estaba seguro que, en el estado en que nos encontrábamos, sufriríamos una grave enfermedad si nos empeñábamos en volver, mientras que permaneciendo allí y tomando unas horas de reposo no nos sucedería nada; de manera que nos vimos obligados a aceptar su hospitalidad, de lo que me regocijo infinito.

"Habiéndonos preguntado nuestros nombres, se fijó en mi apellido, y después de reflexionar me preguntó por el nombre de mi padre. Díjele su nombre y su estado y entonces manifestó tanta sorpresa como alegría, previniéndome que volviera al día siguiente, que era festivo, pues tenía cosas importantes que comunicarme.

"Esa noche, mi querida hermana, la pasé en vela, porque estaba sumamente abatido, y antes de amanecer me puse en camino como para desechar mis pensamientos con la animación de la marcha.

"Ya me he detenido en mas incidentes de los que hubiera debido enumerar, y trataré de corregirme.

"Cuando llegué a las posesiones del solitario, ya éste estaba esperándome, habiendo primeramente venido delante de mí un muchacho deforme, que se llamaba Torcuato, su único compañero.

"Fuí recibido con muestras inequívocas de afecto, me volvió a interrogar sobre mi padre, y luego sacando un libro me ordenó de leer.

"¡Cuál seria, Mercedes, mi sorpresa y mi alegría al ver en aquellos apuntes que el 28 de octubre de 1834, el mismo día de tu nacimiento, había mi padre salvado la vida al co-

ronel don Toribio de Guzman, que estaba en capilla condenado a muerte!....

"Ya ves, hijo mio, me dijo el noble y venerable anciano, que hoy, que es el natalicio de tu hermana, es a la vez el aniversario de mi libertad y de la nueva existencia que debo a tu padre, a quien no he vuelto a ver desde entonces, pero a quien espero estrechar algun dia contra mi corazon. Dios le ha conservado a él para que sea testigo de mi gratitud, y a mí para tener la oportunidad de demostrársela.

"Al leer esto, hermana querida, experimenté una impresion inesplicable de satisfaccion y regocijo; talvez seria de orgullo al ver que tenia un padre tan bueno, pero no te sabré decirlo, sino que quedé satisfecho, sintiendo al mismo tiempo una tierna afecion por el hombre que habia recibido el beneficio y que habia conservado frescos sus recuerdos de gratitud, que daban indudablemente pruebas de nobleza de alma en quien los experimenta; y aun cuando no sea yo capaz de definir nada, talvez juzgo con acierto en fuerza de mis sentimientos.

"Despues de haberme instruido de lo mas importante, es decir, de lo que concernia a mi padre, me contó su historia, y despues de haberla oido, despues de las reflexiones que él mismo hacia, he hallado que he crecido, porque esa narracion me ha instruido; sin embargo, ¡cuán atras no estoy todavia! Porque parece que a medida que el horizonte se estiende, mas se aleja; y si he comprendido cosas que antes no se me habian pasado por la imaginacion, hoy veo otras envueltas en una niebla impenetrable: la vida del hombre es talvez así.

"Nada te diré de la profundidad y sabiduria de este hombre, porque en verdad no podria comprenderlo ni sabria apreciarlo; con todo, no he encontrado un ser igual, y esto que no he hecho mas que oírle su historia, mutilada en parte, porque he notado que ha guardado silencio sobre algunos acontecimientos y que ha ocultado todo lo que con-

cierne a sus actos y segun creo lo que concierne a su ciencia, porque a despecho de su modestia, ella parece brillar, pues su luz penetró hasta en mis tinieblas y su conversacion parece romper las cataratas de mi intelijencia.

"Para mí, hermana querida, se me figura a un apóstol, y cuando ayer me hablaba sobre el poder de la voluntad, desaparecian mis incertidumbres, ensanchando el ámbito de mi corazon y de mis esperanzas... Su doctrina es sencilla, comprensible y profunda, y penetra a la vez que ilumina; y en prueba de ello, ¿no me encuentras tú misma, Mercedes, que he ganado? Por mi parte, como ya te lo he dicho, hallo en mí alguna diferencia; ¿no seria esta visible para tí? Sea de ello lo que fuere, él ejerce sobre mí una grande influencia, una influencia irresistible, la influencia de la sabiduria y del bien, a tal punto que creo de antemano deberle mi rejeneracion.

"Mucho me he estendido sobre este asunto, ¿pero no es cierto que lo merece? Sin embargo, ¡cuánto desearia saber de tu amiga! Háblame, Mercedes, de ella y nada mas que de ella, si no tienes tiempo bastante para ocuparte de los demas. Cuéntame sus palabras, sus acciones, sus movimientos, sus miradas, dímelo todo, todo... mira que los mas insignificantes detalles son para mí del mayor interes, pues son nada menos que mi existencia... ¿Sabrás darme este gusto? Si la vida de tu hermano te importa, no le escasees lo que le alimenta...

"¡Cuán alegre, cuán satisfecho no va a estar mi padre cuando lea lo que debe ver de esta carta! ¡Cómo deseara encontrarme a su lado para contemplar las emociones de su enérgica, franca y sensible fisonomia!... Estoy seguro que llorará... ¡Qué dulces lágrimas! Si me fuera a mí dado derramar iguales!... Yo se las envidio, se las quiero, se las respeto y harto me enorgullezco de ellas!...

"Y mi madre! y mi santa madre! ¿cómo va a abrazarlo? Pero ella debe estar en todos sus secretos y gozar ahora

unida con él como de una accion que pertenece a ambos.

"No he esperado el recibir tu carta para dirigirte otra; haz tú lo mismo, hazlo siempre y te lo agradecerá en el alma tu hermano

ENRIQUE."

II.

Nuestro jóven esperaba con ansia la llegada del domingo para recibir contestacion a sus cartas; pero este deseo, si bien ardiente, no lo oprimia, pues las palabras del solitario habian hecho renacer en él la confianza que en dias antes lo habia abandonado: asi son las peripecias o las alternativas a que está sujeta nuestra movible existencia: pasamos de la tranquilidad a la agitacion, del placer al dolor, de la seguridad a la incertidumbre, casi en una misma hora; y en un mismo instante nuestras impresiones sucesivas modifican nuestro ser en sentidos opuestos, sin preceder las mas veces un largo intervalo.

Esto le habia acontecido a Enrique con la primera carta de Mercedes, en que al mas grande deleite se habia sucedido la mayor angustia, viniendo tambien ésta a experimentar una transformacion. Ah! si los hombres reflexionásemos bastante sobre lo fugitivo de nuestros sufrimientos o de nuestros deleites, no daríamos ni a los unos ni a los otros tan grande importancia, y la calma de la sabiduria seria árbitra de nuestros destinos, pues nos impediria precipitarnos en esa vorágine de distintas y ardientes pasiones cuyo fuego devora, derrite, si nos es permitido hablar asi, nuestra existencia para no encontrar mas allá de nuestros anhelantes deseos que el páramo del desengaño.

El resto de la semana trabajó Enrique con alegria, pareciéndole encontrar nueva fuerza y nuevo aliento en el recuerdo de la conversacion del anciano, con quien se prometia tener el domingo próximo una nueva conferencia, por cuya

razon anhelaba la llegada de ese dia, proponiéndose despues de recibir sus cartas en San Fernando, dirijirse a la morada del solitario.

A pesar de la confianza que le habia inspirado, deseaba que la noche del sábado terminara cuanto antes, y en su impaciencia la creyó mas larga que las demas, pues las horas parecen siglos cuando uno espera; de suerte que Enrique llamó al muchacho que debia acompañarlo, aun cuando éste estaba todavia tranquilamente durmiendo. El sirviente se levantó asustado, creyendo sucedia alguna cosa de extraordinario, pues el sueño de las jentes del campo no les engaña sobre la hora, sino que despiertan por sí mismas en un momento dado; así es que el pobre muchacho se restregó los ojos para ver qué era lo que pasaba. Enrique lo mandó ensillar, diciéndole que les amaneceria en el camino.

Esta impaciencia de Enrique tenia mas bien por objeto el ganar tiempo, pues se decia él que de este modo estaria de vuelta mucho mas temprano y podria gozar de la conversacion del sabio anciano.

III.

Cuando llegaron a San Fernando, no salia aun el sol, y la oficina del correo estaba por consiguiente cerrada, lo que no habia previsto Enrique y lo que indudablemente contrariaba su plan; pero se resolvió, a pesar de su timidez, a llamar a la puerta de calle, que ya estaba abierta, porque los habitantes de nuestras ciudades de provincia siguen la buena costumbre de levantarse siempre temprano aun cuando no tengan que hacer nada.

Al llamado salió una muchacha, y Enrique despues de saludarla con cariño, como para disculparse de aquella incomodidad, le preguntó si no vivia allí el señor director de correos. A la respuesta afirmativa de la criada, se siguió la otra pregunta, de si estaria en pié, y habiéndole contestado

también afirmativamente, entró al patio para hablar con el personaje que ya conocemos.

Advertido por la muchacha el administrador de correos, de aquella visita tan matinal, salió a la puerta de uno de los cuartos para ver quién sería el que viniera a buscarlo a semejante hora, y al momento reconoció al joven del domingo anterior, es decir, al arquitecto de la hacienda de San Jorge.

—Pase usted adelante, caballero, dijo el administrador con un tono entre disgustado y curioso; ¿qué se le ofrece a usted?

—Sírvasse usted dispensarme, le contesté Enrique; pero desearía saber si tengo o no cartas.

—Esta no es la hora, amiguito, de abrir la oficina. ¿De dónde viene usted?

—Vengo de la hacienda de San Jorge.

—¿De la hacienda de San Jorge! Pero es preciso que usted haya salido a las doce de la noche para llegar a esta hora!...

—He salido muy temprano.

—¡Ya lo creo!

—Tengo que estar de vuelta luego.

—Es decir que usted quiere que le entregue sus cartas?

—Si usted me hace el favor.

—Pero ya he dicho a usted que la oficina no estaba abierta.

—Lo veo, señor, pero le suplico...

El tono humilde de Enrique desarmó al empleado, que le dijo:

—Pase usted adelante y haré por usted lo que no hago por nadie.

—Doi a usted las gracias, señor.

Y Enrique entró al cuarto del administrador.

Este le ofreció en seguida un mate o un pocillo de agua caliente.

Enrique aceptó lo último, lo cual agradó al empleado, porque nuestra jente se complace en que se les reciba lo que ofrecen, y así continuó éste con alegre semblante, despues de haber llamado a la sirvienta y recomendándole que trajese un pocillo de agua caliente con azúcar tostada y cáscaras de naranja:

—Usted va a poner en su taza unas gotas de un rico aguardiente y ya verá como lo conforta: nada hai mejor que esto para una trashedada.

—No lo uso, señor.

—Sin embargo, amiguito, ya usted verá;—y mientras tanto, preguntó el administrador de correos—¿cómo van los trabajos?

—Se adelantan cuanto es posible.

—¿Y cuándo vendrá la familia?

—Lo ignoro, señor.

—Es probable que no sea hasta que todo esté concluido.

—Lo supongo.

—¿Y cuanto tiempo durará la obra?

—Unos dos meses.

—¿Entonces es una refaccion jeneral la que usted está haciendo?

—Todo ha sido preciso cambiarlo.

—¿Quedarán las casas mui bonitas?

—Así lo creo.

—Lo que es la plata! dijo el empleado con sentencioso tono.

—Se hace cuanto se quiere, es verdad.

—No hai como ser rico, amigo mio, para gozar y conseguir cuanto uno desea.

—Es cierto.

Y en este *es cierto* dicho por Enrique habia tal inflexion de voz, que el digno administrador no pudo menos de preguntarle:

—¿Desea usted mucho tener fortuna?

—Como todo el mundo.

—¿Y talvez un poco mas que todo el mundo?

—Quien sabe!...

—Tiene usted razon, porque esto es lo que vale. Yo, por ejemplo, si tuviese plata me iria a Santiago, haria edificar un palacio y en poco tiempo seria nombrado diputado o senador, quizá ministro, porque todo esto se alcanza con el dinero.

—Pero para esos puestos se necesitará de mucho talento...

—¿Y quién no tiene talento teniendo fortuna?

—Yo creia que eran dos cosas distintas.

—Se equivoca usted, amigo mio; el rico todo lo sabe; y el pobre es un tonto de capirote, aun cuando tenga mas ciencia que Salomon... Con que así, no hai mas que ganar plata y usted verá si lo que le digo no es un Evangelio...

En este momento entró la muchacha con el agua caliente, y nuestro obsequioso empleado sacó de un esquinero un frasco que contenia el precioso líquido de que ya habia hablado a Enrique, y sin consultarlo, vació en la taza de éste una buena porcion, diciéndole: "ya verá usted como se le compone el cuerpo."

El jóven bebió el contenido en sorbos, mas por complacencia que por gusto, y mientras tanto el administrador seguia diciendo sus sentencias sobre la fortuna, que, aunque triviales, las escuchaba Enrique con cierto interes, ya por la edad del que las decia o ya por los pensamientos que lo ocupaban.

El viejo empleado, satisfecho de la atencion que le prestaban, continuaba siempre olvidándose del objeto de la visita de Enrique, hasta que éste se vió obligado a recordárselo.

—Es cierto, dijo; anoche llegó el correo y habia en efecto una carta para usted, que voi a traérsela.

—Le estaré mui agradecido.

—No hai de qué.

Y el administrador tomó una llave y se dirigió hacia la oficina, que estaba colocada en la misma casa.

A poco rato volvió con una carta, que entregó a Enrique.

Este la tomó, miró el sobre y la puso en el bolsillo con señales evidentes de satisfacción. En seguida tomó su sombrero y se despidió, no sin haber prometido al empleado que en otra ocasión tendría el gusto de permanecer más tiempo, pues por el momento tenía mucha urgencia de volver cuanto antes a la hacienda.

El administrador lo acompañó hasta la puerta, ofreciéndole la casa, pues había quedado muy complacido de la atención con que Enrique lo había escuchado.

Una vez que hubo salido de la ciudad, porque no quería ser visto, el joven abrió la carta para leerla sin testigos; el contenido de ella era el siguiente:

"Santiago, octubre 31 de 1850.

"Mi querido Enrique:

"Tus dos cartas me han llegado casi al mismo tiempo y no puedes tener idea del gusto que me han producido; ¡y sin embargo soy desgraciada!... Sí, mi querido hermano, soy desgraciada, porque en pocos días más me abandonará Luisa... Esta separación me entristece más de lo que puedes figurarte, porque no solo su vista me causa un placer inmenso, sino que creo que su amistad me protege, preservándome de la desgracia... ¡Si pudiera yo seguirla! Pero esto es imposible, porque ¿quién acompañaría a mis padres en su soledad? ¿quién los consolaría de tu ausencia? Es entonces preciso resignarse.

"¿Por qué hai circunstancias en que, cualquiera que sea el modo como obremos, sentimos pesar? Quedándome con mis padres, en lo que debía tener placer, siento, sin embargo, dolor; y si me separara de ellos por seguir a Luisa, esperi-

mentaria remordimiento, y las satisfacciones de la amistad serian para mí un dogal.

"¡Separarme de Luisa! ¿Sabes lo que es ella para mí? Es mas que mi hermana y mas que mi amiga, porque, aun siendo casi tan jóven como yo, es mi segunda madre, pues a ella le debo el cultivo de mi intelijencia y la pequeña elevacion que tengo en mis ideas: ella ha adornado mi espíritu engrandeciéndolo, y con la finura y delicadeza de su trato como con su humilde orgullo, me ha enseñado la dignidad sin pretensiones y la modestia altiva de la mujer que sabe llenar su deber en la esfera que Dios la ha puesto, sin por esto degradarse ni sentirse humillada: esta es la transformacion que ha causado en mí el trato íntimo de Luisa. ¡Tiene tanto poder la virtud cuando la inocular el cariño!

"Yo tambien no me creo ahora la misma que era antes. Creo que me ha sucedido con ella lo que a tí te ha pasado con la conversacion de ese solitario de quien me hablas en tu última carta y a quien quiero y venero lo mismo que tú; porque, a mas de lo que me dices, he oido a mi padre alabar-lo y visto derramar abundantes lágrimas por él; pero, permíteme que me ocupe de mi amiga, antes de entrar a narrarte el efecto producido por tu carta.

"Te he dicho que estoi transformada, y así es la verdad; porque Luisa, sin cambiar mis inclinaciones, las ha ensanchado y modificado de una manera favorable: ahora veo mas claro, percibo mejor las cosas, aprecio las acciones, tengo entusiasmo por las buenas obras, no solo por sentimiento sino por reflexion, y creo poseer mas reposo, mas conciencia, mas ideas, sin que en este aprendizaje haya perdido nada; y sin embargo, no soi la niña que dejaste, pero soi siempre tu hermana que te quiere y que ahora te adora, porque sabe apreciarte.

"No contenta Luisa con elevar mi espíritu, con empeñarse en ponerme a su nivel, cosa que jamas conseguiré, porque no puede haber nada que la iguale; no contenta con

esto, me ha enseñado el bordado, el dibujo, la música, el canto, con tanta constancia y con métodos tan sencillos, que el aprender ha sido para mí una especie de agradable juego en vez de un estudio penoso, y en la opinion de ella, he hecho mui rápidos progresos en to-las estas cosas, diciéndome algunas veces que *ya puedo ser su maestra*; pero tú comprenderás que esta palabra no es otra cosa que una amista-sa hurla, pues nunca llegaré a adquirir estas dotes en el grado de perfeccion que ella las posee; con todo, yo he puesto de mi parte cuanto he podido, y para progresar mas en la música y en el canto hice venir el piano de la quinta, en el que estudio noche y dia. Te digo que hice venir el piano, porque no pensamos habitar aquella casa hasta que no lo hagamos contigo.

"¿Comprendes ahora mi afliccion? ¿Quién reemplazará el lugar de Luisa? Nadie, hermano mio, puede llenar este vacío, ni aun tú mismo...

"La señora doña Juana sigue indispuesta y esto es lo que motiva la ausencia de Luisa, pues los médicos han ordenado a la señora que se retire al campo, y ella tiene, como es natural, el deber de seguirla. ¡Cómo habia de dejar partir a su madre a quien tanto ama! Y aun cuando no la amara siempre la acompañaria, porque este es un deber sagrado y ella es esclava del cumplimiento de toda obligacion y con especialidad de aquellas a las que está unido el afecto.

"La semana entrante ya no veré a Luisa! ¿Qué va a ser de mí, Enrique? Compadéceme, hermano mio, y llora conmigo.

"Mi padre, mi querido padre, ha sido el hombre mas feliz con la lectura de tu carta. Tu encuentro con el coronel don Toribio de Guzman, el saber que todavia existe y que lo recuerda, la pintura que haces de él, todo, todo le ha hecho derramar abundantes lágrimas; ¡pero qué lágrimas!... Bien dices tú que serias mui feliz en verter iguales!... ¡Cómo debia gozar él! Mi madre y yo participábamos de sus mismos

sentimientos y estábamos cada una a un lado mientras él leía la parte de carta que yo le había señalado y que terminó abrazándonos y diciéndonos: —“*Este es el día mas hermoso de mi vida.*” En seguida se puso a cantar, a reír, pidió un pedazo de jamon y se tomó una botella de vino, con una cara tan satisfecha, tan inspirada, que me parecía a un santo en todo el esplendor de su gloria... ¡Como embellece la virtud, Enrique! Bien me ha dicho Luisa que la bondad se imprime y se refleja en el semblante...

“Pero ya que vuelvo a hablarte de ella, te diré francamente, (¿y por qué no había de serlo contigo cuando sabes que solo me interesa tu bien?) te diré que mas me gusta tu incertidumbre primera que tu confianza posterior, porque para aspirar a Luisa se necesitan muchos méritos y relevantes cualidades; ¿y estás tú seguro de tenerlas? La voluntad no me parece lo bastante, mi querido hermano; pues si así fuera, ¿quién no desearia entrar en posesion de ese tesoro, y quién no lo obtendria si solo esto se exigiera? Entonces son indispensables otros requisitos; y si bien yo estoi persuadida que eres bueno y virtuoso, talvez no es esto lo bastante, sino que es preciso llegar hasta lo sublime.

“Ya ves, Enrique, que raciocinio mucho mas que antes y puedo explicarme con mas soltura; ¿no lo encuentras así? Creo que serás de mi opinion en vista de esta carta; ¿pero es ella el resultado de mi intelijencia? No, hermano mio, sino que es el efecto de esa hada a quien tú idolatras y a quien debes rendir culto, porque es, sin la menor duda, alguna divinidad o algun ángel bajado a este mundo para el consuelo de los hombres y especialmente para nuestra propia felicidad.

“¿Quieres que te diga un pensamiento que se me ocurre y que tiene referencia al modo como acabo de espresarme? Pues bien; llego a persuadirme en ocasiones que Luisa no es realmente de este mundo, sino que las virtudes de nuestros queridos padres la han hecho, por medio de sus oracio-

nes fervorosas, descender del cielo para protejernos en la tierra; porque de otro modo, ¿cómo comprender la simpatía que nos une, criada en tan poco tiempo, y los beneficios que nos han hecho sin merecerlos? Enrique, Enrique, ten mas desconfianza de tí mismo, porque es preciso que, como ella, dejes de ser hombre y te transformes en ángel; pero de todos modos ríndele el culto que merecen sus virtudes y la admiración que necesitan su belleza y sus cualidades.

"Se me olvidaba decirte una cosa que me llamó la atención, a la cual no me quiso contestar Luisa por mas que se lo pregunté.

"Has de saber, Enrique, que le leí la parte de tu carta en que se refiere a la acción de mi padre y a tu encuentro con el coronel Guzman. Luisa mostró mucha sorpresa y me dijo repetidas veces si tú estabas trabajando en la misma hacienda en que se encontraba el sabio y santo varón de que me has hablado; y cuando le contesté que sí, como ella misma podía juzgarlo por la carta, se quedó por un momento pensativa, exclamando despues:—"*Los designios de la Providencia son incomprensibles*," no pudiéndote decir yo a qué se referían estas palabras sueltas; sin duda eran motivadas por el milagroso encuentro del hijo del sarjento Lopez con el coronel don Toribio de Guzman, a quien éste habia libertado; pues se espresó en seguida con mucho entusiasmo en favor de mi padre, diciéndome que esto contribuía a que me quisiera mas, aun cuando pensaba que su cariño para conmigo habia llegado al último extremo, siendo mui difícil que fuera mas allá... ¡Y pensar, querido Enrique, que estoy obligada a separarme de ella!...

"Escusado es que te escriba todo cuanto mi padre me ha dicho para que se lo comuniques a *su coronel*, como él lo llama, porque basta que le hagas presente sus sentimientos y la felicidad que ha experimentado al saber que existia y que estaba bueno y vivia feliz,—y el señor coronel, que conoce a nuestro padre, sabrá apreciar esto en su justo valor.

"No quiero terminar esta carta sin espresarme sobre un solo punto que me ha desagradado en una de las tuyas. ¿Por qué tienes tan mala opinion y por qué prejuizas tan desfavorablemente de una persona que no conoces? Hablo de Víctor, que te infunde temores. ¿Qué motivo tienes para esa desconfianza ultrajante? Su talento, su jenerosidad, sus virtudes, la finura de sus modales, su comportacion digna de todo elojio, ¿merecen acaso la sombra de una sospecha? ¿Y qué fin podria proponerse en engañarnos, finjiendo todo esto? Si tú lo vieras, si fueras testigo de sus actos, tu opinion cambiaria y serias su mejor amigo. A nosotros nos colma de atenciones tan delicadas, que no podemos menos de estarle agradecidas. Mi padre lo quiere muchísimo, mi madre lo mismo y yo no puedo menos de apreciarle. ¿Por qué serias tú el único que, sin conocerlo, difirieses de opinion? Espero que cuando vengas seas mas entusiasta que lo que lo somos nosotros y le pagues en afecto la desconfianza involuntaria que me has manifestado.

"Si te parece, Enrique, hacer presente mis respetos al solitario ilustre con quien has hablado; dile que emanan de una alma agradecida por las bondades que te ha manifestado.

"Me he estendido mucho y quisiera aun escribirte mas; mi carta es larga y al mismo tiempo mui corta para cuanto tengo que manifestarte; suple, pues, con tu pensamiento a todo lo que deja de espresarte mi pluma, y asi leerás mejor en el corazon de tu hermana

MERCEDES."

IV.

Enrique, admirado al ver los progresos de su hermana, estaba a la vez contento con lo que ésta le decia en su carta si bien es verdad que sentia mucho y experimentaba alguna inquietud por la separacion de Luisa y Mercedes, figurándose que la ausencia podria enfriar la amistad; sin embargo,

se consolaba al pensar que no seria de larga duracion y que un afecto de esa naturaleza no se borra tan fácilmente.

Entregado a estas reflexiones y a muchas otras que se relacionaban con su situacion y con sus esperanzas, dirijia su brioso corcel con paso lijero hácia la apartada mansion del solitario.

Cuando hubo llegado a las casas de la hacienda ordenó al sirviente que lo acompañaba de quedarse allí y él continuó solo su camino, sin detenerse a hablar con nadie.

El noble anciano esperaba a Enrique desde mui temprano y ya creia que éste no llegase, pues estaba algo avanzado el dia, cuando se apareció repentinamente nuestro jóven.

—Qué tarde vienes, hijo mio, dijo el antiguo coronel con afable semblante. Te he estado esperando desde el amanecer, creyendo que vendrias a esa hora, y pensaba en este momento mandar a Torcuato a las casas para que se informase si no habia sucedido algo.

—Le agradezco, señor, el interes que se digna manifestarme. Habria venido, en efecto, mui temprano, si no hubiera estado obligado a ir a San Fernando.

—¡A San Fernando! ¿Y ya estás de vuelta?

—Sí, señor; esperaba que me escribiesen de casa y fui en busca de mi carta; sin esto habria estado aquí quizá antes del tiempo en que usted me aguardaba.

—¿Y has tenido alguna correspondencia?

—Sí, y en ella me hablan de usted y del contento de mi padre al saber que existia.

—¡Pobre Domingo! Creo que habrá tenido gusto cuando le habrás dicho que todavia vivia su protegido.

—Y tanto, señor, como era de esperarlo de su corazon: aquí traigo la carta de mi hermana en que me habla de esto; ¿quiere usted que se la lea?

—Con el mayor placer, hijo mio.

Enrique leyó el pasaje en que se hacia referencia a este

asunto... y dos gruesas lágrimas corrieron por las tostadas mejillas del viejo coronel.

—Todo es grande en tu padre, exclamó don Toribio de Guzman despues de haberse serenado un poco; su buen corazon corre a la par con su humildad, pero Dios ha sido justo habiéndole dado por recompensa dos hijós como ustedes. Dime, Enrique: ¿dónde ha sido educada tu hermana? Lo que me has leido de esa carta prueba mucha instruccion, mucha sensibilidad y mucha intelijencia.

—Mi hermana, señor, ha recibido su educacion en un pobre colejio municipal, pero ha sido siempre mui aplicada y el ejemplo de mi madre ha formado su corazon, viniendo últimamente a completar el cultivo de su intelijencia el trato íntimo con una amiga, que es mas bien un ángel de bondad, de belleza, de gracia y de sabiduria.

El anciano miró a Enrique de un modo penetrante, como si quisiera descubrir el pensamiento íntimo del jóven, y en seguida le dijo:

—¡Con qué entusiasmo hablas de la amiga de tu hermana! ¿Mucho tiempo a que la conoces?

—Solo una vez la he visto.

—¡Solo una vez! ¿Y cómo la juzgas?

—No sabré decirselo, pero creo que hai personas a quienes basta verlas para apreciarlas, experimentando en nuestro interior un sentimiento que nos arrastra a ellas: lo mismo me ha sucedido con usted.

El coronel Guzman puso su mano con natural familiaridad en el hombro de Enrique y le dijo:

—Tienes razon: hai simpatias que nos arrastran sin darnos cuenta de ello y obedecemos a una lei oculta que nos gobierna sin que la comprendamos... Pero a esa señorita, pues supongo que es jóven desde el momento que es amiga de tu hermana, ¿por qué no la has buscado para conocerla mas?

—Porque... porque... porque hai una diferencia inmensa

entre ella y yo; ... y porque a los pocos dias de haberla conocido me ví obligado a partir.

—Comprendo el impedimento último, pero no el primero; pues siendo amiga de tu hermana, las condiciones de ambas deben ser poco mas o menos las mismas.

—No, señor; ella es noble, instruida, rica; mientras nosotros somos pobres, ignorantes y plebeyos, siendo nuestro padre un simple soldado...

—¿Te avergüenzas de tu orfjén, hijo mio? Quieres tener otro mas ilustre?

—Ah! no... jamas... por nadie cambiaria a mi padre...

—Tienes razon... Hai pocos hombres que sean tan nobles como tu padre, aun cuando lleven apellidos altisonantes: la nobleza está solo en el corazon y no en los vanos títulos de una hidalguia vana y muchas veces ridícula; sin embargo, me estraña mucho, porque conozco el mundo y sus preocupaciones, la amistad íntima de dos jóvenes cuya clase y posicion son tan distintas.

—Así es, señor: esa amistad no habria existido jamas sin un acontecimiento casual.

—¿Quieres referírmelo?

—No tengo inconveniente.

Y Enrique contó al anciano con la mayor naturalidad y sin darle la menor importancia, el suceso del coche, ocultando, sin embargo, la impresion que él habia recibido y el afecto tan grande, la pasion tan irresistible que desde ese momento naciera en su corazon.

—Ahora comprendo, repuso el coronel; y despues de una pequeña pausa, añadió: pero esa señorita debe tener un tacto mui delicado y un alma elevada para ofrecer su amistad a tu hermana y no darte a tí ninguna recompensa por haberle salvado la vida.

Enrique se ruborizó al oir la reflexion del solitario; y luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo al coronel:

—Yo recibí en el mismo instante mi paga, señor, paga

que habria rehusado si no hubiera venido acompañada de ciertas palabras.

—¿Recibiste una recompensa? repuso el anciano con cierto disgusto que le fué imposible dominar.

—Sí, y es ésta...

El joven sacó del bolsillo del chaleco un pequeño envoltorio, y desdoblándolo cuidadosamente, presentó al coronel don Toribio de Guzman el hermoso anillo que Luisa Valdes le habia obsequiado el diezinueve de setiembre, valiéndose del conducto de Mercedes.

V.

Al ver la sortija, el anciano se sorprendió, tomándola precipitadamente de manos de Enrique para examinarla mejor. Por largo tiempo quedó contemplándola sin decir palabra, y con tal cuidado miraba aquella alhaja, que el joven no pudo menos de extrañar a su vez la sorpresa del solitario, y así le dijo:

—¿Le parece a usted mui hermosa?

—Es una alhaja de mucho valor, contestó el anciano, dejando ver claramente la preocupacion de su espíritu.

—No conozco, señor, el precio de esta joya, contestó Enrique, ni me interesa saberlo: no la he recibido ni me la han dado sino como un recuerdo, y en calidad de tal es como yo la aprecio: no me desharia de ella por ninguna cantidad de dinero cualquiera que fuese.

—Noble corazon, exclamó el solitario; perdóname la sospecha que habia concebido al principio, pensando que habias cedido al interes, recibiendo una recompensa pecuniaria en pago de tu arrojo, que pudo mui bien costarte la vida; pero dime: ¿sabes el nombre de esa señorita?

—Sí, señor: se llama doña Luisa Valdes.

—Luisa Valdes! repitió el coronel pausadamente.

—Sí, doña Luisa Valdes, y de ella me habla Mercedes en

la carta que he recibido hoy. ¿Quiere usted que le lea la parte que se refiere a esta señorita?

—Escusado es que me lo preguntes.

Enrique volvió a desdoblar la carta de su hermana y leyó pausadamente pero conmovido, todo cuanto Mercedes decía de Luisa, dejando a un lado los párrafos en que se refería a él, porque entonces habría divulgado el secreto de su amor, que tanto interés tenía en ocultar a todo el mundo; y aun cuando el solitario le inspiraba cariño y confianza, no quería revelar un sentimiento de que él mismo se ruborizaba, por creerse indigno de la persona que se lo inspirara.

El coronel Guzmán escuchó con muestra del mayor interés los trozos de aquella carta sencilla, tierna y elevada, en que se demostraba la gratitud unida a la admiración y al afecto más apasionado, y así no pudo menos de exclamar:

—Esos dos ángeles no debían habitar este mundo de tantos engaños y de tantas miserias... Dios vele sobre ellos...

Y los ojos del ilustre anciano se fijaron en el cielo como impetrando del Altísimo su protección misericordiosa para aquellas dos débiles y hermosas criaturas.

—Vamos, hijo mío, prosiguió, tomando de la mano a Enrique: cada día se aumentan los motivos que tengo para apreciarte y para quererte, y si ahora los dejo ocultos, tal vez no está distante el tiempo en que te los revele del todo, pues me parece distinguir el dedo de la Providencia en cuanto me has dicho y en cuanto se refiere a la familia del sarjento Domingo López...

—No creo, señor, haber comunicado a usted nada de extraordinario.

—No existe en el mundo nada de sobrenatural, es verdad; y sin embargo, hai acontecimientos, hai relaciones que parecen providenciales, y una de ellas es el encuentro que he tenido contigo y las circunstancias que le han sucedido; sin él, tal vez yo no hubiera tenido nunca la ocasión de mostrar mi reconocimiento a tu padre, pagando en el hijo la deuda

contraída con aquel; porque, desde este momento, mi querido Enrique, eres mi heredero, no de una fortuna que no poseo, pero sí de la experiencia y conocimientos que he adquirido en mis largos años a costa de mil sacrificios y que te enseñaré fácilmente y en poco tiempo, pues lo que mas cuesta es la experiencia, aprendiéndose muchas veces en una hora lo que ha costado a la humanidad tardios siglos.

—Usted me hace un favor inmenso, señor. Si supiera usted el deseo que tengo de adelantar, y mas que el deseo, la necesidad, comprenderia la importancia de lo que me promete por la magnitud del servicio.

—Parece, hijo mio, que tienes ambicion; ya en vez pasada creí haber notado lo mismo.

—No lo niego, ¿es acaso malo?

—Segun el fin que la determina; pero de todos modos es preferible no tenerla, sin destruir por esto el estímulo que nos empuja al adelanto.

—Sin embargo, yo necesito... tanto, tanto, que quizá nunca alcanzaré a obtenerlo!...

—¡Tan jóven y tan ambicioso! ¿Qué es lo que quieres?

—En primer lugar dinero... mucho dinero...

—¿Es posible? El espíritu del siglo ha ganado ya tu corazón! Tan temprano! ¡y ya está corrompido! dijo el anciano con cierto disgusto.

—¡Corrompido!... ¿Y qué es lo que no se consigne con la fortuna? Si ella lo da todo ¿qué extraño es el que yo la desee?

—Tienes razon, este es el sendero que sigue la humanidad: este es el Dios a quien ella acata, esta es la preocupacion que a todos gobierna; y sin embargo, esto es tambien lo que constituye la miseria y pequeñez de las actuales generaciones.

—Pero, señor, si usted mismo dice que la fortuna es el pensamiento dominante, ¿cómo pueden todos engañarse y buscar el mal?

—Esta preocupacion está tan relacionada con nuestras necesidades, que no es extraño se equivoquen considerándola como el complemento de la felicidad.

—Y si los hombres hacen consistir su dicha en ella ¿cómo es posible que no lo sea? Siendo ellos los que desean ¿cómo no gozar con lo que satisface sus deseos?

—Yo, amigo mio, no anatematizo la fortuna, porque su adquisicion es, en su primitivo oríjen, el resultado del trabajo, y el trabajo es una virtud; pero si condeno las preocupaciones que ella enjendra; y ya que tocamos este punto te diré que me alegro de haber llegado a él, porque, en el interés que tengo por tu felicidad, deseo que no se estravie tu juicio yendo a caer en ese piélago insondable de infortunios en que se sumerjen voluntariamente los hombres, creyendo encontrar la felicidad.

—Estoi dispuesto a escuchar sus consejos y a seguirlos.

—Si me equivoco, hijo mio, no depende de mi voluntad, pero creo haber reflexionado lo bastante para no engañarme; con todo, tú tienes suficiente juicio para conocer si voi mal. Yo no pretendo inducirte en el error, sino preservarte de él; ni quiero destruir tu ambicion sino dirigirla, siendo este uno de los puntos que habia tenido en vista para discutir contigo, pues obra mui directamente en la moralidad de nuestras acciones y en el porvenir de nuestra vida; pero antes de seguir el hilo de nuestra conversacion es preciso que descanses de tu largo y precipitado viaje y que almorcemos, porque ya Torcuato debe tener todo preparado.

La gruta del león.

I.

Enrique se dejó guiar un largo rato sin proferir palabra.

El solitario tomó una dirección distinta de las casas y se encaminó hacia la selva, mostrando de cuando en cuando a su joven compañero algunos de los objetos que llamaban su atención.

Enrique seguía pensativo, aunque estaba contento; pero su espíritu, preocupado por sus recuerdos o por las reflexiones del solitario, no le permitía observar con detención todo aquello que le hacían notar. Veía combatidas sus opiniones sobre la fortuna, y creyendo unida a ellas la realización de sus esperanzas, no pensaba sino en éstas.

Después de haber andado largo trecho entraron en una senda donde el follaje de los árboles impedía que penetrasen los rayos del sol. La frescura de aquel sitio y su aspecto sombrío y salvaje llamó al fin la atención de Enrique, que dijo al anciano:

—Qué hermoso y agradable camino! Cuánto tiempo y trabajo debe haberle costado a usted el formarlo!

—Esta no es mi obra, sino la de la naturaleza. ¿No ves que hubiera necesitado siglos para haber criado estos árboles gigantes, este verdor y esta espesura?

—Pero la simetría que aquí reina denota la mano del hombre.

—Yo no he hecho otra cosa que abrir este sendero que

nos conduce a una espaciosa gruta donde hai una pequeña cascada: ¿no oyes ya el ruido de las aguas?

—Sí, yo creia que era el del viento. ¡Qué sitios tan agrestes! Sin este camino, parece que no hubiera penetrado aquí jamas la planta del hombre!... Cómo me gustaria vivir aquí!

—La soledad tiene sus atractivos y la naturaleza sus encantos, pero no le es dado a todos apreciarlos; y solo cuando el desengaño ha hecho caer una a una la flor de nuestras ilusiones es cuando nos refujiamos, cuando buscamos un abrigo y un consuelo en las obras inimitables de la creacion, que siempre traen a nuestro espíritu ajitado, la serenidad y el pensamiento...

—De veras! aquí parece que uno se desprendiera de todas las cosas para solo adorar a Dios, y que olvidándose de sí mismo se entregara únicamente a la contemplacion...

Y el sensible jóven detuvo involuntariamente sus pasos para elevar su alma a esas rejiones vaporosas e inconmensurables donde nuestra imajinacion se pierde buscando al Creador...

El silencio y la soledad tienen su lenguaje y hablan al corazon en un idioma inarticulado, en un idioma sin palabras, pero cuyas vibraciones se hacen sentir en todo nuestro ser y producen ese estado incalificable que se llama éxtasis...

La poética naturaleza de Enrique se habia despertado en toda su fuerza; miraba a su alrededor como si estuviera soñando, y le parecia que el anciano era el jenio del bosque o un ser sobrenatural...

El solitario lo contemplaba con enternecimiento, talvez con admiracion...

Enrique permaneció así por algunos momentos, hasta que el viejo coronel, tomándolo del brazo, le dijo: "vamos a llegar a la gruta."

El jóven se dejó conducir; pero cuando llegó a aquel re-

cinto que el anciano habia denominado la gruta, su admiracion fué tal, que se arrodilló en el suelo, exclamando "¡Dios mio, Dios mio, cuán grande eres y cuán maravillosas tus obras!..."

El solitario, atraído por un magnetismo irresistible, por una fuerza de cariño que nadie lo hubiera creído capaz de sentir a su edad, se echó en los brazos de Enrique, llamándolo repetidas veces, hijo mio, mi querido hijo! ... El jóven le dió tambien el dulce nombre de padre, y estas dos personas, tan diferentes por la edad, por la condicion, por el rango, por la ciencia, estaban íntimamente unidas por el suave lazo de la sensibilidad y de la virtud...

Aquellos que se estrañen, aquellos a quienes no les parezca natural esta conmocion que se experimenta al contemplar los prodijios de la creacion y las magnificencias de Dios, son almas cadavéricas, almas muertas que nada puede hacer revivir; pero afortunadamente pocas de ellas existen en el mundo, porque, mas o menos, todos, todos, casi sin escepcion, nos sentimos impresionados a la vista del mar, del bosque, del rio, al ruido del trueno, al fulgor del relámpago, al bramido de la tempestad, exhalándose de nuestros pechos agitados la adoracion unida a la súplica, el entusiasmo unido a plegaria, el respeto unido a la admiracion y al amor.

II.

La gruta cuya vista impresionara tanto a Enrique era imponente a la vez que hermosa y pintoresca. Una enorme roca saliente la cubria en gran parte, dejando ver en su interior una cavidad donde habia una pequeña fuente. Sobre esta roca volcánica habia otra mas elevada y de la cual se desprendia un grueso chorro de agua que desde una altura de cincuenta piés caia con estrépito, precipitándose en una profunda quebrada cortada a pique y que al mirarla daba vértigos. Por el lado de la cascada veíase el sol, que, hirien-

do la masa de agua, producía los colores del arco iris; de ese costado divisábase también una parte del azulado cielo, mientras que bajo el gran peñon que cubría la pequeña fuente interior, se extendía una planicie en forma de óvalo, rodeada de gigantescos robles y en que podrían caber cómodamente mas de cien personas. Por un capricho de la naturaleza, medio a medio de aquel recinto se elevaba solitario un hermoso árbol de cuyo grueso tronco nacía una mesa rústica que daba vuelta al derredor de él y que había sido trabajada por el coronel Guzman, cuando, en persegui- miento de un leon, descubriera aquel solitario e ignorado recinto que durante siglos habria servido de albergue al monarca de los animales, por cuyo motivo le dió el anciano el nombre de *Gruta del Leon*, haciéndola su morada favorita, principalmente en el estio, donde se iba a trabajar durante el dia, pues en las horas de mayor calor allí había una frescura inalterable.

Encantado de aquel sitio, el coronel Guzman lo habia dejado con toda su natural hermosura, sin quitar ni un coligüe ni una de las mil enredaderas que se entrelazaban las unas a las otras, subiendo casi hasta la copa de los árboles a quienes adornaban con sus vistosas flores. Lo único que habia hecho era limpiar el terreno y emparejar las desigualdades que existían, esparciendo por todas partes finísima arena, de modo que aquella gruta parecia alfombrada y hecha a mano, tal era la igualdad de su suelo y la simetría de sus contornos; sin embargo, bastaba fijarse un momento para ver que todo era obra de la naturaleza, sin que casi nada hubiera hecho la mano del hombre.

Al principio, la fuente que estaba bajo el grande peñasco se desbordaba y el suelo era algo pantanoso; pero el solitario habia hecho un pequeño desagüe, disecando completamente el terreno y trabajando en seguida un camino fácil pero tan oculto, que nadie hubiera descubierto aquella senda sin saber que existía. En el árbol que estaba en medio, ha-

bia, como ya lo hemos dicho, arreglado una mesa en contorno, poniéndole cajones para que le sirviera para guardar sus provisiones en caso necesario, pues en los primeros tiempos temia ser perseguido y consideraba ese recinto como un escondite seguro e impenetrable. Despues, cuando este temor hubo desaparecido, le servia de lugar de descanso, de meditacion y de recreo.

La pequeña fuente interior que estaba bajo el gran peñasco, servia como de un baño colocado espresado para el morador de aquel lugar; y sus aguas termales, analizadas por el solitario, eran mui saludables, pues habia tenido ocasion varias veces de reconocer sus buenos efectos por las experiencias obtenidas en algunos enfermos a quienes habia introducido hasta aquel recinto con los ojos vendados; porque si bien deseaba servirlos, no queria que supiese nadie ese retiro, lo cual habia contribuido no poco a darle la reputacion de brujo, de que ya hemos hablado, y el encantamiento que decian existir en todo el cercado de que él disponia.

III.

Calmada la primera impresion de Enrique, no por esto habia desaparecido su admiracion; y ya se colocaba al borde del precipicio; ya iba a ver la fuente en su misteriosa y lóbrega concavidad, ya miraba la catarata, descubriendo parte del azulado cielo, o ya daba vueltas en contorno de aquel óvalo tan regular y tan hermoso, tomando de vez en cuando algunas de las extrañas flores de las enredaderas; siempre aparecia entusiasmado, creyendo casi él mismo ser el juguete de una ilusion de sus sentidos; sin embargo, la voz del anciano que lo llamaba para almorzar, y la presencia de Torcuato, estaban probando que cuanto veia era una realidad, y, a pesar de esto, creia que los hombres, como el lugar, no eran mas que pura fantasia.

—¿Te sorprende, hijo mio, lo que estás viendo ahora?

dijo el solitario; ¡qué fuera si contemplases otros prodigios de la naturaleza! esto es mui insignificante comparado a la catarata del Niágara y otras mil maravillas que encierran las cordilleras de los Andes, a cuyos piés estás, y esta virgen y portentosa América en que has nacido y en que ahora te hallas. Tienes todavia mucho que admirar, ya en los monumentos de Dios, ya en los monumentos de los hombres; en los primeros distinguimos la omnipotencia y sabiduria del Creador, y en los segundos el jenio portentoso aunque limitado de la especie; pero sin dejar nuestras reflexiones, acércate para que tomemos nuestro desayuno, y volveremos aquí a tomar el hilo de la conversacion que quedó pendiente hace poco y que parecia contrariarte.

Enrique, viendo a Torcuato, se fué hácia él y le apretó la mano con el mayor cariño; en seguida se acercó al solitario, y tomando un rústico banquillo, se sentó junto a él, diciéndole:

—Todo cuanto venga de usted es para mí una enseñanza y una luz: estoi dispuesto a escucharlo y a seguir sus consejos.

—No quiero, hijo mio, esa ciega sumision a mis conceptos; yo puedo equivocarme, como muchos, porque nadie es infalible. Tengo, es cierto, un buen deseo; ¿pero basta éste para estar seguro de la verdad?

—Yo tengo en usted una confianza ilimitada, y cualesquiera que sean sus ideas, creo que las aceptaré, sin escluir por esto mi pobre e inexperimentado juicio, que es el que en último caso debe dirigirme.

—Haces bien, hijo mio; nunca debe un hombre desechar su razon, pero tambien es indispensable que no sea sistemático, rehusando el convencimiento manifesto o atacando la evidencia por mero capricho, como sucede las mas veces; porque jeneralmente no se escuchan tanto las razones de su adversario, cuanto se buscan los argumentos opuestos, pues apreciamos mas el triunfo del amor propio que el de la justicia.

—No estoi, señor, en ese caso, porque quiero saber y no pretendo enseñar.

—Esa es la idea que tengo formada de tí, y sabré aprovechar esta buena disposicion de tu espíritu; pero antes de entrar en sérias reflexiones, veamos lo que nos ha preparado nuestro buen Torcuato.

IV.

El almuerzo estaba servido en la rústica mesa anexa al derredor del árbol, consistiendo éste en algunas perdices, una buena cazuela, unos cuantos pejerreyes del estero y varias frutas, sin contar dos botellas de escelente vino fabricado por el propietario de aquella campestre mansion.

Los tres se sentaron a la mesa con buen apetito, porque para el coronel era un poco tarde, Torcuato habia trabajado mucho, y Enrique, con sus veinte años, capaces de devorar piedras, estaba ademas fatigado con la larga excursion de San Fernando; de manera que todos tres hicieron perfectamente los honores al almuerzo, recibiendo Torcuato por su habilidad de cocinero un sinnúmero de cumplimientos.

Enrique encontraba todo aquello tan extraordinario, que a cada instante tenia nuevos motivos de sorpresa, ya no solo por el sitio, sino tambien por las comodidades que el solitario habia sabido procurarse, pues en medio de la selva existia mayor comfortable que el que se pudiera exigir en muchas casas de nuestras ciudades. A unos manjares comunes pero delicados, y, lo que es mas, presentados con gusto, se reunia lo limpio aunque no lo rico del servicio, que habia aparecido como por encanto, no viéndose de antemano el menor preparativo; despues venia el buen vino, el escelente café y sobre todo los magníficos cigarros y cigarrillos de la Habana; y sin embargo todo habia sido hecho, cultivado y cosechado en el terreno del anciano y por el anciano.

no! lo que prueba lá facilidad con que se obtendrian en Chile esos productos valiosos si tuvieramos dedicacion, constancia, método e intelijencia, como tambien proteccion ilustrada del lado de nuestros mandatarios; y aun cuando no es posible ni conveniente que los gobiernos tomen parte en especulaciones industriales, siempre es necesario que hagan cuanto esté en su mano para que se desarrollen y aclimaten en el pais; però entre nosotros sucede todo lo contrario, porque, lejos de impulsar el trabajo o la produccion, tratamos de ahogarlo, recargándolo con derechos, como sucede al cobre, y con monopolios como lo tiene el tabaco, bajo el pretexto de que éstos, como otros varios productos, dan una renta mas o menos fuerte al erario, sin considerar que entrabar la produccion de un pais es lo mismo que cortarle los brazos a un hombre; mientras que dejándole libres todos sus medios de accion, dejándole espedito el ejercicio de sus facultades, se consigue el engrandecimiento de los particulares y por consiguiente el engrandecimiento del estado, es decir, la riqueza privada, de donde emana la riqueza pública; y no tan solo debiera un gobierno dar la libertad industrial, sino que aun seria preferible que fuese mas allá, protejiendo con sábias medidas la accion individual, porque es de allí de donde puede y debe sacar su fuerza.

Hai industrias, nuevas para nosotros, que se implantan actualmente, como la ya acreditada fábrica de tejidos del señor Délano en la provincia de Concepcion, la cual, a mas de proporcionar trabajo a mucha jente, a mas de dar ciertas comodidades, se empeña en emanciparnos de los productos. Europeos, pero con los cuales no puede quizá rivalizar todavia, porque se ve obligada a pagar fuertes derechos de internacion por los artículos que necesita para el consumo de sus mismos productos; de manera que, aun cuando los casimires chilenos no estén recargados con el avalúo aduanero que grava a los otros, no es menos cierto

que gran número de las materias primas que emplean tienen que pagar derechos, y de esta suerte es como no les es dado parangonarse con aquellos y forzar al consumo, por la baratura del precio, a aceptarlos de preferencia. En otra parte nos estenderemos mas sobre éstas y otras cuestiones económicas, y mientras tanto continuaremos la hilacion de nuestra historia.

La sed de oro.

I.

Después de tomar el café las tres personas que se encontraban en la *Gruta del Leon*, es decir, el coronel Guzman, Enrique y el pobre Torcuato, fueron a recorrer y a admirar muchas otras bellezas naturales que adornaban aquel pintoresco sitio, y que con tanta frecuencia se encuentran en nuestros países de América.

Vueltos del paseo, se entabló la conversacion siguiente entre el solitario y Enrique:

—Yo me he propuesto formarte, dijo el anciano; pero antes de entrar en el recinto de las ciencias, oreo preferible que sepas esas nociones jenerales que constituyen la ciencia de la vida o el mejor modo de conducirse del hombre mientras habita este mundo que se ha denominado valle de lágrimas, y que así lo hemos hecho en efecto con nuestras preocupaciones, con nuestros errores y con nuestras discordias; preocupaciones, errores y discordias que nos han impedido distinguir la verdad, y por consiguiente la conveniencia de todos y el bien recíproco que de ella depende, arrojándonos en un piélago de miserias, de bajezas y de infortunios que desde tiempo atras vienen aquejando al hombre por haberse desviado del sendero de la fraternidad, dejando que impere en todos nuestros actos el pernicioso egoismo y la repugnante codicia que asola con todo noble sentimiento del alma.

—¿Cree usted entonces en la posibilidad de mejorar la humanidad?

—Sí, hijo mío; porque de otra manera se desmentiría la lei jeneral del progreso y del perfeccionamiento que vemos operarse en todas las cosas. Esta lei talvez es lenta para nosotros, pero ella es infalible, como todo lo que constituye el orden de la creacion; porque de otra manera se desmentiría tambien la enseñanza y la moral de Cristo, cuya doctrina nos muestra el camino que debemos seguir para llegar a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad humana, que es donde se halla el sosiego, la dicha y la perfeccion de la especie; pero en otra ocasion, hijo mío, desenvolveré el orden de estas ideas, enseñándote los medios para que lleguen a ser practicables; pero por el momento quiero concretarme a esa riqueza que tanto ambicionas poseer y por la que el mundo entero se sacrifica.

—Es verdad, señor, pero tambien es cierto que en este momento y en este sitio no tienen para mí tanta fuerza esas ideas.

—Estás impresionado por la riqueza de la naturaleza y por eso olvidas la de los hombres; sin embargo, la primera apenas nos ocupa algunos momentos en la vida, mientras que la segunda se apodera de toda ella; de consiguiente hablemos sobre lo que, si no te preocupa ahora, te preocupará mas tarde.

—No niego, señor, que deseo la fortuna con ansia, porque me parece que de ella depende mi felicidad.

—Hai mui pocos que no creen encontrarla allí. Mui singulares son los hombres que no piensan como tú; pero tambien es cierto que esa multitud inmensa que corre tras el dinero figurándose encontrar la dicha, se queda la mayor parte a medio camino, desapareciendo antes de haber obtenido su objeto y arrastrando una existencia miserable por los sacrificios que se han impuesto y mas miserable todavia por las bajezas que se le imponen, y ¡sabe Dios! si por los

crímenes que se ven obligados a cometer y cuyo remordimiento tratan de apagar en vano con el goce material que nunca llega del todo a atolondrarlos; y aun cuando esto sucede por algunos momentos, siempre viene en pos la laxitud triste y la reaccion penosa que trae consigo la saciedad; pero aquellos mismos que han conseguido llegar al término, que han abordado la cúspide de la fortuna ¿son por esto mas dichosos? Vé a preguntarles, amigo mio, obsérvalos y encontrarás que, sin los placeres efímeros de una estúpida vanidad, placeres que adolecen tambien de sus amarguras, que, sin esos placeres, digo, nada hallarás en ellos digno de esa envidia lejitima del hombre de razon y del hombre de bien.

—Sin embargo, señor, todo se consigue con el dinero; ¿y cómo no hemos de ambicionar aquello de que todo depende?

—Esa es la opinion jeneral que las apariencias y la vida que llevan actualmente las sociedades tambien justifica; pero no porque sea jeneral es absoluta, pues el mérito real, el talento verdadero y la virtud sólida no se adquieren con el dinero; sin embargo, voi a-entrar en tus mismas ideas y a hacer la apoteosis de la fortuna; y el anciano hizo una lijera pausa como para reconcentrar sus ideas.

II.

Para el hombre rico, continuó, no hai tropiezos que embaracen sus deseos ni necesidades que no se satisfagan.

Las consideraciones las obtiene sin pedir las, y los honores sin que los solicite.

Todos se prosternan ante él y todos lo adulan y agasajan.

El talento se le rinde y la belleza se le postra.

Los sacerdotes le abren de par en par las puertas de los cielos.

Las acciones que hace son disculpadas o encomiadas, aun cuando sean viciosas.

Las palabras que pronuncia son escuchadas con atencion y comentadas favorablemente, aun cuando seãan absurdas.

El humilla y se rie de la virtud, seguro de que todos lo aplauden.

El hace alarde de su poder y no encuentra resistencias.

El pavonea su fatuidad, y se denomina a esa fatuidad grandeza.

El puede cometer faltas sin que la crítica lo hiera, y perpetrar crímenes seguro de la impunidad, porque el dinero sobrepuja a todo, y sobre todo manda, domina y se ensefiorea.

Hé aquí la causa porque todos lo ambicionan.

En el materialismo que nos gobierna, él es el que triunfa.

Adoradores del vellocino de oro, no hai para la sociedad presente mas divinidad que la del dinero, ni mas relijion que los medios de conseguirlo.

Por esta razon en las familias ya no se ve aprendizaje moral sino especulativo.

Los padres no enseñan a sus hijos la práctica de la virtud, sino el camino que lleva a la fortuna.

No se le dice al jóven: sed honrado, sino: sed rico.

No se le amonesta por el cumplimiento del deber, sino por la adquisicion metálica...

No se cuida de la rectitud de su espíritu para marchar bien por el sendero de la vida, sino de la sagacidad que gana talegos para rodearse de ostentoso fausto...

Así es como nuestras sociedades se han prostituido... Así es como el alma no se eleva mas allá de la esfera de un materialismo grosero... Así es como el hombre ha degenerado hasta el punto de no encontrar mas goces que en la satisfaccion del estómago, de la vanidad, de las preocupaciones y de la concupiscencia, tomada en la espresion brutal del placer físico, que pierde todos sus encantos desde el momento que no participa de ellos el cariño emanado de la virtud, que es el que los realza y diviniza...

Te trazaré el cuadro de las tendencias de la época y del punto a que han llegado nuestras sociedades, dijo el solitario con un acento triste, y despues juzgarás tú mismo; y si persistes en tus ideas de adquirir fortuna a todo trance, eres libre de seguir las, pero yo creo estar en el deber de mostrarte la realidad de las cosas para que elijas el sendero que mas te agrade.

—Escucho, señor, sus doctrias con el mayor interes, respondió Enrique.

—Pues bien, amigo mio, de esa educacion de la familia, de ese impulso dado a la sociedad han resultado nuestras miserias, nuestra pequeñez y el desquiciamiento en que el mundo se encuentra...

Hoy el talento se vende... ¿para qué se necesita la ciencia si no es para ganar dinero? y esa ciencia queda abandonada desde el momento que se han adquirido las pesetas...

El filósofo y el literato ¿qué es lo que busca? Indudablemente no es la enseñanza del género humano, no es el bien e ilustracion de sus semejantes, sino un poco de renombre; y este poco de renombre ¿con qué objeto? Nada mas que con el de conseguir algunas monedas, pues si no llega a la fortuna todo está perdido y su inspiracion muere... Esta es la razon porque se ven diariamente esas producciones insignificantes y raquíticas que llevan en sí el sello de la menguada codicia y no el signo del jenio; que se dirijen a obtener el lucro y no a la satisfaccion que produce la práctica del bien, y por esto es que mueren tan pronto como aparecen, no dejando ni un solo rastro de su existencia en el mundo, cuyos malos instintos han querido alhagar solamente por interes.

Y en la religion ¿vense ahora esos héroes de la cristianidad? Vense ahora esos mártires, esos santos, esos varones completamente desprendidos de los terrenales bienes? Nó, ahora se ven jesuitas que atesoran y clérigos y frailes de

todas clases que trabajan por el lucro pecuniario y no por el bien de las almas; y así es como la sed del oro ha prostituido la creencia, corrompiendo las vivas aguas y la santidad augusta de la religión.

Por otra parte, hijo mío, ¿qué hombre ni qué mujer hace consistir ahora la felicidad del matrimonio en el cariño, en la honradez y en la virtud? Estos son sentimientos de una época pasada y que no se hermanan con los progresos del siglo; son palabras insignificantes, huecas y propias únicamente para los niños a quienes se divierte con esas bagatelas, con esos cascabeles que hacen ruido pero que no tienen ni sustancia ni fondo... Lo que vale en la actualidad es el dinero: esto es lo positivo, lo sólido, lo provechoso... y tanto el hombre como la mujer preguntan: ¿cuánto tiene? ¿cuál es su posición? en qué consiste su fortuna? para ver si la *felicidad está asegurada*!... ¿Qué importa que los cónyuges tengan una edad desproporcionada el uno del otro? ¿Qué significa que el carácter no se convenga entre ambos, que tengan defectos trascendentales, que no se estimen ni se quieran? ¡con tal que haya dinero! ¿qué vale lo demás? la unión se hace y esa unión se llama buena, ventajosa y feliz: esta es la sanción del mundo y el fallo de las personas que se llaman graves, prudentes, entendidas, racionales y justas!...

¿Y cuál es el resultado de esos cálculos tan previsores, tan equitativos y tan sábios? El desprecio, la repugnancia y el odio recíproco; y como consecuencia lógica, la discordia, el engaño, la prostitución, el vicio y el crimen bajo sus mas negras y asquerosas formas; y en seguida la mala educación de los hijos, la falta de dignidad de los padres, el poco orden y el poco respeto, el pernicioso ejemplo que ven, que aprenden y que siguen, yendo a inocular el pus de su degradación al resto de la sociedad de que desgraciadamente son miembros, y de esta suerte es como todo se prostituye y se corrompe, porque el matrimonio tiene hoy por funda-

mento la codicia vil en vez del aprecio, del cariño y de la virtud....

¡Y muchos legisladores y filósofos se admiran de tanto desenfreno sin encontrar medio de evitarlo! y claman y se empeñan por establecer la lei del divorcio, que no haria otra cosa, en las actuales condiciones sociales, que echar una perturbacion sin remedio; porque si el divorcio es bueno en el caso que los hombres estuvieran en armonía con las leyes de la naturaleza, es mui peligroso en el actual, pues no sabríamos de qué manera contener el desenfreno del vicio: así es, hijo mio, como las mas santas afecciones, los mas sagrados y durables lazos los rompe esa pasion inmoderada de la fortuna, que es la lepra que corroe a la especie, contaminándola de tal manera, que se hacen cada dia mas dificiles los medios de curarla, pues el deseo de adquirir dinero y el dinero mismo es una preocupacion tan jeneral y tan arraigada, cuanto mas importancia se le da y cuanto mas se acata al que la posee en mayor escala.

¡La amistad! ¡veamos ahora lo que ha hecho de ella la avaricia? Pues bien, id en busca de un amigo y verás si lo encuentras por el mundo. Hoi hablan todos de amistad, es cierto, pero nadie la siente; ha desaparecido del corazon para mostrarse en los lábios. ¿Dónde encontrar el desinterés, la abnegacion, el cariño que debe unir a dos amigos? Imposible, porque el egoismo, hijo primojénito de la sed insaciable de dinero, ha muerto en nosotros todo sentimiento elevado para dar cabida a la liviandad de los goces materiales que proporciona la fortuna. En nuestra época, antes de llamar a una persona su amiga, se averigua cuál es su posicion; no se aprecian sus cualidades sino sus talegas; no se toma en cuenta lo que vale sino lo que tiene, y despues del exámen del bolsillo se brinda la amistad! ¿Puede ser este lazo durable, hijo mio? puede ser sincero? puede ser tierno? puede ser noble? puede denominarse propiamente amistad? Creo que nó, y tú serás de mi misma opinion....

El anciano miró a Enrique, pero éste bajó la cabeza en señal de asentimiento y de pesar, porque no podía negar la verdad, y era tan desconsoladora y triste la evidencia.

—Hasta en el modo de saludarse, hijo mio, prosiguió el solitario, entra el cálculo y el interes, pues las jenuflexiones son mas o ménos profundas, se quita el sombrero poco o mucho, se aprieta la mano fuerte, despacio o regular, segun sea mayor o menor el capital que tiene el individuo... Así está montada la sociedad! Esta es la clase de amistad que reina y que la gobierna!

Pero esto seria un mal pequeño que no pasaria mas allá de lo ridículo, si el ánsia de adquirir dinero se detuviese aquí; mas desgraciadamente ella empuja a la especie en una vía fatal, porque para adquirir fortuna no hai engaño que no se practique, no hai crimen que no se cometa, y con tal que lo corone un buen éxito todo se perdona y disculpa, y las consideraciones, los agasajos, los respetos, los obsequios siguen tras la riqueza bien o mal adquirida. Esto cria un antagonismo entre los hombres, que se precipitan en un mismo camino, empujándose, codeándose, arañándose, destruyéndose para llegar primero, sembrando por todas partes disgustos, odios, rencores, para no cosechar al fin sino engaño, falsía, bajeza y miseria; porque es imposible encontrar algo de elevado, de noble, de grande en esa lucha encarnizada de la codicia que mata el sentimiento puro y destruye los goces inefables de la virtud, enervando el corazon y degradando el alma...

—Però entonces, señor, ¿debemos quedarnos estacionarios y despojarnos completamente de este deseo que nos llama al progreso?

—Nó, hijo mio, no es mi objeto decir que el hombre deje de trabajar, porque contrariaria una tendencia natural y una virtud que le aprovecha y lo ennoblece; pero es preciso destruir el abuso, pero es indispensable combatir ese vicio que llega hoi hasta el delirio y que forma la mas funesta

de las preocupaciones. Trabajad, producid inmensamente, poned en ejercicio todas vuestras facultades, porque este trabajo, esta producción y esta actividad aprovecharán al conjunto, y obrando para vos obrareis para los demás; pero no hagais un Dios de la riqueza, no la considereis como un término sino como un medio, no la empleeis en el despotismo sino en la caridad, no abuseis de ella para sobreponeros a vuestros semejantes en vez de aliviarlos, no la convirtais en un arma para herir sino en un instrumento para aliviar; que no enjendre el orgullo sino el provecho; que no avasalle sino que ensalce; que no oprima sino que alivie; y que, en lugar de estimular, convirtiéndola en un egoismo opresor, sirva para libertar al hombre de las cadenas de la materia, del imperio de sus necesidades físicas que pesan sobre la gran mayoría de la especie y embarazan su desarrollo por la imposibilidad en que se encuentra de satisfacerlas...

Trabajad para aumentar el caudal de nuestras facultades, de nuestros medios, de nuestros recursos, para que llegando a ser fácil la vida de cada uno, desaparezca la miseria que degrada y esclaviza, y entonces la riqueza y la felicidad que ambicionais y buskais por un estraviado sendero que os conduce a vuestra pérdida, será, jeneral, abundante y productiva, y el encanto de la virtud, el perfumado néctar del deleite y la paz de Dios estará con vosotros...

Por otra parte, amigo mio, el mundo está en un grave error al creer que la riqueza es la que se halla en aptitud de proporcionarnos nuestros mas permanentes y dulces goces, y tan se encuentra en el error, que mui pocos hombres hai que en la práctica no desmientan sus palabras, viniendo por sus acciones a obrar en contra de sus ideas; pues, si como se afirma, la fortuna es el primer bien, ¿por qué se desharia uno voluntariamente de ella con tal de conservar por algunos dias, talvez por algunas horas, la existencia de un ser querido? Hai mui pocas personas en quienes la avaricia haya

agotado la sensibilidad, hasta el punto de sacrificar la vida de sus padres, de sus hijos, de sus hermanos, de sus amigos, al interes del dinero; y habrá muchas, la jeneralidad de la especie, lo decimos en honor de ella misma, que si les propusieran el dar su fortuna por preservar de la muerte a un hijo, a un esposo, a un padre, no vacilarian en deshacerse inmediatamente de ella, es decir, de aquello mismo que poco antes aseguraban ser el mayor de los bienes. Y ahora, amigo mio, ¿qué prueba esta contradiccion? Esto significa que los afectos y no la fortuna ocupan el primer puesto y son el primer elemento de nuestra felicidad. ¿Qué nos importan todos los tesoros del mundo sin el tesoro del amor? ¿Pueden compararse las satisfacciones de la vanidad con los gozos que nos procura el cariño? Amad y que os amen, hé aquí la dicha verdadera, dicha que la encontrareis hasta en las amargas privaciones de la pobreza, dicha que nadie puede arrebatáros a no ser la voluntad de Dios cuando dispono que nos separemos de los seres a quienes amamos.

Muchas veces he pensado que así como es el aire el principal elemento de la vida del hombre y no los manjares de su mesa, así los afectos entran en igual proporcion comparativamente con la fortuna. Es verdad que el vulgo confunde las cosas y cree que en comer bien y en atesorar harto consiste la vida; ¿pero de qué servirian esos manjares si suprimiésemos por unos momentos el aire, y de qué esa fortuna si desapareciesen los afectos? De nada, hijo mio, absolutamente de nada: la felicidad no está, pues, en la riqueza, es preciso buscarla en otra parte y por otro camino.

El anciano guardó silencio y Enrique lo contemplaba admirado, como si se encontrara en presencia de un apóstol cuya santa doctrina y proféticas palabras hablaban a la vez al corazón y al entendimiento...

III.

—No me tomes, hijo mio, por mas de lo que soi, repuso el solitario, al notar la impresion producida en el jóven. El sitio en que nos encontramos, lo nuevo que es sin duda para tí esta manera de ver las cosas, hace que me consideres distinto a los demas; pero no es así: yo no soi otra cosa que un simple mortal con todas sus flaquezas, que llora, es verdad, sus miserias, buscando en el arrepentimiento el amargo lenitivo de sus faltas, y en la contemplacion de Dios y de sus obras la dicha del reposo, que es la única aspiracion que me sea dado tener.

Ya han muerto en mí todas las ambiciones: los deseos de fortuna, de gloria, de consideracion, de renombre, no tienen a mi vista el menor atractivo, y mi único empeño antes de bajar al sepulcro, consiste en hacer a mis semejantes, en la estrecha esfera de mis facultades, todo el bien posible, pidiendo a Dios que me dé los medios de pagar mis deudas de gratitud; paréceme que el señor ha escuchado mi súplica, cuando me ha enviado al hijo del hombre a quien debo la vida.

—Mi padre, señor, le salvó la vida del cuerpo, pero usted da en su hijo la vida del alma y él y yo seremos los obligados.

—Mi querido jóven, repuso el anciano abrazándolo, tus palabras me revelan tu corazon y tu intelijencia: desde hoy vas a ser mi discípulo, y lo poco que he adquirido en largos años de meditacion y de estudio te lo enseñaré en breves dias; pues apartando todo ese aparato de las escuelas, las ciencias se hacen infinitamente mas fáciles.

—Pero ¿cómo hacer? Yo no puedo disponer de ningún tiempo, porque todo él tengo que consagrarlo al trabajo en que estoi comprometido.

—Haces bien: la obligacion que uno se ha impuesto o que

le han impuesto, pero que uno ha aceptado, debe llevarse a cabo, cualquiera que ella sea.

—Sin embargo, ¿cómo no aprovechar esta ocasion, cuando tengo tantos deseos y tanta necesidad de aprender? porque sin esto...

—Continúa.

—¿Qué puedo alcanzar, ni qué puedo esperar?

—¿Tienes ambicion?

—Sí, señor, ¿por qué negarlo?

—Así es; yo ya lo habia conocido.

El solitario calló, esperando la esplicacion de Enrique, pero éste tambien guardó silencio, lo cual, notándolo el anciano, le dijo:

—Yo no quiero introducirme en los secretos ajenos. Debes comprender, hijo mio, que no tengo curiosidad sino únicamente interes, y que si algo te pregunto no es por el deseo de saber, sino de serte útil... Mas tarde seré acreedor a tu confianza.

—Señor! no es eso lo que me detiene, sino la vergüenza.

—La vergüenza no debe existir sino cuando se hace una mala accion o una bajeza. Si has cometido una falta, dímela: cuando se confiesa el delito principia la virtud; el arrepentimiento es su primer escalon.

—No, señor, no he cometido falta a no ser que sea falta el amar... y yo amo...

—¿Para esto tanto misterio, hijo mio? No hai que ruborizarse por un sentimiento tan natural y tan lejítimo.

—Es que...

—Habla.

—Es que hai una diferencia inmensa entre ella y yo...

—¿Qué diferencia?

—Ella es rica, instruida, noble... y no me conoce... ni me ama... ni puede ni debe amarme...

—¿Cómo es entónces que tú la quieres? De qué manera ha podido nacer este afecto?

—Señor!... no mas por ahora... se lo suplico... se lo pido por favor...

—Está bien, hijo mio, dijo el anciano, notando la gran turbacion de Enrique: en otra ocasion hablaremos sobre este asunto, que me manifiesta claramente la causa de tu ambicion.

—Así es, señor.

—Esa ambicion es justa, lejítima y provechosa; lo único que me falta saber es si es merecida; pero esto se averiguará mas tarde: en todo caso habrás ganado mucho sin perder nada...

Enrique guardó silencio.

El solitario, para distraerlo de sus pensamientos, le propuso si queria hacer una partida de caza con Torcuato, que era mui diestro, mientras él se entretendria en su horno con un experimento químico del mayor interes.

Enrique con la curiosa naturalidad del niño y pasando de una impresion a otra con esa lijereza de la juventud, le dijo:

—¿Y usted tambien me enseñará esto?

—Todo cuanto yo sepa, amigo mio.

—Qué feliz seré entonces!

—Dios lo quiera; pero mientras tanto vé a divertirte; en las casas hai dos buenas escopetas; escojerás la que te agrade: los perros son esclentes y las perdices abundan. Tambien hai patos en una laguna que se encuentra como a una legua de distancia y donde Torcuato puede conducirte si no la encuentras mui lejos.

El anciano hizo señas al muchacho, que hasta entonces habia permanecido silencioso, mirando alternativamente a Enrique y a su amo durante la larga conversacion que habian tenido entre ambos.

A las señas del solitario, Torcuato se paró gozoso y tomó de la mano a Enrique con el mayor cariño y como si lo conociese desde mucho tiempo atras.

Los tres salieron de la *Gruta del Leon* y se dirijieron a

las casas, donde tomaron las escopetas, que examinó Enrique con ojo inteligente y experimentado, cargando la suya en seguida y echándose a andar con Torcuato, que dió un silbido llamando a los perros.

La caza.

I.

La caza es la diversion que mas agrada a la juventud y para la que tiene casi tanto atractivo como el amor: ella, puede decirse, talvez es el primer ensayo de la independencia y de la fuerza que constituye la esencia de la vida del hombre. Cuando allá en sus dieziocho o veinte años un jóven corre los campos con su escopeta al hombro, se cree libre y poderoso, pareciéndole dominar cuanto le rodea y estar en su elemento favorito. Todos sus sentidos se encuentran en ejercicio, la vista penetra el espacio y se extiende en un horizonte mas lejano, aprendiendo a conocer hasta los pequeños objetos, a juzgar de su forma, a apreciar su magnitud, a distinguirlos unos de otros sin que llegue a confundirlos la distancia; el oido se ejercita tambien, percibiendo aquellos ruidos tenues que solo el tímpano del cazador escucha; por ellos sabe él qué clase de pájaro, de animal o de insecto los produce, conociendo ademas el espacio que lo separa de aquel punto, y hasta el olfato suele adquirir tal grado de fineza, que muchas vecès le basta él solo sin el auxilio del oido o de la vista para que el cazador se dirija sobre el objeto que busca: la jeneralidad de nuestros salvajes es así.

Por otra parte, la actividad de los músculos, la astucia que es preciso desplegar, el peligro que algunas veces se corre, la fatiga misma y los momentos de reposo,

que son tan agradables, el frugal alimento que se lleva consigo, la copa de vino o de coñac que se bebe, la sombra de los árboles, la atención vigilante de los perros, sus miradas inteligentes e interrogadoras, las piezas que están en el morral, el gusto de la familia en vista de la caza y de su diversidad, la narración de sus lances, los buenos y acertados tiros, las dificultades que ha vencido, los golpes que se ha dado, la cena que lo espera, todo, todo contribuye a que el joven considere este pasatiempo como el más agradable, y con mucha razón llegó a ser en los antiguos tiempos el placer favorito y privilegiado de la nobleza; pero ahora que han desaparecido esos privilegios, le es dado a todo el mundo participar de él, principalmente en nuestra todavía virgen América, donde no existen prerrogativas de casta y en cuyos inmensos campos no se hace sentir la prohibición egoísta y mezquina del propietario.

Enrique y Torcuato se entretuvieron todo el resto del día y no llegaron a las habitaciones sino hasta muy entrada la noche, con un botín numeroso, pues se habían llevado cazando casi hasta el oscurecer, encontrándose a mucha distancia de las casas.

Al ver el anciano los sacos repletos de pájaros y que hasta los perros traían en el lomo a guisa de alforjas una cantidad considerable de ellos, les dijo riéndose:

—Caramba, hijos míos, que habeis despoblado el bosque: ¿qué vamos a hacer con una provisión tan abundante?

—Tendrá usted, señor, para toda la semana, contestó Enrique.

—Bueno fuera si no se echâran a perder; pero los aprovecharemos, porque te llevarás la mayor parte para que regales al administrador y a tus otros camaradas.

—Qué te parece la destreza de Torcuato? porque sin duda debe haberte ayudado mucho.

—Prodijiosa, señor; la mayor parte de la caza le pertenece.

Y Enrique acarició al pobre mudo, el que se puso a hacer señas al anciano.

—No menos admirado ha quedado Torcuato de tu destreza; me dice que no has errado un solo tiro y que eres el mejor cazador que conoce, y cuando él habla así es que realmente lo eres. ¿Dónde te has ejercitado?

—He tenido mucha afición a la caza, y tan luego como me fué posible comprar una escopeta, lo hice, a lo cual no se opuso mi padre, que, como soldado, conserva gusto por las armas.

—¿Pero en Santiago no tendrías muchas ocasiones para ejercitarte?

—Es verdad, señor; sin embargo, cuando no salía los domingos me llevaba en el pequeño huertecito de casa tirándole a cuanta golondrina, diuca o chincol pasaba por allí, y de este modo he adquirido alguna destreza, pero no tanta como la que supone Torcuato, porque él puede muy bien ser mi maestro.

—Ya tendrás oportunidad de igualarlo, porque espero conservarte a mi lado durante algún tiempo, ¿no es verdad?

—Tendría en ello el mayor placer, pero no veo el medio, pues, como le he dicho, es imposible que abandone mis ocupaciones.

—Está bien, pero encontraremos ese medio. Por otra parte, no toda la vida has de estar ocupado, y si no se presenta alguna oportunidad, esperaremos a que hayas concluido; deja esto a mi cuidado, yo me encargo de ello, y no pasará mucho tiempo sin que se puedan armonizar las cosas. ... Ahora vamos a cenar, porque ustedes deben estar cansados y tener buen apetito.

Y el coronel Guzmán, sin decirle nada a Torcuato, se puso a poner la mesa y a sacar las provisiones; pero apenas el sordo-mudo vió lo que hacía el anciano, se fué donde él, y tomándolo familiarmente de la mano lo obligó a sentarse al lado de Enrique, ocupándose de arreglarlo todo.

Obedeciendo el solitario a la insinuacion de Torcuato, le dijo a Enrique:

—Este muchacho me tiene regalón: él se ocupa ahora de todo, trae las provisiones, las guisa, barre y arregla, hace las diligencias exteriores, corre por los campos, me ayuda al cultivo de las tierras, cambia o vende los productos, es mi ecónomo, mi mayordomo, mi proveedor, mi cajero, mi intendente, mi peon y le queda tiempo para ser mi discípulo, pues lee, estadia, investiga, me pregunta sobre todo y tiene una comprension prodijiosa, y lo que aprecio mas en él es su buen corazon y su cariño, pues me avisa de todas las desgracias que no puede aliviar por sí mismo para que yo las remedie, tales como las enfermedades; porque en cuanto a los pequeños socorros de alimentos, él los distribuye con un tacto, una delicadeza y una intelijencia admirables, todo lo cual me hace considerarlo y quererlo como a mi hijo.

—Así es que debo tratarlo como a mi hermano, exclamó Enrique, yendo a abrazar a Torcuato.

El anciano aprobó aquella accion de Enrique, mirando con complacencia aquellos dos hijos adoptivos, tan distintos en las formas exteriores, tan semejantes en el fondo y que provenia el uno de la gratitud y el otro de la caridad.

Torcuato, al verse acariciado por Enrique, Torcuato, de quien todos huían, a quien todos miraban con repugnancia o con miedo y de quien los muchachos se burlaban, experimentó una impresion dulce, tierna, profunda y llena de reconocimiento hácia el jóven artesano, por el cual habia sentido desde el instante de conocerlo la mayor simpatia.

El anciano le hizo una seña al deforme y contrahecho niño y abrazó tambien a Enrique, a lo que no se habia atrevido por temor, pero que deseaba con ánsia.

Este cuadro conmovió al solitario, que tomó a ambos de la mano y los colocó en la mesa, sentándose él en medio de ellos.

II.

La cena estuvo alegre y animada y se entretuvieron hasta muy tarde, hablando de viajes, de costumbres y del plan de estudios que se proponían seguir, lo que hacía las delicias de Enrique, pues ya le parecía poseer todos aquellos conocimientos que ni por la imaginación se le había pasado que tendría alguna vez oportunidad de alcanzar, a pesar de su voluntad constante y decidida.

Esa noche se durmió Enrique lleno de esperanzas, y sus sueños alegres le permitieron levantarse ágil antes de amanecer para llegar a tiempo a las casas de la hacienda, donde tenía que estar el primero para ordenar y dirigir los trabajos; pero por más temprano que se levantó, ya tenía el caballo ensillado y unas grandes alforjas, independiente de un saco lleno de pájaros.

El anciano, al despedirse, le volvió a repetir que pensaría en el medio de que, sin abandonar sus quehaceres, aprovechara de las lecciones que servirían para instruirlo.

Enrique, gozoso, sumiso y lleno de gratitud y de cariño, prometió hacer cuanto se le ordenase, y picando a su caballo, que partió como flecha, llegó al trabajo antes que se levantasen sus demás compañeros, los que viendo la cantidad inmensa de pájaros que traía, no pudieron menos de preguntarle dónde y cómo había cazado tanto.

—Ahora, compañeros, les dijo Enrique, para celebrar esta caza, en la que yo no tengo todos los honores, pues no es mía exclusivamente, nos tomaremos un par de horas de descanso al tiempo de la comida y haremos guisar unos cuantos pájaros, que rociaremos con algunas botellas de vino.

La respuesta fué un ¡viva! general.

—Pero es preciso, continuó nuestro joven obrero, que ganemos el tiempo que vamos a emplear en divertirnos, porque en lugar de dos horas ¿quién nos dice que no será

tres? Cuando uno está alegre el tiempo vuela y luego cuenta mas el trabajo.

Entonces todos convinieron en que se les diera una tarea de día y que no comerian hasta haberla concluido, lo que Enrique aceptó, poniéndose él mismo a trabajar con doble empeño.

El resto de la semana continuó el trabajo con constancia, y salvo algunas noches que Enrique habia ido a saludar al solitario, todo el tiempo lo habia empleado, en el día con los operarios, y durante las horas consagradas al descanso por todos sus compañeros, en hacer planos y trazos para abreviar la obra y economizar gasto, sin quitar nada de aquello a que se habia comprometido, pues queria que su trabajo sobrepusase a sus promesas, ganando solo por sus estudios e inteligencia.

El encuentro.

I.

El sol acababa de ocultarse, cuando el sábado, día en que pagaba sus peones y daba algun socorro a sus compañeros, levantándose por esta razón mas temprano al trabajo, se hallaba Enrique con los últimos obreros, mostrándoles un plano correspondiente a lo que debiera hacerse en la semana próxima; en ese momento entraron dos coches y algunas mulas cargadas en el gran patio de las casas, acompañando aquella especie de caravana algunos inquilinos de la hacienda y el administrador, que, bajándose del caballo con presteza, fué a abrir la portezuela de uno de los carruajes, descubriéndose al tiempo de descender dos señoras.

La luz del crepúsculo alumbraba todavía perfectamente los objetos, y Enrique pudo conocer a Luisa y a la señora doña Juana. Al principio creyó que aquello era una ilusion, efecto del pensamiento constante que lo dominaba; pero cuando Luisa volvió la cara hácia el grupo de trabajadores, toda duda se disipó, experimentando tan fuerte impresion, que no pudo continuar en la esplicacion que estaba haciendo a sus camaradas, contentándose con decirles: "Ustedes son bastante inteligentes sobre estas materias y no tienen necesidad de mis análisis, pues creo bastará con que les deje el plano para que lo estudien;" y desapareció.

Los carpinteros quedaron algo sorprendidos de este lacónismo y de esta fuga repentina, pero era imposible que pudieran adivinar la causa, contentándose con doblar el pliego

e ir a preguntar a los trabajadores de la hacienda con quienes tenían relaciones de amistad, quiénes eran las señoras que acababan de llegar.

Los peones contestaron que era la patrona, es decir, la dueña del fundo.

Enrique, por su parte, se encaminó a su cuarto, entregado a mil pensamientos diversos. La sorpresa, la alegría, el temor, la esperanza, la confusión y la vergüenza se disputaban sus ideas, no dejándole tranquilidad, de manera que se paseaba a oscuras por su cuarto sin saber lo que debía hacer y cuál sería el modo como debiera comportarse.

Cuando Luisa bajó del coche y dirigió su vista al grupo donde él estaba, creyó distinguir un ligero saludo, saludo al que no había contestado, porque no era dueño de sí mismo; de manera que esta descortesía lo atormentaba horriblemente, no sabiendo cómo se presentaría en caso que lo llamasen, lo que era muy natural, desde que se encontraba allí en calidad de director de los trabajos y que la propietaria quería saber lo que se había hecho y pensaba hacerse.

Enrique no se equivocaba en esto, pero ya otro había sido interrogado en su lugar.

II.

El administrador, al dar cuenta a la señora doña Juana de los trabajos en jeneral, había encomiado mucho la inteligencia y contracción del joven ingeniero que se había mandado de Santiago, no ocultándole que al principio experimentaba desconfianza, vistos sus pocos años, pero que después había sobrepujado a todas sus esperanzas, pues estaba seguro que nadie, en tan poco tiempo, hubiera hecho tanto y mejor. El digno administrador no se limitó solo a alabar al joven ingeniero por lo que concernía al trabajo, sino que extendió sus elogios sobre su conducta intachable, su aplicación al estudio y sus maneras distinguidas, sin ol-

vidar la parte que tomara en el incendio del campo y el auxilio que habia prestado al solitario, el cual parecia haberle tomado mucho cariño, pues pasaba en casa de él los domingos; y aun solia ir algunas noches despues del trabajo, privándose del sueño, pero no abandonándolo.

—¿Y cuál es el nombre de ese jóven? preguntó doña Juana al administrador.

—Se llama Enrique Lopez, señora.

—¿Enrique Lopez! ¿qué edad, qué fisionomia tiene?

—Es mui buen mozo, señora, y a lo sumo tendrá veinte y un años.

Luisa permanecia durante esta conversacion, silenciosa pero atenta; sus mejillas estaban encarnadas y la palpitacion de su seno casi era perceptible.

—¿Si será el hermano de Mercedes? exclamó doña Juana dirigiéndose a su hija.

—El mismo, mamita.

—¿Sabias tú que estaba aquí?

—Hace pocos dias.

—¿Cómo no me habias prevenido?

—No lo creia necesario.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—Mercedes.

—¿Y por qué ella te lo anunció a tí y no a mí?

—Porque ella ignoraba, no la hacienda en que se hallaba su hermano, sino quiénes eran sus dueños.

—¿Y cómo sabia esto?

—Porque su hermano le habia escrito el encuentro casual con nuestro solitario, que le habia contado cuánto debia a su padre.

Doña Juana, despues de un momento de reflexion, exclamó: "Dios mio! Ya recuerdo!... el sarjento Domingo Lopez!... cuando estaba en capilla!... todo se explica fácilmente... Llamadme a Enrique... a quien tambien debemos tanto."

Y doña Juana volvía a repetir al administrador, que estaba asustado, sin comprender nada del súbito cambio de la señora: "Diga usted a Enrique que venga en el acto."

Don Pedro Murna salió para cumplir con la orden que se le diera.

—Este encuentro parece providencial, dijo doña Juana, como hablando consigo misma; pero dirigiéndose a Luisa le dijo: ¿no te parece a tí lo mismo?

—Así es, mamita: hai algo que se encadena en la existencia de esa honrada familia a la nuestra.

—¡El padre salvó la vida a don Toribio de Guzman y el hijo ha salvado la nuestra!... ¿Sabrá el coronel quién es Enrique?

—Sí, mamita, se han explicado, según he visto por la carta de Mercedes.

—Tengo muchos deseos de hablar con Guzman para ver qué piensa de este joven; por lo que respecta mí me interesa tanto o mas que Mercedes: si tuviera la anjélica ignorancia de la niña sería completo. ¡Qué lástima que no pertenezcan a una sociedad mejor!

—Son hijos de padres honrados y ellos son virtuosos.

—No lo niego y por eso me gustan, pero desearia que fuesen nobles para poderlos tratar con igualdad.

—Es cierto que no estamos acordes sobre este punto, porque usted mira la nobleza en el nombre de la familia y yo la miro en las acciones.

—No tienes razon, Luisa, para hacerme este reproche, porque jamas he despreciado a una persona honrada, aun cuando sea plebeya.

—No niego su buen corazon, mamita, ni la elevacion de sus ideas; pero ahora mismo hace usted distinciones...

—Distinciones que todo el mundo acepta y respeta y a las que yo estoy acostumbrada: ¿por qué iria ahora a cambiar? Yo he sido educada así, creo que tengo razon, puesto que hai tantos que piensan del mismo modo y puesto que

hasta la religion establece estas categorias: ¿cómo me constituiria yo en reformadora? y lo que es mas ¿cómo combatiria mis propias convicciones?

—Sin embargo, usted ha sido hasta cierto punto inconsecuente, pues ha recibido a Mercedes, es decir, a la hija del sarjento Lopez, a la hermana del carpintero Enrique, casi en un pié de igualdad, pues parecia no haber mas diferencia que las que se deben a la esperiencia, a la virtud y a la edad.

—Tienes razon; pero Mercedes es a la vez tan humilde, tan afectuosa y tan digna! ¿Cómo iria a avasallar a la que no tiene pretensiones, se manifiesta afectuosa y tambien elevada?

—Pero Mercedes pertenece a otra clase.

—Me doi por vencida; con ella no podria aparecer aristócrata.

—Tampoco lo ha sido usted con su padre, pues, si mal no me acuerdo, le dió usted el brazo para conducirlo a mi salon.

—Tienes buena memoria, hija mia, repuso doña Juana riéndose; ¿pero qué deduces de aqui?

—Que a despecho de sus ideas triunfa su corazon, y que sin pensarlo y sin quererlo entra en mis opiniones.

—No, hija mia; yo puedo querer a esa familia, recibirla con benevolencia y en igualdad de condiciones si asi lo pretendes, pero nunca pasaria de alli; porque entonces realmente estaria en pugna conmigo misma y yo no he hecho jamas un acto que no lo apruebe en todas sus partes; sin embargo, no temas que reciba a Enrique de otra manera que como he recibido a Mercedes y como he recibido a Domingo.

—No temo esto, madre mia; yo sé por esperiencia que su orgullo aristocrático no la ha cegado hasta el punto de desconocer los nobles deberes de la hospitalidad, y en este caso de la gratitud...

—Y añade tambien del afecto, hija mia, porque yo quiero a Enrique.

—Me parece digno de sus simpatias bajo todos aspectos

por su accion con nosotras, por la de su padre con don Toribio de Guzman, por la amistad que me une a Mercedes y hasta por las recomendaciones entusiastas de don Pedro Murna en quien tiene usted tanta confianza.

—Pobre Enrique! si hubiera sabido que él estaba aquí me parece que habria hecho el viaje con mas gusto, porque esto de encontrar una persona que se afeciona es siempre un placer.

—Tanto mas agradable debe haberle sido la sorpresa.

—Es verdad, pero los efectos de la sorpresa, si bien mas vivos, son por lo jeneral menos durables... Ahora, Luisa, ¿quieres saber en lo que estaba pensando?

—Sí, mamita.

—En aumentar el precio del contrato que haya hecho con él mi comisionado de Santiago. Yo me acuerdo que me mostró unos planos y me habló de una suma de seis mil pesos, pero tambien recuerdo que me pareció barato el trabajo y que le dije que era preciso no tiranizar a los pobres; de consiguiente si la obra es tal como me lo dice el administrador y tanto el trabajo que se ha hecho, seria mui justo una remuneracion.

—Así lo creo.

—Juzgaremos nosotras mismas en vista de la obra, y aun cuando no somos arquitectos, echaremos nuestros cálculos: ¿qué te parece?

—Buena idea.

—¿Y si nos equivocamos?

—No seremos nosotras las perjudicadas; porque, ¿qué diferencia puede hacerle a usted un pequeño aumento?

—No tan solo no habrá diferencia sino que habrá ganancia, pues habremos hecho un bien.

Mientras habia esta conversacion entre la madre y la hija, trasportémonos al cuarto de Enrique, donde don Pedro Murna se dirigió a buscarlo de órden de la señora.

II.

Nuestro jóven, confuso y ajitado, estaba a oscuras y se paseaba solo cuando sintió golpes a la puerta.

—¿Quién es? preguntó.

—Soy yo, amigo mio, que vengo a buscarlo de parte de la señora.

—¿A mí? volvió a interrogar Enrique, abriendo la puerta.

—A usted mismo.

—¿Y para qué me quieren?

—No lo sé; pero me parece que lo conocen; porque al pronunciar su nombre...

—¿Han hablado de mí?

—¿Cómo no! Era bien necesario que yo la informase de lo que se hacia y de lo que se habia hecho, y cuando llegamos al punto de las casas fué preciso nombrarlo.

—Señor don Pedro, ¿no podria usted disculparme?

—¿De ir!

—Sí, de ir.

—Imposible, a no ser que usted se encontrase enfermo, lo que gracias a Dios no sucede, pues la señora me dijo terminantemente de llevarlo.

—¿Y cree usted que debo obedecer?

—Me parece, salvo el caso de pasar por un impolítico o por un huaso, como dicen en Santiago.

—No me atrevo.

—Deje usted a un lado la vergüenza, y vamos.

—No me resuelvo, señor don Pedro.

—Hace usted mal, dijo el administrador con seriedad; la señora es mui llana y mi sia Luisa, su hija, parece lo mismo; por otra parte, ellas lo conocen a usted y creo que lo aprecian, segun el modo con que la señora doña Juana me ordenó de venirlo a buscar.

—Si no se puede evitar, iré, dijo Enrique con cierta re-

solucion, como si hubiese tomado su partido; pero me permitirá usted que me mude, porque no seria decente presentarme en este traje.

—Nada tendria de particular, porque saben que acaba de salir del trabajo; sin embargo, si a usted le parece mejor, puede hacerlo.

Enrique, con esa rapidez de la juventud, que nunca pone largo tiempo en su tocado, porque no tiene que ocultar las averías de los años, se lavó inmediatamente, se puso una camisa limpia y cambió de traje, haciéndolo todo sin la menor afectacion y con esa desenvoltura del hombre acostumbrado a la sociedad; pues, aun cuando él no la frecuentaba, la falta de vanidad y de amor propio le daba cierto desprendimiento natural que jamas consiguen los hombres que se ocupan mucho de su persona y que ponen todo su mérito en el arreglo esquisito del vestido, del peinado y del rostro, porque en vano quieren aparentar una sencillez de maneras que no tienen, trasluciéndose la afectacion al traves de la mentida naturalidad.

Cuando el administrador vió completamente vestido a Enrique, y dispuesto para acompañarlo, no pudo menos de notar su jentileza y su elegancia, creyéndolo en el acto de una sociedad todavía mas elevada que lo que lo habia juzgado antes; pues pensó que seria algun caballero de distinguida familia al que los escasos medios de fortuna habian obligado a trabajar, con lo cual adquirió a los ojos de don Pedro Murna mayor mérito y mayor realce: el prestigio de la nobleza, dígame lo que se quiera, no se ha perdido; porque, si bien las ideas aristocráticas son una preocupacion, no es menos cierto que en su principio han tenido un origen digno, salvo algunos abusos.

Enrique se presentó en el salon, no exento de alguna confusion, a pesar de haber tratado de antemano de darse ánimo para aparentar una serenidad que no tenia.

Doña Juana, al verlo en el dintel de la puerta, y cono-

ciendo su embarazo con ese instinto peculiar a las mujeres, le dijo:

—Pase usted para dentro, don Enrique; y se paró para alargarle la mano.

El jóven se inclinó profundamente.

El administrador no podia explicarse una manifestacion tan señalada de aprecio.

Y Luisa, inclinándose tambien al saludo de Enrique, manifestaba en su semblante su contento al verlo y su satisfaccion por el recibimiento afectuoso y casi cordial de su madre.

—Usted ha sido, prosiguió doña Juana dirijiéndose al jóven, el único de su familia que no nos ha visitado en Santiago, y sin esta casualidad, no hubiéramos tenido talvez el gusto de verlo.

—Señora, contestó Enrique, siempre un poco cortado, pero bastante dueño de sí; nuestra posicion es tan diferente, que hubiera sido una accion impropia de mí e impropia de ustedes; y aun ahora...

—La diferencia de posiciones la salvan y la sobrepujan los favores: de manera que nosotras éramos las que podríamos emplear mas bien su lenguaje y abrigar sus temores.

Esta amabilidad de doña Juana, al responder así, era mas bien efecto de su trato de mundo; porque, si es verdad que afeccionaba a Enrique por el servicio que le debia y por otras causas, no es menos cierto que si se hubiese presentado en su casa como una visita, no le habria perdonado esa familiaridad.

—Yo no distingo esos favores de que usted me habla, sino que veo los beneficios reales que usted y la señorita nos han hecho en Mercedes, y siento por ellos toda la gratitud de que soi capaz.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento tan sincero y conmovido, y con un tono de noble humildad que llamó la atencion de doña Juana e impresionó a Luisa hasta

el punto de no dejarles casi qué contestar; porque a la ingénua espontaneidad del sentimiento no se responde con las almibaradas frases de la sociedad, sino con otro sentimiento.

—Los favores son mui diversos, don Enrique, dijo al fin doña Juana; el que hemos recibido de usted importa nada menos que la vida, mientras que los nuestros son insignificantes.

—Dispénsese, señora, que no sea de su opinion, repuso el jóven mui ruborizado, porque temia contradecir y le disgustaba hablar de sí propio; pero un acto casual no puede compararse con tantas bondades, con tantos favores, con tantos beneficios como hemos recibido de usted y de la señorita. Yo sé, continuó Enrique cada instante mas conmovido, el regalo tan valioso que usted ha hecho a Mercedes; pero aquello por lo que experimento mas gratitud, es por el cariño con que la han recibido, por la instruccion que le han dado, por la cordial franqueza con que han tratado a mi hermana, que, si tiene virtudes, no deja de ser por esto la pobre hija de un simple soldado... y esta distancia inmensa que existe entre ustedes y ella, la han pretendido acortar usted y la señorita...

Doña Juana, Luisa y el administrador, sentíanse subyugados, porque la humildad siempre impone, sin rebajar a nadie, y el que la practica se ennoblece, se eleva y se ensalza; pero es preciso que él no lo sienta así, y esto es lo que sucedia a Enrique, como a todo aquel que posee esa gran virtud, porque la humildad es inseparable de la franqueza y de la bondad.

—Mercedes es mi mejor y talvez mi única amiga, contestó Luisa, no sin cierta emocion, y nada mas natural que tratar de igual a igual a las personas a quienes damos nuestro afecto y que nos honran con el título de amiga.

—Aquí está justamente la grandeza, señorita. Yo no sé descifrar las cosas pero las siento... Usted se ha dignado co-

locar a mi hermana a su lado, a pesar de la distancia, a pesar de la inferioridad de ella... y esto es lo que tengo en el corazon, lo que agradeceré toda mi vida y no olvidaré nunca...

Y el joven llevó la mano al pecho como para comprimir algo, mientras que de sus ojos se desprendian dos lágrimas, revelando en su hermoso semblante la gratitud mas viva y la grandeza de un alma fuerte a la vez que sensible.

Luisa levantó sus ojos hacia Enrique, y en aquella mirada habia una caricia inmensa... pero luego los bajó como ruborizada o como si hubiese sido herida por los rayos de una luz viva e instantánea... Sus largas pestañas velaron aquella mirada, de la que parecian brotar torrentes de magnética simpatía.

Por algunos momentos reinó entre aquellas cuatro personas un profundo silencio... Las últimas palabras de Enrique vibraban todavia en los corazones sin que ningun labio se atreviese a interrumpir y a borrar con nuevos sonidos la impresion que habian hecho...

Hai en la entonacion de la voz, en la modulacion de la palabra mas fuerza que en la palabra misma, siendo el acento mas poderoso que el lenguaje, y esta era la causa porque la conmocion de Enrique se habia repercutido, comunicándose a los demas.

Al fin doña Juana rompió el silencio, diciendo:

—Es preciso que me confiese vencida por todos: una vez me derrotó su padre y ahora hace otro tanto el hijo.

—Hai derrotas que son victorias, dijo Luisa.

—Qué gracia! para que pueda cantarse victoria es preciso que exista derrota; pero es a mí, exclamó doña Juana alegremente, a quien ha tocado siempre lo último; sin embargo, no me quejo, porque esta clase de derrotas es mui agradable; las dos veces que las he experimentado he tenido mas gusto que si hubiera ganado la victoria. Con que así, caba-

llerito, tenga usted siempre la razon y no me quejaré del contento que me proporciona mi injusticia.

Esta fina y amable chanza de la señora hizo pasar a los concurrentes, de las rejiones de la sensibilidad a las del buen humor. La conversacion se hizo jeneral, y Enrique se encontró al poco rato mas desembarazado con la confianza que le daban, y su espíritu adquirió la gracia que le era natural. Se habló de Mercedes, de sus adelantos, del solitario y sus rarezas, del concepto de brujo en que lo tenian los pobres, de la *Gruta del Leon* en que habian almorzado y que Luisa dijo que queria conocer, de los grandes estragos que hacia este animal en los ganados de la hacienda, sobre cuya materia se estendió mucho el administrador, quedando convenidos en que para el domingo próximo se convidaria a todos los inquilinos para hacer una partida de caza a que concurririan con gusto, tanto por la diversion, la buena comida que se les daba en aquellas ocasiones, como tambien por el interes que tenian, no solo en destruir al leon que les hacia daño en sus animales, sino en la remuneracion de una vaca que ofrecia la hacienda al que lo matara; quedando desde esa noche arreglada aquella partida de placer, en que Luisa queria tomar parte, lo que la hacia aun mas solemne para la buena jente de San Jorge.

III.

Despues del té se retiraron el administrador y Enrique, el cual se encerró en su cuarto con el alma rebosando en placer... ¡Qué mas felicidad que encontrarse al lado de Luisa, que verla, que hablarla, que oir su voz, que poderle decir a Mercedes: "tu amiga no se ha separado de tí, puesto que se encuentra en el mismo sitio en que se halla tu hermano, y yo la haré que te recuerde a cada instante!" La benévola acogida de doña Juana tambien entraba por mucho en su alegria, porque le daba esperanzas... El pobre jóven no sabia cuáles eran las ideas tan arraigadas, tan invariables de

aquella noble señora, pues si las hubiese conocido, toda su dichosa fantasia, todo ese castillo de ilusiones habria desaparecido como el humo a impulsos del viento para que viniera a ocupar su puesto toda la lobreguez del desengaño... Pero Enrique no podia saber ni aun podia figurarse la resistencia invencible que opone en estos casos el sentimiento de la aristocracia, y llegaba a persuadirse que a fuerza de constancia, de trabajo, de inteligencia conseguiria elevarse a tal punto, que desapareciera toda diferencia, toda superioridad de fortuna o de casta; pues jamas hubiera pasado, a pesar de su amor, por la humillacion de que los otros creyeran que se agachaban para levantarlo, haciéndole con esto un servicio que estuviera obligado a agradecer y que podian en alguna ocasion echarle en cara como un inmerecido favor. Enrique era humilde, pero tenia este orgullo, el orgullo de la dignidad, que se hermana con la virtud, o que mas bien, es inseparable de ella, porque no se concibe virtud sin elevacion.

Las almas enérgicas dotadas de inteligencia y de voluntad, los corazones jenerosos y sensibles no se doblegan ante los falsos ídolos, ni aceptan menguados favores: reconocen el mérito y están dispuestas a acatarlo, pero no se prosternan; y si se prosternan, es ante la virtud que realza y no ante la preocupacion que degrada... Enrique conocia la superioridad de Luisa y rendia culto a esa superioridad, de tal manera que si le hubieran propuesto en aquellos momentos un enlace, lo habria rechazado sin vacilar como indigno de ella y de él; porque la humillacion habria sido para ambos, pues la divinidad perdía de su brillo sin que él lo ganase, y su deseo era alcanzarla y no que ella descendiese. Enrique queria subir, elevarse, ir mas arriba, si fuese posible que Luisa; de otra manera no comprendia el amor: sin este requisito, sin este aliciente, talvez habria renunciado a su pasion: preferia tener desconfianza, pero no experimentar desengaños; dudar de él, pero no de ella; correr el riesgo de no llegar nunca con tal de no humillarla; que no estuviese

obligada a bajar su vista ante la sociedad, a acallar el grito de su conciencia y de su estimacion propia: estos son los síntomas del verdadero cariño; y Enrique participaba de ellos. Solo así puede hacerse durable el amor sin temer los desengaños, los cambios, las desconfianzas ni las susceptibilidades del orgullo herido, porque cuando se lleva la pasion hasta este grado se convierte en un sentimiento tan puro, tan diáfano, tan espiritual, que no participa de las flaquezas humanas sino que se levanta hasta las aéreas rejiones del infinito... talvez hasta el trono de Dios!... porque el amor es su esencia, desde que todo lo engrandece, anima y vivifica...

¿Dormiria Enrique esa noche? Pretenderlo seria un imposible. ¿Quién no ha pasado, al menos una vez en su vida, un momento de delicioso delirio, casi de éstasis, en que se divisa el cielo de la esperanza, pero en que lo cubren de vez en cuando las nubes de la incertidumbre? ¿Quién no ha soñado, quién no ha divagado por esos horizontes en cuyo confin se apercibe la divinidad a quien se adora, envuelta en las nubes transparentes de la ilusion, cuyo velo nuestra fantasia trata de rasgar? Quién no ha hecho planes de felicidad, quién no ha tratado de leer en su porvenir, quién no ha asociado a la mujer que ama en todos sus actos, en todos sus ensueños? ¿Quién no ha velado para gozar?

Enrique, con mayor razon que cualquier otro mortal, porque tenia vírjen el cuerpo y el espíritu, porque poseia todo el fuego de su imaginacion pura y romanesca, porque no habia perdido nada de su savia, porque era dueño de esa viril inocencia que alimenta las grandes pasiones, forma los grandes hombres, desarrolla los grandes talentos y da originalidad al jenio; Enrique, decimos, pasó la noche mas feliz sin que el sueño viniese a adormecer sus párpados y sin que el cuerpo, fatigado por el trabajo, pidiese el necesario descanso; porque las dichas como las desgracias absorben en un punto toda nuestra existencia.

Conociendo esto nuestro jóven y despues de haber combinado y deshecho millones de planes, despues de haber recordado una por una las palabras de Luisa y hasta sus mas pequeños movimientos, se puso a escribirle a su hermana, sin contestar por esto la carta que dias antes recibiera de ella y así le decia:

IV.

"San Jorje, octubre 28 de 1850.

"Mi querida hermana:

"Son las cuatro de la mañana cuando principio a escribirte esta carta...

"No he dormido un solo instante; y despues de concluir-la, montaré a caballo para ir a dejar a San Fernando y recojer la tuya...

"¿De qué otra cosa puedo hablarte? ¿cómo tener tiempo para pensar en nada, para ocuparme de nada, cuando... ¿cuando *ella* está aquí!... ¿No obrarias tú del mismo modo? No harias lo mismo que yo?

"Sí, mi querida Mercedes, tu amiga... tu protectora... tu ángel se encuentra en su hacienda, en la hacienda de San Jorje, que yo habito, y de que ella es propietaria!... ¡Y decir que vivo con ella, que estoi a su lado, que respiro el mismo aire, que nos cubre el mismo techo!... ¿no es de morirse de felicidad?... ¿Se llama vivir o morir lo que yo siento? No lo sé; pero vida o muerte no la trocariá por nada en este mundo, no la cambiaria por el paraíso, ni por la presencia de Dios!...

"Yo deliro, indudablemente, pero este delirio tiene algo de celestial, algo de divino, que palpo y que seria un insensato en posponerlo a lo que no conozco!... ¿No me encuentras razon en mi misma extravagancia?

"Goza, Mercedes, goza, porque tu amiga, tu ángel tutelar, como tú la llamas, no se ha separado de tí, puesto que está

conmigo!... ¿No somos los dos, hermana mia, una misma cosa? no nos une la misma sangre, el mismo afecto amando a una misma persona?

"¿Cómo explicarte la sorpresa que recibí cuando creí reconocer a tu amiga que bajaba del coche? Al principio se me figuró una ilusion emanada de mis deseos; pero cuando ví que era realidad, ¡Dios mio! no te sabré decir lo que hice, porque me encaminé a mi cuarto casi fuera de mí... ¿Podia ser de otro modo? ¿No comprendes mi enajenacion al ver aparecer a quien no esperaba, y sin embargo, a quien tengo tan presente a toda hora y a cada instante?

"Piensa, hermana mia, que tú has contribuido mas que nadie a que alimente esta pasion; ¿por qué habrias de criticar ahora lo que tú has formado, lo que t'í has robustecido con tus imágenes, con las palabras que me has referido de ella, con las acciones que me has pintado y con el cariño mismo que tú le profesas?

"Si tú la amas, ¿por qué no habria de amarla yo? ¿Puedo tener una naturaleza distinta de la tuya? Y si la tuviera ¿no es verdad que me lo echarias en cara? No es verdad que me lo reprocharias?

"Si la hubieras oido anoche! Con qué entusiasmo habla de tí! Mi vanidad de hermano estaba lisonjeada, mi orgullo habia aumentado; pero mi afeccion crecia por momentos para ambas! A medida que ella se espresaba, mas me parecia quererte a tí y quererla a ella: un afecto me inducia a otro afecto, estableciéndose una union que no sabré pintarte...

"Jamás habia estado a su lado, escepto en aquella ocasion... Jamás la habia visto de cerca... ¿Qué hechizo! ¡Dios mio! qué gracia, qué dignidad, qué dulzura, qué aureola celestial reina en torno de ella! Hai algo que fascina, que embriaga, que atrae, que seduce... ¡y no ser digno de poseerla!

"Hermana mia! mi querida hermana! mis tormentos son horribles. ¿Por qué no soi sabio, rico, grande, noble? Cuando me veo mui pequeño me desespero, y sin embargo, vivo en un mar de delicias!... El tormento hace mi felicidad... Yo encadenaré a la dicha, porque tengo voluntad; y la voluntad, segun me ha dicho mi maestro y segundo padre, todo lo vence, todo lo consigue, todo lo domina...

"No critiques mi carta, Mercedes; compadéceme en vez de vituperarme... piensa que soi tu hermano, tu hermano que tanto te quiere, y perdona mis estravíos si en realidad lo son.

"Me parece que al leer esta carta estarás incómoda, porque no te hablo de mis padres; pero diles, diles, Mercedes, y esta es la verdad, que no los olvido un solo instante, y que, si es posible quererlos mas, es ahora cuando siento en un grado mayor este afecto.

"Y tú tambien, mi dulce amiga, ¿por qué no habria de darte este nombre mas grato que el de hermana y que es el que *ella* te prodiga; tú tambien me disculparás, no porque yo te lo pida, sino en obsequio de la persona que es causa que no me ocupe de tí; ¿pero no es lo mismo que me ocupe de ella? No la prefieres a tí misma? Entonces nada tienes que reprocharme, ni yo necesito tomarme la molestia de pedirte perdon.

"En ocho dias mas, es decir, el domingo próximo, tenemos una partida de caza, o lo que se llama aquí una correría al leon, para la que estoi convidado, y a la cual ella asistirá. ¡Cómo me voi a divertir! He dicho mal; ¡cómo voi a gozar! Yo te contaré todo, todo sin la menor reserva, porque el corazon de tu hermano, abierto para el afecto, lo está tambien para la confianza.

"Dos palabras sobre el solitario, en el que fijo todas mis esperanzas: he pasado con él los momentos mas deliciosos y mas instructivos de mi vida, escepto el de esta noche. ¡Qué ciencia, qué profundidad, qué ideas, qué alma tan

grande y tan buena!.. Y decirte que él me ha prometido enseñarme cuanto sabe! Decirte que me llama su hijo y que me ha autorizado a decirle padre!.. Si lo conocieras, Mercedes, lo amarias cuanto yo lo amo; porque aun cuando hace poco tiempo que lo he tratado, ya le soi deudor de muchos beneficios, pues él ha alentado mi esperanza, ha avivado mi fé, robustecido mi espíritu e ilustrado mi inteligencia, a tal punto, como te lo escribia en mi carta anterior, a tal punto, que yo mismo no me conozco, porque el radio de mi pensamiento, poco antes estrecho, ha crecido considerablemente, y todavía espero mas, porque sus sinceras promesas van mui allá.

"Con este ausiliar poderoso, alcanzaré, Mercedes, no lo dudes, alcanzaré aquello que constituye mi mayor felicidad y mi mayor gloria... Tú tambien serás dichosa, porque parece que Dios está con nosotros, o que *cierto ángel bajado del cielo* nos protege: estas son tus propias palabras cuando te refieres a tu amiga, que ahora, por mi intermedio, te manda mil finezas y mil recuerdos, encargándome, a la vez, que te diga que no te olvides de escribirle, lo cual espero cumplirás con gusto.

"Abraza a nuestros padres y quierè cuanto mas puedas a tu hermano

"ENRIQUE."

Ya iba a venir el dia cuando el enamorado jóven hubo concluido su carta, dirigiéndose precipitadamente a las pesebreras para tomar sus caballos, despertando tambien al mozo que debiera acompañarlo, los que no tardaron mucho en estar listos, y salieron de la casa sin hacer ruido.

La plegaria.

I.

El día estaba sereno, ni una sola nube cubria nuestro hermoso cielo de Chile, y los resplandores precursores a la salida del sol subian mas alto que las gigantescas cordilleras de los Andes, esparciendo su rojiza luz poco a poco por todo el firmamento, a medida que avanzaba en su eterna carrera.

Enrique, por uno de aquellos caprichos tan frecuentes entre las personas dichosas como desgraciadas, porque la suprema felicidad o el supremo dolor tienen un punto en el cual se confunden, y ese punto es Dios, pues ni se goza ni se sufre sin elevarse a él; Enrique, decimos, paró su caballo de repente para contemplar la brillante aparicion del astro, y llevado de una de esas impresiones rápidas, poderosas, y peculiares de los caracteres sensibles y apasionados, se bajó del caballo, hincó su rodilla y se prosternó ante aquella maravilla de la creacion para rendir culto al Creador. Cualquiera que conociera las costumbres y religion árabes, habria tomado a nuestro jóven por un musulman, que hacia la oracion de la mañana y a quien solo faltaba el turbante blanco..

¿Qué plegaria hizo Enrique, qué oracion pronunciaron sus labios? Talvez ninguna, sino un simple ¡ahl de admiracion, que no llega a ser una palabra, pero que encierra tanta voluntad y tanto pensamiento!.. ¡Qué mas culto que esa expresion muda, arrancada de nuestro pecho y que encierra

un mundo de ideas, de afecto y de adoracion sublime!..
¡Qué cosa mas grata a Dios y mas digna del hombre!..

Enrique se levantó al fin pausadamente, subió sobre su caballo y continuó su marcha silencioso: esta es la verdadera expresion del contento verdadero... La risa significa el placer del cuerpo, pero el silencio revela la dicha del alma: los grandes sentimientos no son bulliciosos...

No hai nada en el mundo que haga brotar afectos mas dulces en nuestro pecho que una hermosa mañana cuando nuestro corazon está lleno por la imájen de una mujer querida!... Las flores despiden una ambrosía sin igual... Sus diversos perfumes, confundiéndose, llegan hasta nosotros como una emanacion divina que trae a nuestros sentidos ese amor universal que Dios ha esparcido por todas partes y del que está impregnada toda la naturaleza!... La brisa es fresca y parece tener acentos de vaga, indefinida pero suave ternura!... Las gotas diamantinas que brillan en el hermoso e inimitable alfombrado de los campos, el canto de las aves, sus movimientos rápidos, que denotan su alegria interna, todo, todo nos eleva a las vaporosas rejiones del mundo de las ideas... a esas rejiones que muchos no han visto, que muchos no comprenden y que la jeneralidad no cree, pero a las cuales solo puede penetrarse con la llave de la virtud y el amor que enjendran la poesía y la admiracion con que debe adorarse a Dios para vivir en él, con él y por él!...

II.

Mecido en un mar de pensamientos agradables, llegó Enrique a San Fernando sin apercibirse de ello; pero tuvo que bajar de los mundos brillantes de su fantasía para dirijirse al correo y hablar con el prosaico empleado, que estaba en la puerta de calle, y que le dijo:

—Amiguito, usted no ha madrugado tanto como el domingo pasado; sin embargo, no deja de ser todavia bien

temprano; y sacando un enorme reloj de plata, añadió: "son apenas las siete y media."

—Es cierto, señor, que el otro día me puse en camino mas temprano y marché con mas rapidez.

—Cáspita! el domingo anterior salió usted de noche, pues llegó aquí que casi no aclaraba; y advierta usted que yo me levanto a oscuras y apenas me habia vestido.

—Usted tuvo la bondad de disculparme, ¿tengo ahora cartas?

—Sí, amigo mio, pero pase adelante: todavia es hora de tomar un gloriado; ¿no le gustó a usted el otro?

—Sí, señor, pero ahora ando tan de prisa como entonces.

—Eso no impide que descanse un momento.

—Es que... no estoi cansado.

—Imposible... esas son excusas con que usted quiere engañarme.

—Pero, señor...

—No hai pero ni pero que se tenga; entre usted no mas y tomará su pocillo de agua caliente con las gotas... ¿me entiende usted?

—Enrique no pudo resistir a la obsequiosa tenacidad del buen administrador de correos, que principió a gritar desde la puerta de calle: "Muchacha, muchacha, trae un pocillo de agua caliente para este caballero; anda lijero," y luego, dirigiéndose a Enrique le dijo: "pase usted adelante."

A pesar de los deseos que tenia el jóven de partir cuanto antes, no pudo menos de reirse del forzoso cariño del viejecito y de su aire bonachon y petulante.

—Vamos, amiguito, dijo el administrador, restregándose las manos y con una cara risueña; usted me ha caído en gracia y es preciso que me cumpla lo que me prometió en vez pasada, de hacerme una larga visita; ¿se acuerda usted?

—Sí, señor, pero ahora no puedo.

—¿Por qué no, si hoi es domingo?

—Tengo que hacer una diligencia urgente.

—No lo creo; usted debe ser buen católico, apostólico, romano y por consiguiente guardar el día de fiesta.

—No es para trabajar sino que tengo que ver a una persona.

—Ya caigo, picaron!... ja, ja, ja... ¿para ir a ver alguna pichona? Lo mismo era yo cuando joven, me gustaban las niñas y todavía no he perdido la afición... Siéntese no mas y hablaremos.

—No es niña sino a un anciano al que tengo que ver.

—No pretenda usted engañarme, amiguito, mire que soy muy ducho... también a mí no me faltaban disculpas...

—Es la verdad, señor.

—Vamos, no quiero contrariarlo, pero es preciso que me prometa el venir a pasarse conmigo un día entero, y ya verá que no se arrepiente.

—Es imposible, señor, tengo todo mi tiempo ocupado.

—Yo no hablo de los días de trabajo sino de los domingos, o días de fiestas.

—También los tengo destinados.

—Para venir por sus cartas, ya lo veo, pero esto facilita y es una ocasión para que se quede con nosotros el resto del día y volverse en la tarde.

—No puedo prometerle, señor.

—¿Tan encamotado está?

Enrique se ruborizó.

—Vamos, amiguito, esas son cosas propias de la juventud y que no hai motivos para ocultar tanto. Sea usted conmigo mas franco, porque lo quiero, y le daré muy buenos consejos sobre el particular, pues tengo experiencia...

—Estoy obligado a ver a ese caballero y es el domingo el único día de que puedo disponer, contestó Enrique, eludiendo la cuestión.

—Ya le he dicho a usted que a mí no se me engaña, pero para determinarlo, le prevendré que en San Fernando hai niñas muy bonitas y que yo lo puedo llevar a todas partes,

pues no hai una sola que no conozca; esto es si no quiere quedarse en casa, donde tampoco faltan... Mis hijas son vivas, alegres, obsequiosas, porque están mui bien educadas y tocan divinamente el piano...

Y el buen hombre miró a Enrique para ver el efecto que habian producido en él esas palabras, que se figuraba irresistibles.

Nuestro jóven le dió las gracias, diciéndole que si tenia una oportunidad aprovecharia con gusto de su obsequiosa oferta, teniendo el placer de pasar algunas horas en su agradable compañía.

La respuesta de Enrique, que no tenia mas objeto que librarse cuanto antes del administrador, produjo el efecto deseado; pues éste le dijo que le permitia ahora irse, esperando en que cumpliria su palabra en otra ocasion; pero todavia no le dejó partir sin informarse de los trabajos y del lucro probable que obtendria en ellos.

Al fin recibió Enrique su carta y pudo quedar libre de la obsequiosidad del buen hombre, cuyo oculto pensamiento era atraer a su casa al arquitecto, para ver si podia salir de alguna de sus tres hijas, que se le iban *pasando* y que temia quedasen ya para *vestir santos*.

Por otra parte, la posicion de Enrique le parecia magnífica: esto de arquitecto sonaba mui bien a su oido; y las alabanzas que habian hecho del jóven, su buena presencia y la moderacion que manifestaba, eran estímulos poderosos para el buen padre, que queria la felicidad de sus hijas y el realce de su familia, pues un casamiento igual meteria bulla en San Fernando, haciendo a muchos envidiosos y envidiosas.

Si nuestro provinciano hubiera sabido que Enrique no era mas que simple carpintero, la cosa habria cambiado de aspecto y lo hubiera tratado desde lo alto de su grandeza, no dispensándole esa obsequiosidad con que creia atraerlo; pues en provincia es donde reinan con mas fuerza las preocupaciones de aristocrácia, llevándolas sus habitantes hasta

la exajeracion y hasta el ridículo, porque mientras mas ignorantes, son mas orgullosos, y mientras mas quieren imitar a las grandes familias de la capital, son mas insoportables y extravagantes.

En la actualidad váse perdiendo un tanto este espíritu, sin que desaparezca todavia; porque en Santiago tambien disminuye a medida que la civilizacion y a medida que la nueva aristocracia del dinero adquiere mas imperio, echando ciertas sombras sobre la antigua o avasallándola completamente.

III.

Tan luego como salió Enrique de la casa del administrador de correos, rompió la oblea de la carta que tenia impaciencia de leer y cuyo contenido era el siguiente:

"Santiago, octubre 30 de 1850.

"Mi querido Enrique:

"¿Por qué no me has escrito? Tu carta habria disminuido mis pesares, pero tu silencio me los aumenta...

"Luisa ha partido y no hai consuelo para mí... Yo creia quererla mucho, pero veo que la quiero aun mas de lo que pensaba... La vida se me hace triste, monótona y solo me animo recordándola, pudiendo decirse con propiedad que únicamente respiro cuando pienso en ella!... Si donde se encuentra participará de mis mismos sentimientos!... si irán hasta donde ella! Si me recordará!

"Enrique! jamas te he dicho cuánto queria, cuánto quiero a Luisa; nunca podria explicártelo, pero ahora lo siento, porque hai un vacio en torno mio; lo palpo, porque nada me agrada y nada me satisface... Cada hora es para mí un recuerdo, y esas horas se suceden sin que tenga esperanzas de ir a buscarla!... Tu hermana es bien desgraciada!...

"Los hombres de mundo, como le he oido decir a Víctor, talvez se reirian de mi manera de sentir, atribuyéndola a

inocencia o e tupidez; pero piensen como quieran, yo afecciono y padezco; y sin el nombre que te acabo de decir, la existencia me seria desagradable en la ausencia de Luisa.

"Es, ¡licame, Enrique, este fenómeno, puesto que tienes un sabio a tu disposicion con quien consultarte dia a dia. Dime, ¿no es verdad que antes de conocer a Luisa era feliz? ¿Por qué no lo soi ahora que he aumentado mi dicha con su amistad? ¿Seríamos acaso mas felices si a nadie apreciásemos, si a nadie conociésemos, si a nadie amásemos? Y entonces, ¿de qué servirian los p'aceres de la afeccion y las delicias de un afecto correspondido?

"Yo no sé raciocinar; pero, por el sentimiento que he experimentado perdiendo a Luisa, deseara mas bien no haberla conocido. Segun esto, ¿los seres insensibles serian mas dichosos? ¿Habria valido mas nacer piedra que hombre?

"Vuelvo a repetirlo, yo no arguyo sino que cito; no establezco una controversia, sino que manifiesto una impresion. ¿Iré errada en mis juicios? No lo sabria decir; pero sea de ello lo que fuere, me basta con manifestarte que la ausencia de Luisa me ha arrebatado la felicidad de que era dueña y la que ella me habia dado.

"Pero realmente soi injusta: a la desaparicion de Luisa, desaparicion que lamento, porque nadie ocupa el lugar que ella en mi corazon, esa penosa desaparicion, digo, ha venido, sin destruir su efecto, a calmarla otra persona, y esta persona es Víctor...

"¡Si supieras, Enrique, por qué medios tan delicados él ha querido consolarme! Si conocieras de cuántos espedientes se ha valido para distraer mi mente de un pensamiento doloroso! Si lo supieras, te admirarias, estándole tan agradecido como nosotras! Sus atenciones se han aumentado desde que partió Luisa, y se han aumentado, a tal punto, que me rodean por todas partes, pero sin que trate de influir en lo menor para que no recuerde a mi amiga, sino que por el contrario me está siempre hablando de ella, alabándola en

todas las ocasiones, como si quisiera que jamas la olvidases.. ¿No es esto, Enrique, una conducta delicada? ¿No es manifestar un interes poco comun, y al cual no soi acreedora bajo ningun aspecto?

"Doña Anastasia, la tia de Víctor, tambien se presenta con mis padres y conmigo de un modo idéntico. ¡Cuánto tenemos que agradecerle a estas buenas jentes! ¡Cómo me gustaria, hermano mio, que estuvieras aquí para que estrecharas con este jóven tu mano de amigo. Voi a narrarte uno de esos rasgos que lo adornan y lo caracterizan.

"Al dia siguiente de la partida de Luisa, dia en que yo estaba verdaderamente triste, vino él y me dijo:

"Señorita, yo sé lo que usted siente, conozco el dolor que experimenta y no vengo a pretender disminuirlo, sino a acompañarla en su pesar, y si me fuera posible, a dividirlo con usted; pero ya que esto no me es dado y que mis deseos son estériles, permítame usted suplir en algo aquella falta. Yo sabia que la señorita Luisa Valdés, no solo era su amiga, sino que era su institutriz... Ahora yo necesito tambien tomar lecciones de algunas cosas. ¿Quisiera usted ser mi condiscípula, bajo la presencia y con el beneplácito de su señora madre? Así habrá perdido usted, por algun tiempo, una amistad irreparable; pero no echará en olvido sus conocimientos adquiridos, conocimientos que le deben ser a usted tanto mas agradables, cuanto que provienen de su amiga, puesto que ha ejercitado ese aprendizaje por su voluntad y bajo su direccion."

"Yo dí las gracias a nuestro jóven vecino; ¿y cómo rehusar tanta amabilidad? Y le dije que se consultase con mi madre, que lo que ella resolviese seria lo que haria... En fin, Enrique, mi madre ha accedido y comenzaremos desde mañana nuestras clases, inclusa la pintura, que me la enseñará un discípulo de él, para tener tiempo de aprender sus lecciones, porque seria una vergüenza que yo lo aventajase: estas son sus espresiones y a tal punto llega su modestia...

"Mi madre, hermano mio, te echa cada dia mas de menos

y dice que no estará tranquila mientras que no te vea... trata de complacerla y vuélvete cuanto antes puedas; piensa que todos te echamos de menos, pues a todos nos haces falta; y que si hai egoismo en exigir esto, tambien hai cariño, y un cariño que no se olvida, como el de los padres, y en que no domina el interes, como el de los hermanos que se aprecian y se quieren tanto como nosotros.

"Adios, Enrique mio, vente luego, respeta siempre el mandato de mis padres y nunca olvides a tu hermana

"MERCEDES."

Despues de haber leído Enrique la carta de su hermana, y lleno de emociones, de incertidumbres y de esperanzas, puso las espuelas en los hijares de su caballo y se dirigió con la mayor rapidez hácia las casas del solitario.

Pero mientras Enrique velaba pensando en Luisa, mientras escribia una carta a su hermana, dominado por la fiebre, ¿qué era lo que la aristocrática jóven experimentaba? Es innegable que hai una línea conductora que trasmite los afectos, a pesar del tiempo y del espacio; un alambre magnético que pasa de un corazon a otro, el sentimiento de amor o de odio que se sufre y que en seguida se repercute; sin embargo, ¿habia o no sentido lo que Enrique sentia? ¿Habian llegado hasta el pecho de Luisa los afectos del pecho de Enrique? Esto todavía era un misterio, pues en jeneral la mujer es menos ardiente y menos impresionable que el hombre, si bien su ardor y sus impresiones son mas durables, lo que forma su constancia. Una mujer jamas olvida al primer hombre a quien ha querido, siempre está presente su primer amor, mientras que en nosotros las mas veces desaparece, dejándonos solo conducir por las impresiones del momento.

Luisa, desde la primera ocasion, no habia mirado con indiferencia a Enrique; desde ese momento quedó grabada para siempre la imagen del jóven obrero que habia tenido

el coraje de esponder su vida y la modestia para no dar ninguna importancia al acto; pero sin embargo, no sentia el fuego abrasador que devoraba al artesano. Ella, en la aristocrática sociedad que frecuentaba, no habia encontrado a ninguno que se le pareciese; pero tenia tan elevada idea del hombre a quien debiera amar, que, si bien Enrique la fascinara un momento, no era lo bastante para llenar su corazon, realizándose el ideal que se habia forjado; empero, el cariño de Mercedes, las particularidades que le habian dicho sobre la vida y nobleza del carácter de Enrique, su encuentro con el solitario, la circunstancia de ser su padre el salvador de este anciano, a quien ella veneraba y queria, el cariño que habia despertado en él, el aprecio y las alabanzas de don Pedro Murna, y últimamente, la conversacion que acababan de tener con él, y en que habia manifestado tanta sencillez como grandeza y tanta humildad como elevacion, la habian impresionado hasta el punto de que, como Enrique, pasara tambien una noche de desvelo, pero una noche de delicias; y aun cuando no se confesaba a sí misma que amaba, esperó con ansiedad la vuelta del dia para tener ocasion de verlo y de hablarlo; así es que su sorpresa fué grande cuando le dijeron que habia salido mui de mañana, experimentando con esto una especie de desazon o de disgusto que no sabia a qué atribuir o que no queria confesarse a pesar de sentirlo.

Esplicaciones.

I.

Inter tanto Enrique llegaba donde el solitario, a quien halló ocupado en sus ensayos físicos, habiéndole salido al encuentro primeramente Torcuato y los perros, que lo recibieron con muchas caricias, como si fuese ya un antiguo conocido, lo que prueba que la voluntad y la simpatía no existe únicamente en los seres de nuestra especie, sino que se estiende hasta aquellos que parecen dotados únicamente de movimiento y a quienes negamos la reflexion, si no alcanza hasta las plantas que no pueden manifestarnos su cariño, aun cuando lo sientan, o que si nos lo manifiestan, nosotros no somos capaces de comprenderlos, porque hablan un lenguaje mui distinto y mui imperceptible.

El anciano recibió a Enrique con mas afabilidad que las otras ocasiones, pero no pudo menos de notar el aire preocupado del jóven, y por esta razon le preguntó en el acto:

—Conozco, hijo mio, que te pasa algo de nuevo.

—Así es, señor.

—¿Qué es lo que ha sucedido? Te amenaza alguna desgracia? Tienes algo que pedirme? Puedo serte útil en alguna cosa? Dímelo y ordena, que estoi mui dispuesto a complacerte.

—Mil gracias, señor, pero no sucede nada de alarmante.

—Y sin embargo, tu semblante dice lo contrario.

—Es que...

—Concluye.

—Es que las señoras propietarias de la hacienda han llegado anoche.

—¡Doña Juana y Luisa están aquí! ¿Pero qué hai en esto de nuevo y de extraordinario para tí?

—Nada, señor.

—Sé franco, Enrique, y háblame como si lo hicieras con tu mejor amigo, con tu mejor padre.

—Ya le he dicho que no tengo nada...

—¿A qué viene entonces esa conmocion?

—Lo ignoro.

—Tú dices que lo ignoras; pero yo conozco que me ocultas alguna cosa.

—No puedo decirlo.

Y Enrique se cubrió el rostro con sus manos.

—¿No tienes en mí confianza? respondió el solitario, mirándolo con ternura y con fijeza; y sin embargo, yo creo haber adivinado.

—¡Adivinado!... ¿qué?

—Tú me dijiste el domingo que amabas a una niña a quien solo una vez habias visto.

—Señor! señor! no se burle de mí y téngame mas bien piedad... téngame compasion, porque soi un loco.

—Cálmate, hijo mio, y piensa que hablas con tu padre, que es imposible se burle de tus afectos.

—Pero si ellos son extravagantes!

—Aun cuando así fuera, no existiria por esto motivo...

—Dios mio! yo soi un insensato!...

Y Enrique se le arrodilló al anciano, el que se apresuró a levantarlo con muestras de la mayor ternura, y sentándolo a su lado le dijo:

—Cuando me contaste el lance del coche y cuando me comunicaste que amabas, pero que solo habias visto en una ocasion el objeto de tu cariño, así como cuando para escusarte de que no habias recibido ninguna recompensa mo-

netaria, me mostraste ese anillo que yo conozco, pasó sobre mí una sospecha que no tardó en convertirse en realidad y que ahora tú mismo confirmas.

Como te he dicho, yo conocí en el acto ese anillo, que era de la tía de Luisa Valdés, a quien tú amas, y por habérselo visto a la primera constantemente; pues si no has olvidado mi historia, yo quise a una niña que no correspondió a mi afecto, y esa niña es la tía de Luisa.

—¿Entonces el marido de doña Juana y por consiguiente el padre de la señorita Luisa es el amigo de quien usted me ha hablado y por el cual se batió?

—Justamente, y por esta razón, al ver esa alhaja en otro poder, lo comprendí todo y lo ratifico ahora sin necesidad de que me lo digas.

—Cómo! ¡He sido yo el que he revelado lo que mas me empeñaba en tener oculto a todo el mundo!

—¿Así me consideras, Enrique? ¿me confundes con los demas?

—¡Pero qué va a pensar usted de mí!

—Yo no anticipo jamás los juicios, hijo mío. Yo no te vitupero ni tampoco te alabo; mas tarde te diré mi pensamiento... Por ahora quiero estar libre para ver claramente lo que mas pudiera convenir a ambos, porque la quiero a ella como una antigua amiga, cuya vida hasta cierto punto ha estado confiada a mis cuidados desde sus primeros años; pues, independiente de vivir aquí, siempre he considerado a esa familia como la mía, siendo además la única que en realidad tengo; y te quiero a tí por ser el hijo del hombre a quien debo la vida, porque te conozco y porque, con toda voluntad, me he ofrecido a ser tu segundo padre... ¿Tengo, pues, derecho para vijilar por la felicidad de ambos?

—Gracias, señor, gracias... usted es mi apoyo y mi esperanza...

—Yo sondearé el terreno Enrique, y, ya verás como no descuidaré tus intereses.

—Por Dios, señor, no haga usted nada en mi favor; y si he de pedirle una gracia, y una gracia que la exijo ante todas cosas, es de que me guarde el secreto con todos y especialmente con ella...

—¿Y si pudiera conseguir algo, de bueno para tí?

—No lo quiero ni lo aceptaría.

—¿Entonces no tienes el cariño que me decias?

—Sí, señor, y a un grado tal, que usted no se lo ha imaginado.

—Pero si es así, ¿por qué rehusas mi intervencion cuando ella podria serte favorable?

—Por la misma razon de mi escesivo afecto y de mi alto aprecio.

—No te comprendo; ¿cómo quieres entonces conseguir lo que tanto deseas?

—Quizá no sabré explicarme, pero puedo asegurarle que nada espero ni nada solicito del favor, sino del mérito adquirido.

—Sé mas claro.

—Ella está colocada en una esfera mucho mas alta que yo, por la fortuna, por la familia, por la instruccion y por las cualidades de todo jénero que la adornan; quiero, pues, subir hasta donde ella se encuentra; sin esto, morirá mi amor o moriré yo; mi secreto no saldrá jamas de aquí, esceptuando a usted y a mi hermana, que ya lo conocen.

—Admiro tu pensamiento y alabo tu propósito: puedes contar con seguridad que jamas révelaré lo que me has dicho y lo que, antes que me lo dijeras, habia adivinado.

—¿Estamos entonces convenidos?

—De todo corazon, porque hai mucha honradez y mucha elevacion en tu manera de obrar.

Pero dime: ¿si la obtuvieras sin esos sacrificios?

—Jamás, señor... nunca llevaré mis pretensiones donde no pueden alcanzar mis méritos.

—¿Estás, pues, resuelto a renunciar a Luisa?

—A renunciar no, porque seria lo mismo o mas que renunciar a mi vida; pero antes de esperar la recompensa, es preciso que me haga digno de ella.. y este pensamiento me anima y da valor... Usted me ha dicho que todo se puede con la voluntad, y yo tendré tanta, que no habrá obstáculo que me resista.

—Sin embargo, hijo mio, es preciso que consideres que suele haber tropiezos insuperables; porque si la voluntad es una fuerza, tambien puede haber otra voluntad tan enérgica como la tuya y opuesta a ella.

—Ya se ve, dijo Enrique con desaliento; si ella no me quisiera!...

—Lo cual puede ser, sea porque esté ocupada por un afecto, sea porque no exista armonía entre ambas naturalezas o por otras causas.

—Tiene usted razon, señor; y sin embargo, tengo el presentimiento de que ha de llegar a amarme como yo la amo.

—La intensidad de nuestros deseos forma muchas veces falsos mirajes.

—¿Debo entonces renunciar?

—No es esto lo que pretendo ni lo que te aconsejo, sino que seas circunspecto, y que una prudente incertidumbre guie tus pasos, porque tambien mata una ilusion perdida... Pero trabaja, hijo mio, trabaja con constancia, teniendo ese brillante punto de mira, que, si no consigues tu objeto, habrás, de todas maneras, ganado muchísimo.

—¿De qué me servirían todos los tesoros de este mundo y aun toda la ciencia y toda la virtud, sin ella!...

—No tienes razon en lo que dices; te dejas arrastrar de la vehemencia de tu afecto y hablas en conformidad a las impresiones del momento; pero vendrá la calma, vendrá la experiencia, y su antorcha te alumbrará el camino, haciéndote conocer la verdad... Esperemos, pues, los acontecimientos y ellos nos dirán mejor cómo se debe de obrar; pero trata de reservar tu espíritu, porque la violencia de las pasiones no

la debes tomar por guía ni nunca es nuestra mejor consejera. Aprende desde temprano a domiarte y a no consultar sino a la razón, y ya verás los buenos resultados...

Ahora es preciso, puesto que han llegado esas señoras, que les vaya a hacer mi visita de bienvenida. ¿Quieres acompañarme?

—Con el mayor gusto.

—Pero yo hago mi marcha a pié.

—Iré del mismo modo.

—¿No te fatigarás?

—Estoy acostumbrado a andar mucho.

—Pues bien, vamos.

Y ambos se pusieron en camino, habiendo prevenido a Torcuato que quizá no volvería en la noche, porque generalmente lo hacían quedarse.

II.

Durante la marcha, la conversacion de nuestros dos viajeros se redujo casi especialmente a la familia de doña Juana, a su marido, a su hermana la monja, a quien don Toribio de Guzman habia amado, y a la pequeña Luisa, hoy ya hermosa niña. El solitario hizo a Enrique los retratos de cada una de esas personas, deteniéndose especialmente en Luisa, a quien se puede decir que habia visto nacer y cuyo gradual desarrollo habia seguido y estudiado con atencion por ciertas particularidades de carácter; y como todos los años pasaban generalmente tres o cuatro meses en la hacienda y la veía con frecuencia y dado lecciones de varias cosas, tenia ocasion de conocer a esta niña singular y llena de contrastes, pues era tímida y arrogante, sensible y enérgica, franca y reservada, y su pensamiento atrevido, sério y profundo, se hermanaba admirablemente con una inocencia infantil que parecia imposible de asociar a la elevacion de aquel.

Entretenidos en estas coaversaciones, la distancia se les hizo corta, pasando el tiempo con rapidez, pues no hai nada que ocupe mas el ánimo como el hablar de la mujer que afecionámos; asi es que llegaron a las casas cuando menos lo esperaban.

Doña Juana recibió al coronel don Toribio de Guzman con las muestras de la mas cordial amistad, y Luisa con el regocijo que se siente al ver por primera vez a una persona que se respeta, estima y quiere en alto grado, pues le echó los brazos al cuello, del mismo modo que lo hubiera hecho con su padre; el anciano, por su parte, tambien manifestó la mayor alegría, si bien al mirar mas fijamente a doña Juana no pudo menos de decirle que la encontraba algo cambiada.

—Asi es, amigo mio, le contestó la señora; hace tiempo que experimento un malestar que me mina sin ninguna dolencia.

—El cambio de clima y el aire del campo talvez pueden serle favorables.

—Aunque no tanto como la vista de un antiguo amigo.

—Acepto la palabra, respondió el solitario con injenua sencillez, porque es sincera y verídica.

Cualquiera otro que no lo conociera y que lo hubiera oido, habria creido que tenia una presuncion inmensa en aceptar como verdadero lo que no debia considerarse sino como un cumplido de los que con tanta frecuencia se hacen en la sociedad para olvidarlos luego, tanto el que los pronuncia como el que los escucha, sin darles la menor importancia; pero entre aquellas jentes no era esa espresion una mera fórmula de política, sino un sentimiento real de cariño.

Enrique fué cuestionado sobre el empleo de su tiempo, pues lo habian hecho llamar a la hora de almuerzo, sin encontrarlo en ninguna parte.

Nuestro jóven respondió que en la mañana habia ido a

San Fernando en busca de sus cartas y en seguida se habia dirigido donde el señor.

—Di donde mi maestro, donde mi padre o donde mi amigo, interrumpió el solitario.

—Usted me honra demasiado, señor.

—Si hubieras dicho que te queria te habrias espresado mejor.

—Su afecto es por sí solo un grandísimo favor.

—Y si no se lo tuviera al hijo de mi libertador, seria un ingrato: ¿no es así, Luisa?

—Soy de su misma opinion.

—De manera que toda esta casa tiene motivos para estarle agradecida, repuso doña Juana.

—Suplico a usted, señora, dijo Enrique poniéndose colorado, que no volvamos sobre este asunto.

—Ya que usted lo quiere, no insistiré y hablaremos sobre otra cosa. Hoi he estado examinando sus trabajos y he quedado admirada de lo mucho que usted ha hecho en tan corto tiempo, y mas admirada todavia del gusto esquisito que reina en todo. ¿Ha querido usted sorprendernos agradablemente?

—No, señora, desde el momento que yo ignoraba quienes eran los propietarios de esta hacienda.

—¿Cómo! ¿no lo sabia usted? Sin embargo, usted ha hecho sin duda una contrata.

—No he tenido que intervenir en esto, sino mi patron, que es el que me ha mandado.

—¿Trabaja usted entónces por cuenta de él?

—Por su orden, señora, pero en gran parte por cuenta mia.

—¿Cómo es esto? No entiendo.

—El maestro, señora, es un hombre mui bueno y que tengo motivos para suponer que me quiere, siendo él quien me dijo que tomase a mi cargo este trabajo, dándome la mayor parte de las utilidades,

—Pero usted no sacará mucha ganancia, porque lo estipulado es poco en compensacion de lo que usted está haciendo.

—Sin embargo, señora, tengo los planos y por ellos se ha ajustado el precio; de consiguiente, trabajo con conocimiento de causa y creo que habrá un lucro proporcionado.

—Veo que usted no es como los otros trabajadores, que tratan siempre de aumentar el valor de su obra, en lo cual le encuentro a esos pobres justicia, pues muchas veces se ven defraudados por los que no toman en cuenta el trabajo de los artesanos.

—Puede ser, pero mi maestro ha aceptado las condiciones y mi deber es cumplirlas.

—Trataré de que esas condiciones no le sean a usted tan onerosas, aumentando de mi parte un poco el precio ajustado.

—No estoi yo, señora, y Enrique se ruborizó, autorizado para hacer ningun cambio.

—Sin embargo, si fuera mi voluntad mejorar las condiciones, ¿quién se opondria a ello?

—Dispénsame que le diga, volvió a repetir Enrique cada vez mas cortado, porque conocia la intencion oculta, que no es asunto mio.

III.

El solitario, viendo el embarazo del jóven, mudó de conversacion y le preguntó:

—Has dicho, hijo mio, que recibiste esta mañana cartas de Santiago. ¿Qué nuevas me das de mis bienhechores?

—Y de Mercedes ¿qué nos dice usted? interrumpió Luisa, segundando al coronel, cuyo propósito conoció en el acto.

—Mi padre está bueno, señor; y mi hermana inconsolable...

—Pobre Mercedes! yo tambien la echo tanto de menos!...

—Ella pierde infinitamente mas que usted, señorita.

—El sentimiento es recíproco, pero espero en Dios que en poco tiempo tendré el gusto de abrazarla.

—Seria para ella la mas grande felicidad, porque nada se puede comparar a la angustia que me manifiesta.

—No hace mas que corresponderme: la quiero como si fuera mi hermana y la siento como tal. ¡Cuánto debe usted tambien quererla!

—Muchísimo!... contestó Enrique con entusiasmo.

—Tiene usted razon, dijo doña Juana, porque es la mas encantadora niña.

Un criado vino a anunciar que la comida estaba servida.

Enrique quiso retirarse, pero doña Juana se lo prohibió, diciéndole: "Usted se quedará hoy a comer con nosotras."

Imposible era de rehusarlo por mas que lo deseara, sobre todo cuando el solitario y Luisa reiteraron la proposicion de la señora.

Sin tener un carácter corto, siempre ofusca la grandeza, sobre todo cuando uno es joven y cuando no ha estado acostumbrado a ella o pertenece a una sociedad menos elevada: así es que Enrique se encontraba hasta cierto punto embarazado en aquella mesa ricamente servida por criados respetuosos, y vestidos, no solo con decencia, sino con elegancia; sin embargo, las maneras francas, sencillas y dignas de doña Juana, que infundian confianza a la vez que consideracion, lo mismo que la cordialidad del solitario y la amabilidad esquisita de Luisa, que todo parecia verlo y prevenirlo y que no tenían mas fin que disipar la cortedad natural del joven, produjeron su efecto y poco a poco se fué recuperando éste, desapareciendo el encojimiento del principio.

Terminada la comida, Luisa propuso hacer un paseo de algunas cuádras por el campo, pues la luna estaba hermosísima. La idea fué aceptada y todos se dispusieron a salir;

Don Toribio de Guzmán acompañaba a doña Juana y Luisa marchaba adelante en compañía de Enrique.

Mucho tiempo marcharon sin decirse palabra... Luisa esperaba que Enrique rompiese la conversacion y éste que Luisa, hasta que la última, para quitar esa monotonia del silencio, exclamó:

—¡Qué luna tan hermosa!

—Así es señorita, pero yo la encuentro, no sé por qué, un poco triste.

—¿Querría usted decirme la causa?

—No la sé, pero me hace ese efecto.

—A mí tambien, pero es porque me parece que en el campo siempre es así. El silencio profundo, y sobre todo, la sombra misteriosa de los árboles, me representa la idea de los cementerios, donde los mausoleos proyectan la oscuridad sobre los sepulcros... ¿Ha estado usted en el panteon de Santiago una noche de luna?

—No, señorita.

—Pues yo me he encontrado algunas veces, porque mi madre nunca deja de ir a visitar el sepulcro de mi padre todos los dias y a las primeras horas de la noche, que fué el momento en que murió...

La jóven, como si quisiese evocar sus recuerdos y llamar al astro melancólico que estaba en armonia con sus impresiones, levantó hácia él sus hermosos ojos con una espresion mui parecida a la de una triste súplica... Despues de lo cual, dijo:

—No sé por qué los sepulcros tienen para mí un atractivo irresistible. En su contemplacion encuentro una melancolia dulce que me trasporta a otras rejiones distintas, que me eleva a mundos desconocidos, obligándome a fijar mi atencion sobre el polvo de todas esas jeneraciones que ya no existen y de que sin embargo nacemos... ¿Serán acaso los recuerdos el mudo lenguaje de los muertos? ¿Será ésta su manera de obrar sobre los vivos? ¿Continuarán bajo otra forma los lazos que nos unen y nos han unido a ellos?

—Por qué no, señorita; si las almas existen, segun nos lo

enseña la religión, ¿por qué no han de continuar amando a las personas que han querido en la vida?

—Y las rivalidades, las venganzas, los odios, ¿continuarán también?

—¿Quién sabe!

—¿Qué de misterios y qué de ignorancia! exclamó Luisa, volviéndose a quedar por un largo rato meditando y silenciosa...

Al cabo de un momento, y como si deseara desechar los pensamientos tristes que la ocupaban, le dijo a Enrique:

—¿Qué hará Mercedes?

—Talvez, sentada en la puerta y mirando a la luna, estará pensando en usted.

—Lo creo, porque yo la quiero tanto, siéndome imposible separarla de mi memoria en cualquier hora del día o de la noche; y sin embargo, hace tan poco tiempo que he dejado de verla!

—La luna convida a pensar en los desgraciados y mi hermana lo es... puesto que me lo dice en su carta con expresiones que manifiestan la sinceridad de su dolor, y que no tenía ni la remota esperanza de que yo se lo dijera a usted, lo cual la habrá aliviado.

—Pero no tardará mucho en saberlo.

—Ya se lo he escrito.

—¿Tan pronto?

—Sí, señorita, anoche le comuniqué esta nueva feliz.

—Anoche usted tendría muy poco tiempo, porque el té fué servido tan tarde y usted se retiró después.

—A cualquier hora ¿cómo no decírselo?

—De consiguiente, ¿no habrá usted dormido?

—No, señorita.

Luisa no continuó la conversación por algún rato, sumiéndose en una meditación que alarmó a Enrique, porque temía que el hecho de revelar su insomnio no fuera en concepto de Luisa muy significativo, disgustándola; pero ésta,

mudando de conversacion, -le hizo a Enrique algunas preguntas sobre su amistad con el solitario.

El jóven le contó cuanto habia visto y cuanto la habia dicho, ocultando, como era natural, aquello que, sobre todo, queria que ignorase ella; pero se espresó con tanto entusiasmo, con tanto afecto y con tanta admiracion, que Luisa no pudo menos de decirle:

—¡Parece que está usted encantado!

—¿Y quién no respeta la virtud y admira el talento? .

—Dice usted bien: hai pocos hombres en la vida que se le parezcan al coronel. Yo tengo muchos deseos de ir a visitarlo, porque me dicen que su casa está llena de curiosidades y que su pequeño campo es el mas fértil de todo el lugar, lo cual no ha contribuido poco a que el vulgo lo tome por brujo.

—Pero todos convienen en que es un brujo de la mejor especie, porque tiene para con los pobres una caridad sin igual.

La voz de doña Juana se hizo oír llamando a Luisa y diciéndole que si queria quedarse y continuar el paseo lo hiciera, pero que para ella la temperatura estaba demasiado fresca, y temia constiparse.

IV.

Todos volvieron a las casas. Doña Juana entró a las habitaciones interiores con el solitario, y Luisa convidó a Enrique a sentarse en el corredor a la luz de aquella hermosa luna que tanto atractivo tenia para la jóven.

Luisa preguntó a Enrique el jénero de sus entretenimientos, sus lecturas favoritas, los autores que mas le agradaban; y las sencillas respuestas de éste, la simplicidad de sus pasatiempos, la inocencia de su vida, que se revelaba en cada una de sus contestaciones, el gusto y el tacto que manifestaba en la eleccion de sus libros, la manera de juzgarlos, la

elevacion y profundidad de sus observaciones, todo dió a conocer a Luisa que aquel jóven estaba mui lejos de ser un hombre vulgar, y que si su intelijencia no habia adquirido todo su desarrollo, iria con el tiempo a ocupar un puesto distinguido.

Un criado vino a interrumpirlos, llamándolos para tomar el té, y los dos jóvenes se dirijieron al salon, donde los aguardaba el solitario y doña Juana, que se habian entretenido largo rato conversando sobre el sarjento Domingo Lopez, Mercedes y el mismo Enrique. Doña Juana contó al coronel Guzman la entrevista que habia tenido una vez con aquel viejo soldado, a propósito del regalo que habia hecho a su hija, y que él se empeñaba en rehusar, deteniéndose con satisfaccion sobre su actitud embarazada, su naturalidad, su franqueza, y la gratitud tan sentida que habia manifestado; le hizo a la vez una larga relacion del cariño de Luisa para con Mercedes y de la inocencia y belleza de esta niña, sin olvidar la menor particularidad del lance de la calle del Dieziocho, de lo espuesto que habia estado Enrique, de su modestia y de su desinteres, escuchando el solitario todo esto con señales del mas vivo placer, pues de cuando en cuando interrumpia a la señora para hacer alguna observacion que realizaba mas el mérito de las acciones de aquella honrada y virtuosa familia, donde cada uno de sus miembros parecia quererse sobrepujar el uno al otro sin pensar en ello, y solo movidos por el estímulo de la virtud.

Doña Juana, con sus ideas aristocráticas, hizo al solitario la misma observacion que en la noche anterior habia hecho a su hija: "Qué lastima que no pertenezcan a nuestra sociedad!"

El anciano se calló, y en este momento fué cuando entraron los dos jóvenes al salón, en cuyas fisonomias parecia irradiar la alegria de la satisfaccion interior.

El solitario miró con complacencia a aquellas dos criatu-

ras vaciadas como en un mismo molde y a quienes Dios parecia haber destinado el uno para el otro.

—Acercaos, hijos mios, les dijo con tono afable y paternal. Hemos estado hablando de vosotros y ahora podemos reanudar nuestra conversacion.

—Ai! exclamó Luisa; ¡qué buena y picante crítica habrá hecho usted!

—Por qué no! respondió doña Juana; la murmuracion, segun la espresion feliz de madama de Stael, es el pasto del alma.

—Mamita, ¡por Dios! si no la conociéramos, ¡qué diriamos? pero afortunadamente sabemos que su manera de murmurar es tan dulce, que se parece a la alabanza.

—Y que no hai mas hiel en ella, agregó el anciano, que la que contiene el cáliz azucarado y oloroso de una flor.

Doña Juana convidó a Enrique para que almorzase y comiese a su mesa todos los dias; pero el jóven la suplicó que lo dispensase, diciéndole que no queria establecer esa distincion con sus compañeros; que talvez podria despertarse en ellos un sentimiento de envidia; que no sería bien visto que viviendo juntos se separasen; que ya les debia una preferencia que no merecia, pero que emanaba de su voluntad, mientras que si él se la tomase, se disgustarian, y el trabajo vendria a sufrir por la mala intelijencia que reinase entre ellos, y que él deseaba salir bien, sobre todo ahora, cuando conocia las personas por quienes y para quienes se ocupaba.

El solitario creyó mui prudente lo que esponia Enrique, y se convino que al menos en la noche tomaria el té con ellos, agregando el antiguo coronel que pensaba quedarse toda la semana para observar detenidamente la enfermedad de doña Juana, y que, por consiguiente, les haria compañía.

La señora se mostró agradecida y Luisa y Enrique contentos de la proposicion del solitario, que les agradaba sobremanera.

—Lo único que siento, dijo el anciano, es mi pobre Torcuato, que tiene que pasar todo este tiempo solo y únicamente protegido por el miedo al brujo; pero si supieran que el brujo no estaba allí, ¿quién sabe si no tratarían de destruir el encantó?

—Dígale usted a Torcuato de venir también, repuso doña Juana.

—Imposible, señora; Torcuato es tímido y salvaje, y sé que le impondría el mayor martirio si lo obligase.

—El sabe que mi mamita y yo le queremos.

—No importa, Luisa (esta era la primera vez que el solitario llamaba por su nombre en presencia de Enrique a la hija de doña Juana), pero tiene sus costumbres, y su carácter lo lleva al aislamiento, lo que no impide que le veamos aparecer de un momento a otro sin que nadie se aperciba, pues se introduce cuando menos se piensa.

Y como si el solitario hubiera estado viendo las cosas y en connivencia con él, en ese mismo momento se presentó el disforme niño en el umbral de la puerta, llevado por la afección y gratitud inmensa que tenía al anciano.

En cuanto éste lo apercibió, se paró en el acto, tomándolo de la mano para llevarlo hasta el interior del salón.

Enrique fué también hacia él y lo abrazó como a un hermano.

Doña Juana y Luisa le hicieron el mayor agasajo; pero él, sin dejar a su manera de corresponder a la obsequiosidad de todos, hizo al anciano algunas señas, que éste le contestó con otras, y sacándose su gorra, dió la mano a Enrique, se inclinó ante las señoras, y desapareció ni mas ni menos que una sombra.

Todos quedaron admirados, y la conversacion recayó sobre él.

El solitario tuvo que repetir su historia, hizo el análisis de sus prodigiosas facultades, ya físicas como morales, y concluyó diciendo que, en su opinión, ese muchacho podría

llegar a grandes destinos si no lo retrajese de la sociedad su manera de ser.

Y en verdad, ¡cuántos hombres sobresalientes, cuántas inteligencias de primer orden, cuántas virtudes dignas de universal alabanza, no quedan ahogadas, sepultadas y desconocidas para el mundo, solo por la timidez del jénio! Podríamos casi afirmar que los mas relevantes méritos mueren ignorados, y que la gran mayoría de los que salen a la superficie no son mas, salvando escepciones, que los que tienen audacia, que los que se espetan, que los que hacen alarde de facultades que no poseen y de conocimientos que no tienen, pero a quienes el descaro da un aparente brillo, que la jeneralidad de los hombres acepta y acata! La verdadera virtud y el talento verdadero tienen su modestia, que les impide surgir, que les impide ser reconocidos en el mundo de los necios y de los intrigantes que se adornan con el oropel de una mentida sabiduria, de una falsa ciencia y de una virtud hipócrita! Que los saltimbanquis hagan su juego: ya vendrá el tiempo, aunque sea tardío y remoto, en que el mundo, ilustrándose, distinga y conozca...

V.

La hora de retirarse habia llegado, y Enrique se despidió de aquella sociedad que voluntariamente no dejaba, sino en fuerza de las conveniencias y respetos sociales, como de la indisposicion de la señora, que debia recojerse temprano.

Al dia siguiente, tuvo Enrique el buen sentido de vestirse con su traje de trabajo, si bien trató de que estuviese limpio y con cierta coqueteria; pero no abandonó un instante sus ocupaciones, a pesar que toda la familia, incluso el solitario, fueron a inspeccionar los trabajos, viéndolo siempre a él en primera línea e igual en todo a sus demas compañeros.

En la semana no hubo el menor incidente, salvo que la

comida de los trabajadores fué infinitamente mejor; ¿era esto la obra de la señora, de Luisa o del administrador? Enrique no se atrevía a preguntarlo, sino que seguía sus tareas sin avergonzarse ni humillarse: saber quedarse siempre en su puesto es un mérito que la jeneralidad desconoce.

La noche del viernes, y en la hora del té, Luisa preguntó a Enrique si se acordaba que se había convenido en una partida a la caza del león.

—Sí, señorita, contestó éste.

—Entonces mandaremos el sábado un propio a San Fernando para que traiga sus cartas.

—¿Pero no puedo ir yo mismo?

—Imposible, porque ocuparemos todo el día en la correía, de modo que es preciso que usted no haga ese viaje, sobre todo cuando talvez tendremos las cartas el sábado y supongo que en las suyas vendrá alguna de Mercedes para mí, puesto que ya ha sabido que yo me encuentro aquí.

—Este será un nuevo servicio, señorita.

—Servicio interesado, porque yo también aguardo algo.

—Si usted lo cree conveniente, haga como le parezca.

—Está bien, respondió Luisa, y mudó de conversación.

El solitario se entretuvo en hacer algunas observaciones sobre el trabajo, que Enrique escuchaba y en las que consentía o combatía, sin dejar de observar que el antiguo coronel tenía muchos y muy buenos conocimientos sobre la materia, conocimientos de que se aprovechaba para aplicarlos luego o más tarde.

Llegado el sábado, esperaba Enrique con impaciencia las cartas de su hermana, pero el propio no llegó sino muy tarde, en la noche, cuando ya se había tomado el té y Enrique iba a retirarse.

Luisa le suplicó de abrir la carta para ver si no contenía alguna para ella, y no se equivocó en su previsión, pues en efecto, había una.

—Qué felicidad! exclamó la aristocrática jóven, mirando el sobre y poniéndosela en el bolsillo.

Enrique tambien guardó la suya y se despidió.

Veamos ahora el contenido de ellas, principiando por la de la amiga:

"Santiago, noviembre 3 de 1850.

"Mi noble, mi querida, mi inolvidable Luisa:

"¿Es esta la introduccion de una carta? No lo sé; pero lo que sé es que no encuentro voces que espresen bastante lo que te amo... ¿Estaré correspondida? Lo creo; pues de otra manera seria haberme mostrado la felicidad y privarme en seguida de ella, y tú eres sincera y no erés injusta.

"Cuando he sabido por Enrique que estabas en el mismo lugar que él, mi alegría ha sido inmensa, doblemente inmensa; primero, porque tenia noticias de tí, porque estabas buena, porque te habia visto; segundo, porque mi hermano, es decir, algo de mí, se encontraba a tu lado. ¿No hallas que esto debia alegrarme muchísimo? Si yo tuviera aquí una persona que te fuese afecta, con quien pudiera hablar siempre de tí, ¿no te parecé que me seria mui consolador y mui satisfactorio? Esto es lo que he sentido, esto es lo que el mismo Enrique me dice, porque no puede menos de conocerlo.

"¿Cuándo volveré a tener el gusto de verte? ¡Dios quiera que no sea tarde, mui tarde!... Me parece que me ha abandonado el apoyo que me sostenia, la amiga que me ilustraba y que me socorria. ¿Y no es la verdad?

"Sin embargo, parece que el cielo me hubiera deparado un alivio. ¿Recuerdas al pintor Víctor a quien nunca pudiste ver una sola vez? Pues bien, él, inmediatamente que te fuiste, vino a participar de mi dolor y a ofrecermé a que tomásemos juntos las mismas lecciones que tú me dabas. Mi madre ha aceptado; ¿pero las recibiré yo con el mismo gusto? Imposible: por mas deseos que tengo de ins-

truirme, por mas agradable que fuera la compañía de Víctor, ¿como podria tener la confianza y la libertad que tú me has dado? ¿Cómo el mismo cariño? cómo esa intimidad propia únicamente de nuestro sexo?

"¿Pero es por la falta que me haces por lo que yo únicamente te echo de menos? ¿Creerías tú en este egoismo? Seria yo capaz de tenerlo? Imposible, porque no obra en mí el interes sino el afecto; imposible, porque mi amistad sobrepaja a tus favores y porque no necesito los beneficios para quererte... Si esto tuviese en mí alguna influencia, me considerarias bastante sincera, y bastante justa, y bastante agradecida y digna? Creo que no, y tendrías razon... Te quiero únicamente por lo que eres, sin pensar en nada... Te quiero únicamente por tus méritos y virtudes, sin acordarme de tus favores, o si los recuerdo, influyen mas sobre mi cariño que sobre mi gratitud, porque esto último depende de causas independientes a tus grandes favores.

"Dime, Luisa, ¿cómo está la señora doña Juana? Se encuentra mejor en el campo? Hai esperanzas de un pronto y radical alivio? La salud de la señora me interesa sobremedida, porque es tu madre y porque es mi bienhechora, sin contar que su restablecimiento pronto me haria verte mas luego, y verte es para mí la mayor dicha de este mundo.

"¿Te haré alguna recomendacion sobre mi hermano? ¿Por qué no, cuando él es tan bueno y tan amante con nosotros? No lo trates con esa indiferencia glacial, con esa superioridad absoluta que ejercen frecuentemente las personas de tu rango. Piensa que tiene él, lo mismo que yo, una naturaleza afectuosa y sensible, y no lo hieras, mi querida Luisa: esta súplica te la hago por nuestra amistad ya que no puedo enumerar mis méritos.

"Si algun influjo tengo, si te he merecido algun cariño, si me aprecias en algo, hazme el favor de hacer que todo redunde en bien de mi hermano: esto será el complemento de todo cuanto te debo.

"Adios, mi querida Luisa: mis padres y yo te deseamos toda felicidad, lo mismo que el pronto restablecimiento de la señora.

"Tu invariable amiga

"MERCEDES."

La carta que dirigia su hermana a Enrique, solo contenia estas pocas líneas:

"Santiago, noviembre 3 de 1850.

"Mi querido hermano:

"Comprendo tu exaltacion, pero no la apruebo.

"Piensa la diferencia que existe entre ambos, diferencia que tú mismo reconoces, y aprende a ser prudente...

"La elevacion de tus sentimientos me agrada, pero la fuerza de tus pasiones me entristece.

"Todos quedamos buenos, pero yo tengo cierta tímida desconfianza que me desazona.

"Perdona mi pusilanimidad, sin olvidar que debes ser siempre humilde y virtuoso.

"No te alarmes de mis amonestaciones, pues ellas provienen del afecto, y aun cuando las creo innecesarias, lo que me gustaria mucho, tómalas como la sincera expresion del afecto de tu hermana

"MERCEDES."

La correria al leon.

I.

Para la correria al leon habian sido convidados todos los inquilinos; asi es que muchos llegaron a las casas de la hacienda desde el dia sábado y otros en la noche y en la mañana del domingo; de manera que los corredores y el inmenso patio parecian un verdadero campamento. Multitud de hombres de a caballo y de perros se veia por todas partes y en todas direcciones mucho antes que alumbrase la luz del dia, cruzándose las conversaciones, los dichos, las risas, las burlas, y confundiéndose todo en una algazara jeneral que demostraba el contento en cada cual, pues no habia uno que no estuviese alegre y que no se prometiese el triunfo, halagado por la remuneracion y por el divertimento.

Como hemos dicho, todavia no era de dia cuando el mayordomo de patio llamó a aquella multitud para repartir a los hombres un gran pan, un buen pedazo de queso y una pequeña racion de aguardiente.

Enrique, como los demas, ya estaba tambien de pié, y solo esperaban todos que apareciese la señorita Luisa para dirigirse hacia la correria.

Algunos inquilinos habian dicho al administrador el lugar en que con mayor frecuencia se veia aparecer el leon, lo que se reconocia por los estragos hechos en el ganado en aquellos alrededores; así es que el administrador, no solo por el rango que ejercia, sino por el conocimiento perfecto

de los lugares, estaba en el deber de dirigir la multitud al punto en que hubiesen mayores probabilidades de buen éxito.

El traje de Enrique era sencillo, elegante y propio para el objeto. Llevaba el joven un pantalon ajustado color plomo, que se perdía en unas largas botas que le llegaban hasta la rodilla. Una especie de frac corto de paño negro con profundos bolsillos y botones grandes de concha de perla, cerrado hasta el cuello, apenas dejaba ver las puntas redondas de su largo chaleco, del mismo color del pantalon. Una corbata encarnada, de un sólo lazo y negligentemente puesta tenía al derredor del cuello. El saco de caza, los polvorines terciados al pecho y apoyado en la escopeta, aguardaba la salida de Luisa para emprender la marcha, y talvez lisonjeado por la esperanza de alzarla sobre el caballo.

Al fin se dejó ver Luisa en traje de amazona, cubierta la cabeza con un sombrero en que se veía una pluma blanca, y acompañada de su madre, que le recomendaba la prudencia, y del solitario, que le decía con cierto aire de satisfacción al verla tan hermosa, lo mismo que la señora, pero con distinto sentido.

Luisa estaba interesantísima. Su esbelto talle, realzado por el traje de amazona, que tanto sienta a las niñas, se dibujaba perfectamente, dejando ver los delicados contornos de encantadoras formas. Sus pequeñas y afiladas manos, oprimidas por unos guantes color paja, tenían: la una un pequeño ridículo y la otra una fina huasca.

La multitud prorrumpió al verla en un ¡viva! unánime.

El corazón de Enrique latía con violencia.

—Vamos, mi amigo, dijo el anciano al verlo; acércate para alzar a Luisa.

No se esperaba a esto, aun cuando lo había pensado y lo deseaba ardientemente; pero el solitario, comprendiendo el placer que le daría, se había propuesto de antemano llamarlo, sin dar lugar al administrador a que prestase a Lui-

sa este servicio, que él mismo tambien podria haber desempeñado.

Enrique, dejando su escopeta y quitándose el sombrero, saludó profundamente a la señora y se dispuso de modo que Luisa se apoyase en él; pero ésta apenas tocó con el pié la mano del jóven, alzándose casi por sí misma con una agilidad y destreza sorprendentes.

—Vuelvo a recomendarte la prudencia, le dijo doña Juana a la niña.

—No tenga el menor cuidado, mamita, respondió ésta, pues sabe que estoi acostumbrada a montar a caballo y a correr; por otra parte, el animal es mui manso.

—Es una paloma, observó don Pedro Murna.

—Con todo, continuó la señora, exijo que usted, don Pedro, y usted, don Enrique, no se separen por nada del lado de ella.

—Así lo haremos, señorita, contestó el administrador.

—Y si quieren ir a descansar a mi casa, allá me encontrarán, añadió el solitario.

—Ojalá tengamos tiempo de ver todas sus curiosidades, replicó Luisa; pero con la promesa terminante de dejarnos volver, porque no queremos ir a poblar su encantamiento, por mas feliz que allí se viva!

Algunos de los huasos mas vecinos se miraron a la cara los unos a los otros, como diciendo: ¿no ves que es cierto lo del viejo brujo?

—Si es preciso dar mi palabra, la comprometo desde luego.

—Entonces está bien; y Luisa, volviendo su caballo, fué a dar la mano a su madre y al solitario, no sin recibir nuevas recomendaciones de ambos.

El administrador hizo abrir la jente para que pasara Luisa, la que lanzó su caballo, siguiéndola inmediatamente don Pedro, Enrique y un hermoso perro del primero, que se llamaba Leal y que siempre lo acompañaba por todas partes.

Dada la señal de partida, la multitud se desbandó, levantando una nube de polvo y haciendo un ruido infernal con las voces de los hombres, el relincho de los caballos y los ahullidos de los perros.

II.

Llegados a la montaña y a lo mas espeso del bosque, el administrador dispersó la jente en diferentes direcciones, como para rodear al leon y que no pudiera escaparse.

No tardó mucho rato, por el modo particular de gritar de los perros, en conocerse que seguian la pista, y algunos roncocos bramidos, como la manera de parar las orejas los caballos, anunciaba que la fiera no estaba distante.

Enrique habia creído prudente cargar a bala su escopeta, por lo que podia suceder, pues no sabia manejar el lazo ni tenia perros como los demas inquilinos.

Luisa estaba animada con aquella escena, que nunca habia presenciado, siendo el peligro mismo un incentivo de placer.

Enrique contemplaba atónito el raro contraste de la debilidad y la enerjía.

El ladrido de los perros parecia acercarse cada vez mas del lugar en que estaban Luisa, el administrador y Enrique, cuando Leal comenzó tambien a ladrar con fuerza y los caballos a encabritarse, tratando de huir.

—Vámonos de aquí, dijo el administrador, pues parece que el leon se acerca de este lado, y estamos solos.

—Quedémonos, don Pedro, respondió Luisa con tono casi suplicante, porque de lo contrario perderíamos lo mejor.

—Pero es que acosado el leon, puede atacarnos.

—Los perros y la jente no dilatarán en llegar.

Acababa Luisa de decir estas palabras, cuando se presentó a corta distancia un hermoso leon de ojos encendidos y amenazadores.

Los caballos, obedeciendo al instinto, dieron vuelta y se lanzaron a toda carrera en un sentido opuesto, sin que fuera posible detenerlos.

—Qué lástima! dijo Luisa cuando hubo conseguido retener a su brioso corcel. ¡Qué lástima que se nos haya escapado el león! Si la jente hubiera estado de este lado, es indudable que hubiéramos hecho prisionero a ese gran monarca.

—De veras que es una pérdida, repuso Enrique. ¡Qué lindo animal! yo no lo habia visto sino en pintura.

—¡Y decir que los leones de Africa son mas grandes! Cuánto mas hermosos deben ser entonces!

—Pero este es uno de los mayores que he visto en la hacienda desde que tengo uso de razon, repuso el administrador.

—¡Y perderlo! exclamó Luisa.

—Puede ser que mas tarde le demos caza.

—Bien difícil será, dijo Enrique, una vez que se ha escapado.

—Sin embargo, el bosque está rodeado de jente y nunca el león se arriesgará a atravesar la llanura, porque entonces estaria perdido, y esto lo conoce él por su instinto.

—Estoi algo fatigada y tengo mucha sed, dijo Luisa; y dirigiéndose al administrador le preguntó: ¿no habría por aquí algun lugar donde corriese algun arroyo y poder descansar?

—Entremos en el bosque, contestó éste; no lejos de aquí hai un sitio sombrío donde se puede reposar un momento y ponerse a cubierto del sol. Yo traigo tambien algunas provisiones que nos pueden servir.

Conducidos por don Pedro Murra, se internaron en la montaña, encontrándose en breve en un pequeño pero sombrío displayado, donde el follaje de los robles hacia impenetrables los rayos del sol.

Luisa se dejó caer fatigada sobre la alfombra de aquel

pastito raquítrico, que no crecía por falta de calor y de luz.

Don Pedro y Enrique se bajaron también de sus caballos, sacando el primero algunos pellones de la montura, que extendió en forma de cama y que ofreció a Luisa, la que, sin gran ceremonia, se sentó en ellos, convidando a tomar parte a sus dos acompañantes y al grande e inteligente perro Leal, que no los había abandonado un solo instante.

El administrador depositó en seguida en el suelo sus enormes alforjas, que contenían dos gallinas fiambres, un pedazo de jamón y otro de queso, algunos huevos duros, varios panes y cuatro botellas de vino.

—Don Pedro, dijo Luisa admirada y contenta, porque no dejaba de sentir algún apetito; usted ha traído provisiones para un regimiento y como si hubiéramos de permanecer aquí sitiados por el león, que es nuestro único enemigo.

—No lo estrañe usted, señorita, yo estoy acostumbrado a estas correrías, pues ha habido veces que hemos permanecido algunos días en el monte sin tener que comer.

—En todo caso, le contestó Luisa riéndose, usted no es prudente, pues saca en un solo momento todas sus provisiones.

—No lo crea usted, señorita, porque me queda el charqui, que es lo más sustancial.

—¿Con que traía usted también charqui?

—Indudablemente: el hombre prevenido nunca fué vencido, dice el adagio.

—¿Piensa usted que estaremos en el campo por más tiempo que hoy?

—No usted, señorita, pero sí los inquilinos, porque si no se encuentra el león hoy, tendrán que continuar buscándolo mañana y pasado y no se retirarán hasta que no hayan hecho su presa.

—¿Y ellos traen sus provisiones?

—Cada uno lleva consigo las suyas y a la hora de la co-

mida se juntan, lo que creo que hacen en este momento, porque no oigo mucha bulla.

—Yo tambien deseara quedarme, repuso Luisa; debe ser mui divertido y mui pintoresco pasar una noche bajo los árboles y con los temores de un asalto del enemigo.

—Talvez tiene esto sus encantos, contestó Enrique, y a mí me agradaria lo mismo, pero la señora no podria dormir de inquietud.

—Es verdad, mi mamita sufriria, y le haria mal.

—¿Querria usted tomar algo, señorita? dijo el administrador, sacando de la cintura un hermoso y afilado puñal, con el que trinchó con la mayor destreza una de las aves, que estendió en el mismo papel en que venian envueltas.

Luisa por toda respuesta se quitó los guantes y tomó una de las presas sin la menor ceremonia.

Enrique y el administrador imitaron su ejemplo, apartándose, sin embargo, un poco por deferencia a ella.

—¿Trae usted servilletas, don Pedro, con que limpiarse las manos?

—Sí, señorita.

Y el previsor administrador sacó un paño limpio de sus inmensas alforjas.

—¡Usted es bien previsor!

—La costumbre de andar en el campo nos hace serlo.

—Deme usted ahora un poco de vino con agua.

Volvió don Pedro a registrar en sus alforjas y sacó un vaso de cuerno; pero Enrique, que llevaba una de esas botellitas que contienen un vaso de metal, se apresuró a ofrecer-selo, preguntándole a Luisa si no preferiria un poco de coñac con agua.

—Es demasiado fuerte, dijo la niña; prefiero el vino.

—El jóven se levantó en el acto, limpió el vaso en un débil arroyito que se sentia a poca distancia y lo trajo medio de agua para que don Pedro lo mezclase con vino.

Luisa, que tenia sed y que por cortedad no habia pedido agua hasta entonces, se lo tomó todo.

Los dos caballeros hicieron otro tanto, pero sin tomarse el trabajo de ir hasta el arroyo, porque saciaron su sed con vino puro.

Despues de beber continuaron atacando el ave y el jamon, participando Leal de los succulentos despojos que le arrojaban en abundancia, pudiendo mui bien considerarse él como el principal convidado de aquel festin, pues conseguia la mayor parte.

III.

Habian recientemente tirado el cuerpo del ave al inteligente perro, o lo que los franceses llaman la *carcasse*, cuando sin tomarla en el hocico, levantó sus narices, sentándose en sus dos patas traseras, engrifando la piel y las orejas y dirigiendo a la vez su vista en todas direcciones.

—Es raro, dijo el administrador, viendo la actitud del perro; Leal no come y está observando: ¿si habrá sentido algun ruido?

—El volido de algun ave le habrá llamado la atencion, respondió Enrique.

Leal, como dismintiendo al jóven, gruñó roncamente.

—Esto parece mas serio, dijo don Pedro parándose; yo conozco a mi perro.

Leal, como si hubiera entendido lo que decia su amo, imitó su movimiento y se paró sobre sus cuatro patas.

Los caballos pararon tambien sus orejas.

—Hai algo de extraordinario, repuso el administrador, pues los caballos se espantan; y tomó la brida del suyo, amarrándolo a un árbol y sacó una manea, que puso en sus patas delanteras.

Leal seguia gruñendo, sin hacer el menor caso a la comida que tenia bajo sus narices.

La vista del inteligente animal se dirigia a un solo punto, donde estaba mas espeso el bosque.

Enrique se puso tambien de pié, teniendo su escopeta en punto de montarla.

El perro hizo una especie de embestida, ladrando con fuerza.

Los caballos, cortando las riendas, huyeron, con escepcion del de don Pedro, que, por las maneas, saltaba sin poder seguir a sus compañeros en la carrera que habian emprendido.

En ese momento apareció a corta distancia el mismo leon que habian visto poco antes y que se dirigia al lugar en que estaban, con un majestuoso desprecio, no importándole nada sin duda los insignificantes gruñidos de un solo alano.

Enrique miró a Luisa: ésta estaba pálida, pero al parecer serena... Una sonrisa de satisfaccion vagó por los labios del jóven, talvez al pensar que iba a ser devorado en presencia de la mujer que amaba, pues parecia resuelto a no dejar pasar la fiera sino sobre su cadáver, por cuya razon, sin abandonar el puesto, se inclinó un poco y tomó el puñal que estaba en el suelo.

Leal ladraba y embestia, pero sin atreverse a ir mas allá del círculo en que se encontraban sus amos.

El leon se dejó ver en toda su majestad, sentándose sobre sus dos patas traseras, moviendo la cola y despidiendo chispas eléctricas de sus ojos, para fascinar a su presa y lanzarse sobre ella.

Enrique levantó el cañon de su escopeta, montó el gatillo, la afirmó al hombro, visó un instante y partió el tiro.

El humo impidió ver por un momento; pero disipado éste, distinguieron al leon caido y en movimientos convulsivos; la bala habia ido medio a medio de sus ojos, entrando por el cerebro.

Un grito de victoria de Luisa se hizo oír; pero Leal no respondió a ese entusiasmo, sino que continuaba ladrando,

sin atreverse a avanzar todavía, a pesar de ver a su adversario muerto.

El perro tenía razón, pues a corta distancia apercibía la hembra, que no tardó mucho en dejarse ver.

Enrique se había adelantado, creyendo completo el triunfo; pero al notar el nuevo enemigo, se paró, armando su segundo tiro, apuntando y disparándolo.

En esta ocasión no fué tan afortunado como en la anterior, pues sin perder su bala, no hirió de muerte al animal como en la vez primera, sino que le tocó únicamente en uno de sus costados, pues la fiera se encaminó en la misma dirección, ruiendo espantosamente, aun cuando la veía cojear.

El jóven tiró a un lado su escopeta, completamente inútil, pues no tenía tiempo de volverla a cargar, y se quedó en el mismo puesto con el puñal en la mano.

La mirada de Enrique tendría algo de fosforescente, algo de magnético, porque la leona (pues era la hembra del cadáver que yacía a pocos pasos de ella) se quedó parada contemplándolo.

El perro no se atrevía a avanzar, sin embargo que ladraba con violencia, pero embistiendo solo hasta el punto en que se encontraba Enrique.

Este, llevado de esa fascinación que los hombres valientes experimentan en vista del peligro, dió algunos pasos hacia la fiera, la que se lanzó también sobre él de un salto.

Los movimientos fueron tan rápidos, que no se vió nada al principio; pero Enrique, presentando el brazo izquierdo a la boca de la leona, y abrazándose con ella, había sepultado por dos veces el agudo puñal en el vientre de su adversario, cayendo a un mismo tiempo tres cuerpos que no hacían más que uno solo, porque Leal, en el mismo momento que Enrique la acometía y que la fiera se lanzaba en su contra, se había apoderado de la garganta, sacudiéndola y clavándole sus terribles colmillos.

La leona era cadáver, pero había arrastrado en su caída a Enrique, desgarrándole el pecho con sus uñas y fracturándole el brazo con sus colmillos, el cual permanecía aun entre las dos poderosas mandíbulas de la fiera, que, ni después de muerta, había soltado su presa.

Enrique levantó la cabeza en el mismo momento en que Luisa corria despavorida hacia él.

—¿Estás vivo, Enrique? qué tienes? te hallas herido? le preguntó la joven simultáneamente, no reparando, en su turbacion, que lo hablaba con impropia familiaridad.

Enrique la miró un momento... Una sonrisa de inefable satisfaccion vagó por sus labios, y luego añadió como si hablara consigo mismo: "La dicha me mata... Soi el hombre mas feliz de este mundo... Muero contento..." y su cabeza se inclinó desfallecida, sea por efecto de la emocion, del dolor o de la sangre, que salia en abundancia de su destrozado pecho.

Luisa, llena de una angustia infinita, que se revelaba por la palidez mortal de su hermoso rostro, se inclinó hacia él para sostenerlo, colocando la cabeza del joven sobre sus rodillas...

IV.

Todo esto sucedia en menos tiempo que el que nosotros empleamos para describirlo.

Aquel grupo que formaba Enrique desmayado y con un brazo todavia entre los dientes de la leona, que, bañada en su sangre humeante, yacia a su lado, confundiéndose con la sangre del joven; y aquella pálida y hermosa niña que lo sostenia, y hasta el grande alano que se encarnizaba contra la fiera, todo esto formaba el cuadro mas horrible, mas espantoso y mas interesante:

¿Qué se había hecho inter tanto don Pedro Murna? Vamos a decirlo: tan luego como divisó al leon, no pensó sino en salvarse, y llevado por el instinto de la conservacion,

que en un peligro inminente nos impide reflexionar, se subió al primer árbol, creyéndose allí a salvo, y desde donde pudo contemplar, no sin ansiedad, aquella lucha de unos instantes.

Vuelto en sí del pánico que sin pensar se había apoderado de él, bajóse del árbol; y avergonzado de su fuga, la que no estuvo en su mano evitar, dirigióse al grupo con un semblante consternado.

Luisa, sin fijarse en nada, pues ni aun sabía lo que se había hecho don Pedro en aquellos momentos, le dijo:

—Tráigame usted un poco de agua.

El administrador corrió al arroyuelo y trajo en el acto lo que le pedían.

—Sosténgale la cabeza, repitió Luisa.

Hecho lo cual, introdujo Luisa en los labios del joven un poco de agua, rociándole a la vez el rostro.

Enrique abrió los ojos, miró a su alrededor, vió a Luisa y exclamó: "Gracias, señorita, gracias!..."

—¿Se siente usted malo?

—Al contrario, señorita, nunca he estado mejor...

Pronunciando estas palabras con una entonación de voz tan tierna, tan afectuosa, tan apasionada, que revelaba la inmensa dicha interior de que gozaba su alma...

Pero ese *nunca he estado mejor* que acababa de decir, y cuyo significado solo Luisa comprendió, por esas revelaciones misteriosas que tiene el amor, le desmentía su semblante, pues apenas había pronunciado aquellas pocas palabras, cuando se desmayó de nuevo.

Luisa, alarmada, pero sin perder su presencia de espíritu, dijo a don Pedro:

—¿Están muy lejos las casas del solitario?

—Habrá una legua, señorita.

—Vaya usted volando, dígame lo que ha sucedido y que venga en el acto; él es muy buen médico. No se olvide tampoco de llamar la jente que encuentre.

El caballo del administrador, que no habia podido romper la manea, estaba a poca distancia y pudo montarlo, lanzándose con la velocidad del viento.

Luisa quedóse sola con Enrique, en cuyo hermoso e inanimado rostro pintábase como una sonrisa de satisfaccion.

La sangre continuaba saliendo de sus heridas, sin tener posibilidad ni medios de estancarla: solo pudo separar el brazo de las mandíbulas de la leona...

El perro mismo la habia abandonado, pues al ver partir a su amo se fué tras de él.

Luisa tenia apoyada en sus rodillas la cabeza de Enrique, sin poder apartar su vista de las facciones del jóven... La angustia que sentia era inmensa... Sus lágrimas principiaron silenciosas a correr en abundancia, cayendo ardientes sobre las frias mejillas de Enrique, sin llegar a reanimarlo...

¡Fatal desmayo que le hacia perder aquel néctar que habrian con gusto saboreado los ángeles!

Luisa continuaba absorta... La soledad, el peligro, la sangre, la fiera que tenia a su lado, la ténue respiracion del jóven, cuya vida parecia apagarse, todo, todo contribuia a exaltar su espíritu... La hermosa cabeza de Enrique, que reposaba en esas faldas, que jamas habian sostenido a otro hombre, ejercia sobre Luisa una atraccion misteriosa e irresistible, llena a la vez de amargura y de delicia, de temor y de esperanza, de angustia y de felicidad... Un fuego extraño se habia apoderado de ella: su cuerpo temblaba, sus ojos, fijos en el moribundo, hacian como doblegar la cabeza hácia el rostro de Enrique... hasta que inclinándose mas y sin poderse contener, imprimió sus labios de rosa en los frios y descoloridos del jóven... y como asustada de lo que acababa de hacer, los retiró en el acto, levantando su mirada hácia el cielo, sin duda para implorar perdon...

Nos parece que Dios mismo debió gozarse de aquel primer beso tan puro y virjinal y que tan inmediato estaba de las lágrimas...

La desesperacion, asi como el amor de la jóven, crecia por instantes... Hubiera dado cien mil vidas por salvar la de Enrique... ¡Qué mujer no es capaz de este sacrificio, y qué mujer no habria amado en aquellos momentos! La compasion tiene sus misterios... misterios que las almas sensibles conocen y a que el pecho de la mujer jamas resiste... porque ella parece haber sido formada para aliviar la desgracia con ese fondo inagotable de dulce piedad de que Dios la ha dotado...

Un rayo de alegria brilló en la fisonomia de la jóven... se le habia ocurrido una idea feliz, aun cuando estaba incierta del éxito... Hacia poco que Enrique la habia ofrecido coñac; era por consiguiente indudable que tenia en un frasco de cuero que colgaba de su cuello como uno de los arreos del cazador...

¡Si esto pudiese reanimarlo! Si este licor lo volviese a la vida!... Y Luisa, tomando el frasco, vació una pequeña cantidad en el vaso de metal adherido a él y del que poco antes se habia servido ella misma... Cuando hubo colocado convenientemente la cabeza de Enrique, puso en sus labios entreabiertos el contenido... —Pocos momentos despues exhaló un suspiro de su pecho oprimido, abrió los ojos y se incorporó un tanto, diciendo: "Creo que he dormido."

—Nó, señor, estaba usted desmayado, contestó la niña, no sin cierto rubor por la actitud en que se encontraban ambos, pero brillando en sus ojos la felicidad...

—¿Debo a usted entonces la vida, señorita?

—Le he dado a usted un poco de coñac... tome una gota mas y se recuperará.

Volvió Luisa a vaciar otra pequeña cantidad, que Enrique tomó sin decir palabra.

—Ah! ya recuerdo, exclamó al cabo de un instante... ¡los leones!

—¿Sufre usted mucho de sus heridas?

—Sufrir! no, señorita, me hacen gozar!... y gozar como

nunca... porque me parece que jamas he sido tan feliz!...

—¡Pero usted tiene desgarrado el pecho, de donde vierte tanta sangre!

Enrique miró sus heridas, a la leona que estaba a su lado, y en seguida a Luisa, volviendo a caer desmayado al pronunciar esta sola palabra: "¡Qué dicha!"

La angustia de Luisa fué mayor al perder la esperanza que habia concebido, pues creia que habia vuelto en sí completamente; pero en ese instante sintió un tropel de caballos que se dirijian a aquel lugar, y pensó que seria el solitario... ya era tiempo.

Luisa al verlo le tendió los brazos, diciéndole: "Salvadlo, señor, salvadlo como os salvó su padre!..

El anciano se acereó sin responder palabra, pero con el semblante pálido y la mirada fija en Enrique, como si toda la vida de aquel hombre se hubiera reconcentrado solo en sus ojos.

El solitario, despues de un exámen rápido y de haberle tomado el pulso, sacó un frasquito del bolsillo, abrió los labios de Enrique, y dejó caer del contenido una sola gota... El jóven se estremeció, incorporándose.

—Vamos, hijo mio, le preguntó el anciano con un aire de satisfaccion al ver el brusco movimiento de Enrique; ¿cómo te sientes?

—Bueno, señor.

—¿Me conoces?

—Perfectamente.

—No hai cuidado, exclamó el solitario, dirijiéndose a Luisa; por lo que hace a la pérdida de la sangre, yo respondo... vamos a ver ahora las heridas.

Y sin la menor ceremonia y como si no tuviese el menor cuidado, desabrochó la ropa, examinó el pecho, en que se dejaban ver parte de las costillas interiores, volvió a cubrirlo, y mirando en torno suyo, hasta que distinguió a Torcuato, le hizo ciertas señales que nadie comprendió.

El muchacho, obedeciendo en el acto lo que le ordenaban, sacó un frasco del bolsillo, que contenía espíritu de vino; colocó un aparato, lo hizo arder, trajo agua y puso en infusión ciertas hojas que tenía en el bolsillo.

El misterio, la brevedad, la llama y el aparato eran para los campesinos que presenciaban, indudablemente una brujería.

El solitario, inter tanto, había ocupado el lugar de Luisa.

Torcuato, atento al cocimiento que le mandaron hacer, previno con señas al solitario que ya estaba preparado.

Este ordenó al deforme niño de traerle el agua, colocándolo de manera que sostuviera al enfermo; y quitándole la ropa se puso a lavarle las heridas. Concluida la operación, le envolvió el pecho en ciertas hojas, fajándole la parte dañada.

—Cortad algunas ramas fuertes y arreglad vuestros ponchos de manera a hacer una cama en que podamos colocarlo para transportarlo a casa, dijo el anciano al grupo de inquilinos, que miraban atónitos a los dos leones muertos y a Enrique casi exánime, que solo, sin ayuda de nadie, los había libertado de aquella plaga.

Esta buena gente se puso en el acto a cortar con sus enormes machetes fuertes estacas, y sacándose sus mantas y pellones, pudieron en un momento acomodar una cama en que transportar fácilmente y sin mucho sufrimiento al herido.

—Respondo de Enrique, dijo el solitario a Luisa, por lo que hace a sus heridas; pero temo la fiebre que se debe suceder; sin embargo, nada hai de alarmante.

Aquellas palabras del anciano consolaron en parte a Luisa, que desde su llegada se había retirado, permaneciendo atenta a todo, pero silenciosa y triste.

Volvió el solitario a tomar el pulso a Enrique, vació algunas gotas en un poco de agua de otro pequeño frasco que llevaba consigo, y dándoselas a beber y ordenando que lo colocasen en la camilla, emprendieron la marcha.

V.

Luisa montó en el caballo del administrador, pues el suyo habia desaparecido, y siguió la comitiva. El solitario iba al lado de Enrique, tomándole de vez en cuando el pulso.

En menos de una hora, los robustos peones llegaron al cortijo del anciano, y éste hizo colocar a Enrique en una buena cama, despidiendo a los inquilinos, despues de haberles dado su recompensa, que ellos quisieron rehusar, pero que el solitario les obligó a aceptar, encargándoles que le trajesen intactos los cadáveres de los dos leones.

Dispersados los inquilinos, quedaron solos Luisa, el solitario, Torcuato y el administrador: pero como el sol declinaba ya considerablemente, el coronel Guzman dijo a la jóven, con acento paternal y que inspiraba confianza:

—Tu mamá, Luisa, puede estar inquieta. El estado de su salud necesita algunas contemplaciones, y especialmente es preciso evitarle todo disgusto, toda contrariedad y toda emocion violenta. Si no te viese llegar, sufriria; su inquietud no la dejaria dormir; pensaria que te habia sucedido alguna desgracia y le haria un mal inmenso: de consiguiente, es indispensable partir cuanto antes, y cuanto antes seria mejor, porque pueden llegar las nuevas de este suceso mui abultadas a oidos de ella y experimentar una impresion violenta. Respecto a Enrique, puedo asegurar que las heridas no son de gravedad: el brazo no ha sido fracturado, le he hecho remedios eficaces, y si la fiebre se pronunciare, la combatiré... Vé ahora donde te llama el deber y déjame a mí los otros cuidados, obligándome a mandarte con Torcuato buenas nuevas mañana.

La niña, viendo la justicia del solitario, y no teniendo que replicar, le dijo con dolor "que estaba dispuesta a obedecerle"; y resolviéndose inmediatamente, ordenó a don Pedro le acomodase el caballo, mientras que él montaria otro

de los inquilinos; pero no tuvo valor para separarse sin ver últimamente a Enrique, y se acercó a su cama.

Unas gotas de sudor se notaban en la frente del jóven; sin embargo, su respiracion era fácil y su sueño tranquilo.

—Por lo que se demuestra, observó el solitario, nada tenemos que temer; ese sudor es un buen síntoma, esa respiracion anuncia el perfecto estado de sus órganos, y la fiebre, en caso que exista, no será intensa... Puedes retirarte tranquila, agregó, dirigiéndose a Luisa.

—No tendrá usted necesidad, señor, de mandarme avisar, contestó Luisa, porque yo estaré aquí mui temprano; y como si estas palabras hubiesen revelado parte de su pensamiento oculto, es decir, de su cariño, añadió, dirigiéndose a don Pedro: ¿qué cosa mas natural que interesarse vivamente por aquellos que nos han salvado la vida... y esta es la segunda vez, agregó, como si se hablase a sí misma, tratando de persuadirse.

—Así es, señorita, porque sin él habríamos sido devorados por aquellas dos fieras, respondió el administrador, que ni se le pasaba por la imaginacion que algun sentimiento distinto de la caridad y de la gratitud obrase sobre Luisa.

El anciano, empero, no se engañó con aquellas palabras, sino que desde el principio le pareció descubrir en Luisa una filantropia mas interesada que la que manifestaba.

Luisa y el administrador partieron, pero no sin recomendar al solitario el mayor esmero para con el enfermo.

El santo varon no hizo mas que sonreirse y agachar la cabeza en señal de que cumpliría con su encargo.

El herido.

I.

Tan luego como Luisa subió sobre el caballo, le dió todo el impulso de su carrera con direccion a las ca-as.

Dofia Juana salió a recibirla; pero al verla desgrefiada y con el vestido lleno de manchas, que parecian evidentemente de sangre, no pudo menos de preguntarle sorprendida: "¿qué es lo que te ha sucedido?"

—Nada y mucho, mamita, pero yo estoi buena, sana y salva como usted me ve, y no tiene motivo porque alarmarse.

—¿Pero qué ha pasado, niña?

—Don Pedro se lo comunicará, mamita, porque yo vengo mui fatigada.

Y para demostrar la realidad de lo que decia, se echó en un sofá.

—Cuénteme, don Pedro, lo que ha sucedido, dijo dofia Juana, tranquilizada ya con la presencia de su hija, pero llena de curiosidad.

—Señorita, sin el arrojo de don Enrique, no habríamos talvez tenido el gusto de verla ahora.

—¡Cómo! Enrique se ha espuesto otra vez! Ha sufrido alguna desgracia? No viene con ustedes?

—Es verdad, señorita, no viene con nosotros, porque se encuentra enfermo; pero el señor hermitaño ha dicho que no era nada y que pronto estaria mejor.

—¿Pero qué ha pasado? Vamos, contésteme usted pronto.

El administrador refirió entonces a doña Juana el accidente con todos sus puntos y señales, sin olvidar su miedo y el lugar en que se había colocado y desde donde pudo presenciar perfectamente la escena.

—Qué jóven! qué jóven tan valiente! exclamó doña Juana con entusiasmo: dos veces le debo ya la vida de mi hija.

Después de referir el suceso, pasó don Pedro a los incidentes, no cansándose en decir alabanzas de Enrique; pero lo que no me admira menos, añadió, es el valor de la señorita Luisa.

—¿Qué ha hecho mi hija?

—La señorita no se movió durante todo el combate, y aun apenas había caído la fiera hecha un ovillo, con el arquitecto y mi pobre Leal, que ella se levantó sin temor hasta donde estaban los leones, que verdaderamente daban horror y miedo.

—Imprudente! exclamó doña Juana, en tono de reconveccion, dirigiéndose a Luisa.

—Pero afortunadamente el animal estaba muerto, porque mi mismo puñal se lo metió don Enrique hasta la cacha por dos veces seguidas, con tal fuerza, que habría traspasado, no digo un león, sino hasta una ballena.

Luisa continuaba silenciosa y con sus ojos cerrados, como si viviese en otro mundo, aun cuando escuchaba con avidez cuanto decía el administrador; pero esto mismo servía para trasportarla a aquellos parajes, a aquellos instantes en que poco tiempo hacía sostuviera la cabeza de un moribundo que se había sacrificado por defenderla... y en seguida fijábase su pensamiento en la morada del solitario, donde se hallaba a merced de sus cuidados paternos, es verdad, pero de los que ella no participaba...

No tardaron mucho en principiar a llegar algunos inquilinos que hacían diversos comentarios del lance, aumentándolo y desfigurándolo a su antojo, en cuyas narraciones no entraban por poco los encantos del brujo, es decir, las re-

domas con agua que ardia, el elixir de la vida que llevaba en su frasquito y que habia resucitado al arquitecto, y los polvos y ungüentos que le habia esparcido por el pecho, curando las heridas en el acto sin que quedase la menor señal, y mil otras brujerías que no se podian explicar y que solo Dios o el diablo eran capaces de entender; porque en el concepto de nuestros campesinos, el diablo es mas o menos como Dios y muchas veces mejor amigo, pues socorre con mas eficacia a sus adeptos, haciendo mas frecuentes y provechosos milagros.

Doña Juana hizo llamar a algunos de los inquilinos para que le refiriesen tambien lo sucedido, riéndose mucho de sus distintas y estrafularias versiones, particularmente de aquello del agua ardiendo, del elixir de la vida y de los ungüentos y polvos de la madre Celestina, de cuyos tesoros era poseedor su amigo el coronel don Toribio de Guzman.

II.

Las emociones de aquel dia, la necesidad que tenia de estar sola para entregarse libre a sus pensamientos y la fatiga misma corporal hicieron a Luisa retirarse mas temprano que de costumbre, no sin haber solicitado de su mamá que fueran al dia siguiente al cerco del solitario para visitar al enfermo, y habiéndolo conseguido, dijo a don Pedro de prevenir al cochero que tuviese listo el carruaje para despues de almuerzo.

Aquella noche fué para nuestra aristocrática beldad una noche de fiebre. Ella, que nunca habia experimentado la impaciencia, encontraba las horas tan largas, que le parecian siglos, admirándose que el reloj corriese con tanta lentitud.

Su pensamiento, tranquilo siempre, estaba ahora lleno de sobre-alto, sin poderlo separar del lecho de dolor en que reposaba Enrique. De vez en cuando le parecia oír los

ayes del sufrimiento, viéndolo en seguida desmayarse. En otras ocasiones miraba las manchas de sangre de su vestido, se quedaba contemplándolas largo rato, y despues se acercaba a ellas y las besaba... Tambien solia sentarse del mismo modo que cuando tuviera a Enrique exánime, y en seguida cerraba sus ojos y permanecia como en éstasis... Esta especie de delirio que da, aun en el completo uso de nuestras facultades, cuando estamos fuertemente impresionados, no abandonó a Luisa hasta que vino la luz del dia. Entonces principió a vestirse como para engañar al tiempo y que se acortase de algun modo hasta la hora de almuerzo: pero cualquiera que la hubiese visto habria notado en el acto que se componia con negligencia y que sus ojos distraidos no se fijaban en el espejo sino con cierto pesar. Su semblante, como su espíritu, estaban abatidos; sin embargo, las últimas palabras del anciano, que se le habian quedado grabadas, la cambiaban por un momento, animándose entonces con el rayo vivificador de la esperanza.

El disco luminoso del sol aparecia al fin coronando la empinada cumbre de los mas cercanos montes, y Luisa salió a los corredores para pasearse.

Don Pedro estaba ya a caballo, dando sus órdenes a la jente para que fueran a sus diferentes faenas, y los carpinteros, compañeros de Enrique, se disponian tambien a principiar su trabajo, marchando silenciosos como si echasen de menos la presencia de su jefe y amigo.

Luisa les llamó.

—Habeis sabido algo, les dijo, del estado de vuestro amigo?

—Nada, señorita, si no es lo que nos han contado los inquietos que presenciaron el hecho.

—Nadie mas que don Pedro y yo lo hemos presenciado.

—Pero despues fueron muchos acompañando al solitario, y ellos nos dicen que este santo varon, a quien llaman el brujo, le curó sus heridas y lo hizo revivir.

—Es verdad, pero eso no quita que esté todavía en peligro.

—¡Cuánto lo sentiríamos! contestaron todos.

—¿Lo quereis mucho?

—Si usted supiera, señorita, lo bueno y lo inteligente que es, no se admiraría de que lo quisiéramos tanto.

—¿Lo conoceis desde mucho tiempo?

—Desde niño, señorita, y siempre ha sido lo mismo.

—¿Desearíais verlo?

—¡Cómo no!

—Pues bien, yo os doi permiso para que vayais a informaros de la salud de vuestro compañero, y haré que os proporcionen caballos a todos, porque el lugar está distante.

—Nosotros podemos ir a pié sin que usted se incomode.

—No me incomoda en nada, pues me basta ordenarlo; y si teneis buena nueva, podeis disponer de todo el día.

—Gracias, señorita, pero no sabemos si esto le agradará a Enrique, porque nuestra obra es casi a trato y por tarea.

—¿No les da a ustedes su pago diario?

—Sí, señorita.

—¿De cuánto?

—De diez reales a cada uno.

—Pues bien: aquí teneis cinco pesos; yo pago el día; id a informaros de vuestro amigo; y si no le agrada, decidle que yo lo he ordenado.

Los cuatro artesanos se retiraron, saludando respetuosamente a la hermosa jóven y diciendo que tendrían también tiempo para ir a ver el lugar en que Enrique había muerto los dos leones.

Luisa llamó a don Pedro y le ordenó de entregarles cuatro caballos a los carpinteros.

Acababa de retirarse el administrador para dar cumplimiento al mandato de la jóven, cuando apareció en el patio un muchacho que corría con la rapidez del rayo. Tal era la

velocidad de su carrera, que Luisa no pudo conocerlo hasta que llegó donde ella. Era Torcuato.

Un grito de sorpresa se le escapó a Luisa, preguntándole con ansiedad: "¿Qué hai?"

El intelijente muchacho, comprendiendo lo que le decian y lo que aguardaban de él, se sonrió alegremente como para disipar en el acto toda inquietud, y en seguida le entregó una carta.

La fisonomía del pobre mudo habia dicho lo bastante, y Luisa recibió el papel con muestras de la mayor alegría.

El billete contenia estas solas palabras:

"Mi querida hija:

Nuestro enfermo está mejor, y respondo de su vida."

Luisa hizo entrar a Torcuato a sus habitaciones, y le interrogó como pudo sobre lo que habia pasado en la noche, respondiéndole éste en todo con gran satisfaccion de la jóven.

Despues escribió al solitario lo siguiente:

"Señor.

"Doi a usted las gracias... Mi mamita y yo le hacemos hoi una visita... Suyá.

Luisa."

Partió Torcuato con la misiva, contento con el cariño que le manifestara Luisa.

III.

El ánimo de la jóven se serenó, y su impaciencia desapareció con la certidumbre de la mejoría de Enrique, esperando a que su mamita se levantara para pedir el almuerzo.

La natural coqueteria de la mujer volvió a apoderarse de la jóven, y entró a su tocador para adornarse mejor que lo hiciera antes cuando no pensaba en otra cosa que en el enfermo; pero ahora que estaba segura de su vida, renacia el gusto por agradarse y agradar. ¿Sabia acaso ella si Enrique participaba del mismo sentimiento que la dominaba?

¿No era necesario despertarlo? Las palabras que habia pronunciado durante su desmayo, ¿decian acaso lo bastante? ¿No podian ser el resultado de la escitacion del combate o del delirio de la fiebre? Sus lánguidas y dulces miradas ¿no podian tener su oríjen en el desfallecimiento cercano a la muerte en que habia permanecido por tanto tiempo? Todo esto era probable; però, sin embargo, Luisa, si bien no tenia la certidumbre, le parecia conocer de que era amada. ¿Qué es mas: la plenitud de la dicha o la vaguedad de la esperanza? Talvez la incertidumbre entre la una y la otra, que participa de la primera, acercándose mucho a la última; y esta era la hermosa situacion en que se encontraba Luisa, situacion llena de encantos pero salpicada de amarguras, situacion en la que quizá la miel domina al acibar, pero en la que tambien se apercibe un gusto desagradable que no permite gozar la dulzura de aquella en toda su plenitud.

Cuando se hubo levantado doña Juana, Luisa hizo servir el almuerzo lo mas pronto posible para tener tiempo de ir mas temprano.

Pero la niña se habia presentado en el dormitorio de su madre para ayudarla a vestirse; mas ella al verla, no pudo menos de decirle:

—¡Qué hermosa estás, Luisa!

—¡Y usted de buen humor, mamita!

—Nada de eso, hija mia, porque toda la noche he estado pensando en Enrique; ¡pero es que te veo tan seductora!...

—¿Ha pensado usted en él?

—¿Y por qué no?

—De veras; lo merece.

—Así es, hija mia, pues parece nuestra Providencia; ¿está el coche puesto para ir a hacerle una visita?

—Sí, mamita, solo se espera su almuerzo.

—Que me sirvan solamente una taza de té, Luisa, porque no tengo apetito y sí muchas ganas de verlo.

Luisa salió, trayendo ella misma la tetera de té y las tazas.

—¿Parece que te apresuras?

—Participo de los mismos deseos que usted.

—Pues luego vamos a satisfacerlos.

Y doña Juana, ayudada de Luisa, principió a vestirse.

Tan luego como hubo concluido y tomado su frugal desayuno, dijo a Luisa:

—Estoi lista, hija mia.

La jóven salió inmediatamente, mandando acercar el coche.

Las dos señoras partieron en compañía de Ceferina, a quien habíamos olvidado, pero que también había venido con ellas, y que deseaba, como era natural, ver a Enrique, por el que tenía predilección.

IV.

Al aproximarse a las casas del solitario, Luisa sentía una impresión que participaba del temor, de la esperanza, del afecto, del miedo y del pudor, y sentía que su corazón palpitaba con violencia, sacando, para disimular la turbación, su linda cabeza fuera del coche.

—Allí está Torcuato, exclamó Luisa, viendo venir al sordo-mudo con su rapidez acostumbrada.

—Nos traerá alguna nueva, dijo doña Juana.

—Ya esta mañana nos participó que se encontraba mejor.

—Y entonces ¿a qué viene?

—A encontrarnos, sin duda.

El pobre muchacho se acercó al coche con señales de la mayor alegría.

Luisa lo acarició y lo quiso hacer subir; pero, en lugar de aceptar, se echó a correr adelante con su acostumbrada agilidad.

Cuando llegó el coche, el anciano, avisado por Torcuato, las esperaba a la entrada.

Luisa quiso bajarse para hacer a pie el pequeño trayecto que había que trascurrir hasta las habitaciones.

Doña Juana y Ceferina imitaron su ejemplo, y el solitario las condujo, hablándoles del enfermo, que se encontraba mejor, aunque débil.

—Me han dicho tantas cosas de este suceso, añadió doña Juana, que ya llega a lo maravilloso; en primer lugar, la muerte de dos leones, y en seguida la curación de Enrique, que todos atribuyen a brujerías; ¿quién sabe si no hai tanta verdad en lo uno como en lo otro, es decir, que en el primer caso no exista tanta fábula como en el segundo, pues me han hablado de *aguas ardientes*, de *elixir de la vida*, de *bálsamos maravillosos*, lo que me induciría a creer que los leones son también una *invención poética* a no desmentirlo mi hija y don Pedro, que afirman ser reales y verdaderas fieras.

—Y también lo atestiguarán ellas mismas en persona, pues las tengo aquí.

—Entonces, si lo uno es cierto, también debe serlo lo otro.

—De lo primero nadie puede dudar, a no ser que desmienta lo que sus propios ojos pueden ver y afirmar; pero respecto a lo segundo, usted sabe las supersticiones que reinan y las apreciaciones que de mí hacen.

—¿Con que es verdad la muerte de los dos leones?

—¡Mamita! nunca habia dudado usted de mí!... dijo Luisa.

—No he dudado, pero me maravilla de tal manera la realidad, que estoy como atónita!...

—Y mas sorprendida se encontrará usted cuando vea, no solo los leones, sino las heridas de Enrique, dijo el anciano con calma imperturbable.

—¡Pobre Enrique! cuánto lo compadezco! qué desgracia hubiera sido su muerte! ¿y dónde están los leones?

—Ya llegamos... puede usted cerciorarse... véalos usted.

Y el solitario mostró a doña Juana dos enormes fieras que yacían tendidas en el corredor, pues aun no habia teni-

do tiempo de llevarlas a su laboratorio para embalsamarlas.

—¡Jesus! exclamó doña Juana; ¡qué animales tan enormes! Qué cabeza! qué garras, por Dios! ¿y cómo no lo han muerto de una sola manotada?

—Poco ha faltado, señora, replicó el anciano.

—Compadezco a este pobre Enrique, dijo doña Juana con ese sentimiento aristócrata que, sin destruir la benevolencia, es siempre algo protector.

—No solo es necesario compadecerlo, respondió el anciano con cierta gravedad, sino también es preciso agradecerlo; porque cuando uno se sacrifica por los otros, es indispensable que espere un poco más de ellos.

—Me ha juzgado usted mal, amigo mío, repuso doña Juana, porque yo participo de ambos sentimientos.

—Indudablemente, replicó Luisa; mi mamita se había explicado mal, pero ella siente lo último tanto o más que lo primero.

—Yo no he querido, hija mía, hacer un reproche, sino una observación.

—Que no debía suponerle, señor Guzmán, contestó doña Juana.

—Es que las palabras vertidas hablan más alto que el pensamiento oculto; pero estoy dispuesto a pedir humildemente perdón.

—Confiado en que se lo han de acordar; con todo, espero que en otra ocasión no tenga en usted tanto imperio la palabra, y sobre todo la palabra que se expresa mal, mucho más cuando de antemano se conoce el corazón.

—En verdad, señora, soy yo el único culpable.

—Aquí no hay culpables sino amigos.

—Y amigos tan sinceros como invariables; ¿quieren ustedes pasar a ver a Enrique?

—Con el mayor gusto.

V.

El jóven, prevenido de aquella visita, la esperaba con ánsia, viendo aparecer a las señoras con marcada satisfaccion.

Doña Juana se sentó a la cabecera de la cama y se informó con cariño de su estado. Luisa permanecía callada; pero en su semblante, en sus miradas, en las ondulaciones de su seno virjinal podian leerse los diferentes afectos que la dominaban: podia distinguirse la compasion, el cariño, la felicidad y el dolor...

—¿Sufre usted mucho? preguntó doña Juana al herido.

—No, señora.

—¿Tuvo usted mucho temor en presencia de los leones?

—Solo experimenté la ansiedad de la lucha y el placer del triunfo que debe traer consigo el peligro; pues al ver a la primera fiera sentí alegría, pero a la segunda se cambió en furor.

—¿Y Luisa ¿qué hacia entonces?

—La señorita tiene el arrojo de una heroína, y mi admiracion solo puede compararse a mi gratitud, pues a ella debo la vida...

El orgullo materno estaba altamente lisonjeado, y la dulce satisfaccion de oír y de ver reconocida la superioridad de su hija, se dibujó claramente en el rostro de doña Juana.

—Pero es innegable, dijo Luisa, interviniendo en la conversacion, que sin el valor primero no hubiera existido el último, y sin salvarme usted de una muerte inevitable, no habria podido sostenerlo.

La sonoridad de aquella voz suave, afectuosa y llena de indefinible melodía, llegó hasta lo mas íntimo del alma de Enrique, bañando su corazón en raudales de alegría, ni mas ni menos que si un rocío bienhechor hubiera caído sobre una seca y abrasada planta. ¿Es por ventura otra cosa el hombre? Los momentos de felicidad de que goza,

¿no es el riego que viene a refrescar por un instante la aridez de la vida, siendo ese instante, sin embargo, bastante para que la desesperacion, la miseria y el desengaño no nos aniquile?

Enrique se incorporó un poco, a pesar de la prescripcion del anciano, que le habia prevenido de no hacer el menor movimiento, y contestó:

—Me parece, y digo me parece, porque no tengo la suficiente experiencia y los suficientes conocimientos para afirmarlo, que el valor del alma es superior al valor del cuerpo. Yo puedo haber tenido quizá la resistencia de la materia, pero usted ha tenido el coraje del espíritu; y entonces ¿a quién debe darse la victoria? ¿quién puede tener el triunfo sino es aquel que posee el verdadero valor?

¿Quién habia enseñado a este jóven, que apenas comenzaba la carrera de la vida y cuya instruccion y experiencia eran tan limitadas, quién le enseñaba, decimos, ese conocimiento perfecto de lo que constituye el verdadero valor y el verdadero mérito? Pero es innegable que hai ciertas naturalezas que todo lo adivinan; y de no, ¿cómo esplicariamos la existencia y la sublimidad del jenio que se eleva a regiones ignoradas, que presiente los hechos aun sin haberlos presenciado, que penetra en lo desconocido, que inventa lo que nunca ha visto, que adivina, en una palabra, pues no hai para él casi impresiones ocultas, aun cuando no las haya experimentado?

Lúisa no dejó de ruborizarse con aquella manera que habia tenido Enrique de calificar su presencia de ánimo, pues ella creia que era muy natural cuanto habia hecho, figurándose que si obrara de otro modo, tendria de qué avergonzarse ante sí misma y ante los demas; de manera que no daba la menor importancia a ese valor de que Enrique hacia elogios.

Por otra parte, ¿cómo haberlo dejado abandonado? ¿Habia algun mérito en esto? En su concepto, no; pues de lo

contrario se consideraria ella, no solo en el caso de no cumplir un deber, sino en el de haber cometido una falta, y así contestó a Enrique:

—¿Qué juicio hubiera usted formado de mí si lo hubiese abandonado? El cumplimiento de una obligacion, y de una obligacion sagrada, puesto que se sacrificaba en defensa mia, ¿puede ser un mérito? puede considerarse como una virtud?

—Hijos míos, dijo doña Juana interviniendo, yo creo que el uno y el otro son dignos de elogio.

—Tiene usted razon, señora, agregó el anciano: ambos merecen una recompensa.

—¿Y qué haremos por ellos?

—La dueño de la hacienda promete a cada inquilino una vaca por el leon que mató, y Enrique, aun cuando no habita en el fundo, puede gozar del mismo beneficio.

—¿Qué dice usted? contestó doña Juana admirada; ¿esa miseria es acaso digna de su accion y digna de él?

—Yo estoi ya mas que recompensado, interrumpió Enrique: no hai nada en este mundo que pueda equivaler a lo que he recibido.

Luisa se ruborizó, pensando que talvez Enrique habia sentido el beso ardiente que imprimiera en sus labios; pero no se arrepintió, porque nada habia en su conciencia que le anunciara la sombra de una falta; sin embargo, ese temor, que talvez pudieramos traducir por una esperanza, se desvaneció cuando el joven prosiguió diciendo:

—Si en realidad hai algun mérito en la accion que he hecho, ¿por qué pretender desvirtuarlo con una material recompensa? ¿Es poca cosa acaso la satisfaccion interior? Yo prefiero que me dejen con ella; prefiero guardarla intacta en el fondo de mi corazon; y me atrevo a suplicar, señora, continuó dirijiéndose a doña Juana, que no amortigüe usted mi regocijo con una dádiva. Ya usted ha hecho a Mercedes, mi hermana, grandes favores; permítame quedarme

con esta insignificante satisfaccion, sin que venga a borrarla su jenerosidad.

VI.

Esta delicadeza de Enrique agradó sobre manera a Luisa, porque comprendia y apreciaba ese jénero de elevacion, ese refinamiento de virtud, ese sibaritismo noble y delicado del alma, que quiere guardar intactos los recuerdos de una buena accion y que no exige de nadie la menor recompensa; que desearia hasta el olvido para quedarse solo con el perfume que, de vez en cuándo, puede hacerle aspirar el incensario de la memoria, asi como para el criminal trae incesantemente las mefíticas miasmas del remordimiento...

Dofia Juana, si bien apreciaba el desinterés del jóven, no comprendia bien todo lo que encerraba de espiritual; mas el solitario al oír la respuesta de Enrique miró a Luisa, como para observar si ella le daba todo su valor; pero Luisa, parándose de su asiento, del mismo modo que hiciera la cosa mas natural, pues hai para ciertas almas una esfera superior donde ellas solo viven y donde la jeneralidad jamas alcanza, se acercó al lecho del herido, y desprendiendo una rosa que llevaba en su peinado, dijo a Enrique:

—Esta flor la tenia ayer conmigo, la he conservado hoi como un recuerdo, aunque está ya un poco marchita, se la doi a usted como una recompensa...

—Bravo! exclamó el solitario, entusiasmado.

—Bravo! dijo doña Juana, que no veia en aquello sino una galanteria de niña, sin la menor consecuencia.

Pero Enrique estendió su mano, trémula por el placer, mientras que su rostro se encendia y sus ojos hacian ver el regocijo interior al tomarla de manos de Luisa, pronunciando al mismo tiempo estas solas palabras, palabras que llegaron al tímpano de Luisa como los sonidos mas armoniosos de una música celestial: "Señorita, la conservaré mientras

yo viva: ella será mi talisman y mi reliquia así como es mi recompensa."

Luisa se retiró conmovida. Habia lei lo en la animada fisonomia de Enrique un amor tan puro, tan ideal, tan intenso, que le parecieron sus sentimientos mui tibios comparados a los de él; pero no por eso dejó de abrirse su corazon a la dicha y a la esperanza, que es el mas hermoso cielo del hombre, el bálsamo que lo alivia y especialmente el Eden de los que aman.

Luisa volvió a sentarse, mientras que el anciano, al parecer rejuvenecido con el calor de la pasion que veia nacer en el pecho de esas dos criaturas tan dignas, tan puras, tan poéticas, sentíase ágil, jóven y ardiente, cual si se hubiese derretido con aquel divino calor la capa de hielo de la experiencia y del desengaño que hacia tiempo pesaba sobre sus hombros.

Y en verdad, por mui estricto que uno sea, por mas helado que esté su corazon, ¿quién no ve disiparse los nubarrones de la desgracia y derretirse la nieve que cubre su pecho, cuando contempla los rayos vivificantes de ese sol de amor que todo lo anima, y cuando dos almas jóvenes, virtuosas, poéticas y apasionadas la una de la otra, llegan a encontrarse en la vida?

El solitario estaba complacido; para él no habia misterios, porque todo lo comprendia; pero, sin embargo, presentia obstáculos, y obstáculos insuperables en la imperturbable tranquilidad de la señora doña Juana, que ni siquiera se le pasaba por la imaginacion que esos dos jóvenes podian talvez llegar a amarse: tal era el respeto al rango y al fanatismo aristocrático que reinaba en ella, creyendo imposible, absurda, inaudita semejante union; porque si hubiese llegado una sola sombra de sospecha, no solo se habria indignado, sino que lo habria impedido con la mayor severidad y talvez con el mayor rigorismo, a pesar de su carácter bueno y bondadoso; pero a las preocupaciones, cuando

llegan a su apojeó por la educaci6n, por la práctica y por la enseñanza, no hai nada que les resista ni que se les opong . . . Un aristócrata preferirá ver cien mil veces muerto el objeto de sus mas caras afecciones, y aun por estas mismas afecciones, antes que traspasase aquellas barreras hasta cuyo punto es dado llegar sin pasar jamas mas allá, y doña Juana tenia estas convicciones y era de ese temple. La idea solo de creer en la posibilidad de un enlace entre su hija y Enrique, la habría muerto, si hubiese sido posible concebirla; pues aun cuando apreciaba a Enrique, aun cuando lo creia bueno, virtuoso, intelijente, aun cuando no le negaba elevaci6n, aun cuando lo recibia con cierta familiaridad y lo trataba con cariño, no habría consentido nunca en una union en su concepto impropia, inverosímil, estrafalaria: este es el poder de las preocupaciones, ya sea en el espíritu de familia o de casta, ya en las ideas de fortuna o en los sentimientos relijiosos: en todas estas cosas se encuentran mas o menos arraigadas, mas o menos profundas, pero invencibles cuando llegan a cierto término.

Un noble  no prefiere unirse a otro noble, aun cuando no tenga mas patrimonio ni mas mérito, ni mas virtud que el apellido?

Un rico  no prefiere a otro rico, aun cuando no haya mas en su abono que algunas monedas?

Un católico  no prefiere a otro católico, aun cuando est  roido de vicios, pero con tal que tenga las mismas creencias?

Se nos dir  tal vez que el mundo marcha y que cada día esas preocupaciones se modifican y desaparecen; no lo negamos; pero tambien se nos concederá que existen, y que existen en abundancia, especialmente aquella que concierne a la riqueza, y que se encuentra ahora, mas que nunca, en todo su apojeó. La primera y la última tienden a desaparecer, no con la rapidez que dese amos, pero en fin, se conoce que se estinguen; pero la otra se robustece cada día

mas, y no sabemos decir, en verdad, cuál de todas es la mas perniciosa; porque si la primera y la última son el resultado de la ignorancia, la del medio lo es de un estúpido materialismo que nos hemos empeñado en denominar civilización, y que nos arrastra al desprecio de la nobleza y elevación de los sentimientos, dando en cambio de la pérdida de nuestras facultades mas bellas, nuestros instintos mas groseros; y en lugar de los goces inefables de la virtud, los suculentos placeres del estómago, del alcohol y de la concupiscencia...

VII.

—¿Y qué tiempo permanecerá en cama? preguntó doña Juana al solitario, refiriéndose a Enrique.

—Por lo menos una semana; pero no podrá trabajar hasta dentro de quince días.

—Por Dios! señor, dijo Enrique con angustia. ¡Qué retardo tan grande para el trabajo!

—Cómo ha de ser, hijo mio, repuso doña Juana: primero la salud y después el trabajo, porque sin ella nada se hace.

—¿Qué dirá mi maestro?

—Nada; pues yo soi la dueño y yo estoi satisfecha.

—Sin embargo, señora, mi familia, que tanto me habia recomendado la pronta vuelta, principalmente mi pobre madre...

—Haremos de manera de aprovechar el tiempo, dijo el anciano.

—Gracias, señor; ¡pero cuál va a ser su inquietud viendo que no les escribo!

—Lo haré yo por usted, dijo Luisa, tanto mas cuanto que estoi obligada a contestarle a Mercedes.

—Tantos favores, señorita, ¿con qué los satisfaré?

—Con lo mismo que nosotros satisfacemos los suyos, que son siempre mayores.

Enrique miró a Luisa como si tratase de investigar el sentido oculto de aquellas palabras, que la niña había dicho con encantadora sencillez, pensando en la gratitud; pero los enamorados tienen el talento de hallar siempre en las palabras la significación que está en armonía con sus deseos.

En ese momento llegaron los carpinteros preguntando por Enrique y si podían verlo.

El solitario consultó al joven, y éste le suplicó que los hiciera entrar, si esto no fuera causa de incomodidad para las señoras; y habiendo dicho ellas que de ninguna manera, el anciano salió y dijo a los cuatro artesanos de seguirlo, acompañándolos hasta el cuarto de Enrique.

Cuando lo vieron tendido en la cama casi sin movimiento, se enternecieron, porque lo querían en realidad.

—Ahora, compañeros, le dijo Enrique, después de haber satisfecho a todas sus preguntas, tengo que suplicaros que trabajéis con el mismo empeño, al menos, mientras yo estoy privado de hacerlo.

—Trabajaremos el doble, respondieron todos, para tratar si es posible, de llenar tu falta.

—Os doí las gracias desde luego, amigos míos, y podeis estar seguros, además, que tendreis la remuneración correspondiente.

—En este caso no hai interés. *Entre sastre y sastre no se pagan hechuras*, dijo uno de ellos, y todos fueron de la misma opinión.

—Pero talvez sea mucho el tiempo que tenga que estar sin ayúdaros; pues el señor me ha prevenido que por lo menos estaré una semana en cama y otra de convalecencia.

—Aun cuando fuera un mes, aun cuando fuera todo el tiempo que dure el trabajo; nosotros nos creemos capaces de concluirlo, pues los planos están todos hechos.

—Os estoy muy agradecido, amigos míos.

—Con que así, no hai por qué apesadumbrarse, sino pensar en sanar pronto.

—Dios lo quiera.

Los cuatro artesanos se retiraron, y para no desmentir la promesa que habian hecho a Enrique, dieron solo una vuelta por el lugar del combate y se volvieron a las casas sin aprovechar del asueto que les habia concedido la señorita.

Doña Juana tambien pensó en retirarse, pero Luisa le suplicó de quedarse, pidiendo al anciano que le mostrase la gruta denominada del Leon, que tanta curiosidad tenía de ver.

—¡Pero habrá leones allí! exclamó doña Juana, asustada. Ni por un pienso, hija mia: ahora no estaria con nosotros Enrique para defendernos, y aun cuando estuviera, no me arriesgaria, porque tendria un miedo por sí solo capaz de matarme.

—No tenga usted el menor cuidado, señora, pues hace mucho tiempo que no aparecen por aquí.

—Sin embargo, si se les antojara ahora, todo puede suceder.

—Es imposible, pues ellos habitan las partes no frecuentadas por el hombre, y aquí hai un constante trabajo que basta para ahuyentarlos: ademas, nos acompañarán todos mis perros, y en compañía de ellos no puede haber ni sombras de temor.

—Si es así iremos.

—Yo les acompañaré, quedándose Torcuato al cuidado del herido.

El pequeño bosque, que comprendia el cerco del solitario, se hallaba, como ya sabemos, a corta distancia de las habitaciones de éste.

Doña Juana, y especialmente Luisa, hicieron el paseo mas agradable, quedándose sorprendidas a la vista de aquella gruta que tanto habia admirado a Enrique.

—En un dia feliz prometo acordarme de este lugar, dijo Luisa, para pasar algunas horas de satisfaccion, porque esto es hecho para alabar a Dios...

De vuelta se despidieron de Enrique, prometiéndole doña Juana venir diariamente, o por lo menos, mandar saber de él, si su salud no le permitia hacerlo.

El jóven estaba lleno de regocijo y de reconocimiento por tantas bondades, llegando a decir que les habia tomado un afecto particular a los leones, puésto que a ellos debia favores que nunca se habria atrevido a esperar.

Doña Juana se rió de la ocurrencia, diciéndole que Dios lo preservara de tal cariño, pues era un afecto mui peligroso.

Sin embargo, esto era lo que experimentaba el jóven, porque bendecia aquel encuentro y las heridas que recibiera; encuentro y heridas que eran la causa de su felicidad, pues sin esto nunca habria llegado a obtener tan dulces miradas, a sentir tan profundos afectos y a recibir aquella flor que no habria cambiado por la posesion de un imperio.

Prodijios del amor.

I.

El anciano no descubria al jóven sus observaciones, porque temia alimentar esperanzas que no se realizarian jamas, atendiendo a las ideas de doña Juana, ideas que era inútil combatir, porque era imposible destruir.

El noble y jeneroso anciano sentia este impedimento, tal vez mas que si se tratase de su propio hijo, y hubiera dado con gusto cuanto tenia de vida, ya que no poseia otra cosa, por haber trasmitido su nombre al jóven obrero. ¿De qué podia servirle un apellido ilustre y altamente aristocrático? De nada; mientras que para Enrique hubiera sido su fortuna, y lo que es mas que esto, su felicidad y la felicidad de Luisa; pues el solitario presentia que este cariño seria inextinguible y no se borraría jamas, por mas en oposicion que se encontrase con los usos y costumbres de la sociedad; porque no hai nada comparable a los lazos formados por la naturaleza, y tanto mas fuertes cuanto mas en armonia se hallaban aquellos dos seres y cuanto mas privilegiados eran; pues es justamente en esas naturalezas escepcionales donde el amor se ceba con mas fuerza, echando raices que nada en la vida es capaz de arrancar.

Sabemos que ahora no se sienten esas grandes pasiones, porque nuestras almas apocadas son incapaces de concebir algo de elevado, de noble. Todas nuestras aspiraciones, circunscritas al interes, no van mas allá de los goces de la va-

nidad y del comfortable, no haciendo consistir el amor sino en la satisfaccion de los sentidos: así es como el hombre, materializándose, ha llegado a asimilarse a la bestia, despreciando el espiritualismo que mas diviniza, y que, en la cultura que nos rodea y de la cual hacemos tanto alarde, miramos solo como un juguete de niños, impropio de nuestra alta sabiduria y de la madurez de un juicio que hace consistir la felicidad de la especie en aquello que, con triunfante orgullo, llaman *positivismo*. ¡Como si las grandes ideas, las grandes pasiones y las grandes virtudes no fueran de este mundo, no existieran en realidad o no proporcionaran ningun goce! ¡Ciegos! han preferido la materia al espíritu, la corteza al árbol, la apariencia a la realidad, la cáscara al fruto, que es el que contiene la sustancia!..

Luisa volvió a su casa con el alma rebosando de felicidad, y su bella fisonomía tenía una expresión celestial, porque, dígame lo que se quiera, nada hermosea ni nada diviniza tanto como el amor. El hecho solo de querer, es un nuevo atractivo con que una niña se adorna, un nuevo hechizo y un encanto nuevo que realza su natural hermosura. Sus ojos adquieren mas luz, mas transparencia, mas brillo, despidiendo en sus miradas un fluido que, atrayéndonos, nos encanta y electriza: es el galvanismo de la voluntad, que, sin duda, participa de la esencia infinita de Dios... de esa sustancia etérea que, esparcida en todas partes, nadie ve pero a todos anima!... La inteligencia de la mujer que ama se desarrolla, se vigoriza, crece... y tan luego como ha prendido en su pecho el fuego de la pasión, se rasga el velo de la ignorancia, y la naturaleza se colora y engalana, oyendo las melodiosas armonías de la creación en cada uno de los seres, porque cada uno tiene su distinto lenguaje!... Y la palabra! este misterioso y fiel intérprete que acompaña al hombre, este secreto incomprensible que sirve para revelar nuestros secretos. ¡Qué de nuevos encantos no adquiere en los rosados labios de la niña que principia a amar! A qué modula-

ciones suaves y vibrantes no se presta en la boca de la mujer!.. ¡Prodijios del amor!.. El mortal que alguna vez os han experimentado, puede decirle a Dios: gracias, Señor, HE VIVIDO!..

Luisa! habia encontrado su ideal... Sus ensueños se habian realizado... Ese tipo divino que ella en su poética fantasia se forjara y que creia imposible existiese en el mundo, estaba descubierto... lo veia... lo tenia a su lado... ¡Cómo no ser feliz!

La inocente jóven nada mas queria, nada mas deseaba... Era dichosa, pero con esa dicha pura de los espíritus, con esa dicha de los ángeles que se embriagan en ella y únicamente en ella; sin ambicion, sin temor y hasta sin esperanza; pues esa alegría sobrehumana no tiene ni límites, ni horizonte, sino que está rodeada del éter trasparente de la felicidad, nadando en un espacio inconmensurable que no se altera ni perturba.

Luisa sentia el amor sin otra aspiracion que el amor mismo: estaba colocado su afecto en una rejion tan alta, que los sentimientos comunes a la humanidad no llegaban hasta ella: habia algo de mas puro que el ardiente amor a Dios que abrasaba el alma de Santa Teresa; porque en la célebre monja católica se distingue el incendio de la pasión y casi los resplandores de una llama carnal, mientras que Luisa experimentaba la tranquilidad de la gloria, exenta de la vehemencia del deseo; así es que el fuego que consumia a Santa Teresa, vivificaba a Luisa; y la que solo aspiraba al cielo, tenia un cariño mas mundanal que la que se fijaba en un ser de la tierra; porque la espiritualidad de una afeccion no está tanto en lo divino del ser que la produce, cuanto en la delicadeza del que la siente...

Nuestra sensible niña encerróse por largo tiempo en su cuarto para entregarse a esa contemplacion deliciosa en que parece desprenderse el espíritu de las formas materiales que lo encadenan, volando por esos espacios sin límites de la

ilusion y del deleite... Desgraciado el hombre que al menos una vez en su vida no haya experimentado por un solo instante aquel éxtasis, porque ese hombre ha muerto desde antes de nacer.....

II.

Recordando en seguida Luisa que Enrique no podía escribir a su hermana, que ésta estaría inquieta, sentóse a hacerlo, pues tambien experimentaba la necesidad de expansion; y aun cuando se creía incapaz de pintar lo que sentía, sin embargo, redactó la siguiente carta:

"San Jorge, noviembre 7 de 1850.

"Mi querida e inolvidable amiga:

"¿Cuánto vas a extrañar no recibir cartas de tu hermano? pero no tengas el menor cuidado; todo peligro ha desaparecido y se encuentra mejor...

"¿Pero por qué no es él el que me escribe? te preguntarás en el acto. Mas yo voi a responderte: porque no puede hacerlo todavia y porque yo he quedado con el encargo de ello. ¿Perderás tú mucho, amiga mia, perderán tus padres en el cambio? No tengo la presuncion de quererlo reemplazar. Sé que verias con mas placer su letra que la mia, pero acusa de ello a la fatalidad y no a mí, aun cuando creo que habrá mas motivo para que te congratules y no para que sufras, porque de aquí ha nacido mi dicha, y mi dicha no puede serte indiferente.

"Voi a explicarte la causa de su silencio, que es la misma de mi felicidad: Enrique está enfermo por salvarme; ¿puedo comunicarte algo de mas terrible y de mas lisonjero?

"En este momento soi la mujer mas feliz que existe en el mundo; y tú comprenderás que no podria serlo si estuviese en peligro el hermano de mi amiga: baste esto para sere-

narte del todo y para que ni la sombra de una desgracia vaya a turbar tu pensamiento o el de tu padre.

"Antes de ayer habia recibido tu cariñosa carta, que lei con tanto gusto, porque veia en ella correspondido en igual grado el afecto que yo te profeso.

"Habiamos mandado un propio el sábado a San Fernando para traer la correspondencia de tu hermano, pues teniamos convenida una correria al leon para el domingo, y no podia ir éste por ella, como lo habia hecho hasta aquí; la recibimos, como te he dicho, el sábado en la noche, desapareciendo el inconveniente que le hubiera impedido a Enrique acompañar a tu amiga en esta partida de placer.

"Yo creia divertirme mucho, porque me gusta el movimiento, y el peligro tiene para mí cierto atractivo que no sabré explicarte; pero ¡ai! Mercedes, que esta diversion casi costó la vida a tu amiga, y sin el arrojo de tu hermano, sin su destreza, sin la serenidad de su espíritu, habriamos sido indudablemente presas de aquella horrible fiera.

"No te referiré el suceso con todos sus incidentes, porque no quiero privar a Enrique del placer de narrártelo; pero te diré únicamente que tu hermano, en presencia del leon, estaba hermoso, imponente... Tenia la calma del valor, la serenidad de la fuerza, la enerjia de la resolucion... Cualquiera mujer que lo hubiera visto en aquellos momentos lo habria amado... y yo lo amo, Mercedes!... ¿Por qué no he de tener la franqueza de decirlo? ¿Por qué no habria de sentir lo que todo el mundo hubiera experimentado?

"Sí, Mercedes: amo a Enrique, y en vez de avergonzarme me glorio de ello, pues me parece digno de mí, superior a mí... No lo amo por gratitud, no lo amo por haberme salvado dos veces la vida; lo amo por él y solo por él... Pero esta confesion hecha a la amiga ¿debe saberla el amante? No, mi querida Mercedes, no: este es un secreto que no se revela... Jamas te perdonaria si me fueses infiel... La dignidad y el pudor son nuestras únicas armas, nuestra sola

nobleza, nuestro único mérito y nuestras mas grandes virtudes...

"Por otra parte, ¿no te parece que el objeto de nuestro cariño jamas debe de oír esta palabra: ¡te amo!... de otros lábios que de los de una misma? ¿No crees que perderia esta declaracion mucho de su atractivo y mucho de su virginal delicia, valiéndose de un intermediario?

"Nosotras somos niñas, Mercedes, sin esperiencia de mundo; ¿pero no es verdad que hai secretos que se nos revelan por sí mismos? ¿Cómo he podido yo conocer el amor, sino en virtud de ese anuncio misterioso que habla a nuestro interior? Porque es indudable, Mercedes, que yo amo a Enrique, pues nunca habia sentido de la misma manera, nunca habia gozado como ahora, nunca habia temblado delante de nadie como tiemblo en presencia de él; nunca habia sentido correr por mis venas ese calor inesplicable que conmueve todo mi ser, trasformándome completamente.

"Su vida ha pasado a la mia... su existencia hace mi existencia... y esta comunicacion de dos almas, para no formar sino una sola, me parece que se operó en aquellos deliciosos y terribles momentos en que sostuve contra mi pecho la desfallecida cabeza de tu hermano!

"Qué momentos! qué angustia! qué deleite! qué felicidad en medio de tanta desesperacion! Renuncio a pintártela... Yo permanecí como una hora sola y con él moribundo en medio del bosque, rodeada de las fieras y sin otro auxilio que el de Dios!... Hubo un momento en que lo reanimé para desmayarse de nuevo, exhalándose de sus descoloridos lábios estas solas palabras: "¡Qué dicha! qué felicidad!..." y volvieron a cerrarse sus ojos!... Yo miraba de hito en hito aquel semblante pálido en que se veian los síntomas de la muerte sin que desapareciese su belleza; ¡y entonces, Mercedes, entonces, anegada en lágrimas, pasó tambien como una nube por mis ojos... aproximé mis lábios a los suyos, imprimiendo en ellos un beso de desesperacion y de amor!...

¿Era aquel beso una despedida o una caricia? Talvez lo uno y lo otro; pero ni lo uno ni lo otro hizo efecto en tu hermano... ¡y solo yo llevo la memoria de aquel recuerdo! Solo yo conservo la impresion fresca y palpitante! No me arrepiento, Mercedes, ni me avergüenzo: mi delicadeza y mi pudor, nada me dicen en contra de mi accion; mi conciencia está tranquila y aun creo que me aprueba, pues ahora mismo me parece que si no hubiera hecho lo que hice, habria sido insensible, bárbara, cruel... Ahora te pregunto: ¿cuál es tu opinion? y dime si habrias obrado o no del mismo modo.

"Posees el mayor secreto de mi vida, Mercedes; guárdalo, deposítalo en tu corazon como una prenda que confío a tu amistad y a tu cariño.

"Dales memorias a tus padres, cuéntales el suceso, y diles que el coronel don Toribio de Guzman ha pagado su deuda salvándole la vida a su hijo, así como él salvó la suya; pues sin los cuidados de este noble anciano, sin su ciencia, sin la eficacia y oportunidad de sus remedios, Enrique no existiría!... ¡A cuántos no ha preservado de la muerte salvándolo a él!...

"Es inútil que te prevenga que no te olvides contestarme. El sábado próximo espero sin falta tus cartas, pues no dejarás tambien de escribir a Enrique.

"Tuya de corazon,

"LUISA."

III.

Como es de presumirlo, al dia siguiente propuso Luisa a doña Juana si queria hacer el paseo hasta la quinta del solitario; pero encontrándose la señora algo indispuesta, le dijo a su hija que si deseaba ir ella podia hacerlo en compañía de Ceferina, y que tendria gusto, pues así recibiría noticias ciertas de la salud de Enrique.

No se hizo Luisa repetir dos veces la proposicion, sino

que mandó inmediatamente poner el coche y prevenir a su nodriza que estuviese lista para salir.

Durante el camino, Ceferina dijo a Luisa:

—¿Quieres, hija mia, contarme detalladamente el suceso del domingo? Solo lo he oído de un modo imperfecto, porque tú bien poco me has referido de este extraordinario suceso, y no he querido preguntarte demasiado, pues te he visto preocupada, sin embargo que no puedes menos de comprender cuánto me interesa, no solo por tí, sino también por Enrique.

—El hecho principal todos lo conocen, y usted sabe tanto como yo a este respecto.

—¿Pero tuviste miedo?

—Miedo no, sino sobresalto... y aun este no era por mí...

—¿Por quién entonces?

—Difícil sería explicarle lo que sentía en aquel momento, pues yo misma no he podido darme cuenta.

—¿Enrique se portó con mucho valor?

—Como no había visto igual hasta hoy.

—¿Y por qué no huyeron?

—La fuga hubiera sido la muerte, pues inmediatamente habría caído el león sobre nosotros.

—¿Y para qué se internaron en el bosque?

—Para descansar... Por otra parte, le confesaré a usted que deseaba presenciar una escena parecida a la que había leído pocos días antes en un libro inglés, y que me agradó muchísimo.

—¿Cómo era?

—Muy parecida a esta, si bien menos horrorosa.

—¿Quieres contármela?

—Un noble inglés viajaba por la India en compañía de una señorita a quien amaba, pero cuyo amor no era correspondido. Una noche de verano, engolfados por la contemplación de aquella naturaleza hermosa y virgen, se entretuvieron hasta muy tarde, meditando cada uno, sin dirigirse

la palabra. Su éstasis fué interrumpido por un ruido terrible que hizo prorrumpir a la asustada miss en esta exclamación: "¡Sir George, salvadme!" Sir Jorje conoció que era el bramido terrible de un tigre que no debía estar a mucha distancia; dirigió su vista al derredor, y solo distinguió una cabaña abandonada, a la cual se dirigió en el acto, llevando a la pobre lady casi exánime. La cabaña tenía dos pisos, y subió al segundo, donde depositó el interesante fardo.

Sir Jorje había habitado la India por algún tiempo y sabía por experiencia que el feroz animal vendría en su persegimiento, porque habría respirado en la brisa la presencia de cuerpos humanos.

Sir Jorje no se engañó, pues en pocos momentos vió en la oscuridad dos ojos centelleantes que miraban en todas direcciones, fijándose, por último, en él, que se encontraba asomado a una ventana de la solitaria cabaña.

La fiera, que era un tigre enorme, exhaló un ruido ronco y prolongado, que se repitió por toda la selva, conmoviéndola y haciendo esconderse o huir a los tímidos animales. La hermosa miss salió de su letargo, pero mas sobresaltada aun... Sir Jorje tenía su vista fija en el tigre, que daba vueltas al derredor de la cabaña, buscando el lugar por donde debía subir al asalto. Al fin encontró la escalera, y sir Jorje oyó perfectamente el crujimiento de ella a la subida de la fiera.

Talvez el jóven ingles hubiera podido descargar con buen éxito sus excelentes pistolas cuando el tigre estaba a corta distancia y bajo su ventana; pero, por una de esas escen-tricidades que llegan a ser naturales en los hijos de la Gran Bretaña, prefirió que la fiera lo atacase subiendo al asalto.

Su prevision no salió fallida, pues el orgulloso y terrible animal hacia crujir la escalera bajo su peso e iba a presentarse... Sir Jorje armó sus pistolas... y apenas el tigre apareció en el umbral de la puerta, cuando, haciendo partir el tiro, lo echó por tierra herido de muerte... Sir Jorje

no se inmutó lo menor, a no ser cierto aire de satisfaccion pintado en su semblante, mientras que la hermosa miss, llena de miedo, lo contemplaba absorta...

La serenidad y el valor bastaron para conquistar aquel corazon, rebelde hasta entonces, y un mes despues celebraron su matrimonio...

Esta historieta, añadió Luisa, me habia agradado sobremedura, y deseaba de todo corazon ver una escena parecida; pero la que he presenciado ha sobrepujado a todo, yendo mas allá de lo que yo deseaba...

—¿Pero no sucederá contigo lo mismo que a la linda miss? repuso Ceferina en tono de chanza.

—¿Respecto a qué?

—Al afecto y al matrimonio...

Luisa se conmovió con la salida impensada de Ceferina; pero, reponiéndose en seguida, contestó con aire triste pero lleno de noble injenuidad:

—Respecto a lo último, no lo he pensado ni aun se me ha venido a la imaginacion; pero por lo que hace a lo primero, ¿es acaso una dueña de sí misma?

—¿Qué quieres decir, hija mia?

—Que yo no he podido menos de admirar a Enrique.

—¿Y admirándolo?...

—Tengo por él cariño.

—Con tal que no pases de ahí, Luisa, porque de otra manera serias mui desgraciada!

—¿De qué modo? ¿quiere usted explicármelo?

—Nada mas sencillo, hija mia: un afecto sin esperanza es un peligro y un mal grave.

—No distingo el peligro, dijo Luisa ruborizándose, porque soi bastante digna y bastante noble; ni puedo distinguir el mal, porque la persona a quien usted se refiere es digna de mi afecto.

—No niego lo uno ni lo otro... Te conozco a tí y creo conocer a Enrique; pero talvez justamente en la misma

virtud y escelencia de ambos se encierra el mal y se oculta el peligro.

—Discúlpeme usted si no comprendo lo que me dice ni el punto a donde quiere llegar.

—Sin embargo, no puedes menos de pensar que quiero tu felicidad.

—¿Quién lo ha puesto en duda?

—Por esta razon te estoi previniendo.

—Explíquese usted mas.

—¿Y si la señora doña Juana desaprueba tu afecto, en lo que no tengo la menor duda?

—¡Desaprobarlo! ¿por qué?

—Porque ese cariño puede ir mas lejos...

—¿Y qué inconveniente habria?

—¡Luisa! ¡Luisa! hija mia, ¡parece que no conocieras a tu mamita! ¿Crees, por ventura, que consentiria jamas en tu union con Enrique? ¿Y no seria ese cariño, llevado a donde no espero ni creo que llegue, tu riesgo y tu martirio?

—¡Pero le debemos dos veces la vida! y esto, independiente de sus cualidades, ¿nada merece?

—La señora doña Juana de... tu buena, digna y noble madre, podria dar a Enrique toda su fortuna, pero no consentiria jamas ¿lo entiendes? *jamas* en semejante union.

—¡Pero si aun no he pensado yo misma en ella!

—No habrás pensado ahora, pero pensarás mas tarde; y yo quiero de antemano preservar tu corazon de una pasion funesta, que traerá un triste desenlace.

Luisa se puso pensativa y triste.

—Yo no pretendo aflijirte, hija mia; pero no puedes menos de comprender que mi único propósito es evitarte mayores amarguras.

—Lo veo y lo palpo.

—¿Quieres a tu mamá?

—¿Para qué esa pregunta inútil?

—Si la quieres...

—No solo la quiero, sino que la venero, respeto y amo...

—Entonces no desearás nunca darla un pesar.

—Jamás.

—Pues bien, trata de renunciar a un cariño que puede tomar mayores proporciones: el fuego, combátelo en un principio, nada en esta apagarlo; pero cuando se ha convertido en un incendio, los esfuerzos mas grandes son ineficaces...

—Me hace usted temblar.

—Sí, hija mía, y ojalá mi experiencia te sirva de guía... Ejemplos tienes en tu familia de estas desgracias; y la santa monja de tu tía es una de ellas...

—¡Cómo! cuénteme usted esto.

—No puedo, Luisa; lo que la señora doña Juana te ha reservado, no es justo que yo te lo revele; y si he sido imprudente en obsequio tuyo, no debo ser al todo indiscreto; pero reflexiona y comprenderás.

—¡Mi mamita! pero ella es tan buena! me quiere tanto!... ¿que no hace lo que yo le digo?

—Es verdad, Luisa; pero hai cosas con las que no transigirá jamás y para las cuales el exceso mismo del cariño que te profesa será un inconveniente...

—Conozco las ideas de mi mamita y algunas veces las he combatido sin que la haya visto enfadarse.

—Yo soy ignorante, como tú sabes, pero hai un adagio que he oido desde mi niñez y que puede aplicarse al caso presente: *del dicho al hecho hai mucho trecho*.

—No dudó que pondria oposicion, pero al fin cederia...

—No solo oposicion, y no solo no cederia, sino que la matarias...

—¡Por Dios! ¿Qué está usted diciendo? exclamó Luisa, saltando de su asiento.

—Lo que oyes, hija mía.

—¡Pero usted se engaña!

—Ojalá! Sin embargo, debo prevenirte lo que sucederá.

—Yo nunca daré el menor pesar a mi madre, contestó la niña con amorosa exaltación y profundo convencimiento.

—Así me gusta verte y oírte, replicó Ceferina, en el momento de llegar al cerco y que Torcuato abría la portezuela del coche con muestras de regocijo.

La mision de la mujer.

I

Luisa bajó del carruaje con el espíritu tristemente impresionado por la conversación que acababa de tener con su nodriza, si bien, por otra parte, estaba contenta de volver a encontrarse con Enrique.

El solitario salió a recibirlas, y las primeras palabras que pronunció, después de haber abrazado a Luisa y dado la mano a Ceferina, fueron: "Continúa la mejoría, y tal vez a menos tiempo del que había fijado puede levantarse, pero aun está bastante débil..."

—¿El peligro ha desaparecido del todo?

—El peligro no ha existido sino en el principio.

Entren ustedes para dentro, añadió el solitario, mientras voy a prevenir a Enrique, por si desearan ustedes verlo.

—¿Y no podríamos entrar sin decirle nada? preguntó Luisa.

—No veo el inconveniente, hija mía; seguidme, y usted también, Ceferina; venga con nosotros, pues usted permaneció afuera ayer.

Luisa y Ceferina entraron en momentos que Enrique, aprovechándose de la soledad, miraba un retrato que se apresuró a ocultar debajo de su almohada cuando sintió ruido; pero luego que reconoció a la joven, exclamó:

—Señorita! Tanta bondad!..

—¿Creía usted que no viniesemos a informarnos de su sa-

lud? contestó la jóven, tomando una silla que le presentó el solitario y que se encontraba a poca distancia del lecho del enfermo.

—¡No esperaba, sin embargo, que usted se dignase venir!

—¿Ha perdido usted la memoria, o es efecto de su debilidad el no recordar que mamita y yo le prometimos ayer una visita?

—Es verdad, señorita, pero aun así no me lisonjeaba.

—La señora no ha venido, interrumpió Ceferina, porque estaba indispuesta.

—¿Qué es lo que tiene? dijo Enrique, con el mayor interés.

—No es gran cosa, sino su malestar habitual, que algunas veces se le hace mas insoporable.

—Pobre señora! repuso Enrique, compadeciéndola.

—¿Y usted se encuentra mejor? preguntó Luisa.

—Tanto, señorita, que desearia levantarme; pero mi sabio médico me lo impide.

—Y te aseguro, hijo mío, contestó el solitario a la alusion de Enrique, que seria no solo imprudente, sino peligroso.

—Asi es, añadió Luisa; no haga usted nada que no sea con la autorizacion del señor Guzman.

—¿Estamos empleando los nombres propios?

—Como nos encontramos entre personas conocidas, no hai que estrañarlo. ¿Es acaso un secreto para mi mamá, para don Enrique o para mí que usted es el coronel don Toribio de Guzman?

—Oigo sonar tan pocas veces este nombre, que ya casi se me ha olvidado, y si estuviera en mi mano, lo legaria.

—¿A quién deseara usted hacer ese obsequio? pues así debe considerarse, porque los Guzmanes es una de las familias mas distinguidas de Chile y aun de España, donde figuran entre la primera nobleza, contando entre sus asen-

dientes a una de las primeras lumbreras del catolicismo.

—Ya yo no tengo esas vanidades, Luisa; pero aun cuando las tuviera, y por el hecho mismo de creerlas algo, quisiera hacer este insignificante don.

—¿Pero a quién?

—A Enrique.

—Yo le agradezco, señor, porque un ilustre apellido sé que goza de gran consideracion en el mundo; consideracion merecida, pues debe nacer de las virtudes o heroicos hechos de nobles ascendientes; pero sin desconocer el gran mérito de su nombre, no lo cambiaria por el oscuro que llevo y que ha llevado durante toda su vida mi virtuoso padre... Nada es el sarjento al lado de su coronel; y nada el plebeyo apellido de Lopez al lado del aristócrata de Guzman; pero antes de todo honro el nombre de mi padre...

—Tienes razon, mucha razon, hijo mio, dijo el coronel, acercándose al lecho de Enrique para estrecharle la mano en señal de aprobacion.

Luisa estaba triunfante de orgullo y Ceferina admirada, sin saber qué pensar, porque, por una parte, aprobaba cuanto habia dicho Enrique, y por otra veia que el noble apellido de Guzman valia infinitamente mas que el de Lopez, pues ella no dejaba de participar algo de las ideas de su señora, porque, educada en esas creencias, no era extraño que las conservase, aunque estuvieran en contra de su conveniencia por estar en contra de su propio oríjen.

—No hai en lo que he dicho pretension ninguna, señor, continuó Enrique, ni menos la mas lijera ofensa, pues no he hecho otra cosa que espresar lo que siento; de consiguiente, no merezco ni reproche ni alabanza.

—Lo que sientes es lejítimo y justo, y te has espresado como debieras. ¿No lo encuentran ustedes así? preguntó el solitario, dirijiéndose a Luisa y Ceferina.

—Del mismo modo, respondieron éstas.

—Gracias, señoritas, dijo el enfermo,

Ceferina preguntó al solitario si en el estado de debilidad en que se encontraba no le haría mal la conversacion.

El anciano movió la cabeza en señal de afirmacion, y Luisa y Ceferina se dispusieron para salir, convidando al sábio para que les mostrara sus curiosidades.

Este las llevó a su gran laboratorio, lleno de telas de araña, de polvos, de hosamentas, de libros abiertos, de frascos de distintos tamaños y formas, conteniendo líquidos de diversos colores, de minerales de muchas clases, de hornos, tubos, caretas de vidrio, plantas, insectos, animales, incluso los dos leones que estaba preparando.

II.

Pasada la primera sorpresa, dijo Luisa:

—¡Qué infinidad de cosas cuyo uso desconozco! Me gustaria saber todo esto.

—Lo cual te seria casi inútil, hija mia, porque ¿de qué te servirían los conocimientos de química y física, de mineralojía? Toda la ciencia de la mujer debe circunscribirse al corazón: endulzar la existencia del hombre, consolarlo en sus aficciones, guiarlo en el sendero de la virtud, despertar el santo entusiasmo de la caridad, rodearlo con el suave perfume del amor, y ennoblecer sus ideas. Hé aquí el sagrado rol de la mujer: rol sublime, inmenso, bienhechor!...

—Pero para desempeñarlo como es debido se necesitan tambien conocimientos, porque sin ellos, ¿cómo alcanzariamos ese grado de perfectibilidad que se requiere para llenar tan alta y tan noble mision.

—Indudablemente, hija mia, vosotras necesitais de instruccion, pero de una instruccion distinta; y la delicadeza misma de vuestro ser parece mostrarnos el camino que debeis seguir en la vida: el hombre debe buscar el sustento, y vosotras prepararlo: para él la fatiga, el trabajo, las asperidades de la ciencia, y para vosotras el consuelo, el alivio, la

gracia, la seducción; la poesía... Podrá causar admiración una mujer llena de sabiduría; pero en mi concepto, es preferible una llena de ternura. Yo tengo mas respeto por una buena madre y una buena esposa que por una gran filósofa o famosa literata; y me gusta mas la mujer que en el seno de su familia ejerce su modesta influencia, que la que arranca aplausos estrepitosos en el foro, en el capitolio, en la prensa.

—Pues entonces limita usted el ejercicio de nuestras facultades para imponernos siempre el yugo, ejerciendo sobre nosotras todo el peso de la superioridad del hombre, basándola en nuestra ignorancia.

—Ese es el lenguaje moderno, esas son las huecas declamaciones de los que, halagando vuestra vanidad, hablan mui alto de la emancipación de la mujer... Os quejais de vuestro destino ¡y sin embargo es el mas hermoso! ¿Quién no se postra a vuestras plantas? ¿Qué deseais que no se cumpla? ¿Qué ordenais que no se os obedezca? ¿Quereis la fuerza del hombre? ¡Pero qué os importa esa fuerza cuando imperais sobre ella! ¿Quereis adquirir sus conocimientos? ¡Pero a qué ese empeño, cuando están a vuestra disposición, cuando todo lo que con ello se adquiere, es vuestro!

—¡Y sin embargo, somos, no lo podrá usted negar, esclavas! La lei coarta nuestras facultades y nuestra libertad! Las costumbres nos obligan a considerarnos y a que nos consideren como un dije, como un adorno que se compra y que se solicita, mas por vanidad que por afecto! Y el hombre mismo, ya sea padre, marido o hijo, ejerce sobre nosotras, cuando menos, una especie de tutela, condenándonos a vivir siempre en permanente pupilage!

—Hai mucho de verdad en lo que dices, hija mia, pero tambien hai algo de exajeración; mas no seria adquiriendo conocimientos inadecuados a vuestro sexo como lograriais emanciparos, sino perfeccionando las facultades que la naturaleza os ha dado para mantener la armonia que reina en

todo cuanto existe. Someteos sin violencia al orden establecido, y conseguireis la perfeccion; el hombre no es ni vuestro vasallo ni vuestro amo, sino vuestro igual, que viene a formar, en consorcio con la mujer, una sola e idéntica unidad: la especie; pues parte tan integrante de ella es la mujer como lo es el hombre, dirigiéndose ambos a un mismo fin por caminos distintos; y tan marcada es esta línea, que lo que se considera como perfeccion en el uno seria defecto en el otro; así es que no debemos aspirar a la posesión de lo que no conviene a nuestro ser. Talvez, hija mia, no está lejos el tiempo en que te hable mas claramente sobre esta materia, y entonces te explicaré mis ideas.

—No es preciso, sin embargo, cerrarnos las puertas a la instruccion.

—Tan lejos estoi de esto, que desearia ver a la mujer tanto o mas instruida que el hombre, porque de ella depende el mejoramiento de las costumbres, de las leyes, de las instituciones; la perfeccion de la humanidad, en una palabra; pues formando ustedes nuestros gustos, es claro que tratemos de asimilarnos al ser de quien nacimos y a quien amamos; pero no por esto su instruccion debe ser la misma que la nuestra. La mujer no está hecha para subir las altas montañas ni descender a las profundidades de la tierra, donde es preciso que vaya muchas veces el hombre a buscar el sustento de la familia que la mujer cria y educa; no es preciso que aprenda la mecánica para levantar pesos enormes, construir máquinas, equilibrar e impulsar las fuerzas que Dios ha puesto a nuestro alcance y de donde nacen esas mil industrias que satisfacen diariamente nuestras necesidades; no es necesario que investigue los secretos de la naturaleza, que descomponga y analice las sustancias para hallar el origen de esas múltiples combinaciones y su principio constitutivo, es decir, su esencia, que aun no hemos descubierto y que talvez jamas se descubra, pero cuyo estudio nos ha hecho adquirir infinitos conocimientos, que han veni-

do a ser mui útiles y provechosos; no es indispensable tampoco que recorra todos los sistemas filosóficos, todas esas abstracciones metafísicas en que se pierde nuestra mente, quedando casi siempre en el mismo punto de partida: el caos, la ignorancia, la nada con que envuelve a nuestro limitado entendimiento la inmensidad de la creacion; no os sería provechoso aprendizaje el de las legislaciones de todos los pueblos, de esas instituciones diversas y muchas veces contradictorias que las han regido en épocas distintas; no, hijas mías, vosotras no sois nacidas para las asperezas de la ciencia, sino que sois la flor que ella produce y con que se adorna: toda vuestra sabiduría consiste en la caridad, en la ternura, en la gracia, en la poesía, en el hechizo infinito del amor... Adornad vuestro cuerpo y vuestro espíritu con las galas de la naturaleza; aspirad únicamente los perfumes de la ciencia para que nazca de vosotras la ambrosia que sirva al hombre de alimento y de estímulo. Sed siempre los ángeles cuyas delicadas manos, extendidas hácia nosotros nos enlacen, llevándonos al paraíso... Vuestro seno, en que ha depositado Dios el dulce misterio que sostiene con su néctar divino a la humana especie, no debe palpar sino de ternura y de caridad, para que sea siempre el regazo donde el hombre enjague las lágrimas de la ficción, donde seque el sudor de su frente agobiada, encontrando el alivio de sus penas, el descanso de sus trabajos y el sueño apacible de la felicidad... El amor es la esencia visible de Dios... vosotras habeis sido las favorecidas, luego estais más cerca de él: ¿qué más podeis desear?

— Señor, señor, ¿cómo ¡intais a la mujer! Qué palabras tan consoladoras! Casi hacen nacer el orgullo en mi corazón.

—No el orgullo, pero sí la dignidad, sí la importancia del puesto que ocupais; y tú eres, querida hija mía, digna de revindicar las injurias que los errores y preocupaciones de los hombres han hecho a vuestro sexo. No podreis jamas figuraros cuánto hemos perdido degradándoos! El hombre

que se burla de la mujer, que la engaña, que la esclaviza, que la desprecia, es un miserable que nada vale, es una bestia que no conoce ni su propia conveniencia; porque es indudable que la proporcion de nuestras goces será mayor mientras mas sea el cariño y el respeto que tengamos a la tierna compañera de nuestra existencia; y la moralidad de nuestras acciones, y la educacion de nuestros hijos, y el órden de nuestras familias, y el acrecentamiento de nuestra fortuna, todo, todo está íntimamente ligado a las consideraciones y al afecto que debemos a la mujer..

—Pero es indispensable que ella por sí misma trate de sentirlo y de infundirlo.

—No hai la menor duda: es preciso que la mujer tenga la conciencia de su propio valor; pero tambien es necesario que el hombre sepa apreciarla, pues solo de ese equilibrio nacerá la armonia.

—¿Qué felicidad debe existir en semejante union!

—Desgraciadamente jamas he participado de ella, dijo el anciano con tristeza; pero me parece que un matrimonio que tiene por base el amor y el mútuo respeto, debe ser el Eden en la tierra... ¿Pero qué de dificultades, qué de condiciones, qué de cualidades tan raras no son, sin embargo, indispensables!

—¿Entonces cree usted imposible que exista un ejemplo?

—No, hija mia; pero si no es imposible, es mui dificultoso; sin embargo, es preciso no ser exigente; y si no se puede encontrar la suprema felicidad que yo me he imaginado, no por esto debemos desmayar. Por otra parte, todos los seres no están dotados de la misma manera, y cada cual goza o sufre en conformidad de sus facultades; asi es que lo único a que debemos aspirar no es a gozar de una dicha celestial, que talvez no está en la esfera de nuestras atribuciones, sino a contentarnos perfeccionándonos.

—¿Nunca ha visto usted un enlace feliz?

—Pocos, mui pocos; pero jamás he encontrado uno igual al que yo me imagino.

—¿Y el de mis padres?

—Mi amigo Eduardo puede haber sido feliz, pero no creo que haya sido dichoso.

—¿Cuál es la distincion que establece usted entre uno y otro estado?

—El primero quizá algunas veces les es dado alcanzarlo a los hombres; mas el segundo solo lo consiguen los jenios, y los jenios que en algo participan de la esencia de Dios por el mérito de la virtud, por la fuerza de la imaginacion y por la sublimidad del talento...

—Ay! ¿estaria condenada yo a morirme sin que participara nunca de esa dicha a que aspiro con toda mi alma?

—No desconfies, Luisa: si existe alguna mujer digna de ella, eres tú... La mitad de la carrera se tiene hecha cuando el jérmen está en nuestro corazon.

—¿Pero si no se encuentra quien lo fecundice?

—Es una dificultad, no hai duda, y talvez un imposible; pero ya hai mucho terreno ganado... No desconfies, hija mia... espera...

La voz del anciano tenia un acento de tan profunda conviccion, que Luisa no pudo menos de mirarlo con esa ansiedad del que aguarda una solucion favorable...

Sin embargo, el solitario cerró sus labios y dió a su mirada un aire de indiferencia que echó por tierra las conjeturas ha agüeñas de la jóven, pues ella pensaba que iba a hablarle de Enrique.

III.

No eran éstos, empero, los propósitos de don Toribio de Guzman, pues él hubiera preferido destruir toda la esperanza de un amor naciente, que habia de encontrar dificultades insuperables, y al que por consiguiente aguardaba una lucha tenaz y quizá una desgracia inmensa... Asi es que,

obedeciendo a su reflexion, mas que a sus impresiones y a sus deseos, dijo a Luisa:

—Es necesario, hija mia, tener la ciencia, la filosofia y la resignacion suficiente para aprender a moderar nuestras aspiraciones.

—Pero usted acaba de decirme que espere y no desconfie.

—¿Y qué es a lo que aspiras?

—Al amor divino de que usted acaba de hablarme; porque, se lo confieso, siento esa necesidad en mi corazon desde mucho tiempo atras; ¡y sin embargo, a nadie he querido todavia, porque a nadie he encontrado digno!...

—¿CÓMO! ¿En esa sociedad elegante de Santiago no has hallado un jóven que te agrade?

—Que me agrade, sí, señor; ¡pero eso seria lo bastante para que yo lo amase? ¿Me estima usted tan en poco, que habria de ceder a un atractivo frívolo?

—No he pretendido esto, y tengo una idea mas alta de tu carácter; con todo, no puedo figurarme que entre los jóvenes de una sociedad elegante, fina, aristocrática, no hayas visto a nadie que llene tus aspiraciones de niña, por mas espirituales, elevadas y dignas que las considere.

—Difícil es creerlo, y sin embargo, es la verdad.

—Entonces ¿no has hallado a nadie?

—Sí...

Luisa bajó sus ojos, y el anciano la miró con fijeza, como para descubrir un pensamiento que, sin embargo, él conocia y del que no queria darse cuenta.

Hecha una pausa y sin entrar a averiguar la afirmacion de Luisa, afirmacion natural en la franqueza de su carácter, la dijo:

—Aun cuando te conozco desde la infancia y puedo apreciarte en lo que vales, aseguran lote que en mi concepto mereces mucho; y aun cuando participo de todos los secretos de tu familia por la confianza que he merecido de tus

padres, no quiero entrar en tus secretos, aconsejándote únicamente que, cualquiera que sea tu inclinación, no contraries a tu madre, porque la primera lei que Dios te ha impuesto es obedecerla y sobre todo, conservarla...

Habia una rectitud tan severa en las palabras del solitario, que Luisa se encontró confusa, no atreviéndose a comunicar el pensamiento que hubiera deseado confiarle.

Pero el anciano, si bien adivinaba la secreta voluntad de Luisa, si bien la hubiera apoyado, por el cariño que tenia a ambos, veia las dificultades y no queria alimentar una pasion que las conveniencias sociales aconsejaban extinguir. Imprudencia de su parte hubiera sido fomentar un cariño que todo, y principalmente las preocupaciones inalterables de la madre, habrian impedido; ¿para qué, entónces, dar la mas lijera esperanza? y para qué hacerse depositario de un secreto que, aun cuando habia sido confesado por una parte y adivinado por la otra, estaba en el deber de combatir para no hacerlos mas desgraciados? Esta razon indujo a decir al anciano:

—Luisa, mi querida Luisa; tú sabes bien cuanto debo a tus padres, sabes tambien el grado de afeccion que siempre te he tenido; de consiguiente, no puedes esperar de mí sino consejos que redunden en tu bienestar; en vista de esto, ¿querrias hacer lo que yo te ordenase?

—Con el mayor gusto me someto a su decision.

—Pues bien, hija mia, cumple siempre la voluntad de tu madre cuando ésta se oponga a tus deseos y no a la moralidad de tus acciones; porque puede ejercer el primer derecho, y no el último, que solo corresponde a Dios.

—Me obligo a ello.

—En ese caso, ¿renunciarias a un afecto que ella te impidiese?

—No renunciaria al afecto, porque es independiente de mi voluntad; pero no la contrariaria en sus determinaciones.

—No exijo mas: es preciso someterse a ciertas determinaciones, cuando ellas pueden precaver mayores desgracias; ¿no serias capaz de un sacrificio?

—Sí, señor, cuando la voluntad de mi madre intervenga.

—Es lo que quiero, porque sé que has de llenar tu deber.

—Dios me dé fuerzas, señor, para cumplir mis propósitos.

—En una alma grande, hija mia, el lleno de sus obligaciones, si bien puede causar dolor muchas veces, tiene tambien su recompensa, pues en el sacrificio mismo se halla la satisfaccion.

—Prometo a usted hacer cuanto me exija el deber.

—Basta, y vivo confiado, porque estoy seguro de tu felicidad, aun cuando sea a costa de tu infortunio.

—¡Felicidad en la desgracia! me parecen dos cosas incompatibles!

—Y sin embargo, hai muchos casos en que esto sucede. ¿Cuántas veces el cumplimiento de una obligacion no nos acarrea un pesar? ¿Cuántas veces el obrar bien no nos lleva a la miseria? ¿Cuántas veces la delicadeza no nos impone el sacrificio? ¿Y deberiamos, por renunciar a los disgustos del momento, hacer que enmudezca nuestra conciencia? hacer que nuestra moral se pierda? que nuestra fé muera? que nuestra virtud desaparezca? Nunca creeré, hija mia, que antepongas lo uno a lo otro.

—En verdad, señor, jamas faltaré a mi deber, cualquiera que sea el sacrificio que este me indique.

—No esperaba menos de la virtud y fuerza de tu carácter, hija mia; el triunfo de la razon es el triunfo de la conciencia, y el cumplimiento del deber es la gloria de la voluntad...

—Yo no hago esfuerzo alguno, sino que obedezco, y en la obediencia encuentro mi satisfaccion.

—Eso mismo es lo que experimenta aquel que sabe vencerse.

—Si es así, yo estoi conforme.

—Quizá, hija mia, no pasará mucho tiempo sin que me vea desgraciadamente obligado a pedirte la prueba.

—Estoi dispuesta a darla en el instante mismo.

—Lo creo; pero aun no te encuentras en lucha con otros sentimientos; cuando éstos se pronuncien, yo te preguntaré si obtas por la inclinacion o el deber.

—Seré siempre la esclava de lo último, pues no creo que cumpliendo éste pueda estar en oposicion de aquella.

—Y con todo, eso es lo que sucede en la vida con mas frecuencia.

—Sea como se sea, yo tengo mi regla de conducta y mis convicciones.

—Ojalá te conserves siempre en ellas, porque así llegarás a la perfeccion...

IV.

La pobre Ceferina escuchaba las reflexiones del solitario y las respuestas de Luisa y aprobaba las unas y las otras, porque veia en las primeras la sabiduria, y en las segundas la injenuidad unida a la prudencia, pues aquella inocente niña contestaba a las observaciones del anciano con la franqueza y la sencillez peculiar solo de la verdad; pero de esa verdad ilustrada que produce únicamente la virtud y la intelijencia.

Inter tanto, Luisa estaba tambien pensativa, pues veia, sin darse cuenta, levantarse en su interior algo que estaba en oposicion con sus principios, es decir, el afecto a Enrique, a ese artesano sin nombre pero con virtudes, sin alcurnia pero con méritos, sin fortuna, sin antecedentes, sin prestigio; tal vez sin porvenir, pero lleno de juventud, de savia, de enerjia, y a quien, sin embargo, su madre... su madre cuyos mandatos estaba obligada a obedecer ciegamente, no aceptaria jamas...

Y aquel anciano en quien ella pensaba encontrar un apo-

yo, tambien se le muestra hostil, pues no le ha hablado nada del afecto sino únicamente del deber!..

Y ella está obligada a luchar con todo!.. Ella está obligada a sacrificarse y a obedecer! Y ella tendrá que acatar las preocupaciones de su madre, porque así se lo mandan y así lo cree!.. Pues ella es esclava del deber, a ese deber es preciso sacrificar la vida, y lo que es mas aun, la afeccion... .

Sea como se sea, Luisa está resuelta y no hai nada que la obligue; no hai nada bastante poderoso que la compela a causar a su madre un pequeño disgusto. Sacrificará su vida, ahogará sus afecciones, pero no hai causa en este mundo que sea bastante fuerte para que llegue a faltar al deber, para que la obligue a dar a la autora de sus dias el pesar mas ligero. Luisa podrá morir, así lo piensa, así se lo ha propuesto, pero nunca faltará a lo que ella, en la legítima exaltacion de su amor, cree su deber de hija... Si su madre se equivoca, si vive en el error, ¿tiene ella acaso el derecho de llevarle la amargura? Puede acibarar sus ancianos dias con una desobediencia, quizá justificable para el mundo pero nunca para su corazon? Llena de tan tristes ideas, Luisa permanecia silenciosa pero resuelta a sacrificarse.

El solitario, viéndola tan abatida no pudo menos de decirle: "en este mundo, hija mia, se suceden los acontecimientos mas imprevistos y nunca nos es dado desesperar."

—Tambien dicen que hai males sin remedio...

—Tú eres de aquellas personas que con razon pueden denominarse felices, y no veo el motivo que sea causa de tu amarga afliccion.

—Cosas de niña, dijo Ceferina, a quienes por lo jeneral la mas pequeña contradiccion asusta.

—Pero hasta aquí no hai el menor motivo, repuso el anciano, dirigiéndose a la jóven, que pueda causarte el menor pesar.

Luisa, sin contestar palabra, tomó el brazo del solitario y le dijo: "ya es tarde, vamos a despedirnos del enfermo."

Enrique aguardaba con ansia que volvieran los visitantes, y en su pálido semblante pudo conocerse la alegría cuando los vió entrar al cuarto.

Este fugaz momento de felicidad se cambió en tristeza al anunciarle Luisa su partida.

—¡Tan luego!... exclamó Enrique; pero en ese *tan luego* se traslucía un fondo de melancolía, habiendo sido pronunciado con un acento tan desgarrador, que el enternecimiento se comunicó, con mas o menos fuerza, a todos los que estaban presentes, y a tal punto, que el anciano no pudo menos de decirle a Luisa:

—Aun es temprano... quédate un momento mas.

—Está bien, contestó ésta.

Los ojos de Enrique brillaron de placer y de reconocimiento al ver la condescendencia de la jóven.

—Yo me encuentro cada día, cada instante mejor, continuó, y creo que luego tendré el gusto de estar capaz para continuar el trabajo.

—No se apresure usted por esto, le respondió Luisa, pues sus compañeros desempeñan mui bien sus quehaceres.

—Me lo figuro; son buenos muchachos y harán todo lo que puedan, pero...

—Pero es preciso que adquieras toda tu fuerza, dijo el anciano, interviniendo en la conversacion.

—Así debe ser, replicó Ceferina, pues de otra manera estaria espuesto a una recaída.

—En esta clase de enfermedades la única recaída que puedo temer es volverme a encontrar con un leon, y esta seria una nueva felicidad, contestó Enrique sonriéndose.

—Felicidades como esa, repuso Luisa, solo una vez en la vida se experimentan, porque la dicha está cercana a la muerte...

—Ayl yo habria deseado morirme entonces!...

—¿Tanto le pesa a usted la existencia, o sus dolores son tan grandes, que, por no experimentarlos, desea usted dejar de vivir?

—No siento mis dolores... Mi cuerpo no padece, porque creo que vivo únicamente por el espíritu... ¿Pero cómo no echar de menos el momento en que uno pudo haber muerto feliz?

—Yo creía, interrumpió el solitario, que notaba el jiro peligroso que tomaba la conversacion, que no habia un instante dichoso para morir, porque la muerte por sí misma es el último y el peor momento, de la vida del hombre, y a nadie habia oido jamas espresarse de tal manera, pues es contrariar las leyes de la naturaleza.

—No sé, señor, si quebranto esas leyes, ni me cuido de ello, pero lo que sé es lo que yo mismo experimento y que espreso con toda verdad.

—Sé el poder que tiene para los jóvenes esa especie de romanticismo y conozco que el peligro es muchas veces un incentivo.

—Y entonces, ¿por qué echarme en cara lo que usted mismo parece aprobar y confesar?

—Vamos, no hablemos de esto, repuso el anciano, porque es justamente esa exaltacion de ideas la que trató de combatir, pues ella es la que hace huir el sueño de tus párpados, y el sueño es el principal alimento y el que te trae una pronta mejoría. Hasta aquí he estado forzando a la naturaleza por medio de medicamentos para poder darte algun descanso, y has dormido solo en virtud de ciertos narcóticos que te he suministrado; pero es indispensable que el sueño venga naturalmente para recuperar la salud, y éste no vendrá si tu imaginacion se exalta.

Luisa y Ceferina, si bien hubieran querido prolongar mas su visita, conocieron las justas observaciones del solitario y trataron de retirarse para que el paciente descansase.

Enrique se sometió con resignacion a esta dura necesidad,

que él no podía, por otra parte, vencer, porque ¿con qué derecho hubiera solicitado que prolongasen su visita?

Las dos señoras se despidieron al fin, y el anciano salió a acompañarlas, asegurándoles en el camino que, a pesar de lo que había dicho, en lo que existía mucho de verdad, Enrique se encontraba mejor y se restablecería antes de lo que había pensado al principio.

Y el sabio afirmaba esto, fundado mas en su experiencia de hombre que en sus conocimientos profesionales, porque no ignoraba que un espíritu joven, ardiente, apasionado, y sobre todo mecido por una esperanza halagüeña, operaba siempre una reacción provechosa en la materia, porque casi jamas sucumbe el cuerpo cuando el alma está llena de felicidad, cuando se encuentra envuelta en los vapores de una pasión venturosa y por la cual se han hecho sacrificios y por la cual se padece; pues el sufrimiento en ese caso llega a tornarse en lo que tiene de mas delicado, de mas esquisito la felicidad.

Luisa también estaba llena de esa aureola luminosa que lleva consigo el amor, y a traves de cuyo diáfano prisma miramos el mundo y cuanto nos rodea con placenteros colores. Así es que las dificultades que tenía que vencer y las penas y contrariedades que principiaban estas a causarle, había momentos en que se le presentaban alegres y risueñas, y hasta los sufrimientos de Enrique, salvada la inquietud, tenían algo de dulce, de delicioso, de tierno... porque esos dolores los había ella causado, tenía una parte en ellos, los experimentaba tanto o mas que él, y por consiguiente, podía considerarlos como propios; y mas que todo, como, precursores de una dicha inefable... ¿Quién puede afirmar que el amor no tenga sus egoísmos? Pero qué inmenso mar de delicias recíprocas no hai en ese egoísmo, al parecer de uno solo, pero que es tan mútuo, tan idéntico, tan uno, que la personalidad desaparece para confundirse en otra personalidad mas querida que la propia. Si Enri-

que se sentia feliz por lo que habia hecho, ¿por qué no lo habia de estar Luisa? Si ya se habia unificado a él, por qué no experimentar lo mismo? Hai en esta clase de sentimientos tal solidaridad, que es imposible, no solo separar los intereses, sino distinguirlos. El sentimiento como el goce, es el mismo y recorre un circuito idéntico, abrazando a dos almas que vienen, por el misterioso lazo del cariño, a formar una sola unidad...

I

Confianza por confianza.

I

Luisa llegó a las casas de la hacienda entregada a sus pensamientos. Todo cuanto tenía relación con Enrique la interesaba; así es que al día siguiente mandó un propio a San Fernando para ver si no había cartas de Santiago, es decir, si no le había contestado Mercedes a la que ella le había escrito y en que le confesaba el amor que sentía por su hermano.

Este deseo de ocuparse constantemente del ser que se ama, es tan natural, que habrá muy pocos no lo hayan experimentado, y Luisa también sentía, y quizá con más violencia que cualquier otro, cuanto que su cariño era más intenso, y era más intenso cuanto que era más virtuoso, cuanto que se fundaba, a más de la simpatía, en el sacrificio y en el aprecio, pues estas son las únicas afecciones que se arraigan, crecen, se desarrollan y duran tanto cuanto dura la vida del ser que las experimenta.

El propio trajo, en efecto, una carta que venía dirigida a Luisa, conteniendo bajo su cubierta otra para Enrique, pues Mercedes se había apresurado a contestar, en el mismo día, la interesante correspondencia de su amiga, que la colmaba de alegría con el inaudito acontecimiento que le comunicaba; porque Mercedes, a pesar del gran cariño y aprecio que tenía por su hermano, jamás se había lisonjeado con que Luisa llegase a quererlo; y ver confirmado este sueño estra-

yagante por su amiga misma, le parecia una cosa sobrenatural, quedando tan contenta, o mas quizá que si se hubiese tratado de ella misma.

La carta de Mercedes para Luisa era la siguiente:

"Santiago, noviembre 10 de 1850.

"Luisa, mi noble, mi querida, mi inolvidable amiga... Te hablo con esta familiaridad que me has permitido, que me has ordenado que tenga; pero en el interior de mi corazón no puedo menos que conservar en sumo grado el respeto que debo a tus virtudes, a tu posición, a tu mérito, y que sin embargo has querido que desaparezca en la intimidad de nuestras relaciones, si bien la sociedad no me permitiría a mí esta franqueza, ni te perdonaría a tí esa condescendencia; pero tú, mas grande mientras mas modesta, mas elevada mientras mas humilde, has querido asimilarme a tí, y yo no hago otra cosa que obedecerte... ¿Falto en esto? ¿Me criticaría el mundo? Puede ser; pero tú me perdonas y me autorizas; ¿qué mal hago entonces? ¿y quién, por otra parte, ha de ver jamas mi pobre correspondencia?

"Hablando contigo, para tí me parecen una nimiedad mis excusas y me avergüenzo de haberme ocupado de ellas antes de entrar a contestarte tu inestimable carta.

"¿Con que quieres a Enrique, mi adorada Luisa? Si pudiera pintarte el orgullo, la satisfacción, la felicidad sin límites que tu franca confesión me ha causado, me hubiera sido imposible hacerlo! ¿Tú querer a mi hermano!... ¿Es verdad lo que me dices? Puedo dar fé a tus palabras? Me es dado experimentar tanta dicha? Todavía no me persuado, a pesar de haber leído tu carta cien mil veces. ¿Cómo creer que pudiera yo esperar una fortuna igual? Llamarte, no solo mi amiga, sino mi hermana, por el afecto que me dices profesas a Enrique, ¿qué felicidad! Nunca he sido ni nunca había pensado ser mas dichosa que desde que he tenido la fortuna de conocerte... Tú has sido para mí todo... mi ins

titutriz, mi protectora, mi amiga, mi dechado, mi divinidad: ¡y esta divinidad quiere ahora descender hasta el punto de ser mi hermana!...

"¿Sabes, Luisa, qué Enrique no tiene el mérito que te figuras? ¿Quién no habría espuesto gustoso su vida por tí? ¿Dónde entonces está el sacrificio, cuando no ha hecho mas que cumplir con su deber? Yo no veo el hombre que no habiese muerto gustoso por tí. ¿Por qué, pues, considerar su acción mas meritoria que lo que lo es en realidad? Si cualquier otro hubiera hecho lo mismo, ¿dónde está su importancia? No te ilusiones, querida mia, mira las cosas como son en sí; pero no dejes de amarlo, te lo suplico, aunque no lo merezca, porque me parece que seria él tan feliz!...

"No temas, sin embargo, que me atreva jamas a comunicarle tu afecto: esto seria traicionar tu amistad y obrar en contra de los intereses de mi hermano, porque él, sabedor de tu cariño, talvez no trabajaria por hacerse digno de tí, y es indispensable que esto suceda; pues de otro modo, ni tú ni yo apoyariamos pretensiones injustificables: para aspirar al afecto de mi Luisa es preciso llegar a ser un ánjel como lo es ella!...

"Mis padres están lo mas contentos con que Enrique te haya salvado, y no tienen la menor inquietud por su salud, desde el momento que está al lado de ese venerable y sabio anciano por quien el sarjento Lopez tiene tan profundo respeto y su hija tanta gratitud... ¿Por qué no puedo ir a hincarme de rodillas delante de él y manifestarle mi admiración y mi reconocimiento?...

"Dime cómo se halla la importante salud de tu mamá. Tú sabes cuánto la debo y cuánto la quiero y respeto; de consiguiente, es preciso que me hables siempre de ella, porque no te perdonaria jamas este olvido que me traeria inquietud y me haria sufrir.

"No dejes tambien de hablarme de la señora Ceferina, a quien tú quieres tanto y de cuyo cariño yo participo en gran

parte; pero, sobre todo, escribemo largo, mui largo de ti misma, sin que dejes de mezclar dos palabras sobre Enrique.

—Ahora, mi adorada Luisa, voi a pagarte confianza con confianza... Yo tambien creo amar!... Y si es verdad que no siento lo mismo que tú, o que no me espreso con igual vehemencia, no es menos cierto que se ha desarrollado en mí un afecto nuevo y desconocido, el cual, perdóname que te lo diga, ha contribuido no poco a minorar el pesar que me causa tu ausencia, sin destruirlo por esto del todo, porque él mismo me lo fomenta con sus conversaciones, que por lo regular tienen a tí por obligado tema, manifestándome siempre tan profunda admiracion por tus virtudes, que estoy verdaderamente encantada, lo cual debe haber sido una de las causas que me han obligado a quererlo.

—Ya veo que estás inquieta, y que me preguntas quién es el pobre mortal que ha tenido el mal gusto de dirigirse a mí? Voi a sacarte de incertidumbre: ¿te acuerdas de mi vecino artista cuyo taller te dignaste visitar en una o dos ocasiones sin que lográsemos encontrarlo? Pues bien, amiga mia, es el mismo; es Víctor, que, cada día mas obsequioso, especialmente desde tu partida, no ha dejado un solo instante de llenarnos de atenciones, con un interes tal, que no puede nacer, a pesar de mi ignorancia para juzgarlo, sino del amor; y aun cuando hasta el presente no me haya dicho una sola palabra a este respecto, sin embargo, todo cuanto hace me lo revela y mi mismo corazon me lo anuncia.

—Podria equivocarme? No lo creo, Luisa; y si asi fuera, tendria un desengaño atroz... porque lo quiero con toda mi alma; porque el momento que no está a mi lado, sufro..

—¿Es asi el amor, amiga mia? Talvez; pero puedo asegurarte que entre tí y él, preferiria estar contigo. ¿Será entonces que no lo quiero lo bastante? O el cariño de la amistad es mas fuerte que el de la pasion? No pretendo averiguarlo ni tampoco me importa, porque tal cual soi me encuentro feliz, y porque tendria un verdadero remordi-

miento si alguna otra persona que no sean mis padres y mi hermano ocupara en mi corazon el lugar que tú tienes.. Yo puedo querer, Luisa, pero a nadie igual a tí, y no tendria el menor rebozo en confesarlo a él mismo si me lo preguntase. ¿Qué mal haria en decir la verdad? Ninguno; pues si él te aprecia en tan alto grado como me lo manifiesta, nada hai mas natural que me comprenda..

"¡Cuánto diera por verte, mi divina Luisa! Si fuera posible comprar esta felicidad a costa de una parte de mi vida, no regatearia los dias ni los años por proporcionarme tal dicha!.. El cariño que me has inspirado es tan sincero y tan grande, que estaria contenta con que tú participases para conmigo de solo la mitad del mio, pues con ella me consideraria suficientemente recompensada.

"Ama cuanto mas puedas a tu pobre Mercedes, que carece de voces para explicarte lo que en realidad te quiere, pues la harias tan feliz como nunca habia esperado serlo.

"Recibe de mis padres su gratitud y sus recuerdos y ponme a los piés de tu mamita, sin olvidar un fuerte abrazo para la señora Ceferina, y para tí las mas cariñosas caricias de tu invariable amiga.."

"MERCEDES."

"P. D. Sírvete dar a Enrique la carta inclusa."

II.

Luisa leyó muchas veces la carta de su jóven amiga con gran satisfaccion, si bien experimentaba alguna inquietud por el nuevo afecto de Mercedes, es decir, por el cariño que confesaba, en su injenuidad de niña, por aquel pintor a quien ella hubiera deseado encontrar para formar su juicio, pues presentia de antemano lo que habia de suceder, lo que en la actualidad pasaba, y aun cuando no tenia motivo alguno de desconfianza, experimentaba temores que no estaba en su mano dominar, prevencion exactamente igual a la que

sufria tambien Enrique, que, como ella, nunca lo habia visto.

Al siguiente dia mandó Luisa al enfermo la carta de su hermana, que Enrique recibió con el mayor regocijo y que estaba concebida en estos términos:

"Santiago, noviembre 10 de 1850.

"Mi querido hermano:

"Sé el motivo porque no me has escrito, pues Luisa me lo dice. Has sido mui feliz en libertar a mi amiga, y te doi por ello las gracias. ¡Pero cómo debes tú estar de complacido!... ¡Salvar a la mujer que se ama! ¡Qué felicidad!... Me parece que eres el mas dichoso de los hombres, y yo participo de tu alegría, sin quererla comparar a la mia!...

"Pero no te ilusiones, mi querido hermano; lo que has hecho por ella lo habrias hecho por cualquiera otra. ¿Cuál es entonces tu gran mérito? Yo no lo veo, y no tienes derecho de aspirar por esto a tu cariño...

"Adórala, pero elévate... La esperanza no puede estar basada sino en la grandeza... El mérito no se obtiene sino con el mérito, y la suprema felicidad es inseparable de la virtud: esta ha sido la educacion que nos han dado nuestros dignos padres y esta debe ser tambien la aspiracion noble de tu pecho que jamas desmentirás, ¿no es verdad Enrique? y que ahora mas que nunca debes seguir y obedecer, porque ahora mas que nunca es indispensable y necesaria; pues si tienes la orgullosa pretension de aspirar a Luisa, es preciso que te asimiles a ella o que seas mas que ella; pero aun te faltan muchas gradas que subir para llegar al trono...

"No te desanimo, mi querido Enrique, como en mi carta anterior: ¡pero qué de méritos, qué de virtudes, qué de heroicidad es necesario que llegues a poseer!... Por tí, por ella, por tu amor mismo es indispensable que te eleves a mucha altura; sin esto, todo se perderia.

"Mis consejos, si no tienen la esperiencia de los años, no

carecen de la de los sentimientos del corazón, que, si no ilust-
tran, al menos no engañan, y tal vez pueda ser la mejor guía,
porque nos enseñan el camino de la inocencia...

"Me parece que tú mismo no puedes menos, de hacermé
justicia, si consultas tu elevación y rectitud interior.

"Mis padres están contentos de tí y te recuerdan con gusto,
como debes figurártelo, en todos los instantes, pues todas
sus conversaciones se refieren a tí, deseando con ansia el
momento de verte.

"Nada te hablaré de mí por ahora, pero lo haré en mi
próxima carta. Te considero feliz y no quiero distraerte.

"Tu hermana

"MERCEDES."

Luisa continuó yendo al cortijo del solitario durante los
diez o doce días que duró la enfermedad de Enrique, acom-
pañada algunas veces de la señora doña Juana y otras de
Ceferina; pero a medida que se reponía la salud del joven,
ella se mostraba mas reservada o menos expansiva, quedán-
dose tambien corto tiempo, lo cual tenia a Enrique suma-
mente triste y desazonado: porque aun cuando nada espe-
raba de ella, creia, sin embargo, notar alguna diferencia en
el trato, que, en su opinion, le era desfavorable; y por mas
que reflexionaba no atinaba con la causa que pudiera ha-
berla motivado, considerándose las mas veces culpable de
alguna falta que sin saber hubiera cometido, pues su ino-
cencia le impedía conocer ese juego de las pasiones, que ha-
bria sabido distinguir con mayor experiencia.

III.

Una de esas noches de insomnio que con tanta frecuencia
pasaba desde el principio de su enfermedad, encontrábase
mas abatido que de ordinario, y como parece que en esos
momentos de tristeza es cuando el hombre, desprendiéndose
de este mundo, se eleva hacia la Divinidad, dijo al solitario,
que con frecuencia velaba en su cabecera.

—No sé por que, señor, durante las largas noches que he pasado sin cerrar mis ojos, se me han ocurrido ideas nuevas que, si bien en otras ocasiones se habían presentado a mi fantasía, jamás me había detenido en ellas, como me ha sucedido ahora.

—¿En qué has pensado, hijo mío?

—Le he oído a usted hablar con tanta frecuencia de Dios, de religión, de voluntad, de instituciones, de miseria humana, de armonía, de reformas, etc., que indudablemente se han grabado en mi imaginación todas esas cosas, pues siempre se me vienen a la mente, tratando de definir las sin jamás conseguirlo; sin embargo, desearía saber algo sobre todo esto.

—¿Y podré yo enseñártelo?

—Si no es usted que posee tesoros de bondad y de ciencia, ¿quién puede serlo? Usted me ha prometido ser mi guía; ¿porqué no mostrarme el camino?

—Porque yo mismo lo ignoro... Las generaciones se han sucedido las unas a las otras y el hombre todavía permanece a oscuras, no solo respecto a lo que no está en contacto con él, sino a lo que se relaciona inmediatamente.

—Es posible! ¿Entonces todo es ignorancia, caos, tinieblas? ¿Y cómo podré yo aprender la verdad que tanto amo y necesito?

—He prometido conducirme, he prometido enseñarte lo que sé, y estoy dispuesto a cumplir fielmente mi palabra; pero debo prevenirte que en el vasto terreno que comprende tu interrogación, no te diré mas que mis conjeturas. Faltaría a mi buena fé y al cariño que te profeso si te presentase mis opiniones como verdades absolutas; no tengo la presunción de los sabios ni las creencias ciegas e invariables de los fanáticos; no tengo tampoco el aplomo de los políticos ni la arrogancia sistemática de los reformadores; de consiguiente, mis ideas puedes desecharlas o aceptarias segun te convengan o no, porque no pretendo que nadie crea

en ellas, puesto que la forma actual de mi pensamiento puede cambiar en virtud de nuevas modificaciones, porque lo que te diga en religion, en sociabilidad, en política no tiene mas asidero que mi reflexion, y esta es tan fácil que se alucine y engañe; pero ya que no me es dalo prometer la seguridad que buscas, encontrarás la sinceridad en mi misma franqueza, dejando a tu entendimiento libre el terreno de la induccion.

—No tiene usted idea, señor, de lo agradecido que le estoy por esa enseñanza.

—Ya te he dicho que no enseño sino que espongo; pero creo que puedes sacar alguna utilidad de mis observaciones. Habia pensado comenzar tu educacion por la exposicion de estas grandes ideas, que forman la historia de la vida del hombre, y me complazco en que hayas sido tú mismo el que me ha traído a este terreno, porque esto me prueba que tu espíritu está dispuesto y que la semilla que en él se eche no se perderá. Ahora, por lo que respecta al otro jénero de conocimientos, te los enseñaré por la práctica; pues siendo experimentales, no están sujetos a la controversia ni a la duda; pero para esto es preciso que te quedes conmigo, al menos mientras permanezcas en la hacienda para aprovechar algunas horas de la noche, que de otra manera seria imposible encontrar, a causa de tus ocupaciones del dia.

—Ya lo habia pensado, señor, pero no me atrevia a pedirle esta nueva gracia.

—Que debe serte bastante dolorosa: ¿no es verdad, amigo? dijo el solitario sonriéndose.

—No lo oculto, señor, pero me parece necesario.

—Me agrada infinito, hijo mio; que aprendas a vencerte y a ser bastante dueño de tí mismo para preferir siempre lo útil a lo agradable; pues si perdieras ahora la ocasion de instruirte por el placer de ver a Luisa, te arrepentirias mas tarde y me hubieras obligado a formar la opinion de que eras incapaz de trabajar por llegar hasta ella.

—¿Cree usted que es posible? Hace dias que la señorita me mira con marcada indiferencia.

—Nada puedo decirte sobre este particular, hijo mio; no quiero ni quitarte ni darte esperanzas; pero te aconsejo que trabajes en todo sentido, y principalmente en cultivar tu inteligencia y en formar tu corazon en la práctica constante de la virtud, que es lo que ella aprecia mas, siendo ésta quizá la única manera de fijarla. Por lo que hace a la indiferencia de que crees haberte apercebido, no soy de tu misma opinion, y puedes estar seguro de lo que te digo, Enrique: yo noto, al contrario, que cada dia ganas en su estimacion.

—¿Se lo figura usted?

—No tan solo me lo figuro sino que estoy cierto.

—¿Si fuese así...

—Trabaja, trabaja, hijo mio, sin dejarte seducir por la esperanza ni abatir por la desconfianza; pues tanto la una como la otra nos lleva a una situacion que a todo trance debe el hombre evitar: la inaccion.

—Si usted se digna ayudarme, no será la constancia la que me falte.

—Lo que una vez he prometido, lo cumplo; puedes contar conmigo.

—Dios lo recompensará, señor; pero ya que hablamos de Dios, ¿querria usted, si no se encuentra fatigado, que entrásemos en materia?

—Con el mayor gusto, amigo mio, pero con la espresa condicion de que me interrumpirás cuando quieras; ya sea para preguntarme lo que te parezca dudoso u oscuro o para combatir lo que creas absurdo; pues para tratar materia tan importante se necesita hacerlo con la mayor claridad posible; porque te advierto, Enrique, que estas cuestiones agitan todavia al mundo y talvez ocupen la vida del hombre por toda una eternidad; de consiguiente, es preciso consagrarles la mayor atencion, porque ellas formarán tus

ideas y dirigirán tus actos durante el tiempo de tu existencia y aun mucho mas alla que ella, pues el pensamiento se enjendra, produce y se esparce tanto o mas que la semilla a quien fecundiza la tierra.

—Lo escucho, señor, con el mayor interes; pues sus lecciones, estoi persuadido, me serán sumamente provechosas.

—Lo creo, hijo mio; pero te las daré a su debido tiempo. Por el momento, aun cuando te parezca lo contrario, tienes preocupado tu espíritu, y la filosofia es una planta que necesita la tranquilidad. El agricultor que, fuera de tiempo, echase la simiente al campo, ¿no cometeria un disparate? ¿no se espondría a perderla? Indudablemente, y yo no quiero esponer la mia. Sé que tienes buena voluntad, sé que me escucharás con atencion; ¿pero eres acaso completamente dueño de tí mismo? ¿Quién puede, hijo mio, cuando se está preocupado por una sola idea, dominarse hasta el punto de desterrarla de su imaginacion? Mui pocos, talvez nadie; y a mí no me agrada perder mi semilla. Tengo la costumbre de esperar y esperaré, porque es la ocasion la que busco, sabiendo por experiencia que es esa misma ocasion la que consigue el provecho.

Tu te encuentras mejor; estás impaciente por ir a las casas, por ver tu trabajo y por... ¿qué extraño es que no me escuches? Dejaremos, pues, mis lecciones para otro momento, e inter tanto, goza con tu pensamiento...

La esperanza de amor.

I.

Feliz Enrique con la idea de ir al día siguiente a ver a Luisa, durmió tranquilo; de manera que al despertar se encontró fresco y ágil, casi como en los mejores tiempos de robustez y de salud; tal es el poderio que ejerce en nosotros la felicidad, cuya sola expectativa hace que los dolores del cuerpo desaparezcan, creyéndose uno libre de los males que poco antes lo aquejaban.

Vistióse Enrique mui de madrugada, encontrándolo el solitario ya en disposición de partir cuando vino a buscarlo.

—Qué diligente estás, Enrique! le dijo el anciano con una sonrisa llena de bondad.

—Hacia tanto tiempo, señor, que no salía, y el deseo de ver el estado en que se encuentra el trabajo...

—¿Nada mas que esto?

El joven se ruborizó y bajó los ojos.

—Vamos, amigo mio, confiesa que esas no son las principales causas de tu diligencia.

—Es verdad... y Enrique volvió a inclinarse nuevamente.

—Conmigo debes tener entera confianza, y no te sienta bien esa reserva ahora que yo sé todo y talvez mas de lo que me has dicho.

—No es reserva, señor, lo que experimento, sino un sentimiento de pudor o de vergüenza por mi temeridad.

—¿Qué quieres decir con eso de temeridad?

—Quizá no me explico bien, pero veo que hai una insolencia injustificable de mi parte en el solo hecho de atreverme a pensar en ella. Si supiera lo que pasa en mi corazon, me moriria de vergüenza y no tendria jamas valor de ponerme ante su vista.

—¿Y por qué?

—Porque la mas lijera señal de burla o de desprecio me mataria; y ella talvez estaba en el derecho de hacerlo al ver mi temeridad.

—Aprende, amigo mio, a conocer bien a Luisa: esa niña tiene mucha elevacion y mucha bondad en el alma para mofarse de nadie y menos de personas a quienes aprecia y quiere, como a tí, de quien está realmente agradecida.

—No me aliente usted con una vana esperanza; mire que la decepcion seria terrible.

—Bajo ningun aspecto pretendo esto. No es mi objeto alentar ni disminuir tu confianza, pues yo he hablado únicamente de aquel cariño y de aquel aprecio que naturalmente inspiran jóvenes buenos como tú, y no de sentimientos de otra naturaleza.

—Mas vale así, contestó Enrique con aire triste: yo sé lo que ella vale y lo que yo soi.

—En verdad, hijo mio, que nunca he conocido, que nunca he visto una joven igual; pero esto no seria motivo para que te desanimes del todo y pierdas hasta la mas remota esperanza, sino para que te empeñes en llegar hasta ella.

—¿Lo cree usted posible?

—La voluntad, amigo mio, es el agente mas poderoso de que dispone el hombre; pero dado caso que no lo consiguieras, ¿qué habrias perdido? Toda la ventaja estaria de tu parte, pues mientras mas hubieras batallado, mayor seria la ganancia; porque mientras mas trataras de asemejarte a ella, mas te perfeccionarias.

—Ya lo veo; pero esta lucha es para mí de vida o muerte.

—Entonces sé prudente y abandona la partida antes de comenzarla.

—¡Dejar de amar a la señorita Luisa!... Imposible, señor, imposible...

—Si es así, trata de merecerla.

—Esta es la dificultad; si todo dependiese de mí, no habría obstáculo que me resistiera, y tendría la seguridad de llegar a ella algún día.

—No hai duda, hijo mío, que existen cosas ajenas de nosotros, pero ya es mucho contar consigo mismo... No te lisonjees con un buen éxito, ni te desanimen tampoco los obstáculos; mejórate, trabaja constantemente y espera: este es el consejo que ya te he dado y que te repito de nuevo. Nada mas puedo decirte, porque seria imprudente y vano... Yo velaré sobre tí y sobre ella; esta es la mejor prueba que puedo darte de mi amistad y del interes que tengo en la dicha de ambos.

—Gracias, señor, gracias, exclamó Enrique enternecido; y tomando la mano del anciano, la llevó a sus lábios.

—La gratitud viene despues del servicio, y todavia nada me debes a este respecto; guárdala; pues, para su debido tiempo, y mientras tanto montemos a caballo y vamos a hacer nuestra visita, que supongo te será mas agradable que nuestra conversacion.

—No niego el placer que tendré; pero con usted tambien estoy contento.

—No disputaremos sobre esto, hijo mío, y aprovechemos el tiempo para llegar antes que el sol caliente, pues podria hacerte daño.

Los caballos estaban preparados y nuestros viajeros se pusieron en marcha con el aire fresco de la mañana.

Enrique iba contento. ¿Quién no lo está cuando se encamina a ver a su amada?

La conversacion del solitario era tan amena como instructiva; siempre agradaban y siempre interesaban sus na-

—Quizá no me esplico bien, pero veo que hai una insolencia injustificable de mi parte en el solo hecho de atreverme a pensar en ella. Si supiera lo que pasa en mi corazon, me moriria de vergüenza y no tendria jamas valor de ponerme ante su vista.

—¿Y por qué?

—Porque la mas lijera señal de burla o de desprecio me mataria; y ella talvez estaba en el derecho de hacerlo al ver mi temeridad.

—Aprende, amigo mio, a conocer bien a Luisa: esa niña tiene mucha elevacion y mucha bondad en el alma para mofarse de nadie y menos de personas a quienes aprecia y quiere, como a tí, de quien está realmente agradecida.

—No me aliente usted con una vana esperanza; mire que la decepcion seria terrible.

—Bajo ningun aspecto pretendo esto. No es mi objeto alentar ni disminuir tu confianza, pues yo he hablado únicamente de aquel cariño y de aquel aprecio que naturalmente inspiran jóvenes buenos como tú, y no de sentimientos de otra naturaleza.

—Mas vale así, contestó Enrique con aire triste: yo sé lo que ella vale y lo que yo soi.

—En verdad, hijo mio, que nunca he conocido, que nunca he visto una joven igual; pero esto no seria motivo para que te desanimes del todo y pierdas hasta la mas remota esperanza, sino para que te empeñes en llegar hasta ella.

—¿Lo cree usted posible?

—La voluntad, amigo mio, es el agente mas poderoso de que dispone el hombre; pero dado caso que no lo consiguieras, ¿qué habrias perdido? Toda la ventaja estaria de tu parte, pues mientras mas hubieras batallado, mayor seria la ganancia; porque mientras mas trataras de asemejarte a ella, mas te perfeccionarias.

—Ya lo veo; pero esta lucha es para mí de vida o muerte.

—Entonces sé prudente y abandona la partida antes de comenzarla.

—¡Dejar de amar a la señorita Luisa!... Imposible, señor, imposible...

—Si es así, trata de merecerla.

—Esta es la dificultad; si todo dependiese de mí, no habría obstáculo que me resistiera, y tendría la seguridad de llegar a ella algún día.

—No hai duda, hijo mío, que existen cosas ajenas de nosotros, pero ya es mucho contar consigo mismo... No te lisonjees con un buen éxito, ni te desanimen tampoco los obstáculos; mejórate, trabaja constantemente y espera: este es el consejo que ya te he dado y que te repito de nuevo. Nada mas puedo decirte, porque seria imprudente y vano... Yo velaré sobre tí y sobre ella; esta es la mejor prueba que puedo darte de mi amistad y del interes que tengo en la dicha de ambos.

—Gracias, señor, gracias, exclamó Enrique enternecido; y tomando la mano del anciano, la llevó a sus lábios.

—La gratitud viene despues del servicio, y todavia nada me debes a este respecto; guárdala, pues, para su debido tiempo, y mientras tanto montemos a caballo y vamos a hacer nuestra visita, que supongo te será mas agradable que nuestra conversacion.

—No niego el placer que tendré; pero con usted tambien estoi contento.

—No disputaremos sobre esto, hijo mío, y aprovechemos el tiempo para llegar antes que el sol caliente, pues podria hacerte daño.

Los caballos estaban preparados y nuestros viajeros se pusieron en marcha con el aire fresco de la mañana.

Enrique iba contento. ¿Quién no lo está cuando se encamina a ver a su amada?

La conversacion del solitario era tan amena como instructiva; siempre agradaban y siempre interesaban sus ca-

—Quizá no me esplico bien, pero veo que hai una insolencia injustificable de mi parte en el solo hecho de atreverme a pensar en ella. Si supiera lo que pasa en mi corazon, me moriria de vergüenza y no tendria jamas valor de ponerme ante su vista.

—¿Y por qué?

—Porque la mas lijera señal de burla o de desprecio me mataria; y ella talvez estaba en el derecho de hacerlo al ver mi temeridad.

—Aprende, amigo mio, a conocer bien a Luisa: esa niña tiene mucha elevacion y mucha bondad en el alma para mofarse de nadie y menos de personas a quienes aprecia y quiere, como a tí, de quien está realmente agradecida.

—No me aliente usted con una vana esperanza; mire que la decepcion seria terrible.

—Bajo ningun aspecto pretendo esto. No es mi objeto alentar ni disminuir tu confianza, pues yo he hablado únicamente de aquel cariño y de aquel aprecio que naturalmente inspiran jóvenes buenos como tú, y no de sentimientos de otra naturaleza.

—Mas vale así, contestó Enrique con aire triste: yo sé lo que ella vale y lo que yo soi.

—En verdad, hijo mio, que nunca he conocido, que nunca he visto una joven igual; pero esto no seria motivo para que te desanimes del todo y pierdas hasta la mas remota esperanza, sino para que te empeñes en llegar hasta ella.

—¿Lo cree usted posible?

—La voluntad, amigo mio, es el agente mas poderoso de que dispone el hombre; pero dado caso que no lo consiguieras, ¿qué habrias perdido? Toda la ventaja estaria de tu parte, pues mientras mas hubieras batallado, mayor seria la ganancia; porque mientras mas trataras de asemejarte a ella, mas te perfeccionarias.

—Ya lo veo; pero esta lucha es para mí de vida o muerte.

—Entonces sé prudente y abandona la partida antes de comenzarla.

—¡Dejar de amar a la señorita Luisa!... Imposible, señor, imposible...

—Si es así, trata de merecerla.

—Esta es la dificultad; si todo dependiese de mí, no habría obstáculo que me resistiera, y tendría la seguridad de llegar a ella algún día.

—No hai duda, hijo mío, que existen cosas ajenas de nosotros, pero ya es mucho contar consigo mismo... No te lisonjees con un buen éxito, ni te desanimen tampoco los obstáculos; mejórate, trabaja constantemente y espera: este es el consejo que ya te he dado y que te repito de nuevo. Nada mas puedo decirte, porque seria imprudente y vano... Yo velaré sobre tí y sobre ella; esta es la mejor prueba que puedo darte de mi amistad y del interes que tengo en la dicha de ambos.

—Gracias, señor, gracias, exclamó Enrique enternecido; y tomando la mano del anciano, la llevó a sus lábios.

—La gratitud viene despues del servicio, y todavia nada me debes a este respecto; guárdala; pues, para su debido tiempo, y mientras tanto montemos a caballo y vamos a hacer nuestra visita, que supongo te será mas agradable que nuestra conversacion.

—No niego el placer que tendré; pero con usted tambien estoy contento.

—No disputaremos sobre esto, hijo mío, y aprovechemos el tiempo para llegar antes que el sol caliente, pues podria hacerte daño.

Los caballos estaban preparados y nuestros viajeros se pusieron en marcha con el aire fresco de la mañana.

Enrique iba contento. ¿Quién no lo está cuando se encamina a ver a su amada?

La conversacion del solitario era tan amena como instructiva; siempre agradaban y siempre interesaban sus na-

—Quizá no me explico bien, pero veo que hai una insolencia injustificable de mi parte en el solo hecho de atreverme a pensar en ella. Si supiera lo que pasa en mi corazon, me moriria de vergüenza y no tendria jamas valor de ponerme ante su vista.

—¿Y por qué?

—Porque la mas lijera señal de burla o de desprecio me mataria; y ella talvez estaba en el derecho de hacerlo al ver mi temeridad.

—Aprende, amigo mio, a conocer bien a Luisa: esa niña tiene mucha elevacion y mucha bondad en el alma para mofarse de nadie y menos de personas a quienes aprecia y quiere, como a tí, de quien está realmente agradecida.

—No me aliente usted con una vana esperanza; mire que la decepcion seria terrible.

—Bajo ningun aspecto pretendo esto. No es mi objeto alentar ni disminuir tu confianza, pues yo he hablado únicamente de aquel cariño y de aquel aprecio que naturalmente inspiran jóvenes buenos como tú, y no de sentimientos de otra naturaleza.

—Mas vale así, contestó Enrique con aire triste: yo sé lo que ella vale y lo que yo soi.

—En verdad, hijo mio, que nunca he conocido, que nunca he visto una joven igual; pero esto no seria motivo para que te desanimes del todo y pierdas hasta la mas remota esperanza, sino para que te empeñes en llegar hasta ella.

—¿Lo cree usted posible?

—La voluntad, amigo mio, es el agente mas poderoso de que dispone el hombre; pero dado caso que no lo consiguieras, ¿qué habrias perdido? Toda la ventaja estaria de tu parte, pues mientras mas hubieras batallado, mayor seria la ganancia; porque mientras mas trataras de asemejarte a ella, mas te perfeccionarias.

—Ya lo veo; pero esta lucha es para mí de vida o muerte.

—Entonces sé prudente y abandona la partida antes de comenzarla.

—¡Dejar de amar a la señorita Luisa!... Imposible, señor, imposible...

—Si es así, trata de merecerla.

—Esta es la dificultad; si todo dependiese de mí, no habría obstáculo que me resistiera, y tendría la seguridad de llegar a ella algun día.

—No hai duda, hijo mío, que existen cosas ajenas de nosotros, pero ya es mucho contar consigo mismo... No te lisonjees con un buen éxito, ni te desanimen tampoco los obstáculos; mejórate, trabaja constantemente y espera: este es el consejo que ya te he dado y que te repito de nuevo. Nada mas puedo decirte, porque seria imprudente y vano... Yo velaré sobre tí y sobre ella; esta es la mejor prueba que puedo darte de mi amistad y del interes que tengo en la dicha de ambos.

—Gracias, señor, gracias, exclamó Enrique enternecido; y tomando la mano del anciano, la llevó a sus lábios.

—La gratitud viene despues del servicio, y todavia nada me debes a este respecto; guárdala; pues, para su debido tiempo, y mientras tanto montemos a caballo y vamos a hacer nuestra visita, que supongo te será mas agradable que nuestra conversacion.

—No niego el placer que tendré; pero con usted tambien estoi contento.

—No disputaremos sobre esto, hijo mío, y aprovechemos el tiempo para llegar antes que el sol caliente, pues podria hacerte daño.

Los caballos estaban preparados y nuestros viajeros se pusieron en marcha con el aire fresco de la mañana.

Enrique iba contento. ¿Quién no lo está cuando se encamina a ver a su amada?

La conversacion del solitario era tan amena como instructiva; siempre agradaban y siempre interesaban sus na-

rraciones, sobre cualquier punto que ellas versasen. Hombre de mundo y pensador profundo, sabia tener en vilo la atencion del que lo oia, a la vez que se empeñaba en dar saludables lecciones o provechosos consejos.

Durante el camino, el anciano trajo la conversacion sobre las plantas, su vida, su estructura diversa, sus distintas cualidades, los grupos de *individuos*, de *especies*, de *jéneros*, de *familias*, de *clases*, con que eran distinguidos segun el exámen de las analogias, cuyo método facilitaba el estudio al hombre, dando asi a Enrique las primeras lecciones de botánica de una manera que se podria calificar como práctica o experimental.

El jóven, deseoso de aprender, estaba atento, y su interes y su curiosidad crecia a medida que el viejo coronel hablaba, arrobando de tal modo la mente de Enrique las novedades de la ciencia, que olvidó por completo a Luisa y sus propósitos.

El anciano, apercibiéndose del cambio, le dijo sonriéndose, casi al mismo tiempo que llegaban a las casas sin que Enrique lo hubiera notado: "Amiguito mio, hemos llegado a nuestro término sin saber cómo; ya ves que la ciencia tiene sus atractivos e irás comprendiendo que durante tantos años no he vivido tan aislado y solo. La ciencia, hijo mio, es la única de las dichas que no cansan, el único placer que no deja el menor fondo de amargura, sino que mientras mas se gusta mas se desea, satisfaciéndonos a la vez que nos sacia. Ya verás de cuánta utilidad puede serte, y como, si la haces tu compañera inseparable, llegará a servirte tanto en el deleite como en la adversidad, pues ella aumenta y da valor al goce, asi como mitiga el sentimiento y divierte la pena, no habiendo soledad posible cuando la hemos asociado a nuestra existencia. Ten presente la leccion de ahora, no por las ligeras esplicaciones que te he hecho de los rudimentos de la botánica, sino por el efecto moral que ha producido en tí, y de esta suerte comprenderás cuán útil

puede llegar a ser el estudio en las críticas circunstancias por que suele pasar la vida del hombre.”

—Lo comprendo, señor, y me aprovecharé de la enseñanza, porque aun sin comenzar he visto sus resultados.

II.

En ese momento entraban en el gran patio de las casas, encontrándose con don Pedro Murna, que salía a recibirlos, lleno de contento al ver a Enrique restablecido.

Pasados los cumplimientos de estilo, y viéndose aun cerradas las habitaciones de las señoras, nuestro joven obrero pasó a saludar a sus amigos, que se encontraban ya en el trabajo. Cuando éstos apercibieron a Enrique, vinieron corriendo a abrazarlo, haciendo él otro tanto, con la sencilla efusion de un igual para con otro igual.

Esta familiaridad sin afectacion de Enrique no pasó desapercibida a los ojos del solitario, sacando de ella deducciones favorables al discípulo; y si alguien hubiera visto en aquel momento la fisonomia del anciano, habria notado en ella señales inequívocas de una gran satisfaccion, porque para él, que conocia palmo a palmo el corazon humano y los resultados de sus tendencias, auguraba bien que Enrique, lejos de envanecerse de su posicion, de la deferencia con que era tratado por todos, y principalmente por los dueños de casa, asi como de las ideas nuevas que poco há le habia hecho comprender, continuase siempre tratando a sus compañeros en el mismo pié de igualdad que antes, sin creerse él mismo superior a ellos ni ocupar una posicion distinta, lo cual hizo decir al solitario, hablando consigo mismo: “Humildad, nobleza, altivez: hé aquí el fondo del carácter de ese joven: él será grande, virtuoso y feliz...”

Los carpinteros llevaron a su amigo para que inspeccionase lo que habian hecho durante su ausencia, gozándose en las alabanzas de Enrique, que encontraba que se habian so-

brepujado a sí mismo, diciéndoles que su presencia talvez habria sido un estorbo o por lo menos habria estado de mas, pues él calculaba que con su concurso nunca se habria llegado a tanto.

—Ahora, compañeros, exclamó Enrique, satisfecho por lo que veia, nada mas justo que daros una recompensa, y ésta se sacará de la parte de utilidades que a mí me corresponde.

—No la aceptamos, dijeron todos a una voz, porque lo que hemos hecho no es mas que nuestro deber.

—Imposible, amigos; os habeis privado de las horas de vuestro descanso; estoi seguro de ello, lo veo en vuestro trabajo, y no es a mí a quien podreis engañar, porque estoi mui acostumbrado a calcular el trabajo de un hombre, y no puedo menos de apercibirme que no solo habeis llenado vuestro deber religiosamente, sino que habeis ido mas allá.

—Suponiendo que asi sea, dijo uno, ya que es imposible mentirte, ¿qué extraño es que desempeñásemos la tarea de un compañero enfermo? ¿No lo harias tú lo mismo en un caso igual?

—Por la misma razon que ustedes no encuentran extraño sino natural lo que han hecho por mí, ¿por qué no hallar lo mismo lo que yo quiero hacer por ustedes?

—Es que si nos pagas nos privas de un placer.

—Lo comprendo, amigos mios, dijo con enternecimiento Enrique, y cargaré con la deuda...

—¡Bravo! exclamaron todos; así nos gusta, y basta de charla, pues volvemos a nuestro trabajo, esperando que no nos vengas a perturbar, porque todavia no te haremos el honor de admitirte entre nosotros mientras que no estés completamente restablecido.

Estos rasgos de grandeza y de jenerosa fraternidad, tan raros en otros paises, suceden mui a menudo en Chile entre nuestros artesanos. La índole de nuestro pueblo es llena de benevolencia, siendo la caridad su principal distintivo. ¡Qué

lástima que tan hermosas virtudes las pierda muchas veces el vicio, la falta de estímulo y el desprecio con que nuestra aristocrática sociedad mira al trabajador! Si nuestros gobiernos no dejaran completamente abandonada a sí misma a esa parte tan numerosa y tan digna de nuestro pueblo, ¡cuál sería su importancia, su moralidad, su progreso y el pie de riqueza y de verdadera preponderancia en que se encontrara nuestra nación! Si se considerase en Chile como se considera en Estados Unidos al trabajador, no tendríamos el temor de afirmar que seríamos el primer pueblo de la raza latina en América! Todo nos lleva allí: la homogeneidad de razas, pues en Chile no hai ni indios, ni negros, sino chilenos, como lo decia mui bien nuestro distinguido escritor B. Vicuña Mackenna; la unidad del idioma, pues no existen dialectos como en las otras repúblicas (1); la fuerza muscular de nuestros hombres, su carácter suave e intrépido, a la vez que sufrido y jeneroso, el respeto a la autoridad y a la lei, que es para nosotros como una segunda relijion; todas estas cualidades son las mas adecuadas para hacer una nacion grande y viril; empero, las ridículas ideas de aristocracia, legajo triste de naciones corrompidas, neutralizan los buenos efectos que nacerian naturalmente de las virtudes casi innatas de nuestro pueblo, porque detienen su desarrollo físico y moral, minando por su base la independencia y libertad del hombre, que son las principales causas de la enerjia del individuo y por consiguiente de su dignidad y de su progreso; pero este mal, si bien profundo y lento a curar, tiende, sin embargo, a desaparecer, porque poco a poco vamos sacudiendo los funestos errores que nos dió en patrimonio la lamentable dominacion ibérica.....

(1) Exceptuamos a los araucanos y patagones, que es un número reducido, y aunque sometidos a nuestra dominacion y formando jeográficamente parte del territorio, están sin embargo separados en sus respectivas comarcas.—*Nota del autor.*

III.

Cuando Enrique contó al solitario lo que le habia pasado con sus compañeros, éste aprobó su conducta, porque la gratitud es un fardo dulce a sobrellevar y cria entre los hombres vínculos sagrados y afecciones que no se estinguen con los individuos, sino que se trasmiten a la familia, formando a í esos lazos que traen consigo la buena armonia, la paz y la jenerosidad; sin embargo, el anciano dijo a Enrique:

—Conservando siempre ese sentimiento de gratitud por lo que han hecho por tí, por el desinterés que han demostrado y por el afecto que te manifiestan y que te tienen en realidad tus compañeros, seria conveniente que la parte de utilidades que habias pensado darles y que ellos rehusaron, la separases, sin embargo, y sin ofrecérselas personalmente, la distribuyeses en cosas útiles en sus respectivas familias, pues cada uno de ellos tendrá su madre, su mujer o su hermana, que quizá carecen, como sucede frecuentemente a nuestros artesanos, de lo mas necesario e indispensable para la vida. De esta suerte, hijo mio, y no te lo digo por cálculo, porque las buenas acciones se deben practicar sin tener jamas el interés en vista; de esta suerte conservarás tú por ellos la gratitud a que se han hecho acreedores y tendrán ellos por tí un sentimiento igual, creyéndose ambas partes obligadas y no satisfechas la una de la otra, sino que serán dos vínculos en vez de uno.

—Comprendo, señor, lo que usted me dice, y me agrada tanto cuanto me admira la manera como sabe usted sacar de todo provecho, pues su consejo está lleno de encanto, de nobleza, de caridad y de justicia.

—Ten entendido que el placer es compañero inseparable de las buenas acciones y que de una virtud nacen otras, porque todas están íntimamente unidas, sucediéndose, sin separarse jamas, como los anillos de una cadena.

Ahora me falta hacerte una observacion respecto a lo que hemos hablado. La parte de utilidades que piensas distribuir entre las familias de tus compañeros es preciso que sea bien empleada, porque no consiste todo en dar, sino en buscar el provecho de la dádiva; pues muchas veces un obsequio inconsiderado produce mas mal que bien, como, por ejemplo, si en vez de un buen colchon les regalas un vestido de seda, lejos de hacerles un beneficio, les inferirias un grave perjuicio; porque no solo no las habias ayudado para satisfacer sus necesidades reales, sino que despertarias la vanidad, creando otras ficticias y perniciosas necesidades, de donde resultarian males, vicios y desgracias que es imposible calcular, pero cuya consecuencia es la lójica precisa e indispensable de un mal acto.

—Tiene usted mucha razon y seguiré al pié de la letra su consejo.

—Ya que estamos de acuerdo en nuestras opiniones y que las señoras dueños de casa aun no se levantan, empleemos este tiempo agradablemente, introduciéndonos al jardin y preparando uno o dos artísticos ramos, que tendremos el gusto de ofrecerles tan luego como las veamos; ¿qué te parece mi idea?

—Magnífica! exclamó Enrique alborozado.

—Asi no podrán menos de notar que nos hemos ocupado de ellas; ¿no es verdad?

—Indudablemente.

—Y nos lo agradecerán, porque la voluntad no tiene otra moneda de cambio que ella misma; de modo que nos pagarán en cariño todo aquel que nosotros tengamos.

—¡Si así fuera!...

—Este es al menos el orden de las cosas y la lei de las compensaciones que vemos establecida en todo cuanto existe...

Y el anciano miró a Enrique con un aire de bondadosa malicia.

—Pero a la vez de cojer las flores y de hacer el ramo,

prosiguió el solitario, nos ocuparemos del estudio de estas hermosas plantas, continuando la conversacion que teniamos poco há y esplicándote al mismo tiempo todo aquello que constituye la vida de estos seres, tales como su raiz, que sirve para absorber los jugos de la tierra, en conformidad a su naturaleza, su cuello, por donde pasan, sus ramas que van a comunicar con las estremidades del cuerpo, sus hojas, por las cuales respiran, sus arterias, que fomentan sus venas, su flor, su cáliz, su semilla, su sexo, su ovario, su polen, su fruto, y verás prácticamente cuán hermosa y cuán útil es esta ciencia, pues ella por sí sola es, de lo que llamamos historia natural, la que presenta mas utilidad y placeres al hombre, la que le proporciona mas beneficios y distracciones provechosas y agradables; pues en sus aplicaciones ocupa el primer puesto en las ciencias, a quienes sirve eficazmente y de quienes ella aprovecha. La botánica, amigo mio, proporciona el estudio de la agricultura; o es una parte integrante de ella, ayuda prodijiosamente a la medicina, sirve a la economia rural y doméstica, entra en las combinaciones y secretos de la química, nos hace conocer en mucha parte las revoluciones sucesivas que ha experimentado nuestro globo por medio de los vegetales fósiles que se encuentran en las profundas capas de la tierra, ayudando o combinándose con la zoología, que nos manifiesta los trastornos experimentados allá en la inmensidad de los tiempos, que nos es imposible designar y que hemos clasificado en épocas; se estiende a las artes y aprovechan de ella todos aquellos conocimientos que, al parecer, le fueran mas ajenos, pues hasta la teología tiene que ver con la botánica, porque es imposible admirar a Dios en toda su magnificencia, en toda su bondad, en todo su poder, sin ese estudio que comprende, tanto al musgo imperceptible y microscópico como al robusto y crecido roble, y que no se limita a la superficie de la tierra, sino que penetra hasta en sus abismos.

Y hablando así el anciano, a medida que cortaba las flores, iba explicando a Enrique su organismo y sus cualidades, quedando el joven obrero a cada instante mas admirado y sorprendido, pues le parecia que un nuevo mundo se desarrollaba a su vista; y así era en efecto; porque el que no ha estudiado poco o mucho la botánica, se puede decir que tiene aun los ojos vendados.

—Vamos, amigo mio, continuó el solitario; ya tenemos un acopio considerable de flores, siendo ahora preciso que nos ocupemos en hacer un ramo, lo cual no pienses que es tan sencillo, sino que tambien requiere cierto arte y cierto gusto para saber colocar los matices; y el anciano, recordando al elegante y aristocrático coronel de otra época, se puso a confeccionar un ramo con la misma seriedad que si hubiese estado resolviendo un problema algebráico.

Enrique, a quien tampoco era estraña la confeccion de un ramillete, por haber, en su pequeño jardin del conventillo de la calle de San Pablo, ayudado a su hermana en esta agradable tarea, trató de arreglar el suyo, y lo hizo con un gusto tan esquisito, que el solitario no pudo menos de decirle:

—Parece, amigo mio, que no es la primera ocasion que desempeñas este oficio, lo que me estraña, porque un hombre de trabajo como tú rara vez se ocupa de estas cosas, propias solo a las clases acomodadas de la sociedad, que no tienen en qué pasar sus ocios, o a las pobres floristas, que hacen de ello una especulacion.

—La solucion es mui sencilla: mi hermana, que es mui aficionada a las flores, las cultiva en el pequeño huerto que trabaja mi padre, y con frecuencia hace hermosos ramilletes, que coloca delante de los santos a quienes reverencia mi madre, y en cuya tarea suelo yo acompañarla por gusto, especialmente los domingos o dias festivos en que no hai asistencia al trabajo.

—Ahora comprendo, y por eso es que me aventajas, pues

hace muchos años que yo no habia vuelto a tomar ocupacion tan seria.

Y el buen anciano se reia de sí mismo al verse matizando flores cual enamorado jóven; pero estos contrastes son peculiares al hombre de jenio, distrayéndose muchas veces en cosas tan frívolas, que desdeñaria un niño y que le sirven a él de descanso, como si esa poderosa inteligencia que se cierne sobre el resto de la humanidad, como si esa frente donde se anidan los mas grandes pensamientos y de donde brotan las concepciones mas atrevidas, tuviese necesidad de olvidarse a sí misma, buscando aquello que menos pueda ocuparla y en que no le sea preciso fijar su atencion: para Chateaubriand, por ejemplo, que habia llenado al mundo con su nombre, y que habia ocupado los puestos mas elevados y honoríficos en su pais, su principal placer consistia en dar de comer a sus gallinas... ¿No hai algo de admirable, de tierno y de noble en esta sencillez del sabio? Solo la presuncion de los necios, que se creen siempre tan importantes, desdeñaria esta especie de frivolidad del talento; solo ellos, para ocultar su pequeñez y su insignificancia, se empeñan por aparecer graves...

IV.

El solitario y Enrique habian concluido su tarea, y aun permanecian cerradas las puertas de las habitaciones de la familia, lo cual le hizo decir al primero:

—Yo creia que cuando llegásemos encontraríamos a Luisa en pié, porque siempre le he conocido la costumbre de levantarse mui temprano, como una de aquellas flores que, presintiendo la salida del sol, abren sus pétalos para recibir los benéficos rayos del padre de la naturaleza; así es que me extraña mucho que todavia no se haya levantado. ¿Si estará enferma?

Enrique se puso pálido.

—Pero no es de presumirlo, continuó el anciano, para

tranquilizar al joven; pues solo antes de ayer la hemos visto en perfecta salud.

Y como para comprobar esta última palabra, se vió aparecer a Luisa en una de las puertas, vestida en traje de mañana.

—Ocultémonos, dijo el anciano; vamos a darle una sorpresa, pues es indudable que se dirigirá al jardín.

Enrique vacilaba...

—Vamos, ocúltate, repitió el solitario.

El joven permanecía siempre de pié.

—¿Qué es lo que haces, hombre?

—Me parece, señor, contestó Enrique, con una espresion tímida y modesta, pero firme y decidida; me parece que esa es una familiaridad no propia para mí y de la cual tendria ella, y con justicia, el derecho de quejarse.

El solitario, admirado, miró a Enrique; y luego, tendiéndole la mano, le dijo: "Tienes razon... comprendo y aprecio esa delicadeza... Tienes una finura de tacto admirable... Es preciso ser muy elevado para pensar y obrar así... Me has dado una leccion que no desdeño sino que acepto..."

—Señor! exclamó Enrique con tono humilde; no hable usted de esta manera: ¿quiere usted avergonzarme?

—Yo sé lo que digo, amigo mio, y no echo las observaciones en saco roto; pero veo que Luisa nos ha apercibido y que viene hacia nosotros.

En efecto, la encantadora joven llegó donde ellos; y abrazando con filial abandono al solitario, tendió su mano a Enrique, diciendo a ambos esta sola espresion: "¡Tan temprano!"

—Hace mucho tiempo que esperamos, hija mia, y en prueba de ello, aquí tienes estos dos ramilletes que hemos hecho en tu jardín, mientras que tú probablemente dormias.

—¡Qué lindos! dijo Luisa mirándolos por un momento y llevándolos en seguida a la cara para aspirar su suave aroma.

—¿Cuál de los dos te agrada mas? la preguntó el solitario.

—Este; y Luisa designó el ramo trabajado por Enrique.

—Tienes razon; siempre la juventud supera en gusto a la vejez: ese es justamente el que ha confeccionado mi amigo.

El corazon de Enrique latia con violencia, y el carmin del rubor coloreaba sus mejillas, todavia pálidas por la reciente enfermedad.

Luisa, bajando tambien sus ojos, como si Enrique le hubiese comunicado la emocion que sintió, no pudo decir mas que “está artísticamente hecho;” pero recuperándose casi instantáneamente, lo cual es tan fácil a la mujer, mirólo con ojos llenos de cariñosa ternura, y le dijo:

—¿Se siente usted mejor? ¿No habrá sido una imprudencia este viaje?

—Estoi casi bueno, señorita; y en lugar de hacerme mal el haber venido, me parece que me ha sucedido lo contrario.

—Dios lo quiera...

—Si hubiese notado la mas remota probabilidad de peligro, lo habria diferido, repuso el anciano; pero creo que le habrá hecho bien en vez de mal.

—Así es, en efecto, señor, contestó Enrique; pues me encuentro tan fuerte, que no tendria inconveniente en ponerme desde luego al trabajo.

—Algunos dias mas todavia... Yo tendré el cuidado de decírtelo.

—Pero usted prolongará quizá demasiado mi convalecencia.

—Nada mas que lo que crea necesario: confia en mí.

—Oh! sí, tenga usted plena confianza en lo que él le diga, repuso Luisa, dirigiéndose a Enrique y señalando al solitario, que en ese momento se habia agachado para cojer una planta, que se puso a examinar con marcada curiosidad.

—Tengo, señorita, tanta confianza en él como en Dios, respondió Enrique en tono bajo, para que no lo oyese el solitario, pero en el que se notaba la conviccion mas profunda.

—Aun cuando usted dice una herejia, repuso Luisa, sonriéndose, él es digno de esa exajeracion.

—¡Si usted supiera, señorita, cuánto ha hecho por mí! Con cuánta bondad me ha tratado! Cuánto me ha enseñado en tan poco tiempo! Cuánto espero todavia de él! si usted supiera todo esto, no estrañaria el que me espresase así...

—Yo tambien le debo muchísimo, porque le debo lo que soi: pues él es quien me ha instruido y quien me ha formado casi completamente.

—Por esto ha salido una obra tan acabada...

Luisa levantó la cabeza con un aire de noble altivez, fijando en Enrique una escudriñadora mirada; pues al oir la frase que acababa de pronunciar, creyó que era uno de esos cumplimientos banales que están por lo jeneral en boca de los jóvenes y que habria desdeñado en otro; pero que le hubiera herido vivamente notar en Enrique; mas al ver la sinceridad pintada en su semblante y la admiracion injénua que se revelaba, así como la ternura sin límites que parecia nacer de sus ojos, bajó los suyos como avergonzada de sus sospechas y del elogio que le habia hecho, apoderándose de ella cierta timidez que hasta entonces no habia sentido; de modo que la altiva Luisa, la reina de los salones de Santiago, la aristocrática beldad a cuyos piés todos se prosternaban, recibiendo como un favor la mas insignificante de sus miradas, Luisa, a quien el famoso e irresistible Lovelace de Guillermo no habia podido arrancar mas consideraciones que la de una fria urbanidad, se encontraba ahora tímida, confusa, casi suplicante en presencia de un simple artesano! ¿Cómo se habia operado esta metamórfosis? Quién habia hecho este milagro? El respeto, el aprecio a la virtud, el amor, que, al despertarse por primera vez en el pecho virjinal de una niña, nace envuelto en la túnica del pudor y es tímido hasta en el deleite... Luisa reinaba, pero estaba subyugada; era árbitra de los destinos de Enrique, pero tambien se habia encadenado... Una de sus palabras

lo podia hacer vivir o morir, pero ella se encontraba a sus piés... ¡Dulce esclavitud, que encierra un insondable mar de delicias!.. Las ventajas de la fortuna, del rango, del nacimiento, todas esas consideraciones sociales que tanto peso tienen entre los hombres, que tanto influyen en nuestra existencia y que son nuestra aspiracion constante, habian cedido su puesto ante las ventajas reales de la naturaleza, habian desaparecido ante las cualidades morales de Enrique, y su humilde sinceridad habia triunfado del corazon de Luisa... porque para las almas nobles, para esas almas escojidas a quienes parece que Dios ha dotado con lo mas divino de su mas pura esencia, para esas almas, decimos, la humildad es la virtud mas grande, porque, por una especie de intuicion, comprenden que esa virtud, tan desconocida y despreciada hoy dia, encierra todas las otras, dando al espíritu una fortaleza sin igual y al carácter una elevacion que se hace sentir sin que nos empeñemos en demostrar, pues por el hecho mismo de no exigir nada el individuo, se hace digno de todo, por cuya razon la encomia tanto Nuestro Señor Jesucristo, que, con estas sencillas, profundas y sublimes palabras: *el último de mis siervos será el primero*, nos ha dado la leccion mas provechosa y la enseñanza mas verdadera y mas eficaz para llegar al perfeccionamiento, a la gloria y a la felicidad...

Luisa convidó a Enrique para dar una vuelta por el jardin, dejando al anciano absorto con el hallazgo de una planta que le era completamente desconocida y que no sabia cómo clasificar, pareciéndole que pertenecia a una especie distinta de las ya conocidas, pues participaba de las cualidades que distinguian a diversas familias.

—¿Ha escrito usted a Mercedes? preguntó Luisa a Enrique, para romper el silencio que reinaba entre ambos y que revelaba ese embarazo natural y delicioso que se apodera de dos almas que se comunican sin hablarse y que temen ser adivinadas, deseándolo quizá.

—No, señorita.

—¿Por qué ha estado usted tan negligente?

—Es cierto; Mercedes tiene el derecho de quejarse, pues no he respondido a su última carta; pero a mas de mi enfermedad, he estado todo este tiempo tan ocupado, que me ha sido imposible... y, me atreveré a confesarlo, aunque sea contra mí mismo, casi no me he acordado de ella...

—Pobre amiga mía! ¡Cómo estará de sobresaltada! El hecho mismo de estar enfermo usted debía haberlo obligado a escribirle.

—No puedo menos de reprocharme mi negligencia, y la repararé hoy mismo; pero no ha estado en mi mano hacerlo.

—¿Tan malo o tan distraído se encontraba usted?

—Mi enfermedad no es el principal motivo, pues hubiera podido vencerla; pero el señor Guzman me ha entretenido hasta el punto que no he tenido tiempo sino para oírlo y para pensar en seguida sobre lo que me había dicho, pues me ha tomado por su discípulo, y sus sabias lecciones son tan agradables como provechosas, a tal grado que, sin querer, se apoderan de uno por completo.

—Sé por experiencia propia el encanto irresistible que tienen las lecciones de mi sabio maestro, pues aunque a mí no me ha iniciado en todos sus secretos ni revelado los misterios que él ha alcanzado a descubrir por medio de la observación y de la ciencia, porque me ha dicho que no me eran indispensables, con todo, conozco de él lo bastante para saber cuánta razón tiene usted en experimentar ese arrobamiento al escucharlo, pues creo que tiene el don de ejercer esa misma influencia con todo el mundo, habiendo visto que la experimentaban hasta las personas mas ignorantes.

—Y usted, señorita, ¿ha tenido la bondad de escribir a Mercedes?

—Me ha sucedido otro tanto que a usted: he estado sumamente ocupada.

—Tambien debe haberlo sentido infinito.

—Hoi mandaremos un propio a San Fernando, y si hai cartas, contestaremos mañana.

—Gracias, señorita, ese mismo era mi pensamiento.

La conversacion fué interrumpida, volviendo a hacerse nuevo silencio; pero Luisa, acostumbrada a los hábitos de la sociedad, tenia mas despejo que Enrique y pudo continuarla, diciéndole:

—¿Echa usted mucho de menos la ciudad?

—No, señorita: salvo el deseo que tengo de ver a mis padres y a mi hermana, jamas he pasado una vida mas deliciosa como la que he llevado aquí.

—¿Sin contar el desgraciado encuentro que lo ha tenido a usted tantos dias postrado en cama?

—Esos han sido los momentos de mayor felicidad.

—Sin embargo, usted debe haber sufrido dolores agudos, y no comprendo que pueda haber goce en el sufrimiento.

—No sé explicarme, señorita, pero lo que puedo asegurarle es que he sido dichoso...

—Con todo, usted estuvo en riesgo de perder la vida.

—No recuerdo casi aquel instante; él ha pasado como una sombra, pero una sombra que me ha dejado en el fondo del alma un deleite que no sé definir y que, sin embargo, tengo todavia aquí...

Y el mancebo llevó su mano hácia el corazon, con tal naturalidad, que, sin pretender hacer una declaracion, la formulaba de la manera mas enérgica y espresiva...

Luisa se sintió oprimida... Su seno se levantaba... su hermoso rostro estaba encendido, y en sus largas y sedosas pestañas brillaba una lágrima... El recuerdo de aquel momento y la presencia de Enrique habia bastado para conmoverla tan profundamente, que casi estuvo a punto de traicionarse, revelando lo que con tanto empeño queria ocultar.

Afortunadamente llegaba donde ellos en ese momento el

solitario, y Luisa pudo reponerse de su turbacion, y con ese imperio que tiene la mujer sobre sí misma y que parece ser de su propiedad esclusiva, salvo esos casos supremos en que, dominado por completo el corazon, se entrega sin reserva, pudo decir al anciano con voz serena:

—¿Qué nueva adquisicion, mi querido y respetado sabio, ha hecho usted para la ciencia?

—No lo sé todavia, hija mia; pero tengo mis bolsillos provistos de varias de esas plantas, que no estaban inscritas en mi reducido catálogo.

—Dichoso usted, señor, que en todo encuentra un objeto de estudio y de utilidad.

—Y no solo de estudio y de utilidad, sino tambien de satisfaccion y de reposo para el alma.

—Y tan cierto es eso, repuso Enrique, que yo, que no he llegado ni a los umbrales de la ciencia, he participado ya del mismo entusiasmo.

—Entonces ¿tiene usted muchas disposiciones para ser filósofo? dijo Luisa riéndose.

—No lo puedo negar: si la filosofia se me muestra bajo auspicios tan seductores como me los ha hecho entrever el señor, soi desde ahora su decidido partidario y su admirador mas entusiasta, ya que no me será posible llegar a ser jamas uno de sus oscuros miembros.

—¿Y por qué no, hijo mio? Los sabios que cuenta el mundo no han nacido con los conocimientos que han ostentado despues. Por otra parte, para llegar a ser filósofo, así como para llegar a ser santo, no se necesita haber escrito mucho, sino haber pensado y obrado bien. Yo he conocido algunos escritores célebres, cuyo jenio acato, pero que no tenian nada de filósofos sino en sus libros; mientras que he visto personas sencillas y modestas que nunca habian dado una pluma y que, sin embargo, eran dignas de enseñar al mundo. La filosofia, como la santidad, que tienen el mismo origen, son mas bien modestas que brillantes, y nacen, cre-

cen y se desarrollan en el retiro mas que en el bullicio; de consiguiente, Enrique, no es tan difícil llegar a obtener el fin que ambicionas, que te alabo y que me empeñaré que consigas.

—Sin embargo, señor, para llegar allí se necesita tiempo y comodidades; pero cuando uno está obligado a trabajar para vivir, si por casualidad llega a conseguir lo último, es siempre a costa de lo primero, y cuando tuviera la posibilidad, seria demasiado tarde...

—Para el hombre de voluntad, para el hombre realmente de inspiracion, siempre hai tiempo, porque siempre surge a despecho de los obstáculos: ahí tienes a Franklin, simple cajista de una imprenta, a Juan Jacobo Rousseau, aprendiz de relojero y que pasó la mayor parte de su existencia copiando música, a pesar que llenaba el mundo con su talento y con su nombre, y tantos otros que podría citarte de ejemplo; pero sin pretender tan elevados puestos, sin querer descollar en la humanidad, uno puede alcanzar un lugar mas modesto; y sin ser una antorcha para la especie, puede adquirir bastante luz para conducirse bien y guiar a las personas que ama: la principal filosofia consiste en saber estarse en su puesto, no por flojedad sino por conviccion, asi como la verdadera santidad está en el ejercicio de estas dos virtudes: la humildad y la caridad.

—Esta facilidad alienta, replicó Luisa. Usted abrevia de tal modo el camino que conduce al templo de la sabiduria, que dan ganas de tomarlo por asalto.

—Chancéate, amiguita, chancéate, que el tono festivo no quita nada a la verdad, sino que, en vez de severa, la hace risueña y agradable.

—¿Seria usted amiga de la filosofia? preguntó Enrique a Luisa con timidez.

—A ese respecto le responderá a usted quien me ha formado; yo le diré únicamente que soi simple mujer...

—Luisa es tan amante de la filosofia como nosotros; pero

su filosofía consiste en ser lo que te ha dicho: en ser la mujer por excelencia.

—Eso no había, señor, necesidad de decirlo, porque se ve.

—No te creía tan adelantado, Enrique, en esta clase de conocimientos.

—¿Qué es lo que a usted le sorprende, señor?

—Que sepas lo que es mujer.

—¡Vaya! ¿y quién lo ignora?

—Todos, amigo mío, o por lo menos la mayor parte.

—No comprendo el enigma.

—Saber ser mujer, hijo mío, es saber ser ángel, y esto es lo que ha aprendido Luisa, esto es lo que sabe, esto es lo que es...

—Por Dios, señor, no hable usted así, exclamó Luisa ruborizada.

—Me es indispensable hacer explicaciones a mi neófito, y prefiero la vía experimental a la abstracta; por eso me valgo de comparaciones, pues practicando es como mejor se aprende y se enseña.

—Lo que quiere decir que usted me coloca en calidad de un cuerpo sobre el cual va a practicar la autopsia.

—Exactamente, hija mía.

—Pero usted no contaba con mi voluntad; sin embargo, declaro, señor, que no me prestaré a ello.

Y tomando Luisa sus dos ramos, saludó con gracia a sus interlocutores, diciéndoles:

—Sigán ustedes su conversacion científica, pero les faltará el instrumento para el análisis. Voy a vestir a mi mamita y les espero para almorzar, aun cuando merecian ustedes un verdadero castigo por su osadía y falta de respeto para con una señorita.

—¡Encantadora niña! exclamó el anciano cuando Luisa había desaparecido. Hé aquí, Enrique, lo que llamo la mujer: un ser fuerte por su debilidad, poderosa por sus hechi-

zos, mágico por su dulzura, diáfano por su espiritualidad, brillante por su viveza, divino por sus sencillez, e irresistible por esa inagotable ternura que todo lo suaviza y endulza y que es capaz de domesticar hasta las fieras... Su benéfica influencia sobre el hombre se asimila a la que ejerce el Creador sobre las cosas, pues ella prevee nuestras necesidades, adivina nuestros deseos y es el orígen de nuestros mas puros goces, asi como Dios ha ordenado la creacion y establecido la armonia...

Enrique oia con delicia las palabras del solitario, en tanto que sus ojos seguian a Luisa, quedando fijos en la puerta por donde habia desaparecido, como si todavia pudiera apercibirla: ilusion de los sentidos que experimentamos con frecuencia cuando nuestro ser se halla fuertemente impresionado.

—Te has quedado como en éstasis, amigo mio. ¿La vision celestial no ha desaparecido aun de tu vista? Pero creo que te será mas agradable la realidad; encaminémonos a las habitaciones.

V.

Enrique siguió al solitario sin proferir palabra, quedándose ambos en los corredores hasta que Luisa salió a recibirlos, haciéndolos entrar al salon; pero antes de introducirlos dijo a Enrique: "Hágame usted el favor de llamar a dos de sus oficiales que necesito urjentemente."

El jóven se inclinó y obedeció, apareciendo en seguida con los carpinteros.

Luisa le hizo seña de entrar donde estaba el anciano, y dirigiéndose a los artesanos, les ordenó que la siguieran, desapareciendo con ellos en el interior de las habitaciones.

Durante largo rato permaneció Luisa sin volver al salon; pero al fin se presentó risueña y alegre, casi al mismo tiempo que la señora doña Juana, que entraba por el costado

opuesto y que al ver al solitario se dirigió a él, estendiéndole amistosamente la mano y haciéndolo sentarse en el mismo sofá que ella iba a ocupar.

Luego apercibió a Enrique, y con tono de cariñosa sorpresa le preguntó por su salud con muestras inequívocas de un grande interés, lo que agradeció Enrique y satisfizo a Luisa, que temía siempre las maneras altivas aunque benévolas de su madre, las que podían herir la susceptibilidad del joven obrero, susceptibilidad que se hace mas sensible o quisquillosa a medida que la posición del individuo es mas humilde; pero la señora estuvo llena de amabilidad, tratando a Enrique con cierta deferencia, debida sin duda a los favores que les había hecho, a la amistad con que lo distinguía el viejo coronel don Toribio de Guzman y al afecto que en realidad le profesaba a él y a su familia.

La conversacion se hizo jeneral. El solitario manifestó su admiracion por la vida regalona de Luisa, a quien siempre había visto levantarse temprano, mientras que ahora sucedía lo contrario.

La señora convino con el solitario, añadiendo que de algunos dias a esta parte había abandonado todas sus ocupaciones; que solo permanecía con ella el tiempo mas indispensable, y que se encerraba en sus habitaciones sin permitir que nadie entrase en ellas.

—Confieso, prosiguió doña Juana, que estoy sorprendida de tan repentino cambio en los hábitos de Luisa; porque antes, durante nuestra permanencia en el campo, estaba en pié al salir el sol, montaba en seguida a caballo y solo volvía a la hora en que yo acostumbro levantarme, permaneciendo conmigo la mayor parte del dia; pues ya fuese su labor, sus pinceles o sus libros, los trasportaba a mi cuarto, trabajando a mi presencia, lo cual me divertía y me agradaba a la vez; pero hoy todo es distinto, viéndole la cara por momentos y no saliendo a ninguna parte, si se exceptúa las visitas que ha hecho a ustedes,

—De manera, señora, que usted está quejosa, dijo el solitario.

—No lo niego, contestó doña Juana, mirando a Luisa con ternura y con sentimiento. Es tan extraña esta conducta, agregó, que no sé qué pensar.

—Dispénsame, mamita, dijo Luisa, parándose de su asiento y yendo a abrazar a su madre: hoy mismo, en algunos instantes, tendrá usted la solución del enigma. Por consiguiente, no me defenderé ahora, sino que me juzgarán ustedes después; y si me condenan, recibiré con resignación el castigo que me impongan.

—¿Quién te condenará, hija mía? ¿Qué puedes tú tampoco hacer de malo?

Y la tierna madre, que amaba tanto como admiraba a Luisa, le dio un beso, diciéndole: “Desde luego quedas perdonada; vé mientras tanto a pedir el almuerzo.”

—Lo confieso, prosiguió doña Juana, cuando Luisa hubo desaparecido; me ha tenido intrigada la extraña conducta de mi hija, y me es imposible saber la causa a que atribuir-la; pues la misma Ceferina, que tiene toda su confianza y a quien le he preguntado sobre esto, no ha sabido qué contestarme, estando ella misma ignorante de lo que pasaba y tan intrigada como yo, pues no le ha permitido entrar a su cuarto, cosa que la pobre mujer ha sentido muchísimo.

—En verdad, es extraordinario; pero afortunadamente no habrá mucho que esperar para salir de la curiosidad.

Enrique, a quien interesaba sobremanera esta conversación, deseaba también, tal vez más que los otros, saber la causa, diciéndole un presentimiento interior que él no era ajeno a aquel acontecimiento, sino que quizá tenía en él la mayor parte; pero reflexionando en seguida, veía que no había ningún fundamento ni la menor sombra de razón para pensar así; y sin embargo, le era imposible desprenderse de aquella idea.

Luisa tardó un largo rato, pero al fin entró diciendo: "El almuerzo está servido!"

En ese mismo momento pasaban conversando entre sí los dos carpinteros, habiéndoseles podido oír distintamente estas palabras: "¡Pero qué cosa tan bonita! Qué semejanza! Enrique es el mismo!... Y la señorita!..."

Nada mas se pudo apereibir, porque los sonidos se confundian a medida que se alejaban; pero era evidente que su conversacion era de lo mas animada.

VI.

Al anuncio de estar servido el almuerzo, la señora doña Juana se paró, convidando al solitario y a Enrique para pasar al comedor.

El jóven quiso excusarse, pero le fué preciso obedecer.

Al pisar el umbral de la puerta, doña Juana y el solitario, que iban los primeros, se detuvieron como asustados, exclamando: "¿Qué es esto? Quién ha hecho esto? Qué maravilla es esta!"

Enrique, sin darse cuenta de lo que hacia, se acercó tambien; y al ver lo que los otros miraban, esperimentó tal impresion, que tuvo que apoyarse en la pared para no caer en tierra, pero conservando su vista clavada en un punto, con tal fijeza, que sus ojos parecian desprendirse de sus órbitas.

Luisa se habia quedado un poco atras. En su hermoso semblante se revelaban diversas impresiones... el temor, la confusion, el triunfo, estaban pintados alternativamente, o se confundian en un solo sentimiento: la esperanza...

Doña Juana, sin poder contenerse, exclamó: "Hija mia! ¿dónde está mi hija? Ven para que te abrace... ven..."

Luisa confusa, tímida, conmovida, se acercó donde ella...

—¿Tú has hecho esto, mi querida, mi adorada Luisa?

—Sí, mamita.

—¡Tú!

—Yo misma...

Y a esta respuesta, la noble señora estrechaba contra su corazón a la artista... a su propia hija que había trabajado aquella obra maestra...

¿Qué era lo que despertaba tanto entusiasmo en la madre, tanta admiración en el anciano, que permanecía todavía estático, y tan fuerte impresión en Enrique, que había tenido que apoyarse al muro para no caer?

Era un cuadro trabajado por Luisa...

¿Qué representaba esta pintura?

La escena del bosque... Enrique estaba en actitud de tirar sobre el león, que se veía a la distancia: era la misma fisonomía, el mismo vestido, el mismo tamaño y hasta el mismo perro que gruñía a su lado... La fiera tenía su misma magnitud, su misma piel, sus mismos ojos terribles y amenazadores... y a Luisa, en su traje de amazona, se le veía también ahí, dibujándose en su pálido rostro la ansiedad, pero a la vez la energía; y aun don Pedro Murna no se había olvidado a la artista, sino que aparecía en lontananza trepado sobre un árbol y con el semblante descompuesto por el temor...

El almuerzo quedó olvidado, porque nadie pensaba en él...

Doña Juana no encontraba expresiones bastante adecuadas como alabar el talento de su hija.

El anciano decía que era perfecto, admirable, digno de los mejores maestros, y tan acabado, que podía aparecer con gloria en los museos más famosos del mundo... Pero en su interior el solitario decía: "Esta es la obra del amor, que ha ocupado el lugar del talento; la pasión ha robado sus destellos al genio... ¡Poder inmenso de la voluntad! ¿de qué no eres capaz?" Y el filósofo se sumía en sus reflexiones, mirando de hito en hito al cuadro, sin que le fuera posible apartar su vista, encontrando en las partes y en el conjunto tal naturalidad, tal sencillez, tal grandeza, tal atrevimiento de

ejecucion, tal vida y tal espresion en las fisonomias, que le parecian dotadas de pensamiento aquellas figuras, como si hubiesen sido trazadas por un pincel maestro y no inesper-to; pero que posesionado de una idea, habia operado por su concentracion un verdadero milagro...

Mientras tanto, ¿qué hacia Enrique? No se habia atrevido a penetrar en el comedor y permanecia como una estatua en el dintel de la puerta, llevando de vez en cuando su pañuelo a los ojos para contener sus lágrimas, y la mano a su corazon para reprimir sus latidos... Una esperanza habia atravesado por su mente: él era amado... y el mismo pensamiento que habia tenido el anciano se le ocurría a él; porque ¿qué otro sentimiento hubiese podido hacer aquella revelacion artística? ¿qué otra idea, qué otra pasion habria podido animar el pincel para trazar aquellos rasgos que representaban la vida del hombre y la vida de la naturaleza con una semejanza inimitable? La aspiracion a la gloria era incapaz de crear en un instante ese monumento del jenio. ¿Cuál otra podia ser entonces la causa, sino el amor? Pero Enrique, si bien este pensamiento lo llenaba de regocijo, trataba a la vez de desecharlo como una mala tentacion que la humilde y severa rectitud de su juicio condenaba, pero que su cariño le decia de aceptar, haciéndole esta lucha sufrir y gozar a un mismo tiempo.

Pero su embarazo creció cuando doña Juana, dirigiéndose a él, que era el único que no habia emitido su opinion, le preguntó qué le parecia el cuadro.

Enrique balbuceó algunas palabras ininteligibles, pero su turbacion era mas elocuente que el lenguaje.

—¿Usted debe estar mui lisonjeado al verse tan fielmente reproducido? le dijo doña Juana.

—Lisonjeado! talvez, señora, pero creo que no obra en mí tanto la vanidad como la admiracion, como el entusiasmo, como el...

Y Enrique, asustado de lo que iba a decir y reprimién-

dose instantáneamente, despues de una pausa, añadió: "como el respeto profundo a que por todos títulos es acreedor el jenio..."

Y el jóven bajó su vista, para ocultar el brillo de sus ojos, que revelaban su inmenso cariño...

—Basta, mamita, dijo Luisa, con tono alegre; si continúan las alabanzas, tendré que retirarme, y el almuerzo se enfria...

La artística niña, queria, bajo las apariencias de la frivolidad, ocultar sus afectos y los ajenos para gozar a solas de ellos, pues no se le habia ocultado la impresion producida en Enrique, impresion que le habia dado la seguridad de que era amada, y amada con esa pasion, con ese entusiasmo, con ese culto que habia concebido en sus sueños de felicidad y que así como queria sentir necesitaba tambien inspirar.

—El almuerzo dices, hija mia; ¿quién pensará en él? Sin embargo, sentémonos a la mesa, puesto que así lo quieres; pero mientras tanto dime ¿cómo has podido hacer en tan poco tiempo una obra tan acabada?

—Esta es la falta de que usted se quejaba. Tenia todo mi tiempo ocupado y me agradaba sorprenderla: hé aquí el motivo de mi misterio, hé aquí la causa de mi negligencia; ¿me la perdona?

—No es perdon sino gratitud, sino cariño el que mereces; y si estuviera en mi mano darte mas afecto, bastaba este hecho para granjeártelo; pero eres la sola dueña de mi corazon...

—Mamita! ¿qué mas recompensa! yo soi la que debo estar agradecida a tanta ternura...

—Es admirable lo que has hecho...

Y doña Juana no se cansaba de mirar el cuadro, notando a cada momento una nueva perfeccion.

—¿Pero de dónde has sacado la tela, el marco, las tintas?

—Mandé un propio a Santiago en el coche de viaje y le

dí la direccion de un frances que en otras ocasiones me ha vendido de estos artículos, encargándoselos ahora especialmente y dándole mis instrucciones; así es como recibí la gran tela preparada, los mas finos colores y ese elegante marco que solo esta mañana he hecho arreglar por los carpinteros para poner el dibujo.

—Es sorprendente que hayas empleado tan poco tiempo.

—Cuando uno trabaja con teson avanza mas de lo que parece, y yo he empleado en esto todos los instantes, pues cada dia me levantaba antes de aclarar, esperando que viniera la luz para principiar la tarea, que me habia propuesto concluir antes que el principal personaje o el principal actor de la escena que representa el cuadro, se encontrara en disposicion de visitarnos; y la suerte me ha favorecido.

—Señorita! exclamó Enrique turbado, ¡tanta bondad!

—Falta saber, repuso el solitario, cuál es en realidad el principal personaje. A mi juicio, no es el atrevido cazador sino la linda amazona, en cuyas animadas facciones se pintan con tanta espresion la ansiedad y la energia, no viéndose ninguna contraccion de espanto en ese semblante débíl por sus contornos y por su forma, pero a la vez viril y resuelto: esta, hija mia, es una obra maestra; en pocas ocasiones son tan felices los artistas que consiguen dar a las fisonomias, ya sea en la pintura o en la estatuaria, ese juego de impresiones diversas, contentándose de representar con propiedad una pasion, una idea, un afecto, dándose por mui satisfechos cuando han alcanzado llegar allí...

Dofia Juana meneaba la cabeza en señal de aprobacion y volvía a mirar al cuadro como para cerciorarse de lo que decia el solitario, rebotando de satisfaccion al notar la justa exactitud de las observaciones.

—Es mui cierto lo que usted afirma, señor, repuso Enrique, algo conmovido al hablar, no solo refiriéndose al retrato, sino refiriéndose al hecho; porque, si es verdad que la señorita está con la misma espresion y en la misma actitud

en que yo la vi, si es verdad que bajo todos aspectos es la principal figura de ese hermoso cuadro, no es menos cierto que fué tambien el principal actor en la escena que representa, porque si bien maté yo la fiera, ella salvó la vida del cazador.

—Buen sofista es usted, replicó Luisa con volubilidad; pero basta una sola observacion para echar por tierra su argumento: si usted no hubiera muerto al leon ¿qué hubiera sido de nosotros y dónde existiria el cuadro?

—Póngase usted a disputar con mi hija, dijo doña Juana alegremente, y verá si triunfa! Yo me he acostumbrado a cederle en todo, porque en todo me vence.

—Segun esto, podria decirse que soi la mas caprichosa! ¿Qué opinion van a formar de mí estos señores? Usted me desacredita, mamita; pero yo me resigno y cedo para que se vea prácticamente mi sumision; cortemos, sin embargo, toda disputa, y ya que nadie almuerza, propongo que vamos a dar una vuelta por el trabajo.

—Mui bien, dijo doña Juana, parándose en el acto. Yo no he visto bien los adelantos que se hayan hecho, y ahora que tenemos con nosotros al arquitecto, podremos juzgar mejor por la explicacion que él nos haga.

—Estamos a su disposicion, repuso el anciano; y todos salieron del comedor, no sin echar desde la puerta una última mirada al cuadro, especialmente Enrique, que era el último y el mas interesado.

VII.

Hemos visto que Luisa habia empleado cierto tono de frivolidad en el curso de la conversacion; pero era una frivolidad afectada y únicamente con el fin de ocultar sus verdaderas impresiones, haciendo tambien que Enrique calmase las suyas; pero ella tenia deseos de quedar por un momento sola para pasar en revista por la imaginacion hasta los menores incidentes de este dia; porque es así como se estudia,

se conoce, se define y se aprecia en su justo valor hasta la mas insignificante palabra.

Otro tanto experimentaba Enrique, y no veia el momento de poder entregarse a sí mismo; empero, era necesario resignarse a estar en sociedad por algun tiempo y era preferible el paseo propuesto, porque así habria algun medio de aislarse, aunque no fuera mas que por un instante.

Si doña Juana habia quedado al principio complacida de los adelantos hechos en el trabajo, ahora que los habia visto mas detenidamente era mayor su satisfaccion, espresándosela tanto a Enrique como a sus compañeros.

De regreso a las habitaciones de la familia, el jóven obreiro se despidió bajo el pretesto de que tenia que hablar con sus amigos sobre algunas cosas que habia notado durante la inspeccion, pero en realidad para dar libre curso a su fantasia, para aliviar su corazon, cargado con tantas emociones, que, aunque felices, lo agoviaban: tal es la debilidad del hombre, que la estremada alegria así como el agudo dolor lo sofocan y anonadan.

Al aproximarse la hora de comer fué a buscarlo un criado, encontrándolo con los demas carpinteros, con quienes acababa de reunirse. Por obedecer la orden fué Enrique al llamado que se le hacia, pero con la firme resolucion de quedarse a comer con sus amigos, y así se lo suplicó con tanta instancia a las señoras, que éstas se vieron obligadas a ceder.

¿Por qué se privaba de la felicidad de ver a Luisa y de estar con ella todos aquellos momentos que le eran permitidos? Dos sentimientos obraban en él: primero el no establecer una diferencia tan marcada con sus amigos, haciéndoles sentir la superioridad de su posicion; segundo, una especie de dignidad, que le decia no deber familiarizarse con sus superiores, conservando siempre, si podemos espresarnos así, el orgullo de la humildad.

Durante la ausencia de Enrique, el solitario contó a doña

Juana y a Luisa la observacion que le habia hecho en el jardin, cuando le propusiera ocultarse para darle una sorpresa, y esta delicadeza de sentimientos no pudo menos de agradarles, pero de una manera distinta: doña Juana veia el respeto debido al rango, y Luisa la dignidad del hombre unida a la consideracion al sexo y al alto aprecio moral que talvez experimentaba por ella.

Luisa no se equivocaba: esos eran justamente los sentimientos de Enrique, sentimientos que no definia el mismo jóven, pero que obraban, sin embargo, en él sin saberlo.

En la noche fué invitado al té y aceptó el convite.

Doña Juana dijo a Enrique que desde ahora podia ya vivir en las casas, puesto que ya se encontraba tan restablecido; y aun cuando no se ocupase todavia del trabajo, les serviria a ellas de agradable compañía.

Enrique dió las gracias a la señora, escusándose, porque no le era posible aceptar su jenerosa oferta, pues estaba convenido con el señor Guzman para vivir con él en su retiro por todo el tiempo que permaneciese en la hacienda de San Jorge.

Luisa, al oir lo que decia el jóven, sintió un dolor agudo, inmutándosele el semblante, lo que no pasó desapercibido al solitario, pues esta ausencia voluntaria de Enrique probaba indiferencia.

—Pero esto es de todo punto imposible, repuso doña Juana; si usted va a vivir a tanta distancia, ¿cómo dirigirá usted el trabajo?

—Yo respondo de todo, se apresuró a decir el viejo coronel, que deseaba hacer desaparecer la inquietud de Luisa, satisfaciendo a la vez las lejitimas exigencias de la señora, que temia no se concluyese la obra si el arquitecto no ponia mano en ella. Me he propuesto, continuó el solitario, instruir a este jóven, trasmitiéndole, si me es posible hacerlo en tan corto tiempo, todos aquellos conocimientos que yo he adquirido con la reflexion, con el estudio o con la espe-

riencia de mundo que me han dado mis viajes; para esto cuento con la adopción de métodos sencillos que simplifiquen el estudio de cada ciencia y principalmente con el deseo ardiente que tiene Enrique de aprender, pues me ha dicho que quiere cultivar su espíritu y elevarse a bastante altura cuanto le permitan alcanzar las muchas o escasas facultades con que Dios lo haya dotado, pudiendo asegurar a ustedes que esta aspiración no tiene por estímulo la vanidad de aparecer en el mundo, sino que a más de la satisfacción de su propia conciencia, es un noble móvil el que lo determina, móvil que solo es conocido de mí y que desde luego apruebo como honrado y lejítimo...

VIII.

El anciano hizo una ligera pausa y miró negligentemente a Luisa para que no tomara sus palabras como una revelación dirigida a ella, sino para ver el efecto que producían, dejándola, sin embargo, en la incertidumbre; con todo, al oír las palabras del solitario, Luisa se serenó; pero bastante dueño de sí misma y muy altiva para traicionarse en presencia de Enrique, ocultó de tal modo la alegría de su corazón, que el anciano mismo se equivocó, llegando a serle dudoso lo que poco tiempo há creía seguro y evidente.

—Esa es una noble ambición, don Enrique, dijo la señora interrumpiendo, y ojalá persista usted en ella. La ocasión que se le presenta es bellísima, porque no encontraría usted en el mundo un maestro igual al señor de Guzman, que, a sus muchos y profundos conocimientos, reúne una bondad sin límites...

—Así es, señora, dijo Enrique inclinándose.

—Y si yo puedo serle útil, agregó doña Juana; si yo puedo contribuir con algo para esta grande obra, tendría un verdadero placer; pero desgraciadamente, no veo cómo la llevará a cabo mi ilustre y sabio amigo; sin embargo, se me

ocurre una idea: no se ocupe usted mas del trabajo de las casas, sino de vez en cuando para inspeccionar y dar sus órdenes; de esta manera le quedará a usted libre todo el tiempo, y puede aprovecharlo, sin que por esto se altere en lo menor nuestro contrato; porque al fin y al cabo, ¿qué importa que los edificios estén concluidos un mes antes o un mes despues? Esta insignificante privacion de mi parte, no puede compararse a la grande utilidad que a usted reportará; y seria una desconsideracion injustificable, seria casi un delito el que yo, por satisfacer un capricho que puede hacerse mas tarde, lo privase a usted de un beneficio, obligándolo a perder una oportunidad que no encontrará dos veces en la vida.

—Tiene usted mucha razon, mamita, y espero que don Enrique aceptará las condiciones, pues no concibo el motivo que tendria para desecharlas, y estoi persuadida que haria mal si obrase de otro modo.

—No puedo menos, respondió Enrique enternecido, que agradecer en el alma tanta bondad: mi reconocimiento no alcanza a sus beneficios, pero es tan grande como lo puedo sentir...

—¿Acepta usted? preguntó Luisa alborozada.

—Rehuso, señorita.

—¡Rehusa! ¿y por qué motivo? dijo doña Juana, sin saber a qué atribuir la negativa.

—Porque tengo que cumplir con mi obligacion, con mi deber... y espero que ustedes, con cuyo aprecio me honro, no me harán faltar a él, porque a mas de reprocharme a mí mismo, perderia en el buen concepto en que ustedes me tienen y que es para mí de tanto valor el conservar al menos, ya que no me sea posible aumentar.

—No veo que usted faltaria a su obligacion cuando, trabajando para mí, mando yo misma suspender el trabajo.

—Yo me he comprometido con mi maestro, no para instruirme, no para adquirir conocimientos, sino para tra-

bajar en una obra que me ha sido particularmente encomendada; y faltaria a mi deber, a mi compromiso, a mi palabra, si por aprovechar el tiempo en favor mio descuidase sus asuntos: esta seria una falta de honradez que creo no me la aconsejará nadie, y que, aun que me la aconsejasen, no la seguiria.

—Bravo! exclamó el solitario; me gusta esa rectitud y todos la aprobamos.

En efecto, en todos los semblantes se veia pintada la satisfaccion y el contento.

—Si la mayoria de nuestros artesanos, continuó el solitario, tuviese esta delicadeza y siquiera esas máximas, mui diferente seria su posicion, económica y socialmente hablando, porque tendrian fortuna y consideraciones, porque saldrian de la postracion ignominiosa en que se encuentran, porque no darian lugar al desprecio, porque serian ellos los verdaderos fundadores de la igualdad y de la república, pues obligarian a la clase aristocrática a respetarlos, y de este respeto al equilibrio y a la efectiva y práctica democracia no hai mas que un paso, o mas bien dicho, habrian desaparecido las barreras y las diferencias; pero por desgracia no sucede así... por desgracia, el engaño en lugar de la rectitud es el que predomina en ellos, mirando la falta al cumplimiento de sus obligaciones como una habilidad en vez de considerarla como una bajeza; como un provecho en vez de una pérdida, pues nuestros artesanos creen que mientras mas engañan, mas lucran, llamando hombre *vivo* o inteligente al astuto pillo que ha podido hacer mas petardos, riéndose, ¡los pobres ignorantes! de la credulidad de los que se confian por necesidad a ellos, sin ver cuánto se equivocan, cuánto pierden, cuánto se envilecen; sin pensar que de esa manera no ocuparán jamas el menor puesto social, sino que se revolcarán siempre en el fango en que viven. ¡Ai! amigo mio, tú no puedes figurarte cuánto compadezco a las clases trabajadoras de mi pais y cuánto deseo tengo de

verlas rejeneradas por bien de ellas mismos y por bien de Chile... y si es verdad que nuestros gobiernos y nuestra aristocracia tienen mucha culpa en su degradacion y en su atraso, no es menos cierto que ellos no hacen nada, absolutamente nada por mejorarse, por instruirse, por moralizarse; pero cuando se presentan ejemplos como el tuyo (y el solitario miró a Enrique) se reanima la abatida esperanza y se tiene fé en la futura rejeneracion de nuestras masas, y por consiguiente, en el engrandecimiento de nuestro pais...

—Tengo la persuasion de que llegará ese tiempo, dijo Enrique, porque ya se encuentran muchos hombres buenos entre nosotros, a quienes falta, es verdad, ilustracion, pero que tienen honradez...

—Dios lo quiera, repuso el anciano, y espero que tú contribuyas a tan laudable fin.

—Lo haria de todo corazon; ¿pero en qué podré yo influir? la accion individual es casi perdida.

—Sin embargo, harás lo que está en tu mano, porque uno no es obligado a mas.

En ese momento apareció un viajero a la puerta del salon con una carta en la mano.

Luisa se paró precipitadamente, diciendo: "es el *propio* que mandé a San Fernando y trae sin duda una carta de Mercedes."

El hombre entregó varios paquetes.

En las diversas cartas que venian para doña Juana y para Luisa, conoció en una de ellas la escritura de Mercedes y la separó de las demas, pidiendo permiso para abrirla, considerando que vendria incluida alguna para Enrique, en lo cual no se equivocaba.

Despues de haber recibido su carta, nuestro jóven obreiro se despidió de las señoras, creyendo importuno quedar por mas tiempo, desde el momento que tenian que leer su correspondencia.

En seguida dirijióse a su cuarto, que encontró sencillo en

sus muebles, pero con un aseo esmerado, como si una persona tan inteligente como amiga hubiera presenciado el arreglo, llegándose a persuadir Enrique que Luisa no habia sido estraña en aquel acomodo, porque habia allí tal armonia, tal confortable y tal prevision delicada, que era imposible que manos simplemente mercenarias hubieran tenido ese gusto, ese perfume aristocrático que solo le es dado conocer a las personas de buen tono.

Luisa, por su parte, se habia retirado tambien a sus habitaciones, luego que dejara el salon Enrique, porque queria no solo estar sola, para entregarse a sus pensamientos, sino leer con entera libertad la carta de su amiga en que presumia le hablara de lo que mas interesaba a su corazon.

Vamos, pues, a leer ambas cartas, principiando por la de Luisa.

La novena de Marta.

I.

Sentada nuestra aristocrática niña en una poltrona, había colocado a su lado una pequeña y elegante mesita, sobre la que estaba colocado un candelabro con cinco luces, porque a Luisa le gustaba mucho la claridad, teniendo siempre en su cuarto un considerable número de bujías.

Una vez en su asiento, puso las cartas sobre la mesa, y apoyando su cabeza en una de sus manos, cerró sus hermosos ojos, quedando por algun tiempo sumida en sus reflexiones... Al fin, abriendo sus párpados y haciendo un movimiento encantador, tomó de entre las varias cartas que tenía a su lado la de Mercedes, que, si bien había abierto, no había aún leído, porque solo rompiera el sello para ver si encontraba alguna otra inclusa, como en efecto había sucedido.

Hé aquí la que le había escrito Mercedes:

"Santiago, noviembre 22 de 1850.

"¿Cómo sufrir con paciencia, mi única e incomparable amiga, tu negligencia en escribirme? ¿Por qué me tienes tanto tiempo en esta ansiedad? Ignoras el gran interés que tengo en saber de tí, en conocer el estado actual de tu corazón, después de la confesión que me hiciste en tu pasada carta y en que me digas el grado de salud en que se encuentra mi hermano? ¿Te parecen de poca importancia todas estas cosas para que permanezcas silenciosa, sin que tomes en cuenta las angustias de mi incertidumbre?

"Te lo prevengo, mi noble y querida Luisa; al no recibir cartas tuyas ni tampoco de Enrique, he pasado días bien amargos. ¿Por qué tanta mudez, me he dicho a mí misma? qué hai? qué ha sucedido? qué novedad tan extraordinaria les ha impedido a ambos escribirme? Y mi dolor, Luisa, se aumentaba con el dolor de mis padres, que también, lo comprendes, deseaban saber de su hijo... y de sus bienhechores... Sácame, por Dios, de esta situación penosa y no dejes de contestarme por el próximo correo, porque de lo contrario, soy capaz de aparecerme ahí con toda la familia, que, como yo, participa de igual sufrimiento.

"Voi a confesarle una verdad: sin la asistencia de Víctor, sin su compañía, sin sus reflexiones, sin sus consuelos, me habria desesperado; pero él, mitigando su exaltación y la de mis padres, nos ha hecho soportar la angustia hasta hoy... pero si a vuelta de correo no llega una carta tuya o de Enrique; ¿quién sabe lo que va a suceder!... Tú serás la única responsable de las consecuencias...

"Dime, amiga mía, ¿lo que me escribiste a propósito de mi hermano, no existe ya? Ese afecto intenso, ese amor que me manifestabas por él, ¿ha desaparecido? El conocimiento más perfecto de su poco valer, es decir, de su carencia de instrucción, (porque en cuanto a sus cualidades morales, yo respondo) ¿te ha traído el desengaño? si es así, si esto te ha impedido escribirme, si ya no lo quieres, confíesamelo francamente y no por eso dejaré de ser tu amiga con todo mi corazón, con toda mi alma; lo sentiria, es verdad, lo sentiria por él y por mí, pero no por eso disminuiría un ápice el afecto que te profeso y que ha nacido y es independiente de toda otra relación que no sea la nuestra. De consiguiente, Luisa, espero que seas franca, aun cuando hubieras de causarme un sentimiento en esta parte, porque jamás te perdonaria el disimulo, si esto puede existir en tí, si esto puedes usar conmigo.

"Como te he dicho antes, no ha contribuido poco Víctor

para borrar mi inquietud y para serenarnos a todos algun tanto, porque sus francas, cariñosas y razonables demostraciones han traído un consuelo; y porque... ¿quieres que te lo diga, Luisa? porque me ha declarado su amor y me ha pedido a mis padres... y yo... yo también lo quiero... pero sin embargo, existe en mí no sé qué vacío... no me encuentro con tu misma decisión, con tu mismo fuego, con tu mismo entusiasmo... ¿Será acaso que yo no sé amar? Y con todo, te lo declaro, él ejerce una grande influencia sobre mí: cuando me encuentro a su lado, me fascina y me domina: pero cuando se va, parece que el encanto se desvanece... ¿Qué será esto, amiga mía? ¿Habrán influido en mí ciertas observaciones tuyas y de Enrique? Pero ni tú ni él lo conocen. ¿Cómo entonces basar su conducta sobre presentimientos? Y sin embargo, ellos obran indudablemente en mí... pero a pesar de ellos, al día siguiente, cuando lo veo, cuando me habla, me arrastra y me convence a tal punto, que soy toda de él... aun cuando no se lo diga ni se lo manifieste...

"Los presentimientos! ¿Pero qué son ellos al lado de sus virtudes? Si supieras, Luisa, cuán humano y jeneroso es Víctor, si conocieras su caridad inmensa, si fueras testigo de sus obras, todas esas prevenciones sin fundamento desaparecerían como el humo... Si lo oyeras hablar, si vieras la distincion de sus modales, la modestia elegante que lo caracteriza, la pureza de sus sentimientos, la elevacion de sus ideas y su brillante y cultivada intelijencia, estoy segura que todas tus prevenciones y las de mi hermano no existirían y llegarías a amarlo...

"¿Te acuerdas, amiga mía, que una vez te dije, cuando apenas lo conocía, que era el solo hombre digno de tí? Pues bien, Luisa, hoy estoy mas que nunca convencida de esta verdad: tú eres la única mujer digna de él y él el único hombre digno de tí; y si no fuera que Enrique es mi hermano y que le deseo la mayor felicidad, te diría: "Aguar-

da, amiga mia, espera el momento en que lo conozcas y en que él te vea y te admire, porque verte y admirarte es una misma cosa, para que ambos sean dichosos."

"Y créemelo, Luisa, te lo digo con todo corazon; si esto pudiera suceder, lo haria, y sin el menor sacrificio de mi parte, ¡porque seria tan feliz con tu felicidad! Si Víctor supiese lo que ahora te escribo, me diria talvez que no lo quiero lo bastante, pero se engañaria; pues lo querria siempre y quizá mas si te hiciera a tí dichosa..."

"El paso que ha dado con mis padres ha sido bien recibido. Ellos me consultaron; yo no tenia objecion que poner, y dieron su consentimiento... pero he exigido como condicion indispensable que no se efectuara mi enlace hasta que tú y Enrique estén presentes; ¿no me harás el favor de asistir a mi modesta boda? Estoy segura de ello y no insistiré sobre este punto... pero si cuando veas a Víctor te agrada, no tengas el menor escrúpulo: todo queda deshecho, y tú serás la preferida sin que te pese ni mi rivalidad ni mis pesares, porque en realidad no existirian, sino puramente el contento de verte feliz y de que él también lo fuera..."

"Despues de la declaracion de Víctor y del consentimiento de mis padres, viene a casa con mas confianza y es recibido casi como un hijo; ¿qué cosa mas natural? El tiempo que le dejan sus ocupaciones mas indispensables, me lo consagra a mí y lo pasamos estudiando, leyendo, dándome lecciones sobre muchas cosas en la mas dulce intimidad. ¡Qué momentos tan agradables! Si la vida se pasase siempre así, este mundo seria un paraíso!..."

"Mi padre quiere y considera a Víctor, porque la superioridad de su instruccion y de su talento se hace sentir, por mas modesto que él sea; pero mi madre, si bien reconoce sus virtudes y hace justicia a sus cualidades, conserva siempre cierta desconfianza invencible que ella trata de combatir, pero que no consigue destruir, aun cuando despues de su franca declaracion se ha modificado un poco, experimentan-

do igual sentimiento por la señora Anastasia, que en realidad es una santa mujer, aunque su fisonomía no lo manifiesta algunas veces, porque yo misma le he sorprendido miradas que me han hecho temblar; pero esta impresion pasajera se ha desvanecido al punto, pues casi en el mismo instante he sabido alguna accion buena de ella, que me ha obligado a arrepentirme de mi involuntario e irreflexivo temor.

"¿Te entretengo demasiado de mis cosas, querida Luisa, y no te he preguntado casi nada de las tuyas! . . Dispénsame, amiga mia, y no te olvides de decirme todo lo que te pertenezca, aun cuando te parezca lo mas insignificante, porque lo que tiene relacion contigo es para mí de mas grande interes.

"Mis padres te mandan mil cariñosos recuerdos y mil respetos a la señora, sobre cuya salud se interesan tanto o mas que yo misma.

"Mi madre, con su piedad, está aun dándole una novena a la Virgen por el pronto restablecimiento de la señora doña Juana... y si vieses al viejo soldado de mi padre permanecer de rodillas todo el tiempo que dura el rezo, te gustaria, lo sé, y le gustaria tambien a la señora, porque esto le probaria que aquí hai corazones que la aman y de los cuales no se borrarà jamas la gratitud y el cariño que les han inspirado sus bondades.

"Pero no somos nosotras solas, mi querida Luisa, las que nos entregamos a tan piadosa devocion, sino que muchas de las alquiladoras del conventillo, sabiendo que se sigue la novena por la salud de la madre de la señorita que les hiciese tantos beneficios, vienen tambien a rogar con nosotros; y no habiendo en nuestro pequeño salon lugar para tantas personas, rezan, las que no han llegado a tiempo, desde afuera... Esto es tierno... y yo nunca me he sentido con tanto fervor, con tanta devocion como ahora...

"Pero voi a hacerte todavia otra revelacion que acabará

por destruir tus malos presentimientos: Víctor es uno de los asistentes... Desde el momento que mi padre dijo lo que iba a hacer, él se asoció con mui buena voluntad, aplaudiendo con calor el pensamiento; de consiguiente, no ha faltado una sola noche a la novena, colocándose al lado de mi padre y permaneciendo como él igualmente de rodillas... No puedes figurarte lo que esto me ha agradado y lo que ha influido tambien en la voluntad de mi madre, sirviendo a la vez de un bello ejemplo a todas las arrendatarias, que lo respetan y lo quieren, porque las favorece en cuanto puede, dándoles, como tú, cuanto necesitan, a tal punto, que muchas veces le he dicho yo de no ser tan pródigo; pero él me ha sonreído con tanta bondad, que me ha desarmado y he tenido que callarme, muda de admiracion y de cariño.

"Ya ves que nada te oculto, y espero que tú hagas conmigo lo mismo. Refiéreme hasta lo que creas inútil: esta es la mas ardiente súplica de tu amiga, que te ama de todo corazón.

"MERCEDES."

"No olvides tampoco de dar, en mi nombre y en el de mis padres, un fuerte abrazo a doña Ceferina, a quien debo en gran parte la felicidad de conocerte."

II.

La lectura de esta carta conmovió agradablemente a Luisa, haciéndole derramar dulces lágrimas al ver el cariño de que eran objeto ella y su madre... La tierna y sencilla piedad de aquellas jentes, la asistencia de tantas personas a la novena de la Virgen, personas a quienes no conocia y que un pequeño acto de caridad habia bastado para despertar su gratitud, llenaron de un sentimiento delicioso el corazón de Luisa, y al figurarse al viejo soldado y al jóven artista arrodillados ante una imájen, pidiendo con el fervor de la inocente credulidad por la salud de su querida madre, fué

tal su conmocion, que se arrodilló tambien, y levantando los ojos al cielo, exclamó: ¡Dios mio! Dios mio! cuán fecunda en bienes es la caridad! cuán llena de deleites su práctica!... ¿Por qué todos los hombres no lo hacen, que así el jénero humano seria dichoso? Si de una dádiva tan pequeña y tan insignificante como ha sido la mia para con aquella pobre jente, han brotado tantos sentimientos benévolos, tanta caridad recíproca y hasta el incienso de una piadosa plegaria, ¡cuál seria el progreso, cuál la felicidad, cuál la elevacion a que alcauzaria la especie si ese sentimiento divino fuera su guia y la regla de sus acciones, si estuviera grabado en el corazon del hombre como en los códigos que determinan sus actos y reglan su política!... Pueblos de la tierra ¡cuál seria vuestro destino? La unidad realizada por la asociacion santa del Evangelio... El comunismo del Paraíso con la libertad en el pensamiento y en la obra, unida a la inocencia activa e inteligente de una voluntad fraternal, tan poderosa como civilizadora, tan irresistible como benéfica; pues la unidad inmensa de todas las humanas fuerzas converjeria a un solo punto, la caridad, irradiándose de aquí la dicha para cada uno de los miembros que componen la gran familia!...

Luisa estaba en uno de esos momentos de inspiracion sublime, en uno de esos éxtasis en que tanto se acerca la criatura al Creador, que casi llega a confundirse con El... La brillante imaginacion de la jóven se paseaba por los perfumados jardines de un desconocido Eden, donde todo era libertad y armonia, grandeza, inocencia y amor... Quien hubiera visto a Luisa en aquella actitud humilde, iluminado su hermoso rostro por gran número de bujias, sus ojos fijos en el cielo, naciendo de ellos algunas lágrimas que se deslizaban silenciosas y transparentes por sus tersas mejillas, y con sus delicados brazos y finas manos puestas sobre su contorneado seno, la habria indudablemente tomado por una aparicion celeste, pues era imposible que la forma humana

representara hasta ese grado el arrobamiento divino, la caridad anjélica, el candor, la pureza y la gracia unida al entusiasmo de la virtud y a la majestad de la sabiduría!...

Cuánto tiempo permanecería así nuestra aristocrática beladad!... es imposible decirlo... porque esos momentos de delicioso éxtasis no se calculan ni se miden sino que pasan, cual si no se marcaran en el cuadrante de la vida, dejando únicamente tras sí un destello de refulgente luz, que ilumina a la vez que engrandece nuestro entendimiento y nuestra conciencia; pero al cabo de un largo rato y como si Luisa tuviera necesidad de un horizonte mas vasto, abrió la puerta de su cuarto y se puso a mirar el firmamento...

III.

Intertanto Enrique, preocupado tambien con los acontecimientos del día y llena su alma de una dulce esperanza, traía a su memoria una a una las palabras de Luisa, su acción, sus miradas, su rubor y hasta los sitios que había ocupado, porque todo aquello tenía para él un lenguaje y una expresión tierna que le decía que sus afectos eran correspondidos. Empero, nada había aun de positivo, y las angustias de la incertidumbre mezclándose a las delicias de una realidad que creía palpar y que, sin embargo, se le deslizaba cual fugitiva sombra que se ve sin asirse, producían en la imaginación del joven ese estado indefinido que precede a la suprema dicha o al horrible tormento que nos aguarda de un instante a otro en algunas circunstancias extremas de la vida...

La carta de Mercedes la tenía entre sus manos, y aun no se había resuelto a abrirla, a pesar del interés que ella le inspiraba; pero al fin, como rompiendo el encanto que absorbía sus facultades, tomó un asiento, colocándolo cerca de la mesa en que ardían dos velas de esmeralda, y leyó lo siguiente:

"Santiago, noviembre 22 de 1850.

"Mi bueno y querido hermano:

"Si hubiese de pagar tu negligencia con la misma moneda, no te escribiría; ¿para qué ser afectuosa con los ingratos? Si la ternura se ha de recompensar con el olvido, mas vale no tenerla, y esto es lo que he estado a punto de hacer; pero me habria impuesto un sacrificio mayor que la pena que podia causarte y he preferido ser jenerosa por egoismo; ¿qué te parece, Enrique, esta manera de vengarse? Si ella no es la mejor, es, sin embargo, la única que yo puedo ejercer y emplear contigo.

"Pero dejémonos de chanzas. ¿Estás enfermo, hermano mio? te has agravado? tus agudos dolores te han impedido escribirme? Así me lo parece y me duelo de ello: habria preferido tu olvido a tus males, pues querria mas bien saberte ingrato que enfermo; pero de un modo o de otro, sácanos cuanto antes de zozobras, porque mis padres y yo sufrimos mucho con la ignorancia en que estamos sobre el estado de tu salud, aun cuando la carta anterior de mi tierna e inolvidable amiga nos quitaba todo temor; con todo, a la distancia, las cosas se desfiguran, y los males, por pequeños que sean, nuestra imaginacion los aumenta.

"Tambien se me ha ocurrido la idea de qué, absorbido por completo con los encantos de mi Luisa, te has olvidado de todos: si esto es verdad, no solo te lo perdono, sino que lo justifico; y no solo lo justifico, sino que lo apruebo. ¿Quién, estando a su lado, podria ser indiferente a sus hechizos? ¿Quién no olvida el mundo cuando se está en su presencia? Si esto me pasaba a mí que soi mujer, ¿qué no te sucederá a tí, hermano mio? Y sin embargo, mi afecto, aunque de distinta naturaleza, es quizá superior, o por lo menos, igual al tuyo...

"Me has abierto, Enrique, tu corazon; me has dicho que a nabas a Luisa cuando ibas a perder la esperanza de verla;

continúa, pues, hablándome con la misma franqueza, ahora que la tienes allí... que estás con ella... que la ves en todos los instantes... ¡Pobre hermano! ¿Creeirás que lo mismo que causa tu dicha es en mí un motivo para que te compadezca? ¡Cómo debes quererla despnes que la has conocido! En cuánto debes haber apreciado su inmensa superioridad! Y qué desaliento no habrá llevado a tu alma la comparacion que hayas hecho entre ella y tú, entre su posicion y la tuya, entre su talento cultivado y el tuyo todavia en embrion, entre su elegancia aristocrática y tu sencillez de obrero! Todo esto debe desesperarte, y sin embargo no quisiera que desmayases, porque hai tanta semejanza entre tus cualidades morales y las suyas.

"Cuando al despedirte de mí para ir a esa hacienda me pediste su retrato confesándome que la amabas, entonces, Enrique, comprendí aquellas palabras que me habian chocado tanto oir de tu boca; entónces comprendí tu ambicion, y esa ambicion me parece ahora lejítima y razonable... Trabaja, pues, hermano mio, y no desesperes...

"En mis anteriores cartas te habia hablado de nuestro vecino, el pintor, y ahora voi a ocuparme de tu futuro hermano, Víctor... Parece que estuviera viendo tu sorpresa al leer este párrafo de mi carta, pero todo se aclarará con una explicacion lijera: Víctor me ha pedido a mis padres y yo lo amo... ¿Serias tú únicamente él que quisiera tener afectos? Hasta allí iria tu egoismo? Pero, hermano, yo no he perdido los mios, sino que los he aumentado con otros; y en lugar de olvidarme de mis padres y de mi hermano, como tú lo haces, he puesto como condicion que no se efectuará mi enlace hasta que tú no estés con nosotros y tambien hasta que Luisa nos honre con su presencia... ¿Qué te parece? Mis padres han consentido, yo quiero a Víctor y solo te esperamos a tí... Seremos felices, Enrique, lo seremos, no tengas en ello la menor duda;... pero consérvanos tu vida, tu salud y tu afecto, porque sin tí no habria dicha posible,

"Nada te diré de mis padres; ¿para qué? tú les conoces y sabes cuánto te aman; lo mismo que tu hermana

"MERCEDES."

Enrique permaneció pensativo durante algun tiempo; las lágrimas corrían de sus ojos y los sollozos levantaban su oprimido pecho con la noticia del próximo matrimonio de su hermana...

El no se daba cuenta de sus impresiones, de su disgusto invencible, de su temor irreflexivo... Mercedes le decía que amaba, que sus padres habían dado su consentimiento y que iba a ser dichosa... y sin embargo, él no lo creía... y sin embargo, un instinto secreto le anunciaba una desgracia próxima... Todas las probabilidades estaban en favor de la futura dicha de su hermana... pero él sentía un dolor agudo. Al fin, sacudiendo su cabeza como para desterrar los pensamientos que lo agobiaban, se paró, exclamando: "todavía hai tiempo, puesto que ese enlace no se hará sino en mi presencia... allá veremos... talvez todo tiene remedio... o yo pediré perdón de mis injustos e infundados presentimientos, lo que me agradaría mucho mas; porque si el pintor es bueno y Mercedes es feliz, yo seré partícipe de la dicha de ambos y habré adquirido un hermano..."

El artesano volvió a pasearse; y su semblante, poco antes sombrío, recobró su calma natural y un rayo de felicidad vino a animarlo... Su pensamiento había volado donde Luisa...

IV.

¿Qué hacía intertanto ella en medio del silencio de la noche, en medio de esa quietud de la naturaleza que parece dar mas actividad al alma?... En efecto, ¿qué cosa nos lleva mas a la contemplación, a la inmensidad, al amor, que esa bóveda estrellada que nuestros ojos perciben y admiran y cuyos misterios quiere en vano penetrar nuestro en-

tendimiento... ¿que ese céfiro suave que trae a sus auras el balsámico perfume de las flores, que es quizá la espresion pura de sus mútuos afectos?... que esa pálida y trasparente luz que reflejan aquellos ignorados mundos sobre nuestro mundo todavia desconocido?... Y bien, Luisa, habiéndose quedado mucho tiempo entregada a esa divagacion sin límites, volvió de nuevo a entrar en su cuarto para escribir su contestacion a Mercedes, la que debia mandarse al siguiente dia mui temprano para que llegase a alcanzar al correo.

Hé aquí su respuesta:

"San Jorje, noviembre 25 de 1850.

"Noble y querida amiguita mia:

"Te quejas de mí, y tienes razon; me he descuidado sin olvidarte, y teniéndote presente no te he escrito; ¿cómo explicarás tú este misterio? Imposible, Mercedes, y sin embargo, así ha sucedido; porque casi nunca te has separado de mi imaginacion un momento, puesto que me ocupaba de tu hermano, y tú y él forman para mí una misma persona: este es el secreto de la negligencia que me criticas y que te revelará tambien mi corazon como desvanecerá tus temores y los de tus padres respecto a la salud de su hijo.

"¿Debo explicarte este misterio? Pues bien: trabajaba un cuadro que representaba la escena del bosque y queria concluirlo antes que Enrique estuviese restablecido, para que él fuera el primero en verlo: esta es la causa de la negligencia que me echas en cara, y ya verás por ella cómo, teniéndolo presente a él, te he tenido a tí, porque, como te he dicho, ambos son para mí inseparables...

"Despues de esto, ¿crees que haya dejado de querer a tu hermano? Piensas que ese afecto que te comuniqué sin que me lo preguntaras, y que si no hubiera existido realmente jamas te habria hablado de él, ¿haya tan luego desaparecido? Cuán poco me conoces, Mercedes, para juzgar-

me así! Es preciso suponerme un alma muy ligera, muy apocada para que llegase a ser capaz de tan súbitas variaciones. El amor, para mí, es el idealismo, es la poesía, es la virtud. ¿Cómo renunciar a lo que forma mi más pura esencia? ¿Cómo cambiar, cómo renegar en un instante de aquello que ha hecho la delicia y aspiración de mi vida, y esto justamente en los momentos que encontraba su personificación, que desesperaba hallar en el mundo? . . .

"La falta de ciencia de tu hermano me dices que puede haber hecho que desaparezca el cariño que te había confesado; pero la falta de ciencia, ¿significa acaso la falta del alma? Enrique tiene energía, fuerza, voluntad, entusiasmo; tiene aspiración por todo lo bello, por todo lo noble, por todo lo grande. . . Sus cualidades están vírgenes; el soplo del mundo no las ha marchitado y son ya en él plantas robustecidas que el aquilón de la sociedad jamás devastará; ¿qué es entonces lo que me dices al lado de estas ventajas?

"Yo soy una de esas naturalezas que aman mucho, pero que exigen más, no concibiendo los términos medios. . . Los afectos fáciles y las virtudes de convención no existen para mí: me doy toda entera o no me doy nunca. . . Soy tan orgullosa como tierna, y pido quizá más que lo que ofrezco: he aquí la razón porque todavía no había podido amar; he aquí también el motivo porque amo ahora. . . Enrique, si no tiene instrucción, estoy segura que la adquirirá, y adquirirá ese saber sólido, profundo, severo, entusiasta y peculiar a los talentos de primer orden. . . ese saber que tiene una base, principios fijos, rectitud de marcha y que no fluctúa ni oscila, en medio de la confusión de ideas y de ciencias que hoy están en choque, porque la senda trazada por la virtud es tan luminosa como invariable. . . ¿Cómo, pues, figurarte por un solo momento, Mercedes, mi repentino cambio?

"Yo no concibo la pasión sino de un modo absoluto, y no la concibo sino unida a la más amplia independencia. . . Esos amores de un día, de un año, que se dicen libres, porque

quieren ser fáciles, solo me revelan el apocamiento del alma: son fuegos fátuos que abrasan, que iluminan por un instante, pero que a la vez que devastan se estinguen y desaparecen... mientras que el cariño basado en el mérito verdadero, debe ser tan eterno como quien lo experimenta; su llama inestinguible debe durar cuanto dure la existencia; pero rodeado de confianza, de libertad y armonía: así es solo como yo amaré y como quiero ser amada... No pienses, pues, amiga mía, que cambie mi cariño ni que disminuya tu amistad: el uno y la otra tienen raíces profundas que la muerte únicamente pueden arrancar.

"Ahora, Mercedes, si de esta manera quieres a tu famoso artista Víctor, nada tengo que decirte, nada que aconsejarte; pero sí, como me lo comunicas en tu carta, experimentas esas alternativas; si solo su presencia te fascina, sin que el recuerdo te ocupe toda entera; si en su ausencia te encuentras libre de su imájen, ten seguro que no has amado y desconfía de tí misma, y no solo de tí misma sino también de él, por mas virtuoso que te parezca; porque el hombre que no nos llena del todo nos engaña; pues hai en el afecto, cuando es sincero, una naturalidad que arrastra, que nos persuade en la distancia, que nos convence a toda hora y que no deja lugar a ningun jénero de duda; mientras que cuando es finjido, a despecho del arte, de la seducción, del talento, quedan en el alma incertidumbres y una especie de vacío que, aun con nuestra propia voluntad, no conseguimos llenar...

"Yo no tengo esa experiencia práctica del mundo, querida Mercedes, que puede dar lecciones positivas y citar hechos incontestables; pero poseo cierto grado de instrucción con que creo me ha dotado la naturaleza, adivinando aquello que jamas he experimentado ni visto; de lo contrario, es decir, si poseyese una seguridad absoluta, en vez de ponerte en guardia, como lo hago, te diria francamente: "No obres así;" pero afortunadamente nos queda tiempo, y puesto que

has determinado no casarte mientras yo no esté a tu lado, tendré ocasion de desengañarte o de decirte: "Sé dichosa."

"Lejos de mis deseos que te guies por mis presentimientos. Tú me has pintado a ese jóven como un dechado de virtudes y de perfecciones, a tal punto que, en tu jenerosa amistad, quieres cedérmelo; pero dándote las gracias por obsequio tan desprendido y tan sin igual, por un obsequio de que no hai ejemplo en los anales de los amantes, debo decirte que si es asi y tal cual me lo retratas, es preciso que lo ames, y que lo ames de todo corazon y sin la menor incertidumbre. Por mi parte, ya yo le soi deudora de dos favores: el primero porque con su asistencia y con sus consejos ha sabido calmar tu angustia y la de tus padres, a propósito de la salud de tu hermano y de mi negligencia en escribirte; y el segundo por haber orado por mi madre... De consiguiente, puedes decirle que si hace tu dicha, tendrá en mí la amiga mas sincera y decidida.

"Es imposible que tengas idea de cuán tiernamente me ha conmovido la novena a la Vírjen que la señora doña Marta ha querido seguir por mi madre, que tu anciano padre y tu jóven amante han rezado de rodillas, prosternándose ante el altar de Dios con idéntica humildad, con un mismo fervor y con un fin igual... y ese preblo que, movido por un sentimiento de gratitud a un insignificante beneficio, se agrupaba al derredor de ustedes, me han arrancado lágrimas... Dulces, santas, suaves, consoladoras y deliciosas lágrimas, que son el mas vivificante rocío del cielo, ellas me han trasportado por un momento a las perfumadas mansiones del misterioso Eden de la justicia y de la fraternidad de que goza el Creador y de donde emana, no solo la armonia de los seres, sino su perfeccion y su dicha... A mi nombre, Mercedes, dá las gracias a todos, pero unas gracias llenas de la efusion del alma, porque les soi inmensamente deudora...

"Adios, mi jóven y querida amiga: no olvides de escri-

birme, y aun cuando estés embriagada por los deleites del amor, piensa que la amistad se le asemeja, y que no se puede sentir el primero sin ser capaz de experimentar la última... Sigue amando como siempre a tu

"LUISA."

V.

Enrique tambien se habia puesto a contestar la carta de su hermana, y quizá al mismo tiempo que lo hacia Luisa, porque hai ciertas afinidades entre los amantes, que, a pesar de la distancia, viene a herirlos una misma impresion, dominando en ellos un pensamiento análogo.

Hé aquí la carta de Enrique:

"San Jorje, noviembre 25 de 1850.

(A la una de la mañana.)

"Un enfermo no puede estar en vela hasta tan tarde, mi querida hermana, y esto destruirá tu inquietud, puesto que te probará mi completa convalecencia: pero, a la vez, lo que te tranquiliza me daña y te enoja, porque te doi el derecho de tratarme de ingrato; sin embargo, confio en tu cariñosa benevolencia, que tan bien sabes espresar en tu carta, cuando me dices 'que habrias preferido mi olvido a mis males y que deseabas mejor saberme ingrato que enfermo...' ¡Cómo se revela la abnegacion de tu alma en estas sencillas palabras! Cómo te las agradezco! Cómo estoi orgulloso de ellas, y mas que de ellas de tí, que las has concebido y que me las dices con la tierna injenuidad del corazon! Gracias, hermana mia, gracias...

"Me dices tambien que has tenido el pensamiento de que, absorbido por los encantos de la señorita Luisa, te he olvidado; pues bien, a este respecto te equivocas: no son los hechizos imponderables de tu amiga los que han obrado sobre mí, sino las lecciones de un anciano; y sin negarte que ella ocupa mis afectos, te confieso que el atractivo de la ciencia

ha ejercido en mí un poderio inmenso, pues no he podido oír la palabra del antiguo jefe de mi padre, del brillante y aristócrata coronel Guzman y del olvidado solitario hoy día, sin todo el interés del que desea instruirse, sin toda la afección del que recibe un inesperado favor, sin todo el entusiasmo del neófito a quien se inicia en la fé y a quien se le abren los cielos de la esperanza, de la justicia, de la verdad y de la ciencia... Esta es la razón, hermana mía, porque no te he escrito, y la razón principal, pues mis afectos y mi enfermedad han tenido muy pequeña parte en mi negligencia.

"Ahora, si la verdad que te confieso me disculpa menos a tus ojos, no por agradarte debo de dejar de ser sincero, y no por el temor de esponerme a tus reconvenciones y a tu cólera es preciso que mienta... Seré cuanto quieras; júzgame como mejor te plazca; pero lo que hai de positivo y de cierto en el corazón, debe siempre decirse sin embozo, particularmente en la confianza íntima de hermanos que se aman como nosotros nos amamos.

"Es verdad, Mercedes, te he abierto cuanto mi alma tiene de oculto y de sagrado, y me congratulo de ello. ¿En quién depositaria yo mejor mi confianza? ¿A quién descubriría mi pecho con mas franqueza? No temas, pues, que te oculte nada, sino que seguiré siempre el mismo que era antes, que soy ahora y que seré toda mi vida.

"Te lo confieso, Mercedes, estoy al lado de una divinidad: no es una mujer la que está conmigo, sino un ángel bajado del cielo: así es que mientras mas la contemplo, tambien mas me anonado, y a medida que gozo en verla, padezco; porque, como tú dices, cada día aprecio mas su superioridad, y el desaliento se apodera de mi alma por la comparación que hago entre ella y yo, entre su posición y la mía, entre sus talentos, su aristocracia y su riqueza, y mi ignorancia, mi vulgaridad, mi plebeyismo y mi pobreza; empero, hermana mía, no sé por qué, a pesar de todo, me creo digno de ella... y talvez la admiración que me inspira es la que causa mi

orgullo, sin que la menor parte corresponda a mi mérito; y en efecto, ¿qué tengo yo que se le iguale, ni aun que se le asemeje? Sin embargo, Mercedes, estoi resuelto a engrandecerme para merecer su confianza y quizá su... ¡Cuán temerario soi, hermana mia! iba a decir "¡y quizá su amor!..." Escúsame, perdóname, hai en mi timidez tanta arrogancia, que yo mismo me confundo; pues sin ser acreedor a nada, aspiro sin embargo... ¿y aspiro a qué? a lo mas grande, a lo mas dificultoso, a lo mas irrealizable: ¡a su afecto!... ¡Cuán insensato soi! pero esta locura que me confunde es la que me hace vivir; sin ella la existencia no tendria para mí ni objeto ni encanto, porque tu amiga es mi todo!...

"Talvez blasfemo, hermana mia, al hablar así... Sé que olvido mis deberes; ¿pero soi acaso dueño de los sentimientos que me ajitan? Si Luisa no me amase, ¿crees que podria vivir? Si no me alimentara una esperanza, aunque remota, ¿piensas que me conformaria? No, Mercedes, este afecto es mas fuerte que yo, es mas fuerte que mi razon, es superior a cuanto yo tengo, a cuanto yo concibo, escepto a mi facultad de querer, que es la única que vive en mí.

"Pero, hermana mia, amando a tu amiga ¿no amo yo la virtud, el mérito, la nobleza? Si ella es la encarnacion de lo que Dios ha creado de mas puro, de mas ideal y de mas bello, ¿quién criticará mi admiracion por la perfecta obra de los cielos? ¿No rindo acaso culto al Creador, estasiándome en su divina hechura? ¿Y tengo yo la culpa de ser lo que soi, de sentir como siento? ¿La tiene ella tampoco en inspirarme como me inspira? Si brotan de tu amiga las emanaciones de una simpatia infinita, ¿puedo yo resistir al magnetismo poderoso que ella ejerce en cuanto la rodea? Si todos la aman, ¿seria yo solamente el insensible?

"Talvez vas a decirme que estoi loco, y no creas que me ofenderias por esto: la locura, tal cual yo la experimento, tiene algo de divino, y debe ser ese estado incalificable en que el hombre se desprende de la tierra y que sin embargo

está sujeto a ella... Su mente lo eleva hasta los cielos, su corazón siente las armonías de un nuevo mundo, y palpita y se regocija en ellas y por ellas, y con todo, sus pies quedan pegados a la tierra, sin que le sea permitido lanzarse por entero a las mansiones donde ha volado su espíritu. Así soy yo, Mercedes, esta es ¡mi locura, este es mi sueño y mi realidad, mi dicha y mi tormento; porque veo de un lado la perfección mas acabada y del otro la pequeñez mas manifiesta; pero, hermana mía, a despecho de mis desventajas, desventajas reales que no dejo de reconocer, y sin embargo, a pesar de ellas, ¿lo creerás? siento en mí un poder grande, me parece que poseo una fuerza a que nada resiste, y que de consiguiente seré lo que yo quiera ser y obtendré lo que quiera obtener... ¿Es esto fatuidad? ¿Es esto orgullo? El tiempo lo dirá: mientras tanto, yo no lo creo, y a pesar de no creerlo, vacilo muchas veces, me confundo, me anonado y caigo en un mar de contradicciones, no sabiendo si lo que miro como una verdad es solo una ilusión; pero siento en mí una energía instintiva que sostiene mis propósitos, que me manda seguir adelante, que me dice: anda... Y esta fé en el porvenir, esta desconocida pero consoladora voz que se anida en mi pecho, alivia mi corazón oprimido por el dolor y realza mi espíritu abatido por la insignificancia de mi ser, por lo menguado de mi posición, por mi absoluta carencia de fortuna...

"Empero, ha habido un hecho que me ha dado esperanzas y que será para mí el acontecimiento mas grande de mi vida, porque me ha parecido el principio de mi felicidad. Figúrate, Mercedes, que ayer, encontrándome un poco restablecido, vinimos a la casa con mi sabio maestro, en cuya solitaria mansión he pasado todo el tiempo de mi enfermedad, asistido por él lo mismo que por una tierna y cariñosa madre. Poco tiempo despues de llegar, vimos a tu incomparable amiga que venia hacia el jardín, en cuyo lugar nos encontrábamos nosotros preparando unos ramos. Fácilmente con-

cebirás el gusto que tendría al verla; pero nada hai de semejante a la impresion que esperimenté, cuando convidado a almorzar ví en el comedor colocado un magnífico cuadro que representaba el momento en que, apuntando con mi escopeta, hacia fuego sobre el leon... Yo me quedé estático... toda mi vida pasó a mi corazon y a mis ojos... el primero palpitaba con violencia y los segundos estaban clavados en un solo punto... Un sentimiento parecido esperimentaban los demas espectadores, pues la señora doña Juana y mi sabio maestro prorrumpieron en un grito de admiracion y de entusiasmo que les arrancara la pintura, que ellos como yo veíamos por la primera vez; pues la señorita Luisa habia sin duda querido sorprendernos con esa maravilla, obra maestra del arte, segun decia el coronel Guzman, que ha viajado mucho y visto los principales museos de Europa y que tu hechicera, sabia y poética amiga habia trabajado en unos cuantos dias!...

"Qué podré decirte, Mercedes? No me resuelvo ni a bosquejarte mis impresiones diversas y deliciosas... la palabra seria pálida, impotente... hai fibras en el corazon que no traduce ni aun imperfectamente el lenguaje, y que sin embargo sentimos, pues aquello que mas nos conmueve es lo que menos se espresa... ¿Quién nos ha dicho jamas la sensacion mezclada de delicia y de espanto, de arrobamiento y de amor, de alegría inefable y de respetuoso recogimiento; esa sensacion indefinida que debe esperimentar lo que llamamos alma cuando por primera vez se halla en presencia de Dios, cuando ya no hai para ella misterios, cuando todo lo penetra, cuando la creacion entera con sus maravillas está presente a su vista?...

Pues bien, hermana mia, algo semejante a esto fué lo que yo esperimenté al ver el cuadro de Luisa... y en seguida pasó por mi mente la esperanza... y qué esperanza, Mercedes!.. la esperanza de ser amado! Pero luego la reflexion fria, la desápiadada razon que todo lo analiza y que

todo lo examina, vino a arrebatarme la fé, la creencia, la persuasion, el entusiasmo, para volver a las probabilidades de la incertidumbre, que oscila siempre entre el ser y no ser; y a pesar de esto, hermana mia, soi el mas feliz de los hombres y no cambiaria mi estado humilde por la esplendorosa vida del monarca mas omnipotente!

"Ahora que ya sabes lo que pasa por mí, no me abandones, Mercedes, y ayúdame, si te es posible, a salir de las rejiones de la duda; pero yo te pido mas de lo que tú puedes darme y retracto mi súplica, exigiéndote únicamente que me confortes y que me guies con tus consejos, que siempre han sido para mí provechosos; y ya que tú tambien amas, cuenta a la vez que haré cuanto esté de mi parte por que seas dichosa. ¿Pero necesitas de mi cooperacion para tu felicidad? Bajo ningun aspecto: tú quieres y eres querida; ¿qué mas puedo yo ofrecerte? Tuya es la gloria, el paraíso está en tí misma, lo has alcanzado y eres bien acreedora a él; pero ese jóven pintor de que me hablas con tanto encomio ¿es en verdad tan virtuoso como me lo pintas? Yo no debo dudar de nada, puesto que tú lo dices, puesto que mis padres lo aceptan; mi desconfianza seria un insulto hecho a tí, a ellos y a él, y a pesar de cierta resistencia interior, me someto a sus determinaciones y estrecharé en mis brazos con el mayor gusto a mi nuevo hermano. Cuento, sin embargo, con tu promesa que no se efectuará tu enlace mientras yo no esté tambien a tu lado; ¿podrias tener dicha completa en mi ausencia? creo que no; y yo por mi parte exijo esa condicion, que tú voluntariamente me has ofrecido y que desde luego acepto, porque, por mas que haga, no puedo desterrar de mí ciertos temores, los mas infundados quizá, pero no por eso los menos mortificantes: tal vez el cariño tan grande que te tengo, la felicidad que te deseo y en la cual está grandemente empeñada la mia, son el oríjen de esta inexcusable desconfianza, por lo que te pido mil perdones si es que tu afecto te ciega hasta el punto de desco-

nocer el móvil que me determina; sin embargo, confío en la rectitud de tu juicio que te hará ver la de mis intenciones.

"Nada te diré sobre mis padres, cuando saben que soi todo de ellos y que prefiero su dicha a la mia; intertanto, sé tú feliz que así tambien lo será tu hermano.

"ENRIQUE."

VI.

Cuando nuestro jóven hubo concluido su carta, era ya de dia y salió de su habitacion, sin haber cambiado de traje, para respirar ese fresco ambiente de la mañana, tan suave y perfumado como es en Chile en el mes de noviembre, particularmente en el campo, donde la pura brisa viene impregnada del olor de las plantas y del aroma de las flores, trayendo tambien en sus alas invisibles la melodiosa voz de los pajaritos que saludan el alba y sus amores.

Pero no habia sido Enrique tan matinal como Luisa, pues ya se encontraba ésta en el jardin; así es que el jóven quedó agradablemente sorprendido al verla, no esperando encontrarse con ella tan de mañana.

Enrique se acercó donde Luisa y la saludó con esa timidez que nace de los grandes y reconcentrados afectos y no de la cortedad que proviene de una educacion descuidada.

—¿Ha estado usted hoi mui madrugadora, señorita? dijo el jóven al acercarse a la niña.

Las mejillas de Luisa, poco antes pálidas, se sonrosaron un tanto al oir esta pregunta, creyendo que hacia alusion a la noche de insomnio que venia de pasar, porque ella tampoco habia dormido un instante.

—Tengo la costumbre, señor, contestó Luisa, con aire tranquilo (pues le bastaba un momento para recuperarse de cualquier sorpresa) de estar siempre en pié a la madrugada. Las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde son

para mí las mas deliciosas del dia, y jamas las pierdo: las primeras me llenan de alegria, pues me parece que renazco a una existencia nueva cada vez que veo aparecer el sol tras de nuestros nevados Andes; y las segundas, cuando ya declina el luminoso astro hácia su ocaso para perderse en las ondas del mar, derraman en mí un tinte de melancolia que me es mas grato que todo placer, pues me llevan a una contemplacion religiosa, que se aumenta a medida que las estrellas van apareciendo en el firmamento para alumbrarnos con su blanca y misteriosa luz, que podemos contemplar largo tiempo sin que el resplandor de sus rayos haga cerrar nuestros párpados, sino que por el contrario, ejercen tal atraccion, que los separamos con pena cuando nos vemos obligados a mirar hácia otra parte... ¿No ha experimentado usted algunas veces esto mismo? Y es tal el efecto que en mí produce ese momento, que, cuando las campanas de Santiago llaman a los fieles a la oracion para que hagan la plegaria de la tarde, yo como ellos, elevo mi ferviente y triste súplica a la Divinidad, estando íntimamente persuadida de que esa oracion de los paises católicos tiene un origen lleno de religiosa y melancólica poesía, cuya tradicion hemos perdido.

—Lo que usted dice es mui cierto, pero yo solo aquí, señorita, he podido gozar algunas veces de esas inspiraciones. Mi naturaleza ruda e inculta no alcanza a sentir esas armonias en toda su plenitud. El jénero de vida que he llevado, el pensamiento constante en el trabajo, la ocupacion monótona del cuerpo, ha impedido a mi espíritu elevarse a tan altas rejiones, donde les es dado solo penetrar a los ángeles; pero cuando he visto el campo, cuando he estado libre del ruido de las ciudades, y esto ha sido solamente ahora, porque nunca habia dejado el hogar de mis padres, he creído sentir algunos de esos destellos, alguna de esas mudas aspiraciones hácia el infinito y hácia lo desconocido...

—Lo comprendo... La posicion social entra por mucho...

La vida de un trabajo incesante embota ciertas facultades... pero hai en usted el jérmen de lo ideal que solo necesita de un poco de rocío para desarrollarse; ya llegará ese tiempo.

—¿Lo cree usted, señorita?

—Estoi segura de ello.

—Usted tiene mas confianza que yo, porque no me atrevia a sospechar tal trasformacion.

—¿No cree usted haber ganado algo en el tiempo que está aquí?

—Mucho, señorita, muchísimo.

—¿Por qué entónces esa desconfianza? Al lado del señor de Guzman usted lo adquirirá todo... Usted será cuanto puede ser, y esto no será poco...

—¿Tambien usted me anima! Gracias, señorita, gracias...

—¿Y por qué no? ¿Duda usted de la virtud y de la ciencia de mi sabio maestro?

—No dudo de él, pero sí de mí.

—Tenga usted mas confianza en sí mismo; pues así como no debemos tener una fátua presuncion, tampoco es preciso abatirse antes de haber comenzado: la humildad no debe enjendrar el desaliento sino la provechosa enerjia... Trabaje usted, y puedo asegurar el éxito.

—¿Usted, señorita!

—Yo; porque cuando llega a entrar en mí una conviccion, se realiza. Ya ve usted que soi bastante presumida y bien poco modesta, dijo Luisa con volubilidad encantadora.

—Usted, señorita, será el faro que alumbre, el señor de Guzman el piloto y yo la barca que él conduzca al puerto.

—¿Tambien sabe usted emplear las metáforas? repuso Luisa, riéndose del figurado lenguaje de Enrique.

—Yo no he querido hacer uso sino de una comparacion que me ha parecido exacta, contestó el jóven, algo ruborizado.

—¿Y podría usted decirme cuál es la semejanza que encuentra entre el faro y yo? pues lo que se refiere al piloto y a la nave no habría dificultad en adivinarlo.

—Tan fácil es lo primero como lo último.

—Sin embargo, no comprendo.

—El faro es el que guía, el piloto el que gobierna, la nave la que surca las ondas.

—Ya lo sé.

—El faro es la luz, la antorcha, la esperanza, el término.

—No lo ignoro, repuso Luisa, con maliciosa insistencia; ¿pero qué analogía puede haber entre él y yo?

—Que usted es la estrella de que me hablaba poco antes, la estrella que da la inspiración, que alimenta el deseo, que alumbra desde su encumbrado trono el derrotero del navegante.

—Vamos!... dijo Luisa algo turbada, pero complacida a la vez; usted ha pasado de la metáfora a la hipérbole y de la hipérbole a la poesía, pero una poesía a la manera del Dante, cuya imaginación robusta y creadora saca de lo más insignificante las más atrevidas creaciones y las formas más gigantescas y caprichosas.

—Ahora me toca a mí el turno de decir que no comprendo.

—Es decir que de usted brota la inspiración sin que se aperciba de ello: este es el género más raro y el mejor.

—¿Se burla usted de mí, señorita? dijo Enrique con tono de suplicante y triste humildad.

—Estoy muy lejos de hacerlo, contestó Luisa, con afabilidad acompañada de cierta indescifrable sonrisa, que podía ser efecto de una delicada sátira, así como de una aprobación injénua, de modo que a nuestro joven le fué imposible conocer la verdad.

Luisa, viendo el efecto de sus palabras, que era justamente el mismo que quería producir, mudó en seguida de conver-

sacion y preguntó a Enrique si habia escrito sus cartas, pues iba a mandar un propio a San Fernando.

—Sí, señorita, contestó éste, presentándole la carta que tenia en el bolsillo.

—Pues yo voi a mandar las de mi mamita y las mias y pueden por consiguiente ir todas juntas; pero intertanto vamos a ver si nuestro solitario se ha levantado, pues me estraña no verlo todavia en pié.

Pero apenas acababa Luisa de decir esto, cuando apareció el anciano con un papel en la mano y preguntando desde la distancia si ya habian despachado el propio; pero sabiendo que aun no lo habian hecho, dijo a Enrique y a Luisa:

—Ustedes habrán estrañado no verme en pié al aparecimiento del primer crepúsculo, pero me he entretenido mas tiempo del que pensaba, escribiendo esta carta para mi antiguo camarada y mi libertador... para el sarjento Lopez...

—¡Para mi padre, señor! Cómo va a estar de orgulloso y de contento... él, que conserva como sagrada reliquia algunas líneas del jeneral Carrera!..

—No he olvidado lo que es tu padre, y ahora me lo recuerda mas el hijo; de consiguiente, sé de antemano que le causará satisfaccion ver mi carta; ¿quieren que se la lea a ustedes?

—Con el mayor gusto, dijeron a un tiempo Luisa y Enrique.

El solitario principió así:

"San Jorge, noviembre 19 de 1850.

"Sé que vives, mi querido amigo, mi antiguo compañero de armas y mi libertador jeneroso, y le he dado gracias a Dios por haber conservado hasta ahora tu existencia, dán dome a mí el tiempo para manifestarte de algun modo mi gratitud, mi cariño de amigo, mi recuerdo de soldado.

"Han pasado muchos años desde aquella época gloriosa para la patria en que nos encontramos varias veces juntos en los campos de batalla, y aun me parece ver al bizarro cabo Lopez, pues entonces no eras todavía sarjento, cargar al enemigo con ese valor sereno que te hacia distinguir en el rejimiento y apreciar de todos tus camaradas y de tus oficiales superiores.

"La patria no ha recompensado como lo merecian tus servicios, pero Dios se ha encargado de ello dándote una compañera amante y fiel, una vida tranquila y unos hijos intelijentes y virtuosos."

—Señor! interrumpió Enrique, avergonzado de que hablara así de él en presencia de Luisa; eso es mucho decir; eso es demasiado. . .

—Yo no hago otra cosa que ser justo.

—Y yo soi de opinion que usted no alcanza a serlo, añadió Luisa.

—Ya ves, hijo mio, que he dicho la verdad, mal que le pese a tu modestia; pero déjame continuar.

Y el anciano siguió leyendo:

"Mas tarde me salvaste la vida con riesgo de la tuya y hoi te servirá esta existencia que conservaste, en provecho de tu hijo: así remunera la Providencia, que ha establecido el órden en la creacion de tal manera, que una buena obra nunca quede sin recompensa, pues hai una cadena en la virtud como la hai en el vicio.

"Enrique, amigo mio, es tu hijo por la sangre y será el mio por el espíritu, y esta doble paternidad le aprovechará."

Al oir esto el sensible jóven, no pudo contener sus sollozos, y prosternándose ante el solitario sin que pudiese impedirlo, pues no habia previsto el movimiento, "acepto, dijo, y agradezco esa doble paternidad, y seré digno de ella, se lo juro ante Dios que está en todas partes y ante la señorita Luisa que me ve, que me oye y que me condenará si no cumplo mi promesa."

—Levántate, hijo mio, repuso el anciano, estrechándolo entre sus brazos; no eres tú quien está obligado a reconocer un favor, sino yo quien pago una antigua deuda.

Luisa, conmovida tambien, tenia un pañuelo en los ojos para ocultar sus lágrimas.

La gratitud, cuando se siente profundamente y cuando se expresa con naturalidad, enternese.

—¿No me dejarás concluir con tus interrupciones? dijo el solitario a Enrique, conservando entre sus manos una de las del jóven.

—Continúe, señor, ya escucho.

Luisa se habia agachado para recojer unas flores, pero en realidad para que no vieran su turbacion.

El anciano prosiguió:

“Sé tambien que tienes una niña que hace las delicias de tu vida y que se asemeja a su hermano; y no puedo menos de decirte que me gozo en tu felicidad y que te deseo la conserves siempre.

”Yo no te haré, amigo mio, pomposas promesas, pero puedes estar seguro de que soi todo tuyo y que el momento mas agradable de mi vida seria aquel en que el pobre solitario pudiera serte personalmente útil...

“Mis afectuosos respetos a tu digna compañera, mi paternal cariño a tu hija, mi sincera amistad a tí y me agradecimiento eterno a mi salvador jeneroso.

TORIBIO DE GUZMAN.”

A la lectura de esta carta siguió un pequeño silencio, resultado de la impresion que habia causado en cada uno, y que Luisa rompió al fin diciendo: “Ya es hora de mandar el propio a San Fernando; denme ustedes su correspondencia.”

El solitario y Enrique entregaron sus cartas; la del primero abierta y la del segundo cerrada, lo que le hizo decir a la jóven con infantil alegría:

—Parece que don Enrique no tiene tanta confianza como usted, pues toma sus precauciones para no ser leído.

Y Luisa mostró riéndose el lacre y sello de la carta.

El pobre artesano no supo qué responder y se puso encarnado, pensando que si Luisa hubiera vistó aquella carta, se habria ocultado debajo de la tierra y no hubiera aparecido mas a su presencia; pero la graciosa niña huyó al instante, como una de esas aladas y brillantes mariposas que corren de flor en flor reflejando sus hermosos y vivos colores y a quien uno sin querer sigue siempre con la vista.

VII.

Pasado un momento, el noble anciano dijo a Enrique:

—Ya ves, amigo mio, el compromiso que he contraído con tu padre: he prometido formarte y no quiero perder un solo instante. El tiempo que debes pasar aquí en la hacienda es mui limitado, y de consiguiente es preciso aprovechar hasta los minutos. ¿Quieres segundar mi propósito?

—Con el mayor gusto.

—Entonces esta semana la pasaremos por completo en mi retiro. Todavía no puedes trabajar físicamente, y nos ocuparemos del estudio; pero sin la menor distracción, sin que vengamos un solo día a las casas, porque deseo aprovechar el tiempo. ¿Qué te parece mi proposición?

—Mui buena, señor, contestó Enrique con cierta tristeza que no pudo dominar.

—Comprendo el sacrificio; pero mientras mas grande sea éste, mayor también será tu mérito, la satisfacción interior que alcances y el provecho que obtengas.

—Estoi decidido, señor.

—Asi me gusta. El hombre debe ser siempre dueño de sí mismo, pues mientras mas sepa vencerse, ejercerá mayor poder en todo cuanto le rodea, adquiriendo la energía de que tanto necesita para sí y para los demas.

—Y yo necesito de toda esa energía, porque presiento que he de tener mucho que luchar.

—Entonces es indispensable robustecerse, porque el débil es el que sucumbe, y esto se obtiene con la fuerza de la voluntad, que, mientras mas se ejercita, mas se desarrolla, hasta que llega a un punto en que nada resiste cuando en realidad quiere.

—Haga usted de mí lo que le parezca, pues obedeceré ciegamente sus preceptos.

—Ya que es así, y de lo cual te felicito, a la vez que me congratulo, es preciso oponer una resistencia inquebrantable a las esmeradas exigencias de las señoras, que, por bondad y por gusto, nos harán para que nos quedemos.

—¿Y si la señorita Luisa me lo pidiera?

—Debes resistir a ella y a todas.

—¿Pero cómo resistir, cuando seria capaz, no digo de esa insignificante concesion, sino de las mas grandes, mas difíciles, mas imposibles?... Usted me exige, en este caso, mas de lo que está en mi mano hacer.

—Jamás pretendo yo obtener lo que es de todo punto imposible efectuar.

—¡Pero esto, señor!

—Esto depende únicamente de tu voluntad, pues ellas no han de querer aprisionarte.

—Pero una orden dada por ellas ¿no está en mi deber cumplirla?

—No creo que te lo ordenen, sino que te lo pidan; y aun en el primer caso, ¿no supiste ayer resistir al mandato de doña Juana, que te decia de abandonar el trabajo? ¿Por qué serias hoy mas débil?

—Me doi por vencido, señor.

—Está bien. Ocupemos inter tanto nuestro tiempo en continuar nuestro estudio comenzado. Tenemos por lo menos dos o tres horas antes que nos llamen a almorzar, y no es bueno perderlas.

Dicho esto, principió la leccion práctica, que duró hasta el momento en que fueron llamados, no con mucha complacencia de Enrique, que, a medida que avanzaba el solitario en sus esplicaciones, mas le interesaban, de tal modo que él mismo hubiera deseado prolongar aquella instructiva ocupacion.

Durante el almuerzo, el señor Guzman dijo a doña Juana y a Luisa que partirian al dia siguiente mui de alba y que no volverian sino hasta el próximo domingo, porque a mas de necesitar Enrique el reposo del campo, se proponia poner en actividad el espíritu.

Doña Juana espuso que era privarles de la única sociedad que podian tener en el campo, y que bajo todos aspectos convendria mas la proposicion que habia hecho antes, la cual se hermanaba con la instruccion de Enrique y con sus gustos.

El solitario fué inflexible y no cedió un punto.

Luisa permanecia callada, pero mostrando en su semblante mas bien aprobacion que tristeza.

El jóven estaba algo despechado viendo la impasible serenidad de Luisa, pero tenia que conformarse a la voluntad manifestada por el solitario y que él segundó con cierto calor, despues que habia creido notar indiferencia de parte de la persona que mas le interesaba.

¿Quién no está sujeto en la juventud, y sobre todo en el amor, al disgusto que traen consigo estas decepciones, aun cuando no sean verdaderas?

Sin embargo, todo aquel domingo lo pasó Enrique en compania de Luisa, habiendo hecho en la tarde un agradable paseo a la cima de un cerro que dominaba aquellos campos y que presentaba el golpe de vista mas agradable, a pesar de las áridas playas del Tinguiririca, que cual cenicienta franja se estendia a la distancia, dejando entrever de cuando en cuando el curso de sus escasas y turbias aguas, tan amenazadoras y terribles durante el invierno, pero que en el verano serpentean entre pequeñas piedras.

Despues del té se retiró Enrique, quedando el solitario en compañía de las señoras con la intencion de hablar de su jóven discípulo y de las cualidades que lo adornaban.

Doña Juana convino en todo, diciendo que estaba resuelta a hacer por él cuanto estuviese de su parte.

El señor Guzman opinó que en realidad era acreedor a mucho; pero que estaba seguro, por el carácter que le conocia, que talvez nunca aceptaria un favor que tuviese la sombra de una dádiva y que para hacerle el bien era necesario mucha prudencia y un tacto sumamente delicado.

En seguida espuso un medio justo y del cual no tendria nada que decir, pues lo ignoraria siempre, atribuyéndolo, como era natural, al mérito reconocido al fin de su padre, pues en cuanto a él, personalmente no recibiria don alguno que se relacionase con el incremento de su fortuna, incremento a que aspiraba en realidad, pero que queria que fuese su propia hechura y no el resultado de la benevolencia de los otros.

—¿Y cuál es ese medio? preguntó Luisa con muestras del mas vivo interes.

—Que la señora doña Juana, contestó el solitario, que está en tan buenas relaciones con el actual presidente de la república, el jeneral Búlness, le escriba solicitando el ascenso de oficial para el sarjento Domingo Lopez; pues asi hará la administracion un acto de justicia digno de alabanza, y ustedes un favor que valdrá mucho a los ojos de Lopez y de su familia y que solo costará un buen empeño, haciéndose el gobierno de un partidario decidido y útil en caso preciso, pues he conocido pocos hombres mas valientes y mas leales que el sarjento Domingo Lopez.

—Tiene usted razon, dijo doña Juana; y yá que en nuestra patria se atiende poco el mérito cuando carece de proteccion, esta es una circunstancia favorable para emplear el valimiento en favor de quien en realidad merece la justicia. Mañana mismo escribiré la carta, recomendándole únicamen-

te el sijilo, pues quiero que el padre de Enrique ignore siempre de dónde viene el beneficio, para que se lo atribuya del todo a la buena memoria del gobierno, que al fin ha tenido presentes sus servicios.

Todos quedaron convenidos en guardar el secreto, regocijándose de antemano con la agradable sorpresa que esperimentaria el digno sarjento Lopez cuando recibiese los despachos de oficial del ejército, lo cual, a mas del honor, a mas de sacarlo del último escalon social, le proporcionaria a la vez recursos pecuniarios por el considerable aumento de sueldo, nivelando hasta cierto punto la clase de Mercedes con la de su prometido; pues aun cuando éste fuese un hombre superior y aun cuando no estuviese la niña desprovista de algunos modestos bienes de fortuna, siempre le seria agradable que no fuese la hija de un simple soldado, sino de un oficial que, aunque de graduacion inferior, podia o tenia ya derecho de aspirar a los primeros puestos de la milicia, lo cual, socialmente hablando, daria mayor realce a las virtudes, talento y hermosura de Mercedes.

¡Quién sabe si Luisa no pensaba tambien en sí misma y si las reflexiones que se hacian por su amiga, no las consideraba tambien aplicables a Enrique!..

¡Y quién sabe si el novenario de Marta, si esa plegaria fervorosa, dirigida a Dios por la salud de doña Juana, no traia las bendiciones del cielo en favor de todos, haciendo que se sucedieran acontecimientos que podian considerarse como milagros, sin salir de la esfera de lo natural y de lo positivol.....

Obstáculo insuperable.

I.

De regreso al cortijo, la conversacion de ambos viajeros rodó, como era natural, sobre los acontecimientos recientes y las personas que ocupaban un puesto tan preferente en su corazon.

Enrique estaba alegre, apesar de la ausencia que se imponia, ausencia penosa en realidad, pero que alimentaba sus esperanzas, porque servia para encaminarlo al fin donde se habia propuesto llegar.

La actitud del solitario, sin revelar tristeza ni participar tampoco de la expansion de Enrique, era serena y reflexiva, pues sin desmayar preveia las dificultades que sobrevenirian mas tarde.

En esos momentos divisaron a Torcuato, que corria hácia ellos con su velocidad acostumbrada, y cuando hubo llegado podia verse la alegria inmensa que brillaba en aquella fisonomia informe pero llena de espresion. El sordo-mudo saltaba al derredor de ambos y daba gritos de alegria en sociedad de todos los perros que lo acompañaban, manifestándose el solitario mui sensible a las demostraciones del pobre muchacho.

Enrique, por su parte, acarició tambien al muchacho, a quien debia cuidados esmerados durante su enfermedad y a quien queria con un afecto lleno de compasion, considerándolo desgraciado por su deformidad, que lo privaría toda

su vida del trato íntimo de los hombres y de los goces del amor, porque era casi imposible que una mujer llegase a experimentar simpatías por él; y sin embargo, Torcuato tenía el talento mas despejado y el alma mas bella, mas tierna y mas afectuosa que pudiera encontrarse en el mundo. El pobre niño conocia su fealdad y era agreste por timidez, pero cuando encontraba con personas que no lo repelían, que no le mostraban repugnancia y que lo trataban con alguna afección, por mínima que fuera, él sentía tal reconocimiento, se creía tan obligado, que era capaz de hacer el mayor sacrificio: esta era la causa por lo que quería tanto a Enrique y a Luisa, pues ellos, lejos de mostrarle repugnancia o indiferencia, lo habían recibido, desde el primer momento, con bondad y hasta con cariño. Pero por quien tenía un respeto profundo, una confianza ilimitada y una afección extrema, era por el anciano que lo había recojido, que lo había criado y educado con el mayor esmero, de manera que para él la menor voluntad del solitario era una orden que cumplía a toda costa, complaciéndose en tener para con él todos aquellos esmerados cuidados que puede emplear para con su padre el hijo mas humilde, mas tierno y mas respetuoso.

Este cariño lo correspondía el anciano, pues consideraba y estimaba a Torcuato como si fuera de su misma sangre, como si fuera su propio hijo...

II.

Cuando hubieron llegado a las habitaciones, donde encontraron todo preparado mediante la prevision de Torcuato, que ya había hecho el almuerzo, limpiado y puesto en orden cuanto allí existía, el solitario dijo a Enrique, que continuaba pensativo y triste, aunque en el fondo sentíase alegre:

—Hijo mio, si la ausencia de una semana te causa tanto

sentimiento; si teniendo la seguridad de verla en ocho días y quizás antes; si habitando los mismos lugares que Luisa, te entregas a tanto pesar, ¿qué sería si te vieses obligado a abandonarla por mas tiempo, lo que es muy probable, y tal vez a dejarla para siempre, lo que tambien puede suceder?

—No sé, señor, lo que sería de mí.

—Es preciso, Enrique, que aprendas a ser hombre: no consiste todo en tener buen corazon y un espíritu cultivado, sino que tambien es necesario ser dueño de sus pasiones y saberlas vencer en un caso dado, porque la debilidad nos lleva con mucha frecuencia al precipicio.

—¡Pero si la amo tanto!..

—Comprendo tu cariño, y tanto mas lo comprendo cuanto que el objeto que lo inspira es tan digno de él; ¿pero es esto todo, amigo mio? Basta esto para que seas feliz?

—Así lo creo.

—Pues te equivocas; el amor sin la virtud es nada; y la virtud sin la lucha, no existe: virtud quiere decir fuerza, energía, voluntad para obrar siempre el bien, y el que no la tiene es incapaz de apreciar el amor y de gozar de él. Podrán darse esas pasiones comunes a quienes el vulgo ignorante, corrompido o vicioso califica de amor; pero supongo que tú no quieres esto, ni quieres confundir a Luisa con la jeneralidad; y aun cuando lo quisieras no lo podrias, porque ella es muy superior por sí misma.

—Lo sé, señor.

—Pues bien, para llegar a hacerte digno de Luisa y para que ella llegue a amarte con toda la energía de su naturaleza tierna, poética y altiva, es preciso que aprendas a ser fuerte, es preciso que sepas renunciar a ella cuando el deber te lo exija.

—¡Renunciar a ella! imposible...

—Sábetelo, pues, amigo mio, que estarás obligado.

—¡Obligado! ¿Y quién tendría ese poder sobre mí?

—Ella misma; porque Luisa no querrá jamás a quien no

sea digno de su amor; y para ser digno de su amor es preciso saber apreciar y practicar la virtud y el sacrificio que esa virtud exige...

—¿Debo entonces morir?

—Sí, si fuese necesario...

—¡Dios mio!

—Yo te doi los consejos de un padre, y de un padre que trabaja por tu felicidad y que se hace cómplice de tu misma pasión favoreciéndola, desde el momento que te advierto cómo debes obrar para que consigas lo que pretendes; pues aun suponiendo que Luisa tuviese por tí en este momento alguna inclinación, se borraría ésta o la arrancaría de su pecho si cometieras algún deslíz, si no poseyeses nobleza, energía y heroicidad en el alma: esa niña tiene el ideal de la virtud, el refinamiento de la gracia, la suprema delicadeza de la belleza física y de la belleza moral, y no puede amar sino lo que es realmente noble y realmente grande...

—Esto es justamente también lo que me hace adorarla.

—Imítala entonces, pues ella sería capaz de hacer lo que yo te aconsejo que practiques; porque Luisa sabrá renunciar a su dicha si la obligación se interpone o lo ordena.

—Señor, estoy dispuesto a todo; me someto, me resigno y lo quiero...

—Así me gusta, hijo mio; ahora para darte ánimos, para comunicarte valor y esperanza, porque no pretendo que abandones una inclinación que te encaminará a la virtud, y que, cualesquiera que sean los accidentes de la vida, te hará gozar hasta en la desgracia, debo prevenirte que la nobleza y magnanimidad que estima Luisa no la hace consistir en los vanos títulos de un nombre esclarecido por antepasados ilustres, ni en la elevada posición social debida a la fortuna, sino únicamente en el mérito real que consiste en la elevación del alma; y como estas cualidades las ha puesto Dios al alcance de todos los hombres, sin dárselas como

patrimonio obligado al rico o al aristócrata, te encuentras por esto hecho en aptitud de poder llegar hasta ella; pues el camino está franco para cualquiera, en cualquiera condicion que se encuentre, que tenga esas aspiraciones y que sepa seguirlas.

—No lo dude usted, señor, yo trataré de asimilarme a ella; y aun cuando no alcance a tan alto grado de perfeccion, mis esfuerzos no serán del todo perdidos.

—Así lo espero para tu felicidad, porque talvez tendrás que soportar duras pruebas; pero cuando se diviniza el amor por medio de la virtud, el sacrificio mismo que se hace en obsequio de lo último, sirve para afianzar el primero, de tal modo, que aquello que a primera vista parece destruirlo, es el vínculo que lo hace eterno.

—Seguiré en todo sus consejos, señor; pero si alguna vez me encuentro débil, ¿me apoyará usted con su palabra, con su ejemplo y con su accion?

—No lo dudes un momento, hijo mio; pues al hablarte así no tengo otro fin que el asegurar tu dicha; y como preveo que has de tener contrariedades en tu afecto, y talvez contrariedades insuperables, he querido prevenirte para que la desesperacion no sea la sola consejera de tus acciones en los críticos momentos de prueba.

—¿Podria usted tener la bondad de decirme cuáles son sus temores y cuáles esas dificultades insuperables que se presentan, puesto que usted mismo afirma que cualquiera puede aspirar al afecto de la señorita Luisa, con tal que sea virtuoso?

—Ninguna dificultad habria por lo que hace a ella; pero hai otras consideraciones sociales que, si de poco peso en el ánimo de Luisa, son sin embargo de mucho en el de su madre; y como jamas contrariará la voluntad de ésta, como sacrificaría Luisa mil vidas antes de causar un disgusto a la señora doña Juana, es evidente que en un caso dado se hará la voluntad de la madre y no la voluntad de la hija.

III.

Enrique, asustado de este preámbulo, preguntó al solitario:

—¿Y cuáles son esas consideraciones?

—Las del nacimiento, las del nombre, las de la fortuna.

—Está bien; ¿pero qué hai en todo esto de insuperable?

—Talvez se vencerian las dos últimas cosas, pero no la primera, pues tú no has nacido noble.

—¿Y qué significa esto si mis padres son honrados?

—Pero son plebeyos, amigo mio, y para doña Juana asi como para nuestra sociedad en jeneral, esa es una falta imperdonable, esa es una mancha indeleble, una mancha que no alcanza a borrar la virtud...

—Esto es increíble, señor; ¿no nacemos acaso de un mismo padre?

—Asi es, en efecto; pero las preocupaciones humanas son mui poderosas y llegan a ser invencibles cuando hemos vivido en ellas, cuando todo lo que nos rodea las confirma y aprueba, cuando el hábito las ha hecho una segunda naturaleza, siendo tal su fuerza, que las obedecemos a despecho de nuestra razon, triunfando casi siempre hasta de nuestra misma voluntad.

—Pero la señora doña Juana, cuyo corazon es tan benigno y cuya mente es tan ilustrada, no participará hasta ese grado de ellas!

—Tienes razon, no hai un alma mas bondadosa que la suya y pocas intelijencias existen mejor cultivadas; pero tampoco hai nadie en quien tengan mas poder las ideas de aristocracia, y es preciso disculparla: descendiente de las mas nobles familias de Chile, ha visto desde que nació ese respeto al nombre; las tradiciones de sus antepasados, la enseñanza de sus padres, el ejemplo de su marido, la sociedad en que ha vivido siempre, la veneracion de antiguos criados, todo, todo ha contribuido a arraigar en ella estos principios que no abandonará jamas, pues son ya como una segunda

religion o se confunden con la religion misma; y a tal punto va ese fanatismo de familia, que preferiria ver a su hija muerta antes que unida a un hombre del pueblo.

—Esto es espantoso!

—Y sin embargo, es así; y sin embargo, esa señora es la personificacion de la caridad y de la mansedumbre...

—¡Inconcebible contradiccion!

—Pero no menos real y efectiva, como hai muchas otras en este mundo, que te enseñaré a conocer en breve y que tú mismo verás mas tarde por esperiencia propia.

—¡De manera que no hai esperanza!... ¿Qué debo hacer entonces?

—Tener valor, resignacion, virtud... Trabajar incesantemente, no solo para asimilarte a Luisa, para ser digno de ella, para hacerte amar, sino tambien para llenar en la mente de mi amiga, la señora doña Juana, el abismo de tu nacimiento.

—Pero yo no renegaré jamas a mis padres.

—No es eso lo que te aconsejo; pero puedes ennoblecerlos a los ojos del mundo, haciéndote tú tan grande que obligues a que te acaten los mismos aristócratas, honrándose con tu alianza. Muchos ejemplos como éste hai en el mundo, y podría citarte en Chile varios hombres que por su talento y por sus virtudes han llegado a la cúspide de la escala social y son hoy dia los primeros; porque, a pesar de las preocupaciones, suele brillar de tal modo la intelijencia, que vence los obstáculos más insuperables.

—Yo tengo la voluntad, señor; ¿pero es esto lo bastante? ¿Dónde encontraré los medios, los recursos, las ocasiones? Y sobre todo, si me falta la capacidad, ¿qué puedo hacer?

—Ya tienes mucho conseguido; pues una voluntad decidida, activa, enérgica, es una poderosísima palanca. Ahora, respecto a los recursos, sabrás tú proporcionártelos; la ocasion la tienes ya contigo, desde que yo he prometido enseñarte y dirigirte; y por lo que hace a la capacidad, puedo decirte: "Yo tambien respondo."

—Usted me da ánimos, señor; ¿con qué pagaré tantas bondades?

—¿Y con qué he pagado yo la de tu padre? Haciendo siempre el bien, hijo mio: hé aquí lo que te pido en recompensa.

—Pero eso no es mas que mi deber y mi gusto.

—Tanto mejor si el deber se hermana con la voluntad: ese es el camino de la felicidad, esa es la armonia que reina en la virtud, esa es la lei de Dios, lei que por desgracia y en perjuicio del hombre no se observa en el mundo, como te lo demostraré, si acaso quieres que demos principio a la enseñanza que te he prometido.

—No deseo otra cosa.

—Trataré de ser cuanto mas lacónico pueda, porque no quiero fatigarte con mis lecciones. Muchas veces la verdad no produce sus buenos efectos porque está acompañada de cierta ceguedad que trae consigo el cansancio, y este escollo es preciso evitarlo, sobre todo cuando se quiere instruir a los jóvenes que solo desean encontrar el goce, y cuya viveza de sentimientos les impide fijar su atencion en esas reflexiones serias, que mas tarde, y aun al principio, influyen tanto sobre la vida del individuo y sobre la vida de los pueblos, sobre la felicidad o desgracia del primero y sobre la preponderancia o miseria de los segundos; pues todo se encadena, amigo mio, y de ciudadanos activos, inteligentes y morales es de donde nacen naciones ilustradas y viriles.

—Principie usted, señor, en la persuasion de que será escuchado con todo el interes del que no solo desea instruirse sino del que quiere tambien ser bueno y feliz.

—No lo dudo, hijo mio; tu carácter y tus tendencias son una buena garantia y tienes a mas el amor, que es un estimulante poderosísimo, pues no hai cosa que obre con tanta eficacia en la juventud como el deseo de agradar a la mujer cuyo corazon se quiere conquistar, siendo esta benéfica y natural tendencia la que al fin reformará al mundo.

El hombre y las sociedades.

I.

En días pasados, amigo mío, te prometí que nos ocuparíamos de las ideas religiosas; pero prefiero que estudiemos primero al hombre en sus relaciones sociales; y si bien aquellas y éstas se hermanan, se confunden y se dirigen a un mismo fin: la felicidad de la especie, es indispensable separarlas para comprenderlas mejor, pues estudiándolas en detalle se hace mas visible su armonía.

—Mucho tiempo, señor, que a pesar de mi ignorancia me he hecho algunas preguntas que no he podido resolver. Me he dicho a mí mismo: ¿por qué hai tanta miseria de un lado y tanta riqueza del otro? Por qué hai tan pocos que gozan y tantos que sufren? ¿Por qué esta grande desigualdad entre los hombres? ¿Quién la ha establecido? ¿Quién la ha hecho? ¿Cómo se ha efectuado? ¿Cómo ha venido? Y no he sabido cómo responderme ni lo sé todavía.

—Ahí justamente es donde yo quiero venir a parar. Deseo que conozcas la vida de las sociedades y sus errores, para que aprendas a ser hombre, para que mires a tu prójimo como a tu hermano, para que cumplas con la lei de Cristo, que es toda caridad y amor, para ser feliz, en una palabra... ¿Quieres esta enseñanza? ¿La deseas?

—Sí...

—Pues bien, escucha:

“¡Al estender mi vista por todas partes distingo la armonía, y solo al entrar en el recinto del hombre veo la con-

fusion y el desórden!" No parece sino que la libertad relativa de que hemos sido dotados y que debiera servirnos para nuestra felicidad y engrandecimiento, fuera el origen de nuestra ruina y de nuestra miseria! La lucha entre individuo e individuo, entre familia y familia, entre pueblo y pueblo, es encarnizada, sangrienta; es una lucha a muerte en que cada uno trata de vivir del despojo del otro, donde bregan todos los egoismos, donde combaten cuerpo a cuerpo la astucia, la envidia, la hipocrecia y el vicio, teniendo de palenque al crimen y de premio la ruina recíproca, el desengaño amargo y la desgracia de cada instante, la desgracia de la humanidad entera; porque hasta las nobles excepciones son envueltas en ese torbellino de males que forma nuestra actual existencia, no pudiendo escapar a la voráGINE que los arrastra hacia el abismo!...

Echemos una ojeada rápida sobre la historia. ¿Qué han sido las sociedades pasadas y qué son las presentes? Nada mas que una incesante guerra, el exterminio llevado a sistema, el odio convertido en lei, la venganza sancionada por la religion y por la política, la esclavitud hecha una condicion necesaria del pueblo; el dolor, la angustia, la abyeccion, el despotismo, el engaño, la ruindad inoculada en la sangre de cada ser que ha venido al mundo... Y las jeneraciones se han sucedido, revolcándose las unas y las otras en ese lodazal pestilente, cuyos miasmas nos han corrompido de tal modo, que no hai un pensamiento que no esté viciado, despojándonos hasta de los instintos naturales y benéficos con que Dios nos dotara, sin que haya bastado la rejenradora, la humanitaria y amorosa palabra del Cristo para traernos al carril de la verdad, de la justicia y de la conveniencia de todos...

El dolor, la conmisericordia, la angustia de la piedad que ve el sufrimiento de su hermano sin poderlo aliviar, se apodera de mi pecho al contemplar la suerte del hombre! Tener en nosotros todos los elementos necesarios para ser

felices ¡y no haberlo conseguido nunca! Estar dotados de las facultades mas grandes y poderosas, poseer una inteligencia casi divina, ser árbitros de las fuerzas de la creacion, ¡y no haber empleado todos estos dones en obsequio de nuestra ventura, sino en la elaboracion de nuestra desgracia, es cosa que desespera, que desalienta, que anonada!.. Muchas veces he sentido mi espíritu abatido y he caido en una prostracion casi completa, pues me he dicho: ¿para qué afanarme en vano? para qué luchar cuando tantas inteligencias sublimes nada han conseguido! cuando tantas virtudes heroicas han sido estériles! cuanto tantos sacrificios han quedado sin fruto! Pero despues la reflexion ha vuelto y con ella la entereza para llenar mi pobre mision, para cumplir los designios de Dios en la limitada esfera de mis facultades, siendo esto mismo lo que te aconsejo que practiques siempre, por mas injusticias, por mas desengaños, por mas ingratiitudes, por mas desaliento que tengas... No te abatas jamas, hijo mio, en la práctica del bien, cualquiera que sea la recompensa; y aun cuando te sobrevengan amarguras, sopórtalas y sigue adelante con tu mano puesta en el corazon y tu mente fija en Dios.

II.

¿Pero qué es lo que ha traído este estado monstruoso de las sociedades? ¿Por qué, como tú te preguntabas, hai tantos que lloran y tan pocos que gozan? ¿Por qué carecen unos de lo necesario para sustentar la vida con que los favoreciera el Hacedor, y otros que nadan en la abundancia? ¿Por qué hai de una parte tanto orgullo y de la otra tanta humillacion? ¿Qué diferencia tan marcada, qué superioridad tan inmensa y tan incontestable hai de hombre a hombre para que la gran mayoria del jénero humano viva oprimida y esté entre cadenas, para que yacza en el mas completo abandono y en la mas supina ignorancia, para que tenga

como obligada herencia la miseria y con ella el dolor y el vicio, para que pague con su sudor y con su sangre la bafa de que es blanco, la tirania que la esquilma, el infortunio que la agobia;... mientras que la feliz minoria manda, goza, tiene voluntad propia, tiene riquezas, tiene medios de instruirse, tiene consideraciones, tiene poder y lo emplea en conservar sus prerogativas e inmunidades, haciendo que todo pese sobre el pobre pueblo para aumentar su fuerza debilitándolo, y para que, débil, sin aliento, sin energia, sin vida, no salga jamas de la postracion física que lo diezma y de la postracion moral que lo envilece... ¿Cómo hemos llegado, pues, a este estado anómalo, absurdo, perjudicial para los unos y para los otros, a este estado que priva a la humanidad de la mayoria de su fuerza y por consiguiente de su progreso, de la mayoria de su intelijencia y por consiguiente, de su felicidad? Porque hemos antepuesto un mal entendido egoismo a la caridad bienhechora, porque hemos preferido la esclavitud a la libertad, el rigor a la mansedumbre, la guerra a la paz, la persecucion al socorro, la fuerza a la razon, la arbitrariedad al derecho, el despojo a la dádiva, el orgullo a la humildad, el odio al amor;... y hé aquí por qué hemos vivido y vivimos en la discordia en vez de gozar de armonia. Hé aquí por qué nuestras pasiones son acres y desoladoras en lugar de ser dulces y benéficas: porque nos herimos en vez de aliviarnos y porque hemos sido y somos ignorantes y desgraciados en lugar de sabios y dichosos.

¿Debo pintarte, hijo mio, el cuadro de ese pueblo que tú conoces, de donde has nacido y del que eres una escepcion afortunada? ¿Debo decirte todos sus dolores, toda su miseria, todo ese cúmulo de males que pesa sobre él y que le impide levantarse desde el momento que nace, talvez desde antes hasta que muere, despues de una vida pasada en la servidumbre, en la ignorancia, en la humillacion, en la indijencia y muchas veces en la ignominia? ¿Debo hacerte una

relacion de cada sufrimiento que lo dejenera y que lo mata, de cada obstáculo que le impide el desarrollo de su existencia física y de su existencia moral? Creo que es inútil, porque tú debes haber visto de cerca esas calamidades, que no son de una familia sino de muchas, que no existen en un solo país sino en todos, que no afectan a una pequeña porción de la especie, sino a la gran mayoría de la humanidad!...

Y despues, ese pueblo, amamantado únicamente con el dolor, que no ve en torno de sí mas que cuadros de abyeccion, que no tiene otro ejemplo ni otra enseñanza que la del vicio, que por todas partes está rodeado de las tinieblas de la ignorancia, que no distingue un horizonte medianamente consolador, que se encuentra desnudo de esperanzas, ¿qué extraño es que se eche en el crimen? ¿Qué de extraordinario hai en que solo exhale el rencor, la impostura, la mala fé, el robo, el homicidio, cuando ha respirado únicamente el viento de la pobreza, del oprobio y de la vergüenza... cuando ha teni lo desnudo el cuerpo, vacio el estómago y oprimida la intelijencia... cuando la sociedad lo espulsa con el desprecio y cuando hasta sus padres lo olvidan... cuando en vez de encontrar apoyo, proteccion, piedad, solo ve el desden del que lo manda, la avidez del que lo emplea, el castigo del que lo dirige, la cuchilla del que lo juzga?...
.....
.....

III.

¿Y qué es, hijo mio, lo que ha ideado al hombre para mejorar al hombre? Se ha preocupado de su bienestar físico y de su bienestar moral? Ha investigado las causas de la miseria para combatirla en su raiz? Ha estudiado el oríjen principal del vicio? Ha empleado la mansedumbre, la persuasion y la caridad? Ha hecho algun uso de la misericordia? Se ha valido de los estímulos del honor? Ha vertido

palabras de consuelo entre los aflijidos? Ha procurado el pan a los menesterosos? Ha protegido la debilidad? Ha mirado al desgraciado como a su hermano? Ha practicado, grabado en los códigos, establecido en las ideas, en las costumbres, en los hábitos, la santa doctrina, la enseñanza provechosa, la lei innata, fecunda y sublime del amor? No; porque para rejenerar al hombre, para atraerlo al bien, para destruir sus preocupaciones y sus vicios, solo se ha tenido en vista el castigo; es decir, la cárcel, el azote, el tormento, la afrenta, el patíbulo!...

No habiendo, pues, sentido en nuestros corazones la caridad, el perdon, el amor, y dominando en nosotros el egoismo y el rencor, ¿qué extraño es que estableciéramos como base de la lei a la venganza? Porque ¿qué otra cosa es la pena que se impone al delincuente, sino la idea del agravio individual trasformada en agravio público, y de la venganza privada constituida en venganza social?

¿Pero qué es lo que ha ganado el hombre con este sistema? Ha mejorado de condicion? Es ahora mas moral? Si el castigo fuese el eficaz correctivo del vicio, ¿no es verdad que ya seriamos perfectos y que los pueblos donde se hubiese hecho uso del mayor rigor, serian los mas virtuosos, los mas adelantados, los mas cultos? Cómo! en los siglos que se han trascurrido desde que tenemos conocimiento de la vida del hombre, en las infinitas jeneraciones que han precedido la nuestra y aun en la nuestra misma, ¿no se ha llegado todavia a la perfeccion política, relijiosa y social, habiendo empleado constantemente el rigor de la lei? Cómo! las costumbres permanecen las mismas, la miseria subsiste espantosa y terrible, el vicio se propaga y el crimen se perpetra cada dia en mayor escala; estando vijente la pena, el rigor y el castigo! ¿Y aún no nos hemos desengañado, y aún seguimos siempre la misma senda y el mismo sistema? Y sin embargo, la esperiencia nos enseña, lo estamos palpando a cada paso, lo vemos en cada pueblo que se recorre, que, mientras me-

nos se emplea el castigo, mientras mas benigna es la lei, mayor es su ilustracion, mejores sus costumbres, mas estendida su moralidad, mas enérgica su accion, mas firme y preponderante su gobierno; y por el contrario, aquellos paises donde se usa de mayor rigor, donde la pena es mas aflictiva, son jeneralmente los mas atrasados, los mas decrepitos, los mas bárbaros, los mas criminales, los mas corrompidos y los mas malos; y esto es mui natural, porque el castigo embrutace al hombre y lo degrada, y las ideas de independencia y libertad, que son las que dan energia y moralidad, desaparecen en el envilecimiento de la esclavitud; y la conciencia de nuestra personalidad, la conciencia de nuestro yo, la dignidad del hombre, queda con el castigo riguroso, implacable, esterminador de que hemos hecho uso y de que usamos todavia, reducido al solo instinto de la bestia; porque su cabeza se dobla, su frente se agacha, su entendimiento se apaga y las nobles facultades con que Dios nos dotara se trasforman en la astucia feroz y en el egoismo lleno de baja envidia que caracterizan al siervo vil. .

Sin embargo, se dice: si no hubiera el temor del castigo, ¿qué seria lo que contuviera el crimen? Pero ya lo ves, hijo mio; ¿qué es lo que hemos ganado con él? Ha desaparecido el vicio? Es el hombre mejor? Siguiendo la lógica de aquel principio, llegaria el individuo a ser perfecto mientras mayor fuera el rigor que se emplease con él; pero por desgracia sucede todo lo contrario, como nos lo demuestra la experiencia de los siglos. Ahora pregunto yo: si el castigo ha sido el mejor espediente para contener el delito, aun cuando no hai un solo ejemplo que venga en su apoyo, ¿qué es lo que se ha hecho hasta aquí para producir la virtud? Si vale mas prevenir que castigar; si es mejor que no se produzca el acto para que no se establezca la pena; si todos están persuadidos de esta verdad y de su conveniencia, ¿por qué no hemos hecho nada por realizarla? Por qué no hemos agotado la fuente en vez de desviar al caudaloso rio? Por qué no

vamos al oríjen, destruyendo la causa en lugar de empeñarnos en corregir sus efectos? Por qué no producir el bien en vez de estar obligados a castigar el mal?

¡Ay, hijo mio, cuán distinto seria el mundo si cambiáramos de sistema! Qué armonia en las partes y en el conjunto! Qué grandeza, qué energia, qué independencia, qué felicidad en el individuo, en la familia, en el estado, en la nacion, en la humanidad, si sustituyésemos la lei de la verganza, la lei del castigo, por la lei del perdon y del amor; si en lugar de despotizar a nuestro semejante lo ayudásemos; si en lugar de quitarle el pan, se lo diéramos; si la caridad santa fuera nuestra guia y nuestra práctica; si la humildad en vez del orgullo fuera nuestra consejera constante!

Dime, amigo mio: en el actual estado de cosas ¿no es verdad que se pierden las nueve décimas partes de las fuerzas humanas? Y que, independiente de los dolores, de los vicios de las malas pasiones que nos aquejan, el pobre, es decir, el pueblo, la inmensa mayoria de la especie, se encuentra en la imposibilidad casi absoluta de cultivar su intelijencia? ¿Cómo puede vivir, cómo puede desarrollarse convenientemente el infeliz que apenas tiene un oscuro sustento en los tarridos pechos de una madre trabajada por las privaciones? Cómo llegará a instruirse el que solo ve en torno de sí ignorancia, preocupaciones, abyeccion, miseria, y que está, desde sus primeros años, obligado para adquirir el pan que lo sustente y el harapo que lo cubra, a trabajar incesantemente, no en conformidad a sus gustos, a su inclinacion, a sus naturales tendencias, sino en aquello que se le presente? Cuántos millones de seres en las miles de jeneraciones que nos han precedido y en las que nos sucedan, han tenido y tendrán una muerte prematura, ya sea fisica, ya sea moralmente, sin dejar el menor vestijio de su paso en la vida, porque desde un principio ha sido minada su existencia por el safrimiento y apagada su razon por falta de ocasion, de estímulo, de indispensables recursos para sus mas imperiosas necesida-

des? Cuántos genios que habrían brillado en el mundo, que habrían traído su contingente de conocimientos, que hubieran proporcionado al hombre beneficios inmensos, no desaparecen día a día ahogados en jérmén por la miseria? Dios mío! mientras mas pienso mas me confundo! mientras mas reflexiono en las pérdidas que hemos hecho y las que hacemos aun, mas me admira nuestra ceguedad! y mientras mayor es la dicha que la humanidad estaba llamada a gozar, mas grande es mi tormento, porque veo que nuestros pasos se dirijen en el sentido opuesto a nuestra felicidad!...

¿No es verdad, mi jóven amigo, que si cada ser que viene al mundo encontrara su alimento espiritual y corporal, si no careciera de pan y de instruccion, si le fuera dado desarrollarse en conformidad a los instintos con que Dios lo dotara; no es verdad que seríamos fuertes de constitucion y poderosos de intelijencia? que habríamos alcanzado todos los tesoros esparcidos en el mundo y todavia ocultos a nosotros, toda la abundancia que trae consigo el perfeccionamiento completo de la industria, toda la elevacion de sentimientos, la grandeza de miras y la justicia soberana y santa que siempre acompaña a la libertad? Sí, hijo mío, así ha debido ser, porque Dios desde el momento de echar al mundo una criatura, ya ésta viene con el derecho de vivir para llenar la mision oculta de que ha sido encargada; pero nosotros, con perjuicio propio, contrariamos, en cuanto nos es posible, los sabios designios del Hacedor Supremo; porque decimos al pobre: "Tú no tienes nada que hacer en la tierra, nada que pedir ni nada que esperar; porque todo está repartido, todo es de nuestra propiedad: el suelo y sus productos reconocen dueño; de consiguiente, sírvenos o muere..." Este es el lenguaje tácito de la riqueza, esta la condicion dura, la alternativa terrible a que está sujeto el pobre desde el momento que da el primer grito de alegría o de dolor al salir del seno de su madre, y así es como las nueve décimas partes de la especie sufren y se consumen; y nuestra vida es

triste, desgraciada y miserable, no aprovechando, ni a aquellos mismos que la esplotan, del lucro que, en su egoismo ignorante, han pretendido sacar.

El solitario hizo una pausa, como si tuviera que descansar de algun peso enorme que lo agobiara.

La propiedad.

I.

Enrique estaba tambien preocupado al escuchar el sombrío cuadro que trazaba el anciano, y le dijo con triste acento: "Pero esta situacion es espantosa, señor."

—Y tan espantosa como verdadera, hijo mio; pues a tal punto es cierto lo que te digo y a tal grado llega nuestra absurdidad, que si pudiéramos apropiarnos del aire, del sol, de la luz, dejaríamos sin respiracion, sin calor y en completas tinieblas a los que hoi dejamos sin pan y sin instruccion, porque venderíamos todavia mas caro aquello que lo que vendimos esto, aumentando de precio a medida que aumentaba la necesidad!... Pero afortunadamente la accion del hombre está limitada, pues sin esto ya no existiríamos!...

—Pero este es un mal sin remedio, volvió a repetir Enrique contristado, cuando hasta ahora no ha desaparecido, y cuando por el contrario todo parece sostenerlo y fomentarlo; ¿qué puede hacerse para destruirlo? Si el derecho de propiedad está vijente, si los bienes están repartidos, si los ricos poseen lo que es suyo, ¿cómo quiere usted que vayan a darlo a los demas? cómo quiere usted que se despojen de sus haberes heredados o adquiridos para hacer una masa comun y repartirla entre todos? y lo que es mas, ¿cómo se efectuaría esa repartición sucesiva entre los que están y los que vienen, entre las jeneraciones presentes y las jeneraciones futuras? Y quién sería el justo distribuidor? Cómo po-

dria existir la equidad precisa para que todos quedaran satisfechos? Cómo conocer las necesidades de cada cual para que nada les faltase? Me parece que esto es tan difícil, tan imposible, que no hai que pensar en ello y que es mejor dejar las cosas como están que buscar un arreglo que no tiene ni la mas remota probabilidad de efectuarse.

—Hablas bien, hijo mio; y en fuerza de tu sola razon, entras de lleno y entras con acierto en las árdnas cuestiones que hoi ocupan a los mas eminentes jenios, y que todavia no han sido resueltas.

No es mi ánimo negar el derecho de propiedad, derecho santo, derecho justo, derecho incontrovertible y en el que están fundadas las sociedades, en el que está basado el poco orden que existe y del que proviene el progreso; asi como tampoco es mi idea abogar por ese comunismo, tan absurdo como irrealizable, tan arbitrario como destructor, que traeria una perturbacion espantosa, que seria opuesto a la equidad, que haria progresar el vicio, que sacrificaria a la virtud, a la intelijencia, al trabajo, en obsequio del engaño, de la ociosidad y del crimen. . .

—Sin embargo, señor, por lo que usted ha dicho y por lo que yo he creido entender, me parece que usted condena la propiedad y santifica al comunismo, haciendo derivar de la primera todos los males de la humanidad, a la vez que hace consistir en el segundo todos los bienes; pues si la propiedad es la causa de la miseria, porque nada tiene que esperar el proletario, en virtud que los bienes se encuentran repartidos y reconocen dueño, el comunismo seria el orfjen de la abundancia, del bienestar y de la felicidad: aquí noto, pues, una gran contradiccion; ¿cómo salvarla?

—Voi a explicarme, hijo mio: es verdad que puedo haber dado márgen para interpretar de ese modo mis palabras; pero luego me comprenderás: yo quiero la propiedad sin el despojo, y el comunismo con la libertad y con la justicia; el comunismo segun el Evangelio.

II.

"*La propiedad es el robo,*" decia un filósofo, Proudhon, y tenia mucha razon. La propiedad, como está establecida, es la espoliacion del trabajo, y el trabajo es la sola, la verdadera, la lejitima propiedad: de consiguiente, quien se apodera de los derechos de ésta, mina a la propiedad por su base, es decir, que roba lo que la constituye y lo que la forma; porque ¿qué otro orijen tiene la propiedad humana si no es el trabajo humano? Y cuando al hombre se le quita una parte de él, es claro que se le arrebatara su propiedad, siendo esto lo que sucede actualmente, siendo esta la tirania que ejerce el capital adquirido sobre el que se forma, la propiedad reconocida o acumulada sobre la que nace, y a quien ahoga desde un principio impidiéndole, salvo excepciones raras, que se desarrolle y robustezca.

La observacion de este fenómeno ha dado orijen a varios sistemas mas o menos ingeniosos en que se ha querido armonizar el estado actual con las exigencias de los pueblos, y entre ellos vemos a Luis Blanc empeñándose en organizar el trabajo, y para conseguir esto, pretendiendo amoldarlo a una pauta, a una tarifa, es decir, imponer el precio, o lo que es lo mismo, esclavizarlo. ¡Como si la primera condicion del trabajo no fuera la libertad! ¡como si el estipendio no estuviera sujeto a las mil modificaciones de los pueblos, de las necesidades, de las épocas, de las circunstancias, de la demanda, etc., y esto sin contar la mayor o menor habilidad individual, la mayor o menor contraccion, el mayor o menor empeño, cosas todas que no tienen mas regla ni deben tener otra que la voluntad independiente y aun la necesidad mas o menos imperiosa del que ejecuta la faena, del que la establece y del que consume el producto.

Tal vez aun no me comprenderás, hijo mio, pero voi a explicarme por medio de ejemplos que te demostrarán has-

ta la evidencia cómo el capital o la propiedad bajo el régimen actual roba al trabajador, sin dejarle nunca la esperanza de una remuneración futura, sino que toman la parte que a él le corresponde, protegidos por la ley y por la costumbre.

Es fuera de duda, hijo mío, que al proletario le da el capital, en remuneración de la obra, nada más que lo indispensable para no morir de hambre, y muchas veces aun menos que esto; ¡y sin embargo, el pobre se da por satisfecho y el rico se acuesta tranquilo con la ganancia que le han proporcionado!

Seré más explícito:

Supongamos a un industrial, a un comerciante, a un agricultor, etc., etc.: ¿no es cierto que todos ganan, a más del interés del capital que emplean, (interés siempre calculado) a más de una remuneración por su inteligencia, (que regularmente se estipula) un beneficio proporcionado a los brazos que se emplean y al consumo que se obtiene? ¿Y qué es este beneficio sino la parte de ganancias que corresponde legítimamente al trabajo y que sin embargo se la apropia el capital? Y en este caso, caso que no es excepcional sino general, ¿no es por ventura aplicable la máxima de Proudhon? ¿no es un hecho real y positivo en vez de una paradoja atrevida y estrafalaria, como lo han denominado muchos, sin comprender su sentido y sin examinar su espíritu?

Déjame ser todavía más claro: un hacendado que trabaja en su fundo calcula primero el interés del capital que vale el terrazgo o el cánon en que pudiera ser arrendado; en seguida la remuneración por la inteligencia que emplea y penas que se da, pero todo lo que obtiene a más de esto, ¿a quién se debe? sin duda al trabajo de los pobres inquilinos y al consumidor que compra los productos. ¿Y qué es lo que se les da de esa ganancia? Nada; pues por muy pingüe que ella sea, el propietario, o lo que es lo mismo, el capital, lo guarda por completo como adquisición legítima, sin pensar jamás en su origen y menos todavía en devolver la

parte que corresponde a otros. ¿No es esto un verdadero despojo? creo que sí, por mas que lo legitime la costumbre y la lei.

Pero si a este robo a la verdadera propiedad se añaden las contribuciones, que en último resultado viene a pagarlas el consumo, es decir, la gran mayoría, ¿qué es entonces lo que se le deja al pueblo? Si no solamente se encuentra despojado de lo que lejitimamente le pertenece, sino que tambien todavia tiene que pagar de lo poco, de lo mui poco, de lo escasísimo que le dejan para su subsistencia, ¿cómo quiere que progrese? cómo que se desarrolle? cómo que rompa la cadena de esclavitud que le impone la miseria forzosa a que está condenado? Bajo tal sistema es imposible que el hombre sea independiente, y no siéndolo, es más imposible que sea feliz: tal es mi opinion.

En vano me dirán que la propiedad con las instituciones que ahora se lo dan todo sin dejar nada para el que contribuye mas a formarla, es la que sirve a socorrer al pueblo, porque yo diré siempre que es la que lo agobia en vista de la injusticia que se establece y de los resultados que se consiguen; y en vano me dirán tambien que es el capital el que paga las contribuciones y no el consumo, porque es preciso desconocer completamente el mecanismo de las rentas de cada país para no ver que es el último el que satisface todos los gastos o la mayor parte de ellos, cualquiera que sea el gravámen.

III.

Si se establecen derechos de aduana, ya sea para conseguir rentas o bajo el pretesto de proteger la industria interior, ¿quién es el que paga esas entradas sino el consumo? ¿y qué es el consumo, sino la gran mayoría de los pueblos? porque el comerciante o el introductor de la mercadería, hace pesar sobre ella los derechos, y esto da el resultado

que decimos: salvarse el capital del gravámen para dejarlo al pueblo.

Si la contribucion afecta a la propiedad rural o urbana, los dueños de los fundos aumentan, ya sea el valor de los productos, ya el de las locaciones, por tanto cuanto ha sido el impuesto; de manera que se evaden de él, haciéndolo refluir siempre sobre la mayoria, sobre el consumo, sobre el pobre... así es que bajo cualquier aspecto que se considere, el capital queda libre, y solo el infeliz a quien despoja es tambien el que paga, y el que paga por una justicia que no le hacen, por la guardia y conservacion de una propiedad que no tiene, por el sosten y establecimiento de un órden de cosas que lo mata! Esto es tan absurdo como espantoso, hijo mio, y sin embargo, esto es lo que existe...

Por dos puntos capitales está detenida la libertad, la independencia, la virtud, el progreso y la felicidad humana: primero, por el despojo que el capital hace al trabajo; segundo, por las contribuciones que los gobiernos imponen al consumo, viniendo de aquí la miseria obligada de la gran mayoria y naciendo de esta miseria la esclavitud y la ignorancia de los pueblos con todo su cortejo de males, de vicios y de crímenes...

—Cuanto usted dice, señor, es sin réplica, porque es imposible resistirse a la evidencia del hecho; pero aun con mi débil razon y poca esperiencia observo dificultades insuperables y no comprendo cómo puede obrarse de otro modo que el que vemos establecido. Refiriéndome a la primera parte, es decir al despojo que hace el capital a la propiedad del pobre, al trabajo, ¿cómo podria cada uno calcular la ganancia de que habia sido privado? ¿Hai acaso una tarifa que señale el valor real de los diferentes trabajos? Puede formarse ésta para cada individuo, cuando sus aptitudes son tan distintas como es distinto cada hombre? El valor de las cosas ¿no cambia a cada momento hasta en un mismo pais? Los salarios, ¿no están en relacion con la abundancia mayor

o menor de los brazos y con la escasez mas grande o mas pequeña de los productos? con la naturaleza de éstos? con las circunstancias locales? con los climas? con las leyes y con los mil y mil accidentes que entran en la vida de las personas, de los pueblos y de la humanidad en jeneral? ¿Quién seria el regulador que calculase lo que a cada cual se le debe o se le deja de pagar, para repartirlo con equidad? Quién se someteria a su decision? Si los unos querian mayor remuneracion por sus servicios y los otros no lo avaluaban en tanto, ¿de qué medio valerse y cómo entenderse? Francamente, señor, no veo nada, absolutamente nada que pueda corregir el mal que usted lamenta y dar los resultados que espera. Tendrá usted razon, pero no existe espediente alguno, no hai ese nivelador absoluto que armonice la justicia con el hecho y la conveniencia universal con el antagonismo individual de que el hombre no puede desprenderse.

Ahora, por lo que respecta a las contribuciones, ¿qué es lo que puede pagarlas sino el consumo? usted mismo afirma que si se afecta al capital, éste encuentra siempre los medios de evadirse; ¿cuál seria entonces lo que satisfaciese las necesidades de los gobiernos? De alguna parte han de sacar éstos sus entradas para hacer frente a los espendios naturales de una administracion. ¿Quién los daria, si no es el capital o el consumo? Veo bien que pesa sobre la jeneralidad el impuesto, que los pueblos se encuentran agobiados por las contribuciones, que el pobre es el que las sufre en último resultado, pues aun cuando en algo afecten a los ricos, esto es comparativamente mui poco y tienen ademas los medios de llenarlas sin sacrificio; ¿pero qué hacer? Yo no veo el medio, y esto me parece tan imposible de resolver como la retribucion del trabajo. Para que llegara a efectuarse lo uno y lo otro serian necesarios dos milagros tan grandes como el mundo, ¿porque solo ellos harian la reforma del mundo! porque solo ellos desterrarian para siempre la miseria y la ignorancia, la esclavitud y el vicio!

—Te escucho con placer, hijo mio, porque comprendes los resultados inmensos que traeria consigo la adopcion de estas medidas en caso que fueran realizables, y porque así como valoras los inconvenientes, sabes apreciar las ventajas, lo cual me da la conviccion de tu capacidad natural y de la elevacion de tu alma, la que te hará digno de todo: lo entiendes? de todo, sin escepcion alguna...

—¿No teme usted, señor, despertar mi vanidad con sus palabras?

—No; el justo aprecio de sí mismo no es vanidad: esta se satisface con la ostentacion y el otro con las buenas acciones; la una nos esclaviza y nos degrada, porque solo estima la adulacion, mientras que el otro vive en el retiro de la conciencia, encontrando la satisfaccion en sí propio y no en los demas; la una no puede estar sino acompañada de un cortejo de alabanzas y en el bullicio de las sociedades, mientras que el otro se encuentra bien en todas partes y mas bien consigo mismo. No tengo, pues, este temor, hijo mio, porque sé lo que eres y lo que has de llegar a ser... Mientras tanto, volvamos a tomar el hilo de nuestras reflexiones, que serán la base de tu educacion; pues he preferido el método de demostrarte, ya sea en economia, ya en política, lo mas elevado de los humanos conocimientos para entrar en seguida en los detalles de la ciencia, queriendo que se acostumbre tu intelijencia a las grandes ideas y tu corazon a los sanos principios de la moral para que apercibas mas claramente y sin confundirte los otros ramos que forman lo que se llama la sabiduria del hombre, que en realidad solo se alcanza con la virtud, pues por mas ciencia que poseyamos, nada es ésta si no se ha aprendido a obrar bien.

IV.

Dices que serian necesarios dos milagros tan grandes como el mundo para encontrar por una parte la justa remuneracion del trabajo o la retribucion del despojo hecho a la

propiedad; y por la otra que el consumo quedara exento de contribuciones; y sin embargo, tanto aquello como esto es realizable sin que sean necesarios portentos, sino que está en la naturaleza misma de las cosas y en la conveniencia de la especie; pues sus resultados no refluirían únicamente en bien de la gran mayoría, sino de aquellos que creen ahora explotarlo con engaño y detrimento propio: vamos a examinar las dos cuestiones por separado.

Tienes razón para decir que dónde se encontraría el regulador que estableciese el equilibrio entre el salario y el trabajo, cuando los hombres y las cosas cambian, cuando no hai nada igual, cuando las jeneraciones se suceden las unas a las otras; pero no puedes menos de concederme que en el sistema actual existe la espoliación, es decir, que el capital, salvo la remuneración que le es propia y la que se debe a la inteligencia del que lo emplea, toma una parte de la ganancia obtenida por el trabajo esclusivo del hombre.

—Eso está de manifiesto, señor; cualquiera que sea el negocio, siempre el empresario calcula la utilidad que le proporciona cada brazo que ocupa, despues de haberle satisfecho el jornal libremente convenido.

—¿Y qué dirías tú si existiera el medio de que la propiedad del pueblo volviese otra vez al pueblo? Porque no creas, como ya te lo he dicho, que lo que hace la riqueza del industrial son únicamente los brazos que emplea, sino tambien el consumo, y tanto el uno como el otro dan un beneficio mayor que la remuneración debida al capital y a la inteligencia; pues bien, ese sobrante que nace del trabajo y del consumo, que proviene, en una palabra, del proletario, es preciso que vuelva a su origen, pues de otra manera la temida máxima de Proudhon: *la propiedad es el robo*, queda completamente justificada.

—Diría, señor, que jamas se habia descubierto una verdad mas grande ni mas provechosa.

—Esa verdad no es de hoy, hijo mio, ni es tampoco mi

obra; esa verdad está encarnada en la lei de amor predicada por Jesucristo, está revelada en estas solas palabras: *mira a tu prójimo como a tu hermano y no hagas a otro lo que no quieras que te hagan a tí*. He aquí establecido el mas riguroso comunismo; pero el comunismo que no coarta las facultades, que deja al hombre su libertad de obrar, que le permite cuanto quiera el ensanche de su intelijencia, que impide que el ocio viva a espensas del trabajo y el vicio alimentado por la virtud, pero que sin embargo establece un vínculo al decirle: *este es tu hermano, miralo como a tal*, prohibiéndole por esta misma razon el explotarlo.

Ahora, pues; ¿no es verdad que resultaria un bien inmenso a la humanidad si en lugar de dejar estas máximas limitadas al fuero interno de la conciencia, las hiciéramos efectivas por medio de la lei?

—Pero esto seria coartar la libertad.

—No, amigo mio, la libertad de obrar mal no existe; así el que no sostiene el brazo al asesino, pudiendo, se hace reo del mismo delito: de consiguiente, si yo impido que perjudiquen al pobre robándole su trabajo, lejos de atentar contra la libertad, la establezco, pues doi a cada cual lo que lejitimamente le corresponde, y la justicia es la primera condicion de esa libertad, o mas bien dicho, la libertad no puede existir sin la justicia.

—Estoi impaciente, señor, por saber cuál es el medio que usted propone para llegar a un resultado cuya realizacion me parece imposible por mas que piense en ella y por mas que me agrade.

—Así sucede jeneralmente: las cosas mas sencillas se presentan dificiles; pero cuando llegamos a conocer el mecanismo, nos sorprendemos de no haber acertado a adivinarlo antes.

—Será mui cierto lo que usted dice, pero ese mecanismo no es tan sencillo, desde el momento que han trascurrido

tantos siglos sin que tantas inteligencias de primer orden lo hayan encontrado.

—No habrán querido verlo, porque el Evangelio es un libro que está abierto a los ojos de todos y porque la naturaleza antes que él nos habla a cada paso, nos presenta a cada instante, nos dice por todos sus órganos la lei que debemos seguir, puesto que tenemos que esforzarnos para llegar a ahogar, muchas veces sin conseguirlo, nuestros interiores instintos.

—¿Pero qué debe hacerse?

—Si es evidente que toda fortuna adquirida no pertenece exclusivamente al capital y al individuo que la ha aglomerado, sino que una parte de ella corresponde al trabajador y al consumo, claro es que la masa del cuerpo social, que la forma el pueblo, es acreedora a una porcion mayor o menor de esos bienes.

—En esto no hai la menor duda, pues ya usted me lo ha demostrado con bastante claridad.

V.

—Pues bien, haga entonces el estado o los estados, (por que esta regla puede hacerse estensiva a todos los paises) de modo que la parte de fortuna *que considere pertenecer a la comunidad vuelva a ella. Establézcase por lei: "que el estado es acreedor al diez por ciento de los bienes de cada individuo despues de sus dias, y veremos desaparecer la miseria.*

Esta medida por sí sola, amigo mio, bastaria para transformar al mundo sin perjuicio de nadie y con provecho de todos; sin perjuicio de nadie, porque no se le quita al individuo el estímulo de adquirir, como sucederia en un comunismo obligatorio, pues puede gozar libremente del fruto de su trabajo durante su vida, pues puede disponer de toda su accion y de todos sus recursos como mejor le agrada y

en lo que mas le acomode, sin estar sujeto a reglamento alguno, sin que la ociosidad viva de las adquisiciones hechas por su inteligencia como tendria lugar en los comunismos inventados por los Cabets, los San Simons, los Fourriers, etc., porque desde el instante que se quita al hombre la libertad, todo desaparece, pues ella es la primera condicion de su existencia y en la que está basada su moralidad, su dicha y su progreso.

Con el espediente que yo propongo no se le infiere daño alguno al individuo, pues él aprovecha de todas las comodidades y goces que le proporciona su fortuna adquirida, y solo viene a restituir la parte que corresponde a la sociedad despues de sus dias, es decir, cuando no la necesita, cuando es supérflua, cuando le es inútil, de manera que no se le impone la mas pequeña traba ni se le infiere el mas leve sufrimiento.

Por otra parte, esta justa restitucion no queda estéril, sino que o la ha aprovechado él o la aprovecharán sus hijos por medio de una inversion o de una distribucion igual, legítima y equitativa, quedando de esta suerte garantida la propiedad del pobre, de que ha sido despojado hasta este momento y cuya privacion hace su infortunio.

—No comprendo todavia dónde quiere usted ir a parar, pues lo único que veo es que, segun su sistema, en mui poco tiempo vendria a ser el estado el propietario universal y el dueño único de la riqueza pública, que se iria sucesivamente acumulando, tal vez con grave perjuicio de los particulares.

—Tu temor desaparecerá en breve, porque no pretendo que se restituya la propiedad del pobre para que se apoderen de ella los gobiernos, sino para que vuelva incesantemente a la masa comun de donde nace sin interrupcion; pero que vuelva convertida en pan, en vestuario, en goces, en instruccion, en inteligencia, en fuerza, en libertad...

—La trasformacion es portentosa, señor; pero no concibo cómo pueda efectuarse.

—Yo sí que la concibo, y en un instante mas la comprenderás tú tanto como yo mismo.

Pues bien, con esa restitucion de la propiedad del pobre, llevada a efecto por medio de la lei, con ese cúmulo de riquezas que afluiria a las arcas del Estado, mediante al diez por ciento que se cobraria a la muerte de cada individuo, yo formaria establecimientos para dar vida a la sociedad, establecimientos donde tuviera el niño desde que nace, su alimento, su vestuario, su habitacion, y cuando mas grande, sus maestros, su instruccion, su trabajo, su porvenir diseñado y casi seguro.

Formaria establecimientos donde encontraran los ancianos y los inválidos del trabajo un asilo cómodo, una existencia independiente y libre de la mendicidad: de manera que esos dos extremos de la vida, la infancia y la vejez, en que el hombre necesita de apoyo, en que es débil, en que no puede bastarse a sí mismo, hallarian allí todo cuanto es indispensable al sustento del cuerpo y del espíritu.

VI.

Dime ahora, hijo mio, ¿no es verdad que asi desapareceria la principal, talvez la única causa de las desgracias humanas, la miseria? ¡Y cuán diferente no seria el hombre! Qué progreso no existiria habiendo la posibilidad de aprovechar todas las fuerzas intelectuales y físicas de cada uno! Qué virtud, qué armonia no reinara entre todos cuando cada cual, sin injustas y arbitrarias trabas, pudiese desarrollarse libremente y en conformidad a sus inclinaciones! Cómo serian las uniones fáciles y venturosas, no teniendo el fantasma de la necesidad por delante! Y cómo, obedeciendo únicamente a nuestras simpatías, realizariamos el bello ideal de la passion, del amor! Cómo veriamos desaparecer la codicia que hoi domina, la envidia que nos roe, las preocupaciones que nos estravian, el vicio que nos pierde, para entrar en la sen-

da de la fraternidad jenerosa, de la ciencia que cada dia abre nuevos horizontes, proporcionando nuevos goces, de la virtud que no solo conuela las amarguras de la vida sino que la hace suave, deliciosa y feliz...

Teniendo cada hombre, desde el momento de venir al mundo hasta que lo deja, asegurada su subsistencia en los primeros y en los últimos dias, es decir, en los dos extremos en que somos débiles, ¿de qué no seria capaz en sus años de vigor, de enerjia y de fuerza? No habiendo intelijencia perdida, instinto contrariado, carrera que no estuviera abierta, porque todas tendrian completa libertad, desde que existian los recursos, desapareciendo la miseria; ¿qué vuelo no tomaria el humano espíritu y qué desahogo no tendria el corazon; de qué comodidades no gozaria el cuerpo y cuán fáciles para todos el obtenerlas!...

Se me ocurre una reflexion que muchas veces he hecho: ¿a qué deben su existencia todavia en nuestro siglo esas vetustas columnas de los tiempos pasados que se llaman conventos o monasterios? Cómo es que la civilizacion, que los vaivenes de las sociedades, que las reflexiones de los filósofos, que la befa de los críticos, que el desprecio casi jeneral con que se les mira en el dia, no los ha echado aun por tierra? ¿Los sostendrá su importancia o su utilidad? No; lo que los mantiene de pié, es que el hombre que entra en su recinto no tiene que pensar en su subsistencia: hé aquí la causa de su duracion, de su resistencia y de su fuerza.

Ahora bien, esto mismo que se hace en los conventos con sus afiliados, yo querria verlo establecido en el mundo, con la sola diferencia de que a los padres se les exige la obediencia pasiva, y aquí tendrian los individuos la libertad activa y con ella el engrandecimiento y perfeccion del hombre.

El único modo de conseguir la independendencia a que aspira nuestro ser con tanto ahinco, porque es su principal elemento de vida, consiste en establecer esta especie de providencia sobre la tierra; es preciso que el niño, cuando vie-

ne al mundo, no caiga entre enemigos sino entre hermanos, que no se encuentre desnudo y solo sino con todos los recursos indispensables a su frágil vida, para que llegue a ser con el tiempo árbol robusto y frondoso que proyecte su benéfica sombra sobre muchos de sus semejantes.

Haced al hombre independiente y lo hareis grande, bueno y feliz; pero para hacerlo independiente es preciso quitar el obstáculo, es necesario destruir lo que lo esclaviza: y lo que lo esclaviza es la miseria... pero esta miseria desaparecerá tan luego como se restituyan los bienes usurpados al proletario, tan luego como se establezca esta lei justa y reparadora que vengo de decirte.

VII.

Y no creas, hijo mio, que los mismos a quienes cupiera la restitution salieran perjudicados: nada de eso, porque ellos recibirán mas beneficios que lo que hubieran alcanzado con el doble del dinero que entreguen al fin de sus dias; pues es incuestionable que la asociación centuplica las fuerzas, y lo que no pueden conseguir mil hombres individualmente, lo consiguen ciento de una manera colectiva.

Voi, pues, a probarte sumariamente esta verdad por medio de un sencillo cálculo: supongamos que un hombre al tiempo de morir deja cincuenta mil pesos y cinco hijos: por la lei seria el estado heredero del diez por ciento, es decir, de cinco mil pesos; ahora bien ¿cuánto habria gastado el padre en la educacion, instruccion, alimento, vestuario, etc., etc., durante el término de veinte años que pueden estar sus hijos a cargo del estado, claro es que mucho mas de la suma que hoi está obligado a dejar a la sociedad; de consiguiente, esta medida, que talvez parecerá a algunos onerosa e injusta, es económica y reparadora, y no solo económica y reparadora, sino tambien provechosa, pues nunca alcanzaria el padre mas rico a dar a sus hijos con igual esmero todos aquellos conocimientos que se obtendrian en esos casos

de una manera colectiva, porque, como es sabido, y como ya lo hemos dicho, las fuerzas reunidas son mui poderosas, pues su empuje simultáneo es el que hace su fuerza.

Ya ves, hijo mio, que no es tan difícil establecer ese resarcimiento debido a los pobres, y ves tambien todo el provecho que se sacaria de él, provecho que no iria en detrimento de nadie, sino en bien de la jeneralidad, en bien de las jeneraciones presentes y futuras.

—Mientras mas comprendo, señor, mas me admira la sencillez y utilidad de su método, y mientras mas reflexiono, se estienden a mi vista mas y mas los inmensos beneficios que de la adopcion de ese sistema resultarian al jénero humano... ¡Ai! me parece imposible poder abarcar ni aun con la imaginación, todo aquello de que, en un caso tal, seria capaz el hombre.

—Asi es, hijo mio, yo mismo que he reflexionado tanto no hago mas que entrever esos horizontes de paz, de fraternidad, de progreso, de alegría, de dicha... sin poder tener una idea clara y distinta de lo que entonces seria el hombre...

Y el noble anciano levantó su cabeza hácia el cielo como para encontrar allí lo que buscaba en la tierra.

—Pero su pensamiento es mui fácil de realizarse.

—No lo creas, jóven; la ignorancia tiene una certeza mui dura y el error raices mui profundas!... Hace diez y nueve siglos que la palabra de Jesucristo está con nosotros ¡y aun no la comprendemos!... que nos señala el camino ¡y aun no lo seguimos! ¡que nos dice: “aquí está la verdad”, ¡y no la vemos! ¡cómo seria yo tan audaz en creerme capaz de conseguir lo que El no ha obtenido?

—¡Estamos, entonces, condenados a vivir siempre en el error, en la ignorancia, en el vicio, en la miseria?

—No, hijo mio, la civilizacion gana terreno y la lei jeneral es el progreso: al fin llegará un tiempo en que el hombre vea claro y conozca su conveniencia.

—Pero, ¿por qué no precipitar ese resultado por la fuerza? Porqué, si para hacer el bien es necesario la violencia, no emplearla?

—Porque todo esfuerzo implica resistencia y toda resistencia lucha, y no es así como triunfará la verdad: la experiencia de los siglos pasados nos lo demuestran; los sacudimientos que han tenido las sociedades nos manifiestan que la sangre no puede dar sino odios, despotismo y venganzas, y esto se asocia mal con la fraternidad que es la primera condicion de vida, de progreso y de felicidad para el hombre. Muchas veces he visto combatir por la libertad, y aun cuando hayan triunfado sus defensores, jamás ha sido practicada: a la terrible revolucion francesa de 1789 sucedió el despotismo militar de Napoleon I, y a la de 1848 la tiranía jesuítica de Napoleon III. Otro tanto, aunque en más pequeña escala, he visto entre nosotros: siempre las pérdidas han sido mayores que las ganancias y el bien obtenido menor que el sacrificio (1); este es el triste resultado de la

(1) En la espantosa guerra de los Estados Unidos, guerra hasta cierto punto justificable, porque tenia por divina y por objeto la libertad de una raza, guerra que ha asombrado al mundo por la tenacidad en el ataque y en la defensa, por los inmensos recursos que ha desplegado ese enérgico y adelantado pueblo ¿qué es lo que se ha hecho? ¿se ha ganado o se ha perdido con el triunfo sangriento de la buena causa? Cinco millones de esclavos han sido libertados a medias, porque todavía no tienen los privilegios o derechos de ciudadanos, cinco millones de hombres pueden andar por donde mejor les acomode, pero no hallar el sustento que necesitan porque sus mismos libertadores los rechazan: hé aquí todo el bien adquirido; y en cambio ¡cuántos males! cuántas desgracias sin nombre! cuánta sangre derramada! cuántas pérdidas tan inmensas que la imaginacion y el cálculo casi no alcanza a valorar! La deuda de los Estados del Norte, independiente de los tesoros acumulados en su erario, subió a la enorme suma de cerca de tres mil millones! ¿cuál será la de los del Sur? y cuál la de la propiedad particular y pública destruida? cuál la de la produccion que se dejó de obtener? cuál la de las utilidades que no se consiguieron? cuál la de la paralización de las industrias? cuál, en fin, la suma si todo lo hemos de reducir a oro en que pudieran cotizarse tantas existencias vigorosas tronchadas en flor? ¿Se nos objetará que se ha establecido un principio y que su realizacion vale más que la fortuna?—No, contestaremos nosotros, porque ese principio, estaba preconcebido en la mente y en la conciencia de todos; porque era una cosa sancionada en idea y que no tenia adversarios en el terreno del sentimiento moral, sino únicamente en el interes particular.

¿Pero no hubiera sido mejor, cien mil veces mejor llegar a realizar el hecho de la libertad de los negros por medio de la persuacion, por medio de la conveniencia, por medio de la compra, por medio de esas sumas fabulosas que hemos visto gastarse en la

guerra y allá es donde nos conducen las medidas violentas por mas santo que sea el propósito: *el fin no justifica los medios* como pretenden los jesuitas, sino que deben estar siempre éstos en armonia con aquel, es decir, que el mal no puede servir para llegar al bien, ni el crimen para alcanzar a la virtud. Créemelo, hijo mio, jamas plantearás la libertad por medio de la violencia, la ilustracion por el aniquilamiento, la fraternidad por la guerra. La independencia del hombre, su dignidad, su progreso, consiste en la destruccion de la miseria y el medio que te he propuesto es fácil, equitativo, razonable y pacífico, pues no hiere los intereses de nadie sino los intereses de todos.

guerra mas encarnizada y mas sangrienta de que tiene ejemplo la historia? Si podemos calcular en diez mil millones los caudales de todo género absorbidos durante los cuatro años de esa monstruosa lucha, esto es sin contar la pérdida de tantas vidas, si en vez de llevar a sangre y fuego la libertad, se le hubiera dicho a los plantadores del Sud: "no podemos menos de estar convencidos que en nuestro siglo, en nuestras instituciones y bajo nuestro sistema democrático y republicano, es una anomalia la esclavitud y una mancha que tilda nuestro glorioso pabellon. Somos el primer pueblo de mundo. Llevamos la enseña de la independencia humana desde el uno hasta el otro polo; nuestra nacionalidad es el faro que ilumina y guia a las naciones; la esperanza de libertad, de orden, de rejeneracion está cifrada en nosotros; no hai un solo pais que no tenga su vista fija en nuestros adelantos y que no espere de nuestra marcha progresista la solucion del problema que se llama la independencia del hombre ¿por qué entónces no destruir el obstáculo que nos detiene y que nos denigra? Por qué no echar por tierra esa institucion que es el antípodo de las instituciones que nos rijen y que en breve serán los que gobiernen la jeneralidad de la especie? Si es vuestra fortuna lo que impide su realizacion, si el interes pecuniario es lo único que os detiene, pues bien, os daremos una indemnizacion correspondiente o superior al sacrificio, os compraremos lo que llamais vuestra propiedad, pagándoos en dinero mas que lo que vosotros pedis por la emancipacion de un esclavo; os daremos quinientos pesos por cabeza y puesto que teneis cuatro millones de esos infelices, os compramos la libertad de todos ellos, de modo que no perdaís un solo maravedí sino que al contrario hagais vuestra fortuna..." Los propietarios de negros ¿habrian resistido a este lenguaje que, a mas de humano, envolvia una bella especulacion? Parece que no, porque la jeneralidad del pensamiento se hallaba unida al cebo de la codicia, pudiendo aparecer como desinteresados filántropos a la vez que hábiles especuladores. Ahora bien, ¿cuánto no se habria ahorrado así! Qué de lágrimas, qué de fortunas no se habrian economizado! Cuánta miseria de niños y cuánta prosperidad de mas! Cuánta abundancia esparcida por el mundo en lugar de las perturbaciones que han existido en todos los mercados, de la paralización de las manufacturas, de la carencia de trabajo para el proletario, de la carestia de los artículos para el consumo! La paz es la única que puede dar buenos resultados, la guerra solo traerá desolacion y miseria...

(Nota del autor).

—Lo comprendo, señor, y es sorprendente como hasta ahora no se ha establecido un régimen tan provechoso.

—Ya te he dicho los inconvenientes; pero al fin, está seguro, al fin se romperán los obstáculos.

—Una vez que usted me ha presentado tan sencillo, lo que poco antes me parecía imposible, no dudo que el segundo método, el de quitar las contribuciones que pesan sobre el consumo, es decir, sobre el pobre, sea tan hacendero como el que acaba de explicarme.

—Así es, y sin embargo, no lo veremos nosotros establecido, pues pasarán siglos antes que las naciones lo pongan en práctica.

—Pero esto no impedirá que usted me lo comunique.

—Bajo ningún aspecto, por mas infructuosos que parezcan; pues sé por experiencia que la idea no se pierde sino que jermína, y aunque su desarrollo sea tardío, al fin llega a dar un fruto...

Las contribuciones y el crédito.

I.

Ya te he dicho que el pobre al venir al mundo no encontraba el preciso sustento, pero que era fácil hallarlo en la legítima distribución debida al trabajo; y ahora vamos a buscar el medio de libertarlo de las contribuciones que paralizan su fuerza, deteniendo su producción y aprisionándolo con una cadena que le es imposible romper.

Se dirá que sin el impuesto no puede existir el orden civil, no puede haber gobierno alguno, no puede darse régimen administrativo, porque es necesario pagar los servicios de aquellos que se dedican o que son llamados por sus aptitudes, por su talento o por su honradez a conservar la armonía entre las partes, impidiendo la dislocación de la sociedad que daría por resultado el egoísmo individual si se le dejase obrar sin traba ni respeto alguno. Nada más justo, pues, que remunerar aquellos servicios siendo necesario que se les recompense como conviene, porque en realidad son tanto o más productivos que los otros, pues el que administra mantiene la regularidad en la marcha, la equidad en la distribución y la economía en todo, así como el guerrero defiende la vida y propiedad de sus conciudadanos y el médico repara las fuerzas y alivia los dolores del enfermo.

No es bajo ningún aspecto mi propósito hacer que queden sin recompensa estos servicios; pero es justo que sea

el consumo, o lo que es lo mismo, la grande y pobre mayoría de los pueblos la que pague todos los espendios? Es justo que aquellos que necesitan la proteccion del estado sea a quienes se sacrifique? Es razonable que se vean obligados a partir la migaja de pan que los sustenta para sostener el fausto de los reyes, el poder de los ejércitos, la ostentacion de los cultos, las necesidades de los mandatarios de toda especie? Fácilmente convendrás conmigo que no; pero me dirás ¿qué quién es entónces el que debe pagar? y te responderé que el capital.

—Sin embargo, hace un momento, señor, que usted mismo me probaba que el capital quedaba siempre exento de toda contribucion ¿cómo es que se propone actualmente lo contrario?

—El capital está libre hoi de toda contribucion, es verdad, y esto es justamente el mal; pero es fuera de duda que el que recibe todos los beneficios es el que debe soportar los gravámenes.

—Nada mas justo; pero tambien nada mas difícil en el caso actual, segun las razones espuestas.

—Asi parece a primera vista, y tan lo parece, que no hai un pais en todo el mundo donde se vea establecido lo contrario; pues ya se pretenda afectar al capital o a la renta, siempre viene el consumo en último resultado a pagar el gravámen que se establezca; pero con mi sistema será únicamente el capital el que satisfaga el impuesto, y lo que es todavia mejor, que satisfará el impuesto sin que le sea oneroso, sino que por la inversa servirá, para aumentarlo y protegerlo.

—Lo escucho, señor, con el mayor interes, pues, aunque sin esperiencia, veo que la solucion de este problema hará una revolucion en pueblos y gobiernos.

—Una revolucion tan inmensa como benéfica, a la vez que fácil y sencilla! Todo el secreto, toda la dificultad, todo el misterio, consiste en la adopcion de estas dos simples me-

didat: proporcionar al hombre mientras es débil los medios para que se alimente e instruya, y no disminuir sus facultades criadoras y productivas mientras es fuerte. Lo primero se consigue estableciendo el derecho de herencia del estado, de que ya te he hablado, y lo segundo suprimiendo el impuesto para que no grave al consumo.

—La justa y adaptable medida que usted me ha manifestado para establecer lo uno, es admirable, casi divina por su eficacia y por su sencillez, sencillez que llega a un grado tal que un niño la comprende en el acto sin que por esto se la prive de su importancia y de su grandeza; pero respecto a la otra, no distingo todavía la solución.

—Lo sé, pero no dudo que la comprenderás en breve; y aunque entre contigo en las mas árduas cuestiones de la economía política, trataré de ser claro, despojándola de todo ese aparato científico que embrolla las ideas, sirviendo únicamente para despertar en nosotros las presunciones del talento y no la eficacia de la realidad.

II.

Hai, hijo mio, en la actual manera de ser de los pueblos, un elemento poderosísimo que se llama crédito y que desarrolla prodijiosamente las fuerzas productivas del hombre, pues ha llegado a ser el circulante mas activo, mas fácil, mas seguro, mas real, supliendo con ventaja al dinero y movilizand todos los valores para hacer mas sencillos los cambios.

En el antiguo sistema, sistema que existe todavía en parte, no se conocia mas que el oro y la plata como circulante, y aun otras muchas sustancias, como el cacao en Méjico, las pieles en Rusia y las tablas de alerce en nuestra provincia de Chiloé, que son todavía la moneda corriente de aquella apartada comarca; pero no tomando en cuenta mas que el oro y la plata, que siempre seguimos considerando como la

verdadera representacion de los valores, vemos que poco a poco se fué necesitando de otro agente para facilitar los cambios, porque era insuficiente por sí solo el que teniamos, y de aquí emanaron los pagarés, las escrituras, las hipotecas y últimamente los bancos o la emisión de billetes al portador, si bien es verdad que todas estas diversas formas por que ha ido pasando el sistema de crédito tienen hasta hoy día por base el dinero, de donde ha provenido el error de que se considere la plata y el oro como la mas sólida o la verdadera riqueza, error que va tambien desapareciendo pero que aun subsiste y que serán necesarios muchos años y muchos cambios para que se pierda del todo.

Tan eficaz ha sido el crédito para el progreso de las naciones, que aquellas donde ha sido adoptado primero y donde se encuentra mas adelantado, son tambien las que más han progresado, aumentando su riqueza en proporcion al desarrollo de este agente. ¿De qué le ha valido a la España, por ejemplo, poseer los mas ricos minerales del mundo y ser dueño durante siglos de los inagotables tesoros de la América? De bien poco; talvez de nada, porque, limitando sus cambios al circulante, o no teniendo mas signo representativo que éste para movilizar los valores, se ha quedado estacionaria, mientras que aquellos pueblos, como la Inglaterra, que echaron mano del crédito, han prosperado extraordinariamente: esto es un hecho incontestable, porque es un hecho práctico.

Vemos por experiencia, y esta experiencia se confirma cada día, que todo establecimiento particular de crédito prospera y se enriquece en poco tiempo, salvo aquellos casos accidentales en que han fracasado porque han ido mas allá del límite que deben tener, o porque han sido aplicados a otras empresas ajenas a la institucion: pero en jeneral, los bancos han hecho bien al público, enriqueciéndose ellos mismos; y esto es natural, pues no hacen valer tanto sus capitales, que solo sirven de garantia, sino que ganan con la

fortuna pública, sirviéndole de agente movilizador, a la vez que facilitan el cambio de los productos, y de estas dos acciones sacan su provecho.

El crédito tiene por base el capital. Nadie presta a otro una suma de dinero sin la promesa de pago, y esta promesa de pago no tiene solidez sino en la fortuna del que pide el préstamo; de consiguiente, la escritura que recibe el banquero no es una simple hoja de papel, no es una obligación que emana únicamente de la voluntad y que no tiene mas consistencia que el capricho, sino que representa y es en realidad una parte de la fortuna del individuo que se constituye deudor, y el billete de banco que hace las veces de la moneda viene siendo tambien una representacion de los capitales de esos mismos deudores, teniendo a mas por garantia los fondos que constituyen la masa de bienes responsables con que se ha establecido el banco, lo que pone de manifiesto que las utilidades o beneficios de dicho banco nacen de la fortuna pública que pone en circulacion; por esto es que aquellos establecimientos que gozan de mas crédito o cuyo movimiento de capitales ajenos es mas estenso, son los que obtienen mayores ganancias.

Ahora bien, si es incontestable la utilidad que consiguen los banqueros y si esta utilidad proviene, no de la fortuna propia del establecimiento sino de la de los particulares que están en relacion con él, ¿por qué no podria formarse el estado una institucion semejante que se apoderase, digámoslo así, de las operaciones de todos y que reasumiese ella sola el crédito del pais y por consiguiente la utilidad que consigue cada uno de los bancos y a mas toda aquella que dejan de percibir por la deficiencia de sus estatutos, pues debes saber que esos establecimientos no han llegado todavia a su perfeccion, ni que el crédito ha alcanzado el desarrollo que en realidad puede tener.

Bajo el actual sistema y siendo los particulares los dispensadores del crédito, a mas de ser ellos los únicos que

aprovechan, están dispuestos a tiranizar la industria, absorbiendo las utilidades de ésta por la alza del interes, paralizando así la produccion, como sucede entre nosotros, donde el jugo vital del pais pasa diariamente a manos de los ajiotistas, haciéndose cada vez mas imposible y menos lucrativo el trabajo del hombre, resultando por necesidad la pobreza y el atraso del pueblo, de manera que en lugar de ser el crédito un elemento fecundizador, es un elemento absorbente, y en vez de impulsar las fuerzas productivas de la nacion, las paraliza y las mata.

Pero la accion del crédito seria mui diferente en manos del estado, pues a mas de sacar él un provecho satisfactorio e incrementario, la industria, resultando de aquí tres beneficios inmensos, incalculables: el uno, que el estado obtendria rentas mas pingües, que las que consigue ahora por medio de las contribuciones; el otro, que desapareciendo esas contribuciones se aliviaria grandemente a los pueblos, y disminuyendo sus cargas, se aumentarían sus goces; y el tercero, que prestando el estado a un bajo interes, no solo facilitaria el trabajo, no solo aclimataria todas las industrias, sino que movilizaria cuanto valor existe de cualquier naturaleza que fuera, sino que a la vez de ayudar al capital, sacaria de él la compensacion debida, dejando completamente exento de todo gravámen el trabajo del hombre, y destruyendo para siempre el ajiotaje de la usura.

III.

Es incuestionable que no puede darse el crédito sin la existencia previa del capital; y cuando se ha querido hacer uso del primero, sin la garantia efectiva del segundo, no se ha hecho otra cosa que levantar un edificio sobre la arena sin el menor cimiento que afianzase su estabilidad: esto es lo que siempre ha acontecido a los gobiernos o a los bancos que han echado a la circulacion hojas de papel timbradas,

pero sin la garantia del capital, proviniendo de aqui ese terror pánico por toda institucion de crédito que ha predominado en las sociedades durante siglos, impidiendo a los pueblos sacar el provecho que pueden y deben obtener de él.

Toda emision que no tenga por base el capital adquirido, es falsa y sin valor, y por mas que la voluntad despótica de algunos gobiernos haya querido imponer a los pueblos tal circulante dándole un valor de convencion, la fuerza misma de las cosas lo ha depreciado, sin que haya bastado a sostenerlo el mandato, la pena, ni el favor concedido, pues todos mas o menos han caido en desprestijio, como sucedió en Francia en tiempo del Rejente y del famoso Law y mas tarde con los *assignats* de la república y como ha sucedido tambien en nuestras hermanas y vecinas provincias del Plata; porque, lo que es ficticio, por mas que se quiera, por mas que se haga, no puede transformarse en real. Pero el billete de banco, cuya emision está garantida por la existencia de un capital mayor ¿qué se le puede objetar? ¿acaso este billete no tiene o no representa un valor tan positivo, tan evidente como el oro y la plata? ¿Acaso no es mas seguro y mas inmutable que este? ¿Qué sucederia con nuestro actual circulante si mañana llegasen a ser los metales preciosos tan abundantes como lo es ahora el cobre y el plomo? Desapareceria indudablemente ese signo representativo, y tendríamos que recurrir al que hemos principiado a adoptar, es decir, al billete de banco, que cada dia se jeneraliza mas, aun existiendo el oro y la plata, y que llegará al fin a suplantarlas por completo.

Todo el mundo conoce ya que no se cambian sino los productos, y que la moneda no es otra cosa que un intermediario o un signo convencional para facilitar esos mismos cambios o allanar el consumo, no quedándole al dinero mas que un valor ficticio del que puede ser despojado de un momento a otro; pero no sucederia lo mismo al que representara

realmente al capital, que es el resultado del trabajo del hombre y que tiene por base las humanas necesidades; de consiguiente, ese signo es de tal naturaleza, que nadie lo puede destruir ni variar, porque es en realidad fortuna privada y pública, es decir, los valores de todo jénero que ya dependen de los distintos dones de la Providencia, esparcidos sobre las diferentes partes del globo, ya de la actividad inteligente de la especie dividida en tribus, en naciones o en razas, que tienden constantemente al cambio de sus respectivos productos para facilitar sus necesidades, aumentando sus goces recíprocos.

IV.

Como se ve, no es una simple hoja de papel el billete de banco que tiene por base al capital, sino que es en realidad la moneda mas inalterable, la que facilita mas los cambios, y, en suma, la de mejor lei en cuanto no es otra cosa que la misma riqueza puesta en circulacion por el medio mas ingenioso y mas seguro, desde el momento que el acrecentamiento de la emision seria siempre el resultado del acrecentamiento de los valores, fundado en la mayor produccion pública.

Sentado este principio, ¿qué es lo que puede impedir que el estado cambie su sistema rentístico haciéndose el dispensador único del crédito, asi como lo es actualmente de la moneda? ¿Cuál seria el inconveniente que puede existir en que asumiese el carácter de banquero jeneral del pais, sacando de este servicio sus entradas, en lugar de tomar las de las contribuciones, que son un verdadero despojo y una rémora para el desarrollo industrial, puesto que todas ellas, de cualquier naturaleza que sean, tienden a absorber y absorben, en efecto, una parte mas o menos grande de la constante produccion del hombre? ¿Habria menos facilidad en tener la administracion de un banco en un estado de regularidad

perfecta a tener que ocuparse de aduanas y todo el cortejo de empleados que necesita la recaudacion de los impuestos en sus diferentes ramos, ya sean considerados como contribucion directa o indirecta, pues todas, en último resultado, no vienen a ser sino una misma e idéntica cosa, es decir, un gravámen inmediato hecho sobre la produccion y el consumo?

El estado distribuidor del crédito, o diremos mejor, representante de la fortuna pública, haciéndola valer y movilizándola de manera a satisfacer todos los cambios y todas las necesidades comerciales e individuales, pero siempre con la garantia de esa misma fortuna, sacaria sus rentas únicamente del capital, sin pesar jamas sobre el consumo, y lo que es mas, ayudando a ese mismo capital en lugar de gravarlo, porque facilitaria su movilizacion estando en aptitud de cobrar mucho menos por el servicio monetario, pues si ahora se presta el circulante a los hombres de fortuna a un ocho o un diez por ciento, entonces el estado podria dárselos a un cuatro, obteniendo él solo ese provecho que imperfectamente se reparte entre muchos, facilitando igualmente todas las especulaciones y todas las empresas, empresas y especulaciones que en la actualidad no se hacen, porque pesa demasiado el interes que impone el prestamista, pues él absorbe los resultados de la industria; de manera que en vez de impulsarla la paraliza, como sucede entre nosotros.

V.

Supongamos por un momento, hijo mio, que el estado de Chile asumiese sobre sí el rol de los banqueros y que él fuera únicamente el que pusiese en accion la fortuna privada, pues no es otra la operacion de los bancos, ¿qué resultaria? Se conseguirian los beneficios siguientes que he anotado ya, pero que vuelvo a mencionar para que se vean mas claramente:

1.º Que el estado sacaria de aquí sus rentas, siendo ésta mucho mayores que las que consigue ahora por medio de las contribuciones.

2.º Que solo seria el capital el que viniese a satisfacer los espendios.

3.º Que la cuota del interes seria infinitamente menor.

4.º Que podrian movilizarse todos los valores.

5.º Que desapareceria la usura y los capitales que hoi se emplean en ella tendrian por necesidad que buscar la industria, a quien fomentarian, en lugar de ahogarla, como sucede actualmente.

6.º Que la falta de contribuciones incrementaria la produccion y el consumo, desarrollando la riqueza particular, y por consiguiente, la de la nacion.

7.º Que las transacciones serian seguras, porque siendo movilizables todos los valores, existiria todo el circulante que demandasen estos mismos valores, evitándose asi las quiebras fraudulentas que arrastran con la fortuna de muchos incautos, burlándose de la buena fé. •

Vistas las ventajas, ventajas inmensas y que en mui poco tiempo harian de nuestra república el primer pais de América, y de sus habitantes los hombres mas libres y felices del mundo, examinemos los inconvenientes que podria tener este sistema y las objeciones que pudieran hacerle.

No entraremos a discutir sobre la solidez de esta moneda porque no siendo ella sino el derivado de la fortuna acumulada y de la produccion constante del pais, es claro que ese circulante ofrece mas garantias y es mas *valedero*, si podemos hablar así, que el actual; de consiguiente, pasemos por alto esta objecion que se contesta por sí misma o que queda desbaratada por la naturaleza o circunstancias que acompañamos a la creacion del billete.

Pero se dirá y esto es en realidad mui grave, ¿qué garantía puede ofrecer un billete que está en manos de los gobiernos? Quién nos asegura que mañana esos gobiernos

no emitan mayor circulante del que afianzan los capitales? Si tienen necesidad de monetario, en circunstancias escepcionales, pueden abusar de la institucion y entonces, ¿de qué serviria ese billete? ¿Quién lo aceptaria? Qué perturbacion tan inmensa, qué ruina tan completa no experimentaria la nacion? Decir los males que este estado de cosas produciria, es imposible, porque seria un descalabro universal y nadie estaria seguro de sus haberes; de consiguiente, vale mas quedarse como estamos, pues si en el actual sistema hay pérdidas y suceden desgracias, no son tan absolutas y de tan terribles efectos como las que resultarian del nuevo.

La objecion no tiene réplica en caso que los gobiernos llegasen, por el mas remoto evento, a ejercer esa presion sobre el banco; pues entonces la institucion pecaba por su base y carecia del requisito mas indispensable a su estabilidad, a su crédito y a la confianza *absoluta* que debia inspirar y que debia tener ella misma; ¿pero no habria un medio para impedir que los gobiernos jamas interviniesen en la emision de los billetes, limitándose únicamente a tomar las entradas, es decir, a apoderarse de la renta sin que nunca les fuera dado injerirse en la administracion del banco? Creo que sí, y que esta institucion debia y podia ser completamente independiente de la influencia gubernativa, asegurando su inviolabilidad por medio de una legislacion sabia y la vijilancia directa del pais entero cuyos intereses representaba. Esta operacion no es tan dificil y seria tanto mas practicable cuanto que el estado mismo comprenderia que en su conservacion estribaba su bienestar, pues cometeria el mas grande absurdo minándola, desde el momento que un atentado en contra de ella, era un atentado contra sí mismo, porque secaba por su propia mano la única fuente de todos sus recursos, y esto no se concibe; pero dado caso que llegase a existir un gobierno tan estúpido que quisiera suicidarse y que la legislacion establecida no fuera

una valla suficiente para contenerlo, la nacion en masa se lo impediria, porque ya no amagaria los intereses de un círculo o de un partido, sino los de todo el pais, y atentados semejantes no se soportan. ¿Iria, por mas arbitrario y despótico que fuese un gobierno, a apoderarse de los caudales de un banco privado? Indudablemente que no; ¿y cómo se atreveria a hacerlo con un banco público? En el primer caso, se atentaria contra la fortuna de uno; y en el segundo, contra la de muchos, y si aquello es difícil, esto es imposible; porque a mas de la violacion de un derecho, a mas de la destruccion del mas sagrado principio natural, político y social, la propiedad, cosa que no se comete en el dia, habria para contenerlo la barrera de la fuerza, pues un pueblo no se deja despojar y menos todavia cuando está en su mano el impedirlo, como tendria lugar en el presente caso.

VI.

Si me he colocado en estos extremos, hijo mio, es para demostrarte lo sin peligro y lo realizable de la institucion, pues solo bastaria para llevarla a cabo, una organizacion bien calculada con la cual desapareceria todo temor, desvaneciéndose, de consiguiente, el obstáculo principal, o lo que es lo mismo, el abuso de los gobiernos.

Tambien puede decirse que teniendo el pais relaciones con otros paises, los comerciantes que vinieran a traficar con nosotros no recibirian como moneda los billetes del banco nacional, y que en ese caso, desapareceria el comercio extranjero debilitándose el nuestro; pero esta objecion es mas aparente que real, porque, como todo el mundo sabe, y como ya te lo he dicho repetidas veces, los productos no se cambian por moneda sino por productos y poco le importa al extranjero que el signo representativo sea tal o cual si él le proporciona los retornos que le convienen, quedando asi la dificultad salvada y la objecion vencida.

Y no tan solo el billete de banco, en la forma que lo propongo, seria jamas un inconveniente para el comerciante extranjero, sino que encontraria en él una ventaja incalculable, pues inmediatamente de llegados sus buques, sus mercaderias o sus cargamentos, podria hacer sus retornos sin esperar la venta parcial y tardia de ellos, sino que, dando en garantia, en todo o en parte, las mercaderias que contuviese el buque, podria hacerse inmediatamente de fondos para procurarse los artículos que le convinieran, sacando en esto varias ventajas: primera, la facilidad de remitir a sus comitentes una parte de los capitales; segundo, que tenian ocasion de esperar la mejor venta de sus productos, no ofreciéndolos al mercado con depreciacion a causa de las muchas y variadas exigencias de los industriales, y tercero, la ganancia de tiempo, de intereses y por consiguiente, de economia, de fuerza y de produccion, como tambien la oportunidad de las compras, lo que todo junto produciria resultados de consideracion y que saben apreciar mui bien los hombres de negocios.

Ya ves, pues, hijo mio, como los pueblos no tendrian contribuciones, como los gobiernos harian frente a sus espendios, como los capitales subvendrian a las necesidades del estado, favoreciéndose a sí mismos y como, en fin, podria establecerse ese equilibrio que tanto se busca, esa equidad que tanto se desea, esa produccion que tanto se necesita, esa libertad, esa igualdad, esa fraternidad que tanto se ambiciona, por la que tanto se trabaja y la que nunca se ha conseguido ni tampoco se conseguirá por medio de nuestros actuales sistemas.

Y no creas que el bien quedaria solo limitado a ésto, lo que en realidad es mucho, sino que se estenderia en relaciones infinitas hasta las mas alta rejiones del trabajo y de la moralidad, comprendiendo los actos del progreso intelectual y material del pueblo, porque a cada uno en particular y a todos en jeneral, le proporcionaria los medios de

ejercitar sus aptitudes de cualquier naturaleza que ellas fueran; pues existiendo la facilidad de movilizarlo todo, no quedaria estacionario ningun valor, como acontece ahora, que se encuentran los individuos con casas, con haciendas, con máquinas, etc., cuyos capitales no pueden poner en jiro, porque no les prestan sobre ellos, o que si le prestan, es con un interes tan crecido que se hace imposible sacar el menor lucro, sino por el contrario, adquirir una obligacion onerosa y en pura pérdida, de suerte que quedan improductivos esos bienes y sin beneficio alguno esos individuos, y en último resultado, cuanto se relaciona con ellos y sus descendientes, cuanto se relaciona con el estado, con la humanidad presente y con las jeneraciones futuras.....

VII.

El noble anciano permaneció por algun tiempo en silencio, como absorto en sus reflexiones y sin fijarse quizá en quien lo escuchaba, exclamó: "todo está sujeto a un orden, todo se asimila, todo se encadena, a la vez que todo se aparta y aísla. ¡Providencia divina! ¿cuál es tu naturaleza, cuál tu esencia, cuáles tus fines? Yo veo una sola sustancia, sustancia que no conozco, pero que en sus múltiples y variadas combinaciones forma los mundos. Yo veo los mas insignificantes seres sujetos al grande anillo de una creacion infinita y las leyes mas pueriles que gobiernan al pobre gusanillo que se denomina hombre, encadenados al todo de una inconmensurable creacion; y sin embargo, nada hace falta, nada es preciso ni indispensable: varias especies pueden desaparecer de la faz del globo y desaparecen en efecto, sin que nadie los note, el hombre no existiria mañana sin que por esto se alterase un átomo, y los refulgentes soles se chocarian o se aniquilarian sin turbarse jamas la armonia del conjunto! ¡Y a pesar de este aislamiento, todo está unido!.. a pesar de esta individualidad en que cada ser

forma un sujeto distinto, todo viene a refundirse en una misma y única entidad. Dios!

Oremos, hijo mio, dijo el solitario (como si se acordase en ese momento que se encontraba acompañado), oremos: hé aquí lo solo que yo puedo enseñarte: toda nuestra ciencia se reduce a una súplica, a una plegaria, a una oracion!... Los mas elevados jenios se confunden y nada alcanzan, Newton y Pascal tuvieron que renunciar a su ciencia convencidos de su ignorancia y de su nulidad!... y despues de haber medido los espacios, despues de haber resuelto los problemas mas imposibles, despues de haber sido colocados por la humanidad en la primera categoria de sus héroes, ellos confesaban su nada, y, prosternados como nosotros, su corazon buscaba en el cielo la solucion del misterio, levantando hácia Dios su humilde plegaria!... Santa, noble y sabia ignorancia, ella es un ejemplo que debe seguir el hombre y sirve de reproche para esas infinitas nulidades que pululan en el mundo, y que, henchidos de presuncion, de arrogancia y de soberbia, creen saberlo todo, cuando en realidad todo lo ignoran, y se constituyen en maestros, cuando no se conocen ni aun a *«sí mismos»*.....

El anciano se levantó, y tomando de la mano a Enrique, continuó de esta manera:

—Ya has visto a lo que queda reducida mi pequeña ciencia; empero, te daré lecciones sobre lo que forma la parte principal de los humanos conocimientos. Lo que te he dicho se limita al destino moral y físico de las sociedades, presintiendo en esto una revolucion inmensa en las ideas, en las costumbres, en las tendencias del hombre, por cuya razon, y por el encadenamiento lógico de las cosas, mi espíritu se ve arrastrado hasta las rejiones de lo infinito, sin que por eso las penetre ni las comprenda; pero es tal el mecanismo admirable de los seres, que de una paja, y de induccion en induccion, nos podemos elevar hasta Dios, no debiendo sorprenderte, por tanto, el que, *hablándote esclusivamente*

del hombre y de sus leyes, haya venido a parar en las de la creacion. Talvez te parecerá impropia mi manera de raciocinar, y lo será en efecto, pero esa es la lógica de mis ideas, y yo no puedo obrar de otra manera que como estoi modificado o como he sido formado.

—Señor, contestó Enrique, en cuyo semblante dejábase ver la admiracion, el respeto, el amor: sus palabras son para mi alma lo mismo que es el rocío para la planta, o mejor dicho, son como un rayo de luz que disipa las tinieblas: antes nada veia, y ahora percibo lejanos horizontes, nada sabia y creia en mi pequeña ciencia, mientras que ahora sé mas y noto mi supina ignorancia... usted ha abierto mi corazon a nuevas emociones y mi entendimiento a nuevas ideas; ahora creo tener deberes que llenar, obligaciones que cumplir, y mi existencia se ha multiplicado, pues me parece como que he salido del pequeño recinto del yo para unir mi vida a la de mis demas hermanos... Ahora tengo fé, creencia, amor, mientras que antes solo tenia supersticion... ahora admiro, adoro y me prosterno humildemente ante la inmensidad de Dios, mientras que antes, encerrado en el círculo estrecho de un templo, lo veia bajo distinta y mui pequeña forma; pero en la actualidad me ha enseñado usted a conocerlo y a admirarlo en todas partes y en todas las cosas. Antes me parecia que no habia remedio para la humanidad y que sus vicios, como sus males, eran incurables, y hoi, mediante sus doctrinas, veo la posibilidad renaciendo la esperanza, y puedo contemplar, aunque de una manera vaga y remota, la futura felicidad de la especie... Gracias, señor, por sus lecciones: yo sabré aprovecharlas, y espero que en el discípulo cosechará el maestro su fruto: la semilla no será perdida...

—Da, amigo mio, gracias a Dios y a tu padre, no a mí; a Dios, por que de él emana la virtud, y a tu padre porque ha sabido practicarla ejerciendo la caridad.....

.....

Unos dias de estudio.

I

Por vivos que fueran los deseos de Enrique por ver a Luisa, tuvo la fuerza de vencerlos, permaneciendo constantemente en compañía del solitario, el que, para probar la firmeza de su joven amigo, varias veces le propuso de quebrantar lo que habian prometido cumplir; pero Enrique supo sostener su propósito con no poca satisfaccion del maestro, que veia en esto una prueba inequívoca de una alma fuerte y superior, que sabría vencerse en los graves conflictos de la vida y luchar con la energia de sus pasiones.

Toda esa semana el solitario y su discípulo no se ocuparon de otra cosa que de ciencias, no desperdiciando un solo instante del día, pues hasta las horas de la comida eran ocupados con conversaciones ilustrativas que se referian a las lecciones prácticas recientemente dadas.

Es imposible calcular lo que puede la voluntad, lo que adivina el talento y de lo que es capaz la enseñanza cuando es dirigida por métodos sencillos y cuando se la despoja de todo ese aparato, de todo ese lujo de voces, de todo ese pedantismo de que con tanta frecuencia se la rodea en las escuelas. Enrique, durante tan corto espacio de tiempo, habia adquirido muchas nociones de química, de física, de botánica, de mineralojia y hasta de astronomia, a lo que era mui afecto el solitario, porque, segun él decia, ese estudio lo acercaba a Dios; así es que en las noches serenas del estío se ocupaba en

mostrar a Enrique los astros que pueblan nuestro límpido y azulado cielo, enseñándole sus nombres, su posición aparente respecto de la tierra, sus cambios según las estaciones, su magnitud supuesta o reconocida, en una palabra, todo lo concerniente a esta ciencia en sus tres acepciones diversas, esférica, teórica y física, pero con una aplicación tan sencilla y tan clara, que un niño podía comprenderla; así es que esta última lección la consideraba Enrique no como estudio, sino como recreo, permaneciendo hasta las avanzadas horas de la noche en esas pláticas científicas que hacían su embeleso y que elevaban su espíritu hasta las maravillas de Dios; de manera que, cuando se veía obligado a retirarse a su cuarto, iba con su alma llena de admiración y de amor hacia esa providencia divina, inconmensurable, infinita que, a medida que más se conoce, más se ignora, pero que también más se reverencia y más se adora.

El anciano tenía particular cuidado de enseñar a Enrique todos los conocimientos que son más útiles al hombre y de los que puede sacar mayor provecho en la vida práctica, sin ocupar su inteligencia y tal vez desvirtuarla con esa algarría de instituciones que los hombres han denominado leyes y sobre las cuales han formado códigos, mostrándose más complacidos y orgullosos.

II.

—No quiero, dijo en una ocasión a su discípulo, hacerte perder el tiempo, la paciencia y la savia de tu inteligencia en el estéril y confuso estudio de las legislaciones humanas; ¿de qué y para qué podría esto servirte? ¿Qué adelantarias con saber el derecho romano, el derecho canónico, el derecho español, el francés, el árabe, el inglés o el ruso? Esto no te adelantaría un ápice ni en la investigación de la verdad moral, ni de la verdad científica: la primera está en el Evangelio y reconcentrada en esta sola máxima: amar a Dios

sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismo; la segunda en la observacion de los fenómenos de la naturaleza y en el desarrollo constante de la produccion; todo lo demas es de una secundaria utilidad, pero por desgracia es la tendencia dominante en Chile, pero que no dudo se modificará mas tarde, porque ella arrebató al pais las primeras inteligencias que se pierden en la chicana de la abogacia y las argucias del leguleyo.

En nuestro pais, amigo mio, existe la preocupacion de creer como los mas aptos y los mas útiles a los hombres que se dedican al estudio de las leyes, y sin embargo no es así, porque en jeneral son los menos idóneos para el manejo de los negocios públicos, y, por consiguiente, para el adelantamiento de los pueblos, no porque carezcan de talento, sino porque han dedicado esclusivamente sus facultades al estudio de una ciencia que debiera simplificarse mucho mas, y a tal punto, que se encontrase al alcance de todos por su sencillez y claridad, pues ya se nota que los paises mejor gobernados y mas industriosos y prósperos son aquellos donde se han simplificado los códigos, y la razon es mui sencilla: en primer lugar, porque jeneralmente se colocan a la cabeza del Estado personas cuya intelijencia no ha sido distraida por un solo y único estudio, sino que han adquirido práctica o científicamente los conocimientos mas variados y provechosos al hombre; segundo, porque la administracion de justicia es mas espeditiva, no necesitándose de esa clase, hasta cierto punto privilegiada, a quien se le ha dado únicamente el derecho de presentarse ante las cortes, es decir, ante los tribunales, para hacer valer la justicia de cada uno; y últimamente porque es un gremio que busca su subsistencia en la perturbacion de las familias, y que, explotando los odios, saca provecho de aquello mismo que perjudica a los hombres.

La causa de que en Chile pululen tantos abogados es la preocupacion que existe contra el trabajo y el trabajador,

siendo este el motivo de la falta de industrias que se nota; pues los padres procuran jeneralmente para sus hijos, cualquiera que sea el sacrificio que se les imponga, una ocupacion que en su concepto es mas honorífica, tal como la de abogado, la de clérigo, la de militar, pero nunca jamas la de artesano, y esta es una de las causas principales por qué en nuestros paises existen tantos pleitos, tanto ciego fanatismo y tantas guerras intestinas, es decir, discordia, ignorancia y esterminio: tres agentes no mui propios para que jamas adelanten los pueblos y para que subsista en toda su fuerza esa empleomania, que es el gran peligro de nuestras sociedades. Así, hijo mio, sigue y perfecciona tu oficio; aprende arquitectura, mecánica y todo aquello que es realmente útil y provechoso, y verás como en ninguna parte te falta la subsistencia, colocándote en aptitud de adquirir la fortuna, y de adquirirla con provecho de los demas, que es el único medio lejítimo; ¿te gustaria obtener tu subsistencia de esta manera?

—No, señor.

—Ya lo creo: todo juicio sano, toda intelijencia recta y despejada, rechaza medios que no están en conformidad con el verdadero desarrollo; sin embargo, como tienes que vivir entre los hombres, no estaria de mas que aprendieses las leyes que gobiernan al Estado y las que se relacionan con la justicia privada, o lo que es lo mismo, la constitucion y el código civil; pero esto será nuestro último estudio, consagrándonos primeramente a los conocimientos mas indispensables y mas provechosos, dejando las nociones del derecho público y del derecho privado como para concluir la obra que nos hemos propuesto llevar a cabo.

III.

El solitario hizo una pausa, y Enrique replicó:

—¡Cuánto siento, señor, que mañana sea ya sábado y se

termine esta semana, que hubiera querido prolongar indefinidamente!

—Embustero, contestó el solitario en tono de chanza; ¿quién sabe si no era esto lo que mas deseabas?

—Al principio sí, pero despues no he experimentado ese deseo, y puedo asegurarle con toda verdad que querria prolongarla: pues si es cierto que experimento un gusto infinito con la próxima esperanza de ver a la señorita Luisa, y que tambien estoi en la obligacion de continuar el trabajo, no es menos evidente que, a pesar de todo, preferiria quedarme.

—¿Es posible!

—Usted sabe que no miento, señor.

—Me agradan tus disposiciones.

—Quizá no tanto si usted conociera el móvil que me determina.

—Espílicate.

—Señor, si deseo quedarme es mas por ella que por mí.

—¿Cómo es eso?

—La ciencia tiene para mí un atractivo tan irresistible que cuando recibo sus lecciones, mis facultades todas están en el punto a donde usted las llama; pero al pensar que los nuevos conocimientos que cada dia adquiero me acercan a ella, preferiria privarme del placer de hablarla con tal de obtenerlos mas profundos, mas vastos y más luego.

—Te comprendo, hijo mio, solamente que no distingues cuánto hai en esto de egoismo; pues el sacrificio que crees hacer en obsequio de ella, es exclusivamente en el tuyo, porque no es otra cosa que tu propia conveniencia la que desees y la que buscas.

—Así será, ¿pero no se asimila todo en el cariño?

—Sí, el amor lo identifica todo, pues lo que se aspira por uno se aspira por el otro y lo que se aspira por el otro se aspira por uno, llegando a ser una mancomunidad tan reci-

proca y tan unida que forman, como dice Jesucristo, dos cuerpos en una misma carne y en una misma sangre.

—¡Qué comparacion tan hermosa!

—La union de lo que se denomina espíritu es mui superior a la union de lo que se denomina cuerpos; por eso es que el Divino Maestro, que vivia constantemente en las regiones de la idea, las clasificó así; pues las voluntades se hermanan, se confunden y se asimilan con mayor facilidad que los fluidos mas sutiles; y como el pensamiento y la voluntad son superiores, son mas diáfanos, si me es permitido espresarme así, que el aire, que la luz, que el colorido, que la electricidad, esta es la razon por la cual se confunden de tal manera, que dos aspiraciones vienen a ser una sola, o converjen a un mismo punto, porque, aun emanando de dos entidades diversas, su identificacion es tal que no es posible distinguir la diferencia de la una a la otra.

—¡Cuánto me agrada, señor, su manera de espresarse! Cómo siento despejarse mi intelijencia cual si entrara en un mundo distinto!

—Y sin embargo, hijo mio, nada hai mas natural, mas sencillo, ni mas palpable. ¿No ves, no sientes a cada instante como el aire, la luz, el olor, el sonido, el movimiento, se cambian de una manera tal, que llegan a tus sentidos como si todos esos goces fueran el resultado de una misma sustancia o de una causa única? ¿Qué estraño es entonces que el pensamiento y la voluntad, materias mas sutiles y mas espiritualizadas que aquellas, se unan y se asimilen? ¿Qué dificultad hai, pues, en que dos seres vivan de una inspiracion, de una idea, de un sentimiento, y que la especie en jeneral se pierda en el seno de Dios, sirviéndole el amor de escala, de intermediario y de vínculo, puesto que es el ajente misterioso, a la vez que manifiesto, que gobierna a todos los mundos! Si hemos de juzgar, mi jóven amigo, lo que pasa en las rejiones que están a nuestra vista o al alcance de nuestra comprensibilidad, por qué no hacer la

misma inducción para aquellos que se escapan al radio estrecho pero penetrante de la inteligencia del hombre? ¿Por qué no atribuir la misma lei que nos gobierna en la tierra a los orbes que distinguimos en el cielo? ¿Y por qué no decir que los grandes y casi inconmensurables habitantes del firmamento se hallan sujetos a un orden de cosas idéntico al que nos gobierna a nosotros en las diferentes escalas de la creación que talvez no vienen a ser sino una sola? ¿Quién puede afirmarnos que los astros no se aman los unos a los otros, que no se alimentan recíprocamente, y que de este amor y de esta transustanciación no resulten nuevos seres en la inmensidad de los tiempos, tiempos a que la especie humana no le es dado calcular, porque ha nacido ayer; porque el planeta en cuya superficie vive tiene una historia muy reciente, historia que la moderna ciencia geológica, sin manifestar del todo, nos descubre sin embargo sus cambios o sus sucesivas transformaciones? Lo que te digo, hijo mío, no son mas que teorías. ¿Quién podría afirmar nada a este respecto? ¿Ni quién puede, aun de aquello mismo que está al alcance de nuestros sentidos, decir su causa inmediata? ¿Quién es capaz, ni quién lo ha sido hasta ahora, de descubrir el origen de la animación de los seres y la causa del movimiento mas o menos lento de las diferentes especies y de los diferentes mundos? Nadie; y sin embargo, ves cuán diversa es la vida del molusco, de la planta, del animal, del hombre, de los astros; empero todos ellos se gobiernan talvez por una misma lei, por un mismo principio, por una derivación idéntica: ¿cómo afirmar, cómo negar nada? Las inducciones mas o menos probables es lo único que nos ha legado Dios; por ellas podemos aseverar su existencia y por ellas tambien nos es permitido hacer nuestros cálculos y deducir sus consecuencias; ¿qué mal hai pues en esto? Si la pequeña luz que él nos da nos estravia en el derrotero, ¿a quién la culpa? si consideramos al amor como el alma de cuanto existe y no lo es en realidad, ¿sere-

mos responsables de nuestro error? Estos misterios, hijo mio, son tan impenetrables para tí como para mí y es imposible que te los resuelva; sin embargo, estoi íntimamente persuadido que mi ignorancia no es un crimen del que pueda castigárase, y que, mi investigacion para descubrir la verdad, tampoco es un delito desde el momento que empleo las facultades con que he sido dotado. Por otra parte, en medio del misterio que nos rodea, hai una revelacion que nos ilumina, y esta revelacion que me hace creer en Dios sin conocerlo, me persuade tambien en la existencia de ese sentimiento universal sin analizarlo, porque a despecho de todo siento que existe en el átomo, en la planta, en el insecto, en el árbol, en el animal y en el hombre: ¿cómo, pues, no figurármelo que tambien vive en los seres que están fuera de nuestro alcance?

—Cómo decirle a usted cuánto me agradan y cuánto parece que me elevan las ideas que usted emite, no porque yo crezca, sino porque ellas me iluminan; no porque yo valga mas despues de oirlas, sino porque despiertan en mí pensamientos que no distinguia, provocando revelaciones que jamas habria imaginado.

—Ya creo haberte dicho que la idea, como la semilla, fecundiza, y no me seria nada extraño que el pequeño vástago se hiciera en tí un fructífero y frondoso árbol...

—Las facultades, señor, no provienen de nosotros sino de Dios; y cuando el terreno no es cultivable es imposible, a pesar del mejor abono, hacerlo producir, o por lo menos la planta nace raquítica para perecer en breve.

—Dices la verdad; pero tus respuestas mismas y las observaciones que me has hecho en diferentes materias, me persuaden que el terreno es bueno y que la cosecha será abundante... Pero dejemos esta conversacion en que pongo en apuros tu modestia y dime: mañana es sábado, ¿quieres que vamos a las casas en ese mismo dia?

—Tendré un placer indecible.

—Sin embargo, yo habria preferido quedarme aquí, porque desearia hacer ciertas experiencias químicas que tú no has visto y que me parece te aprovecharian.

—En ese caso permanezco gustoso. Ya se lo he dicho a usted que prefiero instruirme a darme el placer de verla.

—Lo sé; pero talvez nos esperan y viendo que no llegamos se digustarian.

—No quisiera por nada de este mundo ser causa del menor digusto; con todo, ¿qué puede importarles nuestra visita?

—¿Estás entonces resuelto a quedarte?

—Sí, porque no tengo la presuncion que nos esperen, al menos por lo que hace a mí; pero por lo que respecta a usted, es diferente... y si usted lo desea, iremos.

—Yo no dejo de tener un gusto grande en ver a mis amigas, y tambien sentimiento si hubiera de ocasionarles el menor desagrado; pero los viejos como yo no causan jamas impresiones profundas de ninguna especie, porque no inspiran afectos apasionados, ni son tampoco capaces de experimentarlos.

—Creo que se equivoca, señor, pues para mí seria un verdadero pesar si en alguna ocasion, esperándolo, tuviese la desgracia de no verlo llegar.

—Te lo creo.

—Y si lo cree de mí, ¿por qué no creerlo de los otros? mi siá Juana ha sido la amiga de usted durante toda la vida, y la señorita Luisa... su querida pupila... casi su hija...

—Es verdad, ellas son las afecciones únicas que me quedan, sin contar las nuevas que he adquirido desde hace poco tiempo (y el solitario miró a Enrique con cariño;) pero unos momentos mas o menos ¿qué importan?

—Por gusto, por convénencia, por respeto, por deber, estoi del todo sometido a su voluntad y a cumplir cuanto usted me ordene, pues vivo persuadido que lo que usted me manda será para mi bien.

—Quiero, es cierto, tu felicidad; pero hai, sin embargo, una diferencia tan grande entre la manera de ver de un anciano y la de un jóven, que temo, con la frialdad de la vejez, imponerte deberes que rechaza la fogocidad ardiente de la juventud.-

—Cuanto de usted provenga llevará siempre en sí el sello de la virtud y de la sabiduria, y me someto desde luego.

—Yo puedo responder de mi voluntad y de mis intenciones, pero solo Dios no se equivoca: ten siempre presente esta máxima, pues creyendo el hombre muchas veces obrar el bien, solo ejecuta el mal, aun cuando quizá no sea responsable de su ignorancia; porque, segun mi modo de ver, el Todopoderoso nos pide solo el corazon, y dándolo, hemos hecho nuestra tasa... Asi es, hijo mio, que ¡quién sabe si privándote de un dia, que es para tí una felicidad inmensa, no obro en contra del bien que te deseo!

—Mal ó bien, viniendo de su parte, lo acepto con reconocimiento...

—Gracias, mi jóven amigo, gracias; procuro hacerme digno de tu confianza, trabajando por tu felicidad presente y futura.

—Lo reconozco, lo agradezco y mi vida es suya.

—Aprecio y acepto tus sentimientos, conociéndolos de antemano sin que me los dijeras; con que así, esta será la única y la última vez que conversemos sobre este punto, porque entre nosotros los afectos deben reemplazar a las palabras... vamos, pues, a seguir nuestras estudios.

La semana de convalecencia para Enrique se terminó no perdiendo un solo momento que no fuera empleado en la ciencia con gran provecho para el jóven obrero.

El tiempo.

I

La noche del sábado al domingo, Enrique no pegó sus ojos: iba a ver a Luisa... y la felicidad como la desgracia tiene sus desvelos...

Mil, mil pensamientos diversos pasaban por su cabeza... Las nuevas ideas que habia recibido lo engrandecian sin que se aumentara un ápice su persuacion; pero la superioridad incontestable de Luisa, su rango, su fortuna, lo contristaban sin abatir tampoco su energia, pero su mente trabajaba a la vez que su corazon gozaba y sufría a un tiempo mismo... ¡Quién no ha experimentado las dichas y los pesares de la incertidumbre en esos instantes supremos en que se ama, se teme, se espera y se desconfía!.. Poco mas o menos, la humanidad entera se ha encontrado en situaciones semejantes!.. Poco mas o menos no hai ser que, en sus dias de entusiasta y apasionada juventud, no haya experimentado ese delirio que tiene tanto de cruel y de sublime, de amargo y de dulce; de infernal y de divino: este era el estado en que se encontraba Enrique... Sus impresiones podian ser mas profundas que las de cualquier otro, porque tenia una sensibilidad esquisita, porque poseia una imaginacion ardiente, porque era vírjen de cuerpo y de espíritu, porque era la primera vez que amaba y que amaba con esa sublimidad peculiar a las naturalezas privilegiadas; sin embargo, estaba sujeto a la misma lei que a todos gobierna,

y vacilaba, sufría y se regocijaba alternativamente, mecido entre el temor y la esperanza; entre el enajenamiento de la dicha que embriaga o el desconsuelo del sufrimiento que mata, sin que le fuera dable afirmar si era en realidad feliz o desgraciado; pero sin querer cambiar ese estado indefinible por lo que tiene todo el mundo de mas atrayente y seductor: así es la pasión, así es el amor; así han sido en las edades que nos han precedido y así serán en las venideras; porque las generaciones pueden sucederse, pero la lei permanece inmutable...

II.

Brillaban todavia en el firmamento las estrellas, cuando ya Enrique estaba de pié en la mañana del domingo. Siéndole imposible conciliar el sueño y no deseándolo tampoco, porque en la vijilia estaba mas complacido, saltó de su lecho, cuando apenas eran las tres de la mañana, para ir a buscar los caballos que pocas horas antes habia traído del potrero para tenerlos listos en la caballeriza y no verse obligado a buscarlos perdiendo un tiempo preciosísimo para él.

El solitario se levantó como de costumbre antes de despuntar el alba, y viendo que Enrique tenia ya todo preparado no pudo menos de sonreirse y decirle:

—¿Parece que aprovechas el tiempo, amigo mio?

—Y para qué perderlo, señor, cuando segun usted, el tiempo es el tesoro mas precioso.

—Creo que nunca te he hablado detenidamente sobre esto.

—Sin embargo, yo lo he comprendido.

—Tanto mejor para tí, porque en realidad el tiempo es superior a la clasificacion inglesa; ella dice: *el tiempo es dinero*, y en este aforismo cometen un grave error, error económico y error social: económico en cuanto hace consistir la fortuna en la adquisicion de los metales preciosos y social

en cuanto no comprenda ni la vida, ni su interés, ni su importancia, ni sus relaciones, ni su fin... El tiempo, amigo mio, nadie puede clasificarlo, es la eternidad, es el espacio, es el infinito, es quizá Dios!.. Pero ya que todo lo tienes prevenido montemos a caballo y durante el camino charlaremos un instante sobre este punto.

El anciano y el joven se pusieron en marcha apesar de la oscuridad, acompañándolos Torcuato y los perros un largo trecho; pero a una señal del solitario, se paró el pobre muchacho, silbó a sus compañeros y se retiró sin hacer la menor observacion y con su complacencia habitual.

El maestro continuó:

Hace un momento hablábamos del tiempo y te expresé mi opinion de una manera abstracta, pero concretándola a la vida del hombre: observemos pues sus resultados sin ocuparnos de ese fenómeno metafísicamente, y veamos el efecto que operan en las sociedades y en los individuos cuando no se desperdicia ese elemento, que a la vez de producirlo todo lo absorbe todo, sin el cual no habrian acontecimientos y que, sin embargo, los sepulta en su seno, pues apenas se ha cometido el acto cuando ya es un pretérito que casi no nos pertenece sino que ha entrado en el dominio del pasado para morir en el olvido.

El tiempo, hijo mio, no es nada mas que la vida del hombre, y el que lo desperdicia, vota su mas valioso tesoro. Nosotros no sabemos la riqueza inmensa e irre recuperable que se pierde cuando no se hace caso del tiempo. Somos avaros del dinero y tan pródigos del tiempo, que con frecuencia, no solo lo empleamos en cosas insignificantes, sino que llegamos a decir, con la mayor sangre fria y como lo mas natural, este increíble absurdo: *vamos a matar el tiempo!* ¿Qué se diria de un hombre que arrojase constantemente sus tesoros al mar? Todo el mundo lo creeria loco y con razon; pues no lo somos menos cuando desperdiciamos el tiempo. Hai hombres cargados de años y que no han vivido un solo

dia; porque no debe contarse la existencia por la edad, sino por las obras: un joven puede ser anciano y un anciano puede ser niño segun y como hayan empleado el tiempo, pues no es la edad la que da los conocimientos sino el uso que se hace de ella, porque la experiencia no proviene de la vejez sino del ejercicio constante de la voluntad, es decir, de la accion. Todo el secreto del progreso humano consiste en saber aprovechar el tiempo: la virtud, la energia, la franqueza, la riqueza, la preponderancia de ciertos pueblos están allí; no importa que hayan nacido ayer, como los Estados Unidos, para llegar a ser superiores, o que hayan vivido eternidad de siglos, como la España, para alcanzar una triste decrepitud. Es un error en creer en la decadencia o vigor de las naciones por la edad que cuentan: basta una generacion bien aprovechada para hacerlas surgir, consiguiendo el hábito al trabajo, que es lo que da el bienestar material, y la moralidad, por cierta razon, cuando los individuos asi como los pueblos hacen buen uso del tiempo, consiguen ser sábios, prudentes, justos, enérgicos, valerosos y ricos. Llévate de mis consejos, hijo mio: no desperdicies un solo dia, una sola hora, un solo instante y estarás lleno de interior satisfaccion, viviendo, aun cuando mueras joven, mucho para tí, para tus semejantes; pues en pocos años te encontrarás con un gran caudal de conocimientos y con una fortuna considerable lejitimamente adquirida por el hecho de haberte consagrado como un infatigable obrero al trabajo asiduo, de donde sacarás tú provecho y los demas su beneficio.

—Nunca habia considerado esta cuestion bajo este punto de vista, y por consiguiente, no le daba al tiempo la grande importancia que usted me manifiesta y que en realidad tiene.

—De todo puedes ser pródigo, hijo mio, menos del tiempo: solo en este caso es una virtud la avaricia.

—Y seré avaro, señor, pues no solo sus reflexiones me lo

prueban, sino que la experiencia me lo persuade: ¡cuán diferente no soy ahora de lo que era hace ocho días! Una sola semana bien aprovechada me ha trastornado por completo, habiendo aprendido en ella mas que en toda mi vida!... Ya se ve: tengo tan buen maestro!..

—Para el hombre que reflexiona el maestro está en todas y por todas partes: la naturaleza es un gran libro abierto en que podemos leer interesantes páginas y cuyo manantial inagotable tiene novedades infinitas; acostúmbrate a consultarlo, y verás como encuentras instruccion variada y provechosa, y verás como te apartas de las fútiles cuestiones que jeneralmente ocupan a la humanidad, aprendiendo a la vez a tener una grande induljencia para los pequeños y variados sentimientos de tus semejantes, por sus preocupaciones, por sus errores y hasta por sus flaquezas; la ciencia, hijo mio, se convierte al fin en bondad, porque cuando se ha aprendido a ignorar se sabe tambien disculpar.

Estas eran las conversaciones con que el solitario, instruyendo a su discípulo, no dejaba perder el tiempo, ni siquiera aquel que era necesario emplear en llegar al lugar donde iban, porque el sábio anciano, para ser consecuente a su máxima de no desperdiciar un solo instante, mientras caminaba daba tambien sus lecciones tan morales como prácticas y tan provechosas como elevadas, de manera que sin apercibirse del camino, se encontraron repentinamente en las casas.

Las profundidades del diablo.

I.

Tan temprano habian partido del cortijo del solitario, que al llegar a la hacienda apenas apuntaba el alba; sin embargo, habia ya en el interior del patio un gran movimiento de caballos como si se prepararan para un viaje.

El solitario y Enrique quedaron sorprendidos de aquel aparato de partida, sin poder darse cuenta de lo que lo motivaba; pero la curiosidad o la sorpresa de ambos quedó satisfecha cuando vieron aparecer al administrador don Pedro Murna que se dirigia hácia ellos y que, despues de saludarlos, les esplicó que la señorita Luisa habia manifestado desde la noche anterior el deseo de visitar las *Profundidades del diablo*.

—¡Las profundidades del diablo! exclamó Enrique, ¿qué es eso, amigo mio?

—Ese es un lugar misterioso, donde se ve una humareda espesa que intercepta la vista y que en realidad parece salir de los oscuros antros del infierno! Ninguno de nuestros campesinos se aproxima a ese sitio, porque teme ser arrastrado por el diablo y de aquí proviene el nombre que le han dado; sin embargo, a la señorita Luisa le ha agradado siempre que ha venido a la hacienda visitar ese lugar espantoso, pero los hombres que la acompañan se quedan por lo jeneral a cierta distancia, no atreviéndose jamas a penetrar hasta donde ella va, en lo que, a decir a usted verdad, tiene una parti-

cular satisfaccion; pues le gusta, segun me lo ha repetido en varias ocasiones, ser la única visitante de ese lóbrego sitio, el que quizá no ha sido hollado por otra planta humana.

Apenas habia acabado don Pedro Murna de dar esta explicacion, cuando se vió aparecer a Luisa en su traje de amazona.

Para los inquilinos de la hacienda no habia nada de extraño en que su jóven ama se presentase en medio de ellos sin ser acompañada de su madre, lo mismo que para el solitario y el administrador; pero Enrique no pudo menos de sorprenderse, a pesar de que en una ocasion no mui lejana los habia acompañado de la misma manera; sin embargo, le parecia singular que hiciese sola esas escursiones.

El anciano y Enrique se dirijieron donde ella, que los recibió con muestras inequívocas de satisfaccion, diciéndoles:

—Pensaba que hubierais venido anoche, pero estaba segura que llegariais hoi.

—La culpa es mia si no hemos estado aquí el sábado, repuso el solitario.

—Malo es que nos hayan ustedes hecho esperar, porque en verdad los aguardábamos.

—Hemos tenido que hacer, hija mia, y la obligacion debe preferirse al placer.

Luisa fijó sus dulces y penetrantes ojos en Enrique como para decirle que hablase, pues el mancebo continuaba en su silencio a mitad abstraído, religioso y estático.

—El señor me disculpa, señorita, pero la falta, si es que la hai, es realmente mia.

—¿Entonces ha sido usted el que no ha querido venir ayer?

—Sí, señorita, contestó Enrique con timidez.

Al oir esta respuesta inesperada, porque la jóven no creía que Enrique hubiese tenido la menor parte en esa tardanza, dibujóse en su noble fisonomia un impresion triste, dulce, resignada y altiva a la vez, que es imposible describir.

pero que el anciano comprendió en el acto y que hirió dolorosamente a la enamorada joven.

—Antes que nos condenes, se apresuró a decir el solitario, es preciso que sepas el motivo, mi querida hija, y entonces nos juzgarás: toda esta semana la hemos consagrado exclusivamente al estudio de varios ramos de la ciencia y puedo asegurarte que el provecho adquirido ha ido mucho mas allá de mis esperanzas concebidas. El sábado teníamos que hacer un experimento importante que iba a iniciar a Enrique en los principales secretos de la química, poniéndolo en aptitud de hacer nuevos descubrimientos, y como conozco su deseo vehemente de instruirse, porque este es el único medio de conseguir la elevacion que ambiciona, le propuse venir o quedarse para tomar dicha leccion, no sin que hiciese de mi parte todo lo posible porque se decidiese por lo último, pero dejándole siempre en libertad de elegir... triunfé de él mismo, este es mi delito y esta es su debilidad, si la clasificas como tal; pero si supieras cuál es su principal móvil, pensarías de otra manera.

—Señor! exclamó Enrique, lleno de angustiosa ansiedad e interrumpiendo al solitario.

—Nada temas de mi parte, repuso el anciano, conociendo al instante la causa del espanto del joven; pero voi a explicar a Luisa y a tí otro de los motivos que me determinaron a contrariar tu voluntad; porque tenias gusto en venir, ¿no es cierto, amigo mio?

—Esa es la verdad.

—Pues bien, yo me propuse no solo darte una leccion científica, sino principalmente una leccion moral: quise principiar a enseñarte a vencer tus inclinaciones, a sacrificar tus gustos, a hacerte siempre superior a tí mismo para que cuando llegue el caso sepas sacrificar lo agradable a lo útil, no dejando que jamas se anteponga la pasion al deber...

Ya ves, querida hija mia, prosiguió el solitario, que yo soi el único culpable.

—Lo que veo es que usted es el hombre mas virtuoso, mas benéfico y mas sábio, repuso Luisa, alargándole su delicada mano, con cariñosa efusion; y luego prosiguió: pero ya es hora que montemos a caballo, pues yo habia formado este paseo contando con que ustedes vinieran para mostrarles un lugar que es el terror de toda la comarca.

—Aceptamos gustosos, hija mia, aunque para mí ese lugar es mui conocido, replicó el anciano.

—Dándole tambien las gracias por haber tenido la bondad de pensar en nosotros, añadió Enrique.

II.

A una señal de la niña, el administrador acercó su hermoso caballo blanco, cabiéndole a Enrique el honor y el placer de alzarla sobre la silla.

—Con tal de que no seamos tan desgraciados como en el otro paseo!.. dijo Luisa, mirando afectuosamente a Enrique, mientras se acomodaba el ropon.

—O tan felices!..

—Ya creo que hemos hablado sobre esto y tenemos una manera distinta de ver las cosas; pero felicidad o desgracia, no tendremos en esta ocasion un lance parecido.

La comitiva partió y Luisa hizo señas al solitario y a Enrique para que se colocaran a su lado.

La fisonomia de ambos jóvenes estaba animada por el placer... Un deleite suave y puro como el soplo perfumado de un campo de violetas, parecia envolverlos en una atmósfera de espiritual felicidad. ¡Sentarse el uno al lado del otro! hallarse en medio del campo, en esa libertad con que brilla la naturaleza, libertad embriagadora, libertad lasciva a la vez que inocente, tierna y sencilla! Poseer una imaginacion poética y ardiente, un entendimiento elevado, un pecho vírjen, un corazon que ama la virtud por instinto y por convencimiento y que ama a la mujer por la vez pri-

mera. ¡Qué dicha tan sin igual!.. Añadid a esto, esa flor de juventud que todo lo embellece y diviniza y podreis talvez formaros una idea de las emociones interiores de Luisa y de Enrique...

· Hai en nosotros, fluidos que se escapan, que se comunican, que atraen, que rechazan, y que se identifican: son emanaciones que lanzamos fuera de nuestro yo y que sentimos llegar del yo ajeno; y estas emanaciones, combinándose, absorbiéndose mutuamente, forman a nuestro alrededor una especie de atmósfera que no vemos, pero cuya influencia experimentamos. ¿Quién no se ha sentido impresionado y como envuelto en un ambiente nuevo, fresco y agradable al ponerse en contacto con dos personas que se aman? Es indudable que esas dos personas arrojan de sí torrentes de afecto, que se estienden mas o menos segun el grado mayor o menor de simpatias que liga a ellos mismos; por esta razon los individuos dotados de una poderosa voluntad y que son susceptibles de afectos tiernos, profundos y elevados, puede decirse, que despiden destellos de hoi... chispas eléctricas que conmueven y que a veces abrasan: asi era el fuego que sentian Luisa y Enrique, y que sin comunicárselo por la palabra, que es el agente mas eficaz y poderoso de la voluntad, lo experimentaban aun sin mirarse a la cara, y ese mismo fuego iba a calentar el helado pecho del viejo filósofo, cuyo ardor, estinguido por el fin de los años, hubiera podido afirmarse que ya no volveria; y sin embargo, en ese momento se encontraba bajo su influencia, pues sentíase fuertemente impresionado, fuertemente atraído por el oculto magnetismo del amor, como si renaciera en él la sávia vivificante de la juventud o la fuerza activa y enérgica de la virilidad.

Muchas personas pueden haber sido testigos o haber experimentado el mismo sentimiento a que se encontraba sujeto en la actualidad nuestro solitario, y con mayor razon él que otro alguno, pues ambos jóvenes eran la obra de su intelijen-

cia, paternidad mas leítima, mas grande, mas positiva, mas providencial que la que proviene únicamente de la union de dos cuerpos; porque la otra es la encarnacion viva de la materia purificada o de aquello que se denomina espíritu, y que se enjendra únicamente con la voluntad, con la palabra, con la intelijencia, que, aunque materias, carecen ya de la crasedad corpórea por haber pasado por varios tamises y haber sido depurada por varios crisoles.....

III.

Los tres paseantes, es decir, Luisa, Enrique y el solitario caminaban guardando silencio, pero mui ocupados consigo mismos, porque en realidad hallábanse bajo la influencia de la atmósfera liviana, pero intensa y penetrante del cariño... Y eran tales los goces amorosos (si no hai impropiedad en espresarnos de esta manera) que exhalaban ambos jóvenes, que, algunos inquilinos que venian tras de ellos, admirándolos, decian: ¡Qué linda pareja! Parece que el uno hubiera sido criado para el otro! Qué lástima que el arquitecto no sea rico... Esclamacion natural, porque, en fuerza de nuestras preocupaciones sociales, todo el mérito de las personas se hace consistir en el dinero, que es el ídolo real de un siglo esencialmente materialista.

El viejo coronel don Toribio de Guzman, que tenia mas libre su espíritu, rompió al fin el atractivo de ese encantador silencio, porque veia que talvez habia algun peligro en continuarlo, y asi haciendo notar, ya la belleza de la floresta, ya la corpulencia de los árboles, ya la tranquilidad majestuosa de los toros que parecian inmutarse por la proximidad del hombre, o ya la profundidad de un precipicio, intercalando en todo esto mil reflexiones elevadas, mil observaciones científicas o mil lecciones provechosas que a la vez de cultivar la intelijencia, amenizaban estraordinaria-

mente la conversacion, que al fin llegó a hacerse jeneral, lijera y activa.

Una hora hacia que caminaban de esta manera, subiendo siempre la gradiente de una montaña cuando, aproximándose a su cima, pudo percibir Enrique ciertos vapores que se desprendian de la cúspide y que el anciano le dijo estar ahí lo que llamaban en la hacienda *las profundidades del Diablo*.—En media hora mas, añadió, verás un espectáculo horripilante y atrayente a la vez, porque no todo es bello y apacible en la naturaleza, sino que tiene tambien cosas que espantan y que parecen provenir del caos... Ustedes no saben lo que es una tempestad en el océano, un cráter del Vesubio, un viento esterminador y terrible en las desiertas soledades del Africa y aun en las pampas de la vecina República Argentina; si hubieran en alguna ocasion presenciado uno de estos fenómenos, no se asustarian con las exhalaciones sulfuríficas de un volcan casi estinguido, porque no es otra cosa lo que vamos a ver, lo que yo he presenciado aquí muchas veces y a lo que los campesinos llaman *las profundidades del Diablo*, motivo por el cual, entre otros muchos, habiéndome visto trepar a esta montaña para investigar sus misterios, han deducido que tengo hecho pacto con el demonio, o que, por lo menos, soy brujo; pero no hai nada de estraño, hijos mios, en toda esta apreciacion; ¡cuántas veces los hombres que se creen civilizados, los que se dicen sábios, esto sin contar con el vulgo ignorante, no clasifican por lo menos de locos a los que hacen un descubrimiento nuevo, una idea salvadora pero desconocida hasta entonces! Así es la humanidad y así lo será por mucho tiempo, mientras que la ciencia no venga a alumbrar los oscuros y apartados antros donde se cobija la ignorancia.

Pero ya nos falta mui poco para encimar el cerro y qué veamos por nuestros propios ojos un raro fenómeno; con todo, es preciso tener cuidado, porque vamos a pasar unos desfiladeros peligrosos antes de llegar a la cúspide, y lá

jente se ha quedado atrás; de manera que, en caso de desgracia, no tendríamos sino a nosotros mismos para auxiliarnos, lo cual seria bien poco si sucediese un accidente; sin embargo, nuestros caballos son diestros para atravesar precipicios, pero es preciso no fiarse únicamente a su instinto.

En efecto, las advertencias del solitario eran muy prudentes, pues ya caminaban a través de desfiladeros en que una falsa pisada del animal los hubiese llevado al abismo; tal era el despeñadero que a ambos lados de la estrecha senda aparecía a la vista.

IV.

Enrique estaba asustado, no por él, sino por Luisa, y alhiriéndose a las observaciones del solitario, propuso detenerse, haciendo también observar que nadie los seguía hasta ese punto; pero Luisa, sin escuchar reflexión alguna, dió suavemente con su huasca en las ancas del caballo, acariciándolo a la vez con su mano en el pescuezo, como para animarlo en la difícil ascension. El brioso y diestro corcel, conociendo los deseos de su ama, siguió con paso firme, resuelto y lijero por la estrecha senda, viéndose, por consiguiente, el solitario y Enrique obligados a seguir adelante.

Poco tiempo despues llegaron a una pequeña plataforma, que podia considerarse como descanso para practicar la subida mas difícil que tenían todavía que hacer.

Cuando hubieron llegado a ese punto, Luisa saltó ágilmente de su caballo, poniéndose ella misma a afianzar su montura; pero Enrique, atento a sus menores deseos, bajóse también con precipitacion, y con sus vigorosos brazos afianzó cuanto mas pudo la silla de su amada, haciendo otro tanto con la del solitario y también con la suya propia; pues aun cuando nada temiese por sí mismo, estaba en el deber de acompañarlos, porque habria dado cien veces su vida con tal que no se perdiera una cinta de Luisa y con tal que no corriera el anciano el mas leve peligro.

El terreno que pisaban era escesivamente estrecho, pues a ambos costados se presentaban precipicios sin fondo, no quedando sino un angosto y escarpado camino para llegar a la encumbrada cima de la montaña. Los caballos pisaban con tiento por temor de caer en el abismo, no afirmando sus patas sino cuando estaban seguros de la solidez del terreno, llevando constantemente la cabeza baja y las orejas hacia adelante como para distinguir el menor ruido, conociendo el riesgo que corrían con ese instinto peculiar a los animales.

Luisa, por el contrario, parecia hallarse en su elemento o en una situacion agradable, pues sus ojos brillaban, sus mejillas, jeneralmente pálidas, se veían animadas por cierto carmin, su espaciosa frente tenía mas majestad que de costumbre y su pecho se levantaba como para aspirar mas a sus anchas el puro y rarificado aire de la elevada cordillera, dejándose casi guiar por su intelijente y brioso corcel con el abandono del que está lleno de grandes ideas o recibe impresiones tales que no lo dejan pensar en sí mismo: esa era la actitud confiada, reflexiva, satisfecha y dominante con que aparecía la fisonomía virjinal y resuelta de la valiente y encantadora jóven.

Enrique la contemplaba con una admiracion que iba hasta el éstasis, pues le parecia verla bajo una nueva faz, bajo un nuevo hechizo, el de la dominacion, porque Luisa desafiaba el peligro o era superior a él por la serenidad de su impasible valor...

V.

Cuando los tres viajeros llegaron a la cúspide, el espectáculo cambió por completo: si los precipicios que habían trascurrido antes se asemejaban al caos por la oscuridad impenetrable, por el misterio de su insondable profundidad, el que tenían a la vista era espantoso, pues solo se aperci-

bian vapores o exhalaciones sulfurosas, sin la menor muestra de vejetacion. Los hombres, como los animales, miraban espantados hácia ese abismo sin poder apartar sus ojos de aquel lugar, porque el vértigo tiene tambien su fascinacion.

Viendo el anciano que la fisonomia de Enrique se descomponia un tanto por la vista de aquel espectáculo, al que no estaba acostumbrado, dijo a los dos jóvenes:

—Síguenme ustedes; a mui pocos pasos de aquí encontraremos una espaciosa piedra en que podremos descansar.

—La conozco, contestó Luisa, y en prueba de ello verá usted grabada una fecha que no data de muchos años.

—Tambien encontrarás otra de época anterior, cuando yo vine por la primera vez a este lugar, llevado por el espíritu de observacion que me domina; y aun cuando me figuraba ya lo que podria ser esta montaña, pues no me ofrecia un espectáculo mas grandioso que el del Vesubio, cuyo cráter visité en tiempo de mi residencia en Europa; sin embargo, como existia entre la mas antigua jente de este lugar cierta leyenda o ciertos cuentos tradicionales, en los cuales se aseveraba que sus antepasados habian visto varias veces al demonio descender casi hasta ellos, pero cubierto de pieles, me figuré que talvez hubiese habitado algun hombre en estas horribles y espantosas soledades, y pensé que este hombre no podia ser sino un sábio o un loco, un criminal que huia de la justicia, o un santo que se apartaba del humano contacto, y ambas cosas me sedujeron de tal modo, que me resolví a emprender un viaje, movido por la curiosidad mas bien que por el estudio...

Pues bien, amigos mios, continuó el anciano cuando todos hubieron llegado a la hospitalaria roca, mis conjeturas y las tradiciones no eran falsas: aquí habia vivido un hombre; ¿pero en qué tiempo? y por qué circunstancias? de qué modo? Hé aquí lo que no he podido averiguar, a pesar que conozco su morada y sus utensilios; mas estos datos no me pueden dar una idea clara de si este hombre existió antes de la conquista,

en tiempo de ella o despues de ella; sin embargo, todo me induce a creer que era talvez uno de nuestros antiguos caciques que, perseguido por los españoles, se vió obligado o ocultarse en estos inaccesibles lugares, de donde bajaba probablemente para dar consejos a la tribu o para ponerse al frente de ella, pues en su gruta, que veremos en breve y que todo el mundo ignora, he encontrado algunas groseras monedas con el busto de Fernando el Católico y a mas un arcabuz y algunos arcos y flechas que denotan la habitacion del guerrero mas bien que la habitacion del sábio y del solitario; pero como para destruir todas mis investigaciones, he hallado tambien el portentoso libro de la Imitacion de Cristo colocado sobre una grosera mesa. ¿Era este hombre español o indio? no lo sé; pero el mayor número de probabilidades me induce a creer lo último, porque, si bien un libro español era raro que se encontrara en manos de un salvaje, no podemos dudar que hubo muchos entre ellos que recibieron toda aquella instruccion que querian o podian darle los conquistadores; sin embargo, bajo cualquier punto que se considere este descubrimiento de que ustedes serán en breve testigos, es imposible negar que el ser cuyos restos existen aun en la gruta que le servia de refugio, ha sido un hombre superior, ya sea por su voluntad, ya sea por su fuerza, ya sea por sus conocimientos; y no me estraña bajo ningun aspecto de que haya tenido sucesores que han servido para trasmitir hasta nuestros campesinos antiguos la sorprendente leyenda o tradicion que ellos conservan y en la cual creen, no con el prestigio de la fé, sino con la evidencia del hecho, pues casi aseguran haberlo presenciado.

Yo no dudo, prosiguió el solitario, que haya alguna exageracion y que las narraciones de los abuelos las hayan tomado los nietos, hoy ancianos, como una cosa que creen haber presenciado ellos mismos; sin embargo, tengo indicios ciertos, y no tan solo indicios sino hechos, que me ase-

guran que estas tradiciones han tenido, desde un principio, un fundamento real y positivo, pues en la gruta que mostraré a ustedes se encuentra una momia perfectamente conservada, y bajo el ataúd que le sirve de lecho hai varias osamentas que hacen suponer, sin temor de equivocarse, ser los restos de los antepasados que guardaba religiosamente en su poder el último vástago de esta estinguida familia; pero esta momia, segun mis observaciones, no es de un europeo. Su larga y gruesa cabellera, que todavia se conserva intacta, la prominencia de sus mejillas, el color de su piel pegada al hueso, el carcar y las flechas que existen a su lado y algunos jeroglíficos grabados en hojas de árboles perfectamente conservados, pero que yo no he podido descifrar por mas que he hecho, como tambien los tejidos de esa sencilla vestidura, me inducen a creer que el ser misterioso que ocupó esta morada salvadora algunos siglos antes que nosotros, era un indio talvez oriundo de Lantaro, de Caupolican o de Rengo, que defendieron palmo a palmo las vírjenes selvas donde habian vivido y donde existian sus padres, sus hermanos, sus mujeres, sus hijos: lucha santa, lucha en defensa de lo que tiene el hombre de mas sagrado y de mas caro al corazon, porque no os equivoqueis, amigos mios, las nociones de la justicia y del derecho natural son casi tan patentes para el hombre civilizado como para el salvaje, y muchas veces es el último quien los tiene mas frescos, mas claros y mas preciosos, porque su entendimiento, aunque sin cultivo, no ha sido trabajado por las mil preocupaciones del hombre de las ciudades que, si bien posee mas conocimientos y sabe sacar mayor provecho de las cosas, tiene, sin embargo, mas preocupaciones y por consiguiente menos sencillez, que es la que da el mejor y el mas acertado conocimiento de la verdadera justicia.

—La relacion de usted, señor Guzman, la existencia de esta gruta misteriosa, me da tal curiosidad, que le suplico nos la muestre en el acto,

—Quedareis satisfechos en poco tiempo; pero, mientras tanto, descansenmos un momento.

—Descansar, admirar y horrorizarse son tres cosas que me agradan extraordinariamente, replicó Luisa, con tono alegre, pero mirando hácia el abismo humeante que estaba a sus piés y que la atraía fascinándola.

—Mire usted hácia otro lado, señorita, dijo Enrique con inquietud, al notar la palidez del rostro de Luisa.

—No tenga usted cuidado: me gustan estas impresiones; hai tal contraste entre nuestro modo de ser habitual y estos instantes supremos que no puedo menos de gozar con tan extraña transición.

—Vamos, repuso el anciano, tomando de la mano a Luisa; tu naturaleza, hija mia, demasiado viva, no puede recibir sin peligro esta clase de impresiones;... créemelo, ellas serán de tu agrado, no lo dudo, pero puedo asegurarte que te son perjudiciales, porque escitan demasiado la delicadeza de un temperamento de por sí nervioso como el tuyo.

—Estoi mui acostumbrada a obedecerle, dijo Luisa, siguiendo al solitario, no sin mirar por última vez el espantoso abismo...

Y como si una nueva reflexion pasara por su mente, preguntó a Enrique:

—¿No tiene usted una opinion igual a la mia? no participa como yo del placer que trae siempre consigo el peligro? no encuentra usted algo de grandioso en el abismo de la nada? Porque indudablemente, si uno de nuestros piés se deslizase, caeriamos en esa profundidad... ¿y qué seria entonces de nosotros?... Dios mio! continuó Luisa, hablando consigo misma, ¡cuán pequeño y cuán frágil es el hombre, y sin embargo, cuán arrogante, cuán presuntuoso y cuán temerario! Un soplo nos aniquila, desapareciendo sin dejar huella, y a pesar de esto, ¡cuánta inquietud, cuánto afán, cuánta miseria, cuánto orgullo, cuánta vanidad, cuánta avaricia, cuántos crímenes quizá se cometen en el mundo por

conservar una existencia frágil y las mas veces desgraciada!.. Me pasma ese apego invencible a los bienes de la tierra, cuando todo en derredor nuestro nos hace ver no solo su insignificancia sino tambien nuestra aparicion transitoria!..

Y la hermosa jóven, fuertemente impresionada con el espectáculo que tenia a la vista, continuaba mirando hácia el abismo.

Por su parte, Enrique, a quien habia dirijido la palabra, guardaba silencio, pero su semblante manifestaba su aprobacion, pues participaba en aquel momento de las mismas ideas de su amada.

Notando el anciano esta creciente exaltacion, volvió a decir a Luisa:

—Vamos, hija mía, nuestro tiempo es limitado, pues tenemos que estar en las casas antes de la hora de almuerzo y no debemos hacer esperar a la señora. Por otra parte, ustedes querrán ver la curiosidad de que les he hablado y no conseguiríamos esto o faltaríamos a lo primero, si nos detuviésemos aquí.

Luisa y Enrique siguieron silenciosamente al solitario que para distraerlos les hacia observar varios fenómenos jeolójicos en que, a pesar de los adelantos de la ciencia, se pierde la mente del hombre.

VI.

Despues de algun trecho, el sendero principió a ser menos escarpado, notándose o bien el trabajo o bien el tráfico humano en aquellos despeñaderos, pues podia conocerse un camino bastante ancho para marchar sin peligro aun en medio de la oscuridad de la noche, lo cual anunciaba la proximidad de alguna habitacion, si bien es verdad que habian crecido algunas yerbas que obstruian el paso, conociéndose por esto que indudablemente debia hacer mucho tiempo a que se encontraba abandonado.

A poco andar, paróse el anciano frente a frente de un viejo y corpulento roble, solitario habitante de aquellos despeñaderos y talvez testigo secular de convulsiones horribles, pasadas en esas volcánicas alturas.

Don Toribio de Guzman miró hácia todas direcciones con ese ojo escudriñador del campesino que sabe hallar la perdida huella por mas que el tiempo haya casi borrado hasta el último rastro. Un instante despues de haber consultado los lugares que refrescaban sus recuerdos, se dirigió resuelto hácia la parte mas impenetrable de las zarzas y malezas silvestres, y dijo a Luisa y a Enrique: "seguidme." Apenas hubo apartado algunos arbustos tan artísticamente colocados que en su aparente desórden parecian ser obra de la naturaleza, cuando se descubrió una angosta escalera de cuerda que descendia perpendicular hácia una profunda quebrada.

El solitario dijo a sus amigos: ¿se atreverán ustedes a bajar?

—En cuanto a mí, contestó Enrique, no tengo la menor dificultad, porque estoi acostumbrado a estas cosas; pero no sucederá lo mismo respecto a la señorita.

—Es verdad, respondió Luisa, que yo no seré tan diestra como ustedes, però estoi resuelta...

—Por lo que hace a solidez no hai el menor cuidado, repuso el anciano, pues las cuerdas que la sostiene yo las he examinado y han sido fabricadas con la corteza de una planta que desafía al tiempo y a la intemperie.

—Sin embargo, parece que llega a mucha profundidad, dijo Enrique, inclinándose al borde del precipicio, como para sondearlo con la vista, y podria ser peligrosa la bajada a causa de la cimbra.

—Así parece en efecto, pero en realidad, no hai mucho que descender, pues los copos de esos árboles que al primer aspecto demuestran una profundidad espantosa, ocultan sin embargo, una estensa y próxima planicie.

—De cualquier modo que sea, replicó Luisa, con decisión, yo deseo ver esas maravillas subterráneas de que nos ha hablado usted poco antes.

—Pues entonces, sígueme, dijo el anciano, y con la ajilidad de un joven, puso el pié en la escalera, previniéndola que no bajara hasta que él hubiese puesto el pié en tierra firme y afianzado lo mejor posible la movediza escala, evitando así en parte la cimbra.

La joven bajó sin el menor inconveniente lo mismo que Enrique, y todos tres se encontraron en breve en una plataforma cubierta de árboles frutales, que habían crecido en todo el desorden de la naturaleza, formando un bosque espeso, pero en el que se distinguía la mano primitiva del hombre, porque era imposible que los olivos, los naranjos, los manzanos y los duraznos se hubiesen criado por sí mismos en aquellos sitios.

Algun trabajo costó penetrar en medio de las enredaderas y malezas distintas que crecían al abrigo destructor de la mano del hombre, pero el anciano caminó adelante por un imperceptible sendero hasta que hubo llegado frente a frente de una roca, en cuyo punto se paró, esperando que se le juntasen sus compañeros, que lo seguían a muy poca distancia.

VII.

La fisonomía del solitario expresaba el respeto a la meditación y solo dijo a sus amigos estas palabras: "hemos llegado."

—Pero aquí no se ve otra cosa que una simple roca, dijo Luisa.

—Es verdad; sin embargo, fíjense ustedes mas...

—Yo no descubro nada, repitió la niña, después de haber examinado detenidamente la piedra.

La mirada de Enrique era también escudriñadora.

Al fin de un rato exclamó entre asustado y alegre: "¡hai una cruz!"

—Ese es el signo de los sepulcros, y este es uno de ellos, repuso el anciano con tristeza.

—¿Dónde? dijo Luisa, interrogando con los ojos a Enrique.

—Mire usted, señorita, el muzgo que cubre al peñasco; y en medio de él, fijándose usted bien, descubrirá pequeñas señales que denotan cierta desigualdad en la superficie.

—Es cierto, contestó Luisa, pero se necesita una vista mui ejercitada.

—Los hombres de trabajo la tienen siempre, respondió el solitario, por cuya razon no me estraña que Enrique la haya descubierto el primero, pues el que se acostumbra a ejercitar sus sentidos distingue con mas facilidad lo que los otros no alcanzan a apereibir muchas veces.

—Pero, ¿por qué este misterio? Por qué, para vivir, enerrarse en una tumba?

—Porque hai circunstancias en la vida en que son necesarias las mas grandes precauciones, prefiriéndose muchas veces permanecer en la soledad y el abandono, antes que experimentar la cárcel los grillos o el tormento con que nos regalan jeneralmente nuestros semejantes, y en prueba de ello, estás viendo en mí el ejemplo; pero entremos, continuó el solitario, tocando un resorte que hizo jirar la piedra, con gran sorpresa de los espectadores.

Un aire húmedo y espeso, como el de las tumbas, salió de aquella cavidad en que no se apereibian mas que tinieblas, siendo imposible penetrar con la vista en su interior.

—Esperen ustedes un momento, dijo el anciano, para que el aire libre circule en esa bóveda y tú Enrique ve a recojer algunos cardos secos que nos sirvan de antorcha.

El jóven se separó un momento, volviendo en seguida con seis enormes teas de las que se producen con tanta abundancia en nuestros campos.

El solitario encendió un fósforo y con él una antorcha y pasó adelante, previniéndoles que tomasen cada uno otra tea y lo siguieran.

Luisa y Enrique encendieron dos cardos y marcharon tras del solitario.

La luz rojiza de estas teas silvestres y el humo que se desprendía de ellas causaba un efecto raro, fantástico, quizá aterrador, pues los tres personajes no hablaban una sola palabra, impresionados tal vez por esa especie de pavor misterioso que trae siempre consigo todo lo desconocido.

La voz del solitario dejóse oír: "¿distinguen ustedes bien?" preguntó.

—No perfectamente, respondieron los dos jóvenes.

—La vista se irá acostumbrando poco a poco a estas medias tinieblas, porque la rojiza luz de nuestras antorchas se pierde en esta espaciosa cavidad que aparece todavía mayor a causa de la negra roca que forma sus muros, su techumbre y su piso; pero caminen ustedes con cuidado, pues no marchan sobre una mullida alfombra o sobre un terreno parejo, sino que hai muchas desigualdades graníticas con las que les seria doloroso encontrarse.

—Pierda usted cuidado, dijeron Luisa y Enrique, simultáneamente.

El anciano seguía adelante con precaución, mas para que sus jóvenes amigos lo imitasen que por el cuidado que tenía de sí mismo.

Al cabo de algunos pasos, don Toribio de Guzman se detuvo y dijo a ambos jóvenes cuando se encontraron a su lado:

—¿Principian ustedes a distinguir algo?

—Nada aún.

—Miren ustedes hacia el fondo en esta dirección, y el solitario extendió el brazo para señalar un punto. ¿Qué ven ustedes ahora? añadió.

—Todavía nada, contestó Luisa.

—Sí, yo percibo algo, pero no puedo saber lo que es, repuso Enrique.

—Acerquémonos.

Los tres marcharon juntos con sus hachones levantados y dirigidos hacia un mismo punto.

Después de unos pasos, Luisa se detuvo exclamando: "¡Dios mío! Ya ve!"...

Todos se detuvieron.

—No hai que asustarse, dijo el anciano; aquí nada tienen que temer: estas reliquias que yo afecciono, sin darme cuenta de ello, son inofensivas y quién sabe si no son santas por haber pertenecido a algun mártir de la libertad y de la patria, a algun sábio que ha vivido en el retiro buscando la verdad por medio del estudio, o a algun anacoreta que, lejos del bullicio de los hombres, ha querido que su alma solo respirase en medio de los deliciosos éstasis de la oracion, no viviendo sino en Dios, con Dios y por Dios!...

Hubo un momento de religioso silencio...

—Acérquense mas, prosiguió el solitario, y verán que mis conjeturas no son tan infundadas: aquí tienen ustedes esas armas que nos anuncian al guerrero; y el anciano señaló con su antorcha un arcabuz que se encontraba colgado al lado de una espada toledana y de un arco con sus carcas y con sus flechas; aquí ven ustedes unos escritos que para mí son jeroglíficos indescifrables y que talvez encierran el pensamiento del filósofo; aquí tambien hallan ustedes la "Imitacion de Cristo" que pone de manifiesto el ascetismo del anacoreta cristiano...

VIII.

Luisa y Enrique oían y callaban, pero se conocía en sus semblantes alumbrados por la rojiza luz del cardo encendido que conservaban en la mano, la profunda emocion interior que sentían, pues su vista estaba clavada en un solo

punto; el cadáver, o mejor dicho, la momia que yacia a poca distancia de ellos, recostada sobre un encatrado de palos y en un estado de conservacion perfecta.

El solitario se sentó en un tosco banquillo que habia al lado de la momia, e hizo señas a sus amigos para que se acercasen.

Luisa y Enrique acudieron.

—Ya ven ustedes a este hombre, prosiguió el anciano: solo carece de movimiento, pues se halla intacto, no habiendo perdido ni aun sus ojos cierto brillo, cual si acabara de dejar de existir, cual si acabaran de cerrarse; y el viejo coronel sacudió su antorcha para que despidiera una luz mas viva y la aplicó a la cara de la momia...

Lo que se veia era espantoso... y Enrique y Luisa dieron un paso hácia atras al notar aquellos ojos abiertos y fijos que parecian todavia mirar.

—No se asusten ustedes, amigos mios, dijo el anciano: este hombre está muerto, y aunque lo que ven ustedes es sorprendente, tiene sin embargo la naturaleza arcanos que no ha alcanzado todavia a penetrar la ciencia, y que sin embargo poseen en gran manera los indios, porque, no lo duden ustedes, la momia que tenemos a la vista no es de un europeo; yo la he estudiado detenidamente, y puedo asegurarles que pertenece a un salvaje de América, lo que no me estraña, porque nuestros salvajes conservan por tradicion muchos secretos que serian altamente provechosos al desarrollo de las ciencias naturales, descubriendo fenómenos importantes que el hombre civilizado ignora y que ellos han conseguido por la esperiencia que da el trabajo y la observacion constante de la naturaleza; asi vemos que poseen el conocimiento perfecto de los mas fuertes venenos y de sus antidotos, no importándoles nada ser mordidos por una venenosa víbora que mataria casi instantáneamente a cualquiera de nosotros y a cuya desgracia no están espuestos ellos, pues se preservan de tan terrible efecto, empleando el

jugo de esta o de aquella planta. Este hombre es indudable que ha conocido algun secreto para evitar la corrupcion natural del cuerpo y que lo ha tomado antes de morir con la intencion de preservarse: todo me induce a pensar así, pues lo he rejistrado detenidamente y he visto que está tan intacto en el interior como en el esterior, proviniendo su sorprendente incorruptibilidad de algun bálsamo de cuyo efecto preservador estaba seguro; y mi sospecha se confirma, porque de aquí mismo he recojido un frasco que contenia un líquido que no he podido analizar con nuestros conocidos procederes químicos, pero cuyos raros efectos he palpado mas tarde por medio de esperimentos que he hecho con él y que la casualidad, mas bien que la investigacion científica, me hizo descubrir cuando menos lo esperaba.

—Pero este hombre, señor, dijo Enrique, que no podia apartar su vista del cadáver, impidiéndole su preocupacion oir las palabras del solitario: este hombre, señor, repitió, en caso que esté muerto, debe haber fallecido hace mui poco tiempo.

—En efecto, su vista está casi clara, añadió Luisa, que participaba de la misma preocupacion del obrero.

—Así parece a primera vista, pero ya les he dicho que los indios poseen secretos naturales que nos sorprenden. Por otra parte, no me cabe la menor duda de que este hombre ha existido por lo menos doscientos cincuenta años atras, pues la obra que aquí ven ustedes, la Imitacion de Cristo, tiene la fecha de 1630, y el pergamino que la cubre como su imperfecto tipo y el lenguaje mismo, confirman mis sospechas, o mas bien, descubren y aseguran la realidad del hecho.

IX.

Luisa y Enrique no pudieron negarse a la evidencia: ellos vieron por sus propios ojos la fecha de la edicion del libro y no les cupo duda.

—Es admirable! dijeron ambos jóvenes, y se acercaron

mas al cadáver, sacudiendo sus teas para verlo de cerca y con suficiente luz.

La momia estaba acostada de espaldas. Su boca entreabierta permitia distinguir algunos escasos y roídos dientes que probaban que el hombre habia muerto en una edad avanzada. La cara no tenia barbas, y la cutis, adherida al hueso, hacia que se conociese fácilmente al indijena por la marcada prominencia de los juanetes de sus mejillas. Otro signo inequívoco era tambien su larga cabellera y la grosura y lacidad del pelo, tan peculiar al indio.

Enrique se acercó mas y tocó el cuerpo frio, duro, tieso, pero que no tenia ese hielo marmóreo de nuestros cadáveres, sino que mas bien se asemejaba a un tronco de palo en que se dibujaba perfectamente la estructura humana: nada habia en ese esqueleto de repulsivo, que, por otra parte, solo tenia en descubierto los brazos, el pecho y la cara, envolviendo el resto del cuerpo una burda tela de lana de color negro.

Tambien se distinguian aquí y allí algunos utensilios groseros que sirvieron sin duda en vida a este hombre.

—Todo cuanto veo me sorprende sobremanera, exclamó Luisa.

—Sin embargo, hija mia, este secreto de la preservacion del cuerpo humano, cuyo proceder ignoramos nosotros o poseemos imperfectamente, era conocido desde la mas remota antigüedad. Las momias ejipcias, que las exploraciones de los viajeros y de los sabios han encontrado últimamente, se han hallado intactas despues de mas de 5 000 años, y en América tenemos muchos casos parecidos al que presenciarnos ahora, pues se han descubierto en el Perú, en Bolivia y en Méjico muchos esqueletos perfectamente conservados, no habiéndose podido averiguar el tiempo en que han existido o en que eran animados esos cuerpos, como tampoco el medio de que han podido valerse para desafiar la accion destructora de los siglos.

Pero sin elevarnos hasta esa remota antigüedad, de cuya ciencia solo quedan confusos vestigios, vemos en Palermo un convento de capuchinos fundado recientemente, es decir, en 1621, que tiene una inmensa catacumba donde se ven colocados en nichos y en tres rangos o hileras distintas las momias de los frailes que han muerto y aun de personas estrañas que por devocion o por su rango han conseguido un lugar allí; pues bien, todos estos esqueletos se encuentran de pié, llevando en las huesosas manos de cada uno de ellos un cartelon donde está el nombre del individuo, la fecha de su nacimiento y la de su muerte. Esta catacumba se abre para el público el dia 1.º de noviembre de cada año, y las personas devotas se dirijen a ella a orar por el alma de sus parientes, como los curiosos a presenciar un espectáculo raro y conmovedor.

Por esto, hijos mios, prosiguió el anciano, comprendereis que no es tan extraordinario el fenómeno que ahora os admira; pero veo que ha pasado el tiempo y es preciso que volvamos a las casas. Dejemos a los muertos en paz en su solitaria y silenciosa morada.

Nuestros tres personajes salieron de la tenebrosa gruta, teniendo cuidado el solitario de hacer jirar la piedra que tenia de entrada al misterioso sepulcro.

Los fuegos.

I.

La vuelta a las habitaciones de la hacienda se hizo con la rapidez que permitia la escabrosidad del terreno, y casi en completo silencio, porque hai impresiones que se apoderan de tal modo de nuestro espíritu, que no nos dejan pensar en otra cosa que en aquella que nos ha conmovido; pero cuando llegaron al plan y pudieron dar rienda suelta a sus briosos caballos, lo rápido de la carrera disipó en parte las ideas que dominaban a los tres viajeros; asi es que, cuando llegaron a las casas, sus semblantes no manifestaban ninguna fuerte o absoluta preocupacion.

Al entrar en el gran patio de la hacienda, Luisa distinguió a su madre en el corredor y lanzó su caballo hácia ella con todo ímpetu, y dejándose caer de su montura sin que nadie la ayudara, se echó en brazos de doña Juana, la que al estrecharle contra su corazon, le dijo:

—¡Loca!...

—Loca! sí, loca! contestó Luisa, porque no veia el instante de abrazarle...

—Embustera! ¿cómo si tenias tan vehementes deseos has retardado tanto tiempo? Hace mas de media hora que te esperaba.

—Lo siento, mamita; pero el mas extraordinario descubrimiento que estos caballeros referirán a usted (pues en

ese momento llegaban donde ellas el solitario y Enrique) nos ha detenido.

—Está bien, allá veremos si la excusa es buena y si es suficiente a disculpar la grave falta de hacer esperar por tan largo tiempo a su madre.

Y diciendo esto, doña Juana tendió cariñosamente la mano al solitario y al obrero, invitándolos a pasar adelante.

Mientras Luisa se quitaba su traje de amazona, don Toribio de Guzman, a instancias de la señora, contó a ésta la visita que habian hecho al ignorado sepulcro del indio con todas las particularidades que hacian de aquella tenebrosa mansion un enigma casi impenetrable.

Doña Juana quedó maravillada de lo que le decia y mostró deseos de ver aquel portento, reconviniendo a la vez al viejo coronel, porque no le habia participado antes a ella tan extraño secreto.

—He querido guardar, señora, el mismo misterio, el mismo sijilo, el mismo silencio de que se ha rodeado ese hombre, que no sé por qué razon respeto y casi admiro: hé aquí el motivo que me ha obligado a no decir nada hasta hoy en que, encontrándonos tan próximos del lugar, quise hacer a su hija partícipe de este secreto.

—Sus escrúpulos no me satisfacen; pero tenga usted razon o no, ya que conozco el secreto, desearia ver el lugar y todo cuanto allí existe.

—Es imposible, señora; usted no se atreveria jamas a emprender una ascencion tan peligrosa.

—Pero si esto es tan difícil como usted dice, supongo que no habria inconveniente en trasportar aquí lo que allí existe.

—No encontraria usted una persona en toda la hacienda, por mas dinero que usted le ofreciera, que se atreviese, no digo a penetrar en la gruta, pero ni aun a llegar hasta ese punto, porque está muy cerca del lugar conocido con el nombre de las *profundidades del Diablo*.

—Y usted, mi señor don Toribio de Guzman, ¿no querria satisfacer este capricho de su antigua amiga?

—Suponiendo que no me faltara la voluntad, ¿tendria yo la fuerza para trasportar un cadáver sobre mis hombros a tanta distancia, en tanta elevacion y por desfiladeros tan peligrosos? Por otra parte, ¿no hai una especie de profanacion en ir a turbar el reposo de los muertos, en remover sus cenizas y en sacarlos de su frio lecho? Yo creo que sí, señora, particularmente cuando no hai otro móvil que la curiosidad o el capricho.

—Está bien, don Toribio; renuncio a mis deseos, pues respeto su manera de pensar, y sobre todo, no quiero que se esponga al mas lijero peligro; pero encárguese al menos de traerme algun objeto para satisfacer en parte mi natural curiosidad.

—Convenido, señora, luego tendrá usted en su poder lo que desea.

En ese momento entraba Luisa, y la conversacion se hizo jeneral, continuando el mismo tema durante el almuerzo.

De vuelta al salon, pidió permiso Enrique para ir a saludar a sus amigos y ver el estado en que se encontraba el trabajo.

II.

Haria como una hora que se entretenia con sus compañeros discutiendo sobre la próxima conclusion del trabajo, pues en su opinion no duraria mas de un mes, cuando vinieron a decirle de parte de las señoras que habian llegado cartas de Santiago.

Despidióse de los trabajadores para obedecer al llamado, previniéndoles que mas tarde volveria a verlos.

En el salon encontró un grueso paquete que le venia dirigido. Pidió a las señoras permiso para abrirlas y halló dos cartas incluidas en la suya, la una para el coronel don Tori-

bio de Guzman y la otra para Luisa. Estas cartas debian ser indudablemente la contestacion de las que habian escrito el domingo anterior cuando se preparaban para partir al cortijo del anciano, donde habian permanecido durante una semana sin ver a nadie y cuyo tiempo habia sido empleado esclusivamente en la instruccion de Enrique.

Principiaremos a leerlas por el mismo órden en que hemos visto las otras; de consiguiente, será la primera la que va dirigida a Luisa y que estaba concebida en estos términos:

"Santiago, diciembre 12 de 1850.

"Luisa: ¿con qué adjetivo acompañaré tu nombre? Yo no encuentro nada que sea digno de tí, ni hallo una palabra que espresé la intensidad de mi admiracion y de mi afecto, así es que he preferido encabezar mi carta con tu solo nombre.

"¿Pero es cierto, Luisa, lo que me has dicho? ¿Es verdad que amas a mi hermano? ¡cuán dichoso es él, cuanto! cuán feliz soi yo! y cuánto me cuesta guardarte el secreto, dejándolo a él en la ignorancia de una ventura inmensa!..

"¿Con qué espresion tan elevada, con qué lenguaje tan tierno, tan sencillo y tan sincero, haces conocer el verdadero cariño! Creo que solo la lectura de tus cartas seria suficiente para amarte. ¿De dónde has aprendido esa ciencia del corazon? Quién te ha enseñado, no solo a representar con naturalidad el sentimiento, sino a lanzarte con él en las altas rejiones de la virtud, en lo mas puro del idealismo?

"Esa sublime manera de apreciar la pasion, me ha hecho desconfiar de la mia: ahora tengo menos fé que antes, y sin embargo quiero a Víctor, porque me he dicho a mí misma: ¿Me es dado acaso compararme a Luisa? y si no sabré nunca imitarla ¿cómo es posible que yo piense y sienta como ella? Mi naturaleza inferior no puede ir tan arriba y es pre-

ciso que me contente con lo que soi: el hombre no puede compararse al ánjel...

"Apoyándome en este raciocinio, no he escuchado tus avisos y he seguido mi inclinacion; pero como ya te lo he prevenido, bajo la indispensable condicion de que no se efectuará mi enlace mientras tú y Enrique no estén con nosotros.

"Nada te hablaré respecto de Víctor: cada dia es mas amable, mas respetuoso y mas confiado, entregándose a nosotros con una naturalidad encantadora, llena de sencillez y de grandeza. Ven, Luisa, cuanto antes para que lo conozcas y me lo arrebrates...

"Hoi estamos de fiesta, por cuya razon tengo que ser laconica, pues has de saber que mi padre ha recibido los despachos de oficial de ejército, lo que lo ha vuelto casi loco de alegria, y tenemos actualmente en casa a un sinnúmero de vecinos que han venido a felicitarlo, entre los cuales se encuentra, como debes suponerlo, Víctor y su tia; de manera que apenas me han dejado tiempo para escribirte estas pocas líneas que encontrarás insulsas, pero que sin embargo sabrás disculpar.

"No olvides, mi adorada Luisa, de hacer presente a tu señora madre mis afectuosos recuerdos y el agradecimiento respetuoso de mis padres, y tú dispon de la vida de tu amiga, que se considera dichosa en ser del todo tuya.

"MERCEDES."

La carta dirigida a Enrique estaba concebida en solo dos palabras:

"Mi querido hermano:

"La virtud y la felicidad son casi una misma cosa; tú serás lo uno y lo otro.

"Mi padre recibe hoy la recompensa de sus servicios, y la alegría reina en el corazon de los que te aman.

"Tu ángel tutelar, el coronel don Toribio de Guzman, te explicará la causa de nuestra satisfaccion, o de no podrá decírtelo mi amiga.

"Te presajia la mayor ventura

"Tu hermana,

MERCEDES."

Veamos ahora la misiva del sarjento Lopez al coronel Guzman.

"Mi coronel: (1)

"Disculpe mi nota y mi letra; ¡qué diantrel yo apenas sé firmarme, pero sé sentir, porque su carta me ha hecho llorar como un niño, a tal punto, que ya tenia vergüenza, porque un veterano que llora da lástima y yo no quiero dar lástima.

"Por Dios, mi coronel, yo sé de dónde viene el golpe, y nadie me quita de la cabeza que los galones de oficial se los debo a usted, estoi seguro, segurísimo.

"¿Pero quiere usted que le diga la verdad? Mas que mi elevacion me ha agradado lo que me dice de mi hijo, lo que hace por él, lo que espera de él... Gracias, mi coronel; mi vida entera le pertenece...

"¿Por qué negarlo? soi feliz, mui feliz, y ahora mi contento no tiene límites, porque sé que usted vive y porque proteje a mi hijo.

"Mi vieja Marta, llorando conmigo, me llevó de la mano y me hizo hincarme junto con ella ante la santísima Virgen para rezar por usted, pues la pobre todo lo compone con esto; pero para decir a usted la verdad, jamas he tenido mas devocion que ahora.

"Hoi estamos de fiesta, mi coronel; tendremos mantel largo, muchos convidados y vino en abundancia: voi a echar por la ventana todas las economias de mi mujer; ¡qué dia-

(1) En esta carta no hemos hecho otra cosa que corregir la mala ortografia del sarjento.

blos! cuando se brinda por sus jefes es preciso hacerlo sin miseria; y Marta me ha comprendido, pues me ha entregado la bolsa enterita, sin que quedara un centavo de reserva: al cabo ella es mujer de soldado y sabe que antes de la batalla se debe gastar hasta el último *chico*. (1).

"Conténtese con esta mala nota, mi coronel; pero ya que no puedo escribir mas, voi en defecto de esto a brindar duro y parejo por usted, por la señora doña Juana y por la señorita Luisa, y creo que no olvidaré al picaron de Enrique, aun cuando ha tenido la descortesia de no escribirme una palabra desde que se fué, pues todas sus comunicaciones son con su hermana, que se guarda las cartas, leyendo apenas unos pedacitos para nosotros, lo que me hace suponer que estos dos chiquillos maquinan algo.

"Reciba, mi ilustre coronel, el respeto, el afecto, el agradecimiento de toda mi familia y con especialidad de su orgulloso alferez, ayer no mas humilde sarjento.

"DOMINGO LOPEZ."

En el mismo salon de doña Juana, cada cual con autorizacion de ésta, habia abierto y leído sus cartas.

Enrique concluyó el primero, por el laconismo con que estaba concebida la que le dirijia Mercedes, pero se puso a meditar sobre esas palabras, que le anunciaban la mayor ventura. ¿Era esto un vaticinio, un simple deseo, o una confidencia real? Su hermana sabia que su mayor felicidad era Luisa; ¿querria acaso decirle que la conseguiria al fin? Pero si fuera así, si ella estuviera cierta del hecho, si la esperanza fujitiva se habia convertido en realidad manifiesta, ¿por qué no confesárselo abiertamente? por qué no procurarle esta dicha inmensa, cuando Mercedes no ignoraba lo que valia una palabra para su corazon, atormentado por la

(1) Nombre que damos en Chile al medio centavo.

incertidumbre? Por qué dejarlo casi en el mismo punto en que se encontraba antes?

Sin embargo, la carta de su hermana habia producido en el ánimo de Enrique buen efecto, porque no solo le anunciaba una dicha futura, sino que le decia tambien que su padre habia recibido la recompensa de sus servicios y que la alegria reinaba en su casa, lo que era una gran satisfaccion para un hijo amante, aun cuando ignoraba cuál seria esa recompensa que habia producido tanto placer en la familia; pero Mercedes le decia que lo sabria luego por el solitario o por Luisa, y esperaba que concluyesen de leer sus cartas tratando, sin embargo, de descubrir en las fisonomias de ellos lo que podria ser aquello que a él, mas interesado que todos, no le habian comunicado.

Cuando terminaron la lectura, Luisa guardó la carta en el bolsillo, pero miró a Enrique con ternura.

Aquella mirada estremeció al jóven: creia ver en ella la confirmacion de lo que le escribiera su hermana.

III.

El solitario permanecia siempre con su carta en la mano, y dirigiéndose a Enrique le dijo: "es de tu padre."

—¡De mi padre!

—Sí, amigo mio, y voi a leerla en presencia de todos.

—Hace usted bien, dijo Luisa.

—Veamos, repuso doña Juana, qué es lo que le dice a usted ese escelente hombre.

El anciano leyó...

Enrique estaba conmovido.

Doña Juana aparecia alegre y satisfecha, dando señales de franca y cordial aprobacion.

Cuando se terminó la lectura, Luisa exclamó entusiasmada: "franqueza, sensibilidad, hidalguia, todo revela esa carta: felicitemos en el digno hijo a tan digno padre."

Y la joven patricia estendia su mano al honrado trabajador.

Enrique se turbó... los colores le subieron al rostro... su lengua no pudo articular una sola palabra, y al pararse para tomar la mano que le ofrecian, dobláronsele las piernas y cayó involuntariamente de rodillas...

Luisa experimentó tambien como un choque eléctrico al sentir a Enrique apoderarse de su mano y tomar aquella actitud.

—¡Bravo! dijo doña Juana, riéndose; esto parece una escena de la antigua caballeria.

Esto dió lugar a que Luisa se repusiese en el acto de su turbacion.

Enrique estaba avergonzado de su involuntario arrojó, y dijo con la intencion de escusarse: "Señorita, no ha estado en mi mano evitarlo..."

—¿Qué cosa? preguntó Luisa.

Enrique volvió a turbarse, comprendiendo que habia dicho un disparate mayor que el que queria evitar; pero ya le era imposible retroceder, y respondió:

—Ser insensible a tanta bondad.

Entonces Luisa, ya fuera para tranquilizarlo, o ya para que no prosiguiese adelante, y sin dejar de ocuparse del mismo asunto, propuso a su madre:

—¿Quiere usted, mamita, que a nuestro turno festejemos la elevacion del señor Lopez y brindemos por él como él ha brindado por nosotros?

—Buena idea, hija mia, y nada tampoco mas justo.

—Me asocio al pensamiento, dijo el solitario, que hasta entonces habia permanecido espectador mudo, pero no indiferente de la escena, pues todo lo habia observado y comprendido mejor que los actores mismos; y no solo me asocio a la idea, sino que quiero tomar parte en la diversion, preparando unos fuegos para la noche, pues ustedes deben comprender que a mí mas que a nadie corresponde celebrar

la elevacion de mi libertador y de mi antiguo compañero de armas.

—Y a usted, mas que a nadie, señor, dijo Enrique, con un tono lleno de gratitud, porque usted ha sido la causa.

—¿La causa de qué, hijo mio?

—De la promocion de mi padre a un grado superior.

—Te aseguro que no.

—¿Cómo que no, cuando mi mismo padre lo afirma?

—Tu padre se equivoca.

—Imposible!

—Yo no miento jamas, Enrique.

—¿Pero quién há sido entonces?

—Talvez lo descubrirás mas tarde.

—Desearia saberlo para manifestarle a esa persona mi gratitud.

—No hai necesidad, porque la conocen.

—Ya sé, dijo Enrique, como repentinamente iluminado; es usted, señora, (y el jóven dirigióse hácia doña Juana) a quien debemos este nuevo servicio y a usted a quien debiamos ya nuestra felicidad!

—No quiero negarlo, amigo mio, pero piense usted que yo no he hecho otra cosa que hacer valer cierto influjo para que hagan una justicia tardia, que debiera haberse realizado mucho tiempo atras.

—Gracias, señora, gracias, contestó Enrique con esa inimitable entonación de voz que nace de lo mas recóndito del alma, y que manifiesta palpablemente el hermoso sentimiento de la gratitud mas sincera y mas profunda.

—Si usted supiera cuán poco me ha costado obtener que reparen un olvido injusto, veria que no merece la pena de que se me agradezca.

—El que disminuye el mérito del beneficio aumenta su valor con la modestia.

Doña Juana miró a Enrique, sorprendida de oirlo espresarse asi, y en seguida le dijo:

—Amigo mio, veo que usted sabe mas de lo que yo creia: la reflexion que usted acaba de hacer, me prueba su esquisita sensibilidad, pues su corazon tiene su intelijencia peculiar que no imita ni suple el talento.

—No merezco ese elogio, señora.

—Ni yo el suyo.

—Hagan ustedes las paces, dijo el solitario, interviniendo en la conversacion; yo sé lo que hai en el particular y me reservo explicarme con ambos, si acaso mi esperiencia les merece alguna confianza.

—Sí, repuso doña Juana con alegria; le damos a usted plenos poderes; y en seguida, dirijiéndose a Enrique, le dijo: deme usted el brazo para dar una vuelta por el jardin.

IV.

Una centella de alegria brilló en el semblante de Luisa al oir la inesperada invitacion de su madre, no siendo menos la admiracion del coronel Guzman, que sabia cuán arraigadas eran las preocupaciones aristocráticas de doña Juana.

Enrique habia hecho indudablemente un milagro, porque tal trasformacion en las ideas de la señora no merecia otro nombre.

¡La orgullosa matrona santiaguina apoyarse en el brazo de un artesano y pasearse así en medio de sus inquilinos, era una cosa increíble, inaudita!

—Antes que vayan ustedes a dar su paseo, dijo Luisa, es preciso, puesto que mi idea tuvo jeneral aceptacion, que acordemos los preliminares de la fiesta.

—Encárgate tú, hija mia, de todo. Haz lo que te parezca, segura de que quedaremos satisfechos.

—Ya que el señor Guzman nos ha prometido fuegos, voi a mandar los tres coches a San Fernando y escribiré a las Urrutias, que son varias niñas, para que se vengan en ellos, autorizándolas para convidar a otras personas.

—Me parece bien; tendremos un baile improvisado.

—Entonces los dejo solos para dar mis disposiciones.

Y Luisa se retiró, haciendo llamar inmediatamente al administrador don Pedro Murna, ordenándole mandar en el acto los tres coches a San Fernando, como igualmente convidar a todos los inquilinos de la hacienda para que vinieran a presenciar los fuegos que tendrían lugar esa noche, encargándole también se les diese una opípara cena y vino en abundancia.

El solitario, por su parte, mandó un propio con una carta donde Torcuato, en la cual le decía todos los ingredientes que debía traerle y que se viniese él mismo para ayudarlo en el trabajo como experimentado químico.

Enrique, de vuelta del paseo que había hecho con la señora, recibió las correspondientes instrucciones del solitario para preparar los aparatos en que debían colocarse los fuegos, y nuestro joven obrero, en compañía de sus amigos, puso inmediatamente manos a la obra, desplegando toda una actividad sorprendente, porque no hay cosa que estimule más que la idea de una próxima diversión, que hace generalmente del trabajo un placer.

A pesar de que el día era algo avanzado cuando se concibió el proyecto, sin embargo la multitud de brazos puestos en movimiento y la actividad e inteligencia de los trabajadores hizo que antes de la oración todo estuviese ya listo, presentando el inmenso patio un aire de verdadera fiesta, tanto por las decoraciones improvisadas y las infinitas banderas de papel, los vasos de colores, el tabladillo donde ondeaba al viento en un elevado palo el símbolo de nuestra república, cuanto por la algazara y el bullicio de la muchedumbre, pues no dejaban de haberse reunido ya como mil almas ansiosas de ver un espectáculo nuevo para muchas de ellas.

Antes de ponerse el sol, y cuando aun no llegaban los coches mandados a San Fernando para traer los convida-

dos, se vió venir a todo escape como un rejimiento de hombres que traian en sus manos instrumentos distintos, que miraban embobados los inquilinos, sin comprender bien lo que aquello significaba, pero que no era otra cosa que los músicos del batallon cívico de San Fernando, a quienes se les habia mandado cabalgaduras para que se pusieran con toda rapidez en la hacienda.

Los músicos, despues de haberles hecho servir helados y cerveza, se colocaron en el tabladillo y comenzaron a afinar sus instrumentos, principiando tambien la batahola de la muchedumbre admirada y alegre.

La noche no principiaba aun, pues alumbraba todavia el crepúsculo de la tarde, tan hermoso en Chile, particularmente en la estacion del verano en que se prolonga casi hasta las ocho de la noche, permitiendo respirar el fresco ambiente que mitiga los ardores del dia, por lo jeneral bastante riguroso en el estio, cuando se apercibieron a poca distancia de las casas multitud de coches y de jinetes que marchaban con rapidez y que entraron al patio en medio de las aclamaciones entusiastas de los campesinos que se agrupaban en su alrededor.

Doña Juana y Luisa salieron a recibir a sus convidados que venian en tan crecido número cual no lo esperaban; pero el convite habia producido en San Fernando una sensacion prodijiosa, tanto por la curiosidad de ver la magnificencia de los nuevos edificios de la hacienda de San Jorje, de que se hablaba con admiracion, como sucede frecuentemente en las ciudades pequeñas, donde todo se pondera y donde la falta de acontecimientos hace que se ocupen hasta de los hechos mas insignificantes, como tambien por el deseo de entablar relaciones de amistad con la opulenta y aristocrática matrona santiaguina, que gozaba en todo el vecindario de la mas alta consideracion, debida a la nobleza de su familia, a su gran fortuna y principalmente a su inagotable caridad, como tambien a la natural distincion de

sus modales, en los que habia una mezcla de altiva indulgencia y de bondadosa arrogancia, que la hacia querer y respetar a un mismo tiempo.

Nada hai que hermosee mas que la felicidad: ella esparce sobre la fisonomia una frescura inimitable, y animando al semblante con el fuego de la interior alegria, exhala por los ojos, por la boca, por la frente, por la cutis, emanaciones deliciosas que embellecen a la mujer, atrayendo irresistiblemente a los hombres; tales son esos efluvios de simpatia que, sin darnos cuenta de la causa, nos conmueven, nos encantan y al fin nos seducen y cautivan. Luisa sufria esa misma lei: la satisfaccion interior de que estaba poseida reflejábbase en sus miradas, en sus palabras, en su ademan, en su acento, y sus ojos tenian mas brillo, sus espresiones mas dulzura, su tez mas transparencia y el todo un conjunto de gracia, de dignidad, de benevolencia y de tan irresistible atractivo, que las niñas y particularmente los jóvenes conocidos quedaban estáticos de admiracion ante aquella niña que mas bien se asemejaba a un ángel y no a un ser de este mundo; pues hasta su vestido blanco la hacia aparecer como una nube desprendida del cielo, pero pronta a subir a las elevadas rejiones de donde habia venido por un solo instante.

A pesar del crecido número de convidados, la actividad de Luisa y de su nodriza habia hecho en solo medio dia prodijios tales en el interior de las habitaciones, que una semana no hubiera sido, en cualquier otra circunstancia, suficiente tiempo para tal arreglo; pero su buen gusto, los muchos recursos de que disponia y de que sabia sacar partido, prepararon todo con una comodidad y elegancia tal, que la misma doña Juana estaba admirada de tan completa metamórfosis, a pesar que ella, se puede decir así, presenciara los trabajos.

No era menos sorprendente, por otra parte, lo efectuado por el solitario, Enrique y Torcuato, los carpinteros y los demas trabajadores que habian sido empleados para impro-

visar aquella fiesta, que habria costado largos dias de ruda labor y que ellos realizaban en pocas horas; así es que tanto Luisa como el viejo coronel, que eran los principales actores, habian hecho verdaderos milagros.

Una diversion improvisada es mucho mas alegre que una que se ha preparado de antemano. La animacion era, pues, jeneral, reinando el contento en cada uno y en todos, tanto en los convidados como en los dueños de casa y en los inquilinos.

La música rompió con la cancion nacional, sinfonia guerrera y entusiasta que hace vibrar el corazon del chileno, ya sea en su suelo natal o en el extranjero, porque despierta en él el sentimiento de libertad, las gloriosas luchas de la república, el hogar doméstico, los pasatiempos de la niñez, las afecciones de la juventud y los vínculos queridos y sagrados que nos ligan a la patria.

Al primer sonido de los instrumentos, una aclamacion simultanea y unánime se dejó oír; mil pechos, movidos por un solo sentimiento, habian gritado de voz en cuello, ¡viva Chile! ¡viva la patria! ¡viva la libertad! y la animacion y la alegria creció de punto.

En seguida se dió principio a los fuegos, que los convidados no cesaban de encomiar, diciendo que eran mui superiores a los de Santiago, en tanto que la mayor parte de los inquilinos, que no habian tenido ocasion de presenciar jamas tal espectáculo, los miraban embobados, no comprendiendo cómo podia hacerse prodijio semejante; pero cuando supieron que era el solitario su autor, cesó su admiracion, pues en el concepto de ellos el viejo brujo podia hacer cuanto quisiera.

Don Pastor de los Monasterios.

I

Terminados los fuegos se dió principio al baile en el interior de las habitaciones, donde solo tenían acceso los convidados, pero que los inquilinos podían ver desde las numerosas ventanas que caían a un largo y espacioso corredor.

Enrique, vestido con sencillez, pero con incontestable elegancia, estaba al lado del solitario, y su fisonomía hermosa, viril y simpática llamaba la atención de las señoritas, que se preguntaban las unas a las otras quién sería aquel interesante joven que, en compañía de tan venerable anciano, parecía no tomar parte en la diversion, pues no había bailado todavía.

Entre los convidados de San Fernando encontrábase el administrador de correos con su familia, que había aprovechado de aquella inesperada oportunidad para ver las maravillas de la hacienda de San Jorge como igualmente a su amigo el arquitecto, pues recordará el lector las dos ocasiones que Enrique había ido a la ciudad en busca de su correspondencia y la acogida cariñosa que le había hecho el curioso viejecito del correo.

No sabiendo bailar Enrique, había permanecido durante algún tiempo en un salón retirado, hasta que el solitario, por encargo de Luisa, lo hizo entrar a la sala principal, motivo por el cual no lo había apercibido aun nuestro administrador de correos; pero tan luego como lo vió, se fué directamente donde él, diciendo en voz alta:

—¡Hola, mi amiguito, al fin se le ve a usted la cara! Yo sabia que usted estaba todavia aquí, por las cartas que le vienen; ¿pero por qué diablos no ha vuelto usted a San Fernando, cuando yo lo esperaba y aun creo que lo habia convidado?

—No me ha sido posible, señor, dijo Enrique, medio riéndose al notar la vanidosa petulancia del viejecito.

—Pero hombre! yo lo habia convidado a usted para que fuera a ver las niñas. Yo tengo muchas relaciones en San Fernando, como usted no puede menos de conocerlo ahora.

Y el pequeño administrador estendió una mirada dominante por todo el salon, y luego continuó:

—Aquí están tambien mis hijas, que tendré luego el gusto de presentarle.

Y el viejecito volvió a mirar con marcada satisfaccion hácia el grupo donde estaban sus hijas.

—Doi a usted las gracias, señor, contestó Enrique.

—Espérese un poquito, que creo que me llaman: las picaronas han notado indudablemente que converso con usted y apostaria que me van a preguntar algo: las niñas son tan curiosas, amiguito!

En efecto, las hijas del administrador de correos habian hecho una seña a su padre, al que preguntaron que quién era ese jóven.

El les respondió con tono enfático que el jóven con quien estaba hablando era un arquitecto de mucho talento que habia hecho venir de Santiago la señora doña Juana para dirigir los trabajos del palacio, agregando que lo conocia desde que habia llegado, que era mui su amigo y que se los presentaria luego.

—Dicho y hecho, amiguito, dijo el administrador de correos cuando volvió al lado de Enrique; yo habia adivinado, a mí no se me va ninguna; las niñas me llamaron para preguntarme quién era usted, y les he prometido presentarlo. No tenga usted vergüenza, amiguito mio, las niñas son co-

rrientes, y siendo introducido por mí, tendrán ellas por usted toda clase de consideraciones; por otra parte, son de suyo amables, como debe usted comprenderlo, pues han sido educadas por mí.

Enrique se inclinó.

—Pero vamos, volvió a decir el viejecito con petulancia; lo que se ha de hacer tarde que se haga temprano.

Y tomando de la mano a Enrique, lo encaminó *velis nolis* hacia el lugar donde estaban sus hijas; y luego, echándose para atrás, hizo con enfático tono la presentación siguiente:

—Amables hijas mías, tengo el honor de presentarles al señor don Enrique Lopez, sabio arquitecto e íntimo amigo, a quien espero tratan con todas las consideraciones debidas a su elevada posición y al particular afecto con que yo lo favorezco.

Las niñas bajaron humildemente la vista, hicieron una reverencia y estendieron su mano a Enrique, afectando una gran modestia y una ciega obediencia.

II.

El viejecito estaba triunfante. Las miradas de todas las señoritas como de los jóvenes de San Fernando se hallaban fijas en él y en su familia, que se había atraído al gallardo extranjero, por el cual todos se habían preguntado que quién era.

—Siéntese aquí, mi apreciable amigo, volvió a decir el administrador de correos, dirigiéndose a Enrique y señalándole una silla al lado de sus hijas.

Pero notando que le hacían algunas señas, prosiguió:

—Ya ve usted, mi querido amigo; todos me llaman, soy un hombre muy popular y obedezco, a pesar del sentimiento que me causa separarme de usted; sin embargo, espero que mis hijas lo entretendrán: los jóvenes y las niñas se di-

vierten mejor entre sí; sean ustedes, pues, bi en amables, hijas mías.

Y el complaciente padre se dirigió a las personas que le habian hecho señas, no sin poner antes la mano en el hombro de Enrique como para animarlo y que se estableciese luego una confianza mas íntima entre él y sus hijas.

--No hai que tenerse vergüenza, añadió; estamos en el campo, donde se debe echar a la espalda toda etiqueta; con que así, franqueza y nada mas...

Ufano de que Enrique estuviese al lado de sus hijas, llevaba nuestro provinciano la cara radiante de alegría cuando fué a ver para qué lo llamaban sus amigos, no dejando de presumir en sus adentros cuál era el objeto, lo cual, sea dicho de paso, le causaba doble satisfaccion.

—Señor don Pastor de los Monasterios, dijo uno de los jóvenes, ¿quiere usted sacarnos de una curiosidad?

—En cuanto pueda ser útil a ustedes estoi a su disposicion.

—Un millon de gracias, señor de los Monasterios; pero solo queriamos preguntarle ¿quién es ese caballero que está al lado de su apreciable familia?

—Ah! pícaros envidiosos; ¿con qué fin quieren ustedes saberlo? Apostaria de que sienten celos al ver a ese bizarro mozo junto a mis hijas.

—Mui bien puede suceder, mi señor don Pastor de los Monasterios, porque las señoritas hijas de usted son unas joyas de que no debe privarse nunca a San Fernando, y tememos mucho que tan cumplido caballero nos las arrebate, quedando nuestra ciudad natal despojada de sus mas bellos adornos.

Y el jóven que hacia este cumplido a nuestro administrador miró a sus compañeros, que se reian por debajo.

—Pues bien, amigos mios, doi a ustedes las gracias por sus bondades y por el afecto sincero que manifiestan por mi familia; porque, vanidad aparte, lo que han dicho ustedes

es la pura verdad, y San Fernando perdería con nuestra separación; sin embargo, les confieso: si ese joven me pidiese la mano de una de ellas, se la daría.

—¿Pero quién es al fin ese caballero que usted honra tan altamente, dándole la preferencia sobre todos nosotros?

—Dispénsenme, hijos míos; no es mi ánimo ofenderlos, y en prueba de ello pueden ustedes pedirme cualquiera de mis otras hijas, menos la que él escoja, y se las cederé en el acto.

—Pero esta es, sin embargo, una marcada preferencia, pues usted solo se limita a cedernos lo que él nos deje; y aun cuando cada una de las señoritas es una maravilla, ¿no es verdad, amigos míos? dijo el joven que hablaba, dirigiéndose a los demás con marcada ironía; siempre es esto un desaire.

—Indudablemente, respondió uno.

—Pero ellas son un portento, exclamó otro.

—Una perfección.

—Unas reinas.

—Unos ángeles.

—Unas divinidades.

—Por Dios, amigos míos, no me avergüencen ustedes; les doi gracias por su entusiasta afecto; pero mis hijas, sin que sean reinas, ángeles o divinidades, no dejan de ser unas señoritas cumplidas, porque yo las he educado con el mayor esmero, y ya comprenderán ustedes...

—Eso está a la vista, mi señor don Pastor de los Monasterios.

—Pero ¡aí! todo no es cumplido en este mundo.

—¿Cómo! ¿que usted les encuentra algún defecto?

—Ninguno, hijitos; pero, como les acabo de decir, nada ha cumplido en este mundo.

—Explíquese.

—Ya saben que son pobres! Yo no tengo otra cosa que mi empleo; y hoy solo se aprecia la plata...

—Siglo corrompido! exclamó el jóven con finjida indignacion; panteponer un vil metal al talento, a la belleza, a la virtud, al mérito real y verdadero, que debiera siempre sobresalir!

—Asi es, amigos mios; pero hai casos en que se hace justicia...

—Y este será uno de ellos; ¿no es verdad, señor de los Monasterios?

—Puede ser, aunque todavia no hai nada de positivo; pero tengo cierta confianza...

—¿En ese jóven?

—Justamente.

—Sin embargo, aun no nos ha dicho usted quién es.

—Pues voi a decírselos; pero antes es preciso que les advierta que habia adivinado el motivo por qué me llamaban ustedes; ¿qué les parece de mi perspicacia? A mí no me la juega nadie, amigos mios, yo veo debajo del agua, y antes que los otros vengan, ya yo estoi de vuelta.

—Todo el mundo reconoce en usted, señor don Pastor de los Monasterios, al primer hombre de San Fernando; y su experiencia, y su penetracion, y su talento han llegado a ser proverbiales.

El administrador de correos meneó la cabeza negativamente, y con un ademan modesto como para decir:

—No me es dado a mí confesar con mis lábios el mérito que los otros me reconocen.

¿Cuántas hipocresias de este jénero no hai en este mundo? ¿Cuántos don Pastor de los Monasterios no encontramos diariamente en la sociedad? El ejemplo que citamos es mas jeneral de lo que a primera vista aparece; y muchos que se reirán de esta crítica, no sospechan que se rien de sí mismos, y que en mil ocasiones habrán estado espuestos a semejante burla sin haberse apercebido de ello.

III.

Los jóvenes que rodeaban al señor de los Monasterios no pudieron contener una franca carcajada, que mitigaron cuanto pudieron por respeto a la sociedad, y que no dejó de amostazar un tanto al presumido viejecito, que dijo en el acto:

—¿De qué se reían ustedes, amigos míos?

—Estos muchachos son unos locos, continuó el mismo que antes tenía la palabra; son unas cabezas sin seso que se ríen de la cosa más insignificante, turbando así una conversación seria; perdónelos usted, señor don Justo Pastor, y continuemos.

—Ah! sí, discúlpenos usted, repusieron algunos; nos confesamos criminales; pero su indulgencia perdonará nuestra falta, haciéndose cargo, como lo ha dicho muy bien nuestro amigo, del poco juicio de la juventud, que se ríe las más veces de una friolera, y esto es justamente lo que nos ha sucedido a nosotros; pues vamos a confesarcelo, aun cuando haya alguien que se enoje; pero preferimos esto a no incurrir en su desgracia: nos reíamos, señor don Pastor de los Monasterios, del mismo que está hablando; ¿no lo ve usted con esa leva abrochada hasta el cuello como si fuera algún militar disfrazado de paisano?

—¿Tiene, pues, esas pretensiones? a algunos les chifla el diablo por ahí.

—¿Con que era de mí de quien se reían? contestó el joven.

—Indudablemente.

—Vamos, jóvenes, ya son ustedes bastante grandes para no ser niños, repuso el señor de los Monasterios con tono majistral.

Y luego añadió con el mismo énfasis:

—Yo también he tenido la edad de ustedes, y no niego

que he sido muchacho alegre, embromador y amigo de las niñas como el que mas, pues todavia me quedan algunos vestijios, porque unos lindos ojos no me son indiferentes, pero nunca me he reido ni me he ocupado de semejantes paparruchas, como lo hacen ustedes; ¿qué importa que el señor tenga su levita abrochada hasta el cuello? ¿Hai en esto acaso algo de indecente o de impropio?

—Déjelos usted, señor don Pastor, y prosigamos nuestra conversacion; yo no hago caso de simplezas, sino que me gusta en todo la seriedad; y lo que mas me ha fastidiado ahora, se lo confieso, no es la risa de estos caballeros, sino la interrupcion a que ha dado lugar; pero tambien esto ha dado motivo a que descubramos otra de las bellezas de su carácter.

—¿Cuál, hijo mio? preguntó el señor de los Monasterios haciendo una graciosa cortesía.

—La de su jovialidad, que todavia la conserva, la de sus triunfos amorosos, que aun no lo abandonan, pues si no le son indiferentes los hermosos ojos, es seña inequívoca que todavia usted...

—Silencio, jóven, repuso el director de correos con cierto aire de malicia y de satisfaccion a la vez; yo he sido siempre reservado, y no será en mi edad que me vuelva imprudente...

—Pero a pesar de su reserva y de su prudencia, replicó el mismo jóven que habia atribuido la risa a la abrochadura del levita de su compañero, nadie ignora que usted ha sido un irresistible don Juan y que todavia quema incienso en los altares de Cupido.

—¡Malas lenguas! exclamó el señor de los Monasterios con ese tono de duda o de negacion que es la tácita afirmacion de un hecho que no se quiere confesar con los lábios o que se desmiente con la palabra, pero cuya existencia se deja adivinar.

—En vano usted lo oculta, puesto que todos lo saben.

—Vamos, niños, mudemos de conversacion y déjense ustedes de curiosear cosas que no les quieren revelar.

—Tiene usted mucha razon, señor de los Monasterios, continuó el primer jóven, porque estos atolondrados serian capaces de hacer un romance.

—¡Oh! un romance! indudablemente, mi vida se presta para ello. Si yo revelase los lances de todo jénero de mi borrascosa juventud, las acciones heroicas y los pensamientos atrevidos de mi edad viril, habria materia para escribir la mas hermosa novela, o diré mejor, la historia mas extraordinaria, porque serian hechos y no fantásticas ficciones de poeta.

—¡Señor! entonces ¿por qué priva usted al mundo de tal maravilla? ¿Por qué se priva usted mismo de la admiracion entusiasta que tendria por usted la sociedad actual y las jeneraciones futuras? ¿Por qué priva a su familia de esta aureola de gloria que daria nuevo brillo al ya tan ilustre apellido de los Monasterios? ¿Y por qué priva últimamente a Chile de una obra que lo sacaria quizá de su oscuridad literaria, haciéndolo conocer en los ambitos todos de la tierra?

—¿Por qué?... ¿Por qué?... Se lo digo a ustedes con sentimiento: porque no tengo tiempo, amigos mios. Mis funciones de director jeneral de correos de San Fernando me ocupan bastante, pues cuando menos llegan a la oficina diez cartas y otros tantos periódicos; y ya ven ustedes que para repartir esto... Agreguen ahora que casi siempre soi subdelegado y que en todas las legislaturas me nombran de municipal, cualquiera que sea el partido que triunfe, lo que, si bien me fastidia, prueba indudablemente la necesidad que tiene el gobierno de mis conocimientos y de mi experiencia; ¡pero es preciso que uno sirva a su patria!.. Además, en todas ocasiones me coloco del lado de la autoridad, a quien doi siempre mi voto, tenga o no razon, porque es indispensable mantener el orden. Ahora bien, ¿cómo quie-

ren ustedes que, desempeñando tantos cargos, y no de poca importancia, tenga tiempo para escribir? Créanlo ustedes, señores, yo me sacrifico sin haber obtenido jamas la menor recompensa...

—Eso es notorio, mi señor don Pastor, y el mundo no sabe qué cosa admirar mas, si la ingratitud de los mandatarios, o el patriotismo, el desinteres y la paciencia de usted. Mucho tiempo hace a que usted debia haber sido llamado a ocupar un ministerio, o por lo menos que lo hubieran hecho intendente vitalicio de esta provincia, conociendo, como nadie lo ignora, a mas de su mérito real, su nunca bastante ponderada cualidad de estar siempre del lado del que manda.

—Y aun así, amigos mios, como lo ven ustedes, nada se ha hecho por mí, cuando en esta provincia nada se hace sin mí.

—Señor, tenga usted conformidad, porque la ingratitud ha sido casi siempre el patrimonio de los grandes hombres.

—Ya lo sé, y esto es lo que me consuela. Yo trabajo para el porvenir, y al fin y al cabo se me hará justicia...

—¿Pero no ha hecho usted los apuntes de su vida?

—Si, amigos mios, cada dia, antes de acostarme, evoco mis recuerdos y hago mis anotaciones, que pienso redactar por completo cuando haya jubilado; porque han de saber ustedes que en un año mas cumplo cuarenta que sirvo al gobierno, y entonces, con mi sueldo íntegro, y libre de mis ocupaciones actuales, podré dedicar todo mi tiempo al trabajo de mi obra.

—¡Qué interesantes no serán esas pájinas! si nos mostrase usted, mi señor don Pastor, esos apuntes, ¡cuánto se lo agradeceríamos!

—Imposible, señores, imposible, porque en esto quiero imitar a Mr. de Chateaubriand, que escribió sus memorias de ultra-tumba, las que se publicaron, como lo dice el título, despues de su muerte.

—¡Qué lástima! qué lástima tener que experimentar la pérdida de un hombre tan grande para poder leer un libro tan hermoso! ¿Por qué no hace usted esta publicacion en vida para que podamos gozar sin tener que deplorar su muerte? ¿No ve usted, señor don Pastor, que la alegría está mezclada al dolor mas intenso y que quizá lo que ganemos no equivalga a lo que perdamos, mientras que está en su mano hacer que aparezca el libro sin necesidad de que perezca el autor?

—Ya lo sé; pero mi determinacion en este punto es irrevocable; y tan irrevocable, que habia pensado ordenar en mi testamento, lo mismo que Talleyrand, que mis escritos se publicaran a los cincuenta años despues de mi muerte para no herir así las susceptibilidades de los descendientes de las personas que figuran en mi obra por haber tomado parte en los acontecimientos de mi vida.

—Nos asusta usted, señor don Pastor; ¿qué secretos serán esos? Dios mío! mi curiosidad crece a medida que crece mi espanto.

—Esperen ustedes, que al fin quedarán satisfechos; pero, inter tanto, ¿qué era lo que querian saber de mí cuando me llamaron?

—Es verdad, lo ameno e interesante de su conversacion nos habia hecho olvidar que deseabamos nos dijese usted que quién es ese jóven que está al lado de las apreciables señoritas hijas de usted.

—Ese jóven es una notabilidad, señores; es un gran arquitecto, y por consiguiente, hombre de mucho talento y a mas de esto rico y de las primeras familias, lo que se deja ver en su fisonomia.

Y don Pastor se volvió para mirarlo, como si de esta suerte se lo indicara mejor a sus amigos; pero quedó agradablemente sorprendido al notar que Luisa daba conversacion a su familia.

—¡Cáspita! dijo; la señorita de Valdes está con mis hijas!

—Así es, señor, y la conversacion parece mui animada.

—Voi a ponerme inmediatamente a sus órdenes.

—Usted es la galanteria por escelencia.

—No lo niego y les aconsejo seguir mi ejemplo.

—En esto y en todo, señor de los Monasterios; pero antes sírvase decirnos si usted es amigo de ese jóven.

—¡Vaya! ¿pues no lo están viendo? ¿cómo sin ser íntimo amigo mio estaria en relacion con mis hijas? Yo mismo se las acabo de presentar.

—¿Y desde cuándo a que usted lo conoce? Nosotros no teniamos noticias de tan estrecha relacion y ninguno lo ha visto en la ciudad.

—Sin embargo, ha estado varias veces en casa.

—¡En casa de usted! ¿y cómo es que solo ahora lo presenta a su familia?

—Porque lo he recibido en mi cuarto; ya saben ustedes lo delicado y escrupuloso que yo soi...

—Indudablemente, pero ese rigorismo no se estiende a sus amigos íntimos.

—Es verdad, respondió el director de correos algo contrariado con las reflexiones de los jóvenes; pero no habia tenido oportunidad de introducirlo, porque siempre ha ido a verme mui de mañana.

—¿Con que ese caballero hace sus visitas mui de mañana? ¿Seria esta la moda actual? Si es así, no la seguiremos, porque nos parece mui incómoda; y los jóvenes se sonrieron.

—Incómoda para ustedes, amigos míos, contestó el viejecito cada vez mas amostazado, porque, teniendo la provechosa costumbre de levantarse a las doce del dia, no pueden visitar a las cinco o seis de la mañana: esto es claro.

—Pero aun cuando madrugásemos mucho, ¿en qué casa nos recibirian a esa hora?

El señor de los Monasterios no supo qué contestar y se limitó a hacer una reverencia un si es no es desdeñosa, dirigiéndose en el acto hacia donde estaba Luisa, Enrique y sus hijas.

Amores de don Pastor.

L

El galante administrador hizo una profunda cortesía a Luisa, tomó una silla, se colocó al lado de Enrique, le puso familiarmente la mano en la rodilla y principió a sacar su rico repertorio de cumplimientos y de ampulosas frases, empleando el tono mas melífluo y cariñoso que le fué posible.

Luisa se sonreía e iba en aumento su hilaridad al ver la seriedad de Enrique que entre admirado y confuso no sabía lo que todo aquello significaba.

El señor de los Monasterios estaba en el colmo de su dicha al notar el efecto que producía en su auditorio; pues tanto la alegría de Luisa como la estupefacción de Enrique lo convencían cada vez mas de su importancia, de su talento, de su gracia y de la inimitable finura de sus modales.

Luisa, sin ser burlona, reía de las mejores ganas.

Las hijas del señor de los Monasterios y el señor de los Monasterios mismo, la acompañaban; solo Enrique permanecía silencioso sin responder varias veces a las finas agudezas de las dignas hijas del administrador de correos que, deseando deslumbrarlo para atraérselo, a cada instante le dirigían la palabra, empleando siempre un estudiado lenguaje, lo cual, haciendo mas cómico el contraste, divertía extraordinariamente a Luisa que casi no podía contenerse en los límites de una alegría moderada.

El bullicio de aquel grupo no pudo menos de atraer la atencion de la concurrencia, y poco a poco se fueron acercando a él y la algazara crecia porque iba en aumento el entusiasmo del señor de los Monasterios que, viéndose el alma de la reunion, aparecia por instantes mas locuaz, aumentando en proporcion el contento. Doña Juana misma, a pesar de su seriedad habitual, no pudo resistir a ese torrente, y reia con las buenas disposiciones con que rie una niña.

Tan ufano estaba el administrador que se creia un héroe, y la mas franca satisfaccion resplandecia en su semblante. Por otra parte, sus hijas participaban de la misma alegria: jamas se habian encontrado en una reunion tan escojida y tan numerosa; jamas las habian prodigado tantas atenciones ni habian tenido a su lado tal número de jóvenes. Sus muertas esperanzas renacian, pues la menor, que tenia por lo menos veinticinco años, principiaba a entregarse a los santos; y en ese momento eran felices, porque a su parecer se les abria un inesperado horizonte, pues tenian en perspectiva al famoso arquitecto cuya juventud y cuya inocente simplicidad eran los presajios de una fácil conquista.

Uno de los concurrentes dijo en alta voz: "para que reine mejor orden en el baile, pido que se nombre de bastonero al señor don Pastor de los Monasterios.

—Escelente idea.

—Que se nombre.

—No hai oposicion.

—Aclamado por unanimidad.

—La votacion ha sido canónica.

—Queda reconocido en su elevado puesto.

Y todos a una reian y felicitaban al administrador que estaba loco de contento, pues se veia llamado de todos lados: señor bastonero, señor don Pastor, señor de los Monasterios, etc., sin olvidar las inmensas lisonjas de que era objeto y que cada uno le prodigaba, recibéndolas él como una cosa natural y a que era por demas acreedor.

—Que baile un minué el señor de los Monasterios, pues el bastonero debe dar el ejemplo, dijo uno de los jóvenes con quienes habia estado hablando.

—Yo estoi mui dispuesto a complacer a la sociedad, pero el minué es de la época de mis abuelos, y no lo se por consiguiente; pero para una contradanza y unas cuadrillas estoi dispuesto: un hombre serio puede de vez en cuando mostrarse jovial y alegre y yo lo estoi, señoritas y caballeros; y asi quiero que todos lo estén igualmente.

—Bien dicho; pero que principie el señor don Pastor de los Monasterios por una polka.

—Por una mazurca.

—Por un schottisch.

—Por una redowa.

—Por un vals de tres tiempos.

—Por una zamacueca.

—Yo no puedo dar gusto a todo el mundo; y por otra parte, el bastonero es el único que manda y yo lo soi por el voto unánime, o mas bien dicho, por jeneral aclamacion, de consiguiente soi el que establece las condiciones y el que restablece el orden; con que, asi señoritas y caballeros, ponerse en baile, pues voi a ordenar a los músicos que nos toquen una contradanza; pero como yo debo de poner la contradanza, por venirme de derecho, será el primero que elija a su compañera.

Y diciendo y haciendo, se dirigió donde Luisa y la dijo con su voz mas mielosa y con su cuerpo medio encorvado.

—Señorita, ¿tendria usted la bondad de acompañarme a esta contradanza? En mi calidad de bastonero debo dirijirme primeramente a la dueña de casa.

Luisa lo miró, dibujándose en sus lábios la mas picaresca sonrisa, y luego le contestó:

—Si es solo mi calidad de dueña de casa la que me hace obtener ese honor, lo exonero desde luego de tal obligacion.

—Señorita! independiente de ser usted la dueña de casa, usted es tambien la reina de la hermosura, y bajo este doble título...

—¿Me da usted la preferencia? no es verdad?

—Sin la menor duda, señorita.

—Entonces si yo soi la reina, usted será el monarca.

—Pero un monarca reudido a sus plantas.

—Es preciso ceder a tanta humildad como galanteria! tiene usted mi palabra, señor don Pastor.

El administrador de correos hizo la reverencia mas profunda y humilde, y en seguida se erguió levantándose sobre la punta de sus piés para aparecer mas alto de lo que era, y dirigiéndose a los jóvenes, les previno que ya él estaba en baile con la señorita Luisa de Valdes y que ellos podian buscar sus compañeras, mientras él iba a hacer que tocase la música.

II.

Cuando el señor don Pastor volvió a entrar al salon, despues de haber dado sus órdenes, ya encontró a los jóvenes que principiaban a parar a sus compañeras; pero reparando que Enrique permanecia todavia en su asiento, le dijo:

—Por qué no se ha puesto en baile usted, amigo mio? aquí tiene usted a mis hijas, cualquiera de ellas lo acompañará.

—Ya estamos comprometidas, papá, respondió una de las niñas; pues ha habido otros jóvenes que se han apresurado mas que este caballero, y nosotros no podiamos rehusar sin faltar a la buena crianza.

—Tienen ustedes razon, hijas mias; pero en fin, don Enrique ¿que usted no baila?

—No sé bailar, señor.

—¡No sabe usted bailar! ¿Cómo es eso? ¡Un joven como usted! Un santiaguino! Un hombre de mundo, un sábio, un

arquitecto que debe frecuentar siempre la mejor sociedad! Esto es incomprensible, y permítame usted que no se lo crea...

—Pues es la verdad, señor.

—No, amiguito, a mi no se me engaña; he vivido bastante y tengo una penetracion que va mui lejos... Hai sin duda otro motivo oculto, pero ya lo descubriré yo, esté usted seguro de ello.

La música principió, y nuestro célebre personaje, calándose sus guantes de punto blanco un poco usados, se dirigió donde Luisa ofreciéndole la mano para conducirla a la cabecera, porque éste es el puesto de honor que le corresponde a los que rompen el baile.

Cuando todas las parejas ocupaban su lugar respectivo, don Pastor de los Monasterios alzó la voz y dijo en tono de autoridad:

—Señores, para prevenir todo equívoco y que no haya enredos en el baile, como sucede con tanta frecuencia, debo prevenir a ustedes la figura que voi a poner, que es la siguiente: alemanda, látigo, media cadena y vals con la contraria; ¿entendeis?

Los jóvenes se inclinaron en señal de aprobacion, y don Pastor de los Monasterios con el oido atento a los compases de la música, rompió el baile cuando lo creyó oportuno.

Solo habian quedado en sus asientos doña Juana, algunas mamás y Enrique, pues el solitario hacia mucho tiempo que no se encontraba en el salon, sin duda porque sus hábitos no estaban en armonia con los de aquella juventud, o porque no se encontraba bien en el bullicio, despues de haber pasado tantos años en la soledad mas absoluta.

Doña Juana, viendo a Enrique solo, lo convidó a sentarse a su lado y tomar parte en la conversacion que tenia con las otras matronas.

—Usted no baila? preguntó la señora a Enrique, con la mayor amabilidad.

—Nunca he aprendido, señora.

—¡Cómo! Usted que sabe tantas cosas, ignora esta?

—No he tenido la oportunidad, por lo cual no he visto la necesidad.

—Es una cosa rara en un jóven como usted, dijo una de las mamás.

—Sin duda es una falta inescusable, señora, para los jóvenes que frecuentan la alta sociedad, a la que ellos pertenecen, pero yo señora...

Doña Juana interrumpió a Enrique y dió un jiro distinto a la conversacion, figurándose que podría mortificar a Enrique el verse obligado a confesar su estado humilde; y quien sabe tambien si movida por un sentimiento de aristocracia, pues su orgullo de tal sufriria si llegaban a saber aquellas jentes que ella recibía con tanta familiaridad a un simple artesano. En cuanto a Enrique, él hubiera dicho sin rubor lo que en realidad era, pues principiaba a experimentar cierta reaccion en su interior que lo impelia a decir con cierta arrogancia lo humilde de su condicion y de su oríjen: orgullo plebeyo que lo tienen jeneralmente las almas fuertes y elevadas que arrostran el peso de las preocupaciones, sin pensar que caen en otra preocupacion y que la verdadera superioridad consiste en la induljencia y en la humildad, que es la única virtud que realmente engrandece al hombre; pero tambien es preciso disculpar en la juventud esos arranques, porque lo demas es el tardío fruto de la esperiencia, del desengaño, de la relijion y de la filosofia, cuyas cosas no se obtienen cuando se principia la vida, principio que no concluye nunca en la jeneralidad de las personas, porque mueren sin haber vivido.

III.

Cuando se terminó la contradanza, Luisa fué a colocarse al lado derecho de su madre, sin duda porque ocupaba Enrique el izquierdo.

—¿Te has divertido, hija mía? le preguntó la señora.

—Si mamita, tenía tan buen compañero, respondió la niña, mirando a Enrique con cierta malicia y a don Pastor que aun permanecía delante de ella, pues la había traído de la mano hasta su asiento.

—Gracias, señorita, pero yo he sido el favorecido, yo he sido el feliz... Figúrese usted, señora, que la señorita Luisita baila como una sílfide, como una Tersicore.

—¿Qué animales son esos, señor don Pastor de los Monasterios? preguntó doña Juana, prorumpiendo en una carcajada.

—Esos no son animales, señora, dijo con seriedad el administrador de correos, pues usted no debe presumir que un hombre como yo, un hombre educado como usted me hace el honor de creerme, hiciese una comparacion ofensiva a la señorita.

—Indudablemente que no, señor de los Monasterios; usted es demasiado galante y esto se conoce sobre la ropa; perdone usted, pues, mi ignorancia. Si le he hecho semejante pregunta, es porque no conozco a esas divinidades.

—Ha acertado, usted, señora, en decir divinidades, porque lo son en efecto y es sola con ellas las que yo puedo, debo y quiero comparar a su hijita..

—Señor de los Monasterios! me hace usted ponerme colorada con sus lisonjas, exclamó Luisa riéndose con su madre y con Enrique.

—Yo no digo lisonjas, replicó don Pastor, sino verdades.

—Vaya, vaya, mi incomparable señor de los Monasterios; usted no tiene su segundo en San Fernando, y quizás en toda la república. Jamas había encontrado un hombre tan fino y amable, dijo doña Juana, siempre con el mismo tono alegre.

—Y ya yo que soi el objeto de la admiracion y del culto de este caballero, quiero pedirle un favor.

—Hable usted, señorita, y sus insinuaciones serán órdenes, y su voluntad será cumplida, aun cuando sea un imposible, porque para una divinidad no debe existir esa palabra imposible.

—Pues bien, señor de los Monasterios, ya que yo soi una divinidad, no puedo haber bailado sino con algun dios del Olimpo; de consiguiente no quiero ni es justo que descienda hasta hombrearme con los mortales.

—¿Qué dice usted, señorita?

—Que no bailaré mas en toda la noche, y que usted me disculpará con los caballeros.

—¡Pero esto no es posible!

—¿Cómo que no! si yo soi una sílfide, usted no puede ser sino Júpiter, Mercurio o Marte, y está en su deber impedir que yo descienda de tan elevado puesto; quiero al menos por esta noche conservar tan halagüeña ilusion...

—Comprendo señorita, comprendo, respondió don Pastor, abriendo los ojos con el aire mas embobado de este mundo, pues se le habia pasado por la imaginacion un pensamiento extraño, estupendo, increíble... Concibió que Luisa lo amaba... Y estuvo a punto de volverse loco perdiendo del todo su poca razon.

—Se hará lo que usted ordene, señorita, dijo al fin con voz trémula; ¿pero qué responderé yo a los jóvenes cuando, en mi calidad de bastonero, me rueguen de ponerlos en baile con usted?

—Contestará usted lo que le parezca, con tal que se lleve a efecto lo que hemos convenido.

—Está bien, señorita; y don Pastor al retirarse, casi se postró de rodillas y miró a Luisa, dando a sus ojos la expresion mas tierna y apasionada de que se creia capaz y que en su concepto debia ser irresistible, asegurando para siempre tan hermosa como inesperada conquista.

Enrique, sin esplicárselo a sí mismo, experimentó una sensacion parecida a la de don Pastor, pues concibió un

pensamiento igualmente lisonjero, figurándose que talvez Luisa no bailaba porque él no lo hacia, sacrificándose en su obsequio o privándose de una diversion de que a él le era imposible participar.

¿Cuál de estos dos amantes tenia razon? No necesitamos esplicarlo.

Inter tanto, el pobre administrador de correos salia del salon casi sin ver a nadie, e iba tan atolondrado por la dicha que lo abrumaba, que no oia las diferentes preguntas que le hacian los jóvenes, y ni aun siquiera puso atencion en sus hijas que al pasar lo tiraron del levita.

IV.

Cuando estuvo en el patio y al aire libre, porque necesitaba respirar, principió a darse cuenta de aquella estraña aventura, recordando todos los incidentes del baile, todo cuanto habia hablado y hasta los movimientos que habia hecho, llegándose a persuadir que su elocuencia habria indudablemente cautivado a la jóven y que la finura de sus modales la habria seducido a tal punto que se figuró que en la contradanza le habia apretado en varias ocasiones imperceptiblemente la mano y en lo que no habia hecho alto, creyéndolo casual, pero que sin duda alguna era mui intencional en vista de lo sucedido posteriormente.

En pocos momentos de una madura reflexion, no le cupo duda al señor don Pastor de los Monasterios que era amado, y amado estraordinariamente, puesto que una señorita tan jóven, tan rica, tan hermosa, tan aristocrática, era la que habia dado los primeros pasos, llegando casi al punto de una declaracion abierta y terminante; de manera que, paseándose a lo largo del corredor, engolfado en su dicha, se decia interiormente:

“Yo soi viudo y no tengo el menor impedimento para casarme, pues mis hijos serán mucho mas felices siendo yo

rico. La señorita Luisa es mui jóven, es verdad, pero ¡qué diablos! este no es un inconveniente, puesto que se ha enamorado de mí, y yo no soi tan viejo que ya no pueda inspirar afecto, mucho mas teniendo la prueba ahora mismo. Por otra parte, ¿no tengo yo infinitos otros méritos que valen mas que la juventud? ¿No tengo mi esperiencia? no tengo mi juicio, mi carrera gubernativa, mis hábitos de mundo, mi talento, mi persuasion, y última y primeramente mi esclarecida alcurnia, porque la familia de los Monasterios viene en línea recta desde los reyes magos que fueron a adorar a Jesucristo en el pesebre? ¿Qué dificultad puede haber entónces? La fortuna misma no es un impedimento, porque una alianza ilustre vale bien el dinero: ademas, ella es la única hija de la señora doña Juana y yo cuidaré de los haberes de ambas: ¿qué otra cosa mejor pueden desear? Conmigo tendrán los tesoros de la fortuna y los tesoros del cariño, es decir, que tendrán honra y provecho, lo que a todo el mundo halaga y convence.

Ahora, respecto a mí, si es verdad que no cambiaré de ideas y que siempre conservaré la misma filosofia y la misma prudencia, no es menos cierto que ocuparé el primer puesto en la sociedad de San Fernando y en la de Santiago; no es menos cierto que seré adulado de todos, desde el presidente para abajo, y que en seguida me nombrarán intendente, despues ministro, y últimamente ¿quién lo puede asegurar que el sufragio del pueblo, cuando conozca mis aptitudes, no me llame al primer puesto? El primer paso está dado, y todos los otros son insignificantes, pues se venen con mucha facilidad.

Pero ahora se me ocurre un tropiezo ¡por la sangre de Cristo! ¿qué puedo hacer con mi peluca? Si la señorita Luisa sabe que los cabellos que tengo a la vista no son mios! ¿qué partido tomar? ¡Porque es indudable que, a pesar de estar un poco desveidos, ella los ha tomado como lejítimos; y cuando mañana a la luz del dia desaparezca el enga-

ño ¿quién me dirá que no se cambie la tortilla?... y el pobre don Pastor de los Monasterios se confundía y se desconsolaba... De improviso se le ocurre una idea, idea salvadora... Si parto esta noche, se dijo, no podrá notar mi defecto, intertanto yo tiño y peino la peluca a las mil maravillas, de manera que pueda engañar a cualquiera; y estoi salvado... por el próximo correo mando las dimensiones de mi cráneo (¡de mi cráneo que encierra tan hermosos pensamientos!) al mejor peluquero de Santiago, y todo queda arreglado; pues cuando ella venga a apercibirse de mi defecto, ya el matrimonio habrá tenido lugar, y despues de él!.. y despues de él, ¿qué me importa el resto? Ya yo seré dueño de la fortuna, dueño de sus gracias y me amará como me ha amado ahora, cuando apenas he desplegado a su vista una pequeña parte de mis dotes; ¿qué será cuando ella descubra este tesoro oculto que nadie ha sabido dignamente comprender y apreciar en todo su valor, pero que ella ha reconocido al primer golpe, lo que arguye mucho en favor de su perspicacia.

V.

Engolfado en tan agradables ensueños, el señor de los Monasterios se entregaba a las elucubraciones de su fantasía, formando castillos a cuál mas hermosos, cuando oyó que lo llamaban muchas voces diciendo: "bastonero, bastonero, ¿dónde está el bastonero?"

—Bien pueden irse al demonio todos juntos, dijo para sí el señor de los Monasterios; porque no han de pasar muchos días en que mi lujo humille y pisotee a esos pobres diablos que se denominan caballeros y que no tienen una chaucha en el bolsillo, pero que, sin embargo, van bien vestidos, peinados y perfumados a fuerza de petardos.

—"El bastonero, el bastonero, ¿dónde está el bastonero?" repetían muchos jóvenes a la vez; y se sentía el ir y venir

de jentes como cuando se va en busca o en perseguiimiento de alguno.

—Váyanse a los infiernos con su comision, volvió a decir para sí don Pastor: pero reflexionando en seguida, pensó que debia entrar en sociedad, pues allí donde se hallaba perdía un tiempo tan precioso como jamás lo encontraria, porque su cargo de bastonero secundaba sus planes amorosos a las mil maravillas. Hecha esta reflexion, respondia a los que lo llamaban, diciendo: "Aquí estoi, aquí estoi, amigos mios."

Diez jóvenes cayeron de tropel sobre el afortunado administrador de correos, llevándolo en triunfo hasta el salon y diciendo: "aquí tenemos ya al señor bastonero, al hombre indispensable, al héroe de la jornada."

La primera mirada del señor de los Monasterios, al pisar el umbral de la sala, fué dirigida a Luisa, la cual a su vez tenia su vista fija en la puerta, oyendo la bulla de los individuos que lo traian; así es que sus ojos se encontraron, dibujandose una sonrisa en los labios de Luisa, sonrisa que llegó al alma a don Pastor, acabando de persuadirlo por completo del profundo amor que habia inspirado a la futura y aristocrática propietaria de la hacienda de San Jorje.

—Y bien, señores, ¿qué quieren ustedes de mí? quieren que los ponga en baile?

—Indudablemente.

—Pues haga la diligencia cada uno y esto será mas espeditivo; mientras tanto yo haré tocar a la música lo que gusten.

—Unas cuadrillas lanceros.

—Está bien, saquen ustedes sus compañeras; y don Pastor se dirigió a la orquesta, ordenándole tocar unas cuadrillas.

Cuando volvió a aparecer en el salon, se le aproximó un joven que le dijo: "la señorita doña Luisa Valdes se ha rehusado a acompañarme a bailar, diciéndome que no está en su mano sino en la de usted."

—Tiene razon, amigo mio.

—¿Pero cuál es el motivo?

—El motivo!.. solo ella y yo lo sabemos...

—Sin embargo, ella ha bailado con usted, y me parece que habiéndolo hecho una vez, nada impediria hacerlo otra.

—Así lo juzga usted; pero hai un secreto que no puedo revelar...

—¿Y ese secreto es un inconveniente insuperable?

—Es un inconveniente que solo dependeria de mi voluntad allanar, pero que no lo haré por todos los tesoros del mundo.

Y el administrador de San Fernando miró a Luisa con cierto aire de inteligencia, y se estiró los cuellos de la camisa como para darse un aire mas imponente y mas seductor.

—No comprendo, mi señor don Justo Pastor.

—Ya lo creo...

—¿No bailará usted entónces en toda la noche?

—Sí, en toda la noche.

—¿Pero qué novedad es esta?

—Novedad o no novedad, lo cierto es que es así.

—¿Habrá querido conservar intacto el peregrino recuerdo de su compañero, y querrá que otro no profane el santuario, dijo el jóven con ironia.

Don Justo Pastor abrió los ojos y miró asustado a su interlocutor: ¡qué malicia de diablo! dijo para sí ¡y cómo ha adivinado! Despues de una pausa, necesaria para reponerse, contestó echándose para atras, y dándose ese aire de importancia que afectaba con frecuencia.

—¿Quiere usted que le dé un consejo?

—Con el mayor gusto.

—Pues amiguito: jamas averigüe los secretos ajenos. Hace poco me cuestionaban ustedes sobre mi vida y no quise revelar nada: ¡cómo quiere usted que lo haga ahora?

—Qué! el no bailar esta noche la señorita Luisa ¿tendrá

alguna conexión con los secretos de la interesante vida de usted?

—Quién sabe! y el fatuo viejo se retiró, temiendo que el joven le arrancase lo que ya se moría de ganas de decir, pero que le convenía sijilar; y a no ser por tan grande interés, era mas que probable que aquella misma noche ningún joven ignorase el asunto.

VI.

¡Cáspita! y qué diablo! casi todo lo ha adivinado! Así pensaba el señor de los Monasterios a medida que se dirigía al círculo donde estaba Luisa, a quien dijo en el mas dulce y confidencial tono:

—Oh! señorita; me han asediado: pero yo he sido mas fuerte que ellos!..

—¿Qué es ¡por Dios! lo que le han hecho a usted?

—Nada tema usted, mi incomparable señorita, he sido prudente y continuaré siéndolo...

—¿Qué ha sucedido pues?

—¿Qué ha sucedido!.. que han querido arrancarme el secreto!..

—¿El secreto de qué?

—El que usted sabe.

—¿Cuál?

—La causa por la cual usted no quiere bailar.

—¿Es posible!

—Muy posible... ¡pero con bueno se la tienen!

—De consiguiente, no he hecho mal en confiarme a su prudencia.

—De ningún modo, y continuaré siendo siempre el mismo... ya usted lo verá... ni los mayores tormentos me arrancarían una palabra...

—Gracias, mi señor don Pastor; pues el que yo no baile no es motivo suficiente para que usted se prive de esa di-

version, sino que al contrario me gustaria verlo a usted alegre.

—¿Qué es lo que usted dice! con que habiendo decidido usted no bailar quiere que yo lo haga! ¿Por quién me toma usted, señorita? ¡Ah! si usted leyera en mi corazon!..

—¿Pero qué tiene que ver aquí su corazon?

—¿Qué tiene que ver! qué tiene que ver!.. ¿Le parece a usted que no tengo sensibilidad, que no sé apreciar las cosas, que no reina en mí la gratitud?

—Me confunde usted, señor don Pastor. Yo no he querido ofenderlo, y si algo he dicho que pueda herirlo en lo menor, me retracto desde luego.

—Ya lo veo, ¿entonces usted ha querido probarme?

—Tampoco.

—¿Cómo que no? ¿qué significa, pues, esa pretension de que yo baile, cuando usted no lo hace? Si usted se priva por mí de un entretenimiento tan agradable, ¿cómo piensa usted que yo sea tan ingrato y no pague en la misma moneda, haciendo igual sacrificio, el que, se lo asegure a usted, constituye ahora mi mayor dicha.

—Acabáramos, exclamó Luisa, riéndose... Esto está divertido... ¿no quiere usted tampoco descender del Olimpo?.. Pues, amigo mio, acepto la compañía... Por esta noche seremos dos divinidades...

—Esta noche y siempre... Solo quiero pedir a usted un favor...

—El favor es solo propio para los débiles mortales; los Dioses no lo necesitan porque son todopoderosos... pero, en fin, hable usted.

—Deseo ir a San Fernando.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Luisa lo miró con estrañeza, siéndole imposible comprender la causa por qué queria partir a esas horas de la noche; asi es que le dijo:

--¿Está usted disgustado?

—Jamás he estado más contento ni he sido más feliz.

—¿Cuál es entonces el motivo?

—Ese es mi secreto.

—¿No puede usted revelármelo?

—Hoy no; pero lo sabrá más tarde.

—Lo que usted me pide es imposible, pues las señoritas sus hijas podrían enfermarse, y además las priva usted de una diversión... parecen contentas...

—Deben estarlo, no lo dudo, y no es mi ánimo sacrificarlas... las dejaré aquí y yo volveré mañana.

—Si su asunto es tan urgente...

—Urgentísimo.

—Quédese al menos para la cena, que va luego a ser servida, aunque en realidad es una lástima que usted nos abandone.

Y Luisa acompañó estas palabras con una sonrisa entre burlona y compasiva, porque, si bien ignoraba los sentimientos que había inspirado a don Pastor de los Monasterios, se veía tan a las claras su ridiculez, que tenía piedad de él a la vez que la divertía.

El baile continuó hasta las dos o tres de la mañana, hora en que fué servida una espléndida cena, que dejó estasiados a los provincianos y donde reinó el más buen humor, pues don Pastor arrancó a todo el mundo frenéticos aplausos y estrepitosas carcajadas con sus pomposos brindis dedicados a la belleza y al amor, a tal punto, que hasta el sombrío y austero solitario no podía menos de reírse.

Concluida la cena, el administrador de correos se acercó a Luisa y le dijo:

—Solo de usted me despido, señorita; pero mañana temprano estaré de vuelta.

—He dado orden de que esté un coche listo.

—Mil gracias, señorita, por tanta bondad.

Y fijando en ella una tierna mirada, exclamó en tono bajo:

—Adios, sílfide hermosísima, reina del mundo, estrella matutina; bien pronto volverán a alumbrarme tus celestiales ojos...

Y sin esperar respuesta, se escabulló entre la multitud, no sin pararse últimamente en el dintel de la puerta para volver a contemplar a Luisa, que lo seguía con la vista, creyendo que quizá había perdido el juicio.

Los caballos estaban enganchados al carruaje y el cochero esperaba en el pescante.

Don Pastor abrió la portezuela y dijo con tono de autoridad:

—A San Fernando!

Vuelta de don Pastor y sus proyectos.

I.

Casi al venir el día se retiraron los convidados a sus habitaciones respectivas, donde fueron conducidos por algunos criados, mientras que Luisa y Ceferina señalaban a las señoritas sus dormitorios.

El solitario y Enrique ocupaban un mismo cuarto. El primero se acostó tranquilamente, no teniendo nada que perturbase su imaginación; pero el segundo quedóse vestido y se puso a escribir, esperando la luz del día. Concluida su carta para Mercedes, cambió de traje, poniéndose su blusa de trabajo, su cinturón de cuero, sus pantalones ordinarios y su gorra de paño, conservando únicamente su blanca camisa y su buena corbata.

Los compañeros de Enrique pasaban en ese momento delante de su puerta, y él les salió al encuentro diciéndoles:

— Buenos días, amigos míos; aquí me teneis ya con vosotros; manos a la obra.

— Todavía no, respondieron los carpinteros; tú has trasnochado en el baile y puedes enfermarte; vete a dormir, que un día mas o menos nada significa.

— Ya he flojeado bastante, amigos míos, y es preciso que ahora mismo principie.

En vano quisieron oponerse los cuatro artesanos, porque Enrique fué inflexible y marchó con ellos, poniéndose al trabajo con su ardor acostumbrado.

Cuando despertó el solitario, vió que Enrique no se habia acostado, pues su lecho estaba intacto; ¿dónde se habia ido? Al trabajo le parecia difícil, porque, habiendo en la casa tanta concurrencia de jentes con las que habia estado familiarmente en sociedad la noche anterior, suponía que cierta vergüenza, mui escusable en un jóven, le impidiese ponerse a la obra por no derogar en el concepto de los caballeros, y especialmente de las señoritas, con las que se habia relacionado; pero el anciano quedó sorprendido, y agradablemente sorprendido, cuando, saliendo en busca de Enrique, lo encontró en medio de sus amigos vestido como ellos y con sus herramientas en la mano.

—Este muchacho es superior a las preocupaciones, y estoi seguro que los vencerá siempre. Tiene el orgullo del mérito y no la falsa presuncion de nuestros pisaverdes. Hombrés de este temple, de este carácter y de estas tendencias harian prosperar la república; mientras que la quisquillosa vanidad de nuestra necia aristocracia la pierde, porque contamina con su pernicioso ejemplo todas las clases de la sociedad: hé aquí el principal motivo de la decadencia de estos infortunados países, dignos descendientes de esa quijotesca España que, con sus ideas de hidalguia, menosprecia al trabajo y al trabajador, y henchida de una vanidad pueril, ha venido a ser el último pueblo del mundo cristiano habiendo sido uno de los primeros y poseyendo la ocasion y los medios de haber sobrepujado a los otros, o cuando menos de haberse conservado a su nivel.

Estos fueron los pensamientos que vinieron a la mente del solitario al ver a Enrique trabajando; pero no le dijo una palabra, sino que se encerró en sus reflexiones, esperando talvez una ocasion mas propicia para estimularlo a seguir siempre el mismo sendero, del que no debiera desviarse jamas.

Cuando la concurrencia entera, o la mayor parte de ella, estuvo en pié, quiso ver, como era natural, los nuevos edi-

ficios, y fueron todos en compañía de doña Juana y de Luisa.

En una de las piezas encontraron al solitario en medio de los trabajadores y sentado en un banco de carpintero con un libro en la mano. A poca distancia de él estaba Enrique en otro banco con un plano estendido sobre él y un compas; mas allá seguían otros artesanos en sus diferentes labores y cantando o conversando alegremente, sin dejar de la mano sus instrumentos.

De repente pararon todas las voces y se hizo un profundo silencio. Era las señoras que entraban al taller. Enrique y el anciano continuaban embebidos, el uno en su lectura, el otro en sus cálculos, sin haberse apercebido de nada... no se oía entonces otro ruido que el de las herramientas.

—Hola, amigos míos, dijo doña Juana dirigiéndose al solitario y a Enrique; ¿con que han desertado ustedes de nuestra sociedad?

El joven levantó la cabeza y se puso colorado, llevó la mano a su gorra y se la quitó, saludando con cierto embarazo.

—Saben ustedes, señores, que son verdaderamente impolíticos? continuó doña Juana con amabilidad. ¡Abandonarnos por el trabajo! ¿Habrás visto jamás una descortesía igual?

—Los viejos no somos buenos para nada, y por consiguiente no hacemos falta, contestó el noble anciano con esa facilidad de maneras tan peculiar al hombre de mundo.

—¿Y usted qué dice? preguntó doña Juana, dirigiéndose a Enrique: espero que su respuesta sea mas satisfactoria que la de mi excelente amigo.

—Yo, señora, cumplo con mi deber, y estoy en mi puesto.

—Pues bien, caballero, yo digo que usted nos hace falta, y mando que usted abandone el puesto. ¿Quién será tan osado que me contradiga, o quién tan temerario que me resista?

—Nos confesamos vencidos, señora: la voluntad de una dama debe cumplirse; tanto mas cuanto que es una orden terminante; con que así, Enrique, abandona tus planos y tu compas.

El joven, al obedecer, miró a Luisa... El semblante de la niña estaba radiante de felicidad... Sus ojos se encontraron con los del artesano... Ambos podian ver un mundo de afectos... Enrique bajó los suyos como fascinado, pero su corazon estaba lleno de una delicia sin igual...

—¿Qué estaba usted haciendo? dijo Luisa acercándose al banco del obrero en compañía de muchas otras niñas.

—Estaba calculando la capacidad del lugar donde debe colocarse el reloj que va a ponerse en la torre principal.

—¿Y cómo puede usted saber esa capacidad, interrumpió una de las hijas de don Pastor, por medio de este pequeño papel y de este dibujo?

—Es un plano, señorita, de todo el edificio.

—¿Y bien?

—Está reducido a pequeñas proporciones, pero cuya magnitud se conoce exactamente.

—¿Cómo?

—Por medio de la escala.

—¿Se quiere usted reir de mí? La escala puede servir para subir o bajar, o cuando mas para conocer la altura, pero nunca para saber el tamaño de una cosa. ¿Me toma usted por lesa, señor don Enrique?

—De ningun modo, señorita, replicó el artesano con cierta sonrisa.

—Y entonces, ¿cómo me explica usted eso?

—¿No ha visto usted mapas que representan nuestro globo o partes de él?

—Indudablemente.

—¿Y no mide usted la estension de un territorio con exactitud matemática por medio de los grados de longitud y de latitud?

—Es cierto.

—Pues poco mas o menos sucede lo mismo en un plano: al menos creo hacer una comparacion razonable.

—Estoi convencida; bien dice mi padre que usted es un caballero de mucho talento.

Y la señorita de los Monasterios dirigió a Enrique la mas seductora mirada.

—El señor don Pastor no me conoce y se equivoca; no soi otra cosa que un simple artesano, señorita.

—Mi papá no se equivoca nunca; lo llama, ademas, su íntimo amigo, y por otra parte, su cara desmiente lo que dice, porque es tan buen mozo...

Y la solterona hizo un jesto, que en su concepto creia irresistible.

Enrique se ruborizó.

—No hai por qué apocarse ni por qué avergonzarse, señor don Enrique: todo el mundo sabe aquí que usted es un ingeniero de primer órden y que tiene el derecho de aspirar a la mas pintada.

—Señorita! volvió a repetir el obrero, le digo a usted que se equivoca.

—¡Equivocarme yo! Para esto era necesario que se equivocase mi papá, y ya le he prevenido que eso no sucede. Usted no sabe lo que es mi papá, señor; mi papá es el caballero mas orgulloso, y con justicia, de su nobleza, porque los Monasterios descenden en línea recta de los antiguos reyes de Castilla. Nuestra familia estaba relacionada con don Pedro el Cruel, famoso rei, cuya historia usted habrá leído; y uno de nuestros ascendientes pariente cercano de Isabel I y de Fernando el Católico, vino a América con los primeros conquistadores y de allí es donde nosotros nacemos; ahora, ¿cómo puede usted suponer que nuestro papá puede llamar nunca su íntimo amigo a un artesano y que lo hubiera presentado a nosotras con tantas recomendaciones? Porque, le digo a usted con verdad, ningun jóven habia sido

introducido por nuestro papá con igual benevolencia... Con que así, señor mío, no quiera usted engañarme, porque perdería el tiempo. ¿No es cierto, Luisita?

Y la solterona, con una mueca de chiquilla mimada, se echó en el hombro de la que llamaba su amiga y a quien solo conocía desde la noche anterior.

Enrique estaba atónito... No podía figurarse que existiera una mujer igual en el mundo; y tanto mas intrigado se veía al observar la familiaridad que tenía o aparentaba tener con Luisa.

Esta, por el contrario, se reía de buena gana, no solo de la vanidosa simpleza de la solterona, de sus pretensiones tan manifestas, de su manera de exhibirse, de su ardiente deseo de deslumbrar y de atraer a Enrique, sino tambien de la sorpresa de éste y de la perplejidad en que se encontraba.

Las demas niñas, que habian oído ésta conversacion, cuchicheaban por debajo, diciéndose las unas a las otras:

—Estas Monasterios están que se mueren de ganas de casarse.

Y los jóvenes, que tambien algo habian apercibido, las criticaban y las ridiculizaban a cuál mas.

II.

Dña Juana, que hablaba con el solitario, vino a interrumpir la murmuracion de los unos, las risas de las otras, salvando a Enrique del mal pasc, pero sin saber lo que sucedia, sino que deseando que vieran todos el resto del edificio, dijo al jóven obrero.

—Hagame usted el favor, don Enrique, de mostrar las construcciones a estas señoritas y caballeros. Yo me quedaré en el salon, porque no me es fácil y creo que me hace daño el subir y bajar escalas.

Nuestro artesano condujo a todos, esplicándoles cada cosa, y Luisa hacia notar, con interior satisfaccion, que talvez

el mas afamado arquitecto no habria jamas hecho una mejor obra, porque allí se veia reunida la elegancia al comfortable, aun cuando el edificio estaba mui lejos de haber sido terminado.

En efecto, Enrique se habia, puede decirse asi, sobrepujado a sí mismo, modificando los planos segun su idea, y con tanto acierto, que nada podia desearse que no estuviera perfectamente combinado: las chimeneas se encontraban en los locales mas adecuados, los cuartos de baño, las cañerías los salones, y aun el parque, todo estaba distribuido con tal simetria y con tal gusto, que, aun sin ser inteligente en la materia, podia apreciarse el conjunto, porque tal es la obra del arte cuando llega a su perfeccion.

Mucha parte de las personas que ahí se encontraban no habian visto jamas un edificio tan suntuoso, y sin embargo todos lo comprendian a la vez que le admiraban, porque la sencillez es lo que forma la perfecta elegancia y en lo que consiste el gusto verdadero que esa misma sencillez arranca: esto sucede en la religion, en la filosofía, en la literatura, en las leyes, en la política, en las artes, igualmente que en la pasion, en el sentimiento, en el lenguaje.

Luisa no pudo menos de decir a Enrique: —Usted no se ha limitado al plan primitivo, no ha hecho caso de las instrucciones, sino que en la mayor parte ha obrado por sí mismo.

—Es verdad, señorita, que he puesto algo de mi parte, y quizá es allí donde encontrará usted defectos... Disculpe usted mi intencion, pero puedo asegurarle que no he ido ni iré mas allá del presupuesto.

—Estoi tan lejos de dispensar a usted una falta, que mas bien estoi reconocida de un servicio, porque usted lo ha mejorado todo, no echando mano sino de los pocos recursos a que lo habian limitado y con los cuales ha hecho usted verdaderos milagros.

—Si algo hai de bueno no soi yo esclusivamente el autor,

sino que mis compañeros me han ayudado mas allá de lo que tenia derecho a esperar de ellos.

—No quiero quitar el mérito que corresponde a cada cual; pero aquel que lleva la iniciativa, que emplea los métodos y que dirige las diversas operaciones del mecanismo, es a quien pertenece la gloria; lo mismo sucede en un jeneral que manda un ejército, en un político que combina, prevée y dispone los acontecimientos, o en un hombre de ideas que mueve a la humanidad con el pensamiento emitido desde su gabinete. Todos estos hombres, en verdad, no han trabajado por sí mismos, limitándose a hacer mover las masas; y sin embargo, ellos son el alma de la fuerza, que se perderia o se extinguiria si no interviniese su accion; pues bien, otro tanto, aunque en menor escala, sucede en la arquitectura; de consiguiente, es preciso que, modestia aparte, acepte usted el rol que ha asumido y el que en realidad le corresponde.

—No le decia a usted, Luisita; pero ya no te hablo mas de usted sino de tú, porque entre niñas sienta mal esa etiqueta. No te decia, y no le he dicho a él mismo, que hacia mal en rebajarse, cuando está a la vista lo que en realidad es? y me alegro infinito que tú vengas a corroborar mi misma opinion.

—Señoritas, contestó Enrique, mirando únicamente a Luisa; un artesano está en el deber de ejecutar su obra lo mejor que pueda, y esto no es un mérito sino una obligacion.

—Pero el que cumple con la obligacion contrae, sin la menor duda, un mérito.

—¿Qué prurito de hacerse artesano tiene este caballero? volvió a replicar la hija menor del señor de los Monasterios, ¡como si no fuese mas sencillo confesar su posicion y figurar en el grado que le corresponde en sociedad! ¿Es usted acaso incorrejible, señor mio, y lleva su taima o su tenacidad hasta negar lo que vemos bajo distintos aspectos?

—No hago otra cosa que una confesion verídica; obrar de distinta manera, dejar que se figuren lo que no soi, seria una supercheria indigna, de que me avergonzaria cien mil veces mas que del destino o profesion mas baja.

—Déjese usted de contradicciones inútilmente y vamos al salon a oir un poco de música; pues por lo que dijo la señora doña Juana, usted está dispensado hoi de toda otra ocupacion que no sea el hacerle la corte y el agradar a las niñas: ¿no te parece, Luisita?

—Mi mamita lo ha exigido así.

III.

Enrique, como se ve, gustaba a las niñas, pues no eran solo las hijas del administrador de correos las que hubieran querido atraérselo, sino muchas de las otras; pero los jóvenes sanfernandinos no eran de la misma opinion, porque bastó que lo vieran de blusa, de gorra y con los instrumentos de trabajo en la mano para que lo creyesen indigno de su sociedad; sin embargo, no podian menos que usar con él de cierta familiaridad amigable, porque no se les ocultaba el aprecio que de él tenian en la casa; pero siempre hacian notar en sus modales cierta altanería que significaba nada menos que la inferioridad que, en su concepto, tenia respecto de ellos Enrique.

Luisa, que conocia los hábitos sociales y esas medias palabras, esas espresiones de una urbanidad fria que se gastan siempre con los inferiores, no pudo menos de incomodarse y sentir un hastio mayor por esa turba de fátuos que pululan en nuestras poblaciones; de manera que para echarles en cara su nulidad, dijo, mirando a los demas, con ese tono de una altivez y de una dulzura inimitable que la hacia enseñorearse sobre todos: “estamos un poco cansadas, don Enrique, ¿querria usted tener la bondad de darnos el brazo?”

Lo inopinado del ofrecimiento sorprendió a Enrique,

ignorando el móvil que hacia obrar a Luisa; pero recuperando casi instantáneamente su serenidad, se colocó presuroso en medio de las dos niñas, llegando de esta suerte al salon, no sin causar algun despecho a nuestros provincianos, cuya mayor parte no se habia atrevido a solicitar esta gracia de la rica y aristocrática heredera, que sabia mantener a cierta distancia a todos aquellos que le eran indiferentes o que no eran de su agrado.

Ese dia se pasó, como el anterior, en puros regocijos, los que se aumentaron con la llegada de don Pastor de los Monasterios, que habia tratado de desocuparse lo mas luego del minucioso arreglo de su peluca, cuyos rizos y cuyo lustre llegaron frescos a la hacienda, mediante el esmerado cuidado que trajera durante el camino para conservar intacto el peinado de la ciudad; pero para mayor precaucion, el industrioso administrador llevó consigo un cepillo que tenia un pequeñito espejo, pudiendo mirarse la cara y alisarse la peluca.

Cuando notó nuestro viejo y enamorado Adonis que faltaba para llegar a las casas dos o tres cuadras, cerró las celosias del coche, quitóse cuidadosamente el suplemento de su cabeza, pasóle la última cepillada, y mirándose detenidamente al espejo, se sonrió de satisfaccion: estaba irresistible.

Durante el resto de la noche anterior y parte de ese dia, mui pocos sabian lo que se habia hecho don Pastor, siendo un misterio incomprensible su desaparicion; pues si hemos de exceptuar a doña Juana, el solitario, Enrique y las hijas del administrador a los cuales Luisa les habia contado la inesperada ausencia de su padre, cuya causa ignoraba ella misma, todos los demas se perdian en miles de conjeturas a cuál mas extravagantes y que aumentaban la hilaridad de los jóvenes.

—¿Qué se habrá hecho el bastonero? decia uno.

—Tal vez se lo habrá llevado el diablo, decia otro.

—¿Para qué quiere el diablo a ese sonzo? contestaba un tercero.

—Para divertirse de sus penas, respondía un cuarto.

—Y a fé que nos hace una falta inmensa, contestaban todos.

—¡Qué salado estuvo anoche el viejecito!

—Divino! particularmente en la cena.

—¿Y cuando hablaba de su talento? ja, ja, ja!

—Y de sus amores!

—Y de su novela.

—Y de su tiempo tan ocupado.

—Y de sus empleos.

—Vaya! don Pastor de los Monasterios no tiene precio.

—Es una joya.

—Es un portento.

—Es la maravilla de San Fernando: ¿cómo se pavonearía si nos oyera?

—No cabría en el pellejo.

—Era capaz de reventar.

—¡Y haberlo perdido! Esa sí que es desgracia!

--La mas lamentable.

—¿Pero dónde diablos se puede haber metido?

—Sus hijas deben saberlo, desde que están tranquilas.

—Es verdad... vamos a preguntarles.

IV.

En ese momento, como para sacarlos de la curiosidad, paró un coche delante de ellos, cuyos caballos bañados en sudor, decían claramente que venían de hacer una larga jornada. El cochero bajóse del pescante, abrió la portezuela, bajó el estribo y apareció la figura radiante de don Pastor de los Monasterios.

Una salva, una andanada de aplausos saludó al personaje...

Todos querían abrazarlo... todos le hacían preguntas y le prodigaban mil caricias.

—Con cuidado, hijos míos, les decía el administrador, entre asustado y alegre; miren ustedes que me despelucan, que pueden descomponerme mi traje; menos afecto y mas suavidad... Yo los estimo mucho, les agradezco infinito sus manifestaciones, pero piensen ustedes que me ajan la corbata, el chaleco, y sobre todo, que me descomponen el peinado.

Oyendo estas observaciones, los jóvenes repararon en lo finchado que venía don Pastor; y un ¡viva! jeneral, entusiasta, atronador se hizo oír, llamando de tal modo la atención de todos, que las señoritas que se encontraban en el salón salieron corriendo para averiguar cuál era la causa que motivaba tan descomunal alegría.

La algazara creció de punto con la risa de las niñas, que al ver la figura del administrador no pudieron contenerse, porque, habiéndose quitado el paltó había quedado en frac y hacia la figura mas rara, mas ridícula... era una verdadera caricatura, pues apercibiendo a Luisa a la distancia, se había quitado el sombrero, hasta la rodilla e inclinándose profundamente.

La algazara no tenía límites... las carcajadas eran estrepitosas e incontenibles... casi todos estaban con el pañuelo en la mano para enjugarse las lágrimas que corrían por las mejillas a fuerza de tanto reír... Los unos se apretaban el estómago, los otros la barriga, aquellos se sentaban, mas allá decían: "esto es de morirse" y la bulla crecía... Doña Juana casi se desmayó, viéndose obligada a retirarse... y hasta el solitario, siempre sério y siempre sereno, aunque no tan estrepitosamente como los demás, reía también.

El rostro del administrador mostraba la satisfacción mas grande al pensar en la sensación que producía, y allá en sus adentros decía a sí mismo: "Cáspita! yo había ignorado hasta ahora que tenía tanto mérito!... Todos se ocupan de

mí, todos me festejan, todos me demuestran las mas grandes simpatias, todos ríen hasta el frenesí... indudablemente soi un portento... ¡Qué adquisicion va a hacer la señorita Luisa!... Cómo estará ella de orgullosa y de contenta! cómo estará despues cuando me posea por completo!... Va a ser la mujer mas feliz de este mundo; ¿pero quién mas que ella lo merece? Abreviaremos cuanto sea posible la boda."

Hemos dicho que el señor de los Monasterios venia de frac, pero no hemos descrito el resto de su vestuario, que consistia en zapatos rebajados que dejaban ver una fina media de seda color carne. El pantalon de raso de lana llevaba peales e iba ceñido a la pierna, lo que los franceses llaman *collant*. El chaleco era de raso blanco bordado, una camisa tambien bordada, y una corbata del mismo jénero y del mismo color completaban el primoroso traje del viejo dandy; pero lo que hacia mas resaltante lo ridículo del vestido, eran unos guantes de cabritilla verde que se habia calado con la premeditada intencion de simbolizar la esperanza, presumiendo que Luisa comprenderia en el acto lo que ello significaba.

Y no digamos que le habia costado poco al administrador encontrar guantes de ese color, pues habia tenido que recorrer todas las tiendas de San Fernando y solo los halló en una, no con poca admiracion del mercader, que los tenia hacia diez años y que nadie se los habia comprado; asi es que fué tanta su sorpresa, que no pudo resistir a la curiosidad de preguntar a su mui conocido parroquiano y amigo:

—¿Va usted, señor don Pastor, a algun baile de máscaras?

—No voi a baile de máscaras, pero sí a un baile donde he estado anoche y que debe continuar hoy; sin embargo, ¿por qué me hace usted esa pregunta?

—Por la compra de los guantes.

—¿Y qué tiene que ver la compra de estos guantes con un baile de máscaras?

—Es que son verdes.

—Y bien: ¿no es ese el color que yo le he pedido?

—Justamente.

—¿Qué hai entonces de extraordinario?

—Que no habia vendido en diez años un solo par de este color: afortunadamente vinieron mui pocos.

—¿Le quedan a usted todavia?

—Sí, señor.

—Pues todos son mios. ¡Es preciso ser de San Fernando para ignorar que este es el color mas lindo y mas simbólico!

—¡Vea usted lo que es el gusto!

—Tan de mal gusto como de mal tono; ¿quién ignora que el verde representa la esperanza?

—Indudablemente, señor don Pastor, pero esa declaracion, aun cuando sea silenciosa, es mui significativa.

—Esto es justamente lo que yo quiero.

—¿Está usted de conquistas? ¿Tiene usted esperanzas de volverse a casar?

—El tiempo lo dirá; mientras tanto, vengan los guantes: yo calzo únicamente siete puntos, mano de mujer, mano aristocrática, pero que sin embargo es capaz de hundir a Goliat y de levantar un mundo.

—Todos conocen su fuerza y su valor, dijo con ironia el tendero.

—Si todos lo saben, tanto mejor; dígame usted ahora el precio.

—Doce reales.

—¡Doce reales por lo que usted dice que ha conservado diez años!

—Justamente, por eso debian valer veinte, porque el capital debe haberse doblado o triplicado si calculamos los intereses.

—Pero decía usted que era un hueso, y los huesos deben venderse baratos...

—Usted tambien dice que es un color de esperanza, y las esperanzas se venden caras.

--Tiene usted razon; con todo, solo le ofrezco un peso.

--Se los daré por ser a usted.

El trato quedó cerrado.

Conseguido lo que tanto deseaba, se vistió, como hemos dicho, y se metió en el coche con el mismo cuidado que lo hace una niña para no arrugarse.

Arreglado de la manera como hemos descrito fué como se presentó don Pastor en la hacienda de San Jorje, donde habia producido tanta hilaridad.

V.

Hubo una circunstancia que contribuyó poderosamente a escitar la risa de los convidados, y era que al tiempo de saludar con tanta galanteria a la señorita Luisa Valdes, quitándose el sombrero con precipitacion, la peluca se habia desviado de su verdadero y habitual centro, dejando una gran parte del cráneo en descubierto sin que él se apercibiera de ello.

Entrándolo casi en triunfo hasta el salon, una de sus hijas notó la descompostura de la cabellera de su padre y se levantó de su silla para acomodársela, diciéndole:

--Papá, la peluca la tiene mal puesta, porque está completamente a un lado y va a caérsele del todo.

Si un cántaro de agua helada hubiera repentinamente caido sobre el pobre don Pastor, quizá no hubiera quedado tan frio como lo dejaron las palabras de su hija. Al fin volvió a su antiguo aplomo, y llevando la mano a la cabeza, dijo a su hija, sin apartar los ojos de Luisa, que lo miraba con estrañeza:

--¡Imprudente! ¿no sabes que mi pelo es tan delgado y tan sedoso que el céfiro mas suave basta para echármelo a un lado?

Y diciendo y haciendo acomodóse la cabellera; pero tuvo la desgracia de no dar con el verdadero lado, sino que la

colocó en el opuesto, quedando, como es de presumir, lo de atras para adelante y lo de adelante para atras.

Aquí fué Troya: las risas anteriores no habian sido nada comparada a la estrepitosa y unánime carcajada que dieron todos.

Esta vez don Pastor se amostazó; y dirigiéndose a la concurrencia con su voz mas argentina y con su aire mas impo-
nente, exclamó:

—Qué significa esto? Ya no me parece entusiasmo sino burla.

Este nuevo arranque provocó aun mas, si posible es, la hilaridad jeneral.

El solitario se levantó, tuvo compasion de don Pastor, y tomándolo del brazo con afabilidad, le dijo:

—Venga usted conmigo.

El pobre administrador obedeció sin pronunciar palabra, apagándose tan repentinamente su furor como se habia apagado su entusiasmo, porque era de esas naturalezas tímidas y ardientes que cualquiera les impone y que por cualquier cosa se exaltan.

Cuando se encontraron en un cuarto a solas, el solitario, con tono sério a la vez que suave, le dijo:

—Es preciso ser indulgente con la juventud, amigo mio; ella no piensa el mal que hace; pero tambien nosotros no debemos dar márjen a que nos pierdan el respeto, tratando siempre de mantenernos en la posicion que nos corresponde.

—¿Y que es aquello que yo he hecho, señor?

—Usted no ha hecho nada malo, pero usted ha dado márjen para que se rian...

—¿De cuál manera?

—Aquí tiene usted un espejo de cuerpo entero: sírvase usted mirarse en él...

El administrador no se lo hizo repetir dos veces y se colocó delante.

Apenas vió su figura, cuando, espantado de ella, se hizo hácia atras. Su peluca estaba dada vuelta y le hacia aparecer con la figura mas extravagante y mas ridícula.

—¡Dios mío! exclamó; ¿es posible que así me haya presentado ante mi sia Luisa?

—Y no tan solo ante esa señorita, sino en presencia de la sociedad entera... Asuma usted, amigo mío, el rol que corresponde a sus años y no quiera nunca salir de él, porque le sucederá lo mismo que hoy le acontece, y quizá peor si se encuentra en un círculo menos decente y mas burlon.

Después de hechas estas observaciones, el solitario se retiró para que el hombre pudiera reflexionar por sí mismo sin necesidad de ajenas sugestiones, conociendo, por experiencia, que el corazón humano se somete mucho mejor a la reflexion propia que a la estraña.

Nuestro viejo, filósofo se encontraba, sin embargo, con una escepcion; porque, aun no habia salido del cuarto, cuando don Pastor, volviendo a colocarse delante del espejo, puso la peluca en su respectivo lugar, teniendo el cuidado de peinarla con el mayor esmero; y haciendo la reflexion siguiente, no pudo menos de pensar:

—Es verdad que ahora no puedo hacer consentir a la señorita Luisa en la legitimidad de esta hermosa cabellera; pero tambien no es menos cierto que si he despertado tan fuerte inclinacion en ella, no es debido a mis gracias físicas sino a las de mi espíritu; de consiguiente, nada tengo que temer, pues entre personas de talento, como dijo madame de Stael cuando quiso visitar a Napoleon I, que era entonces primer cónsul, "no hai diferencia de sexos;" y si es verdad que yo no quiero ir tan lejos como la célebre autora de *Corina*, no deja de ser efectivo que el jenio es lo principal; y como yo lo tengo incuestionablemente, creo haber perdido bien poco; ¡y quién sabe si no habré ganado! de modo que estoi en el deber de presentarme en sociedad mas contento y satisfecho que nunca, a pesar de la opinion de este

maldito viejo con cara de profeta, que debe ser en estas materias un verdadero estúpido.

VI.

Consiguiente a estas reflexiones que lo habian convencido del todo, don Pastor presentóse en el salon con los modales de un conquistador consumado y de un dandy de profesion, provocando, como era natural, nuevas risas, que los jóvenes trataban de reprimir para tener ocasion de embromarlo mas, haciéndole consentir que estaba irreprochable.

El señor de los Monasterios se detuvo mui poco tiempo en escuchar las alabanzas que a porfia le prodigaban los jóvenes, y fué resueltamente a sentarse al lado de Luisa, que estaba en compañía de sus hijas, las que no la abandonaban un solo instante, dándose por sus mejores amigas.

—Ya ve usted, señorita, que he cumplido mi palabra, dijo el administrador de correos.

—Es innegable su puntualidad, señor de los Monasterios.

—¿Y cómo no serlo cuando media un interes tan grande?

—¿Cuál?

—El presentarme ante mi diosa y el acompañarla.

—¿Quiere usted entonces que sigamos representando el papel de la noche anterior?

—De veras, deseo que continúe eternamente.

—Eso se puede hacer un momento, pero no siempre: usted sabe que desgraciadamente somos simples mortales.

—Es cierto, señorita; sin embargo, la pasion diviniza al hombre, como lo afirman todos los filósofos, y segun lo presente mi corazon, que jamas habia estado tan impresionado como ahora.

—Ya lo creo; pero ese lance no debe afectarlo.

—¿De cuál lance habla usted?

—Del de la peluca.

—Esas son niñerías en que jamas debe fijarse un hombre

sério; ¿qué importa la materia cuando vive el espíritu? Por otra parte, si yo he perdido mis cabellos, no es el resultado de mi edad, porque soi aun bastante jóven, sino del ejercicio constante de mis facultades, ya sea en la consagracion a los empleos gubernativos con que me han agoviado todas las administraciones, ya en la lectura, que es mi pasion favorita, o ya en las elucubraciones de los filósofos, que es lo que constituye la principal entretencion de mi vida.

—De manera que usted debe ser un pozo de ciencia y de experiencia.

—Cuando le faltan a uno las dotes de la juventud, debe tratar de adornarse con estas.

—Que son las principales.

—¿Lo cree usted así?

—Indudablemente: las primeras perecen y concluyen con la edad, mientras que las otras duran cuanto dura la vida, y hai ocasiones en que van mucho mas allá de la efímera existencia del individuo.

—¿Cómo me gusta oírle espresarse así! ¿Entonces yo no he perdido nada en su concepto por el asunto de la peluca?

—Absolutamente nada, mi señor don Pastor.

—¿La intelijencia tiene en usted el absoluto predominio?

—Siempre.

—Asi lo pensaba yo, y le doi por elló las gracias.

—Nada tiene usted que agradecerme; sigo únicamente mis instintos.

—Esto es lo que me ha valido; porque si usted hubiera sido, como tantas jóvenes, frívolas y que no tienen la suficiente cabeza para apreciar el mérito en lo que vale en sí y para reconocer las personas que en realidad lo poseen, seria hombre completamente perdido ahora.

—¿Por qué?

—¿Me lo pregunta usted, señorita? Porque el ridículo habria borrado el cariño,

—Eso es lo que sucede siempre.

—Pero hai sus escepciones, como la de ahora... Verdaderamente, señorita, ¿no le importa nada mi peluca?

—Absolutamente nada.

—Hé aquí lo que yo queria saber... Ahora soi un hombre feliz, y puedo desafiar la rechifla de esos frívolos jovencitos, como los indigestos consejos del anciano... Me basta con lo que usted me ha dicho, y desde este momento queda su mas rendido admirador y...

Don Pastor se contuvo, temiendo ir demasiado lejos; pues aun cuando tuviera la conviccion de ser amado, no debia por una imprudencia arriesgar la victoria, sabiendo, como él lo repetia siempre, que las mujeres eran lo mas caprichosas y que un paso dado en falso podia comprometer el éxito; ademas, estaba en la conviccion de que, en materia de amores las niñas debian ser las que se insinuasen, porque los hombres estaban en su derecho en regodearse.

Terminada la conversacion con Luisa, que por una parte deseaba que la tuviesen como una declaracion en regla, mientras que por la otra era considerada como una broma inofensiva y sin la menor consecuencia para la sociedad, para el individuo y para ella misma, don Pastor se dirigió al corrillo de los caballeros, donde su presencia era deseada con ansia.

Ya tenemos una pequeña muestra de la manera como trataban al señor de los Monasterios, para que nos detengamos mas en las finas puas y rechiflas con que era acariciado y adulado, porque un hombre que hace reir, afectando gravedad, es el ser mas espuesto a la broma, que era justamente lo que le sucedia al administrador.

VII.

En todo esto las hijas del pobre hombre no sabian qué pensar respecto a su padre, porque no recordaban haberlo

visto nunca tan obsequioso, tan fino, tan galán y lo que es más, tan compuesto.

—¿Qué le pasará a mi papá? se preguntaban las unas a las otras, al verlo con tantos piropos y casi siempre sentado al lado de la señorita Luisa.

—¿Si intentará darnos madrastra? decía la menor de las hijas; pero con tal que fuera Luisa, yo me alegraría.

—¡Oh! entonces tendríamos haciendas, y coches, y vestidos, y casa en Santiago, y palco en el teatro y paseo constante a la Alameda, y pretendientes...

—¿Qué felicidad! repuso la mayor; qué vida tan zorzalina no nos pasaríamos.

—Desgraciadamente que mi papá está un poco viejo; contestó la hermana del medio; sin eso sería un asunto concluido.

—No digas tal disparate, replicó la mayor; mi papá es un hombre de mui buena edad; y por otra parte todavía ya lo ves, es ágil, tiene buen cuerpo, aunque chico, y sobre todo, es tan inteligente, tan gracioso, tan noble, tan querido de todo el mundo, porque cualquiera, que apenas lo trata ya lo estima, lo halaga y hasta lo adula; es el hombre de sangre más ligera que he conocido; Luisa Valdes no podría encontrar mejor; pues aunque joven y rica, mi papá en compensación es de una familia tan ilustre, que realzaría la de ella. No les parece, hermanas mías?

—Tienes sobrada razón, contestaron ambas.

—Por otra parte, añadió la primera, ya yo no sé qué veo; mi papá estuvo casi toda la noche al lado de Luisa, bailó con ella la primera contradanza y en seguida ni el uno ni el otro lo volvieron a hacer: esto me huele a compromiso. ¿Y no han notado ustedes ultimamente la larga conversación que han tenido ambos y lo satisfecho que se muestra papá? ¿Qué quiere decir esto? Que gana terreno y nada más, y que tal vez está más avanzado en el corazón de Luisa que lo que nos lo figuramos.

—Puede ser.

—No tan solo puede ser sino que es, pero es indispensable que nosotros lo ayudemos.

—¿Cómo?

—Se me ocurre una idea: quedándonos aquí a acompañar a Luisa.

—Bueno seria si no tuviéramos que irnos hoy a San Fernando, porque la visita o el convite no puede durar eternamente.

—No digo que dure eternamente, pero sí por algunos días.

—Sin embargo, hoy a la oración partirán todos los convidados incluso mi papá, y no podemos nosotras menos de seguirlo.

—Convenido; señoritas como nosotras deben estar siempre al lado de su padre mientras no tomen estado; pero quedando en una casa decente y respetable, teniendo además el consentimiento del papá, no veo inconveniente...

—Así es.

—¿Entonces consienten?

—Basta que podamos servir de algo a nuestro querido papá.

—El mismo deseo es el que a mí me anima, la prueba es que soy la inventora de la idea.

—Tienes razón.

—Pues bien, lo que se concibe se ejecuta, y yo me encargo de llevar a cabo la empresa.

—Tienes el derecho, porque eres la mayor.

—No porque sea la mayor, contestó con enfado la vieja solterona, sino porque sé hacer las cosas mejor que ustedes.

—No te disputamos el mérito, dijeron riéndose con ironía las dos menores; ¿pero cuál es el plan que has formado? ¿Podemos saberlo?

—No solo saberlo sino que es preciso que me ayuden.

—Estamos prontas.

—Enhorabuena. Debemos ir las tres juntas donde Luisa, rodearla, decirle mil agasajos, hacerle presente el profundo cariño que nos ha inspirado, que tendremos un sentimiento inmenso en separarnos tan pronto de ella, que compadecemos y nos duele su soledad; que con el mayor gusto la acompañaríamos, etc., etc. A tan fuertes argumentos es imposible que se resista, que no se convenza, que no desee mas que nosotras mismas el que nos quedemos y que no nos pida por favor que le sirvamos de compañía.

—Bien pensado, respondieron las dos hermanas, que habían prestado la mayor atencion al discurso de su primojénita.

—En cuanto a mi papá, volvió a decir la primera, estamos seguras que nos dé el permiso, especialmente si le descubrimos nuestro propósito.

—Con esto y sin esto lo obtendríamos, porque ya sabes que papá hace cuanto queremos.

—Es verdad que somos mui felices en tener un padre tan bueno; por lo mismo es preciso que trabajemos tambien por su dicha.

—Y por su tranquilidad; porque, sea dicho entre nos, el viejecito es enamorado, y casándose con una niña, ya no pensará sino en su mujer.

—Ojalá, pero jénio y figura hasta la sepultura. Con todo, sea de ello lo que fuere, pongamos desde luego manos a la obra.

Y diciendo y haciendo, nuestras tres solteronas se encaminaron resueltamente donde Luisa, que en ese momento se encontraba algo fastidiada con la insulsa conversacion de uno de los provincianos, que no sabia ocuparse de otra cosa que de chismes y frivolidades; de manera que recibió con agrado a las tres Monasterios, porque la libertaban de aquel jóven tan pesado o tan chismoso, como vulgarmente se dice.

VIII.

Cuando creyó oportuno el momento la mayor de las hermanas, tomó la palabra, siendo ayudada por las otras dos, conduciéndose todas de tal manera, que Luisa no pudo evadirse y tuvo que considerarlas; porque el no hacerlo hubiera sido faltar a la política o inferir un insulto, y Luisa era incapaz de ello.

Por otra parte, ella pensó que quizá aquellas pobres necesitaban de alguna distraccion o de alguna comodidad, que la escasa renta del administrador de correos no podia proporcionarles, y este sentimiento de compasion influyó mucho en ella para que las convidase con agrado.

Las tres Monasterios habian triunfado y no cabian de contentas, pues a mas de querer ayudar a su papá, que era lo que ostensiblemente se proponian y en lo que sinceramente pensaban trabajar, viendo que dependia de allí su bienestar futuro, tenian tambien en perspectiva el poder cautivar a Enrique, lisonjeándose cada una con la idea de un éxito pronto y feliz, reservando, sin embargo, este pensamiento por el temor de que a alguna de las otras se le ocurriese, lo que habria traído luchas, rivalidades y quizá un conflicto, que era preciso evitar en casa ajena, ya que no se tenian el menor miramiento entre sí mismas, habiendo en varias otras ocasiones, a propósito de lo mismo, terribles lances en que habia tenido que intervenir la autoridad del padre; por cuya razon la prudencia y la conveniencia les aconsejaba ser en este particular lo mas reservadas y aun disimuladas, si era preciso.

El dia se pasó alegremente, siendo don Pastor de los Monasterios el principal elemento de la diversion y el mas importante personaje; pero como todo se acaba en este mundo, llegó al fin la hora de la partida, que el enamorado viejecito sentia acercarse con mas pena que cualquier otro de los

convidados, sobre todo no habiendo tenido lugar de hacer una declaracion en regla, si bien es verdad que no habian faltado sus insinuaciones, las que, en concepto de él, habian sido perfectamente recibidas, alimentando, no solo la esperanza, sino que llegaba esto casi al extremo de ser considerado como una realidad que no esperaba mas que la sancion del hecho; con todo, su semblante manifestaba tristeza cuando se le acercaron sus hijas, que en pocas palabras le comunicaron su intencion de quedarse por algunos dias en la hacienda para acompañar a Luisa, que les habia convidado con instancia.

Don Justo Pastor, al oír lo que le decían sus hijas, mudó completamente de cara, y una espresion de alegría y de triunfo dibujóse en sus facciones, siendo tal el contento, que abrazó a sus tres hijas juntas, haciéndolo en seguida con cada una de ellas en particular, prodigándoles a la vez los mas dulces epítetos y los elojios mas descompasados, lo que dió motivo entre los concurrentes a una hueva algazara.

No contento con esto, el señor de los Monasterios se dirigió donde Luisa, dándole las mas espresivas gracias por un favor tan singular, que venia a confirmarlo mas en la sinceridad de sus sentimientos, sentimientos que él apreciaba en el alma y que sabia corresponder en todo tiempo y en todas ocasiones.

Luisa contestó a su calorosa y casi apasionada arenga, diciéndole que si habia favor en aquel convite, lo que ella dudaba, era tan insignificante, que no debia siquiera mencionarse; que lo único que sentia era que sus hijas fueran a mortificarse en la soledad del campo, sobre todo estando acostumbradas a vivir en el pueblo, donde hai mas distraccion y mas sociedad; pero si les agradaba permanecer aquí, podian quedarse todo el tiempo que quisiesen.

—Ojalá fuera por toda la vida, por toda una eternidad.

—Usted piensa de esa manera, pero las señoritas quiza no.

—No me diga usted nada, señorita Luisita, porque yo conozco las uvas de mi majuelo.

Las tres Monasterios abrazaron a Luisa, haciéndole protestas llenas de afecto, y asegurándole que allí donde ella estaba también se encontraba la felicidad de las Monasterios.

IX.

Al tiempo de partir, el viejecito llamó a un lado a sus tres hijas para recomendarles a Luisa; que tuvieran con ella el mayor cariño y que le hablaran de él en todas ocasiones, porque pudiera muy bien suceder...

—Sí, papá, sí; lo sabemos... puede ser muy bien... ya lo habíamos adivinado... ¡Cuán dichosas seríamos nosotras viéndolo a usted feliz!...

—¡Cómo no desmiente la sangre! ¡cómo se conoce que ustedes son mis hijas! ¡Cuáles otras tendrían tan rara perspicacia! Pues bien, mis queridas tortolitas, si se efectuase...

—Con ese objeto nos hemos quedado. Vamos a trabajar por un papá tan bueno hasta que consiga lo que desea...

—Ahora yo no dudo del éxito. Nada habrá que resista uniendo nuestros esfuerzos. Les prevengo, sin embargo, que ya yo tengo avanzado mucho; pero no hai todavía nada de positivamente seguro, lo que debe haceros andar con prudencia para no echar a perder un asunto que va tan bien y que se ha comenzado bajo tan buenos auspicios: el excesivo celo suele en muchas ocasiones ser perjudicial, llevándonos en sentido opuesto del que creíamos y del que queríamos.

—Pierda cuidado.

—Me voi lleno de esperanza. Adios, hijas mías; el domingo tendré el gusto de veros: esto es si no me anticipa venir el sábado despues de haber cerrado la oficina. Adios, otra vez.

Y el viejo verde se fué a despedir de Luisa y de doña Juana, que lo acompañaron con su risa hasta que estuvo dentro del coche.

Los caballos partieron; y en el acto volvió a sacar la cabeza el señor de los Monasterios, batiendo un pañuelo blanco en señal de despedida, como quien dice:

—Os llevo en el corazón, no os abandono.

Las tres hijas, imitando a su padre, sacaron también los suyos, haciendo el mismo ademán y llevándolos en seguida a sus ojos como para enjugar sus lágrimas.

—Veo que ustedes sienten mucho la ausencia de su papá, dijo Luisa, acercándose a las tres Monasterios.

—¡Oh! sí; jamás nos habíamos separado de él: esto te probará cuánto te queremos, Luisita.

—Esta demostración no produjo el efecto que esperaban, sino que, por el contrario, Luisa respondió con cierta sequedad.

—No me gusta que se sacrifiquen por mí, y menos aun en tanto grado. Todavía es tiempo, si lo desean, de ahorrarse tan fuerte sentimiento, porque puedo mandar alcanzar al papá de ustedes y decirle que las lleve.

Las tres Monasterios se quedaron como estúpidas al oír tan inesperada y fría respuesta.

Luisa se arrepintió en el acto, viendo que había sido mas dura de lo que debiera, y para reparar su falta les dijo con cariño:

—Pero ese sentimiento, amigas mías, lo pasarán luego. Estampa tan cerca de la ciudad, que es casi lo mismo que si viviéramos en ella, y don Pastor les ha prometido volver pronto, porque a mí misma me ha dicho que estaría aquí antes de concluir la semana.

—Es posible!

—No veo en ello dificultad alguna.

—Sus numerosas ocupaciones. ¡Si supieras, Luisita, cómo es ocupado mi papá! no le dejan tiempo para nada!...

—Sin embargo, el afecto de ustedes le hará vencer todos los obstáculos.

Las tres hermanas fijaron su vista en Luisa, creyendo aquellas palabras de doble sentido y que encerraban un secreto.

En ese momento aparecieron el solitario y Enrique, que también venían a despedirse de Luisa para irse a su cortijo.

—Qué, señor, ¿piensa usted dejarnos hoy?

—Sí, hija mía, ya hemos estado más tiempo del que debíamos.

—Sé que con usted es inútil insistir.

—¿Tan duro e inflexible me consideras?

—Al contrario; pero usted solo rinde culto a la diosa Razon.

—No tiene que quejarse de ello la diosa Amistad.

—Es verdad, señor, y extendió cariñosamente su mano al solitario y a Enrique.

—¿Qué, también se va este caballero? dijeron las tres Monasterios a un mismo tiempo.

—Sí, amigas mías.

—¿Que no vive usted aquí, señor don Enrique? se atrevió a preguntarle la menor, con el más tierno acento.

—Sí, señorita, vivo en la hacienda pero no en las casas.

—Pues no es usted el que dirige los trabajos?

—Justamente.

—¿Y entonces los abandona usted?

—No, señorita, porque estaré aquí mañana a la misma hora que los otros trabajadores.

—¿Vive usted muy cerca?

—Como a tres leguas.

—¡Jesus! qué sacrificio! ¿Tendrá usted que levantarse con noche para llegar a tiempo!

—Aquí hai la costumbre de principiar los trabajos cuando comienza a rayar el sol; así que tengo en mi favor todo

el crepúsculo de la mañana: tiempo suficiente para llegar con oportunidad.

Un mozo trajo dos caballos ensillados, y el solitario y Enrique partieron.

X.

Luisa se quedó mirándolos por largo tiempo... Una sola vez volvió la cabeza Enrique, y aun en la distancia pareció animarse su fisonomía... Luisa sintió el choque, y un ligero carmin subió a sus mejillas... luego dirigiéndose a las Monasterios las convidó a entrar al salón.

—¿Qué diferencia con la noche anterior, señora! exclamaron las alojadas, dirigiéndose a doña Juana, que estaba sentada negligentemente en una poltrona junto a la chimenea.

—Es verdad, señoritas, todo pasa.

—¿Y no se aburre usted en esta soledad?

—Es mi manera de vivir habitual, tanto en la ciudad, como en el campo; me basta mi hija... y doña Juana miró a Luisa con una expresión de profunda ternura.

—Mamita! exclamó Luisa, acercándose y tomándole una mano, que llevó a sus labios: "diga usted mas bien, nos bastamos."

Los sentimientos verdaderos hablan al corazón: las tres Monasterios quedaron sorprendidas al presenciar ese natural abandono de un afecto recíproco, de que ellas no tenían la menor idea: jamás se habían amado las unas a las otras, sino que, llenas de pequeñas envidias, toda su vida solo había sido disgustos y rencillas, no conociendo la dulce fraternidad que hace el interior de la vida doméstica tan llevadero en la desgracia, tan lleno de encantos en la felicidad.

—Divierte a estas niñas, Luisa, dijo doña Juana, acariciándole la cabeza, y señalándole al mismo tiempo el piano.

—¿Qué quieren ustedes que les toque?

—Lo que gustes, Luisita; lo haces divinamente, según pudimos juzgarlo anoche.

Luisa por toda respuesta principió a preludiar, y acordándose de lo que había tocado y cantado a Mercedes en los primeros días de su amistad, comenzó el mismo romance: el recuerdo hace muchas ocasiones las veces de la inspiración o más bien la estimula y provoca: así es que Luisa pensando en su joven amiga y quizá en otra persona, produjo esos sonidos de una melodía indefinible que arroban el alma; y cuando los torrentes de una voz dulce, sonora, vibrante y patética, se dejaron oír, doña Juana quedóse en éstasis por todo el tiempo que duró aquel cántico, que parecía solo digno de los ángeles y que tenía algo de ese perfume de la oración que se eleva hacia Dios y que es la flor de nuestra alma.

—Ven, hija mía, ven, exclamó doña Juana, entusiasmada, casi fuera de sí por la emoción; ven que te abraza, ven, . . . y sentándola en sus rodillas la estrechaba contra sí misma y la decía: esa voz no nace de tu pecho o de tu garganta, sino que brota de tu corazón, es un soplo de tu alma, es tu espíritu virginal el que habla, el que canta y no tus labios; ¿no es verdad Luisa? y la cariñosa, amante, y casi diremos apasionada madre, volvía a acariciarla de nuevo.

Intertanto las tres solteronas, lejos de sentir entusiasmo, experimentaron envidia. No se podían ocultar a sí mismas, por más amor propio que tuvieran, la incontestable superioridad de Luisa, y esto las humillaba, tanto más, cuanto que la aristocrática joven no ponía la menor pretensión en su talento, ni siquiera solicitaba la aprobación o desaprobación de ellas; pero eran demasiado astutas para no ocultar ese sentimiento, haciendo los más grandes elogios, pero de esos elogios estudiados, de esos elogios venales que a naturales sencillas, francas y elevadas como la de Luisa, en lugar de agradar, más bien disgustan.

—Repíte otra vez, le dijo doña Juana a su hija.

—Lo haria con gusto, mamita, pero ya no seria lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque yo solo canto por capricho.

—¿Cómo es eso?

—Para mí, la música casi no es un arte sino una inspiracion. Necesito que me anime un sentimiento; mientras éste dura yo me arrobo. Podria volver a cantar ahora, el piano daria los mismos sonidos, mi boca pronunciaria las mismas palabras, menos el acento, menos la melodía: esto es lo que me sucede, mamita; ya usted ve que no soi música sino por accidente, asi como no habré sido pintora sino una sola vez.

Dofia Juana no quiso insistir, porque le pareció comprender la razon de Luisa; pero las Monasterios, que no se daban cuenta de nada de eso; pareciéndoles que cuanto decia Luisa era solo gazmoñeria, continuaron con la misma exigencia, que hizo cesar la señora, ordenando que sirvieran el té, y diciendo a su hija y a sus alojadas que era necesario recojerse temprano no habiendo dormido la noche anterior.

La orden era dada con ese tono que no admite réplica, y fué preciso obedecer.

Plan de conquista.

I.

Luisa, como de costumbre, se levantó muy temprano y bajó al jardín. Tal vez no la llevaba allí solamente el amor de sus flores, aunque éstas habían sido toda su vida las favoritas de su corazón y a quienes hacía en todo tiempo su primera visita; sin embargo, ahora quizá se asociaba otra persona en esta escursión matinal; en efecto, sabiendo Luisa que debía venir Enrique; quiso verlo llegar y lo probaba bien la expresión de inquietud que un observador cualquiera habría notado en ella, pues a cada instante volvía la cabeza hacia una misma dirección.

De repente se paró, como quien reconcentra toda su atención en un solo punto, y una sonrisa vagó por sus labios: había, sin verlo aun, reconocido a Enrique, que no tardó en aparecer a alguna distancia por el callejón que conducía a las casas.

Luisa continuó cojiendo sus flores: el disimulo parece instintivo en la mujer, aun cuando sea sencilla y franca por naturaleza.

Al entrar en el gran patio, la primera mirada de Enrique fué a las casas y su segunda al jardín: tal vez se había lisonjeado que al llegar iba a ver a Luisa, o un interior presentimiento se lo había revelado. Cuando la hubo apercibido, pintóse la alegría en su rostro, saludándola respetuosamente, a tiempo que ella, como sin pensar, se volvió hacia él.

Enrique se encaminó al jardín, llevando su caballo de la brida.

—Buenos días don Enrique, dijo Luisa. Usted ha estado mui madrugador, a pesar de haber pasado una noche en vela.

—No me he hecho la menor violencia, señorita; pero noto en usted lo mismo.

—Así es, con la sola diferencia que usted tiene que galopar tres leguas, mientras que yo, saliendo de mi cuarto estoy en el jardín. Y bien, ¿se divirtió usted mucho la noche pasada? Nada hemos hablado a este respecto.

—Muchísimo, señorita, y he cometido una falta al no haberles demostrado mi gratitud.

—¿Su gratitud! ¿Por qué? de qué?

—Esa diversion, señorita, recordará usted fué hecha para celebrar la elevacion de mi padre, y yo estaba en el deber, no solo de agradecerlo como lo agradezco, sino de manifestarlo.

—¿Pues no recuerda usted que él ha hecho otro tanto por nosotras?

—En él era una obligacion; en ustedes es una gracia.

—Vamos, vamos, nunca quiere usted confesar nada en su favor ni permitir que se lo reconozcan.

—Si lo hiciera seria de mi parte una vanagloria digna de vituperio; permítame usted tener siquiera la persuasion de mi nulidad.

—Si otro le dijera a usted lo que usted dice de sí mismo, talvez se incomodaria, repuso Luisa, con una sonrisa entre afable y burlona.

—Quién sabe, señorita, si tendria esa debilidad; pero yo no afecto pequeñez por ensalzarme con una humildad hipócrita, sino que en realidad lo siento y estoy convencido de ello.

—No discutiremos sobre su mayor o menor mérito; esto lo apreciarán los otros, y es preferible que usted piense de

esa manera: la modestia y la humildad en vez de apocar en grandecen. Ahora dígame: ¿qué tal le pareció don Pastor de los Monasterios?

—¡Pobre hombre! Lo compadecía, y sin embargo, no podía menos de reirme.

—A mí me ha sucedido lo mismo. Yo hacía los mayores esfuerzos, pero era imposible contenerme. Por otra parte, lo veía tan contento y tan satisfecho, que decía en mi interior: este hombre es feliz; y ahogando de esta manera mi natural compasión, continuaba riéndome: tiene ocurrencias tan orijinales, tan saladas!... ¡jamás había visto yo un ser igual!...

—Pero esas bromas son malas; el señor de Guzmán las reprueba.

—No hai duda que será malo provocarlo; pero cuando él las hace sin que nadie lo instigue, ¿qué partido tomar? Puede uno menos de reirse? Puede uno ir a decirle: "usted es un sonzo?" ¿y no sería peor quitarle sus ilusiones? no se le haría en ello un verdadero mal. Dígame usted: ¿quién le puso en la cabeza la peregrina idea de irse a San Fernando a las tres de la mañana para volver vestido como un titiritero?

—Es mui raro, en verdad! Tanta extravagancia no se comprende.

—¡Y hasta el nombre! Llamarse Pastor de los Monasterios! ¿no lleva ya su sello de predestinado, como vulgarmente se dice?

Enrique se sonrió.

—Pero ¿lo creerá usted? Estoy sumamente agradecida a ese caballero y en medio de su ridícula orijinalidad tiene para mí algo de simpático.

—¿Qué motiva esa gratitud, señorita?

—El que mi mamita ha pasado un día alegre. Había mucho tiempo que no la veía reir de tan buena gana. En vano quería reprimirse, porque le era imposible. Yo goza-

ba de verla tan contenta y se lo agradecía al señor de los Monasterios. Pero no vaya usted a pensar que mi mamita es burlona por carácter, no, don Enrique, jamás se permite esas chanzas ni las tolera en los otros, porque prueban mal corazón: ¡pero ese caballero traspasa los límites de la extravagancia! ¿cómo resistir a la tentación? Le aseguro a usted que cuando salimos del salón para ver qué motivaba la grande algazara que se sentía en el corredor y me apercibí de don Pastor vestido de frae, con chaleco blanco, corbata blanca y unos guantes verdes que vi brillar al tiempo de saludarme; no fui dueña de mí misma; pero cuando al quitarse el sombrero descompuso su peluca, dejando en descubierto una parte del cráneo, ya toda moderación era imposible, y ni la presencia de sus hijas, que estaban casi a mi lado, me contuvo... Otro tanto le pasó a mi mamita, la que casi se desmayó a fuerza de tanto reírse; ¿y cómo evitarlo? Hai sentimientos tan espontáneos, que no se someten a la fuerza de la voluntad o que nacen a despecho de ella; y por mas prevenido que uno esté, siempre lo sorprenden.

—Tiene usted razón, señorita, tanto mas que hasta el señor de Guzman no pudo quedar impassible.

—Ya lo creo... Dificilmente hai en el mundo un ser parecido a don Pastor de los Monasterios.

—Y las señoritas sus hijas ¿se le asemejan algo?

—Así me está pareciendo.

—¿Entonces la diversion va a continuar?

—Seguramente, pues tendremos al señor don Pastor el sábado próximo; queda usted convidado.

—Gracias, señorita.

Y Enrique, viendo que sus compañeros se dirijian al trabajo, despidióse de Luisa, que continuó tomando flores para mudar los maceteros de su cuarto y del de su mamá.

II.

Antes de la hora de almuerzo, las tres Monasterios convidaron a Luisa para ir a dar una vuelta por el trabajo, no llevadas por la curiosidad, sino por el deseo oculto de ver a Enrique, que disimulaban con el interés que decían tener por la obra; pero Luisa se excusó, porque creyó impropio el presentarse, bajo el pretesto de que tenía que estar en el dormitorio de su mamita antes de levantarse para ayudarla a vestir; pero les dijo que todo estaba a su disposición y que podían ir solas.

Las tres solteronas no se hicieron de rogar. Azuzadas por el deseo de ver a Enrique, a quien se habían propuesto atraer a toda costa, se encaminaron resueltas a donde los trabajadores.

Como el día anterior se habían fijado en el lugar en que se encontraba Enrique, sin decirse nada las unas a las otras, fuéronse directamente a él; y en efecto, hallaron al joven en el mismo sitio, mirando los planos y con el compás en la mano, pero rodeado de cuatro o seis hombres, con quienes hablaba familiarmente.

Embebidos los artesanos en lo que estaban haciendo, ninguno reparó en la presencia de las tres señoritas, que se acercaron hasta ponerse a la espalda de Enrique, que ocupaba el centro del grupo.

—Usted es incansable para el trabajo, señor don Enrique, dijo al fin una de ellas.

El joven obrero se dió vuelta con precipitación.

—Señoritas! . . dispensen ustedes.

—No hai de qué, don Enrique; continúe usted su trabajo; no queremos perturbarlo.

Los otros artesanos se retiraron por deferencia.

—¿Puedo servir a ustedes en algo?

—Oh! sí, repuso la menor; le agradeceríamos a usted in-

finito que nos mostrara todo y nos lo explicara usted mismo.

—¿Pero no lo incomodaremos mucho?

—Iba en este momento a distribuir el trabajo que corresponde a cada uno de nosotros.

—¿A cada uno de los artesanos, querrá usted decir?

—Yo soi tan artesano como ellos.

—No se apoque usted inútilmente, señor don Enrique. Nosotras sabemos mui bien a qué atenernos a ese respecto; pero vemos que quizá lo incomodamos.

—De ningun modo, señoritas... estoi a sus órdenes.

—Vamos entonces.

Enrique tuvo que dejar su trabajo, aunque de mala gana, pero ante todo estaba obligado a ser cortes.

La excursion demoró mas de una hora, porque cada una de ellas le hacia distintas preguntas, sin olvidar algunas indirectas sobre el estado de su corazon y si no habia pensado alguna vez en el matrimonio... La fastidiosa charla se habría prolongado quién sabe hasta cuándo, si no viene un sirviente a prevenirlas que el almuerzo estaba servido.

—Vamos, pues, señor don Enrique, dijo la mayor; ya le hemos quitado a usted bastante tiempo, fuera del que perderá con nosotras en el almuerzo, pues lo retendremos cuanto podamos.

—Yo almuerzo y como con mis compañeros, señoritas.

—¿Usted no va a la mesa?

—Solo de vez en cuando, y esto porque me lo ordenan las señoras.

—Es admirable! ¿y cómo estaba usted en el baile y hablaba familiarmente con la señora doña Juana?

—La señora es mui bondadosa, lo que le hace olvidar con frecuencia la diferencia de posiciones.

—Tambien nosotras queremos usar del mismo privilegio invitándolo ahora, seguras que la señora doña Juana y Luisa no lo tendrán a mal.

—Agradezco, señoritas, pero me es imposible aceptar. Por otra parte, estoy muy recargado de trabajo.

—¿Decididamente no quiere usted venir?

—No puedo, señoritas.

—Vaya, vaya! . . esto es inconcebible . . ¡ir al baile y no ir a la mesa!

Las tres Monasterios, algo picadas, se separaron de Enrique, haciéndole una reverencia casi fría.

El joven volvió a su trabajo con un poco de mal humor, el que fue aumentado por las bromas de sus compañeros, que, aun cuando tenían por Enrique consideración y verdadero cariño, no por eso habían perdido la franca familiaridad que reina generalmente entre las personas de una misma profesión y cuya clase y fortuna está poco más o menos al mismo nivel.

III

Intertanto, las tres Monasterios contaban a doña Juana y Luisa lo que les había pasado con Enrique, sin ocultar la extrañeza que les causaba tal conducta.

Doña Juana se limitó a decirles que ella había convidado con instancia a Enrique para que comiese diariamente a su mesa; pero que era tan modesto, que nunca había querido aceptar, con excepción de los domingos, lo cual aumentaba su mérito y el buen concepto en que ella lo tenía.

—¿Pero que no es un joven de clase? preguntó con insistencia la mayor de las tres hermanas.

—¿Qué significa eso de clase? dijo doña Juana con ironía.

—¿De calidad?

—Todos tienen clase y calidad.

—¿De familia?

—No conozco a nadie que no sea hijo de sus padres.

—Usted me comprende, señora, y no quiere contestarme.

—Pues bien, ese joven es de primera clase, de la mejor calidad y de la mejor familia.

—Entonces no sé cómo clasificar esa estremada modestia, que mas bien parece una timidez pueril.

—Hai virtudes que muchos no comprenden, respondió doña Juana con severidad. Básteles a ustedes saber, señoritas, que yo aprecio mucho a ese jóven; que a mas de apreciarlo le debo servicios de consideracion, y que la mas lijera crítica sobre él me desagrada.

Tan terminantes palabras, dichas con ese tono señor y altivo que caracterizaba a la aristocrática matrona, impusieron a las Monasterios de tal manera, que no hallaron qué contestar.

En el resto del dia no se atrevieron a ir donde Enrique, pero en la noche, cuando se vieron solas en su cuarto, principiaron a hacer sus conjeturas y comentarios sobre lo ocurrido, deduciendo de todo esto que doña Juana era la mujer mas vanidosa y mas insoponible de este mundo y que lo mismo saldria Luisa; pero ya cambiarán las cosas, dijo la mayor, tan luego como el casamiento de mi padre se efectúe, porque entonces veremos si es tan arrogante con nosotras y si permite o no a ese pobre jóven que venga a la mesa; porque sin duda alguna no es él quien rehusa, sino que es ella la que se lo prohíbe, abusando de la diferencia de fortunas; pero luego verá que nosotras, aun siendo mas nobles que ella, no tenemos tan ridículas pretensiones: ¿no es verdad hermanas mías?

Ambas hicieron un signo de aprobacion con la cabeza.

—Sin embargo, no deja de ser extraño, continuó siempre la primojénita, que le prohiba venir a comer y que al mismo tiempo lo defienda tan calorosamente.

—Quién sabe! contestó la menor; quizá me equivoque; pero tal vez ese vejestorio tiene algunas pretensiones; y a la vez que lo alaba, lo mantiene a la distancia para no dar que hablar y para que el muchacho se forme una idea mas alta de su grandeza.

—Otro pensamiento se me ocurre a mí, dijo la hermana,

del medio; ¿no pudiera ser muy bien que temiendo que nosotras se lo arrebatemos, tanto mas cuanto que la otra noche Enrique permaneció casi exclusivamente a nuestro lado, haya dado últimamente la orden de que no comparezca en sociedad?

Las tres hermanas continuaron conversando sobre el mismo particular hasta muy entrada la noche, sin comunicarse por esto ninguna de ellas su pensamiento principal, que reservaban para sí.

IV.

Enrique continuaba sin alteracion el mismo género de vida que se habia propuesto seguir: llegaba diariamente a las casas al salir el sol y se retiraba al ponerse, no presentándose en las habitaciones de las señoras sino rara vez y cuando era espresamente llamado por doña Juana: esta conducta maravillaba cada vez mas a las Monasterios, sin poder adivinar la causa, cambiando a cada momento de opinion y no acertando con la verdadera, que era la que les habia dicho el mismo Enrique; pero no por esto ellas dejaban de verlo diariamente y repetidas veces, bajo el pretesto de su admiracion por la obra, que visitaban dos o tres ocasiones al dia, entablando en muchas de ellas conversaciones con el obrero, que varias veces, para libertarse de tan empalagosa charla y de ciertas insinuaciones que él, a pesar de su sencillez, iba al fin comprendiendo, en cuanto sentia que venian, o se lo advertian sus amigos, subíase precipitadamente al primer andamio que se le presentaba, aparentando trabajar fuertemente, lo que contristaba sobremanera a las tres solteronas, que no podian conversar con Enrique sin ser oidas de los otros trabajadores que estaban allí cerca y que se mordian los labios para no reirse. Este expediente habia salvado a Enrique durante toda la semana de tres declaraciones, pues cada una de las Monasterios tenia la intencion

de abordarlo por separado. El se felicitaba de su astucia, y se habria felicitado mas si hubiese previsto lo que le aguardaba, porque estaba mui lejos de pensar que era blanco de tres aspiraciones distintas que venian a refundirse en una sola: la de matrimoniarlo. (1)

La semana llegaba a su término, pues era viérnes, y al dia siguiente debia de venir el papá de estas señoritas, es decir, don Pastor de los Monasterios, sin que ellas hubieran avanzado nada en su proyecto, tanto en el que concernia al autor de sus dias, cuanto en el suyo propio; de modo que estaban lo mas contrariadas y resueltas a aprovechar la primera coyuntura que se les presentase para asestar el golpe; pero si todas tenian el mismo pensamiento, cada una queria obrar por sí misma respecto al interes privado, que era el que mas les urjia, y en combinacion respecto al jeneral, que era el matrimonio del papá, que vendria indudablemente a tomarles cuenta de sus operaciones.

Para conseguir su objeto, en lo concerniente a Enrique, resolvió interiormente cada una presentarse sola en los trabajos y allí tener una esplicacion definitiva, de cuyo buen éxito no dudaban; así es que ese día se levantaron mas temprano que de costumbre, ataviándose con mayor esmero, pero sin decirse una palabra.

La mayor, que habia dejado todo preparado desde la noche anterior, fué la que se compuso primero y salió del dormitorio con el pretexto de ir al jardin, diciendo a sus hermanas que la aguardasen para hacer juntas la excursion a la obra.

Apenas se encontró en el corredor, cuando se dirijió precipitadamente hácia la parte de los edificios donde estaba el principal trabajo y donde Enrique se hallaba con frecuencia.

Uno de los carpinteros santiaguinos, muchacho alegre y

(1) Discúlpenos este neologismo.

algo burlon, en cuanto apercibió a la solterona mayor, fué corriendo donde su compañero y le dijo: "Allá viene una de tus tres damas, que se dirige hacia nosotros como una flecha; mírala, de esta sí que no te escapar: ¡cuán feliz eres!"

—No me buscará a mí; viene sola.

—Por lo mismo, quiere hablarte sin testigos; esto está de manifiesto.

—No juzgues mal del prójimo.

—¿Acaso esto es juzgar mal? Yo creo que ella trae buenos intenciones; vamos, Enrique, no pierdas tan bella ocasión, aprovecha de esa señorona y serás feliz; si yo no fuera casado y si a mí me quisieran, quizá me tentaría...

—No seas truhan; ¡qué diablos estás diciendo?

—Lo que oyes, y acuérdate de lo que yo te digo... en dos segundos mas estará con nosotros, pues en lugar de andar vuela; y a fuer de buen compañero, que siempre he deseado tu dicha, yo me escabullo y los dejo a solas.

—Demonios! exclamó Enrique, asomándose por un agujero; creo que es cierto.

Y sin mas ni mas trepóse arriba de la torre en cuya base estaban, por una de las vigas que sostenia el andamio a falta de escalera.

El compañero de Enrique quedóse en el mismo lugar esperando el desenlace.

V.

La señorita Monasterios atravesó varias piezas llenas de escombros, sin poder encontrar a Enrique, hasta que se decidió a preguntar a uno de los carpinteros por el señor arquitecto.

El artesano le respondió que probablemente lo encontraría al pie de la torre, donde habia ido poco rato antes.

La solterona siguió la direccion que le daban, no reparando mucho en los escombros que de vez en cuando la retenian por el vestido.

Al fin, llegó al pie de la torre, y se encontró con el joven de que acabamos de hablar y que aparentaba no haber oído ni visto nada, según lo absorto que estaba en el trabajo.

La señorita Monasterios, al no ver a Enrique, pareció disgustada; pero componiendo su semblante, tosió para llamar la atención del obrero, y cuando hubo ésta vuelto la cara, lo que hizo con mucha gachaza, le dijo:

—Acaban de asegurarme que el señor arquitecto estaba en este lugar.

—No la han engañado a usted, señorita, contestó el muchacho, quitándose su gorra y aparentando el aire más sumiso.

—¿Dónde está, pues?

—Arriba de la torre, señorita.

—¿Cómo arriba de la torre!

—No hace mucho que subió para arreglar el gran reloj que va a colpcarse en ella. ¿Ha visto usted, señorita, ese reloj? ¡qué cosa tan magnífica! Tiene cuatro esferas, lo mismo que el de la Compañía. (1)

—No le pregunto a usted nada, por el reloj, amigo mío, sino sobre su patron.

—Ya creo haber contestado a usted, señorita, que mi patron el arquitecto estaba arriba de la torre.

—Pues bien; yo quisiera ir allí, porque necesito verlo.

—¡Ir arriba de la torre! nada sería, mas fácil; pero por dónde subir?

—Por la escala.

—Desgraciadamente la escala no está todavía hecha, ni siquiera comenzada; de consiguiente, tendría usted que esperar mucho tiempo.

—¿Y por dónde ha subido entonces él?

—En cuanto a él, señorita, es muy diferente. Es lo mismo que gato y trepa por todas partes.

—¿Y por dónde ha subido entonces él?

(1) Todavía este templo no se había devorado por las llamas del fanatismo.

—Pero en fin, ¿por dónde? exclamó la solterona, deses-
perada.

—Por aquí, señorita; y el carpintero señaló una de las
vigas perpendiculares que sostenian el andamio.

—¡Por allí!

—Sin la menor duda; yo mismo lo he visto.

—Si fuera siquiera una escalera, dijo interiormente la sol-
terona, tal vez me atrevería!.. ¡pero una viga pelada!..
imposible!..

Después de un momento de reflexion se le ocurrió una
idea que, en su concepto, era muy feliz y vendría a dar el
mismo resultado; y dirigiéndose al artesano con su mas dulce
voz, le dijo:

—Amiguito mio, voi a exigir de usted un servicio que
será bien recompensado.

—No necesito de eso, señorita: puede usted mandarme!..

—Veo que usted tiene muy buena voluntad y esto será
también tomado en cuenta.

—Estoy a sus órdenes, dijo el perillan, inclinándose para
ocultar la risa, pronta a escapársele.

—Necesito hablar con el señor don Enrique, es un asunto
que le interesa a él sobremanera, y desearia que usted
fuera inmediatamente a llamarlo, previniéndole que baje
en el acto, pues lo espera una señorita. No se olvide usted
de decirle que el tiempo urge.

—¡Ah! señorita, yo cumpliria con el mayor gusto, pero
¿por dónde subir?

—Por ese mismo palo; usted es tanto o mas joven que él
y debe tener la misma agilidad.

—¡La misma agilidad! Solo un mono puede igualarlo!..
Si quiere usted que lo llame a gritos, porque debe estar
muy arriba, lo haré en el acto.

—¡A gritos! No, amigo, todo el mundo oiria!..

—Indudablemente, ¿pero qué inconveniente hai en esto?
El bajará, estoy seguro de ello!..

—No, amigo, es reservado lo que tengo que hablarle; y ademas, quiero que ignoren que he estado aquí.

—Sin embargo, no pueden menos de haberla visto muchos de los trabajadores.

—Esa no es jente, y nada me importa.

—Gracias por el cumplido, señorita.

—No lo digo por tí, sino por los demas, porque desde ahora quedas bajo mi proteccion.

—Entonces lo que su merced quiere es que no la sepan en las casas.

—Justamente.

—Pues si no se dá prisa, van a pillar a su merced, porque allí veo venir a otra señorita en la misma direccion que usted traia hace poco.

La solterona miró.

—Ah! dijo, es mi hermana! silencio... Si habla contigo le dirás que no me has visto, ¿entiendes?

—A las mil maravillas.

—Otra recomendacion.

—Diga, su merced.

—Prevendrás a don Enrique que yo he estado a buscarlo: ¿me conoces ya?

—Quien ha visto a su merced una vez no puede olvidarla.

—Gracias por el cumplido, y ya recibirás tu recompensa... ¿Le dirás, pues, que he estado a buscarlo?

—Entendido.

—¿Y que mañana necesito hablar a solas con él?

—Está bien, señorita.

—Ahora ¿por dónde se debe salir para evitar encontrarme con mi hermana?

—Por esa otra puerta, señorita, que dá al otro costado del edificio.

—Te encargo la mayor puntualidad y la mayor discrecion.

—Pierda su merced cuidado. Esto va bien, exclamó el artesano cuando hubo desaparecido la mayor de las Monasterios; ¡de buena he librado a Enrique! Exigente la viejecita! y qué ánimos! Si hubiera habido una escalera, de seguro que se trepa aun cuando se le hubieran visto las piernas!... Yo he sido un leso en no habérsela procurado; ¡cómo me habiara reído! Pero este es el primer acto; vamos al segundo... ya no tarda en correrse el telon, porque la otra vez dará a parar aquí, lo mismo que la primera.

VI.

La señorita Monasterios que ahora iba a entrar en escena, segun la feliz espresion del artesano, era la menor de las hermanas, que, habiendo visto salir a la primera con direccion al jardin, segun habia asegurado, se dió prisa en llevar a ejecucion su proyecto; pero previendo que podia ser espiada por su otra hermana, tuvo la peregrina ocurrencia de esconderle una de sus medias; de manera que mientras perdía tiempo en buscarla, ella lo aprovechaba, impidiéndole así salir de su cuarto, que era lo que en realidad deseaba.

Venia, pues, la menorcita, como ya lo hemos visto, siguiendo el mismo camino que la primera, y tambien con la misma precipitacion, lo que hizo suponer al artesano que este era el segundo acto de la comedia; en consecuencia, púsose a aparentar que trabajaba, tratando ínter tanto de combinar algun plan que hiciese mas chusca la entrevista; pero la rapidez con que marchaba la pretendiente no le dió lugar a ello, viéndose obligado a valerse únicamente de su inspiracion del momento; porque sintió en ese instante el frotamiento del vestido de la jóven, que entraba al cuarto.

—El señor don Enrique Lopez ¿está aquí? preguntó la niña con altanería.

—No precisamente aquí, pero sí en el mismo punto.

—¿Cómo es eso?

—Que soi para él, no precisamente un antípoda, pero sí una cosa parecida.

—¿Te estás burlando, muchacho?

—De ningún modo, señorita; jamás un pobre artesano como yo tendría semejante atrevimiento con una señorita como su merced. Lo que yo he dicho, y vuelvo a afirmar, es que el señor arquitecto se encontraba en el mismo punto que yo y era casi mi antípoda; porque, en lugar de estar piés con piés, él tiene los suyos sobre mi cabeza. Me parece que no puedo expresarme mas claro.

—Déjate de rodeos y dime luego dónde se encuentra el señor Lopez.

—A fé mia que no es difícil adivinar: arriba de la torre, señorita.

—¡Arriba de la torre!

—Por esto decia a usted que estaba en el mismo punto que yo y que era mi antípoda, con corta diferencia.

—Pues bien, vé a decirle que venga inmediatamente, que yo lo necesito.

—¡Esta mismísima orden me dió la otra señorita y no pude cumplirla, porque no hai escala para subir!

—¿Qué otra señorita?

—La que acaba de estar aquí; y que, si no me equivoco, es su hermanita, pues lleva el mismo traje y se parecen tanto...

La solterona se puso colorada; el artesano la miró sonriéndose y luego añadió:

—¿Si su merced vendrá con el mismo fin?

—¿Qué fin es ese?

—Un fin honroso, señorita; pues, si no he oído mal, creo que era una proposicion de casamiento; pero debia haber primero una entrevista, que me encargué yo de comunicar al señor ingeniero.

El muchacho mentia con la mayor desfachatez.

—¿Es posible?

—¿Se admira su merced de esto? El señor ingeniero es un caballero de mucho mérito y mui interesante...

—No lo dudo... está a la vista. ¿Pero así ha hablado mi hermana?

—No pudiendo verlo a él, porque no se atrevió a subir por ese palo, me lo comunicó a mí, que soy el favorito del señor ingeniero.

—Ah! ¿tú eres el favorito?

—Sí, señorita, para servir a su merced.

—Y despues que ella salió, ¿has hablado con el señor Lopez?

—Si no he tenido tiempo todavia! pues apenas salió la otra señorita, cuando entró su merced.

—¿Es decir que no lo has visto?

—Si lo hubiese visto le habria hablado, porque la otra señorita me dijo que le interesaba mucho al señor ingeniero; y como yo deseo su felicidad, porque es tan bueno conmigo, en cuanto lo vea se lo comunico.

—No hagas tal, amigo mio.

—¿Cómo que no haga tal! ¿Entonces su merced quiere que yo no trabaje por los intereses de mi patron y que no haga cuanto pueda por su dicha, sabiendo que él formará indudablemente la mia? No, señorita: en este punto permítame que no ceda jamas...

—No es mi ánimo decirte que no te empeñes por hacer feliz a tu patron, sino que, por el contrario, yo deseo que no se haga para siempre desgraciado...

—Esto ya es otra cosa, ¿Qué debo, pues, hacer yo para evitar esto?

—No decirle una palabra de lo que te encargó mi hermana.

—¿Y si ella me dijo que le convenia mucho al señor don Enrique?

—Te engaña.

—Que dependia de esto su felicidad.

—Lo único que depende de esa comunicacion es la desgracia de toda su vida...

—Su merced me asusta, señorita, y no sé qué hacerme; no sé qué partido tomar; porque su hermanita me habla con tanta seguridad...

—Porque a ella le conviene.

—¿Entonces lo que a ella le conviene no le conviene a mi patron?

—Mira, ¿no encontrarias tú mejor que don Enrique se casase conmigo?

—En eso no me meto yo, señorita; lo único que puedo decirle es que su merced es mas jóven...

—Mucho mas jóven; me alegro que lo conozcas. ¿Y esto te parece poco?

—La juventud no deja de ser algo, porque mi patroncito es todavia mui muchacho; apenas tendrá unos veinte y dos años cuando mas, y la hermanita de usted...

—Es infinitamente mayor que yo... Casi puede ser mi madre.

—Sin embargo, señorita, puede el señor ingeniero tener sus compromisos, y sus gustos, y sus caprichos, y...

—No hai compromisos, ni gustos, ni caprichos en esto, porque nunca le ha hecho la corte a ninguna de mis hermanas.

—¿Ni a usted tampoco, señorita?

—En cuanto a mí es diferente; a mí me ha hecho sus demostraciones con los ojos y sus insinuaciones mui marcadas con las palabras.

—Ya esto es diferente; pero no comprendo cómo la señorita mayor ha podido venir a ver a mi patron, sin que haya mediado antes alguna cosa.

—Maldita vieja, dijo para sí la menorcita de las Monasterios; todo lo ha echado a perder, y no sé qué contestar a este muchacho. Pero creyó salir bien del paso diciéndole:

—Déjate de averiguar asuntos que no te competen y que

pertenecen a personas de un rango social superior al Luyo.

—Me parece, señorita, que no he sido yo el que he tratado de mezclarme en ellos.

—Basta de réplica y obedece.

—¡Pero, señorita!

—Ni una palabra mas.

—Está bien, no diré nada.

—No te digo que no digas nada, sino que el recado que te dió mi hermana se lo comuniques al señor Lopez de nombre mio.

—Obedeceré, señorita, en consideracion a que la merced es la mas cercana a la edad de mi patroncito y a que ya le ha hecho ésto algunas manifestaciones.

—Yo no tengo sino diez y ocho años, mientras que mi hermana mayor pasa de los treinta.

—¡Pero, qué jugada le va a hacer su merced a su hermanita mayor!

—Ya comprenderás que no podia ser de otro modo a causa de la notable diferencia de edades.

—Ahora que me acuerdo, ¿y si por casualidad viniera la tercera hermanita de sus mercedes? porque estoi seguro que son tres señoritas muy parecidas las que yo he visto.

—Si viene mi otra hermana, dícelo.

—Así como han venido sus mercedes.

—Imposible...

—Pero si sucediera?

—Si sucediera, le dirias que el caso que daba era impropio de una señorita, y que tú no te prestabas a nada, quitándole hasta la mas remota esperanza.

—Obedeceré a su merced en todo, señorita, hasta que sea la menor, que es la que sin duda conviene más a mi patron.

—Tienes razon, y yo sabré recompensarte como mereces, y tu fortuna depende de tu obediencia.

El carpintero se inclinó, y la menor de las Montañeros

salió, sino del todo satisfecha, al menos llena de esperanzas...

VII.

En cuanto hubo partido la mas jóven de las tres solteras, el carpintero miró hácia afuera para cerciorarse de si vendria o no la tercera; y no viéndola aparecer por ninguna parte, subió en el acto al escondite de Enrique.

El jóven obrero habia oído las dos conversaciones, y estaba triste mas bien que lisonjeado, porque estaba mui lejos de mirar aquello como un triunfo, compadeciendo por el contrarió a esas pobres mujeres, que, participando de la candidez de su padre, no hacian mas que ponerse en ridiculo.

—Vaya, le dijo su compañero al verlo, no tienes el airo de un conquistador, sino de un vencido. Al verte, no parece que las divinidades vinieran voluntariamente a ponerse a tus plantas, sino que hubieras recibido un desaire ultrajante; ¿qué es esto, amigo mio? Yo creía encontrarte con la risa de la felicidad en los labios, y veo casi lágrimas brotar de tus ojos.

—No te burles, Ramon; (este era el nombre del carpintero) mira que la burla prueba crueldad y mal carácter, y yo desearia que no fueras así. Tú has obrado mal, amigo mio, en seguir y aun en empujar esa broma. Mui bien podias haberles dicho la verdad y no seguir el engaño llamándome ingeniero y denominándome patrón; pues si ellas hubieran estado ciertas de mi clase y de mi condicion, habrian retrocedido y no se habrian espuesto a tus burlas y a la de los demas. Ahora me pesa el haberme ocultado, porque yo les hubiera dicho lo que necesitaban saber, mientras que en este momento me es mas difícil quitarles la ilusion, y yo tengo que pasar por un sacrificio mayor, viéndome obligado a entrar en largas explicaciones y talvez a herir su amor propio, por tal de que no continúen en un engaño que pudiera

serles perjudicial, no solo a sus sentimientos, sino a su honra, porque se espondrían a la befa de todos.

—Querido Enrique, exclamó Ramon; dominado por aquella bondad, mansedumbre y rectitud de juicio; siempre tienes tú razon y es imposible no someterse a cuanto tú dices, no practicar cuanto tú ordenes; pero la tentacion era tan grande, que me ha sido imposible resistir. ¿Quién no se habria reido en mi lugar y no habria hecho peor que yo en igual caso? Ya conoces mi jéuio un poco inclinado a la broma; y sin embargo, he conservado cierto aire de seriedad; pero, te lo confieso, era para reirme mas tarde a mis anchas, porque la aventura tenia un aspecto tan cómico; ¡y tener que perder tan hermosa oportunidad de divertirse! todavia no me resuelvo.

—No critico, amigo mio, mucho de lo que has hecho, porque hai individuos tan estravagantes y situaciones tan graciosas que es imposible no reirse de ellos; pero es malo alentarlos y provocarlos, porque eso ya prueba malignidad. Tampoco critico tu carácter festivo y algo burlon, confesando que muchas veces me has divertido con tus agudezas, que nunca dejan de tener algo de picante; pero, amigo mio, todo tiene su límite, y cuando dañamos a un tercero, ya el buen humor es un delito, como lo seria el tuyo si pretendieras seguir adelante esta desagradable aventura, poniendo mas en ridículo a esas señoras; y como no podrias divertirte a solas, lo comunicarias a los otros, y ya tienes como harias un mal sin remedio; y un mal tanto mayor cuanto es irreparable. Con que así, Ramon, te pido por favor que no prosigas ni cuentes esto a nadie, porque seria hasta insultar a las dueñas de casa, bajo cuya proteccion están esas señoras, puesto que se encuentran bajo su techo. Por otra parte, amigo mio, ¿todos los seres no son acaso criaturas de Dios? Y si hai algunos mal dotados, ¿es de ellos la culpa? Y burlándonos de sus defectos, ¿no es burlarnos de las obras del Altísimo? ¿Quién puede decirnos tampoco que el

individuo que bajo un aspecto provoca nuestra risa, no tenga bajo muchos otros cualidades mas superiores a las nuestras? Yo me acuerdo de un pobre tonto, mui conocido en la calle de San Pablo, a quien llamaban don Antonio, y que era sirviente de unas señoras Bascuñanes; pues bien, este idiota, de quien reían hombres, mujeres y niños y se rien todavia, es el individuo mas fiel, mas activo, mas honrado, mas servicial para con sus amos. Ahora bien; quizá la mayor parte de los que se burlaban de él no tenian sus virtudes ni eran capaces de esa abnegacion de toda la vida, de ese cariño que por nada se borraba. Dime ahora, Ramon, ¿no merece mas bien elogio que rechifla, respeto que burla, consideracion que risa, un hombre que posee esas cualidades? Sin la menor duda. ¿Y por qué no pueden encontrarse en el mismo caso las personas de que nos ocupamos? Y aun cuando no lo estuvieran, la caridad nos manda ser indulgentes, la razon nos lo aconseja y el Evangelio nos lo previene para nuestro propio bien en aquella máxima que dice: con la vara que mides serás medido.

—Me has dado una leccion, Enrique, que sabré aprovechar. Nunca habia tenido tales ideas ni se me habian pasado por la imaginacion, pero ahora las comprendo, las acepto y te las agradezco. Está seguro que no revelaré a nadie lo que tú me aconsejas callar.

—Si supieras, Ramon, el gusto que me das al oírte expresar así, comprenderias cuánto te afecciono.

—Gracias, Enrique, gracias; tu cariño tiene el don de hacer bueno; parece que en tu afecto viniera envuelta la virtud.

—Déjate de eso, Ramon, y sigamos nuestro trabajo interrumpido.

Los dos artesanos continuaron trabajando en silencio.

Rencillas fraternales.

1.

Una escena diferente tenía lugar casi a la misma hora en la habitación reservada a las tres solteronas; mientras Enrique aconsejaba a su compañero la prudencia y la compasión, las tres hermanas, llenas de rencor y de odio, se disputaban la palma de la maledicencia, del despecho y de la recíproca envidia.

Cuando la menor estuvo de vuelta, ya se encontraba la primojénita en su cuarto contando a su otra hermana que había apercibido a la última dirigirse sola y muy de prisa hacia el departamento de los trabajadores, lo que le hacía presumir que no iba con muy buenas intenciones, pero que lo averiguaría, pues como mayor tenía derecho de vigilar sus pasos.

Hallábanse en esta conversación, cuando apareció la hermana menor, que fué el blanco de una mirada escudriñadora hasta la impertinencia y severa hasta la odiosidad. Ella comprendió en el acto que algo pasaba o que algo se tramaba en su contra, y con aire no menos arrogante que despreciativo, les dijo:

—Parece, queridas hermanas, que ustedes se ocupan de mí.

—Lo has adivinado: el pecado siempre acusa.

—Lo he leído en los rabiosos ojos de ustedes, tan llenos de baja envidia.

—Atrevidal ¡así osas hablar a tus hermanas mayores y justamente cuando mas debieras avergonzarte!

—¡Avergonzarme! ¿De qué?

—De lo que has hecho, humilde e ignorante palomita...

—No te comprendo.

—Ya lo preveía que no debías comprenderme, pero yo me tomaré el trabajo de abrir tu inteligencia.

—Estas en tu derecho, hermana mía: tú puedes ser casi mi madre, lo que te da la facultad de instruirme.

La menor conocía el flaco de su vieja hermana; y había en eso de la maternidad un sarcasmo tan hiriente para la solterona, que se puso cárdena de cólera, y con la voz trémula respondió:

—¡Ya veremos a esta pichoncita treintona; pues sábele que solo te falta un mes para cumplirlos, aunque digas que solo tienes dieziocho;... ya veremos cómo se comporta la tierna niña!

—¿Cómo me comporto? Ya me ves; y en cuanto a si es verdad que yo estoy tan cerca de los treinta, no me negarás que tú has cumplido los cuarenta; y que si yo afirmo que tengo dieziocho años, tú nunca vas allá de los veinticinco; de consiguiente, me llevas en todo la preferencia, porque eres mas vieja, hasta el punto de poder ser casi mi madre; porque eres mas presumida, pues te quitas mas años; porque eres mas fea, pues tienes dientes postizos y estás obligada a teñirte las canas.

—Atrevida, miserable, ya verás cómo voy a castigarte: esta ocasion te acordarás de mí para toda la vida.

—Si tú confiesas que puedes ser mi madre, te doy voluntariamente el derecho de reprenderme.

Esta nueva ironia exasperó de tal modo a la mayor de las solteronas, que parándose furiosa le dijo el mas grande insulto que se puede dirigir a una mujer.

La otra, montada en cólera, le descargó una terrible bofetada; pero interviniendo la del medio las separó, diciéndoles:

—Estamos en casa ajena; ¿qué dirían por Dios! si oyeran

o supieran esto! Es preciso moderarse y hablar y tratarse como señoritas que somos.

—Todavía no estás castigada como mereces, repuso la menor, en tono mas bajo pero no menos colérico; pues yo contaré a papá lo que me has dicho y no he de parar hasta que te pongan en las monjas, donde debieran haberte colocado hace ya mucho tiempo.

—Y yo le diré lo que yo he visto; y entonces se sabrá cuál de las dos entra primero; pues queriendo detenerte en tu carrera de perdición, lejos de escuchar mis consejos, has sido la primera en insultarme.

—Quisiera que te dejases de reticencias para saber a qué atenerme y poder apreciar esos consejos que todavía no he tenido el gusto de oír.

—Ya lo verás.

—Di, porque estoy curiosa de ver salir de tu boca consejos y de qué naturaleza son éstos.

—¿Dónde fuiste esta mañana?

—Eso ¿qué te importa?

—Me importa, porque debo vijilar tus acciones, y te he visto hoy ir muy de prisa hacia el lado de los trabajadores. ¿Piensas que se me oculta lo que buscabas? No, joven candida, inocente y sencilla palomita; yo sé tus intenciones: pon la mano sobre tu corazón y dime si acaso me equivoco.

—¿Con que sabías tú eso?

—Sin verlo lo he adivinado: ibas en busca del joven ingeniero.

—Pues yo no he tenido necesidad de tanta penetración: no he tenido necesidad de adivinar, sino que sabido y visto...

—¿Qué puedes haber sabido y visto?

—Que la pobre viejecita, tan llena de moral, tan llena de consejos, tan desprendida y tan santa, me había tomado la delantera; porque cuando yo iba, ya ella estaba de vuelta,

cuando yo buscaba al joven ingeniero, ya ella habia hablado con el secretario y le habia dejado el encargo de ofrecer su corazon, su mano y su fortuna... ¿Me acusarás ahora a mi padre? Tienes el derecho de amonestarme? Puedes expresarte como te has expresado?

II.

La vieja solterona estaba aterrada y no tuvo otro recurso que decir: "Dios mio! qué calumnia" y metió la cabeza entre sus dos manos.

—¿Qué calumnia! volvió a decir la menor; tú sabes muy bien que no es calumnia, siendo muy fácil hacer llamar al secretario o favorito del ingeniero, que descubrirá la verdad.

—No nos debemos rebajar hasta ese punto, dijo la mayor, levantando la cabeza; es preciso que seamos mas dignas.

—Convengo en ello; pero tambien convendrás en que no tienes nada que echarme en cara.

—Todo está pasado: olvidemos y perdonemos; esto es lo que nos manda el Evangelio.

Asi concluyó esta desagradable escena entre solteronas, que, lo mismo que las beatas, terminan con una oracion cuando acaban de murmurar de todo el mundo.

Con dificultad se encuentran en la sociedad seres mas perniciosos que las solteronas (1) que, por lo jeneral, entran en el gremio de las beatas, de esas mujeres de alma seca, dura, maldiciente; que se comen a Dios para tener el derecho de pelar al prójimo; que no aman a nadie a no ser a sus ídolos de madera o de barro; que no encuentran virtud sólida, sino aquella que tiene por base las prácticas absurdas de un ignorante paganismo; que llaman impíos a los que no tienen sus creencias, aun cuando cumplan con los dulces

(1) Esta palabra jenerica que nos vemos obligados a emplear, tiene honrosas excepciones, pues hai señoritas, y estas no son tan raras, que por delicadeza y por elevacion de sentimientos no han tomado estado; de consiguiente, nosotros no hablamos con ellas sino con la mayoría.

preceptos de la caridad cristiana; que se llevan atisfando las flaquezas humanas para contarlas a todo el mundo, bajo el manto de la compasion y del deseo de enmienda; que no comprenden ni las conmueve una accion heroica, sino la chismografia sacerdotal; que, roídas de envidia, detestan la juventud y la belleza; y que, perniciosas, ignorantes y mal intencionadas, créense, sin embargo, el santuario de la fé y las columnas del cristianismo. . . Por desgracia, en nuestra sociedad y particularmente en la fanática poblacion de Santiago, abunda esta clase de jentes, que confunde la moral con el rito, la relijion con la ceremonia, Dios con el ídolo, figurándose que la virtud es el rezó y que les basta pronunciar algunas palabras que saben de memoria, para ser las criaturas predilectas de la Divinidad, particularmente si agasajan al confesor, si le sirven el mate, si le cuidan la ropa, si le hacen provisiones de esquisitos dulces y si tienen un altar que vestir. . . Entonces ya se creen con el cielo asegurado. . . y bien pueden hacer lo que se les antoje, pues es imposible que se pierdan, porque ya se han conquistado la voluntad de nuestro padre San José, de nuestra señora del Cármen, de Dolores, de Mercedes, del Tránsito, del Rosario, de Monserrate, de Covadonga, en sociedad con los Antonios, con los Franciscos, con los Filomenos, con los Loyolas, con los Agustinos, etc., etc. Hé, aquí, las creencias, la fé, la relijion, el culto, la moral de esas pobres mujeres, que no tienen mas conciencia ni mas guía que la de una credulidad ciega que las arrastra a un fanatismo estéril a la vez que pernicioso, porque corrompe en lugar de corregir, porque degrada en lugar de elevar, porque embota la inteligencia en lugar de fomentarla, porque las desvia del verdadero camino en lugar de enseñárselo, porque impide el progreso del alma y del cuerpo, manteniendo a la primera en la ignorancia y al segundo en la inmundicia; y sin embargo, este es el ideal de las beatas, pues es el estado perfecto a donde se empeñan en llevarlas los sacerdotes.

Las declaraciones.

I.

Al día siguiente debía llegar don Pastor de los Monasterios, y sus hijas aun no habían dado un paso adelante en el proyectado casamiento de su querido papá.

Reconciliadas en apariencia, pero odiándose en el fondo cada vez más, principiaron la consulta entre ellas sobre la manera como debían abordar la cuestión con Luisa, de cuyo buen éxito dependía en gran parte la realización de sus propias esperanzas; porque era fuera de duda que con este enlace su posición cambiaría; y aunque en realidad no participasen de la fortuna, tendrían al menos las apariencias, que era lo que bastaba en su concepto para determinar a Enrique, ya fuera por la una o por la otra; de consiguiente, la principal diligencia que había que hacer era llevar a cabo el casamiento; que respecto a la conquista de Enrique cada una se proponía triunfar, valiéndose de sus propios recursos, para lo cual pondrían en juego su astucia femenina en combinación de sus hechizos.

Enrique, de vuelta al cortijo del solitario, contó a éste la extraña aventura que acababa de sucederle, no con la fatuidad del hombre que se alaba de un triunfo obtenido, sino con la intención de pedirle un consejo que le indicase el mejor medio de salir de un conflicto.

El solitario, con toda su gravedad y filosofía, no pudo menos de reírse a su vez, tanto por el ridículo arrojado de las solteronas, cuanto por lo embarazado y triste que se mos-

traba Enrique por el desenlace de aquella graciosa aventura; pero volviendo luego a su seriedad habitual, aprobó en todo el proceder de su joven discípulo, admirando la delicadeza y bondad de sentimientos con que se había conducido y pensaba conducirse para no engañar a sus enamoradas sin herirlas, prefiriendo mas bien aparecer a los ojos de ellas en una clase inferior a tener que alentar sus esperanzas creyéndolo su igual.

—Mañana es sábado, dijo el solitario, y te acompañaré a las casas, donde permaneceremos hasta el domingo, porque tambien es necesario dar algun solaz al cuerpo y al espíritu.

Enrique no disimuló su alegría, sino que al contrario, exclamó: ¡qué felicidad!

—Pasaremos un dia alegre, pues es indudable que venga don Pastor y que se te declaren esas ninfas: dos acontecimientos mas que suficientes para divertir la jornada.

—No en cuanto a mí, señor, porque esto quita una parte del gusto que tendré.

—Pero en fin, esa contrariedad queda suficientemente indemnizada con el placer de permanecer un dia entero al lado o en presencia de Luisa.

—No lo oculto, señor; esto es para mí la mayor y mas pura felicidad.

—Ya lo sé y tengo la prueba mas infalible de ello.

—¿Cuál?

—La de tu trabajo constante, la de tu esclusiva consagracion al estudio; porque he notado, amigo mio, que duermes únicamente lo indispensable para la vida: tres o cuatro horas, pasando el demas tiempo que te dejan tus quehaceres en provechosas lecturas; y que despues de las lecciones que yo te doi, vuelves a solas sobre ellas hasta muy avanzado de la noche.

—Es verdad, señor, quisiera estudiarlo todo, comprenderlo todo, saberlo todo, si es posible en un mes, en un dia, en una hora.

—Sí, porque tienes el mas poderoso estímulo, el amor, y la fuerza de este amor la conozco por sus milagrosos resultados; nadie habría sido capaz de hacer lo que tú has hecho, de progresar como tú has progresado.

—Lo mismo le sucederá a cualquier otro que encerrase en su pecho igual cariño.

—Tal vez, hijo mio, pero creo que no hai ninguno que tenga una afeccion tan profunda y tan pura, tan entusiasta, y tan tierna como la que tú sientes por Luisa.

—Esto depende, señor, de que ella es divina y mis sentimientos no son otra cosa que un débil reflejo de su naturaleza celestial.

—Bravo, amigo mio; hasta tu manera de espresarte me prueba la ideal delicadeza de tu afeccion.

—Pero comprende usted, señor, que pudiera amarse a la señorita Luisa de distinto modo?

—No; porque entonces ella no amaria.

—¿Y cree usted que ama?

—Sí.

—Señor! exclamó Enrique, palideciendo y apretando convulsivamente las manos del solitario: hai afectos con los que no puede ni debe chancearse el hombre... Una sola palabra es de vida o de muerte, y no debe usted jugarse con la existencia de su semejante, de su amigo, de su discípulo, de su hijo, que lo respeta como a Dios, que lo ama como a padre!

—Hijo mio; repuso el anciano, enternecido, ¿cómo crees que conociéndote a tí y conociendo a Luisa, que amándolos a ambos, fuese por a aventurar una sola palabra que acarrearla su muerte o destruyera su dicha? No, amigo mio; lo que te he dicho es la verdad y puedes gozarte en ella, vivir por ella y estasiarte de ella.

—Por Dios! ¿qué es esto! me parece que he dejado de ser hombre! que he pasado a una región distinta! que ahora no mas es cuando comienza mi existencia! Yo no sabia lo

que era la dicha... no; esto es superior a mi naturaleza... es necesario ser ángel para sobrellevarla... el goce celestial me arrebató... el seno de Dios me recibe... Luisa!... sígueme...

Y el sensible joven, no pudiendo soportar tan fuerte emoción, cayó desmayado en brazos del anciano, que se apresuró a sostenerlo; y tan pálido como Enrique, dijo: imprudente, quizá lo he muerto!

Apresuróse entonces a colocarlo en su lecho, tomó el pulso, puso el oído en su corazón; y la alegría brilló en sus ojos... "No es nada," exclamó; y sacando un frasquito que llevaba siempre colgado al cuello, puso una sola gota del contenido en una cucharada de agua, abrió los labios de Enrique y se la dió a beber... El joven movió los ojos casi instantáneamente... una inefable sonrisa dibujóse en sus labios, y suspiró... un momento después incorporóse en la cama y preguntó al anciano: "Lo que usted me ha dicho ¿no ha sido un sueño? ¿no es verdad, padre mío?"

—He sido talvez imprudente, pero lo que te he dicho es la verdad.

—¿Que ella me ama?

—Sí.

Enrique, por toda respuesta, echóse en brazos del anciano y lo acarició como a un niño...

—Calma, calma, hijo mío; la felicidad como la desgracia tiene sus parasismos que es preciso aprender a dominar... Por esta noche te dispenso de todo estudio; tanto porque no podrias contraerte; cuanto porque es preciso que descanses de tus emociones; voi a prepararte una bebida y te pondrás en cama.

II.

Al siguiente día, aun dormía Enrique cuando el solitario ya estaba en pie, y fué a despertarlo.

El joven se incorporó en la cama, diciendo: "cómo he

podido dormir tanto!" Y viniéndosele al instante a la memoria las palabras del día anterior, saltó del lecho y corrió a abrazar nuevamente al solitario.

—Vamos, hijo mío, vístete y marchemos.

No se lo hizo repetir por segunda vez Enrique; y con esa lijereza tan propia de la juventud y de la esperanza, estuvo listo en un momento.

Cuando se pusieron en camino, el solitario tomó la palabra en estos términos:

—Hijo mío, te he visto casi morir al sólo anuncio de una felicidad de que tal vez te has lisonjeado interiormente: ¿qué sería si te comunicara una inesperada desgracia? Si te dijera, por ejemplo, que Luisa había muerto o que estaba en brazos de otro?

—No hables así, señor, interrumpió Enrique, horrorizado.

—Ya ves que una mera suposición te espanta: ¿cuáles serían entonces los efectos de la realidad? Y sin embargo, nada hai mas posible: un accidente cualquiera puede darte la muerte, y no estamos ni aun seguros que viva en este momento.

—¿Qué es lo que usted dice! ¿Sería tan cruel que quisiera prepararme para recibir semejante golpe?

—No te asustes; nada de lo que te digo es cierto, pues ella vive y ella te ama; pero es preciso que aprendas a vencer, que aprendas a sufrir y a resignarte.

—En los casos que usted me presenta es imposible cualquiera de los dos me heriría con mayor violencia que la del rayo.

—Veo, pues, que no eres otra cosa que el esclavo de tus afectos, y no el señor de tí mismo; que es el punto culminante a que debe aspirar el hombre. Si nuestras pasiones nos vencen, ¿dónde está nuestra fuerza? Solo el que sabe sobreponerse a ellas es el único capaz de escalar el templo de la virtud: la triste filosofía de los estoicos tiene su lado

de admirable en cuanto nos endurece al dolor, haciéndonos superiores al sufrimiento.

—Segun esta doctrina, ¿la insensibilidad es el complemento de la dicha? Mas valdria entonces ser un molusco o un trozo de granito.

—Yo no pretendo destruir la sensibilidad que está en el corazon, sino que quiero unir a ella la fuerza que está en el entendimiento, que nos viene de la razon, que es el divino destello emanado de Dios. El dolor es inherente a nuestra naturaleza; pero la resignación, sin destruirlo, lo vence. El que se suicida no es el que triunfa sino el que bebe; no es la fuerza sino la debilidad; no es la energía sino la flaqueza. El hombre superior es aquel que se sobrepona a sus males, y que, experimentando cuanto tiene de acerbo el dolor, no atenta contra su vida para que cese así el sufrimiento.

Ayer he conocido cuán impresionable es tu naturaleza; y sin quitarte un ápice de tus facultades, quiero preaverte de los peligros a donde esa esquisita y estremada sensibilidad podria arrastrarte. ¿Lo comprendes, hijo mio?

—Sí, señor; pero si la señorita Luisa muriese, o lo que es peor, si la viera en brazos de otro, no podria responder de mí mismo.

—Lo que dices, hijo mio, bajo las apariencias de un grande y desprendido afecto, encierra una dosis no pequeña de egoismo; pero como te conozco talvez mas que lo que tú te conoces, veo que, sin pensarlo, el sentimiento de la pérdida de tu querida, ofusca tu razon de tal manera, que no te apercibes de la elevacion jenerosa de tu cariño, como voy a probártelo.

Ante todas cosas, ¿no quieres tú la felicidad de Luisa? No la prefieres a la tuya propia? No te sacrificarías mil veces por ella?

—Esto no puede ponerse en duda.

—Ya lo sé, y por lo mismo voy a continuar: si mañana apareciera un joven lleno de méritos, lleno de virtudes,

cuya superioridad incontestable asegurase la dicha de tu amada uniéndose a ella, ¿no serias tú ese hombre que, sin destruir tu afecto, ahogases tu dolor para decirle: 'Sé feliz?' No quedarias mas satisfecho con el sacrificio que dichosos con la posesion? No te rogocijarias en tu desesperacion, viéndola afortunada? No llegarías hasta a amar a ese mismo hombre que te la habia arrebatado pero que hacia toda su ventura?

—De veras, señor, lo siento en mí: yo soi capaz de todo eso, o mas bien, siento en mi amor la fuerza suficiente para llegar hasta esa dicha y para convertir en una felicidad infinita el mas agudo de los sentimientos, prosterrándome agradecido, gustoso y lleno de admiracion y hasta de culto ante el hombre que la hiciera feliz...

—Abrazame, hijo mio, abrazame; tu elevacion aumenta mi afecto... ese es el verdadero amor que solo nace en las grandes almas... ese es el único digno de ella y de tí... y ahora comprenderás que lo que decias poco antes no es otra cosa que un sentimiento bajo que jamas ha tenido cabida en tu corazon y que en vez de explicar la realidad de tus afectos solo la confundia.

Los celos, amigo mio, que el mundo cree inherentes al cariño, son únicamente el efecto de las pasiones vulgares. *Donde hai celos hai amor*, dice un antiguo y universal adagio; y sin embargo, tú ves, por experiencia propia, que es imposible que el amor verdadero los esperimente, porque vive en una esfera mas alta, porque se alimenta de la virtud, que sin duda es la esencia de Dios, pues allí es donde se encuentra la dicha inefable, la serenidad infinita y suprema... Para las almas comunes, ese axioma será verdadero, porque no han salido de la esfera del instinto; pero para esas naturalezas superiores que idealizan y depuran de todo vicio el mas notable atributo humano, el amor, los celos no existen... porque, ¿qué clase de celos son los del individuo que, como tú, halla su felicidad en el sacrificio y que con-

vierte en vida, en satisfaccion, en dicha, lo que para los otros seria tormento, desesperacion y muerte? Y todavia hai mas, hijo mio: los hombres que alcanzan a esas elevadas rejiones del sentimiento, son a la vez los mas enérgicos y los mas fuertes; está es la razon que me hace esperar que, en los crueles y amargos lances de la vida, a pesar de la estreñada susceptibilidad de tu organismo, sabrás vencerte haciéndote superior a ellos. Ten presente esta leccion, amigo mio; talvez no está distante el tiempo en que pueda servirte, sacando de ella algun provecho.....

III.

Como de costumbre, Luisa estaba en el jardín cuando llegaron a las casas el solitario y Enrique. Antes de aproximarse, ya el joven la habia apércibido, porque su primera mirada se dirigia siempre a ése punto.

—La señorita Luisa se encuentra en el jardín, señor, desde aquí la distingo, dijo Enrique al anciano.

—Buena vista tienes y prueba que tus ojos están acostumbrados a hallarla, repuso el solitario con dulce ironia; pero ya que la encontramos, tanto mejor; pasaremos a saludarla.

Luisa, en cuanto vió al solitario, corrió hacia él, diciéndole: —“¡Qué dicha es verlo! ¿Por qué se da tanto a desear? Nada le importa nuestra felicidad? Ignora el gusto que tenemos de estar con usted?”

—Zalamera! si yo me dejase seducir por tus palabras, ya me habrias encadenado de tal modo, que a pesar de la frialdad de mis años habria perdido completamente el juicio, abandonando la filosofia y dejando para siempre huérfano a mi pobre Torcuato.

—¿Cómo aún se conoce en ese lenguaje tan lleno de galanteria al brillante coronel de otro tiempo! ¿No le parece a usted, don Enrique, que, al través de la serenidad de las

máximas, de las investigaciones científicas y de la elevada filosofía, se distingue al fino y perfumado dandy, que, rendido y obsequioso ante las damas, solo tiene para ellas alimbaradas espresiones, protestas solemnes y piropos llenos de encantadora aunque embustera gracia?

—Carezco, señorita, de la debida competencia y no puedo ser juez sobre el particular.

—Ya me lo figuraba: usted defiende con el silencio a su maestro, sin contradecir a la dama; ¡no es mala táctica! así queda usted bien con ambos.

—Ya quieres, picarona, embrollar a mi pupilo; pero te advierto que aunque mui jóven, sabe resistir las asechanzas, ¿no es verdad, Enrique?

El malicioso anciano hacia alusion a la aventura del día anterior. El jóven comprendió tambien dónde iba a parar, y se puso colorado como un tomate.

—No temas nada, amigo mio; los brujos no hacemos nunca revelaciones imprudentes.

—¿De qué se trata? preguntó Luisa, algo alarmada por la notable turbacion de Enrique.

—Ya sabré castigarte de lo burlona que has estado, dejándote con la curiosidad.

Enrique creyó prudente retirarse y se despidió, dirigiéndose a su trabajo.

—Vamos, dijo Luisa al solitario cuando estuvieron solos; no me imponga usted un castigo que no merezco; lo confieso, soi curiosa y desearia saber la causa de la turbacion de su pupilo.

El solitario se sonrió y dijo en tono de broma: “es una cosa seria, mui seria.”

--Por la misma razon.

—Diciéndotelo quizá faltaria a la confianza depositada en mí, comprometiendo talvez la reputacion de dos niñas.

Luisa palideció... Un temor vago se habia apoderado de ella... quizá Enrique estaba comprometido; pero dominán-

dóse al punto, dijo al solitario con esa noble dignidad que tanto la distinguía.

—No me diga usted nada... creia la cosa menos grave; pero ya que hai de por medio la reputacion de dos niñas, guarde usted silencio, se lo pido.

El anciano conoció al momento que habia pasado una sospecha por la mente de Luisa y que estaba profundamente herida, pudiendo causarle el silencio tanto mas mal cuanto que mayor habia sido su esfuerzo para vencerse y para aparecer serena. Reflexionando un momento, conoció que seria peor el ocultar la verdad que el perjuicio que atraeria la revelacion, y contó a Luisa cuanto habia sucedido.

La hermosa niña, libre de la fatal sospecha, dió rienda suelta a la mas grande hilaridad; pero el anciano la contuvo, diciéndole:

—En esta jocosa aventura que tanto se presta a la risa, he notado una particularidad que recomienda sobremanera a Enrique, probándome la bondad de su corazon y la nobleza de sus sentimientos.

—¿Qué es lo que usted ha descubierto?

—Que Enrique, en vez de reirse, se ha puesto triste; y lejos de burlarse de esas pobres niñas, se ha compadecido de ellas, no limitándose únicamente a sentirlo así, sino que ha inducido a su amigo a obrar de la misma manera, obligándole a guardar silencio para con sus demas compañeros a fin de evitar a esas señoras el ridículo.

—Tiene él mucha razon, respondió Luisa enternecida; yo he obrado mal al reirme tanto, pero me arrepiento y repararé mi falta. ¡Cuánta nobleza hai en la conducta de ese jóven! Cuán digno es de ser amado!... Y la pura e inocente vírjen se echó sollozando en brazos del anciano, sin preferir ni una sola palabra mas.

—Todavía no es esto todo, repuso el solitario, desprendiendo suavemente a Luisa.

—¿Qué mas hai?

—Que no se ha contentado con obrar como te he dicho, sino que se ha propuesto, cuando llegue el caso de la entrevista, el manifestar a esas niñas su bajo orijen y su posicion humilde, para que desistan de su empeño voluntariamente y sin sufrir la menor humillacion, cargando él con esa especie de oprobio que nace siempre del desprecio de una mujer.

—¡Es admirable!

—No hai por qué negarlo, lo es...

V.

En ese instante aparecieron los tres Monasterios en el corredor; Luisa se sonrió involuntariamente, pero les hizo señas con el pañuelo que viniesen; y como para reparar su falta, estuvo con ellas mas cariñosa que nunca, cuya conducta atribuyeron las vanas solteronas al próximo viaje de su padre, presajando de esto un fácil y seguro triunfo; de manera que ellas no tendrian mas que insinuar la cosa para que Luisa, comprendiéndola, fuese adelante; y su conviccion sobre el particular llegó al grado de la mas absoluta evidencia, cuando Luisa las convidó a tomar flores para obsequiar con algunos ramos al señor don Pastor, que debia llegar ese dia, segun lo habia prometido al tiempo de partir.

—Tienes mucha razon, Luisita, dijo la hermana mayor; mi papá es loco por las flores, y estará mui contento al saber que tú has tenido tan feliz ocurrencia. Pierde cuidado, niña; nos encargaremos de hacérselo presente. Oh! las flores! dicen que son las predilectas de los poetas! por eso mi papá es tan afecto a ellas...

—¡Qué! El señor don Pastor es poeta! exclamó Luisa con infantil alegria.

—Y uno de los mejores poetas chilenos.

—¡Es posible! ¿Tambien tenia esa gracia?

—Ese don querrás decir!

—Me equivoqué. ¿También tenía ese don?

—Y no tan solo ese, sino que a la vez es un distinguido escritor:

—Tengo la desgracia de no conocer ninguna de sus obras.

—No las ha publicado todavía; pero eso no quita que lo sea. En la actualidad tiene el proyecto de escribir sus memorias, y aun no sé si ya ha dado principio, lo que debe ser admirable.

El anciano, que estaba como de costumbre examinando las plantas, levantó la cabeza y miró a Luisa de un modo significativo, como diciéndole: "No vayas mas adelante; estas pobres locas serían capaces de hacer reír al demonio mismo."

Luisa mudó de conversacion; pero fué en vano, porque la menor volvía a tomar el hilo que había dejado su hermana.

—Mi papá, dijo, no solo es poeta y escritor distinguido, sino financista de primer orden: el Intendente de Colchagua siempre se consulta con él.

—¡Y tan bueno como es papá! repuso la hermana del medio; ¡tan bondadoso! Ese sí que es hombre capaz de hacer la felicidad de cualquier señorita...

—¿Pero ya no pensará en el matrimonio el señor don Pastor?

—Quién sabe! Las almas ardientes de los poetas conservan su juventud, su fuego y sus pasiones aun en la edad madura, y mi papá no ha llegado todavía a ella.

El solitario volvió a mirar a Luisa, que contuvo una carcajada.

—Es tan alegre, continuó la solterona, tan jovial, tan divertido, tan entusiasta, que vale mas que muchos de esos jóvenes fátuos e insípidos que no tienen otra cosa que su carita y sus engomados bigotes. Por otra parte, es tan afectuoso. : ¡Cómo idolatraria a su esposa! Qué suerte tan dig-

na de envidia la de la jóven que cautivase su corazon! ¿No lo encuentras asi, Luisita?

—Por el poco tiempo que lo he visto me he formado una idea favorable.

—Ah! si lo trataras con mas intimidad, entonces conocerias al hombre verdaderamente bueno y superior! Solo en la vida de familia es donde pone de maniéfsto sus inagotables tesoros!

—Segun esto, ¿ustedes deben ser mui felices?

—Felicísimas; pero vemos que a papá le falta algo, y deseárimos...

—¿Que se casase?

—Has adivinado, Luisita; porque vemos que su corazon apasionado necesita de afectos mas tiernos y mas íntimos que los nuestros.

—¿Y qué cariño mas íntimo y mas tierno que el de los hijos, especialmente cuando han llegado a cierta edad?

—No te lo negamos; sin embargo, mi papá dice con frecuencia que nada reemplaza a los halagos de una mujer...

—Caramba! ¿asi habla su papá con ustedes? dijo el solitario, poniéndose de pié y mirando a la solterona con señales inequívocas de desagrado.

—Nuestro papá, respondió la mayor de las Monasterios, porque la otra se intimidó con la brusca interrupcion del anciano, tiene en nosotras una confianza ilimitada; no es lo mismo que esos antiguos padres, que apenas permitian levantar la vista a sus hijos, sino que es de la moderna escuela, en que se hacen los amigos y no los tiranos de su familia; asi es que no debe usted estrañar su conducta; pero ya se ve, usted no comprenderá esto, habiendo venido al mundo en otra época...

V.

El solitario habia penetrado las intenciones de las niñas Monasterios y a dónde conducian aquellos rodeos, aquellas

alabanzas y aquellas indicaciones casi directas, que Luisa no comprendía, porque estaba muy distante de imaginarse pretension tan absurda, atribuyendo todo aquello a una vanidad digna de excusa, por manifestar afecto hacia su padre; pero el solitario vio claro en las cosas, y deseando evitarles un nuevo ridículo y a Luisa talvez un disgusto, trató de herirlas un poco para quitarles toda esperanza; en consecuencia, les contestó así:

—Yo no disputo, señorita, sobre edades, pues hace mucho tiempo que no tengo la pretension de ser joven; pero el papá de ustedes, poco mas o menos, será de mi misma fecha.

—Jesus! Dios mio! exclamaron todas a un tiempo; ¡qué comparacion! ¿Está usted loco? ¿Qué te parece, Luisita?

—Sói tambien de la opinion del señor.

—¡Ave Maria! qué ocurrencia! Lo que estás diciendo es pura broma, ¿no es verdad?

Luisa, que no tenia los motivos del solitario, no queria disgustarlas, sobre todo cuando eran objeto de la compasion de Enrique, y respondió con un jesto que podía interpretarse bien o mal.

—Ya lo creo, Luisita, volvió a repetir la vieja solterona; tú no puedes menos de notar la gran diferencia que existe entre la edad del señor y la de mi padre. ¡Cuándo seria capaz este caballero de hacer lo que él hace! de bailar, de cantar, de conversar, como él baila, canta y conversa! Cuando tendria esa animacion, ese fuego, esa galanteria que lo hace el alma de toda reunion! ¡Y es posible que todas estas cualidades, propias de la juventud, sean de un anciano de la edad del señor, como él se atreve a afirmarlo? ¡Qué comparacion, Dios mio! Es preciso ser ciego para no notar la diferencial...

—Pero yo creo haberlo conocido hace como cuarenta años, es decir, en tiempo de los españoles, si no me engaño, en el mismo destino que ahora tiene, y ya era hombre casado y con familia.

Las tres solteronas se pusieron lívidas de furor, con especialidad la primojénita, que, no pudiendo contener su cólera, exclamó:

—Si no tuviéra que respetar sus canas, diría a usted que mentía...

—Lo que significa decírmelo, señorita; y usted tiene el derecho, porque no hai motivo para que yo le infunda tal respeto; pues si mis canas son mucho mas numerosas y están a la vista, no se diferencian sino en la cantidad de las que se ocultan bajo un disfraz...

La vieja solterona saltó como si la hubiera mordido una víbora, y dijo a sus hermanas: "Vámonos, que tal desvergüenza solo merece el desprecio."

—Usted ha sido cruel, señor, dijo Luisa al solitario cuando se encontraron solos.

—He querido corregirlas, y nada mas, por bien de ellas mismas y porque hai un ridículo que daña.

—Pero ellas son bastante desgraciadas, segun piensa su discípulo, por el hecho mismo de ponerse en ridículo sin saberlo.

—Jentes como esas muchas veces son causa de grandes males, y hai casos en que es conveniente detenerlas.

—Usted sabrá lo que hace, pero yo no veo a quién perjudique.

—¿Tenia necesidad el pobre Enrique de pasar un mal rato como el que tuvo y otro peor como el que le aguarda?

—Eso no es de mayor trascendencia.

—Ya lo veo; pero pueden suceder casos peores, y mi objeto era evitarlos.

—¿Cómo! ¿que pensarán hacer nuevas conquistas?

—Talvez.

—Pero aun no hai motivo de alarma.

Y Luisa no pudo contenerse sino que se echó a reir.

—Yo ya lo he maliciado y ojalá me equivoque.

—¿Sabe usted que seria gracioso!

—No tanto como te parece; pero, en fin, puede ser que no...

—Ha picado usted mi curiosidad.

—Hai una sonsera bonachona que a nadie ofende, y otra maligna que daña cuanto puede; y a la última especie es a la que pertenecen las hijas de don Pastor.

—Nunca lo habia visto a usted menos indulgente.

—Muchas ocasiones en la justicia hai cierto grado de severidad que se confunde con la dureza y que está mui lejos de serlo.

—No nos ocupemos mas de este asunto, señor, pues espero que estas señoritas partirán mañana con su padre.

—Si han perdido toda esperanza; pero si les queda, aun cuando solo sea en su imaginacion, alguna remota posibilidad de triunfo, no se irán, bajo el pretesto "que les es tan doloroso separarse de tí; que han resuelto acompañarte unos días más"; y tú, conociendo que te engañan, las soportarás siempre.

—Sin la menor duda; ¿querria usted que las echase?

—No; y este es justamente el motivo por que preferia desengañarlas; y para desengañarlas basta solo con decirles la verdad.

—¿Y la verdad se reduce a probarles que su padre es viejo y que ellas tambien lo son?

—Eso solo basta para destruir sus combinaciones.

—¿Cree usted que lo ignoran? y si así fuera, ¿para qué quitarles una ilusion que las hace felices?

—Yo veo bien que lo saben; pero están persuadidas que les es fácil engañar a los otros, y en ese engaño fundan sus esperanzas.

—Usted quiera hacerse de enemigos irreconciliables.

—Ya lo son; porque no puede haber mayor ofensa que descubrirle la edad a las viejas presuntuosas; pero sea lo que fuere, dejemos esta conversacion, que es algo empalagosa, y vamos al salon, que ya no demorará en levantarse tu mamita.

—Vamos; pero ayúdeme usted a llevar estas flores destinadas a don Pastor de los Monasterios y que en su furor dejaron sus hijas abandonadas.

VI.

Luisa entró al dormitorio de doña Juana dejando al solitario en el salon, de donde huyeron inmediatamente las tres Monasterios para no estar en compañía de aquel monstruo, encerrándose obstinadamente en su cuarto hasta la hora en que fueron llamadas para almorzar.

Ya estaban en la mesa doña Juana, el solitario y Luisa, cuando se presentaron las hijas del administrador de correos con un semblante tan adusto, que denotaba claramente su desagrado interior.

—Doña Juana, a quien habia comunicado Luisa la aventura, estaba de mui buen humor, y cuando las vió entrar les dijo con ironia:

—Ustedes se parecen a las tres gracias, si me es permitido emplear las mismas figuras de que usa con frecuencia el papá de ustedes.

—Gracias, señora, por él y por nosotras, contestó la mayor con voz melíflua; y mirando al anciano, añadió: pero hai muchos que no participan de la misma opinion.

—Eso querría ver; pero como aquí no hai jueces competentes, porque ya mi amigo no tiene voto en estas materias, quisiera hacer llamar a don Enrique, que es jóven y de gusto para que decidiese la cuestion.

Era claro: doña Juana habia tomado su partido y deseaba embromar un rato. Luisa y el solitario lo comprendieron y guardaron silencio, no oponiéndose a ese capricho de la señora, que le proporcionaria unos momentos alegres, de que indudablemente necesitaba y que en su edad le era hasta cierto punto no solo escusable sino permitido tomar,

tanto mas cuanto que aquella broma no salia de un círculo donde no podia tener consecuencias.

—Señora, dijo la menor de las niñas, o de las gracias, como las habia denominado doña Juana; usted va a poner un fuerte aprieto al señor don Enrique, porque en su reconocida galanteria, ¿cómo querrá ofender a nadie?

—No pretendo que se decida por ninguna; pero sí deseo sacar del error a esta señorita; y doña Juana señaló con la vista a la hermana mayor: “que habia muchos que no participaban de mi misma opinion,” lo que significa nada menos que afirmar que yo tengo mal gusto y esto no lo concedo tan fácilmente.

—Es fuera de duda que usted debe conocer en el acto lo que es bueno y lo que es malo, lo que es feo y lo que es hermoso.

—Así me lo he figurado siempre, y por esto voi a llamar un testimonio en mi apoyo.

Y dirigiéndose a un criado le ordenó de llamar a don Enrique.

El jóven obrero, obedeciendo inmediatamente la orden, pasó a su cuarto para cambiar de traje y presentarse con decencia ante las señoras, sin presumir que fuera llamado para almorzar en su compañía.

Doña Juana recibió al artesano con el mayor cariño y le hizo colocar un asiento en medio de dos de las hermanas. En valde se escusó Enrique, porque la señora fué inflexible y no tuvo mas que ceder.

El almuerzo fué animadísimo; todos estaban lo mas contentos; los unos, al ver tan alegre a doña Juana, que reia como una niña al notar las insinuaciones tan marcadas de las tres solteronas y el embarazo progresivo de Enrique, pues a medida que cada una de ellas hacia esfuerzos inauditos por atraérselo, el jóven se encontraba mas y mas confuso, no sabiendo ni qué contestar ni qué hacer. Para colmo de la diversion llegó en ese momento don Pastor de los

Monasterios, que se presentó al comedor con su aire mas satisfecho y mas risueño. El administrador de correos venia metamorfoseado: botines de charol, pantalon y levita flamantes y una nueva peluca que solo diferia en el color, siendo ésta completamente rubia en lugar de castaño como la del domingo anterior, lo que le hacia la fisonomia mas cómica que imaginarse puede.

Doña Juana al verlo, y al verlo tan distinto, batió las manos con entusiasmo: si la comedia habia concluido, iba indudablemente a principiar el sainete.

VII.

Al notar tan buena acogida de parte de la dueña de casa, don Pastor tomó nuevos bríos, y sentándose al lado de Luisa, principió la narracion de cuanto habia hecho en la semana, sin olvidar jamas a las personas tan queridas que tenia distantes, pues en medio de sus ocupaciones estaba siempre su pensamiento en San Jorge, viviendo únicamente de los gratos recuerdos del domingo anterior.

Doña Juana reíase mas y mas de los disparates y de la fatuidad del célebre administrador de correos, prolongándose la sobremesa hasta mui tarde; y habia sido tanto lo que habia hablado y ocupádose de sí mismo don Pastor, que solo al último vino a recordar que traia en su bolsillo cartas para Enrique, las que le entregó escusándose.

Luisa, tan luego como vió la carta, dijo a Enrique de abrirla, pues probablemente venia alguna de Mercedes para ella, lo que en efecto sucedió.

Las hijas del administrador, con ese jénero de observacion maliciosa que caracteriza a los fátuos, notaron esta circunstancia, extrañándose que recibiese Luisa correspondencia bajo la cubierta del jóven arquitecto.

Levantóse Luisa de la mesa, con no poco desagrado de don Pastor, para leer su carta, haciendo otro tanto doña Juana y demas concurrentes.

Enrique aprovechó de esta ocasion para volver a su trabajo y las Monasterios para hablar a solas con su papá e informarle de las buenas disposiciones en que se encontraba Luisa, asegurándole que habrian llegado a establecer su proposicion, la que no dudaban hubiese sido aceptada sin la intervencion impertinente de ese viejo estúpido, que habia tenido la osadia de compararse con él, hasta el punto de afirmar que hacia cuarenta años que lo conocia y que ya en aquella fecha estaba casado y tenia hijos.

—Como usted ve, prosiguió la mayor de las tres solteras, hablando siempre con su padre, ese viejo brujo, como dicen que es, no tuvo otro propósito que desacreditarlo en el concepto de Luisa, haciendo fracasar por este medio un plan tan bien combinado y que llevaba todas las apariencias de éxito, pues Luisa oia con gusto cuanto deciamos de usted, y ya concebirá que hablábamos con mucho entusiasmo de su buen carácter y de sus brillantes cualidades, cualidades que no pueden menos de llenar de orgullo y de llenar de felicidad a cualquier señorita que tuviese la dicha de conquistar su corazon. Luisa escuchaba con sumo agrado todo cuanto deciamos, y aun creemos, por sus respuestas, que se complacia en nuestros elogios, pensando sin duda, y no sin razon, que talvez le cupiese tan envidiable suerte, cuando, como ya se lo hemos dicho, intervino ese maldito viejo.

—Me las pagará el atrevido, contestó don Pastor; ¡qué insolencia! quererse poner en parangon conmigo! y decir que yo tengo la edad de él! y que me ha conocido hace cuarenta años! cómo si Pastor de los Monasterios hubiera tenido jamas relaciones con semejante canalla! Pero, en fin, ¿qué impresion produjeron en el ánimo de Luisa las desvergüenzas de ese badulaque?

—No lo sabemos, porque, ciegas de indignacion, le volvimos la espalda para hacerle conocer nuestro desprecio.

—¿Y Luisa se vino con ustedes?

—No; se quedó con él.

—Malo, mui malo... ese maldito hombre puede quizá desilusionarla; ¿por qué no la llamaron?

—No lo advertimos... ¡era tal nuestra indignacion!

—Mui merecida... Pero debisteis reflexionar... Sin embargo, yo arreglaré las cosas... Y veremos... Ahora, pensando en lo que concierne a ustedes, ¿cómo se ha conducido el arquitecto? Ese es un buen muchacho, jóven, elegante, de buena familia, trabajador, de talento y rico... Se los confieso: desearia que alguna de ustedes lo cautivase... yo estaria mui contento en tenerlo por yerno y me parece que él se daria por mui satisfecho en aliarse con la ilustre familia de los Monasterios, cuya estirpe, como bien lo saben ustedes, es nobilísima.

—No dudamos un momento en que él quedaria mui complacido si una de nosotras accediera a darle su mano; pero no hemos tenido en toda la semana ocasion de hablar con él, sino mui pocas veces, y esto en presencia de los obreros, cuando hemos ido a visitar los trabajos, porque sabrá usted que no come en la mesa ni tampoco duerme en la casa, sino que vive en compañía del viejo brujo, retirándose de aquí constantemente a la caída del sol.

—No puede ser eso.

—Sin embargo, es la verdad.

—Pero el domingo pasado ha comido con nosotros y ahora mismo lo he visto sentado al lado de ustedes; lo que, sea dicho de paso, me causó una verdadera satisfaccion.

—Esto ha sucedido porque la señora doña Juana lo ha hecho llamar espresamente.

—No comprendo esa conducta.

—Ni nosotras.

—Aquí hai algun misterio.

—Puede ser.

—Que yo averiguaré, porque nada se me oculta.

—Hace usted bien, papá; pero principalmente trate usted

de indisponerlo con el viejo brujo y persuádalo que no debe permanecer mas en tan mala sociedad.

—Déjenlo a mi cuidado; mientras tanto, hagan ustedes de modo a procurarme una ocasion en que pueda esplicarme con Luisa a solas.

—Pierda usted cuidado.

—Respecto a ustedes, les dejo la libertad completa de obrar como les sea mas conveniente con relacion a Enrique; ya sabeis, pues, cuánto lo aprecio, y les doi a ustedes de antemano mi consentimiento, aconsejándoles solamente que no hayan rivalidades, sino que sea la una o la otra la que obtenga, se contenten las demas, pues a quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga. . . Ahora volvamos a la tertulia.

Matrimonios frustrados.

I

Enrique no volvió a aparecer en el resto del día ni aun se presentó en la comida, lo que contrarió horriblemente a toda la familia Monasterios: a las niñas, por cuanto esta ausencia desconcertaba sus planes e inutilizaba sus baterías, faltándoles el punto de mira; y al papá, porque se veía obligado, según su opinión, para no faltar a las reglas de buena crianza, a darle conversación a la señora doña Juana, lo cual le impedía acercarse a Luisa, si bien es verdad que no la perdía un solo instante de vista, tratando de decirle con la mirada lo que no le era dado comunicarle de viva voz; pero este juego de ojos era completamente perdido para Luisa, habiendo llegado a convencerse ésta, tan distante estaba de las estrafalarias pretensiones del presumido viejo, que ese movimiento constante de la vista era alguna enfermedad de que padecía el pobre hombre; pero el solitario, que lo observaba con cierta repugnancia, sabía lo que aquella pantomima quería decir.

En la comida, don Pastor no estuvo tan bueno como en el almuerzo, porque reparó que sus dichos no eran tan celebrados, pues doña Juana comenzaba a fastidiarse un poco de aquella charla insignificante, y muchas veces de mal tono; pero el administrador de correos no era hombre de darse tan fácilmente por vencido, y menos creer que cuanto él dijera no fuese agradable y profundo, sino que supuso en el acto que el viejo brujo había influido por debajo en el

ánimo de doña Juana, sin duda por envidia o por temor de que él no concluyera con el prestigio de que gozaba en la casa, e imbuido en esa idea, le lanzaba de cuando en cuando miradas de odio que él creía tan terribles que por sí solas bastaban para intimidar al hombre de mayor coraje.

Terminada la comida, salió el solitario en busca de Enrique con la intención de convidarlo a pasar la noche en el salón; así es que en cuanto se suspendió el trabajo, le dijo:

—Ya sabes que desde ahora principia el asueto; de consiguiente, nuestro deber por el momento es la diversion, no la ciencia; con que así, ve a prepararte para que pasemos la noche en sociedad.

La llegada de Enrique y de su maestro fué aplaudida, principalmente por don Pastor y sus tres hijas, que al fin esperaban se les presentase una ocasión favorable para sondear el corazón del jóven, y según el estado en que se encontrase, hacer de modo a que se decidiera en el acto, estando, como estaban, íntimamente persuadidas que no podría resistir a su lógica, a sus seducciones y a su nobleza. La única dificultad con que creían tropezar era la de ellas mismas, pues cada cual tenía la convicción que las otras se lo disputarían, y esto les obligaba a empeñarse por llamar a cual primero la atención del mancebo, apoderándose en seguida a toda costa de él. Este deseo ardiente de hacerse notable para agradarlo, las hacía hacer las figuras más cómicas y las insinuaciones más directas y extravagantes, a tal punto, que el más ignorante niño podía comprenderlas, lo que principió a producir en doña Juana, con los antecedentes que tenía, igual hilaridad a la del almuerzo.

Las tres hermanas dirigían la palabra a Enrique a un mismo tiempo, y éste, algo avergonzado, no sabía qué contestar limitando sus respetos a simples monosílabos para salir de aquel apuro que no dejaba también de divertir a la señora.

Viendo el administrador de correos que esta maniobra

de sus hijas a nada conducía ni para ellas ni para él, porque con esa petulancia era imposible que el joven se fijara en ninguna, mientras que por otra parte distraía a Luisa, propuso de ir a dar un paseo a la claridad de la luna, que estaba hermosísima.

El pensamiento fué bien aceptado por todos, con excepción de doña Juana, que dijo prefería quedarse por temor de que le hiciese mal el sereno, y del solitario, que por acompañar a la señora también se excusó, de lo que quedó sumamente contento don Pastor, que se veía libre de aquel importuno testigo.

II.

En cuanto salieron del salón, el galante viejecito colocóse al lado de Luisa, inclinó algo el cuerpo, arqueó el brazo derecho a guisa de oreja de jarro, y dijo a la niña:

—¿Querria usted aceptar mi brazo, señorita?

Luisa lo miró un momento con una sonrisa entre burlona y benévola, y le contestó:

—¿Tiene usted las piernas muy débiles? necesitaria usted de mi apoyo?

—No es por esto, señorita... Tengo, gracias a Dios, mas agilidad que un huanaco; pero le ofrezco a usted mi brazo por si le agrada, o si le es mas cómodo.

—Si usted consulta mi gusto, prefiero ir sola: y si la comodidad, me parece que no la conseguiríamos ni el uno ni el otro, pues siendo usted tan chico iria fastidiado y yo tambien... quedémonos mejor como estamos.

—Por lo que hace a mí, en lugar de estar fastidiado seria dichoso; y respecto al tamaño, no es tanta la diferencia... míreme usted, le llego mas arriba del hombro.

Y el viejecito se empinaba cuanto le era posible.

—Parece que usted crece por instantes, dijo Luisa riéndose; hace un momento que creia verlo mucho mas bajo.

—Le engañaría la vista, pero siempre he sido así...

Y el buen hombre volvía a estirarse.

—De cualquier manera, prefiero ir sola; muy bien podemos conversar como vamos.

—Ya sé, señorita, de qué proviene su negativa.

—¿De qué?

—En vano querrá usted negármelo, porque lo he adivinado.

—¿Pero de qué?

—De su confesor...

—De mi confesor! Está usted loco! ¿Qué tiene que ver con esto mi confesor?

—De su confesor, de su confesor, y nadie me lo quitará de la cabeza.

—Si usted está persuadido, me será imposible convencerlo de lo contrario.

—No solo persuadido, sino persuadidísimo, porque sé por experiencia lo que son esos frailes.

—¿Que se lo han prohibido a usted alguna vez?

—A mí, a mí! No faltaría más que eso!... Ya ellos me conocen, y saben quién soy... Por otra parte, no usan de esa táctica con los hombres sino con las pobres y crédulas mujeres... Pero, señorita, usted que es tan educada y que tiene tanto talento, debe hacerse superior a esas cosas, propias solo de los ignorantes y de los fanáticos.

—Le digo a usted que nunca se ha ofrecido tal, porque no me iría a confesar de aquello que no considero como falta.

—Doy de barato que usted no considere esto como falta, en lo que tiene mucha razón; pero los confesores lo dan como consejo, y en seguida lo ordenan. Igual cosa les pasó a mis hijas; pero yo les dije: ríanse ustedes de esas sonseras, y tómense del brazo de todo el mundo o del que ustedes quieran. Y en prueba de ello voy a prevenir a mi amigo don Enrique que las acompañe, y verá usted como ninguna se resiste.

Y apenas acabó de hablar, cuando dirigiéndose a Enrique le dijo:

—Vaya usted a ofrecerle el brazo a mis hijas.

El joven se apresuró a obedecer, porque tenia deseos de desvanecer del todo sus pretensiones. Pero si Enrique anduvo solícito, mucho mas lo fueron las tres solteronas, que saltaron sobre el mancebo como quien se apodera de una presa.

Desgraciadamente, él no tenia sino dos brazos que ofrecer, quedando una de ellas a la *luna de Valencia*, como dice el adagio español.

—Ya ve, señorita, continuó don Pastor, volviendo a anudar la conversacion interrumpida... Ya usted ve lo que son. ¿Qué mas pruebas quiere usted de la rectitud de su juicio y de la esmerada educacion que yo les he dado?

—Ninguna mas convincente, contestó Luisa en tono de broma, al notar que todas tres se habian echado sobre Enrique como *gato a bofe*.

III.

Don Pastor, contrariado porque no habian aceptado su brazo, pero atribuyéndolo a influencias del confesor y a gatzmoñería de beata, tenia siempre la conviccion íntima de su ascendiente sobre Luisa, ascendiente que, si aun no estaba convertido en un afecto tierno, era porque él no se habia explicado todavia, no dudando que, tan luego como hiciera su declaracion, esa niña, fascinada ya, seria completamente suya.

Encasquetado con esta idea, dió principio a la conversacion siguiente:

—¿Ha visto usted, señorita, cosa mas hermosa que los arjentinos rayos de la luna?

—¿Le gusta a usted mucho el astro de la noche?

—¡Ahl señorita!... ¿Qué pregunta!.. Yo soi poeta... Soi

de esas naturalezas que no viven sino de luz y de afecto! . .
¿Cómo quiere usted que no admire a Fedora?

—¡De luz y de afecto! . . Pero usted está demasiado gordo para que solo se sustente con tan espiritual alimento! . .

—¿Qué importa la materia! Tal vez porque no le hago caso es que quizá mas se desarrolla; . . pero el alma, el amor, la poesia, la gloria, hé ahí mi existencia y mi aspiracion! . . Si usted viera las composiciones que he hecho, los gruesos volúmenes que he escrito, se convenceria de que mi alimento es puramente espiritual, como usted ha dicho bien.

—Ya tenia noticia de su gran talento; y aunque no he visto ni oido citar ninguna de sus obras, estoy persuadida que deben ser de mucho mérito.

—De muchísimo, Luisita, yo se lo aseguro... No hai nada escrito que se asemeje a lo mio... pero todavía soi capaz de mas.

—¿Es posible!

—¿Lo duda usted?

—El talento humano tiene su límite.

—Pero no el mio, o mas bien, yo mismo ignoro hasta dónde llegaria mi inspiracion si tuviera un afecto...

—¿Pues no tiene usted tres?

—Mis hijas! No lo niego; pero este cariño es apacible, no quema, no exalta, no eleva... Lo que yo necesito, Luisita, es el amor...

La jóven, sorprendida, se volvió para mirar a aquel ente tan raro, y luego le dijo:

—¿Ame usted a Dios...

—Dios en una abstraccion, y está en los cielos, mientras que yo vivo en la tierra.

—De la tierra se va al cielo, señor de los Monasterios, y segun lo que dijo el solitario esta mañana, a usted le debe faltar poco tiempo para abandonar este valle de lágrimas...

—¿Cómo puede usted dar crédito a ese hombre? Si así fuese, ardiera en mi pecho el fuego de la pasion, el fuego

del amor con tanta vehemencia? Porque, sépalo usted de una vez, Luisita, yo quiero a una mujer...

—¿Qué es lo que usted dice? repuso la niña sorprendida, y mirándolo de alto abajo con aire de repugnancia.

—No se asuste usted, señorita; no se asuste, pues si es verdad que adoro a una mujer, es porque lo merece y es porque tengo para con ella las mejores intenciones. Yo no soy un libertino, Luisita, no pretendo perder a una niña burlándome de su credulidad, sino que estoy dispuesto a ofrecerle mi corazón y mi mano. Estoy dispuesto a llamarla mi esposa ante Dios y ante los hombres, y postrándome a sus pies decirle: "Aquí teneis a. Pastor de los Monasterios; poeta, escritor, hombre de estado; que ponga a vuestras plantas su reputacion, su gloria, sus laureles y que sólo pide en recompensa un destello de amor nacido de vuestros ojos para pasmar al mundo con el fuego de la inspiracion, con la atrevido de su pensamiento, con la profundidad de sus concepciones, y esta aureola brillante se reflejara tambien sobre vos; porque llevais su nombre; porque sois su compañera y su esposa tierna."

Y don Pastor paróse un momento, mirando con ojos conternecidos a Luisa para ver el efecto que habian producido sus palabras; que creia irresistible.

—Parece, señor, contestó la jóven, con su benévola sonrisa, que los rayos de la luna lo inspiran.

—Los rayos de la luna y el pensamiento de la mujer...

Strvaso ahora responderme categóricamente: ¿no es verdad que la señorita a quien yo diérami corazón, mi fé y mi nombre seria mui feliz?

—Así lo creo, contestó Luisa, de un modo distraído.

Al oir esto, la exaltacion del don Pastor llegó a su colmo; y seguro del triunfo, hincóse de rodillas ante Luisa, a quien tomó precipitadamente una mano, diciéndole: "¡Luisita!... estoy a vuestras plantas... esa señorita a quien adoro sois vos... seremos felices, ¿no es verdad mi amada?

Luisa, sorprendida, no podía creer aun en lo que veía y oía, y retirando su mano por instinto mas que por reflexion, dijo al viejecito, que permanecía todavia prosternado:

—¿Qué es lo que usted dice, señor don Pastor?

—Que os amo y que sereis mi esposa...

—¿Se está usted jugando o está usted loco?

—Ni lo uno ni lo otro: empeño mi palabra con toda seriedad... os lo juro...

—Basta de chanzas.

—El hombre que ama como yo no se chancea, Luisita... creedme... dadme a besar vuestra mano y mui luego estaremos unidos para siempre...

—¿De veras que no es broma lo que usted dice?

—Por mas inverosímil que os parezca el haber alcanzado mi afecto, que se han disputado en vano tantas mujeres hermosas, por mas inverosímil que os parezca el haber realizado esa esperanza, tenedlo por cierto: lo que os he dicho es la pura verdad.

—Ya esto se pasa de cómico, es grotesco, repuso Luisa; y luego añadió: "levántese usted, señor, antes que lo vean, porque su postura es mui ridícula y sus pretensiones mucho mas"...

Si un rayo hubiera caido sobre la cabeza de don Pastor no le habria hecho tanto efecto como esas palabras depreciativas y glaciales que acababa de oír.

—Levántese usted, volvió a repetirle Luisa, con autoridad, y vaya a juntarse con sus hijas, pues yo me vuelvo al salon; y diciendo y haciendo, lo dejó plantado en el mismo lugar y en la misma actitud; pues aquel inesperado desengaño habia producido en él el mismo efecto que si hubiese caido de una altura inmensa, faltándole las fuerzas necesarias para ponerse en pié.

IV.

Así permaneció largo rato hasta que al fin pudo pararse; y obrando la rabia y el despecho una fuerte reaccion sobre sus nervios, se dirigió precipitadamente donde sus hijas, diciendo en voz alta: "necia, necia... ¿qué más quería?... ha perdido la mas bella ocasion de hacerse célebre... ¡tratar-me de loco, reirse como de un niño y volverme la espalda con desprecio... ya me la pagará..."

Las tres solteronas no tenían mejor el semblante y hablaban con mucha animacion entre sí, cuando llegó su padre; que no viendo a Enrique les preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Nada de particular: ese hombre es un plebeyo y lo hemos despreciado como indigno de nosotras.

—Pues ¿qué! ¿no es arquitecto?

—Simple carpintero e hijo de un soldado y de una lavandera. ¡Qué chasco hubiera sido el nuestro! ¡Y usted que nos lo recomendaba tanto, que nos decía que era un arquitecto distinguido, un hombre de mucho talento y de una ilustre cuna!... ¿cómo ha podido engañarse así?

—No es posible.

—¿Cómo que no es posible, cuando el mismo nos lo ha confesado! ¿Y Luisa? no viene con usted?

—Luisa es una estúpida mojigata, indigna del afecto de un hombre como yo.

—¿Cómo es eso? ¿qué es lo que ha pasado?

—Nada mas sencillo: desde el principio que le ofrecí mi brazo y lo rehusó, conocí lo que era; pero temiendo equivocarme, proseguí adelante, hasta que aburrido de su insipidez y de su fatuidad, la dejé sola y se volvió al salón.

—Eso ha estado un tanto descortes.

—¿Qué quieren ustedes? He obrado sin duda como ustedes, pues estoy seguro que tan luego como supieron el origen

plebeyo de ese joven, abandonaron su brazo. Yo hice otro tanto cuando estuve cierto de la nulidad de esa muchacha.

—Ya se ve; ¿pero qué haremos ahora?

—Volvemos a San Fernando. Ojalá nunca hubiéramos venido a este maldito paseo... ¡Lo que es ser condescendiente! Si no hubiéramos cedido a tanta instancia, no habríamos experimentado este desengaño y perdido nuestro tiempo, sobre todo yo, que tengo tantas ocupaciones que atender.

—Y nosotras que nos hemos sacrificado una semana en esta soledad, en lugar de pasarla agradablemente entre nuestros amigos y amigas de San Fernando!

—Ya el mal está hecho y no tiene remedio; ¿pero cómo irnos ahora?

—Ahora es de noche; partiremos mañana de alba.

—¿Y en qué carruaje? porque el que me trajo hoy se fue.

—Pídale usted uno a doña Juana.

—Yo! ni por un pienso!... ya debe saber lo que ha pasado con su hija, y me espondría a un desaire...

—Para nosotras también es desagradable exigir un servicio de personas con quienes no hemos de volver a tener amistad.

—¿Pero no hai otro medio?

—Lo que podemos hacer es fingir que nos han escrito de San Fernando, convidándonos para una comida y que es indispensable que partamos mañana; y viendo esto, serian muy impolíticas si no nos ofrecieran su coche, tanto mas cuanto que nos hemos sacrificado haciéndole compañía a Luisa.

—Tienen ustedes mucha razon y no dudo que esto suceda; con que entonces ¿nos vamos mañana sin falta? ¿Y si nos convidan a quedarnos por ser domingo?

—Nos sirve de pretexto para rehusar, el convite que nos han hecho.

—Está bien.

Y padre e hijas dirijieron sus lentos pasos hacia el salón, no dándose prisa en llegar; pues a pesar de haberse considerado triunfantes y de haber menospreciado los partidos que habian creído fácil conseguir, se veían humilladas interiormente y no sabían con qué cara presentarse ante las mismas personas que afectaban desdenar.

V.

Luisa, como hemos visto, que se separó la primera, fué también la que se presentó antes que las demás, y sin que dijera una palabra, comprendió el anciano la escena que habia tenido lugar y que ya él preveía, de antemano, no habiéndole sido posible evitarla, pues sabía que, aunque cómica, desagradaría a Luisa.

—¿Qué se han hecho las demás? preguntó doña Juana a su hija inocentemente; porque si hubiera sabido el caso, era capaz de haber despedido en el acto y con cajas destempladas a don Pastor de los Monasterios, a pesar de descender en línea recta de los reyes de Castilla.

—Se han quedado atrás, mamita, pero supongo que vendrán muy luego.

—Ya comprendo, estarán tratando el asunto de matrimonio; quisiera estar por un lado para oírlo! qué divertidos deben ser esos coloquios, y la embarazosa posición de nuestro pobre arquitecto!... ja, ja, ja! ¿Cómo va a conducirse para escapar de las tres; porque debe ser un sitio en regla... Y el padre, ¿qué pitos tocará en el asunto? Has perdido el mejor sainete que verás en tu vida, Luisa; ¿por qué te has vuelto tan pronto, pudiendo haber venido a referirnos la escena?

—Porque delante de mí no se habrían atrevido...

—Tienes razón; era preciso dejarles el campo; pero ahora nos dirán algo, los semblantes.

Pocos momentos después entraba don Pastor en compañía de sus tres hijas.

—Y bien, señoritas, ¿han quedado ustedes encantadas de su paseo? La luna está hermosísima; supongo que habrán poetizado bastante, con especialidad el señor don Pastor.

Ya doña Juana había notado lo mustias que venían todas, y continuó con ironía:

● —Y nuestro arquitecto, ¿dónde lo han dejado ustedes?

—Su carpintero, querrá usted decir, señora, respondió con tono desdeñoso la solterona mayor.

—Sea como ustedes quieran dijo doña Juana, riéndose del despecho interior que demostraba la palabra carpintero.

—No es materia para reírse, repuso la menor, que era la más intrépida; porque nosotras al aceptar el convite a casa de usted creíamos encontrar a jentes de nuestro rango y de nuestra sociedad, y no a un artesano, hijo de un soldado y de una lavandera...

Doña Juana se puso pálida de rabia; pero Luisa, conociendo que iba a replicar con enfado y quizá a echarles en cara sus pretensiones burladas, le hizo una seña para que les tuviera compasión.

La aristocrática matrona se contuvo entonces y les dijo con calma.

—Basta que yo reciba a una persona en mi salón para que sea digna de asociarse con lo que hai de más noble y encumbrado en el mundo; porque yo soi tal vez demasiado severa y demasiado exigente para conceder al primer venido mi amistad; y ya que ustedes han visto aquí a don Enrique, es porque en realidad lo merece. Ahora si ustedes me han honrado con su presencia, ha sido ignorándolo yo completamente, pues no había tenido el honor de conocerlas antes, y mi hija solo ha mandado convidar a los Zúñigas y algunos de sus amigos íntimos, en cuyo concepto, y nada mas que en ese, han sido ustedes recibidas en casa con toda la urbanidad de que somos capaces.

—Sin embargo, señora, hemos notado que usted no reci-

bia en pié de igualdad al pretendido arquitecto, desde el momento que no lo permitia comer a su mesa diariamente.

--Yo soi, señorita, el único juez de mis acciones; pero debo advertirles que si ese jóven no viene a mi mesa todos los dias, es porque lo ha rehusado él mismo, y esa modestia de su parte, independiente de muchas otras cualidades recomendables, lo honra y lo hace digno de mis consideraciones y de mi afecto.

La hermanita menor, que, como hemos dicho, era la mas arrogante, iba a replicar otra vez, cuando apareció Enrique en el dintel de la puerta con esa majestad humilde del ser libre que no ambiciona consideraciones ni las espera, pero que tampoco se intimida... La presencia del jóven le cerró los lábios.

--¿Qué era lo que usted iba a decir? preguntó doña Juana intencionalmente, haciendo al mismo tiempo señas a Enrique para que pasara adelante.

--Que nos han mandado un propio de San Fernando convidándonos para mañana a casa del intendente, donde, segun se nos dice, habrá comida y baile.

--¿Es posible? replicó doña Juana con su irónico aplomo; ¿por qué no nos lo habian dicho ustedes antes?

--Porque acabamos de recibirlo.

--¿Durante el paseo?

--En este instante.

--¿Qué casualidad! ¿Es decir que quedaremos mañana privados de la agradable compañía de ustedes? ¡Y yo que habia pensado que pasaríamos el dia domingo tan alegremente como el anterior! ¡Qué lástima! ¿Pero no les seria a ustedes fácil rehusar bajo cualquier pretesto?

--Imposible, señora; hemos dado nuestra palabra, y aunque mujeres, sabemos cumplirla religiosamente.

--Soy capaz por tal de retenerlas, de dar orden para que no se les prepare ningún carruaje.

--Aunque agradecemos su buena voluntad, lo sentiríamos

infinito, porque la señora del intendente es tan buena y nos quiere tanto, que nada hace ni determina sin consultarnos, colmándonos de agasajos cada vez que nos ve.

—Si ha de perder la sociedad de San Fernando y el señor intendente su principal y mas necesario adorno, no haré mas oposicion, porque sería un egoismo de mi parte privarlas a ustedes y a ellos de un dia agradable: Tendrán, pues, ustedes a la hora que gusten un coche para que las lleve.

—Gracias, señora; deseáramos que fuera temprano.

—Les he dicho a ustedes a la hora que mas les convenga, y si lo desean, puede estar listo en el acto.

—Lo que disponga papá.

—Lo que ustedes quieran, mis queridas hijas.

—La luna está hermosísima, y no habria el menor peligro en volcarse; el cocheru es diestro y los caballos mansos.

—Entonces partiremos, dijo la mayor de las hermanas, que comprendió que no querian retenerlas.

Don Pastor se puso en actitud de despedirse, y otro tanto hicieron sus hijas, que solo entraron un momento en su dormitorio para acomodar en un saco de viaje sus cintas y adornos.

Doña Juana, que ignoraba lo que acababa de pasar entre su hija y el ridículo viejo, tenía compasion de él y hubiera deseado realmente que se quedase, al menos hasta el domingo, para divertirse un poco a sus espensas y que no fuera a constiparse, y así le dijo:

—Me parece algo precipitada la partida, señor don Pastor; bien podía retardarla hasta mañana.

—Mis hijas ya lo han resuelto, y cuando un Monasterio dice una cosa, no vuelve jamas atras.

—¿Qué firmeza!

—Este es el distintivo de la familia; su rasgo mas característico.

—De manera que si usted llegase al poder, muy fácilmente se convertiría en castreño.

Don Pastor, antes de responder, reflexionó un momento; buscaba la ocasion de haber conocido a Luisa cuánto habia perdido, y quiso aprovechar aquella coyuntura que se le presentaba para hacer ostentacion de su mérito y de sus futuras espectativas, y así dijo:

—Los Monasterios tienen un carácter indomable, y si yo llego al poder, lo que no está distante, seré un segundo Portales.

—¿Es posible, mi señor don Pastor! ¿Quién lo diría? Las apariencias de usted son mas bien de un cordero; ¿pero hai posibilidad de su elevacion?

—No tan solo posibilidad, sino casi certidumbre, pues he recibido insinuaciones de las altas rejiones del poder para que me haga cargo de la cartera de hacienda.

—¿Y usted, qué ha resuelto?

Y doña Juana se mordía los labios.

—Lo estoy pensando; no he dado todavía una contestacion definitiva, pero la daré luego.

—¿Ya se puede contar con toda seguridad de que usted va a ser ministro?

—Talvez.

—En ese caso, mi señor don Pastor de los Monasterios, como usted será un segundo Portales, espero que lo contaremos siempre en el número de nuestros amigos, porque aquel célebre personaje no andaba con bromas con sus adversarios, sino que tenia un brazo de hierro para contenerlos y aun para castigarlos, ¡y pobres de nosotros si fuéramos a caer en desgracia con su noble sucesor!

El viejecito paseó una mirada de triunfo sobre todos, y la detuvo sobre Luisa como diciéndole:

—Ya ves lo que llegaré a ser, y por consiguiente lo que has perdido; tiémbla de mi venganza.

—Usted es demasiado buena, señora, para temer algo de parte del mandatario.

—Pero si ese mandatario es como Portales, puede salir

bien tener caprichos como aquel, y en tal caso vivir muy espuestos a sus golpes de autoridad.

—No tema usted nada, señora, seremos amigos.

—Entonces, si somos amigos, talvez obtenga muchas gracias, porque tambien don Diego Portales era escesivamente bueno y jeneroso con sus adictos.

—Yo haré lo mismo.

Doña Juana no pudo contener por mas tiempo la risa, y estalló su hilaridad con tanta mas vehemencia cuantos mas esfuerzos habia hecho para reprimirla.

Los demas siguieron su ejemplo, a pesar de la severidad de principios del solitario y de la bondad compasiva de Enrique.

VI.

La familia Monasterio permaneceria como media hora mas en el salon, tiempo que se empleó en enganchar los caballos, y que ellas, a ejemplo de su padre, aprovecharon en ensalzarse.

—Si no hubiera visto por mí misma entes tan raros, dijo doña Juana cuando hubo partido la familia Monasterio, jamas habria creido que existieran en el mundo; pero debemos estarles agradecidos, porque nos han hecho pasar buenos ratos, y creo que especialmente a usted don Enrique, ¿no es verdad?

El jóven se ruborizó.

—Vamos, ¿qué les hizo usted a esas pobres niñas, que volvieron del paseo tan encolerizadas contra usted, que solo proferian denuestos, llegando su furor a tal punto que han partido de noche como usted ve?

—Puedo asegurar a usted, señora, que no las he ofendido en lo menor.

—Ya lo creo: pero en fin, algo de extraordinario debe haber sucedido.

—Comunícanos lo que te ha pasado, dijo el anciano, porque aquí estamos todos en tu secreto.

Enrique se puso como una granaña.

—Amigo mio, exclamó doña Juana, no hai por qué avergonzarse: usted no tiene la culpa de que las niñas lo quieran; y ya que conozco una parte de su dichosa aventura, desearia saber el desenlace, y aunque lo presumo, desearia que me lo dijera el mismo actor.

Enrique refirió entonces con la mayor sencillez la conversacion que habian tenido, viéndose obligado a desengañarlas para que no siguiesen adelante, manifestándoles que no era arquitecto sino simple carpintero, y que no descendia de una familia ilustre sino de un honrado soldado que nada tenia de noble, a no ser su carácter. Esta confesion de mi parte, continuó Enrique, produjo el efecto que yo deseaba, pues inmediatamente me soltaron del brazo, diciéndome que habian sido engañadas y que yo tenia mucha culpa en haber representado un falso papel que las habia inducido a ellas, tan aristócratas, a fijar por un momento sus ojos en mí, de lo que deberia estar mui lisonjeado; pero que ellas veian en todo esto un lazo que les habian tendido y una broma pesada que no soportarian por mas tiempo, pero que me la perdonaban con la condicion de no decir a nadie nada de lo ocurrido.

—Ya ven ustedes, prosiguió Enrique, que falto a mi palabra cometiendo la indiscrecion de revelar lo que habia prometido ocultar.

—Tú, lejos de revelar algo, has hecho cuanto has podido para que no se sepa la cómica pasion de tres impertinentes solteronas, ansiosas de casarse; pero yo he sido el que he dicho a las señoras lo que pasaba, porque no le hacia ningun mal a las célebres Monasterios y mi sia Juana se divertiria algo.

—Me he reido muchísimo, y no les habria perdonado jamas que me ocultara tan salada ocurrencia.

—Pero hai otra que jamas debe saber, dijo el solitario a Luisa en voz baja; porque si esta declaracion de amor la hace reir, la otra la haria rabiár.

—¿Quién se lo contó?

—Yo lo habia adivinado, hija mia, y queria evitarlo. Recordarás ahora la dureza que empleé con las Monasterios esta mañana y que tú me reprochaste; pues bien, no tenía otro objeto que impedir que sucediese lo de Enrique y lo tuyo, que en último resultado ha venido a causar disgusto; porque tu mamita, que es la que mas se ha divertido, se incomodó cuando hablaron de Enrique; a tí te pasó lo mismo, independiente del sentimiento de repugnancia que experimentaste con la declaracion inesperada de ese viejo hongo. También se han ido rabiando las tres solteronas lo mismo que su digno padre, y todo esto lo hubiera yo prevenido; pero en fin, ya está hecho el mal y es imposible repararlo.

—Confieso a usted verdaderamente que estoy disgustada.

—Lo sabia: para cualquier otra niña hubiera sido esto una divertida ocurrencia que hubiera contado a todo el mundo y de que se hubiera reido a sus anchas, pero no para tí; sin embargo, no es preciso darle mayor importancia.

—No se lo cuente a don Enrique.

—Está bien, hija mia: por mi boca no se sabrá nunca nada.

Como era natural, el tema de la conversacion de esa noche y aun del dia siguiente fué la familia Monasterio, recordando una multitud de incidentes que antes habian pasado desapercibidos, y a los que ahora se les hallaba su verdadera significacion, tales como las miradas, los suspiros, las sonrisas y las muecas de toda especie que son como un repertorio de señales entre las mujeres, y particularmente en aquellas que, habiendo llegado a cierta edad, principian a desesperar del matrimonio y cada dia se afeccionan mas del espejo, delante del cual pasan horas enteras ensayando di-

versas clases de pucheritos, que son en concepto de ellas tan seductores como graciosos y persuasivos.

En San Fernando se habia hablado mucho, como en toda pequeña ciudad, del gran baile y fuegos artificiales dados en la hacienda de San Jorge, de los suntuosos edificios que se estaban construyendo, del sabio arquitecto que los dirigia y de la fortuna colosal de doña Juana, que debia heredar Luisa más tarde o mas temprano, pero que desde luego la hacia el mejor partido de toda la provincia; de modo que en esa semana no se hizo otra cosa que comentar cada cual a su manera aquel acontecimiento extraordinario y calcular las sumas que habria debido gastar en aquel capricho de rica, diciendo algunos que mas habria valido darle a los pobres todo aquel dinero en lugar de emplearlo en diversiones que no duraban sino un momento y sin el menor provecho del prójimo.

Cuando se esparció la noticia de la llegada de las Monasterios, que habian permanecido en la hacienda durante una semana, todas sus amigas y conocidos fueron a verlas para tomar informes mas detallados sobre cuanto habia sucedido en San Jorge.

Las hijas de don Pastor estaban altamente lisonjeadas del gran número de personas que concurría a su casa, no habiendo visto jamas una reunion tan numerosa en su salón. encontrándose allí hasta señoras que no conocian y que se habian hecho presentes por medio de sus relaciones, instigadas por la curiosidad que reinaba en todos; pero cuál no seria la sorpresa de la concurrencia al oir a las niñas Monasterios criticar con el tono mas enfático y mas decidido cuanto habian oido alabar a otros! Segun las tres solteronas, los fuegos habian sido mui insignificantes, el baile mui mezquino y deslucido, pues sin ellas y su papá habria sido aquello de morirse de fastidio; los edificios eran unas grandes caballerizas para alojar un regimiento de húsares, pero no jentes de buen tono y que sabe lo que es el verdadero

confortable. Por lo que respecta a la señora doña Juana, era una vieja maniática, orgullosa por sus cuantos reales, sumamente mal educada, y su hija una niña insignificante, llena de defectos y ademas mojigata, no teniendo en su favor otra cosa que su juventud. Ahora por lo que hace al grande arquitecto, no era mas que un simple carpintero, hijo de un soldado, e ignorante como todos los de su clase, pero por quien doña Juana tenia una gran predileccion, haciéndolo comer varias veces a su mesa, lo que les daba a pensar que habia allí *gato encerrado*; pero que ellas, que no eran ni curiosas ni malas lenguas, no se habian empeñado en descubrir, bastándoles únicamente el haber averiguado esto para que determinasen venirse en el acto, porque hubiera sido mui impropio el que ellas permanecieran a sabiendas en tal sociedad.

Esta narracion sorprendió sobremanera al pacífico vecindario de San Fernando, que se dividió en partidos, los unos apoyando cuanto decian las Monasterios y los otros afirmando que todo aquel fárrago de mentiras no podia ser sino el resultado de algun desaire o de la envidia que las roia hasta los huesos, porque eran viejas, feas y pobres; pero no puede negarse que desde ese momento adquirieron las hijas de don Pastor de los Monasterios gran celebridad, siendo citadas a cada paso, ya por los que las denigraban, o ya por los que las aplaudian: triste resultado que siempre da la murmuracion, nombradía que se hace terrible, odiosa y popular y que acatamos las mas veces tanto o mas que a la virtud, deseando captarnos la voluntad de los maldicientes para que nos considereen como amigos y no nos tomen en boca, pues esa jente empaña toda reputacion con el inmundado hálito del odio.

La primera pena.

1.

Recordaremos que el día en que llegó don Pastor, que fué también el mismo de su regreso a San Fernando, trajo una carta para Enrique, en la que venia otra inclusa para Luisa, lo cual dió que pensar a las tres solteronas. Estas dos cartas, como debe presumirse, eran de Mercedes, que alentaba un tanto a su hermano, sin divulgarle el secreto de su amiga, y que daba las gracias a ésta por el cariño que profesaba a aquel. Estendíase también la inocente niña hablando de Víctor, diciéndole a Luisa lo que le habia repetido otras veces, que deseaba vivamente que conociera a su pintor, porque era imposible encontrar en el mundo un hombre mas fino, mas distinguido, mas aristócrata por naturaleza, puesto que no tenia otro título de nobleza que el de su arte o profesion; pero que todas estas ventajas eran nada comparadas con su talento, descollando no solo en la pintura sino en todas las ciencias, de las que tenia vastas nociones y de las que hablaba como maestro; pero particularmente sabia la ciencia del corazon, no habiendo sentimiento que no lo analizase con tal precision y delicadeza, que parecia que con su palabra hacia palpar las emociones y sus efectos, tocando, sin pensar, todas las fibras del alma. Mercedes terminaba su carta diciendo a su amiga que habia adelantado mucho en su instruccion, pues Víctor habia reemplazado, no con ventaja, pero al menos en igual grado, sus lecciones y su enseñanza; sin embargo, le decia que ha-

bria tenido mas gusto de ser en todo la discípula de ella y no la de él, porque creia hallar mas confianza y mas dulzura en Luisa que en Víctor, sentimiento extraño del que no se daba cuenta pero que experimentaba en realidad.

Las contestaciones de Luisa y de Enrique eran no menos expansivas que cariñosas. Pintábase en sus cartas la feliz tranquilidad de que gozaban sus corazones, pues ambos tenían, si no la seguridad absoluta de amarse, al menos el presajio de esa dicha inmensa. Enrique, por su parte, revelaba a su hermana el secreto de sus esperanzas, fundándose en el juicio favorable del solitario y en las emociones que experimentaba; y Luisa decia tambien a su amiga hasta los pequeños incidentes en que creia haber sorprendido el profundo y delicado afecto de Enrique, que la palabra no habia confirmado aun, pero que sus acciones y su semblante revelaban con mas elocuencia.

Ni Luisa ni Enrique se comunicaban las cartas que escribían a Mercedes y las contestaciones de ésta; pero un sentimiento secreto, esa prevision, esa doble vista de que gozan los amantes, les decia que en esas cartas hablaban los unos de los otros y sus páginas estaban llenas de una pasión recíproca.

II.

Los días deslizábanse tranquilos y felices; cada uno de ellos llevaba al corazón de estos dos jóvenes un nuevo contento, porque nunca faltaba o la caricia de una mirada o la entonación misteriosa de una palabra al parecer insignificante, pero que estaba llena del mas puro cariño. El lenguaje es siempre menos elocuente que la vibración de la voz; si se quiere conocer el sentimiento y leer en el fondo de una alma, no debe darse tanta importancia a la palabra cuanto al sonido; así es como el mas grande insulto se convierte en caricia, y una frase que significa odio revela afecto, porque el verdadero sentido de las cosas no lo manifiesta tanto el

lenguaje cuanto la espresion de la fisonomia, cuanto la entonacion de la voz, y de aquí nace sin duda ese atractivo o esa repulsion que experimentamos por una persona al oirla hablar: las palabras son las mismas, pero el sonido es distinto y ese sonido nos induce a juzgar del carácter del individuo, de sus tendencias, de su mayor o menor sensibilidad, de sus vicios y de sus virtudes y hasta de sus mas insignificantes hábitos, con tal seguridad, que rara vez nos equivocamos, sin definir por esto esta lei oculta que nos guia sin saberlo.

La felicidad interior que experimentaba Enrique no lo habia desviado un momento del plan de vida que se habia propuesto seguir. Cada dia iba a su trabajo, volviendo en la noche al cortijo del anciano, donde consagraba algunas horas al estudio, aprovechando de las sabias y sencillas lecciones que le daba el maestro sobre los diferentes ramos de la ciencia humana. Solo los domingos se permitia pasar al lado de Luisa; y esta privacion voluntaria, a la vez de robustecer su carácter, venciendo sus mas grandes deseos, y podremos decir, su dicha de todos los instantes, realizaba mas la felicidad que se acordaba una sola ocasion por semana. Luisa no ignoraba la asidua contraccion de Enrique, y lejos de enfadarse porque no permanecia con ella mas tiempo, lo estimulaba a que siguiese adelante, y esa ausencia le era grata, porque presentia la causa que la motivaba: especie de culto consagrado a la belleza, al amor, a la ciencia, a la virtud, que elevaba al sacerdote y a la divinidad, a quien se le rendia.

Pero esta dicha vino a ser turbada por la falta de cartas de Mercedes, que hacia como un mes que no escribia. Esta inquietud crecia cada vez mas, no sabiendo a qué causa atribuir tan prolongado silencio. La primera semana no sorprendió ni a Luisa ni a Enrique. La segunda lo atribuyeron a descuido de Mercedes, figurándose que estaria absorta en su próxima felicidad. La tercera principiaron a

sentir vagos temores, pero supusieron algun extravio en el correo. La cuarta la creyeron enferma, y Enrique, sumamente triste queria partir; pero doña Juana, que tambien experimentaba alguna inquietud, dijo a Enrique que antes de emprender el viaje le escribiera a Mercedes terminantemente diciéndole que a vuelta de correo esperaba alguna contestacion de ella o de su padre, pues de lo contrario partiria en el acto. Enrique siguió el consejo de la señora, que estaba mas en armonia con su situacion; porque si bien deseaba volver donde Mercedes, sentia a la vez dejar a Luisa, y de esta manera todo se allanaba, no dando lugar a un viaje que podia ser inútil y que lo privaria a él por lo menos de una semana de felicidad; y despachó su carta, concebida en términos apremiantes, reduciéndose únicamente a decirle que sentia una mortal inquietud y que le contestase a vuelta de correo, cualquiera que fuese la desgracia que hubiese sucedido, pues ya no podia atribuir a otra cosa tan prolongado silencio.

El domingo inmediato al despacho de esta carta, día que, como sabemos, pasaba en las casas, quedándose desde el sábado en compañía del solitario, que siempre venia con él, levantóse Enrique mas temprano que de costumbre, es decir, casi a media noche, habiéndose propuesto ir en persona a San Fernando para ver por sí mismo si no habia alguna falta en la administracion, como tambien porque lo devoraba la impaciencia y no habria tenido calma para esperar que le trajera la carta un propio, que obraria con lentitud.

Ensilló, pues, él mismo su caballo, y sin despertar al solitario, que dormia en su misma pieza, púsose en camino. Aun no habia aclarado del todo cuando se encontró en los arrabales de la ciudad sin saber que habia llegado, pues con la preocupacion de su espíritu y la marcha rápida de su caballo habia salvado una distancia de siete leguas sin darse cuenta de ello; a tal punto, que creyó haberse extraviado

del camino y no ser San Fernando el lugar donde se encontraba, pareciéndole que acababa de salir de la hacienda; de modo que para orientarse y esperar que aclarara, paró su brioso caballo dejándolo caminar al tranco y dirigiendo su vista a aquellos puntos que le podían dar un indicio seguro de estar en la ciudad o de haberse extraviado, cuya idea lo contrariaba; pero de pronto desapareció su incertidumbre, pues se encontraba en la plaza, que reconoció en el acto con la creciente claridad del día.

III.

La primera mirada de Enrique fué hacia la casa del administrador de correos, don Pastor de los Monasterios, cuyas puertas, como era natural, estaban cerradas a aquella hora. Quedóse nuestro jóven pensativo algun rato, no decidiéndose a llamar a la puerta por temor de incomodar; pero vencido al fin por la impaciencia que lo devoraba, no esperó mas tiempo y llamó.

Nadie respondió...

Esperó otro momento y volvió a llamar.

El mismo silencio.

Quedóse todavía algunos minutos como quien aguarda... asomóse por el agujero de la llave y vió el patio solo y las puertas interiores cerradas.

Todavía es muy temprano, dijo interiormente, y, como para convencerse de esta verdad, sacó el reloj, murmurando entre dientes: las cinco y cuarto... esperemos hasta las cinco y media, y se puso a pasearse a lo largo de la calle.

Varias veces habia vuelto a sacar el reloj: el cuarto de hora le parecia un siglo... y continuaba su paseo.

Al fin, ya no faltaban mas que dos minutos, y llamó con fuerza.

A poco rato sintió el ruido como de una puerta que se abre... y volvió a golpear.

—¿Quién es, con todos los diablos? dijo una voz de adentro, que Enrique reconoció ser la de don Pastor.

—Soy yo, señor, contestó el joven.

—¿Quién es yo?

—Enrique Lopez.

—No conozco.

—Enrique Lopez, de la hacienda de San Jorge.

—Ah! ya caigo... el arquitecto carpintero.

—El mismo.

—¿Y qué viene a hacer usted a esta hora?

—Vengo en su busca, señor don Pastor.

—¿En mi busca! vuelva usted mas tarde... Yo no recibo visitas a las cinco de la mañana...

—Hágame usted este servicio, señor.

—Qué servicio ni qué berenjena!... todavia estoy desnudo... ¡y si me constipol se ha visto impertinencia igual!

—Señor, usted que es tan sabio como generoso y magnánimo disculpará mi falta.

Enrique pensó que halagando la desmedida vanidad del viejecito, conseguiria lo que pretendia, y no se equivocó.

—Espere usted un momento, dijo con voz menos agria el administrador.

Enrique, a pesar de la angustia que sentia en su corazón, se sonrió, y en consecuencia, formó su plan.

No tardó mucho en sentir los pasos que venian y en abrirse la puerta.

—El joven se sacó el sombrero, agachó la cabeza y dijo con la mayor sumision: "dispense usted, mi señor don Pastor de los Monasterios."

El tono humilde de Enrique y su actitud medio prosterada, acabó de captarle la voluntad del administrador, que le contestó con afabilidad:

—Vaya, amigo mio, lo disculpo, pero confieso que estas no son horas de venir a ninguna casa y que ni la orden misma del intendente me haria levantarme.

—Tanto mayor será mi agradecimiento, señor don Justo y tanto mas se revela la grandeza de su alma, que está dispuesta a ceder a los débiles y resistir a los poderosos.

—Así es, amigo mio, dijo el viejecito con marcada satisfacción; y estendiéndole la mano, añadió: pase usted adelante; ¿qué se le ofrece?

—Vuelvo a pedir mil perdones a usted; pero venía a saber si tenía cartas de Santiago.

—Ayer llegó una; pero esto no era motivo para...

—Tengo una carta exclamó Enrique, lleno de gozo.

—Veo que la esperaba usted con ansia.

—Hacia mucho tiempo que no recibía... sin esta circunstancia ¿cómo me habría atrevido a incomodar a una persona como usted?

—Queda usted disculpado. Yo siempre lo he querido, amiguito, y sus buenos modales lo hacen acreedor a mi aprecio, aun sabiendo, como sé, que usted es un mero artesano y no ingeniero como se decía.

—Eso no prueba otra cosa sino su mucha bondad y que usted está exento de preocupaciones: todo filósofo y todo hombre realmente ilustrado y grande, piensa de la misma manera.

—Veo que usted no carece de talento; cuando sabe reconocer el mérito; usted era digno, amigo mio, de mejor suerte, y si subo al poder, cuente con mi apoyo.

—Gracias, señor; pero mientras tanto, ¿me haría usted el favor de darme mi carta?

—Con mucho gusto... voi a traérsela... tome usted asiento.

Un momento despues volvia con la carta; pero antes de entregársela, dijo a Enrique:

—Conversemos un poco sobre la hacienda y las señoras. ¿Qué han dicho de mí y de mis hijas? Quedarba abárridas con nuestra visita? cuéntamelo usted todo, pero con franqueza: usted sabe que a un hombre como yo le gusta solo

la verdad, aun cuando sea en su contra; porque cuando se llega a cierta elevacion, no falta nunca la crítica.

—Yo nada he oido hablar que no sea en favor de usted.

—¿De veras?

—Si no fuera así no se lo diria. La señora doña Juana hace de usted los recuerdos mas agradables y a cada instante que se ofrece lo cita con gusto. Usted ha dejado en ella impresiones halagüenas y creo que volveria a verlo con satisfaccion.

—Pobre señora! Yo tambien la aprecio y la recuerdo a cada momento; y Luisita ¿qué dice?

—Nada de particular.

—¿Cómo es eso? ¿nunca se ha ocupado de mí?

—¿Quién puede haber visto a usted una sola ocasion y olvidarlo?

—Está bueno eso; pero pueden recordarlo a uno para bien como para mal.

—La señorita Luisa no critica nunca; y mentiria si le hubiera oido una sola palabra en contra de nadie.

—¿Pero nada, nada absolutamente ha dicho de mí?

—Al menos que yo sepa, si se exceptúa algunas de sus graciosas y espirituales ocurrencias que no hemos podido recordar sin reirnos.

—¿No es verdad que a pesar de la gravedad natural de mi carácter y de la elevacion de mis ideas, soy en sociedad tan galán como divertido?

—Nadie negaria a usted ese mérito, pues está de manifiesto.

—No puedo menos de reiterar mi pregunta, porque pude muy bien haberla ofendido, aunque involuntariamente; ¿nada de malo ha dicho de mí la señorita Luisa?

—Creo haberle contestado que no.

—Así es; y don Justo Pastor quedóse pensativo, reflexionando que tal vez habia hecho mal en haber abandonado tan pronto la partida; pues él, como hombre experimenta-

do, debía saber que las niñas tienen en la resistencia su coquetería, pero es con el fin de que se comprenda que no se rinden tan fácilmente; y aunque el aire y el tono despreciativo de Luisa fué muy significativo, sin embargo, el hecho de guardar síjilo sobre su declaración amorosa, era también muy elocuente, y la incertidumbre que siempre va envuelta en esperanza, entraba poco a poco en el ánimo de don Justo.

IV.

Enrique aprovechó de esta pausa para despedirse y pedirle la carta que todavía conservaba el administrador en la mano.

—¿Tan luego quiere usted irse, mi amigo? No es posible... tome usted antes un traguito de un anisado que le hará bien para la madrugada. ¡Cáspita, que usted tiene costumbre de levantarse temprano! Y esta no es la primera vez que le sucede, pues ahora recuerdo que en otra ocasión golpeó usted a mi puerta casi a esta misma hora! y para llegar aquí a las cinco de la mañana viniendo de San Jorge, es preciso haber salido de allí a las doce o a la una de la noche!

—Me he venido a media rienda.

—De todas maneras, siempre ha madrugado usted mucho... Y el trabajo ¿cómo va? ¿adelanta? supongo que sí; en un mes se hace mucho: ¿cuándo piensa usted terminar?

—En cincuenta días más todo estará concluido.

—¿Y usted habrá sacado su buena troncha? Esto es muy natural; pero veo que usted está impaciente y no quiero detenerlo más; con todo, le haré un endargor póngame usted a la disposición de la señora doña Juana y diga a la señorita Luisa que siempre la recuerdo con gusto.

Esto es ser diplomático, dijo para sí don Pastor; si es verdad que me he engañado, este recadito me proporcionará el

medio de volver a principiar; por otra parte, nada se pierde con ser político.

La observacion del administrador de correos era efectiva: el deseo de Enrique por leer aquella carta estaba tan de manifiesto, que era fácil notarlo; pero luego que se vió libre de la presencia de don Justo y que podia abrir la carta y cerciorarse de su contenido, se detuvo, miró el sobrescrito largo rato; la letra era indudablemente de su hermana; dió vuelta al cierro, examinó el color de la oblea como para ver si habia algun indicio; exterior que le revelase parte del contenido; pero en vano, el cierro, la letra, la oblea era lo mismo que las otras; y sin embargo, tenía temor en abrirla y la guardó largo rato, conservando su vista fija en el sobre, hasta que, pasando alguna idea por su imaginacion, se decidió a ponerla en sus bolsillos y montar a caballo, el que partió con velocidad al sentir que le aplicaban las espuelas en sus hijares, demostracion que en realidad no necesitaba el brioso animal.

Cuando hubo salido de la ciudad, sujetó otra vez su cabalgadura, dejándola ir al paso y como a su capricho y con la rienda suelta. Entonces metió la mano al bolsillo, sacó la carta y la abrió precipitadamente, cual si quisiera por medio de ese movimiento brusco vencer sus temores y la vacilacion que producian en su ánimo.

La carta que tenía a la vista era muy lacónica y estaba concebida en estos términos;

"Santiago, enero 18 de 1851.

"Mi querido hermano:

"Tu viaje seria inútil... Deja de estar inquieto, pues no hai la menor novedad en la salud de nuestros queridos padres y aun en la mia.

"Comprendo que habrás extrañado mi largo silencio, pero he estado triste y lo estoi todavia.

"La causa de esta tristeza es imposible que te la revele..."

discúlpame, perdóname, si esto te parece falta de confianza: mi corazón es siempre el mismo y tu hermana te amará toda la vida.

"No tengas cuidado en lo sucesivo si no recibes con la frecuencia de antes cartas mías....

"Si guardo silencio, es porque nada tengo que comunicarte sobre lo que mas te importa: la vida de nuestros padres y la mía; con que así, vive sin cuidados y no pierdas con quiméricos temores la tranquilidad de que disfrutas.

"Sé feliz: estos son los deseos y éste el mayor consuelo que puede tener tu amante hermana

"MERCEDES.

"P. D. Dirásle a la señorita Luisa que tambien me perdone si no la escribo; que nó por esto la tengo menos presente; que ahora mas que nunca me es grata su imájen; que ahora mas que nunca la quiero; la admiro y agradezco sus beneficios; que ruego constantemente a Dios por su dicha, suplicándole que haga lo mismo por la que en un tiempo, sin merecerlo, llamó con el dulce nombre de amiga.

"No olvides tampoco, Enrique, a la señora doña Juana: mi gratitud, mi respeto y mi cariño para con la noble y santa madre de Luisa, serán eternos. Dios quiera restablecerle cuanto antes su preciosa salud para que conserve largos años su benéfica e importante existencia.

"Los mismos sentimientos experimento por ese noble anciano que te sirve de apoyo y de guía: lo amo sin conocerlo; cómo no reverenciar la imájen de Dios! así se lo figura mi fantasía y me confirman en ello sus actos. Que el Hacedor Supremo le bendiga y guarde su vida para bien de la humanidad.

"No está tampoco lejos de mis mas agradables recuerdos la señora Ceferina; dale de mi parte las mas finas memorias.

"No olvides tampoco a la señora doña Juana: mi gratitud, mi respeto y mi cariño para con la noble y santa madre de Luisa, serán eternos. Dios quiera restablecerle cuanto antes su preciosa salud para que conserve largos años su benéfica e importante existencia.

V.

Esta carta, si bien daba a Enrique la seguridad de que no había sucedido en su casa desgracia mayor, llenaba su alma de una negra tristeza. ¿Qué acontecimientos habían tenido lugar en tan poco tiempo, que Mercedes estaba tan trasformada? ¿Por qué esa falta de confianza en él? Nunca había tenido secretos para su hermano: ¿por qué le decía ahora: "la causa de mi tristeza es imposible que te la revele?" ¿De dónde provenia esta inusitada reserva? Y el pobre jóven divagaba de conjetura en conjetura, encontrándolas todas inverosímiles, hasta que volvió a leer la carta y exclamó: ¡no me dice una palabra de Víctor! aquí está el mal, aquí está el secreto... Y una espresion de sombría amenaza pintóse en su hermoso y varonil semblante.

Enrique paró del todo su caballo y se puso a reflexionar. Poco a poco el aire de amenaza fué convirtiéndose en una profunda tristeza y dijo sollozando: "¡pobre Mercedes! pobre hermana mia! no te aman!... de qué depende tu dolor?... tienes razon!... yo tambien moriria si tuviera tal certidumbre!... valor hermana mia, valor... exclamó Enrique, como si estuviera en presencia de ella; yo te consolaré, yo... tu hermano... tu querido hermano... Ese hombre no es digno de tí, puesto que no te ha amado... ¿Quién, conociéndote, no te adoraria? Yo te arrancaré ese puñal de tu corazon, y si es necesario lo clavaré en el pecho de ese Víctor! No en vano, sin conocerlo, sentia por él repugnancia, ¡Pero cómo es que mis padres se han engañado en un asunto tan importante? ¿cómo mi madre, que tiene el don de adivinar y que penetra las intenciones de los hombres solo con verlos, ha podido cegarse ahora? Infeliz Mercedes, tu sufrimiento debe ser muy agudo, pero no durará mucho tiempo... te lo prometo... serás dichosa, hermana mia, lo serás, porque eres digna de toda ventura..." y el jóven, a medida que hablaba consigo mismo y que la reflexion venia

en su ayuda, se iba calmando, hasta que quedó persuadido que, si bien el dolor era vivo y la enfermedad terrible, no se debía desesperar de la curación...

Estas ideas de consuelo, sin destruir la tristeza que lo agobiaba, le proporcionaron alguna calma, y volvió a emprender su interrumpida marcha con la misma velocidad con que había venido, porque ese movimiento rápido detenía hasta cierto punto su facultad de pensar; y como no quería dar vuelta a las cosas en su imaginación sino dejarlas en ese estado medio amargo pero medio consolador a que había alcanzado, no dejó de galopar hasta que llegó a las casas.

Luisa y el solitario estaban inquietos por su ausencia, pues ni uno ni otro sabían dónde había ido, ni los sirvientes daban ninguna noticia, sino que dijeron únicamente que faltaba un caballo en las pesebreras.

Hablaban justamente en ese momento sobre su extraña desaparición, haciendo, como sucede en estos casos, mil conjeturas, cuando Enrique se presentó repentinamente, tal era la velocidad que al llegar a las casas había tomado el caballo, que venía jadeante y bañado en sudor.

—¿De dónde vienes, Enrique? le preguntó el anciano.

—De San Fernando, señor, contestó el joven, al mismo tiempo que se desmontaba, saludaba respetuosamente a Luisa y apretaba la cincha al brioso corcel para que no sufriera las fatales consecuencias de tan precipitada carrera.

Luisa intetanto examinó a Enrique, descubriendo en su semblante señales inequívocas de la tristeza que lo dominaba.

—¿De San Fernando! y cómo has vuelto tan temprano?

—Gracias a este noble animal.

—¿Qué ha sucedido, don Enrique? preguntó Luisa, alarmada.

—No lo sé, señorita.

—¿No ha escrito Mercedes?

—Sí.

—¿Y bien?

—No hai novedad en la familia, pero...

—¿Qué?

—Lo ignoro, señorita... lo único que sé es que Mercedes sufre... es infeliz...

—¿Mercedes! ¿qué es lo que tiene?

—No me lo dice... aquí está la carta... tal vez usted pueda descifrarlo mejor.

Enrique le presentó la carta.

—¿Puedo leerla?

—Sin duda alguna, señorita, y usted sacará quizá mas provecho.

—Veamos.

Luisa principió a leer la carta, y su seno se levantaba a medida que iba leyendo... cuando terminó, su rostro estaba bañado en lágrimas y solo salió de su pecho oprimido esta exclamacion:—Querida amiga mia!—y devolvió la carta a Enrique, retirándose juntamente.

—¿Qué es lo que dice esa carta? preguntó a su vez el anciano, que miraba con sobresalto aquella escena de mudo dolor.

—Juzgue usted por sí mismo, señor.

El solitario tomó el papel de manos de Enrique y se puso a leer con detencion, como si pesara cada una de aquellas palabras, no tanto por su significacion aparente, cuanto por el sentimiento oculto de que estaba poseida la persona que la habia escrito.

Al fin de un largo rato de meditacion y de haber leído y releído la carta, el maestro preguntó al discípulo:

—¿Amaba a alguien tu hermana?

—Ella me ha escrito, señor, que quería a un pintor llamado Víctor, o quien yo no conozco, pero que un dia antes, o en el mismo dia de mi partida de Santiago, se instaló en la casa contigua a la nuestra.

—¡Rara coincidencia! dijo para sí el anciano, tomando un aire todavía más meditabundo. ¡Y qué decía de él tu hermana?

—Hacia los mayores elogios de su jenerosidad, de su talento y de su carácter.

—¿Nada más?

—Me cuenta también en sus anteriores cartas que el dicho pintor había pedido su mano, que tenía el consentimiento de mis padres, que ella también lo amaba, pero que no se efectuaría su enlace mientras que yo no estuviese presente.

—¡Y en esta carta en que te comunica su tristeza no habla ninguna palabra de él! La cosa es clara, amigo mío...

—¿Cómo clara, señor?

El anciano se detuvo, reflexionó un momento, y luego añadió:

—Cuestión de amor, hijo mío.

—Eso era lo mismo que yo me había figurado.

—¿Habías pensado en ello?...

—Sí, porque encontré extraño que no me hablase una palabra de su prometido.

—Y no andabas equivocado.

—¿Usted es de mi misma opinión?

—Sí; pero desearía saber ¿qué es lo que piensas hacer ahora?

—Yo, nada por el momento, sino seguir su consejo, es decir, esperar; porque tengo la convicción de que podré sanarla.

El solitario meneó la cabeza; pero notando en el semblante de Enrique que no había pasado por su mente la más leve sospecha, pensó un momento, y luego le dijo:

—Talvez tienes razón; hai almas de un temple elevado que, cuando conocen su error, sufren; pero al fin sanan, y sanan radicalmente y para siempre.

—¡Cuánto me consuelan sus palabras!...

—Es preciso, hijo mio, estar prevenido para el dolor.

—Ya lo sé, señor, pero usted me alivia; ¿con que volveré a ver alegre a Mercedes?

—No te digo eso; mas si ese jóven es indigno del afecto de tu hermana, no necesitará ella de tu auxilio para arrancarlo de su corazon.

—Nada mas deseo, aunque yo hubiera querido contribuir en algo.

—Tú la servirás mucho, hijo mio; tu afecto será un bálsamo mui saludable y del que ella necesitará siempre.

—¿Cómo es, señor, que usted puede apreciar tan bien a las personas sin conocerlas? dijo Enrique casi con alegría, pues las palabras del solitario habian disipado su tristeza y se operaba en él esa reaccion natural, provechosa y peculiar al hombre.

—¿Quién te ha dicho que no conozco a tu hermana?

—Estoi seguro que usted jamas la ha visto.

—No la he visto, pero la conozco, porque he conocido a tu padre y te he conocido a tí; y la conozco por la carta que acabo de leer...

—¿No es verdad? que mi hermana es un ángel? dijo Enrique con sencillo entusiasmo.

—Asi es, amigo mio.

—¿Y no le encuentra usted mucho talento?

—Mucho talento, mucha sensibilidad, mucha modestia, mucha elevacion y mucha cordura.

—Ah! señor; cómo me gustaria que ella lo oyera a usted... ¡y decir que hai un hombre en el mundo que habiéndola tratado no la idolatre! Esto es increible, y sin embargo, esto es lo que sucede y esto tambien lo que yo no le perdonaré nunca a ese tal Víctor... Es preciso que sea un miserable...

—No lo dudes, hijo mio; pero ya te lo he dicho: esto mismo sanará a tu hermana.

—Ya debia estar curada, pues basta que él no la quisiera para que ella con razon lo aborreciese.

—Tu hermana nunca aborrecerá a nadie, ni aun a aquellos que mayores males le hayan hecho.

—Cada vez, señor, me admira mas su penetracion! Pues bien, asi es mi pobre Mercedes!...

—Esa carta de hoy me ha revelado mucho, muchísimo... me ha revelado toda su alma...

—Mañana le mostraré las otras, desde el momento que no tengo para usted nada de reservado.

—Las leeré con gusto.

Un criado apareció, previniéndoles que ya estaba el almuerzo.

Revelacion y dudas.

I.

Enrique fué volando a su cuarto y se vistió en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué malas nuevas tiene usted de Mercedes, preguntó doña Juana al tiempo de entrar el jóven al comedor; porque esta es sin duda la causa de la tristeza que noto en Luisa.

—No hai mucho de particular, señora; es verdad que a mí me causó al principio un dolor profundo, pero el señor ha sabido disiparlo.

—Mi noble amigo ha sido toda su vida un paño de lágrimas, respondió doña Juana, mirando con tierno afecto al solitario.

—Ojalá así fuese, que esa seria mi mayor dicha, contestó éste.

—No entraremos en disputa, porque aquí sabemos todos a qué atenernos; pero, en fin, ¿qué es lo que dice su hermana?

—Si usted quiere leer la carta, señora, juzgará con mas acierto.

—Veamos.

Y doña Juana tomó la carta que le presentaba Enrique.

La noble señora la leyó toda con visible emocion; y cuando hubo terminado, le dijo:

—Tiene usted a un ángel por hermana: yo no he conocido

en mi vida otra niña que se le parezca, esceptuando a mi hija, que mi amor de madre talvez la pone a la par. No se aflija usted, don Enrique, por la momentánea tristeza de Mercedes, que es mas que probable no tenga un grave fundamento.

—No colme usted la medida, señora; ya le debemos a usted tantos beneficios; y si agregamos éste, no tendremos nunca con qué pagarlos.

—Aquí no hai beneficio, y sí solo un justo y merecido elogio.

El joven inclinó la cabeza como dando las gracias, pero sin pronunciar palabra, porque no habia una que le pareciese digna de espresar lo que sentia.

—Ahora que han desaparecido en gran parte los tempores, díganos don Enrique ¿cómo le fué hoy en San Fernando? ¿Vió usted al célebre administrador de correos y nunca bien ponderado don Pastor de los Monasterios?

Todos se sonreian de la pregunta y calificativos empleados por doña Juana.

Luisa, que al principio estaba tan triste, fué sonriéndose con la tranquilidad que veia en Enrique, como tambien con la opinión favorable del solitario y de su madre; así es que, volviendo a su estado normal, añadió:

—Mamita, usted solo pregunta por don Justo Pastor; ¿y por qué no se estiende a las señoritas sus hijas?

—Sea; ¿vió usted tambien a sus hijas?

—Solamente al primero, señora.

Y Enrique contó cuanto le habia pasado, sin olvidar el medio de que se habia valido para que le abriese la puerta.

—¿Con que usted sabe ya sacar partido de los defectos de los hombres? No lo creia tan adelantado; pero ya se ve, usted está en buena escuela, dijo doña Juana, mirando al solitario.

—¿Qué significa esa sátira, señora? contestó éste.

—Ese elogio, querrá usted decir, pero solo es justicia,

porque está palpable cuánto ha aprovechado su discípulo en tan corto tiempo.

—Aseguro a usted, señora, replicó Enrique alegremente, que no es él quien me lo ha enseñado sino aquí donde lo he aprendido.

—Nos recomienda usted demasiado, don Enrique.

—El ejemplo me inspiró. Como había notado cuánto agradaban a don Justo Pastor las alabanzas, quise ensayar el mismo espediente, que fué coronado con el mas feliz éxito.

—Ya lo veo, y veo tambien que usted es hombre de recursos; ¿pero le parece a usted que vuelva a hacernos una visita ese caballero? Yo me alegraria mucho, y talvez hai otros que no se alegrarian menos; ¿no es verdad, don Enrique? Ahora se me ocurre una idea: escríbale usted a su hermana su graciosa conquista, y estoi segura que esto la divertirá.

Enrique, sin contestar a la última observacion, dijo a la señora:

—Si usted se digna decirle una palabra, lo tendrá a sus plantas.

—¡Por Dios! ¿Qué haria yo con él a mis plantas? La ocurrencia es peregrina! ¿ver hincado a don Pastor seria de morirse de la risa! Vaya, don Enrique, que usted tiene salidas encantadoras! Usted ha sobrepujado a todos en el arte de embromar! Pero lo que mas me admira es la seriedad con que usted dice que con una palabra estaria don Justo Pastor a mis plantas! ¿Le ha hecho a usted acaso alguna revelacion, alguna confidencia?

—Ninguna, señora, pues no he hecho otra cosa que interpretar, o mas bien, que esponer los deseos que me manifestó.

—¿Le dijo a usted que queria ponerse a mis plantas?

—Poco mas o menos.

—¿Qué fuera a no ser usted el único conquistador?

—Mucho me lo temo.

Luisa se puso colorada, y el anciano se sonrió.

—Esto sería mas gracioso que nada; y soi capaz de mandarlo convidar.

—No haga usted tal, mamita, dijo Luisa.

—¿Y por qué?

—Porque no es bueno reirse de otro.

—¡Brava moralidad! Y sin embargo, tú lo has hecho.

—A mas no poder.

—Yo tengo la conciencia mas ancha, pues lejos de arrepentirme volveria de nuevo, a no ser el inconveniente de las hijas, que, con permiso de usted, don Enrique, no son tan divertidas como el padre... Pero dejemos esta conversacion, que parece no agradar a mi hija, y vamos a ver el estado de adelanto en que se encuentra el trabajo.

II.

Ya hemos dicho que Enrique habia mejorado considerablemente los planos, y con tanto acierto, que la elegancia no se sacrificaba al comfortable ni ésta a aquella, combinándose ambos perfectamente y sobrepujando en mucho a las expectativas y aun a los deseos de doña Juana, que miraba el trabajo y hacia sus observaciones como una persona entendida a la vez que de gusto.

—¿En cuánto tiempo quedará todo concluido? preguntó doña Juana a Enrique.

—Me parece que cuando mas tardaremos unos cuarenta dias.

—Usted ha trabajado con mucha rapidez; ya lo concibo: debe estar mui deseoso de ver a su familia.

—Muchísimo, señora; pero...

Y Enrique se puso triste, pensando que entonces ya no veria a Luisa, y que quizá no tendria nunca la ocasion a causa de sus posiciones tan distintas.

La jóven, como si leyera en el interior de Enrique; pronunció de una manera, el parecer distraída, esta sola palabra:

—Esperanza.

—No hai por qué entristecerse, repuso la señora, notando tambien el cambio de Enrique. Ya es por poco tiempo.

Vueltos de la inspeccion del trabajo, que agradó todavia mas a doña Juana que en dias anteriores, Luisa y Enrique, como si se hubieran comunicado el pensamiento para ponerse de acuerdo, se retiraron a sus respectivas habitaciones con el fin de escribir a Mercedes, cuya situacion les preocupaba bastante, aun cuando habia desaparecido en parte la fuerza del sentimiento con la opinion omitida por el anciano.

La carta de Luisa decia:

"San Jorje, enero 31 de 1851.

"¿Qué es lo que te he hecho, hermana mia? Por qué te limitas a recordarme en la carta de Enrique? Por qué no me escribes directamente? Y sobre todo, ¿por qué me das allí el título de señorita, y no me llamas, como antes, amiga y hermana? Te lo confieso, Mercedes, esto me ha hecho sufrir, esto me ha dado pensamientos mui tristes... ¿Te habré ofendido? ¿Me habré hecho reo, sin saberlo, de algún delito? Te habré herido con alguna espresion? ¿Habré cometido alguna falta que me haga a tus ojos indigna de tu amistad? Habla, Mercedes, dime lo que hai y me corregiré en el acto, y quedarás, estoi segura, satisfecha... Dímelo, porque es imposible que yo lo adivine, y entonces verás de cuánto es capaz tu Luisa, a quien ya no quieres llamar con el dulce nombre de amiga y hermana, pero que te obligará a ello, porque no hai ofensa, no hai crimen, no hai resentimiento, por mas grande que sea, que no borre y que no estinga el fuego de mi sincero afecto...

"Si no te supiera triste, Mercedes, te agoviaría a repro-

ches, te trataria de ingrata, a pesar de lo que tú dices, porque es una ingratitud la falta de confianza que me manifiestas. ¡Con que sufres y no recurres al seno de tu amiga! Esta sí que es una verdadera ofensa, esto sí que es imperdonable; y sin embargo, yo cedo, te disculpo y te amo como antes, y quizá mas que antes, porque no se conoce toda la extension del bien sino cuando se pierde...

"Pero yo no te he perdido, amiga y hermana mia, ¿no es verdad? ¿No es cierto? ¿No es cierto que siempre seré para tí la misma, y que nos unirá el mismo cariño? Asi lo creo, asi me lo figuro, asi es... Nadie, ni tú misma, arrancará esta conviccion íntima de mi pecho: tú eres mi amiga; tú eres mi hermana...

"No quiero, Mercedes, aparecer importuna; pero en vista de lo que te digo, serás confiada... No exijo, pero espero que me reveles el secreto de tu dolor, y las dos sufriremos, si es preciso sufrir, y las dos lloraremos si es preciso llorar... Los pesares, hermana mia, se comunican y pierden su amargura cuando se vierten en el seno de la amistad; solo el remordimiento, que es el castigo del crimen, es siempre reservado y tético. Pero tú, ángel de pureza, de bondad y de inocencia, ¿qué falta grave puedes haber cometido? Ninguna, estoy segura de ello. Tus pesares no provienen de tus actos sino de los ajenos... Tú eres incapaz de cometer una accion mala, indigna o baja; de consiguiente, no hai nada en tí que te obligue a guardar ese obstinado silencio que es inherente, como ya te lo he dicho, al que ha perpetrado un delito. La virtud padece, pero no se esconde, sufre en ciertas ocasiones las mayores angustias, no pregona, es verdad, sus pesares, porque generalmente es resignada, se abre a Dios, a sus padres, y a sus amigos; sin embargo, cualquiera que sea tu determinacion a este respecto, créeme siempre tu mas tierna amiga, y no vuelvas a llamar señorita a tu

LUISA."

La noble joven que habia escrito esta carta tan afectuosa, comprendia el orijen del pesar de su amiga, si bien le era imposible sondear toda su estension y profundidad; pero no habia querido tocar este punto por delicadeza y por no agravar, mas el sufrimiento de Mercedes con las reflexiones que pudiera haberle hecho, esperando por otra parte que fuera ella quien se descubriese, y entonces aplicar el remedio.

No pensaba Enrique de la misma manera; su situacion era tambien distinta y por esto su carta estaba concebida diferentemente, como vamos a verlo. El jóven se espresaba así:

"San Jorge, enero 31 de 1851.

"Mi querida hermana:

"Al fin llegó tu carta, que sin curarme de mis temores los ha desvanecido en parte; sin embargo, tu reserva me hace sufrir, y habria preferido saberlo todo, cualquiera que fuese el tormento que me originase tu revelacion, a marchar a ciegas y no saber a punto fijo a qué atenerme; pero yo creo haber descubierto la causa, y sin necesidad de mas confianzas voi a destrozarte tu corazon para curarlo en seguida. Dicen que los remedios, mientras mayor es el dolor que causan, son tambien mas eficaces, y así será el mio: prepárate, pues, para recibir el golpe.

"La causa de tu mal está en tu amor a Víctor. Tú lo has querido y él no ha correspondido a tu afecto: he aquí tu desgracia; tu angustia, tu afliccion y tu vergüenza... Y en efecto, hermana mia, debes de ruborizarte de haber podido amar a ese hombre... a ese hombre que no ha sabido admirar tu belleza, apreciar tus virtudes y estasiarse en tu cariño de virgen... No llores, Mercedes, porque ese tal Víctor, que yo sin conocerlo no queria por instinto, no merece una sola de tus lágrimas. Sufrir por el amor de un miserable no es sufrir: es degradarse. Tu derrota, hermana mia, la debes considerar como una victoria, como una felicidad, como

una gracia de Dios... ¿Qué hubieras hecho, dime, si el desengaño hubiera venido cuando ya era imposible repararlo? ¿Cuál habría sido tu suerte, si unida ya a él, hubieras conocido su nulidad y su bajeza? ¿Habría sido tarde, demasiado tarde; y entonces sí que habría comprendido tu adicción; pero ahora, Mercedes, ahora que afortunadamente no existe ningún vínculo, en lugar de entristecerte debes estar contenta, debes darle gracias a Dios por haberte salvado a tiempo.

"De veras, Mercedes, no comprendo que tú sufras tanto, que sufras hasta olvidarte de tu hermano y de tu amiga y quizá también de nuestros padres por semejante amor! ¿Cómo puedes querer a quien no lo merece? Y si no puedes quererlo, ¿por qué te atormentas? ¿por qué padeces? Un momento de reflexión te bastará para arrancar de tu pecho ese indigno afecto que ha echado raíces a causa de tu juventud, pero que debe combatir tu razón y que es incompatible con tu virtud. Tu dolor actual es dolor de niña y nada más, dolor que me admira hayas conservado durante un mes y que espero haya desaparecido o desaparezca cuando recibas ésta, porque es imposible que no te sometas al convencimiento y a la razón.

"Lleno de tus pesares, no te hablaré de otras cosas: solo esperaré que me digas que ya no sufres para comunicarte mi dicha, que, estoy seguro, acabará de curarte.

"Dile a mis padres todo cuanto quieras del amor de su hijo que los respeta y los idolatra, y ten tú en otra ocasión más confianza en tu hermano.

"ENRIQUE."

III.

Estas cartas partieron. Enrique creía su argumentación irresistible. ¿Cómo no ceder a esa lógica fundada en la elevación del sentimiento? El conocía a su hermana y sabía que en su alma se agitaba solo el amor a la virtud y al honor.

habría de conservar el mismo afecto cuando aquella no existía. Su pesar era, pues, un pesar de niña que iba a ser disipado inmediatamente, y esta convicción volvió a Enrique toda su tranquilidad. Por otra parte, aún cuando ignoraba lo que le escribiría Luisa, sin embargo, estaba persuadido que debía ser consolándola, y la tierna voz de la amistad no dejaría de producir su efecto. ¿Qué cosa mas natural? ¿Cómo el pueril pesar de Mercedes no habría de disiparse como el humo cuando diera oídos a la razón, expresada por dos personas que tanto la amaban.

Luisa, sin haberse comunicado con Enrique, participaba de las mismas ideas, y el contento había vuelto a animar su semblante, abatido poco antes con la desgracia de su amiga. Solo el solitario permanecía impasible. La alegría de los dos jóvenes no quitaba de su frente sombría y meditabunda esos profundos pliegues que son un indicio cierto de dolorosas reflexiones, y en verdad, el anciano, al leer la carta de Mercedes y al darle ciertas esplicaciones Enrique, había comprendido toda la gravedad del mal, pero se había callado. ¿Qué iba a remediar con descubrirlo? Limitóse únicamente a confirmar la opinion de Enrique, de que Mercedes ya no amaba a Víctor: esta era tambien su convicción, porque comprendía la pureza y la elevación de la desgraciada joven, y por esta razon había dicho a Enrique: "Haf' almas de un temple superior, que, cuando conocen su error, sufren, pero al fin satan para siempre," pero esto no queria decir que no existiese la desgracia, sino que mientras mas pensaba, mayor era el grado de certidumbre que tomaba en su mente aquel fatal acontecimiento, que iba a ser sin duda alguna el precursor de muchas desgracias y talvez el que viniese a echar por tierra su obra principiada... el que talvez perdiera para siempre a Enrique.

Hay en la vida casos, podemos decir así, en que una fatalidad ciega destruye nuestros planes mejor combinados, nos lleva por un sendero opuesto a nuestra voluntad y dispone

de nuestro destino; y esto era lo que que preveía el solitario respecto a su joven alumno, a quien quería ya mas que con la afección de un hijo, porque se ligaba a él la obra del sabio, que iba sin duda a ser destruida por el vendaval de las pasiones, sin que pudiera oponerle el menor dique... ¿Qué era lo que sucedería? ¿Qué sería de aquel joven tan sensible y tan enérgico cuando llegase a saber la verdad? La excelencia de sus cualidades hacía mayor el peligro. Enrique era delicado y pundonoroso; ¿cómo soportaría jamás la afrenta, y la afrenta en el ser mas querido a su corazón, en aquel en que hacía consistir su legítimo orgullo y en donde veía la principal nobleza de su oscura y pobre familia? Enrique tenía esa altivez soberana de la verdadera humildad; ¿cómo sobrellevaría con resignación la infamia? Enrique era joven, de pasiones vehementes, arrojado hasta la temeridad; ¿quién contendría su venganza? Y una vez efectuada, ¿qué sería de él, de su familia, y de Luisa misma, que ya estaba encadenada a su destino por uno de esos afectos absolutos y únicos en la vida? Estas eran las tristes reflexiones a que se entregaba el noble anciano, buscando en su pensamiento algún medio de precaver la tempestad y de evitar las desgracias que indudablemente vendrían tras ella, sin hallar nada que la satisficiera, sino que, por el contrario, la serena alegría de Luisa y de Enrique lo contristaba mas, diciéndose que el golpe sería tanto mas cruel cuanto menos previsto... Pero ¿qué hacer? ¿cómo turbar tan puro contento? y sobre todo, ¿de qué espediente echar mano para hacer tan terrible revelación sin herir de muerte a Enrique y tal vez a Luisa? y ademas, ¿qué provecho sacaría con esto? Precipitar, pero no precaver los acontecimientos: de consiguiente, mas valía esperar.

IV.

Pasóse así sin incidente alguno la primera semana. Todo estaba tranquilo: el trabajo continuaba con actividad. Enri-

que dividía su tiempo entre sus ocupaciones y el estudio, a que se entregaba cada día con mayor ardor. Luisa era dichosa; solo el noble anciano padecía; solo él encerraba en su pecho una angustia que lo consumía y que muchas veces no podía ocultar a la mirada penetrante de aquella niña que tan bien sabía leer los secretos del corazón y que de vez en cuando le decía:

—Usted tiene algo oculto, usted sufre, usted no está tranquilo; ¿qué es lo que siente, señor? ¿Qué es lo que piensa? ¿Su hija ya no le inspira bastante confianza?

Quando estas interrogaciones tenían lugar, el solitario se sonreía tristemente, y le contestaba esta única palabra:

—Nada.

Luisa entonces se abstenía de hacerle nuevas preguntas, pero no la convenía: ella estaba casi cierta de que el solitario mentía; sin embargo, guardaba también silencio, respetando su reserva.

Como hemos dicho, la primera semana había corrido tranquila, y aun cuando llegó el domingo sin traer respuesta alguna de Mercedes, no se alarmaron sobremanera, pues tomaron en cuenta lo mal servido de los correos y mil otros inconvenientes que pueden retardar una carta a tanta distancia, resolviéndose a esperar hasta el domingo próximo.

Los días corren sin interrupción y el esperado domingo llega. Luisa había ordenado el sábado al administrador de mandar un propio a San Fernando, diciéndole a Enrique que no había necesidad de que él fuese personalmente, pues daría el mismo resultado, en lo que convino el joven, tanto más cuanto que el tiempo que empleaba en el viaje perdía de ver a Luisa, y los días domingos eran sus grandes días.

El propio volvió como a las doce, trayendo una carta para Enrique. Este la tomó con alegría, y Luisa le dijo presurosa: "ábrala usted." Enrique rompió el sello, vió una incisa para Luisa y se la entregó.

Leeremos estas dos cartas. La de Enrique estaba concebida así:

"Santiago, febrero 14 de 1851."

"Mi bueno, noble y querido hermano: tu carta me ha hecho derramar muchas lágrimas, pero no me ha curado: hai dolores que no tienen remedio...

¿Para qué negarte que has acertado con el orígen de mi mal? ¿Y por qué no confesarte tambien que tienes razon en suponer que mi amor a ese hombre ha desaparecido? Sí, Enrique, todo ha desaparecido para tu pobre hermana: cariño y felicidad, pero no la facultad de sufrir...

"Tú me dices que dejando de amar dejaré tambien de padecer; pero no es así.

"Puedes estar seguro que no se abriga en mi pecho la menor sombra de afecto por ese hombre; tampoco tengo ni odio ni rencor, porque soi incapaz de sentirlo; pero tengo pena, una profunda pena...

"Compadéceme, hermano mio, sin querer penetrar este misterio... átmame siempre como antes y esto me servirá de un grande alivio... Te aseguro que nunca he dejado de ser digna de tu afecto, porque la desgracia involuntaria no es delito...

"Sé feliz cuanto puedas: este es el único alivio que es capaz de sentir y tal vez de curar a tu hermana

"MERCEDES."

Esta carta, empapada de melancolía, nada revelaba a Enrique, a no ser que, acertando en la causa del mal de su hermana, se habia equivocado en el efecto.

El solitario, que estaba a su lado, seguia con ansiedad todos los movimientos de la fisonomía del jóven, en que se veia claramente la angustia, pero no la desesperacion, pero no el furor, como hubiera sucedido, sin duda alguna si hubiera descubierto la verdad o si aquella carta se la revelara.

A cualquier hombre de mundo le habría sido fácil comprender cuanto querían sufrir. . . Ese dolor, ese misterio, esas reticencias, esa compasión solicitada, eran un indicio seguro de una desgracia inmensa; pero Enrique era todo inocencia y era imposible que penetrase en aquellos abismos del vicio. . . Angustiado y abatido, experimentaba un dolor agudo sin darse cuenta de ello, sin saber por qué. Confuso y triste pasó la carta al solitario, diciéndole: "nada comprendo, pero estoy tan desazonado como si hubiera sucedido o fuese a suceder alguna cosa horrible; lea usted la carta: quizá adivine lo que yo no penetro.

El solitario leyó en voz baja: todo estaba claro para él. . . no necesitaba de explicaciones; pero le había quedado una duda: si la falta era o no voluntaria; y ahora quedaba convencido que solo había una desgracia, una fatalidad. . .

—Y bien, señor, ¿qué piensa usted? dijo Enrique, cuando el anciano concluyó la lectura.

—Que tu hermana sufre. . .

—Eso está claro; pero si no es el amor la causa de su pena, porque ya ese amor no existe, ¿cuál es entonces?

La pregunta era categórica y el solitario se encontró embarazado para dar su respuesta.

—¿No la descubre usted tampoco? volvió a preguntar Enrique, notando la perplejidad del anciano.

—¿Quién sabe? contestó éste; y luego añadió de una manera vaga, para responder a la pregunta sin afirmar nada: "Las pasiones, cuando llegan a cierto grado de violencia, no se rompen tan fácilmente, dejando siempre un hondo surco en el corazón."

—¿Cree usted entonces que todavía ama Mercedes?

—Creo que haya desaparecido el afecto; ¿pero cómo arrancarlo violentamente del pecho sin que deje una huella? La herida que mana sangre no es incurable. . .

—Ya comprendo, señor, ya comprendo. . . Era una locura de mi parte pretender que sanara instantáneamente. . . Tie-

ne usted razon; mucha razon... Yo no soi sino un niño y ella tambien cuando dice: "que ya no siente pasion alguna y que esta no es la causa de su sufrimiento..." Se equivocó la pobre Mercedes, se equivocó!... Pero al fin quedará curada por completo y esta será una victoria y una ganancia, como yo se lo decia en mi carta.

—La virtud que tiene por base a la desgracia, así como la filosofía que se ha adquirido en fuerza del sufrimiento y del amargo desengaño, son siempre mas sólidas que las que nos da una buena educacion o un constante estudio, porque resisten a la tempestad y no se enervan con la fortuna.

—¿No hai nada que temer, entonces?

—Yo no digo eso.

—¿Está mi hermana libre de todo peligro?

—Si la desgracia no la abate, para el porvenir nada tiene que temer.

—¿Sufre, pues, mucho?

—Su carta te lo dice.

En ese momento se presentó Luisa. Sus ojos conservaban todavia las señales del llanto que le habian arrancado las líneas siguientes:

"Santiago, febrero 14 de 1851.

"Mi querida amiga, mi tierna y futura hermana...

"Ya lo ves, tu carta me ha dado ánimo, me ha consolado; sin su lectura no me habria atrevido a darte tan dulces nombres; pero tu cariño, y mas que tu cariño, ciertas reflexiones que hai en esa carta, me han rehabilitado a mis propios ojos y puedo repetir y aun escribir estas tiernas y consoladoras palabras: amiga!.. hermana!.. No hai música, Luisa, que suene a mi oído con tanta delicia y que mas agradablemente me conmueva que ellas!.. Y sin embargo, ese encanto tiene un fondo de amargura que creo no me abandonará nunca...

"Tú me dices, amiga querida, que cuando una no ha come-

tido crimen, delito o falta, es siempre digna; pero hai desgracias que, lejos de ennoblecer, humillan y traen consigo la vergüenza... Nada me remuerde en mi conciencia; y sin embargo, el rubor sube a mi rostro y estoi mas abatida que un delincuente. Esta es mi situacion, Luisa, compréndela si puedes, pero no tengo valor para explicarte su causa. Empero, quiero conservar tu aprecio, tu amistad, tu cariño, porque son necesarios a mi vida; y si mi inocencia basta para ser acreedora a esos afectos, no puedes ni debes retirármelos, porque ni siquiera la sombra de una culpa ha empañado mi mente.

"Has tenido la delicadeza de no tocar el punto vulnerable: esto es prueba que has comprendido el oríjen de mi mal y su causa; y a pesar de ello me llamas siempre tu amiga y tu hermana!... Si supieras el bien inmenso que me has hecho te conmovieras tú misma y quizá me amarias mas, porque el afecto hácia los seres desgraciados crece a medida de la proteccion que se les otorga.

"Despues de lo que te he dicho, amiga mia, te suplico no me hagas ni una sola pregunta ni aun una insinuacion lijera; porque me basta sentir yo misma sin necesidad de que nadie, ni tú tampoco, sondeen mi herida... Compadéceme, ruega a Dios por mí y quíereme siempre, es todo lo que te pide y espera tu amiga

"MERCEDES."

V.

Esta carta habia sumido a Luisa en una extrema angustia; pero ella, como Enrique, aun no comprendia, aun no daba con la verdadera causa: tan difícil, tan imposible es para ciertas almas ir hasta los tenebrosos abismos de la corrupcion y del crimen; con todo, los dos jóvenes presentian que debia haber sucedido algo de mas grave que un simple engaño.

Luisa, como ya hemos dicho, traia las señas inequívocas

de su aflixion interior y venia a ver si Enrique o el solitario podian darle mas luz sobre ese acontecimiento que para ella estaba cubierto todavia con las sombras del misterio; y dominada por su sentimiento preguntó a Enrique resueltamente, que qué era lo que le decia la carta de Mercedes.

El jóven, por única contestacion, la tomó de manos del solitario, que todavia la conservaba, y se la pasó a Luisa que la leyó detenidamente, diciendo al concluir:

—Esta carta es tan oscura como la mia y en ella no se revela otra cosa que el dolor de Mercedes: estamos de acuerdo en el sentimiento, pero ignoramos la verdadera causa, sin embargo que, como ella dice aquí y dice tambien en la que a mí me dirige, que el mal proviene de Víctor no de ella, porque ella es inocente y digna, de lo que estoi íntimamente persuadida.

—¿Lo piensa usted así, señorita? preguntó Enrique, con tristeza.

—Nunca lo he dudado, y ahora estoi, si es posible, mas convencida que antes; ¿pero qué es lo que ha sucedido?

—¿Para qué preguntármelo a mí? contestó el solitario: ya he dicho a Enrique que las pasiones no se arrancan del corazon sin dolor: esta es mi opinion.

—¿Y cuál será el remedio?

--El tiempo.

—Esto es mui indefinido.

—Sin embargo, él es el que todo lo cicatriza. No pretendamos destruir de un golpe el pesar de Mercedes; resignémonos al sufrimiento, bastándonos saber que ella es inocente y digna; que no hai ni siquiera la sombra de una leve falta que haya manchado la pureza de su alma: ¿qué mas quieren ustedes? Esto, y no es poco, debe consolar a ustedes como al fin la consolará a ella. El golpe está mui reciente, no hai nada mas natural que sufra; pero esto pasará se los aseguro.

Estas palabras, si bien no eran decisivas, dieron algun

alivio a los dos jóvenes, haciendo desaparecer esa vaga inquietud que, sin saber de qué provenia, los martirizaba.

Ese mismo día contestaron a Mercedes; y si las anteriores cartas eran afectuosas, las presentes las sobrepujaban en dulzura y en cariño, previendo que este debía ser el consuelo y el lenitivo mas eficaz para la naturaleza de sus males...

El propio.

I.

La vida entre los habitantes de la hacienda de San Jorge volvió a tomar al día siguiente su curso ordinario, si bien es verdad que Enrique conservaba cierta tristeza que se revelaba en su semblante. Las máximas o los consejos del solitario, aunque habían calmado su inquietud, no habían conseguido destruirla, y hasta el trabajo del obrero resentíase del estado en que se encontraba su alma: esta observación la habían hecho los mismos compañeros de Enrique, notando en él alguna falta de dirección, de energía, de exactitud, como si estuviera pensando en una cosa muy distinta, viéndose claramente que solo trabajaban sus brazos sin que tomara parte su cabeza, como sucede las mas veces a los que están preocupados por sentimientos morales y que sin embargo están obligados a trabajar materialmente.

En este estado pasóse la primera semana y no recibieron correspondencia de Mercedes, siéndoles ahora imposible atribuir la falta al correo, pues el propio había traído para la señora doña Juana varias cartas y periódicos que se disputaban con calor en la arena de la política.

—Esperaremos el domingo entrante, dijo Enrique, con resignación, viendo que no venía nada para él.

—Es desgracia, contestó Luisa, que se hallaba inmediata al joven y que había oído sus palabras, porque yo también estoy inquieta y Mercedes debía preveer que no nos es indiferente, para que ella fuera mas puntual.

Esta palabra "que no nos es indiferente", esta especie de mancomunidad que establecia Luisa entre él y ella, llenó a Enrique de alegría, figurándose que esto queria decir que la vida de ambos era una misma. Los amantes son siempre ingeniosos para interpretarlo todo, ya sea en bien ya sea en mal.

—Tiene usted razon, señorita, ella debia presumir mi angustia.

—¿Y por qué solamente la suya? Si ella es su hermana, tambien es mi amiga y no le cederé a usted la preferencia en el afecto que nos liga ni en el vínculo que nos une.

—Lejos de disputarle esa preferencia, señorita, tendria el mayor placer en que fuera del todo suya: y si he de juzgar por lo que le he oido a Mercedes, creo que la quiere a usted mas que a mí, porque, aun dado caso que fuera igual su afecto para cada uno, hai en favor suyo el respeto, la gratitud, la admiracion que usted le ha inspirado.

—Usted quiere a toda costa darme la preferencia, pero yo no la acepto: al César lo que es del César; eso es lo justo.

—¿Puede al cariño rejir la misma lei? necesita acaso para nacer, vivir, desarrollarse, de cierto derecho de propiedad?

—Aun cuando no de un modo absoluto, hai sin embargo en esto algo de positivo: el parentesco es ese derecho, ese vínculo, esa propiedad que hace del cariño un deber sin quitar por esto lo que hai en él de espontáneo y libre.

—Comprendo y acepto lo que usted me dice, señorita; pero no sucede muchas veces que queremos a un extraño mas que a un pariente?

—Convengo en ello, porque hai naturalezas que, estando mas en armonia con la nuestra, se atraen recíprocamente con mayor fuerza que la de la consanguinidad.

—Luego puede darse lo que yo digo.

—No disputemos mas, repuso Luisa con tono alegre; yo no quiero ceder, pero tampoco quiero aventajar: nunca he

disputado la superioridad, porque prefiero quedarme en el límite de la justicia.

—Quizá por el hecho mismo de no disputarla la consigues; pues según dice mi sabio maestro: “cedemos con más gusto lo que no se nos exige, estando siempre dispuestos a acordar consideración a aquél que no la pide en vez de dársela a quien la solicita.”

—Usted ha aprendido con el señor Guzmán no solo la ciencia sino hasta ese arte de nuestros salones que consiste en saber disfrazar de tal modo la lisonja, que pase sin que se la aperciba bajo los visos de la verdad.

II.

Esta conversacion, amenizada por la presencia del anciano, que se apresuró a tomar parte en ella, divertía, si nos es permitido hablar así, el dolor de ambos jóvenes, adormeciendo su inquietud.

Pero era necesario que tarde o temprano se descoriese la venda y que esta situación tuviera un desenlace, previsto ya por el solitario, por cuya razón hacia días que no abandonaba un solo instante a Enrique, acompañándolo diariamente a las casas.

El domingo siguiente ya había vuelto el propio que se mandaba a San Fernando sin traer correspondencia para Enrique; así es que la tristeza de éste era mayor que antes, y decía al solitario, con quien conversaba en ese momento, que le era insoportable esa situación y que deseaba hacer un viaje a Santiago, tanto más, cuanto que su presencia en la hacienda no era ya de todo punto indispensable, pues el trabajo estaría terminado en diez o quince días.

—Por la misma razón de que es tan poco el tiempo que te falta, vale más que te quedes, dijo el anciano. Si ahora fueses a Santiago, añadió, ya no podrías volver, porque no habría para qué; pues mientras ibas y venias estaría todo hecho y tu vuelta no tenía objeto.

En ese momento oyó Enrique que lo nombraban como preguntando por él, y vió a la mitad del patio un hombre a caballo que conversaba con uno de los inquilinos, el que lo designaba a él con el dedo, como quien dice: allí está, aquel es.

El hombre de a caballo se dirigió al lugar donde estaba él y el solitario, y desmontándose, preguntó, llevándose la mano a su gorra militar: "¿don Enrique Lopez?"

—Yo soi, ¿qué se le ofrece?

—Traigo una carta para usted.

—¿De dónde?

—De Santiago.

—¿De Santiago! ¿quién se la ha dado?

—Mi alférez don Domingo Lopez.

—¿Mi padre!

—El mismo, y con encargo especial de llegar luego y de entregársela en su propia mano, lo que he cumplido con exactitud, porque solo día y medio he echado en venir aquí, gracias al buen caballo. ¡Que animal!

Y el soldado le palmoteaba la anca en señal de aprecio y de ese cariño tan peculiar en el militar por el caballo que les sirve, y con el cual se identifican hasta el punto de considerarlo casi como un amigo y compañero.

—¿De mi padre! volvió a repetir Enrique, sin abrir todavía la carta; ¿y qué le ha dicho a usted? añadió, mirando al soldado.

—Nada mas que marchara a prisa y que entregara en sus propias manos la carta.

—¿Dónde lo vió usted?

—En el cuartel, señor, donde habló con mi capitán, el que me dijo: toma tu caballo y haz cuanto te ordene el alférez Lopez; y en prueba de ello aquí estoy a sus órdenes.

—Es extraño, dijo Enrique al solitario; tengo miedo de abrir esta carta.

El anciano, que preveía una mala nueva, puso su mano

en el hombro de Enrique, y añadió en voz baja: "valor, hijo mio, y mas que todo resignacion."

El jóven lo miró asustado, y le preguntó: "¿sabe usted el contenido?"

—No he visto la carta, pero infero que debe haber en ella algo de grave... quizá algo de terrible... y por eso te suplico que tengas valor y resignacion.

—¿Pero en qué se funda usted, señor?

—En el propio mismo, en el encargo de tu padre y en la ansiedad que todo esto manifiesta.

—Es verdad!.. y tambien son mis presentimientos.

—Sé hombre.

—Sí, veamos.

Y Enrique rompió precipitadamente el sello.

El semblante del jóven se descompuso... sus manos se crisparon, apretando convulsivamente la carta... no pudo articular una palabra... sus ojos lanzaban chispas, y una espresion de furor salvaje pintábase en su rostro, que tenia la palidez de la muerte.

El solitario, conmovido tambien, lo miraba en silencio, viendo que en ese paroxismo del dolor y de la desesperacion era inútil hablarle.

Al fin arrancó el jóven con indecible esfuerzo de su oprimido pecho esta sola palabra: ¡Un caballo!.. un caballo!.. pero este grito habia sido tan fuerte, tan dolorido, tan salvaje, que Luisa, que se hallaba en el interior de las habitaciones y que reconoció la voz de Enrique, salió asustada y precipitadamente.

El jóven volvió como por instinto la cabeza hácia el lado en que venia Luisa; y la espresion de furor cambiósese en el acto en la de un profundo pesar, llevando solo la mano a su corazon sin que le fuera posible articular palabra.

—¿Qué sucede? qué tiene usted, amigo mio? exclamó Luisa, tomando una de las manos de Enrique, atraida por aquel dolor sin igual, que le hacia olvidarse hasta de sí misma.

El joven volvió a mirarla con fijeza, con esa fijeza del extravío de la razón, y sin decir nada le presentó la carta.

Luisa la tomó; pero antes de leer su contenido, le preguntó asustada: "¿ha muerto Mercedes?"

—Peor...

—¿Pues qué ha sucedido?

Enrique le señaló de nuevo la carta, sin abrir sus pálidos labios.

Luisa miró el papel que tenía en sus manos, en que solo se veía esta frase:

"Enrique!.. tu hermana ha sido deshonrada... ven..."

—Dios mío! Qué infamia!.. exclamó Luisa...

El joven se cubrió el rostro con ambas manos, como quien tiene vergüenza o como quien llora... pero a poco rato sacudió su cabeza, alzó su frente y una expresión de indomable energía brillaba en sus ojos.

—Usted me ha dicho poco há que es preciso ser hombre; pues bien, señor, lo seré.

—Qué piensas hacer?

—Partir ahora mismo.

—No me opongo, dijo el anciano, pero es preciso que tengas presente una cosa y que la graves en tu memoria de manera a no olvidarla.

—Fuera de mi venganza, nada más concibo: esta es mi idea fija, lo será por mucho tiempo, y solo cuando la haya cumplido pensaré en lo demás.

—Advierte, repuso con voz solemne el anciano, que un crimen no se repara con otro crimen y que un nuevo delito no borra el antiguo. Tras de la deshonra puede venir el asesinato, y tras éste infinitas otras cosas que son las consecuencias inevitables de un mal paso.

—Enrique, dijo Luisa, a quien estas palabras del anciano habían hecho temblar; siga usted los consejos de su maestro: piense en las personas que lo afecionan y en el mal que les haría si usted se perdiese.

— Debe el crimen entonces quedar triunfante? replicó Enrique con voz temblorosa. ¿Y tendría yo la cobardía de soportarlo? ¿No me cubriría yo mismo de ignominia? ¿Con qué ojos mirarian a un hombre que deja impasible pisotear el honor de su hermana, mancillar su virtud y cubrirle el rostro de aprobio? Yo soi el protector nato de ella, la naturaleza y mi afecto me dan este incontestable derecho. ¿Quién puede ponerlo en duda?

Luisa no encontró nada que poder objetar a Enrique; solo el anciano respondió:

— Nadie seria capaz de disputarte tal derecho; él es natural, él es lejítimo, él es positivo, y no es eso lo que yo he pretendido hacerte comprender; pero hai, querido hijo mio, cuando nos ciega la pasion, y mucho mas la pasion justificada, un escollo peligroso en que caemos jeneralmente y del cual yo mismo no he estado exento, y esto es que de la defensa pasamos al ataque y de los límites de una justa indignacion nos echamos en los desafueros del crimen hasta llegar quizás al homicidio que la lei condena, pero que el mundo sin embargo aprueba y sanciona, guiado por un falso miraje de honor y de justicia; pero ya te he dicho que un delito no autoriza otro delito: esta es mi opinion; haz ahora la tuya...

Enrique lo estrechó en sus brazos sin contestar palabra. Aquella naturaleza fuerte y altiva, era a la vez docil y humilde; sin embargo, su herida parecia tan honda, que era imposible calcular al punto a que lo conduciria su dolor en caso de ser escitado, ya fuese por la presencia de la víctima o de su verdugo; pero al menos llevaba gravada una leccion; que en tiempo oportuno talvez recordaria, deteniéndolo al borde del precipicio.

El noble anciano tuvo largo rato a Enrique entre sus brazos.

Sobre sus tostadas mejillas, lo mismo que sobre las ternas de Luisa, veíanse brillar abundantes lágrimas. Solo el

jóven tenia sus ojos enjutos y al parecer era el mas tranquilo: serenidad terrible y amenazadora, que es, en el alma humana, lo mismo que en el mar, el signo precursor de la deshecha tormenta.

Enrique volvióse hácia Luisa, y le dijo:

--Señorita, voi a pedir a usted un servicio...

Luisa se estremeció.

—Parto ahora mismo... Tengo que obedecer a mi padre, y aun cuando él no me lo ordenase, lo haria... Comprendo ahora el dolor de mi hermana y es preciso que esté a su lado para que no desfallezca... Yo la sostendré con mi afecto...

—Y con el mio, le interrumpió Luisa.

—Gracias, señorita, gracias; esto contribuirá mucho; pero necesito tener caballos a mi disposicion.

—Disponga usted de todos; pero seria mejor que tomara usted el coche.

—No, señorita; dentro del coche me ahogaria... Pensaria que no iba con bastante rapidéz y seria capaz de saltar de él.

—Haga usted como mas le agrade.

—¿Me permite usted dar las órdenes al administrador?

—Sin duda alguna.

Enrique se inclinó, dejándolos solos.

III.

Quien lo hubiera visto, al parecer tan sereno, jamas habria pensado que llevaba destrozada el alma. Dirijióse hácia las habitaciones de don Pedro Murna y le previno que de orden de la señorita Luisa hiciera partir mozos en el acto, para que llevando seis caballos de tiro los fueran colocando de seis en seis leguas en el camino de Santiago, debiendo salir él en dos o tres horas mas para una comision importante.

El administrador no hizo la menor objecion, sino que salió en el momento para dar sus órdenes y que fuesen cumplidas sin tardanza.

Enrique fué en seguida donde sus compañeros, a quienes previno que iba a partir, dándole sus últimas instrucciones para que concluyesen la obra, que no podia demorar mas de diez dias, encargándoles a un mismo tiempo que le llevasen su pequeño equipaje. Ahora, prosiguió, si quieren ustedes escribir a sus familias tendrán tiempo para hacerlo, porque salgo dentro de dos o tres horas.

Los artesanos no se atrevieron a preguntarle la causa de tan inesperada marcha, porque notaron en Enrique el deseo de que no lo interrogasen.

El joven obrero se despidió de sus compañeros, abrazando a cada uno y diciéndoles por último: "Sobre el recargo de trabajo que tendrán ustedes por mi ausencia nos arreglaremos, prometiéndoles que quedarán satisfechos. Tengan, pues, listas sus cartas."

Cuando volvió Enrique a buscar al solitario, ya no lo encontró en el mismo punto y se vió obligado a entrar al salon.

Doña Juana estaba llorosa y tenia a su hija contra su pecho. Cuando vió a Enrique tendióle la mano y le dijo con una mezcla de compasion y de cariño: "Amigo mio, disponga usted de cuanto yo valga, y sobre todo, digo a la señorita su hermana que en mí encontrará siempre el mismo aprecio, el mismo afecto y todavia mayor admiracion, por sus virtudes; agregue que desde ahora la considero como mi segunda Luisa... He visto sus dos últimas cartas escritas a mi hija, y puedo asegurarle que no he encontrado en mi vida criatura mas noble, y su infortunio en vez de mancharla la engrandece."

Enrique, que hasta entonces no habia derramado una sola lágrima y que habia tenido tanto poder sobre sí mismo para dominar su dolor y no hacerlo ver a los estraños, no pudo

resistir a la emocion que produjeron en él las tiernas y generosas palabras de la noble matrona; y arrodillándose ante ella, prorrumpió en sollozos, sin poder articular una sola espresion.

—Levántese, amigo mio, le dijo doña Juana con dulzura: Dios es justo y premiará la virtud asi como castigará al crimen. Ahora parta usted y tenga confianza en la Divina Providencia...

Ahora que Enrique aparecia débil, porque estaba lloroso, era en realidad mas fuerte que cuando aparentaba serenidad: sus lágrimas no eran el resultado de la debilidad de su carácter, sino de la gratitud inmensa y de la admiracion tierna que despertaba en él una accion noble.

El jóven enjugó sus ojos, tomó una de las manos de doña Juana y se la llevó al corazon diciéndole estas únicas palabras: "Mientras viva." Dirigióse en seguida a Luisa, hizo lo mismo que con su madre, pero no movió sus labios, si bien la palidez de su rostro decia su conmocion interior...

Luisa tambien se inmutó al sentir el corazon de Enrique, que latia con una violencia extraordinaria, violencia que casi lo ahogaba, permitiéndole apenas respirar.

—Cálmese usted y tenga confianza en Dios: ese es el consejo de mi madre, de su maestro y el mio...

Enrique se retiró en compañía del solitario, que no estaba menos impresionado que los demas, pero que conservaba fuerzas para acompañar a su querido discípulo hasta el último momento.

Antes de partir le entregó una carta de Luisa para Mercedes, y otra de doña Juana para su agente de negocios, ambas iban abiertas; y el anciano, que conocia su contenido, se lo previno a Enrique, diciéndole que espresamente las habian dejado sin oblas para que él las leyera, pues se trataba de asuntos que le concernian.

El soldado que vino de Santiago tenia de la brida el caballo del jóven.

Enrique dió el último abrazo al anciano y saltó sobre su caballo partiendo a escape.

Unos ojos lo siguieron por mucho tiempo hasta que se perdió de vista... Cuando hubo desaparecido, Luisa cayó casi exánime en el mismo lugar en que se encontraba.....

.....
¡Quién pudiera expresar lo que sufría, lo que experimentaba aquella alma sensible y apasionada!

Luisa quería a Mercedes como a su propia hermana, tenía orgullo en esta amistad santa, en esta amistad basada en la pureza, en la castidad, en el mérito, en la virtud; ¡y contemplar caído a ese ángel, ver marchitado por el hálito pestilente del vicio esa bella flor, le destrozaba el corazón: había en aquel sentimiento una amargura inmensa, un dolor profundo, una especie de desaliento, figurándose que la mancha caída sobre Mercedes llegaba hasta ella y la envolvía en el mismo sudario de vergüenza que en esos momentos debía cubrir por completo a su infortunada amiga!...

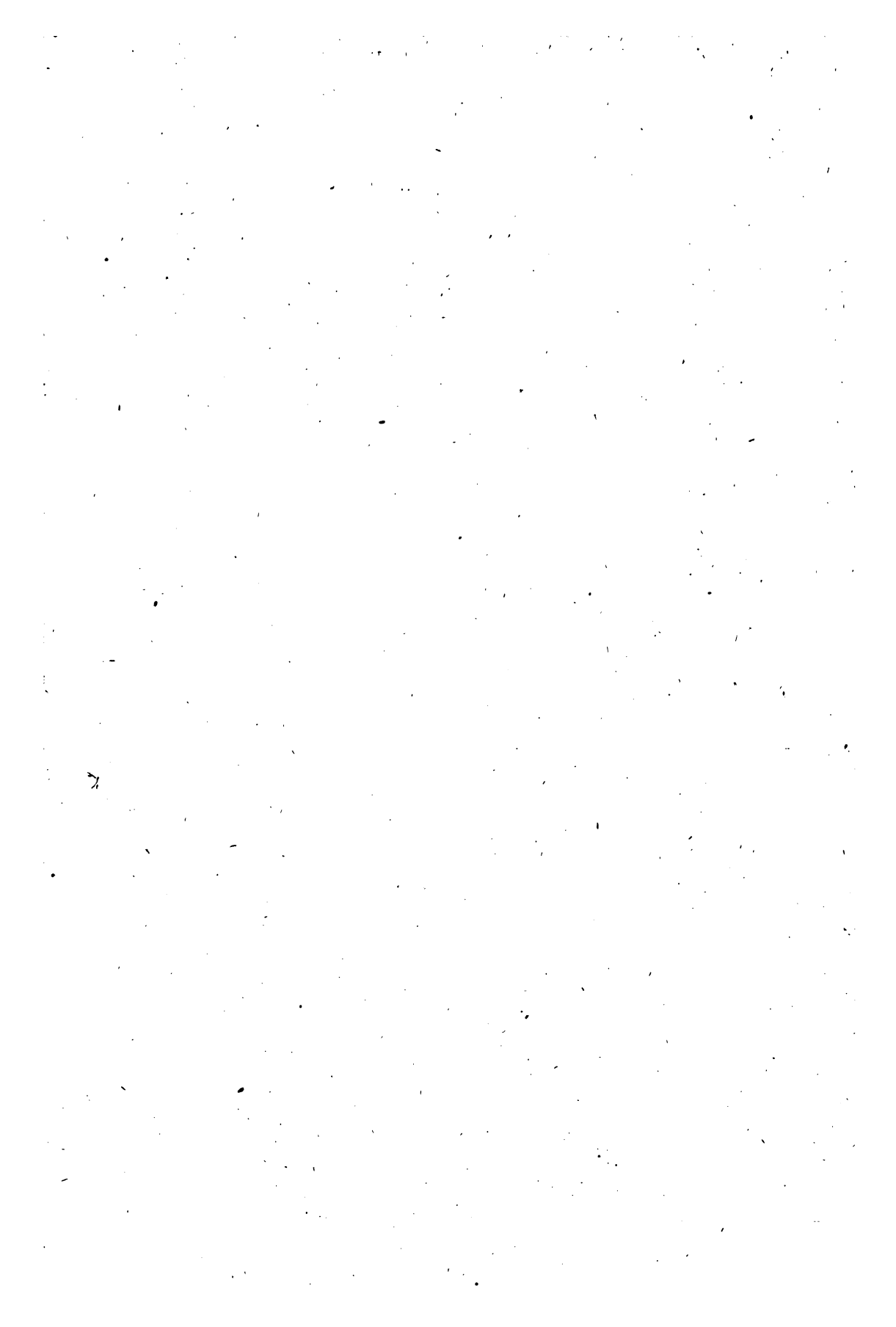
Hai en ciertas almas una reciprocidad, una corriente invisible que ligándolas las hace experimentar sensaciones idénticas: Luisa sentía en ese instante todo lo que sentía Mercedes; y tanto se asimilaba a la situación de su amiga, que el rubor subía a su frente y casi no se atrevía a levantar la vista.

Por otra parte, la partida de Enrique, el deseo de venganza que se traslucía en el semblante del joven, el hondo pesar que experimentaba, los riesgos que talvez correría, la incertidumbre de su porvenir, todo, todo contribuía a aumentar la postración moral de la noble niña, que no tenía ánimos para levantarse del sitio en que yacía, ni casi aliento para exhalar un suspiro que aliviase su oprimido pecho.

Sin embargo, al fin de un largo rato hincóse, mirando hácia el camino que había seguido Enrique, al que ya no

veía, levantó sus ojos al cielo y exclamó: "Protegedlo, Dios
mí!" En seguida inclinó su hermosa cabeza sobre el pecho
y permaneció así, como arrobada por el dolor, durante mu-
cho tiempo.....

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



7
48

8

